UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR

Historia de América Andina

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Volumen 1

LAS SOCIEDADES ABORÍGENES

SIB-UCE LABORATORIO DE DIGITALIZACIÓN
Campus Central, calle Jerónimo Leyton y Gatto Sobral
+593 2230757 ext: 808 biblioteca.general@uce.edu.ec
©2022-2024

BASE LEGAL PARA DIGITALIZACIÓN DE LIBROS CON DERECHOS DE AUTOR

El Sistema Integrado de Bibliotecas de la Universidad Central del Ecuador, digitalizará su acervo bibliográfico siempre y cuando sea para fines educativos y de investigación. No se permite la reproducción y distribución para la comercialización directa e indirecta de este.

La digitalización del material bibliográfico se lo realiza de acuerdo al Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación **Art. 212 numeral 9, Literal ii** "(…) Una biblioteca o archivo podrá, además, realizar los siguientes actos (…) La reproducción electrónica y comunicación pública de obras de su colección para ser consultadas gratuita y simultáneamente hasta por un número razonable de usuarios, sólo en terminales de redes de la respectiva institución o para usuarios de esa institución bajo su control, en condiciones que garanticen que no se puedan hacer copias electrónicas de esas reproducciones" y **literal vii** "La reproducción, adaptación, traducción, transformación, arreglo, distribución y comunicación de una obra protegida por derechos de autor o una prestación protegida por derechos conexos, en uno o más formatos accesibles para el uso exclusivo de personas con discapacidad".

Este material se considera un producto intelectual a favor de su autor; por tanto, la titularidad de sus derechos se encuentra protegida por el Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación. La violación a dichos derechos constituye un delito que será responsabilidad del usuario.

Este libro está disponible físicamente en

Biblioteca:

Biblioteca General

Piso:	**Estante:**	**Bandeja:**
02	29	28

Convenio interinstitucional:

Enlace al catálogo:


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Historia de
América Andina


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Historia de América Andina

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO



HISTORIA DE AMÉRICA ANDINA

Coordinador General
Enrique Ayala Mora

Coordinador Adjunto
Guillermo Bustos Lozano

Coordinadora de Gestión
Cecilia Durán Camacho

Comité Editorial
Germán Carrera Damas (Venezuela), Jorge Orlando Melo (Colombia),
Juan Maiguashca (Ecuador-Canadá), Manuel Burga (Perú), René Arze (Bolivia),
Carmen Norambuena (Chile), Malcolm Deas (Gran Bretaña),
Yves Saint-Geours (Francia), David Bushnell (Estados Unidos),
Nicolás Sánchez Albornoz, Juan Marchena Fernández (España).

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR
Sede Ecuador
Toledo N22-80 (Plaza Brasilia)
P.O. Box: 17-12-569
Quito, Ecuador
Teléfonos: (593-2)556405, 556406, 508150
Fax: (593-2)508156
E-mail: uasb@uasb.edu.ec
Http: //www.uasb.edu.ec

ID = 48543
980
H673
V.1

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR

Historia de América Andina

Volumen 1

LAS SOCIEDADES ABORÍGENES

Luis Guillermo Lumbreras
EDITOR

UNIVERSIDAD ANDINA
SIMON BOLIVAR
Ecuador

LIBRESA

COLEGIO MENOR
BIBLIOTECA
UNIVERSIDAD CENTRAL

Cod. 19330

HISTORIA DE AMÉRICA ANDINA
Vol. 1: LAS SOCIEDADES ABORÍGENES
Luis Guillermo Lumbreras, *Editor*

Diseño y diagramación
Isabel Naranjo Vega e Irama Palacios Hidalgo
New Art. Teléfono: (593-2)438896

Cubierta
Isabel Naranjo Vega e Irama Palacios Hidalgo

Supervisión editorial
Jaime Peña Novoa y Estuardo Vallejo Aguirre

Coordinación de edición
Quinche Ortiz Crespo

Secretaria del Coordinador
Verónica Sánchez

Motivo del logotipo de la colección y de la portada de este volumen:
fragmento del retablo *El hombre innumerable* del maestro Boanerges Mideros,
Paraninfo de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

Derechos reservados conforme a la Ley
© UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, Sede Ecuador
©LIBRESA

Inscripción N.12726 del 12 de marzo de 1999
ISBN de volumen 9978-80-504-4, de colección 9978-80-510-9
Depósito legal N.1309 del 12 de marzo de 1999
Primera edición: 3.000 ejemplares

LIBRESA
Murgeón 364, entre Jorge Juan y Ulloa
P.O. Box: 17-01-356. E-mail: libresa@interactive.net.ec
Teléfonos: (593-2)230925, 525581. Fax: (593-2)502992
Quito-Ecuador

Este libro se imprimió en los talleres de
"Editorial Ecuador F.B.T. Cía. Ltda."
Santiago Oe2-131, entre Manuel Larrea y Versalles
Teléfonos: (593-2)528492, 228636. Quito, mayo de 1999.

Nota editorial: No existe entre los diversos países andinos, y, en algunos casos, aun dentro de ellos, una norma general consensuada sobre la grafía de los idiomas indígenas. Por ello, en esta obra se ha optado por respetar la grafía que utiliza cada autor, aunque en algunos casos un mismo nombre propio se escribe de diversas maneras. Intentar una uniformidad en este aspecto hubiera significado eliminar formas legítimas de identidad. Hemos preferido respetar también en esto la diversidad andina.

CONTENIDO

Pág.

PRESENTACIÓN GENERAL 9
Autor: Enrique Ayala Mora

INTRODUCCIÓN AL VOLÚMEN 25
Autor: Luis G. Lumbreras
1. EL TERRITORIO DE LOS ANDES 27
2. LA OCUPACIÓN HUMANA DEL TERRITORIO 33

PRIMERA PARTE: EL HOMBRE Y EL MEDIO 45

I. EL POBLAMIENTO DE LOS ANDES 47
Autor: Gerardo Ardila
1. INTRODUCCIÓN 49
2. LA INVESTIGACIÓN EN SUR AMÉRICA 53
3. EL PAISAJE Y EL AMBIENTE NATURAL A FINALES DEL PLEISTOCENO 56
4. LOS PATRONES CULTURALES Y LOS SITIOS ARQUEOLÓGICOS PLEISTOCÉNICOS 60
5. CONCLUSIONES 75

II. COMUNIDADES ANDINAS PRE-TRIBALES: LOS ORÍGENES DE LA DIVERSIDAD 77
Autor: Luis F. Bate
1. MODOS DE VIDA Y DESARROLLOS CULTURALES EN LAS REGIONES ANDINAS 82
2. CARACTERÍSTICAS DE LAS FORMACIONES CAZADORAS RECOLECTORAS TRIBALES 103

III. EL PROCESO DE NEOLITIZACIÓN EN LOS ANDES ECUATORIALES 109
Autor: Jorge G. Marcos
1. EL CONCEPTO DE LA NEOLITIZACIÓN 111
2. EL PROCESO DE NEOLITIZACIÓN EN AMÉRICA 113
3. EL ORIGEN DE LA NEOLITIZACIÓN EN AMÉRICA 121
4. EL SURGIMIENTO DE LAS ALDEAS 131

IV. EL PROCESO DE NEOLITIZACIÓN EN LOS ANDES TROPICALES 141
Autora: Rosa Fung Pineda
1. ANDES MERIDIONALES 144

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1620
QUITO
COLEGIO DE ENTRE
BIBLIOTECA

2. ANDES CENTRALES: AMBIENTE GEOGRÁFICO Y DESARROLLO CULTURAL ... 154
3. EL ALGODÓN Y EL ARTE TEXTIL DEL PRECERÁMICO FINAL ... 176
4. LAS ESTRUCTURAS PIRAMIDALES DE LA COSTA ... 178
5. LA TRADICIÓN ARQUITECTÓNICA MITO DEL INTERIOR ... 185
6. ESTRUCTURAS CIRCULARES HUNDIDAS ... 193

SEGUNDA PARTE: EVOLUCIÓN DEL MUNDO ANDINO ... 197

V. DE TRIBUS A SEÑORÍOS: LOS ANDES SEPTENTRIONALES ... 199
Autor: Mario Sanoja e Iraida Vargas Arenas
1. FORMACIONES SOCIALES, REGIONES GEOHISTÓRICAS Y MODOS DE VIDA ... 201
2. LA SOCIEDAD CACICAL ... 201
3. ANDES SEPTENTRIONALES ... 208
4. EXTREMO NORTE ANDINO ... 213
5. LA REGIÓN GEOHISTÓRICA AMAZÓNICO-CARIBEÑO VENEZOLANA ... 220

VI. FORMACIÓN DE LAS SOCIEDADES URBANAS ... 223
Autor: Luis G. Lumbreras
1. EL PERÍODO FORMATIVO EN LOS ANDES CENTRALES ... 228
2. LOS DESARROLLOS REGIONALES (s. II a.C.-V d.C.) ... 242
3. EL IMPERIO WARI, PRECURSOR DEL TAWANTINSUYU ... 265

VII. LAS FORMACIONES HISTÓRICAS DEL DESIERTO Y LOS BOSQUES MERIDIONALES ... 283
Autor: Lautaro Núñez Atencio
1. EL ESCENARIO: DESDE EL DESIERTO ANDINO A LOS BOSQUES AUSTRALES ... 285
2. LOS PUEBLOS FORMATIVOS ANTIGUOS DEL ÁREA CENTRO SUR ANDINA ... 294
3. LOS PUEBLOS DEL PERÍODO FORMATIVO AVANZADO (400 a.C.-400 d.C.) ... 303
4. EL PROCESO DE MACROINTEGRACIÓN PANANDINO (400 d.C.-1.000 d.C): ÁREA CENTRO SUR ANDINA ... 322

VIII. TRIBUS Y ESTADOS EN LOS ANDES: SIGLOS XII-XVI ... 331
Autor: Luis G. Lumbreras
1. EL EXTREMO NORTE DE LOS ANDES ... 334
2. LOS ANDES SEPTENTRIONALES ... 355
3. LOS ANDES CENTRALES ... 379
4. EL ÁREA CENTRO SUR ANDINA ... 406

5. LOS ANDES MERIDIONALES 420
6. EL EXTREMO SUR ANDINO 430

IX. EL TAWANTINSUYU 435
Autor: Catherine Tulien
1. INTRODUCCIÓN 437
2. EL SURGIMIENTO DEL IMPERIO INCA 440
3. CUZCO 450
4. LOS INCAS 458
5. INCAS Y HUACAS 469
6. PROVINCIAS 474
7. LA ORGANIZACIÓN DECIMAL 481
8. CREACIÓN Y ORDEN 490

X. LAS LENGUAS ANDINAS 499
Autor: Sabine Dedenbach - Salazar Sáenz
1. CONSIDERACIONES PRELIMINARES 501
2. INTRODUCCIÓN 501
3. LA LENGUA GENERAL DE LOS INCAS 506
4. OTRAS LENGUAS GENERALES DE LOS ANDES 514
5. EL MOSAICO DE OTRAS LENGUAS EN LA REGIÓN ANDINA 522
6. CONSIDERACIONES FINALES 535

BIBLIOGRAFÍA 537
LÁMINAS 601
FOTOGRAFÍAS 603

FUNDADA EN 1620
QUITO
BIBLIOTECA
UNIVERSIDAD CENTRAL


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Presentación general

ENRIQUE AYALA MORA
COORDINADOR GENERAL



COLEGIO SIMON
BIBLIOTECA
UNIVERSIDAD CENTRAL


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

1. ESTA HISTORIA[1]

América Andina es el escenario de nuestro pasado y de nuestro presente. Sabemos que está allí, que nos envuelve; pero resulta difícil definirla. A veces, su realidad y sus límites nos parecen evidentes; otras se nos escapan. Hay quien dice que es una abstracción de retóricos, políticos o antropólogos. No han faltado los que la identifican exclusivamente con lo indígena y altoandino. Pero también hay un creciente número de los que ven en ella el antecedente y el futuro de nuestra identidad e integración. América Andina es una realidad polémica. Pero no cabe duda de que tiene historia. A ella está dedicada esta obra colectiva.

Como todas las historias, esta *Historia de América Andina* tiene una motivación fundamental. Ha sido escrita para acompañar y coadyuvar al proceso de integración, que ha constituido al mismo tiempo su motivación desde nuestro presente. Fue preparada por la Universidad Andina Simón Bolívar, un organismo académico de integración, en respuesta a un mandato institucional, como aporte al esfuerzo integrador en que se hallan empeñados nuestros países. Uno de los objetivos fundamentales de nuestra casa de estudios es "fomentar y difundir los valores culturales que expresen los ideales, tradiciones y peculiaridades nacionales y andinas de los pueblos de la Comunidad Andina".[2]

Los ideales integracionistas tienen historia. No son una novedad de estos tiempos. Forman parte de una tradición común de nuestros pueblos, que se ha expresado recurrentemente en varios momentos de su vida colectiva. Pero no cabe duda de que, después de la constitución de los estados republicanos, nunca antes como hoy esta ideafuerza se presenta como una necesidad dentro del horizonte de nuestros países. Al filo de un nuevo siglo y frente al cambiante y complejo panorama internacional, nos vemos abocados a convertir la Comunidad Andina en una realidad, que no solo dote de cuerpo a estos ideales de buena voluntad, sino que fortalezca nuestra aspiración de desarrollo integral y de integración más amplia en el espacio latinoamericano.

---

[1] Esta Presentación General ha sido redactada a base de los materiales presentados para las discusiones del Comité Editorial y preparados para orientación de los colaboradores de la obra. De manera especial, utiliza el documento original que preparamos conjuntamente con Guillermo Bustos para la primera reunión del Comité, y que fue publicado con algunos ajustes en el folleto *Historia de América Andina, Proyecto Editorial*. Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, 1992, 16 pp.

[2] Universidad Andina Simón Bolívar, *Estatuto*. Sucre, UASB, 1997, p. 6.

Los procesos de integración que han surgido en el mundo durante la segunda mitad del siglo XX, empezaron por la esfera económica. Pero la integración económica es solo una parte de un proceso más amplio, que descansa en actitudes, valores, que expresan una identidad que se va constituyendo y redefiniendo en las sociedades. Hay una dimensión cultural de la integración que la explica y consolida, pero que debe ser potenciada, redescubierta y desvelada en la historia común. Un proceso de integración que abarque todas las dimensiones de la sociedad y la cultura, tiene que enfrentar forzosamente la cuestión de la identidad de nuestros pueblos y la identidad del conjunto. Debe realizar una lectura del pasado. Estudiar su historia es, por ello, no ciertamente una forma de satisfacer una mera curiosidad, sino una necesidad. Pero los diversos ámbitos y niveles de la integración no están aislados, sino imbricados entre sí. Guillermo Bustos planteaba en el documento inicial de esta obra:

> La integración de los circuitos económicos, de los mercados, abre sin proponérselo explícitamente, un tipo de avanzada tras la cual viajan ideas, productos culturales materiales y simbólicos. Y en ese diálogo permanente entre las diferentes sociedades de la región, entre el pasado y el presente, entre el presente y la posibilidad del futuro, entre un 'nosotros' y un 'otros', se irá formulando y reformulando la identidad andina y latinoamericana.[3]

Con estas reflexiones como antecedente, no constituye novedad constatar que el proyecto andino como tal, no se agota en la integración de los estados. Involucra en su dimensión más profunda la integración de las sociedades, de pueblos que, a pesar de reconocerse en un difuso pasado común, permanecen en buena medida incomunicados, encerrados en sus propios localismos, ignorando una historia compartida, a veces presos en una visión que los enfrenta entre sí. Por ello, la creación de un espíritu o conciencia integracionista necesita soportes o mecanismos que vayan configurando su difusión y reproducción. En medio de la realidad en que vivimos, el nivel de información y de conocimiento que los hombres andinos tienen sobre las realidades de los vecinos de la subregión es pobre, por no decir nulo. A pesar de algunos esfuerzos realizados en recientes años, todavía nuestra educación y nuestros sistemas de comunicación no priorizan el conocimiento mutuo.

---

[3] Universidad Andina Simón Bolivar, *Historia de América Andina*, Proyecto Editorial, p. 3.

Por todo ello, a estas alturas, parece indispensable contar con un instrumento de consulta y divulgación general que recupere nuestra historia común, que historice nuestras diferencias y que, en definitiva, asiente sobre un terreno más real, más históricamente informado, el núcleo de una visión de identidad cultural andina, como un mecanismo de afirmación del proyecto de integración de las sociedades, de los pueblos, de los países. Esta *Historia de América Andina* quiere constituirse en ese instrumento de difusión de nuestro pasado común. La hemos preparado no con un prurito de erudición, o como un formulismo burocrático, sino como respuesta a una necesidad vital que ayudará no solo a entender nuestro esfuerzo común de integración, sino las propias historias nacionales, que podrán ser mejor aprehendidas a partir de una visión más amplia y general.

Este esfuerzo de escribir en forma pionera, al menos con estos alcances y dimensiones, una historia subregional, tiene sólidos antecedentes. El desarrollo alcanzado en los últimos años por la historia como disciplina científica dentro de nuestros países es significativo. También lo es el avance de la investigación sobre América Andina y los espacios nacionales que la integran, registrado en medios académicos europeos, norteamericanos y de otros ámbitos de América Latina. Si bien existen períodos y temáticas enteras por investigar o replantear, el desarrollo logrado en las últimas décadas ha permitido configurar novedosas y sugerentes visiones generales que, en varios países, han enfrentado a las historias tradicionales de hechos y personajes con "nuevas" historias basadas en el análisis de estructuras y actores colectivos, y concebidas dentro de nuevos marcos teórico-metodológicos.[4] Estas historias, empero, se ha circunscrito por lo general a los marcos nacionales con escasas referencias a la dimensión andina y latinoamericana.

Esta *Historia de América Andina* se ha preparado aprovechando esas experiencias nacionales, pero al mismo tiempo ha enfatizado un trabajo académico comparativo de países, procesos, dinámicas locales

---

[4] En las últimas décadas se han editado dos "nuevas historias" en la subregión: Juan Mejía Baca Edit., *Historia del Perú*; Lima, 1980; *Nueva Historia del Perú*, Mosca Azul Editores, Lima, 1982; Enrique Ayala Mora, Edit. *Nueva Historia del Ecuador*, 15 volúmenes, Quito, Corporación Editora Nacional-Grijalbo, 1988-1995, y *Nueva Historia de Colombia*, Bogotá, Editorial Planeta, 1989. Dentro de las nuevas tendencias historiográficas, en Bolivia apareció la obra colectiva *Los bolivianos en el tiempo*, La Paz, INDEAA-UASB, 1993. En Venezuela han aparecido obras como *Política y Economía en Venezuela*, Caracas, Fundación John Boulton.

y regionales. Es importante destacar que, mientras la mayoría de las obras de su carácter se han gestado y producido en centros académicos del primer mundo, o de los grandes países de América Latina, ésta es un esfuerzo por enfrentar un tema supranacional desde la periferia, desde una casa de estudios asentada en uno de los pequeños países del Continente, que ha podido, empero, levantar un gran espacio de convocatoria y participación para un amplio grupo en el que están presentes figuras consagradas y especialistas jóvenes de muy diversas experiencias y procedencias nacionales.

2. PRESUPUESTO GENERAL: LO ANDINO

Habiendo asumido que la propia denominación "América Andina" es polémica y compleja, resulta importante tratar de establecer su significado. Para ello, los intensos debates realizados a lo largo de la preparación de la obra fueron muy enriquecedores. En los siguientes párrafos se trasladan algunas consideraciones que tienden a delimitar el asunto.[5]

La primera pregunta que surge nos plantea: ¿qué es lo andino? Esta evidente inquietud podría responderse desde el escenario geográfico, desde el ámbito ecológico, en suma desde el escenario físico natural, asiento de nuestro devenir. Sin embargo, lo andino no se agota en una suerte de determinación geográfica. Su especificidad, puede argüirse, tiene un carácter polisémico, de unidad y pluralidad. Esto es, porque de un lado recupera la historicidad de un proceso milenario que por diversos factores da una unidad a la evolución de un conjunto de pueblos frente a una realidad regional, continental y planetaria, y de otro lado, paradójicamente expresa no un tronco homogenizador, sino una unidad que da sentido a una pluralidad, a una diversidad que no se disgrega sino que integra los términos naturales y geográficos, los culturales y simbólicos. Así, a partir de esa diversidad ecológica que abarca desde la zona costanera hasta los páramos y punas, sin olvidar el pie de monte amazónico, lo andino conjuga en sus diferencias una complementariedad. Una cir-

[5] Estas consideraciones, desde luego, no agotan las amplias posibilidades de discusión de tan complejo asunto. Aquí se mencionan solamente algunos aspectos que se consideran pertinentes.

cunstancia similar se expresa en el ámbito humano y social, pues no se puede entender lo criollo, lo mestizo, lo cholo, lo negro, lo pardo, o lo indio, por sí mismo, sino en su relación con "el otro".

Siguiendo en parte la línea argumental de Flores Galindo, la noción de lo andino nos ayuda a desprendernos de una connotación racista que subyace, por ejemplo, a la palabra "indio". Evoca "civilización" en los términos que la historia universal etnocéntrica ha designado solo a determinados pueblos, y tiene un sentido incluyente y pluralista porque "no se limita a los campesinos sino que incluye a pobladores urbanos y mestizos, toma como escenario la costa y la sierra, trasciende los actuales límites nacionales y ayuda a encontrar los límites entre la historia peruana y las de Bolivia o Ecuador", o de Colombia, Venezuela y Chile. Lo andino hace referencia, primeramente, a una constelación de culturas, "debería ser pensada" en términos similares a los griegos, chinos, etc. En síntesis, encaminados entre ese juego dialéctico entre unidad y diversidad, "debemos hablar de los hombres andinos. El plural permite abandonar las abstracciones y aproximarnos efectivamente a la realidad histórica".[6]

Más allá de ciertas visiones geográficas o culturales restringidas, lo andino no se circunscribe a lo altoandino, sino que integra toda la pluralidad, desde el altiplano hasta la costa y la amazonía; desde los límites de las pampas hasta las playas del Caribe. Desde un punto de vista amplio, América Andina es un espacio que tiene a los Andes como espinazo, pero abarca la diversidad de una amplia porción de Sudamérica.

Sin que se hubiera agotado la discusión, cabe remarcar un doble rasgo sobre la significación contemporánea de la noción de lo andino. De un lado, encontramos la que podemos entender como un proyecto de identidad, que no está circunscrito exclusivamente a la arena académica, sino que, por el contrario, es de uso corriente en la opinión pública de nuestros países, y al cual nos adscribimos como una forma de identificarnos en el concierto continental. Sin embargo, de otro lado, no podemos desestimar la existencia de susceptibilidades que la misma noción despierta en diferentes sectores. En realidad, "lo andino" se reviste, en más de una ocasión, de rasgos regionalistas. En suma, esta his-

[6] Alberto Flores Galindo, *Buscando un inca*, Lima, Edit. Horizonte, 1988, pp. 12, 13.

toria no se refiere a un sujeto ya hecho, sino a una realidad cambiante y en proceso de construcción.

3. OTROS PRESUPUESTOS

Una vez establecido, en términos introductorios, "lo andino", como algo específico de esta historia, es preciso mencionar algunos de los elementos articulantes que la caracterizan. Al prepararla se ha considerado el tipo de sociedades que estudia, el rol de los estados nacionales, de las regiones y la vinculación internacional. En los párrafos que siguen se enuncian, sin que se agoten todos, algunos de los presupuestos que han sido referentes de la elaboración de esta obra.

Sociedades multiétnicas y pluriculturales

Los protagonistas de esta historia son las sociedades o los pueblos en su acepción más genérica. Esta definición nos aleja del peligro de las abstracciones vacías y nos enfrenta a la problemática de la alteridad cultural, al reconocimiento de esas diferencias que se gestaron dentro de particulares relaciones de poder y subordinación, y que atraviesan como una vigorosa constante nuestra evolución histórica. Por ende, el reconocimiento del corte étnico, o con mayor rigor, la aplicación de la noción de "fronteras étnicas"[7] en su acepción relativista, procesual e historicista, proporciona un adecuado instrumental para la exploración del devenir de los pueblos andinos.

Sociedades jerarquizadas

Los pueblos andinos están profundamente cruzados por una estructura de clases. Entenderlos así nos enfrenta a otra dimensión que evita la vacuidad de la abstracción y nos acerca a los hombres concretos en el reconocimiento de sus necesidades, en sus mecanismos de re-

[7] Frederich Barth, comp., *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.

producción social, en la percepción de sus subjetividades y en la configuración de sus representaciones, tiene que ver con los diversos criterios de análisis de clase o estratificación social. Clases, estratos o elites, como categorías de estudio nos acercan al complejo entramado de las jerarquías y conflictos sociales que han segmentado la experiencia de los pueblos andinos y explican en buena parte su pasado.

Más allá de los límites nacionales

La constitución de las repúblicas y la configuración ulterior de los estados nacionales, se ha transformado en una suerte de camisa de fuerza que ha estancado el reconocimiento de las enormes similitudes del pasado de los pueblos andinos y de sus experiencias comunes. Esta obra pretende construir un discurso histórico que abra un marco más amplio. Para el análisis de realidades en que no existían los modernos estados, o que, ya fundados éstos, se daban en espacios continentales y subregionales. Uno de los retos del presente proyecto consiste en superar la tentación de producir una historia que sea el agregado de la suma de las historias nacionales de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y la parte andina de Argentina. Por el contrario, busca constituir un objeto de análisis global.

Reconocimiento de los cortes regionales internos

Esta obra establece su marco analítico global en la dimensión subregional o andina, con una referente más amplio en Latinoamérica. Pero al mismo tiempo reconoce como un aspecto fundamental de su análisis la percepción de las diferenciaciones a nivel interno de cada país. El contenido de la categoría "región" como unidad de estudio dentro de los espacios nacionales es una cuestión de primer orden y presenta pistas para entender que lo regional no se circunscribe a lo geográfico, a la base del desenvolvimiento de estructuras económicas, sino que hace referencia a dimensiones políticas como lo ha planteado Maiguashca.[8]

[8] Juan Maiguashca, "Historia y Región en el Ecuador", en *Nueva Historia del Ecuador*, vol. 12.

Colonialismo y resistencia

El hecho colonial que vinculó desde el siglo VXI a América Latina con las potencias europeas y su inserción con el sistema mundial dominado por el capitalismo, son dos elementos básicos considerados en esta historia como ejes de análisis. Sin embargo, las sociedades andinas no fueron moldeadas, exclusivamente, por los diversos grados de presión e influencia que ejercieron los centros hegemónicos, sino igualmente por las respuestas colectivas que plantearon los grupos subalternos. Por consiguiente, para recuperar la agencia de estos protagonistas colectivos, la obra pone atención a los ámbitos de la conciencia, la cultura, la ideología, las representaciones, etc., con el fin de construir visiones más sugerentes y más realistas.

4. PERFIL DE ESTA HISTORIA

Las consideraciones esbozadas en los párrafos anteriores conducen a establecer algunos de los rasgos fundamentales de esta historia. Uno de ellos, es que la obra es un esfuerzo de sistematización de grandes aportes que han aprovechado una acumulación de conocimiento histórico en medios y niveles especializados, cuya memoria es necesario difundir a un nivel más amplio. Esto quiere decir que el lector medio de los países andinos tenga la posibilidad de contar con un instrumento de información sobre el pasado que, producido al más alto nivel académico pero en lenguaje de difusión, ubique las particularidades de los procesos sociales de sus respectivos pueblos y las semejanzas entre los procesos regionales, para que por primera vez en la historia se pueda contar con una visión diacrónica panorámica que funde y aliente el espíritu integracionista, potenciando a la vez ese difuso sentimiento de identidad andina, que nos provee de una especificidad en el entorno inmediato latinoamericano, en el tercer mundo, y frente al devenir de la historia universal.

La obra gira alrededor del núcleo de gestación de una identidad andina, históricamente informada, que justifica y alienta un proceso integracionista que más allá de la necesaria vinculación económica atienda a la construcción y concientización de lazos entre las sociedades y pueblos andinos. Esta historia quiere ser, en definitiva, un instru-

mento que coadyuve a este complejo proceso y que, desde la experiencia del pasado, prefigure o potencie unos valores de respeto a la alteridad cultural, al reconocimiento de nuestras diferencias étnicas o regionales, nacionales, dentro de un marco de unidad.

Conjugando un elevado rigor académico con un exigente esfuerzo de difusión, la obra en su conjunto pretende ser un aporte a la educación, en términos formales y no formales. Por ello, los destinatarios de la obra son sus protagonistas, reconocidos en sus diferencias nacionales, étnicas, culturales o regionales. La obra está dirigida de manera especial a docentes, estudiantes, profesionales, comunicadores, líderes políticos y funcionarios vinculados con la integración; pero puede resultar sumamente útil a organizaciones de distinto tipo y al público en general.

5. METODOLOGÍA DE LA OBRA

Si, como se ha indicado, esta obra no es una suma de historias nacionales, sino un esfuerzo por entender los procesos de conjunto, pone énfasis en determinar las tendencias generales de la evolución de los pueblos andinos, rebasando las fronteras de los actuales estados. Asimismo, si lo que se plantea no es presuponer la existencia de un solo protagonista de la historia común, sino percibir la pluralidad de lo andino, el énfasis no es el eje territorial, sino la vigencia de protagonistas colectivos, que se suceden con cambios y continuidades, en las tierras que ahora constituyen los países andinos.

El método de trabajo enfatiza pues, de un lado, las realidades comunes al mismo tiempo que las singularidades nacionales regionales y locales. Asimismo, se ocupa de definir no uno sino varios pueblos como actores que, por una parte, presentan continuidades profundas que pueden detectarse a lo largo de milenios y al mismo tiempo revelan evidentes discontinuidades que permiten la percepción de cambios o etapas de transición.

La *Historia de América Andina* enfatiza el carácter colectivo de sus protagonistas. Se profundiza de este modo en una línea de trabajo que, respetando diversas tradiciones y posturas teóricas, supera visiones descriptivas o de corte biográfico para analizar las realidades de estructura y los procesos de larga duración, como también los marcos de

circunstancias y eventos de duración corta que los historiadores no deben desestimar.

Con las características descritas, una obra como ésta debe forzosamente concebirse como un esfuerzo colectivo, multidisciplinario y comparativo. En consecuencia, desde su planteamiento inicial se la llevó adelante por un grupo académico dispuesto a compartir la experiencia y el proceso de elaboración conjunto.

Al definirla como un esfuerzo colectivo, se entiende a esta historia no como un trabajo en el que participan varias personas simplemente, sino como una elaboración conjunta. Asimismo, cuando se habla de esta obra como una tarea multidisciplinaria, se la concibe como el producto de la participación no solo de historiadores, sino también de otros científicos sociales que pueden aportar a la reflexión histórica: arqueólogos, antropólogos, sociólogos, críticos de arte y literatura, entre otros, han sido convocados para el diseño y la elaboración del trabajo.

Una obra como ésta debe incorporar no solo un significativo número de colaboradores, sino diversas experiencias historiográficas y académicas, varias orientaciones metodológicas y científicas, varias "escuelas" o grupos de trabajo. Esta tarea, indispensable por una elemental condición de pluralismo, y por el enriquecimiento que supone la concurrencia de diversas interpretaciones y tradiciones, ha podido ser cumplida con significativo éxito. En esta historia participan colaboradores individuales, instituciones y grupos, procedentes de más de una docena de países.[9]

Esta obra es, fundamentalmente, un esfuerzo de sistematización de trabajos de investigación previa. Su principal elemento de originalidad radica, pues, en la forma en que esa sistematización es alcanzada en una obra de consulta que tiene como sujeto al conjunto de nuestros pueblos y no a los de un país, una época histórica o perfil étnico o social. La situación del trabajo historiográfico andino, sin embargo, ha exigido que en ciertos temas, la preparación de la obra motive trabajos pioneros, especialmente en el campo comparativo. Se ha cumplido con ello el doble objetivo de cubrir temas previstos e incentivar el conocimiento de campos poco explorados. De este modo, la obra ha im-

[9] Además de académicos de todos los países de la Comunidad Andina, han participado también colaboradores de Chile, Argentina, México, Canadá, Estados Unidos, España, Francia, Gran Bretaña, Alemania e Italia.

pulsado el trabajo histórico especialmente aquel que considera al conjunto de los pueblos andinos como su tema básico.

6. ORGANIZACIÓN Y PREPARACIÓN

En 1992, la Comisión Directiva de la Universidad Andina Simón Bolívar, a base de un documento de propuesta formulado por un equipo en Quito, aprobó la propuesta de preparar como responsabilidad institucional, una "Historia Andina".[10] El trabajo que la obra demandaba fue encargado a la recién establecida Subsede Quito de la universidad.[11] En pocos meses se constituyó el Comité Editorial. Este es el organismo académico rector del proyecto y está integrado por doce miembros. De ellos, seis son procedentes de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile. Otros cinco son expertos en Historia de los países andinos de fuera de la subregión (España, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos). El décimo segundo miembro es el Coordinador General de la obra.

El Comité Editorial se reunió por primera vez en Quito en 1992 y formuló el primer plan de la obra. En años siguientes se realizaron reuniones en Cali, La Rábida y nuevamente en Quito. En ellas se definió el contenido, designó editores de los volúmenes y aprobó las nóminas de colaboradores. Gozó para su labor de completa autonomía académica y contó con el apoyo de un pequeño equipo permanente integrado por el Coordinador General, el Coordinador Académico y la Coordinadora de Gestión, asentado en Quito. Para la ejecución del proyecto se estableció una red de instituciones especializadas en cada uno de los países del área, y en otros países, que ha coadyuvado en las tareas de preparación, de manera especial, en la recolección documental y la realización de las reuniones y eventos especializados.[12]

---

[10] Esa resolución se tomó a raíz de una preocupación surgida en el Parlamento Andino, sobre la necesidad de de contar con un texto de historia de la subregión.

[11] Esta fue una de las primeras tareas de la Subsede Quito de la Universidad Andina Simón Bolívar, que desde 1997 pasó a denominarse Sede Ecuador. A cargo del proyecto editorial ha estado el personal del Área de Historia, como se menciona en los créditos de esta obra.

[12] Se puede mencionar entre otras al INDEAA, Instituto de Estudios Andinos y Amazónicos de la Paz, al TEHIS, Taller de Estudios Históricos de Quito, y al IEA, Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile.

COLEGIO MAYOR TECA UNIVERSIDAD CENTRAL

Los editores de los volúmenes fueron designados de entre los miembros del Comité Editorial, salvo en un caso, en que se encargó justamente este primer volumen a un destacado especialista que no integra ese organismo.[13] Los editores han realizado una labor muy significativa. Se han mantenido en contacto con los colaboradores, han revisado los diversos capítulos, han realizado tareas de edición y han preparado la introducción del volumen.

La *Historia de América Andina* aparece dividida en ocho volúmenes, siete de los cuales están dedicados a una visión diacrónica, que cubre desde el poblamiento inicial hasta la década de los noventa de este siglo. El octavo volumen contendrá un conjunto de ensayos generales que enfrentarán diversos temas globales de reflexión y síntesis. Enfatizando su carácter de divulgación se ha recomendado a sus colaboradores un cuidadoso y ágil uso del lenguaje. Se han introducido también una serie de características editoriales que contemplen la presencia de ilustraciones pensadas en función de los contenidos, no como elementos decorativos, y en la recomendación de una bibliografía fundamental sobre cada volumen.[14] La obra aparece en coedición con LIBRESA, una de las más importantes editoriales ecuatorianas, seleccionada por concurso internacional. Debemos reconocer el esfuerzo de esa empresa por lanzar la obra a tiempo y con la más alta calidad.

7. CONCLUSIÓN

Al cabo de siete años de preparación, la *Historia de América Andina* es presentada en mayo de 1999 en el marco de la celebración del trigésimo aniversario de la suscripción del "Acuerdo de Cartagena" que fue el punto de partida de un proceso de integración andina, que ha caminado ya treinta años. De este modo, la Universidad Andina Simón Bolívar cumple con una de sus funciones básicas, como organismo de la Comunidad Andina y centro académico dedicado a los estudios sobre integración.

---

[13] Para el Comité Editorial no se designó a ningún arqueólogo. Al elegir el editor del primer volumen se resolvió encargarlo a Luis Guillermo Lumbreras.

[14] Agradecemos muy especialmente el apoyo del Museo Chileno de Arte Precolombino de Santiago de Chile, que ha cedido el uso de los gráficos para este volumen.

Pero esta obra está orientada también a un objetivo más amplio, ya que no solo se orienta a promover el proceso integrativo, sino en general, al conocimiento de las realidades andinas en el marco de América Latina y el mundo. Esperamos que esta historia aporte al conocimiento sobre nuestro pasado, nuestra identidad y nuestro futuro, constituyéndose en fuente de consulta, de debate amplio, de conocimiento de nuestras convergencias y conflictos, similitudes y diversidades. Inclusive sus vacíos y limitaciones, que son numerosos, podrán constituirse en una motivación para trabajos ulteriores.

Un trabajo de la magnitud de esta *Historia de América Andina* es siempre fruto de un gran esfuerzo colectivo. No cabe por ello hacer aquí reconocimientos individuales. Nos complace, sin embargo, dar gracias aquí, en forma conjunta, a los miembros del Comité Editorial, a las autoridades de la Universidad Andina Simón Bolívar, al equipo de coordinación y al personal de la Sede Ecuador que ha apoyado la preparación de la obra, así como a sus colaboradores, editores y diseñadores. Esta obra se ha financiado con recursos de la Sede Ecuador de la universidad, con aportes oficiales del Estado Ecuatoriano, y con el apoyo de varias instituciones académicas. Todos ellos han comprometido nuestra gratitud.

Al presentar esta obra a los lectores, me complace expresar la satisfacción de haber coordinado al grupo humano que la hizo posible. Esta historia comienza ahora lo que será una vida propia, que esperamos aporte a la consolidación de la conciencia de unidad en la diversidad de nuestros pueblos, cuya naturaleza y destino definió el Libertador Simón Bolívar hace muchos años[15] cuando dijo: "somos un pequeño género humano".

Quito, marzo de 1999

[15] Simón Bolívar, "Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla", en *Discursos, proclamas y epistolario político*, Madrid, Editora Nacional, 1975, p. 156.


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Introducción al volumen

LUIS G. LUMBRERAS

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

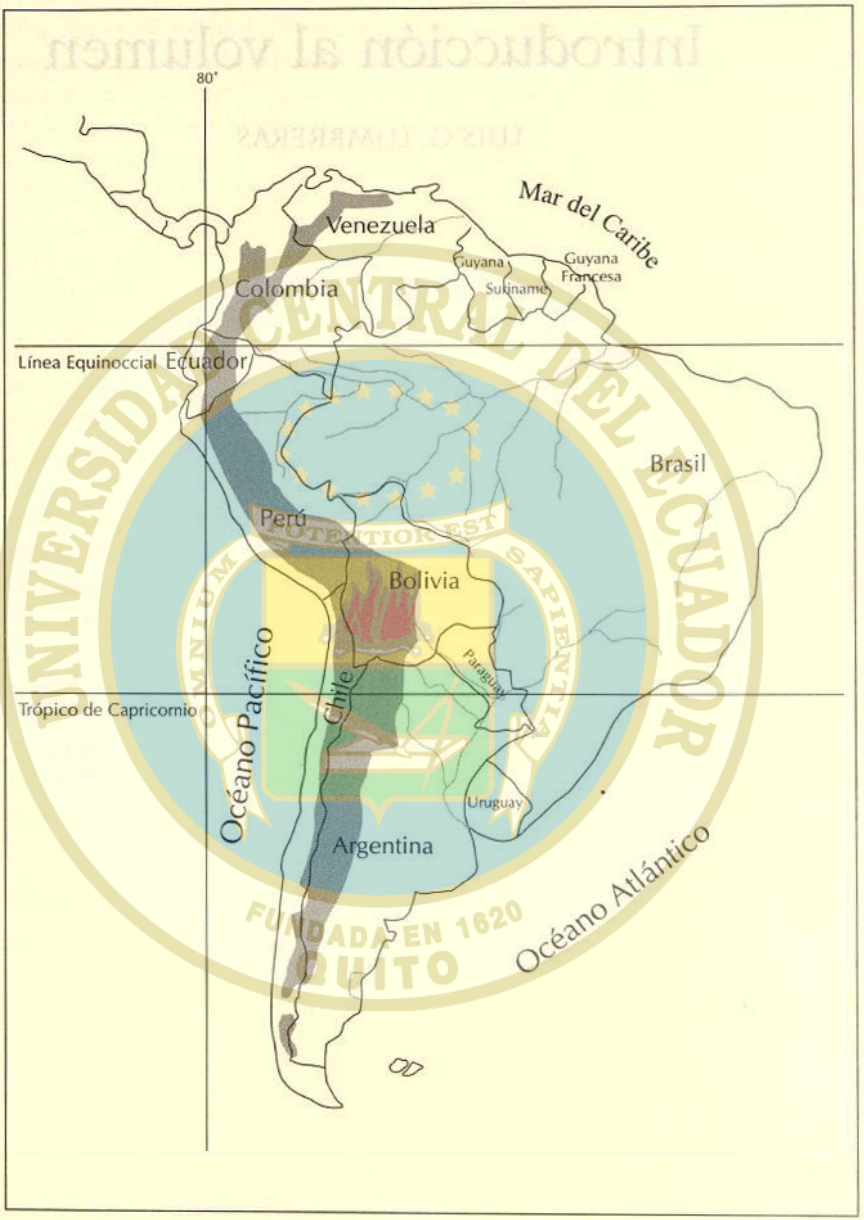


Lámina 1, El área andina en el contexto político de América del Sur.

Este primer volumen de la *Historia de la América Andina*, trata de los pueblos que ocuparon el espacio andino, desde sus lejanos orígenes hasta cuando se produjo la invasión europea, en el siglo XVI. La reconstrucción de este proceso está fundamentalmente en manos de los historiadores que indagan la vida humana a base de los restos materiales dejados por la actividad social, que en los términos convencionales de la ciencia se conocen como arqueólogos. A ellos se agregan los pocos testimonios escritos que nos informan sobre los hechos y costumbres de los habitantes que ocupaban el territorio en la época de contacto con los europeos letrados. Es, por tanto, una etapa de la historia andina que está en trámite de reconstrucción, llena de lagunas y silencios que se van cubriendo a medida que los procedimientos de recuperación y examen de los datos avanzan según el ritmo de perfeccionamiento de recursos teóricos y técnicos de la Arqueología y según la naturaleza y magnitud de los hallazgos de restos arqueológicos y documentos testimoniales. Por eso, no debe extrañar que aparezcan -de tiempo en tiempo- significativos cambios en el ordenamiento y descripción de los datos que nos informan de esta historia.

1. EL TERRITORIO DE LOS ANDES

El área andina cubre un extenso territorio, que comprende todos los países sudamericanos que son cruzados por la cordillera de los Andes, asociados al océano Pacífico que baña las estribaciones montañosas occidentales en casi todo su recorrido. Son pues andinos una sección occidental de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y el occidente de Argentina.

La cordillera de los Andes es una cadena montañosa, de recorrido irregular norte-sur, que geológica y geomorfológicamente debe ser examinada de oeste a este. Realmente, ella nace en el océano Pacífico, como parte de un proceso de desplazamiento de las placas rocosas que interactúan en las profundidades del océano. Las placas marinas presionan al continente en dirección hacia el este, provocando el levantamiento de sus tierras en el frente occidental. Es un proceso permanente y constante, que afecta al territorio con temblores de tierra y otros fenómenos tectónicos. Así es a lo largo de todo el continente, desde Alaska hasta la Patagonia.

Sin embargo, geográficamente, como una elevación continua, nace tímidamente en las Antillas –en el mar Caribe– y Centro América, haciéndose evidente en Venezuela y Colombia. Este territorio está afecto a las condiciones propias del trópico, o más propiamente del ecuador, con zonas de intensas lluvias alternadas con zonas áridas, con una temperatura de promedio alto. En la medida que las alturas dominantes llegan solo excepcionalmente a los 4.000 m, las condiciones climáticas son constantes en todo el territorio, con excepción del páramo, que es una formación natural que se da entre los 3.200 m. y el nivel de las nieves perpetuas -que existe desde Costa Rica (11° de latitud norte) hasta Huánuco-Perú (8° de latitud sur)–. Los páramos son húmedos, con temperaturas altas durante el día y muy frías en las noches; sin mayores variaciones a lo largo del año. Están rodeados por bosques o por sabanas, con vegetación siempre verde, con un escalonamiento de dos o tres paisajes diferentes. Cuando la cordillera cruza el Ecuador, las montañas se hacen progresivamente más altas y anchas, lo que multiplica las diferencias entre los diversos pisos altitudinales, que se escalonan entre sí.

La altitud de la cordillera es ascendente hacia el sur, de modo que en el Perú central y más aún en Bolivia y el norte de Chile, la cordillera tiene varios cientos de kilómetros de ancho y sus montañas más altas sobrepasan los 6.000 m. de altura, con picos como el Huascarán, que tiene 6.768 m. sobre el nivel del mar. Esta altitud y ancho mayores, originan fuertes alteraciones climáticas en los diversos pisos altitudinales, con ambientes de nieves perpetuas de características polares en los niveles más altos y bosques cálidos de ambiente tropical, en los territorios más bajos, pasando por casi todos los paisajes que se registran en el planeta.

Se presentan pues diferencias que varían según la altitud, la latitud y la proximidad de las tierras con el mar. Al sur del Ecuador, la estacionalidad es crecientemente más sensible, especialmente entre inviernos secos y veranos con lluvia, en la cordillera.

De este a oeste, en cambio, las diferencias radican en una progresiva disminución de las lluvias; de modo que mientras el verano es muy húmedo y lluvioso al oriente, lo es cada vez menos hacia el occidente, a tal punto que toda la vertiente occidental se convierte en un desierto en los Andes centrales. Esto se debe –entre otras causas– al hecho que los vientos húmedos y cálidos del oriente se enfrían al elevar-

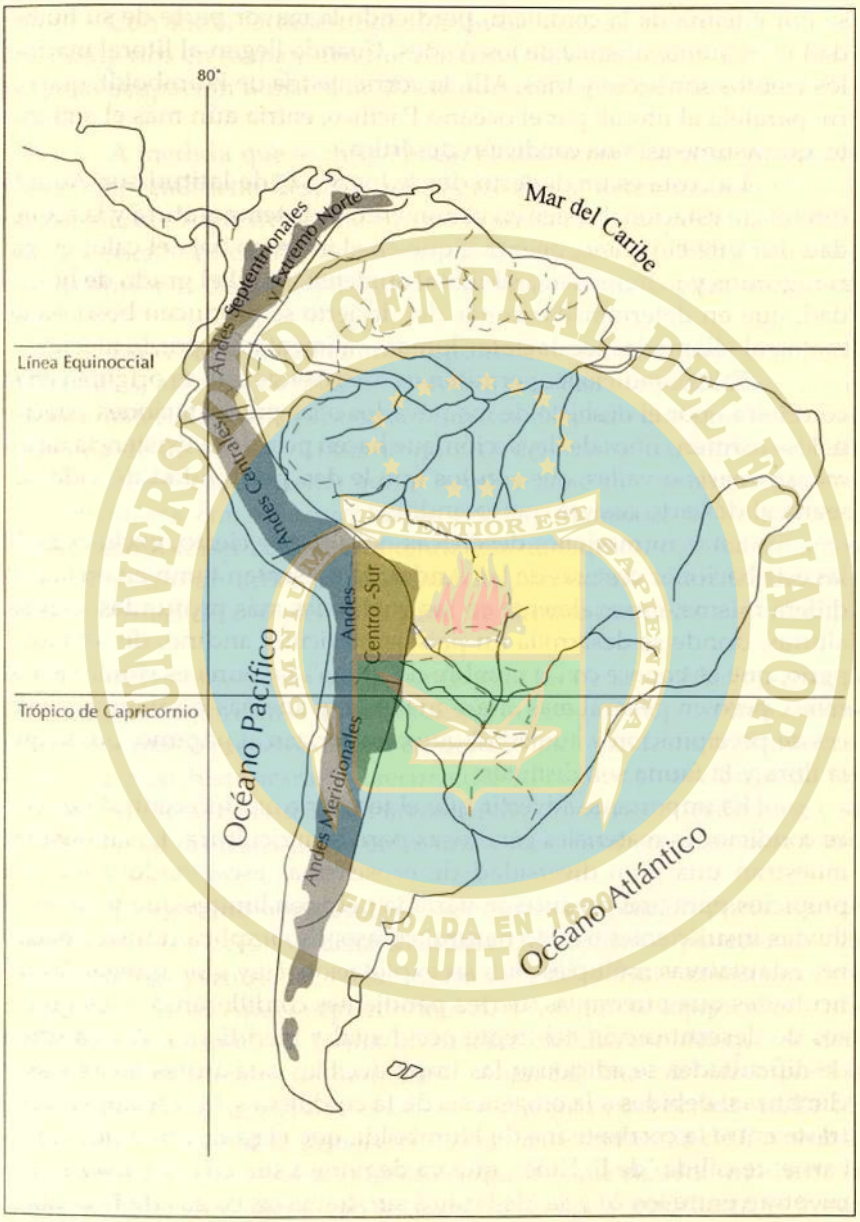


Lámina 2, Las regiones andinas precoloniales.

se por encima de la cordillera, perdiendo la mayor parte de su humedad en el frente oriental de los Andes. Cuando llegan al litoral marino, los vientos son secos y fríos. Allí, la corriente fría de Humboldt, que corre paralela al litoral por el océano Pacífico, enfría aún más el ambiente, que asume así una condición desértica.

La costa es un desierto desde los 5° a 6° de latitud sur. Aquí la diferencia estacional reside en el aumento de la temperatura y la sequedad durante el verano, mientras que en el invierno baja el calor en varios grados y la humedad ambiental aumenta. Es tal el grado de humedad, que en determinadas zonas del desierto se producen bosques de matorral –llamados localmente "lomas"– alimentados por la niebla.

Tales condiciones permiten que los cauces que se originan en la cordillera –por el deshielo de los nevados o las precipitaciones estacionales– formen conos de deyección que hacen posible la existencia de inmensos oasis o valles, que son los que le dan posibilidad de vida humana al desierto costero centro-andino.

Estas formaciones desérticas no son, por cierto, exclusivas de las estribaciones costeras de los Andes; se presentan también en la cordillera misma, especialmente en las quebradas más profundas y en las alturas, donde se desarrolla un paisaje particular andino, de tipo estepario, que se conoce con el nombre de "puna". La puna es similar al páramo, pero en general más alta y más fría, y además no tiene los índices de precipitación y humedad que caracterizan al páramo, por lo que, la flora y la fauna son distintas.

Es importante advertir que el territorio andino central no ofrece condiciones materiales generosas para la agricultura. Las montañas muestran una gran diversidad de ecosistemas escalonados, que son propicios para una producción variada pero con límites que se deben a lluvias insuficientes o riego natural escaso. Eso implica transformaciones adaptativas múltiples para su explotación. Hay que agregar las dificultades que ofrecen las fuertes pendientes cordilleranas y los procesos de desertificación del frente occidental y meridional. A esta suma de dificultades se adicionan las impredecibles catástrofes tectónicas y climáticas, debidas a la orogénesis de la cordillera y los efectos de contraste entre la corriente fría de Humboldt, que viaja de sur a norte, y la corriente cálida "de El Niño", que va de norte a sur, cuyos cursos se encuentran entre los 2o y 4o de latitud sur, frente las costas de Ecuador y Perú.

Con todo, la desertificación de la costa, se compensa con un mar muy rico en fauna y una flora marina muy variada, que hizo posible una ocupación humana de desarrollo constante, a lo largo de milenios.

A medida que se dirige hacia el sur, la cordillera se va angostando, especialmente después del trópico de Capricornio, de modo que se convierte progresivamente en una muralla alta y angosta, que separa la vertiente oriental (Argentina) de la occidentral (Chile), sin tener las condiciones de habitabilidad de los territorios de la puna y el páramo.

Estas diferencias, tanto latitudinales como longitudinales y altitudinales, afectan, de muchas maneras y en distinto grado, las condiciones materiales de la existencia humana, de modo que puede decirse que una de las características singulares del territorio andino es la diversidad de las condiciones que el hombre tiene que enfrentar para vivir. Eso marca, con sello muy fuerte, el comportamiento de los pueblos, que deben romper cualesquier tendencia autárquica, con mecanismos que les permitan articular su existencia con extensos territorios, mediante formas de complementaridad de distinta naturaleza y envergadura.

Tales tendencias autárquicas, propias de las poblaciones agrícolas, y sus mecanismos de articulación interregional, permiten encontrar áreas más o menos extensas en donde funcionan formas de integración regional históricamente recurrentes. Por eso, el territorio de los Andes puede ser dividido en áreas cuyas "fronteras", desde luego, se disuelven en las transiciones entre una y otra. Estas son, de norte a sur:

El extremo-norte andino, que tiene la condición particular de estar entre dos océanos, distanciándose del Pacífico y penetrando, en su extremo septentrional, en las aguas del Caribe. Nace como una prolongación de los Andes septentrionales, de los que se separa en el "nudo" de Pasto, donde se forma un macizo cordillerano del que se desprenden tres ramales de montañas, separadas unas de otras por los cauces del río Magdalena en el oriente y el Cauca en el occidente. La occidental y la central se disuelven en los llanos caribeños de Colombia, en tanto que la oriental se bifurca en ramales que siguen: uno hacia la península de la Guajira, con la sierra de Perija, y otro hacia el borde oriental del golfo de Maracaibo, en Venezuela, con la sierra de Mérida.

No se trata de un mundo homogéneo, allí se alternan ambientes nivales y de páramo frío, con zonas de sabana y bosque húmedo y cálido, con algunos territorios áridos, como los de la Guajira. De algún modo, la cordillera centro-americana y las Antillas son una prolongación de los Andes; los geógrafos y ecólogos establecen que ellas representan el límite norte de la flora y la fauna que caracterizan al mundo andino.

Los Andes septentrionales se ubican entre los 3° y 4° de latidud norte y los 3° y 4° de latitud sur; en plena banda equinoccial, con climas propiamente ecuatoriales, que se asemejan a los del extremo norte andino. La cordillera establece un escalonamiento de varios pisos ecológicos, que van desde montañas permanentemente nevadas y páramos fríos, hasta sabanas y valles (cuencas) de gran fertilidad, rodeados de bosques húmedos siempre verdes. Dispone de un área agrícola de gran importancia, que se complementa con fauna y flora apta para actividades de recolecta y caza. Cubre, fundamentalmente, Ecuador, el sur de Colombia y el extremo norte del Perú. En la costa, eso supone el tránsito de los bosques muy húmedos de Tumaco y Esmeraldas, a los desiertos de Piura. En la sierra, se pasa de los páramos húmedos de Pasto e Imbabura a las progresivamente más secas serranías de Loja y Piura.

Los Andes centrales son el territorio donde se dieron los más complejos niveles de desarrollo económico y social, donde se formó una sociedad urbana organizada en Estados de distinto tamaño, con formas similares a las que se reconocen como "civilizaciones prístinas" en el Medio Oriente, en China o en Mesoamérica. Cruzada por una vasta red de caminos, fue centro de imperios y reinos, como el de los incas que encontraron los españoles cuando llegaron a los Andes en el siglo XVI.

Los Andes centro-sur, íntimamente ligados a los Andes centrales, constituidos por el territorio más árido del espacio andino; tuvieron como eje de articulación el lago Titicaca, ubicado a una altura de 3.800 m.s.n.m., y organizado a partir de una economía pastoril, acompañada de una agricultura cordillerana basada en tubérculos como la papa (*Solanum tuberosum*) y granos, como la quinua y la cañiwa (*Chenopodium quinoa y Ch. pallidicaule*). Es el área donde se encuentran viejas eviden-

cias de la metalurgia y donde se configura un mecanismo de complementariedad en forma de "archipiélago", que permitió la racional y eficiente explotación articulada de los recursos procedentes de los diversos pisos ecológicos, que cubrían áreas muy extensas, con localidades discontinuas de producción, separadas generalmente por extensos territorios intermedios.

Los Andes meridionales, están muy vinculados con el área centro-sur. Comprometen los territorios áridos del n.o. argentino y el norte-chico de Chile, caracterizados por una economía agrícola y pastoril, asociada a un intenso tráfico de productos con caravanas habituadas a los extensos desiertos y punas que caracterizan este territorio, interrumpido por oasis y quebradas con aguas estacionales.

El extremo sur es el territorio donde los Andes se disuelven en el archipiélago chileno y la Patagonia. Alejados totalmente de los ambientes tropicales, ésta es el área de los bosques templados de coníferas y de climas contrastantes, en donde la latitud pesa más que la altitud en la configuración de los climas, con estaciones muy marcadas. Se trata de un territorio maderero, que ahora es usado también para ganadería y algunas formas de agricultura, pero que en tiempos pre-coloniales era habitado por cazadores, recolectores y pescadores.

2. LA OCUPACIÓN HUMANA DEL TERRITORIO

En cada una de estas áreas, la historia comenzó con la inicial ocupación del territorio por los cazadores y recolectores que llegaron a América al finalizar el Pleistoceno, hace quizá unos 30.000 años.

Como el lector podrá apreciar en el primer capítulo de este libro, no es posible aún describir la forma precisa cómo se produjo este primer poblamiento americano y su ulterior avance por el continente. Todos estamos de acuerdo en asumir que la ruta principal debió ser un gran "puente" terrestre, que unía Asia y América durante los períodos glaciales. Conocemos ese puente como *Beringia*. Pudo ser habitado a lo largo de milenios. Fue cubierto por el mar cuando comenzaron a disolverse los hielos; hoy es el "estrecho de Behring" que separa las penínsulas de Alaska y Chokotka, los extremos terrestres de América y Asia.

Estos pobladores de origen asiático, como parte de su largo proceso de ocupación del territorio, avanzaron lentamente hacia el sur, llegando a los Andes antes de finalizar el Pleistoceno, hace 20 o 15 mil años, o antes. Su contacto con este territorio fue cuando todavía estaban vivos grandes herbívoros como el "perezoso gigante" o "megatherium" o un elefante bautizado como "mastodonte", así como pequeños caballos salvajes, "tigres con dientes de sable" o "smilodonte", y otros animales, extinguidos desde hace unos 8 a 10.000 años y que han sido encontrados en nuestro continente en relación a restos de origen antrópico.

La ocupación del territorio andino, por parte de estos cazadores-recolectores, permitió su progresivo dominio de la cordillera, de modo que cuando se produjo la disolución del Pleistoceno y se formó el paisaje actual, pudieron ocupar los distintos pisos ecológicos de manera eficiente. Puede pensarse, desde luego, que los antiguos pobladores pleistocénicos se extiguieron y fueron reemplazados por otros durante el Holoceno; sin embargo, varios testimonios conocidos señalan ocupaciones continuadas, con cambios en las costumbres, que desde luego no debieron producirse de la misma manera en todas partes.

La primera ocupación del territorio es tema de intensas discrepancias entre los prehistoriadores. Ellos no se ponen de acuerdo en la validez de todos los hallazgos y mucho menos en una terminología apropiada para referirse a ellos. Ésta es una época de características indiferenciadas, de donde se conocen poblaciones de cazadores de instrumentos sofisticados –como los de la "tradición Llano" de Norteamérica– o recolectores cuyos instrumentos para cazar o recolectar alimentos son totalmente rudimentarios; en muchos, como ocurre con los cazadores de Monteverde, en el centro-sur de Chile, con instrumentos primarios de hueso o madera.[1]

Los prehistoriadores más conservadores solo aceptan como los más antiguos a los cazadores "paleoindios" –que ya hacían puntas de proyectil muy elaboradas– que habitaron los Andes hace unos 12-13.000 años, aproximadamente, y ponen en duda la existencia de una etapa anterior. En aquel tiempo, los cazadores-recolectores ya habían ocupado AmJrica hasta llegar a la Patagonia, en el extremo sur, según lo prueban los hallazgos de Junius B.Bird[2] y otros.

---

[1] Dillehay, 1986.
[2] Bird, et. al, 1988.

Al final del Pleistoceno y en la fase de tránsito al Holoceno, cerca de 10-9.000 a.n.e., hubo un incremento de la población de cazadores, con un mayor dominio de las condiciones particulares de los espacios andinos en proceso de ocupación. En la cordillera se desarrollaron principalmente cazadores de venados, camélidos y otras especies menores; en los bosques y valles, cazadores-recolectores con una fuerte aproximación hacia el consumo de frutas y plantas; y, en el litoral, gentes adaptadas a la explotación de los recursos marinos.

En los Andes septentrionales, la caza estuvo asociada a una industria muy característica de puntas del tipo "El Inga", aunque el fechado de las mismas todavía no está plenamente establecido. Hay quienes piensan que estos cazadores que hacían puntas de proyectil en forma de "cola de pescado" eran descendientes directos de los "paleoindios de la cultura del Llano", norteamericana, pero no todos están de acuerdo con eso. De cualquier modo, son las mismas, o muy similares, a las que J. Bird encontró en el extremo sur del continente, donde tienen una antighedad de cerca de 11.000 a.n.e.

En la costa centro-andina apareció una población de pescadores conocida como "Paijanense", que cubrió un área muy extensa del litoral, entre Trujillo y Lima. Se identifica, sobre todo, por la confección de unas puntas de proyectil para arpones, con pedúnculo redondeado y hoja triangular.[3]

Lo que siguió a partir del noveno milenio fue un proceso de avances muy significativos en el dominio de los pueblos sobre sus condiciones materiales de existencia. La primera etapa de ese proceso es usualmente conocida como "Arcaico"; de ella se ocupan los artículos II, III y IV de este volumen, a cargo del arqueólogo chileno Felipe Bate, el ecuatoriano Jorge Marcos Pino y la peruana Rosa Fung Pineda.

En esta época se descubrió la agricultura, se domesticaron los animales, se consolidaron poblaciones de pescadores y recolectores de mariscos, de vida aldeana y cazadores altoandinos trashumantes o sedentarios. Fue una era rica en descubrimientos y movimientos de población, de modo que industrias líticas como el "Ayampitinense" –de puntas de proyectil foliáceas– pudieron adoptarse en casi todo el territorio, desde el sexto o séptimo milenio antes de nuestra era, sin que ello afectase el progresivo dominio del ser humano sobre distintas condi-

[3] Chauchat, 1982.

ciones ambientales, determinando ciertas uniformidades en las costumbres de pueblos muy diversos.

Son de entonces las primeras evidencias de arte rupestre, aun cuando pudieran existir otras más antiguas; proceden de las paredes de las cuevas habitadas por los cazadores de camélidos, de modo que el principal tema de sus pinturas son estos animales, aislados o en escenas de caza, en donde también aparecen los propios cazadores. Su familiaridad con los camélidos es apreciable, sobre todo en la puna, donde ellos los llegaron a domesticar hacia el sexto milenio, según los datos procedentes de las punas de Junín.[4]

El registro arqueológico indica que la domesticación de plantas fue un proceso que se inició en los Andes alrededor del séptimo milenio de la era pasada, con la posibilidad que en la floresta tropical pudiera haberse iniciado aun antes. Por ahora, el hallazgo más antiguo procede de la cueva del Guitarrero, en el callejón de Huaylas, en la sierra norte del Perú. Allí se ha establecido el uso de plantas cultivadas tales como los frijoles (*Phaseolus vulgaris*) y el ají (*Capsicum sp*), en proceso de domesticación o ya domésticas.[5] De otro lado, los habitantes de la cueva del Guitarrero eran, principalmente, cazadores, aun cuando incluían muchos productos vegetales en su alimentación, como todo cazador que vive en un ambiente con plantas comestibles accesibles.

Hay evidencia que la actividad cultivadora se fue generalizando desde entonces, pero no hay indicios que induzcan a reconocer cambios inmediatos en la vida de las comunidades recolectoras-cazadoras, tanto en la cordillera como en la floresta tropical o la región costera. No se advierten cambios importantes durante los milenios sexto y quinto; de donde hay registros conocidos se infiere un cierto aumento de población y quizá una mayor aproximación de los asentamientos hacia las tierras cultivables.

En la puna, la domesticación de los camélidos –llama y alpaca– no indujo al abandono de las cuevas o abrigos previamente ocupados.[6] Hasta el tercer o cuarto milenio no se advierten asentamientos diferenciados en la floresta –aunque esto puede deberse a carencias en la investigación– cuando aparecen aldeas cerca de los ríos.[7] En la costa de

[4] Lavallée, et al., 1985.
[5] Lynch, et.al., 1980.
[6] Rick,1980.
[7] Marcos, 1986; Reichel-Dolmatoff,1985.

los Andes centrales, donde aparecen tempranos indicios de cultivo, se advierte un incremento notable de la población, pero más ligado a la pesca y recolecta de mariscos y a la recolección en las "lomas" que a la agricultura.[8]

Los cazadores altoandinos del Arcaico tardío, que vivían en el páramo, rodeados de bosques tropicales, continuaron con una economía esencialmente cazadora[9] y recolectora, aun cuando hay indicios de domesticación del cuy (*Cavia porcellus*) o curi, en los altos de Tequendama, en Colombia, hacia el quinto milenio de la era pasada.[10] Los habitantes de la puna, en cambio, si bien seguían como cazadores de vicuñas y guanacos, tenían una actividad pastoril complementaria, que según parece se ampliaba mediante intercambio de productos con regiones vecinas, de ecosistemas diferentes.

En los valles y quebradas, al sur de la meseta de Junín, en una etapa que está apenas conocida arqueológicamente, con algunos datos aislados de Ayacucho y el cañón de Chilca,[11] que requieren confirmación, se tuvo conocimiento y uso de plantas domésticas de altura, como la quinua y la cañiwa (*Chenopodium quinoa y Ch. pallidicaule*), y presumiblemente la papa (*Solanum tuberosum*), en asociación a la actividad pastoril.

De los Andes septentrionales tenemos valiosas informaciones sobre el cultivo temprano del maíz, con una antigüedad próxima al séptimo milenio de la era pasada,[12] en la costa sur del Ecuador, en asociación con restos de una población identificada como "Vegas", habiéndose confirmado su continuidad –con algodón y cerámica– en el tercer milenio antes de nuestra era en asociación con la ocupación Valdivia.[13]

En el lapso comprendido entre los años 4.000 y 2.500 a.n.e, aparecieron florecientes aldeas de alfareros en el bosque húmedo tropical de la costa caribe de Colombia y en las costas del Guayas en el Ecuador; en las serranías de Ancash y Huánuco se formó una población de agricultores acerámicos de la tradición Kotosh-Mito; en la costa norte y central del Perú se produjo una intensificación productiva marinera y hortícola de alcances notorios. No cabe duda que fue una etapa de

[8] Benfer,1986.
[9] Lynch y Pollock, 1980; Temme, 1982.
[10] Correal y Van der Hammen, 1977.
[11] MacNeish, 1969; Engel, 1970.
[12] Stothert, 1985.
[13] Pearsall, 1988.

grandes logros, en la que, además, creció mucho el número de plantas cultivadas, con aportes de todos lados.

La alfarería apareció en ese tiempo, entre el norte de Colombia y el sur de Ecuador. Parece que también en la Amazonía, más al oriente. No sabemos bien si como resultado de invención independiente o como producto de influencias externas. Meggers, Evans y Estrada, en 1965, sugirieron un origen transpacífico de la cerámica Valdivia, procedente de Jomon del Japón, mientras que Donald Lathrap y sus discípulos,[14] propusieron relaciones con la Amazonía o una procedencia local posible (Marcos, 1988). No conocemos antecedentes locales, aunque el sitio de Monsd (Reichel Dolmatoff,1985) presenta fechados muy antiguos, correspondientes al cuarto milenio de la era pasada; el período Turbaná, el más antiguo, culmina cerca de 3.350 a.n.e. que es cuando comienzan Puerto Hormiga y Valdivia, que eran los más viejos vestigios de cerámica conocidos.

Con los alfareros se inaugura en los Andes una etapa muy rica en información arqueológica; sus inicios se identifican con el nombre de "Formativo". La cerámica tuvo una lenta maduración en la región ecuatorial, habiéndose iniciado su expansión o difusión después del 2000 a.n.e. Hay indicios que señalan, sin embargo, más de un foco de difusión en los Andes centrales, que inducen a pensar que la alfarería fue introducida también desde la Amazonía, sin descartar posibles invenciones independientes.

En la sierra nor-central del Perú, una agricultura de riego natural y de secano, exitosa, acompañó el desarrollo de una población que se identifica con la construcción de unos recintos,[15] que recuerdan las casas "principales" de los indios del noroeste de Norteamérica, que consisten en cuartos de planta sub-cuadrangular, con una banqueta lateral que rodea un piso plano, en cuyo centro se ubica un fogón u hogar construido de manera cuidadosa, cuya fuente de aire provenía del exterior del recinto mediante un tubo subterráneo construido con igual cuidado e ingenio. Hay varios asentamientos, en Huánuco y Ancash, con este tipo de edificios construidos a fines del tercer milenio, que indican alguna forma de diferenciación entre personas o actividades. Uno de ellos, La Galgada (Grieder y Bueno, 1985), es un ejemplo espectacular, tanto por sus dimensiones como porque usa recursos arquitec-

[14] Lathrap, Marcos y Zeidler, 1977.
[15] Izumi y Sono, 1963.

tónicos muy vistosos y similares a los que más tarde fueron usados por los constructores de los grandes centros ceremoniales como Chavín de Huántar.

En la costa desértica del Perú, las condiciones fueron diferentes, debido sobre todo a que la implantación de la agricultura implicó el desarrollo de una compleja red de procesos de trabajo, con diversos niveles y formas de especialización.

En muy pocos siglos, entre 2.500 y 1.800 a.C., la costa entre Trujillo y Lima aumentó su densidad poblacional y se organizó en poblados permanentes, próximos a centros con edificios de estructura estable, de obra y función pública o comunal y que, hasta donde nuestros conocimientos alcanzan, cumplían funciones ceremoniales aparentemente ligadas a la predicción del tiempo, entre otras. Así son los poblados de Alto Salaverry (Pozorski, 1977) y Salinas de Chao (Alva, 1986) cerca a Trujillo, o Áspero en Supe (Feldman, 1980), para citar solo algunos de los muchos ya conocidos. Se caracterizan por la presencia de "plazas hundidas" circulares, como las que más tarde aparecieron en los templos de la época Formativa, o en la edificación de plataformas obviamente ligadas a una función ceremonial (Williams, 1985).

Si estos procesos de asentamiento se desligan de las actividades productivas centrales, como la agricultura y la pesca, no pasan de ser anecdóticos. Por el contrario, si se les asocia a ellas, representan la clave para la comprensión del singular proceso de diferenciación de los Andes centrales frente al resto de la región. La asociación de los complejos edificios no-domésticos con la agricultura es posible si uno descubre que la arbitrariedad de las plataformas piramidales, los incomprensibles espacios y divisiones de los recintos, etc., pueden ser explicados si son asociados a una función "predictiva" del tiempo, es decir calendárica. En México[16] (Aveni 1991.) ha sido posible asociar –con base en observaciones empíricas– edificios de una etiología equivalente, y en los Andes ya hay varios avances en esa dirección. Si esos edificios fueron parte de un trabajo destinado a fines calendáricos, entonces ellos fueron parte de una actividad agrícola. No se requiere de un gran esfuerzo de reflexión para saber que en lugares como la costa centroandina, la necesidad calendárica de las tareas agrícolas demanda niveles muy altos de precisión; así es, aun hoy. La falta de predicción del tiempo impide asegurar el éxito de la campaña de cada año, y toda la

[16] Aveni, 1991.

inversión de trabajo, insumos y demás, tiene que estar regulada por esa calendarización. Si la tecnología calendárica es solo una parte de la actividad agraria, los especialistas que trabajan en ello, tienen el papel y la importancia que sus previsiones tienen para la población. Si son así las cosas, podemos decir que a partir del 2.000 de la era pasada, los trabajadores de los "templos" centro-andinos fueron aumentando y haciéndose cada vez más importantes, pues los templos crecieron y aumentaron, en todo sentido. Podemos decir también, que ese sector de la población se fue diferenciando del resto de la población, debido a la naturaleza progresivamente más especializada de su trabajo, a tal grado que en un momento dado, unos y otros eran clases de gente muy distinta.

Todo eso estuvo acompañado de varios factores de desarrollo simultáneo. Uno fue el ascenso poblacional, apoyado inicialmente en una estable economía de base marítima, que permitió una exitosa sedentarización desde al menos el quinto milenio de la era pasada (Benfer,1983). Los pescadores-recolectores de mariscos y los habitantes de las "lomas" no eran ajenos a la producción agrícola, de la que se abastecían de insumos para redes y flotadores (algodón y calabazas), pero además tampoco eran ajenos al hábito de observar el movimiento de los astros y otros indicadores calendáricos (de cambios cíclicos y eventuales en el tiempo), con los que todo hombre de mar se encuentra consistentemente asociado: el control de las mareas y su relación con los cambios lunares, así como las alteraciones faunísticas ligadas a los cambios climáticos y estacionales, tienen que haber cumplido un papel muy importante en la formación de un sistema de conocimientos de predicción del tiempo, que al aplicarse a la agricultura, se convirtió en un instrumento principal para garantizar la eficiente explotación de los conos aluviales que hasta entonces eran mínimamente usados.

Desde luego, estos conocimientos –en la costa– eran poco eficientes en la intensificación de la producción agrícola, a menos que se dispusiera de una tecnología suficiente para convertir los fangosos e irregulares conos aluviales en valles cultivables. Esto solo era posible con una adecuada infraestructura de riego, que habiéndose iniciado con simples acequias de derivación de las aguas de los ríos, debió ampliarse como una red de canales que incorporaran a la producción, de modo ascendente, todo el cono de deyección y aún las tierras fértiles interfluviales.

Este fue el punto de partida de una exitosa historia del trabajo, progresivamente acumulado y ampliado. Los especialistas en ingeniería hidráulica y elaboración de calendarios –trabajadores intelectuales– centraron su actividad en los templos, lugares construidos para servir como observatorios astronómicos, centralizar servicios y, desde luego, cubrir prácticas mágico religiosas que hicieran posibles sus actividades.

A medida que la eficiencia de los proyectos agrícolas hizo posible la intensificación productiva y el ascenso de la población, los templos crecieron y aumentaron, formando los llamados "centros ceremoniales", que son la base sobre la que se organizó la sociedad urbana en los Andes. En este estado de cosas se produjo igualmente un incremento de los contactos entre diversas regiones. Es así también que se inició una diferenciación entre los Andes centrales y los demás territorios andinos, cuyos avances si bien fueron también de intensificación agrícola, no requirieron del tipo de trabajo especializado que exigía la agricultura centro-andina, en rubros tan diferentes de las faenas del campo como la astronomía o la ingeniería hidráulica. En cualquier caso, tales rubros no requerían de la elaboración de instrumentos de trabajo tan complicados como los centro-andinos.

Pero el proceso de afirmación agraria, que tuvo un desenlace urbano en el norte del Perú, no es generalizable a los Andes centrales; es importante advertir que fenómenos muy conocidos, como el del imperio inkaico, solo parcialmente se asentaron en dicho proceso. Para los arqueólogos peruanistas son muy claras las diferencias entre lo que ocurrió al norte y al sur de la meseta de Junín y Lima; al Sur no existen mega-proyectos hidráulicos similares a los de Chimú u otros estados norteños y, tanto en Ayacucho como en Cusco, los asentamientos urbanos no derivaron de centros ceremoniales del tipo de los de la costa Norte, si bien asimilaron y copiaron muchos de sus elementos y muchos de los que se formaron en el altiplano del Titicaca. Como se discute en el artículo respectivo, no se da la explicación "hidráulica" en el sur, o, en todo caso es muy distinta a la del Norte. Los grandes estados expansivos que se formaron en el sur no nacieron bajo el comando de los trabajadores intelectuales sino de los guerreros que, detrás de sus ejércitos, llevaban mercancías y funcionarios que cobraban trabajo a los sometidos.

Historia distinta es también la de los Andes meridionales de los que se ocupa Lautaro Núñez. En las secas punas y quebradas del

norte y centro-oeste argentino y del norte-chico chileno, el apoyo en el pastoreo fue fundamental, aun cuando la agricultura de oasis fue practicada de manera extensiva.

En los Andes septentrionales, el éxito en el manejo del ambiente húmedo de la floresta tropical se hizo extensivo a todo el proceso. La expectativa evolucionista simplista, que esperaba que alguna vez llegaran a darse sociedades urbanas iguales a las de los Andes centrales, ha hecho perder de vista el rico proceso de desarrollo que tuvieron las poblaciones de esta región. Los altos niveles de organización "cacical", considerados generalmente como una fase "en tránsito" hacia formaciones estatales, representan un nivel de desarrollo diferente pero equivalente al de los Andes centrales. Aquí, las formas y condiciones del trabajo condujeron a relaciones sociales e instituciones diferentes, que al conectarse con las vecinas avanzaron –ambas– en direcciones igualmente diversas. No es la historia andina un proceso lineal que se puede fácilmente explicar con un simple equema evolucionario; se trata de un desarrollo desigual que al activarse históricamente fue combinando experiencias que permitieron un avance sostenido de sus poblaciones.

El pensamiento evolucionista unidireccional observa generalmente que los cambios históricos norteños fueron mucho más lentos que los del centro y que las sociedades nor-andinas eran conservadoras, quedando con sus instituciones económicas y sociales en una situación de largos estancamientos. Si se observa la historia a partir del parámetro de los cambios requeridos por el proceso central-andino, esto parece cierto. Es porque se da el supuesto erróneo que en algún momento debían aparecer tecnologías, asentamientos e instituciones iguales a las del centro. Eso no tuvo que ocurrir nunca, a menos que hubieran contactos entre esos pueblos, de donde por cierto las consecuencias no tenían que ser las mismas. La expectativa que Sogamoso o Bogotá llegaran a ser alguna vez como el Cusco, asumiendo que esos asentamientos muiscas eran "antecedentes" de un fenómeno estatal equivalente al de los inkas, es una ilusión histórica equívoca, pues los antecedentes del Cusco no pasan por una historia como la de la meseta cundiboyacense y ésta, a su vez, se sustenta en parámetros económicos e históricos muy diferentes. En cambio, parece legítimo asumir que el papel de los muiscas era ya, en el siglo XVI, equivalente al que el Cusco tenía en ese mismo momento, en condiciones y con premisas diferentes. No es el uno un "nivel" del otro; se trata de niveles evolutivos desi-

guales pero equivalentes. El contacto entre unos y otros pudo tener consecuencias similares a las que se dieron con el contacto entre los romanos y los "bárbaros" germanos y otros.

Estas condiciones favorecieron un activo proceso de regionalización, derivado de la optimización de los recursos naturales por cada una de las poblaciones, vía la agricultura, adoptando estrategias de explotación ampliada de los territorios. Es así como tenemos, en los Andes, una infinidad de procedimientos de apropiación de los recursos, adecuados a las condiciones del clima, el suelo, las pendientes, etc. A ellos se agregan patrones de los asentamientos también concurrentes con las condiciones naturales y las exigencias de cantidad y calidad de la fuerza de trabajo. Las tecnologías desenvueltas corresponden a las necesidades de su implantación, siendo las más complejas las que están asociadas a la producción de los bienes de subsistencia, aun cuando la manufactura y los servicios crecieron igualmente según las condiciones históricas. Es de advertir que el intercambio de experiencias no disloca el rumbo de los procesos evolutivos autogenerados, sino que los refuerza, de modo que no todas las estrategias económicas o sociales del entorno, por muy eficaces que fueran en sus centros de desenvolvimiento, fueron por fuerza asumidas por otros, eso impidió la homogeneización de las conductas aun en procesos impuestos por la fuerza, como los de los estados expansivos.

El desarrollo tecnológico y poblacional que posibilitó la expansión económica del área central andina, a partir de un régimen de clara inspiración urbana, con una organización política centralizada, con sistemas de producción progresivamente ampliados, asociados a mecanismos de previsión y redistribución sumamente generosos, desembocó en una ruptura de las tendencias autárquicas regionales, que se habían desarrollado a la sombra de la optimización de los recursos locales. En la segunda mitad del primer milenio de nuestra era, las gentes y sus productos comenzaron a circular en los Andes centrales en una y otra dirección, lo que no impidió, por cierto, el mantenimiento de las tradiciones y formas locales o regionales que hasta hoy sirven de "sello" a sus habitantes. Se formaron, desde entonces, Estados de diverso grado de poder, como el de Wari, Chimú o el del Cusco. El Estado y los cacicazgos son expresiones jurídicas de las relaciones de poder que se caracterizan por su definida vocación expansionista, aun cuando mantienen una estructura y estrategias expansivas diferentes. En el norte, for-

maciones cacicales como la de los muizcas estaban en un proceso de progresiva ampliación de su área de influencia en el sigloXVI, en tanto que los inkas del Cusco habían formado un Imperio que comprendía el extremo sur de Colombia y lo que hoy son Ecuador, Perú, Bolivia, más del 60 por ciento de Chile y tanto el noroeste como el centro-oeste de Argentina, desde la tierra de los Pastos hasta la de los Picunches y los Huarpes.

Cuando llegaron los españoles, en el siglo XVI, había un Emperador "Sapan Inka", en el centro del poder, y una vasta red de funcionarios ligados a los nobles "Orejones" del Cusco. Este Estado resumía una larga experiencia de organización económica y social en el territorio andino y, por lo tanto, era una empresa eficiente y exitosa.

No era un paraíso; el esquema político funcionaba dentro de un régimen autárquico impuesto por los cusqueños sobre pueblos que en muchos casos ni siquiera hablaban la lengua de los inkas: en el norte predominaban lenguas del tronco macro-chibcha, en los Andes centrales se hablaba el sec, el muchik o yunga, al menos tres dialectos del quechua, varias lenguas del tronco aru, el kunsa y lenguas del tronco mapu.

No fue un paraíso, pero el Estado garantizaba la reproducción y desarrollo de la población mediante programas de previsión económica y social, con almacenaje abundoso y controlado de alimentos, vestidos y otros recursos. Se construían graneros y otros almacenes, como primera medida en cada zona conquistada, a la par que se establecía el centro administrativo que hacía evidente la presencia del Imperio y le servía a éste para su administración. Aumentó la población y los programas de incremento de la infraestructura productiva estaban también en ascenso y expansión.

Esta historia se interrumpió parcialmente en el siglo XVI, cuando llegaron los europeos. Desde entonces continuó una historia diferente, colonial. Los inkas gobernaron los Andes algo menos de un siglo, desde comienzos del siglo XV, cuando iniciaron sus conquistas, hasta 1533, cuando se comenzó la guerra de España contra el Tawantinsuyo.

Hasta este punto llega este volumen de la *Historia de América Andina*, que aún dificultosamente está saliendo de las circunscripciones nacionales modernas y de las fantasías de antaño.

PRIMERA PARTE

El hombre y el medio

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

CONTENIDO

PRIMERA PARTE: EL HOMBRE Y EL MEDIO

I. EL POBLAMIENTO DE LOS ANDES

1. INTRODUCCIÓN
2. LA INVESTIGACIÓN EN SUR AMÉRICA
3. EL PAISAJE Y EL AMBIENTE NATURAL A FINALES DEL PLEISTOCENO
4. LOS PATRONES CULTURALES Y LOS SITIOS ARQUEOLÓGICOS PLEISTOCÉNICOS
   - Toca do Boqueirão da Pedra Furada
   - Monte Verde
   - Tagua-Tagua
   - Los Toldos
   - Caverna de Pedra Pintada (Monte Alegre)
   - Lapa Vermelha IV
   - Paiján
   - Tequendama
   - Tibitó
   - Taima-Taima
   - El Inga y otros sitios ecuatorianos
5. CONCLUSIONES

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

1. INTRODUCCIÓN

Los primeros seres humanos llegaron a América desde hace varios miles de años, procedentes del Viejo Mundo, como producto de un lento proceso de colonización. Hoy existen dudas acerca de que el paso a través del estrecho de Bering haya sido la ruta más antigua, como se creía hasta hace muy poco. El avance de las investigaciones en Asia y Norteamérica no ha arrojado luces sobre las relaciones culturales entre estas dos áreas; por el contrario, los resultados más recientes obligan a pensar en hipótesis alternativas a las tradicionales. Todos los especialistas están de acuerdo en que el poblamiento de América no fue el producto de la migración de un grupo humano particular, sino la consecuencia de innumerables llegadas de pequeñas comunidades a través de diferentes rutas. En los últimos años, la aceptación del sitio arqueológico de Monte Verde (en Chile) y de su edad alrededor de 12.500 años antes del presente, así como el reconocimiento de una gran diversidad de modos de vida de los seres humanos al comienzo del Holoceno, han obligado a la generación de nuevas hipótesis, algunas de las cuales consideran contactos transoceánicos, tanto a través del Pacífico como del Atlántico. Aunque ninguna de estas hipótesis posee datos arqueológicos que la sustenten, los mismos datos disponibles hacen que hoy se acepte con menor reserva la idea de que muchos de los primeros grupos humanos que se establecieron en América llegaron a través del océano, en viajes que partieron desde distintos puntos en el Viejo Mundo y llegaron a diferentes costas americanas. La imagen de grupos humanos caminando a través del hielo, parece haber empezado a ser cambiada por la de pequeñas flotillas de canoas moviéndose de isla en isla, o desplazándose a lo largo de los litorales. Desde hace años se han venido planteando varios posibles modelos:

El **primero** considera varias oleadas de poblaciones pequeñas que se dirigieron por mar hacia la zona sur de las islas Aleutianas, navegando de isla en isla hasta alcanzar el área de los actuales estados de Washington y Oregon al noroeste de los Estados Unidos, las cuales siguieron la línea litoral del Pacífico hacia Centro y Sur América. Este modelo, presentado por Ruth Gruhn, se basa en: (a) datos lingüísticos que refuerzan una mayor profundidad temporal de las lenguas a lo largo del Pacífico, lo que se interpreta como una prueba de mayor anti-

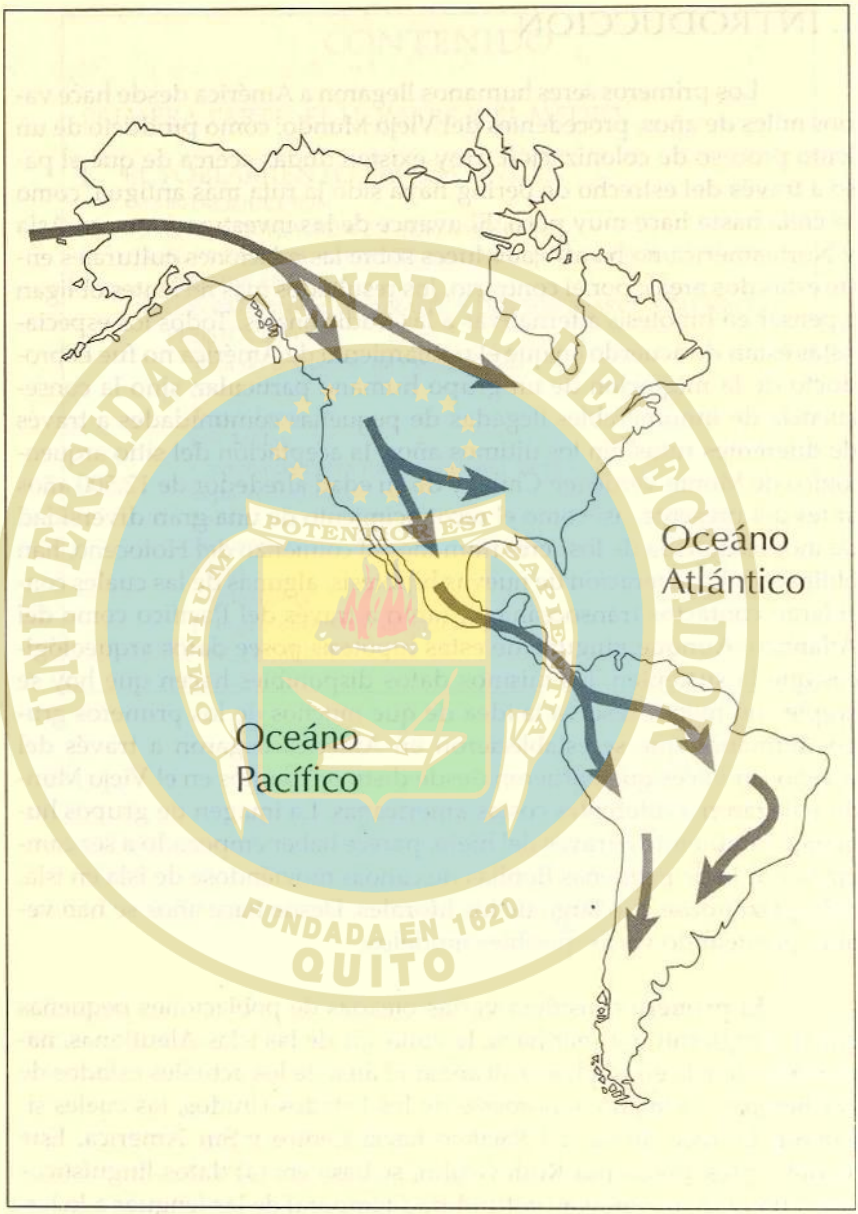


Lámina 3, Rutas migratorias de los cazadores-recolectores pleistocénicos.

güedad de estas poblaciones; (b) los datos arqueológicos que indican una mayor antigüedad de los asentamientos suramericanos sobre los sitios más conocidos de Norteamérica, lo que se interpreta como el producto de que los sitios norteamericanos más antiguos se hallan bajo el océano hoy en día; y (c) la ausencia de sitios antiguos en la vía Bering-Yukón (a pesar de intensivas investigaciones), que sustenten las ideas de un poblamiento inicial por esta ruta.

El **segundo** modelo plantea contactos muy antiguos entre África y América del Sur (en específico hacia la región costera de la selva del Amazonas) a través de la navegación por el Atlántico. Este modelo, presentado por Donald Lathrap se basa en: (a) datos botánicos sobre algunos tipos de calabazas, algodón y bejucos de origen africano, presentes en las selvas suramericanas; (b) análisis de narraciones y tradiciones orales suramericanas; y (c) el carácter fluvial de las culturas de selva tropical en Sur América, lo que implica un manejo muy temprano de las técnicas de navegación y del uso de los grandes ríos como avenidas para la colonización y el intercambio.

El **tercero**, que puede considerarse como una variante de los anteriores, plantea que hubo contactos muy antiguos entre el noreste de Asia y el noroccidente de los Estados Unidos, los cuales se originaron en Europa (y los cuales serían los portadores de la "cultura de cazadores Clovis"). Este modelo, recién planteado por Dennis Stanford, del Instituto Smithsoniano de Washington, reconoce la existencia de poblaciones anteriores a estos "europeos" portadores de puntas Clovis, y se basa en: (a) varios hallazgos recientes de restos humanos en los Estados Unidos, en particular un esqueleto en Kennewick (en el estado de Washington), y una mandíbula en una cueva al suroccidente de Alaska, los cuales tienen edad Clovis pero cuyo estudio morfológico ha revelado rasgos caucasoides; (b) las relaciones morfológicas que se pueden establecer entre las puntas Clovis y los artefactos solutrenses; y (c) la enorme movilidad necesaria para adquirir las materias primas utilizadas en la fabricación de las puntas de proyectil Clovis, la cual es relacionada con la utilización muy temprana de canoas para la exploración y el transporte de materias primas a través de las grandes corrientes fluviales del sureste de los Estados Unidos. Esta hipótesis debe aún explicar las causas de la concentración de poblaciones de gente porta-

dora de puntas Clovis en el este de los Estados Unidos, si los primeros grupos arribaron al noroeste de su actual territorio.

Así, la investigación sobre el poblamiento más antiguo de América está retornando sobre viejas ideas que fueron descartadas por no reunir los requisitos mínimos para ser probadas. Hoy, el desarrollo de un tipo de técnicas de investigación imposibles de imaginar hace unos cuantos años (todo el conjunto denominado "arqueología molecular") y la colaboración interdisciplinaria, han permitido la obtención de datos invisibles hasta hace poco (microestratigrafía, técnicas de datación, análisis físicos y químicos de suelos, observación y reconocimiento de sustancias adheridas, análisis moleculares, etc.), y una mayor confianza en el establecimiento de las relaciones entre diversas poblaciones de restos humanos (estudios del DNA presente en los orgánulos mitocondriales). Estos desarrollos han permitido reconocer una antigüedad mayor que la de once mil años para el establecimiento de los seres humanos en Sur América, y generan esperanzas sobre los resultados del estudio genético que apenas se inicia con los restos humanos bien fechados localizados en los meses pasados en los Estados Unidos.

No obstante, el estudio del poblamiento más antiguo de América constituye uno de los problemas de investigación más difíciles en la arqueología mundial. Los primeros humanos se movilizaban en grupos muy pequeños y ocupaban sus campamentos por cortos períodos de tiempo, lo que hace en extremo complicado seguir sus desplazamientos, encontrar sus viviendas o interpretar el registro arqueológico correspondiente a sus actividades cotidianas. Parece obvio que entre más antigua sea la ocupación, más problemas habrá para su estudio. Por esa razón, la mayoría de los sitios que se presentaron como pre-Clovis[1] en toda América han estado sujetos a muy fuertes críticas. Una

[1] Los arqueólogos han denominado "puntas Clovis" a un tipo particular de puntas de flechas y lanzas talladas en pedernales de excelente calidad, las primeras de las cuales fueron halladas a comienzos de los años treinta en el sitio de Clovis, en los Estados Unidos, cuya principal característica es su forma similar a una hoja de laurel, con una escotadura en la base y una acanaladura que pudo haber servido para encabar la punta en el palo de la flecha o de la lanza, y cuyo tamaño dependía de las intenciones de los artesanos. Hay ejemplares conocidos de varios tamaños, desde tres centímetros de longitud, hasta un poco más de once. También se sabe que muchas de las puntas más pequeñas fueron el producto de la readaptación de ejemplares mayores que se habían fracturado por el uso. Estos objetos han aparecido asociados con huesos de grandes herbívoros extintos, por lo que se ha supuesto que sus portadores las fabricaban para cazar

situación parecida ocurre con los yacimientos arqueológicos pertenecientes a los cazadores de grandes animales y portadores de las puntas Clovis. A pesar del carácter de solidez que presenta la información correspondiente y de que todos los especialistas están de acuerdo en que la presencia de estos cazadores está demostrada y, de hecho, ocurrió, tan solo se cuenta con diez yacimientos Clovis bien estudiados, datados y publicados en Norte América, y con ninguno de ellos en Centro y Sur América, aunque se conocen algunas puntas de proyectil que podrían ser del estilo Clovis en Guatemala, Costa Rica, Panamá y Venezuela. En total, en Sur América se han estudiado alrededor de 95 sitios de este período antiguo, de los cuales solo se han excavado parcialmente unos 40 y, de éstos, solo trece poseen fechas radiocarbónicas que se pueden considerar recogidas y tratadas con rigor como para permitir un análisis y discusión serias.

2. LA INVESTIGACIÓN EN SUR AMÉRICA

La investigación acerca del poblamiento más antiguo de Sur América es muy reciente. En casi todos los países (incluyendo México y los de Centro América) se inició apenas hacia 1960. Argentina es una excepción, gracias a los trabajos realizados por Ameghino desde finales del siglo pasado. Las preocupaciones iniciales de los investigadores giraron sobre la fecha de la llegada de los primeros seres humanos a esta zona del planeta. Al descartar que los primeros humanos hubieran ingresado desde el Viejo Mundo al sur del continente, se asumió que las rutas y características del poblamiento de América del Sur dependían de los datos e interpretaciones producidos en el norte. Este hecho, sumado a la idea generalizada de que los primeros avances de los humanos en su colonización de Sur América se tuvo que hacer por áreas abiertas o semiabiertas, no generó grandes debates en torno del modelo que indica que los primeros grupos se desplazaron a través de la costa Pacífica de Panamá, para continuar después a lo largo de la costa

a esos animales. Desde la década de los treintas se consideró que los "cazadores" que usaban las puntas Clovis, las cuales han sido halladas en estratos fechados alrededor de 11.200 años antes del presente, eran los primeros pobladores de América. Sin embargo, siempre ha estado abierta la posibilidad de que hayan existido poblaciones anteriores a las de Clovis (que llegaron a América antes de 11.200 años), que no usaban este tipo de artefactos y que fundamentaban su economía en la explotación de una amplia gama de recursos.

Atlántica de Colombia, Venezuela y Brasil, hacia las desembocaduras de los grandes ríos (Magdalena, Orinoco, Amazonas), los cuales fueron usados como vías preferenciales hacia el interior. La imagen presentada implicaba que los grupos humanos debían buscar y escoger áreas abiertas con suficientes especies de cacería para asentarse, lo cual convertía a las regiones boscosas en obstáculos que debían salvarse con rapidez, a la vez que explicaba el poblamiento discontinuo del continente y la velocidad con la que hubo humanos desde Alaska hasta la Patagonia. El poblamiento de las tierras altas andinas se consideraba posible gracias a los cambios climáticos correspondientes a las épocas más frías, los cuales trajeron consigo la retracción de grandes áreas de bosque y la apertura de corredores abiertos entre las tierras bajas y altas, por los cuales pudieron moverse tanto los grandes mamíferos como los seres humanos.

A finales de los treintas, Junius Bird creyó haber resuelto las preguntas cronológicas en su investigación al sur de la Patagonia, e inició un nuevo ciclo de problemas con la discusión del tipo de sociedades que habrían poblado por primera vez a América del Sur y sobre los mecanismos de su dispersión por todo el continente americano. La discusión sobre la dispersión de los cazadores de grandes animales (mamuts, mastodontes, caballos, perezosos gigantes, venados de cola blanca, entre otros), portadores del estilo de puntas de flecha conocidas como Clovis, o sobre la existencia de una colonización aun más antigua, por parte de recolectores cazadores diversificados, tomó lugar y ha ocupado a los especialistas por muchas décadas. En el presente hay una tendencia grande a admitir que no existe una secuencia cultural continua entre Norte y Sur América y a observar los cambios tecnológicos y económicos en Sur América como respuestas locales a las características particulares del medio ambiente natural y social en el cual se desarrolló la vida de las primeras comunidades humanas en esta parte del continente. Se acepta que al final del Pleistoceno y comienzos del Holoceno[2] existió una gran variabilidad en cuanto a las formas de vida de las comunidades humanas establecidas. Los arqueólogos han descubierto sitios arqueológicos correspondientes a sociedades de cazadores y recolectores muy móviles, así como sitios que indican un verdadero mosaico de diferencias culturales relacionadas con importantes varia-

[2] Los geólogos han establecido que el Pleistoceno se inició hace cerca de dos millones de años y que terminó hace alrededor de diez mil años, de manera que esa es la fecha de la iniciación del Holoceno, o época actual.

ciones ambientales, las cuales hicieron que las poblaciones humanas practicaran una economía diversificada, disminuyeran su movilidad, y mantuvieran intensas redes de comunicación. Este mosaico cultural ha sido denominado por algunos especialistas como modo de vida *arcaico*, y existió en América hasta hace cerca de 3.000 años. Algunos investigadores consideran que esta enorme variabilidad cultural que incluye la presencia de fuentes de subsistencia muy amplia, solo existió en una época posterior a un modo de vida considerado más antiguo, llamado por ellos *Paleoindio* o de cazadores. No obstante, las teorías más recientes sobre cazadores recolectores, surgidas de estudios etnográficos e históricos de larga duración, han acabado con la idea de que los cazadores recolectores poseen una sola forma de organización y de subsistencia. Se sabe que hoy estas sociedades pueden tener una enorme variabilidad tanto en su organización social como en sus formas de subsistencia, y no hay razón para pensar que no hubiera sido igual en el pasado.

Los nuevos datos indican que eso que se denominó como *período Paleoindio*, tuvo una distribución temporal y geográfica restringida, confinada a las zonas abiertas de los páramos andinos, la puna peruana y las sabanas abiertas de La Pampa y Patagonia, y durante las fases más frías del final del Pleistoceno. Los grupos humanos relacionados con este período emplearon puntas de proyectil simétricas, trabajadas por sus dos caras, para cazar grandes animales –hoy casi todos extintos– que vivían en ambientes no boscosos. Los datos arqueológicos actuales sustentan la idea de que hace cerca de diez mil años hubo en América del Sur una gran variedad de sociedades que derivaban su subsistencia de múltiples fuentes disponibles de recursos, muchos de los cuales eran cuidadosamente manipulados para asegurar su disponibilidad. Patrones de subsistencia basados en una amplia variedad de recursos y con fuerte dependencia de comidas vegetales han sido reconocidos para fechas anteriores a diez mil años antes de hoy en la región árida de Atacama, al norte de Chile; en la región boscosa y fría al sur de Chile; en áreas semi-tropicales y tropicales al norte de Colombia y noroeste de Venezuela; en la costa tropical al sudoeste del Ecuador; y en regiones áridas al este de Brasil.

La tendencia a relacionar las primeras sociedades humanas suramericanas con grupos de cazadores de grandes animales responde a varias razones:

Hay muchas regiones completamente desconocidas para la arqueología, en las que: (a) no se ha hecho investigación; (b) hay muy po-

ca investigación o apenas se está empezando; y (c) la investigación existente ha sido poco sistemática. Estas regiones incluyen las cuencas de los ríos Magdalena, Amazonas y Orinoco, las tierras altas del Ecuador y el norte de Perú, todo el territorio de Bolivia, Paraguay y Guyanas, gran parte de las zonas costeras, y los archipiélagos al sur de Chile.

Los sitios más conocidos y mejor estudiados, en la mayoría de los casos, no han sido hallados en desarrollo de programas de investigación dirigidos al estudio de estas sociedades, sino que se han encontrado por accidente en zonas áridas o desprovistas de bosques (muy habitadas e intervenidas), con excelente visibilidad, y con condiciones de clima y suelos que no favorecen la preservación de restos orgánicos. Estas características han permitido un sesgo en la interpretación de los datos, el cual favorece los esquemas que muestran un cuadro de cazadores de grandes animales en áreas abiertas durante la fase de poblamiento más antiguo de Sur América.

En general, las puntas de proyectil se han relacionado con actividades de cacería, dentro del establecimiento de una ecuación directa "puntas = cazadores". No obstante, hay datos que permiten sugerir que, en algunos contextos, las puntas de proyectil pudieron estar relacionadas con la guerra, ser usadas como artefactos intimidatorios en los conflictos territoriales, o estar involucradas en actividades rituales, donde se usaron como instrumentos de poder o como medios para curaciones, entre otras muchas posibilidades.

Una revisión de las características del paisaje y de los datos arqueológicos disponibles para el final del Pleistoceno, puede mostrarnos la dinámica de los estudios sobre este período antiguo de la historia suramericana, así como las principales discusiones sobre cada uno de los sitios más conocidos.

3. EL PAISAJE Y EL AMBIENTE NATURAL A FINALES DEL PLEISTOCENO

El ambiente natural experimenta cambios impresionantes en largos períodos de tiempo. Tanto los paisajes como la composición biótica actuales no fueron similares para los tiempos pleistocénicos.

Un aspecto de diferencia fundamental corresponde a la presencia de la fauna gigante de mamíferos hoy extintos, la mayoría de los cuales eran herbívoros. Si bien es cierto que los grandes cambios de temperatura y pluviosidad que se produjeron en el período de transición entre el Pleistoceno y el Holoceno afectaron a toda América del Sur, la intensidad y las características particulares de su influjo variaron mucho de acuerdo con las enormes diferencias ambientales existentes en esta parte de América. No obstante, la mayor variabilidad posible existió al nivel local, de suerte que –a un nivel macro-regional– los ecosistemas mayores no han variado mucho. Esto permite hacer inferencias sobre las grandes regiones ambientales suramericanas, tomando como referencia las diferencias actuales. Como ocurre con otros campos de la investigación sobre el Pleistoceno, hay muy pocos estudios sobre paleoecología y sobre la historia del clima, y la mayoría de los existentes se concentran en pocas regiones, con una total ausencia de datos sobre grandes áreas. Estos aspectos, la enorme variabilidad local y la escasez de estudios, constituyen otras de las fuentes adicionales de dificultad para sintetizar una visión del primer poblamiento americano.

El establecimiento de la antigüedad del poblamiento humano del continente no es un aspecto de simple curiosidad, sino que tiene relación con las condiciones ambientales con las que tuvieron que tratar los primeros humanos en Sur América. El estudio sistemático de la historia de los mayores cambios ambientales, de su relación con la formación de grandes ecosistemas regionales, y de las características de la entrada de los seres humanos a cada uno de esos diferentes ecosistemas, apenas se está iniciando en la mayor parte de América del Sur. Las dificultades para el reconocimiento de las áreas y sitios utilizados por los primeros humanos suramericanos han obligado a los investigadores a concentrar su trabajo sobre sitios aislados, los cuales se interpretaron como si fueran partes de un mismo conjunto de poblaciones humanas, las cuales dependían para su subsistencia de nichos ecológicos similares a lo largo de todo el sub-continente. Hoy los especialistas empiezan a reconocer que muchos de estos sitios no son comparables entre sí, puesto que hay diferencias radicales en cuanto a las características ambientales, la distribución y facilidad de acceso a los recursos (distribución de los períodos de lluvias y sequías, diferencias geológicas y geomorfológicas que generan variaciones importantes de los suelos, dife-

rencias en la distribución de las especies animales y vegetales, entre otras) y en cuanto a las tradiciones culturales que determinan las preferencias y formas de explotación de los variados recursos disponibles en cada ecosistema.

Los resultados de los estudios paleoclimáticos indican que durante los últimos 30.000 años se han registrado en América del Sur fuertes descensos de la temperatura acompañados de la disminución de la pluviosidad. Entre los diferentes períodos fríos y secos han ocurrido fases de calentamiento con el consecuente aumento de la humedad. Parece que estas épocas frías y secas, así como las cálidas y húmedas, han ocurrido en tiempos más o menos similares en toda América del Sur, a pesar de las variaciones locales. Durante las épocas frías el límite altitudinal del bosque descendió alrededor de 1.000 metros por debajo de sus límites actuales. En el período comprendido entre 21.000 y 14.000 años antes del presente, hubo episodios fríos en todo el continente, los cuales fueron reemplazados por un calentamiento gradual alrededor de 13.000 años, al cual siguieron fluctuaciones importantes con cortos pero fuertes descensos de temperatura y humedad. Entre 12.500 y 10.000, los valles interandinos y los altiplanos, así como las vertientes desde el norte del Perú hasta el centro de Chile, las regiones áridas del este y sur de Brasil, y una gran parte de Argentina y Chile estuvieron cubiertos por áreas sin bosques o con bosques muy abiertos, sabanas, desiertos y regiones de tundra y estepa. Estas condiciones facilitaron la expansión y amplia distribución de muchas especies de herbívoros en Sur América. Por su parte, parece que las selvas tropicales de las tierras bajas, así como las regiones boscosas frías al sur del continente se mantuvieron con pocos cambios en su composición y estructura, pero sufrieron importantes retracciones, restringiéndose a las áreas a lo largo de las corrientes de agua o a ambientes reducidos que les eran favorables.[3] En casi toda la región alta andina se ha reconocido un avance glacial alrededor de 11.500 años, el cual tuvo una duración aproximada de 500 años. A partir de 10.000 años la temperatura fue aumentando lentamente hasta lograr un óptimo bioclimático hace alrededor de 8.000 años.

---

[3] Hay hipótesis sobre la formación de pequeños relictos de bosques en las selvas tropicales, en particular en la Amazonía, en varios períodos durante los últimos 21.000 años, los cuales se han considerado como refugios para la fauna y la flora pleistocénica y como causas para el origen de la diversidad natural y cultural de Sur América.

Las variaciones ambientales tuvieron un impacto muy importante sobre los recursos disponibles y sobre las estrategias utilizadas por cada una de las sociedades humanas de América del Sur para poder tener acceso a estos recursos a medida que cambiaban las condiciones y la distribución de estos recursos. Así como la existencia de áreas abiertas facilitó la dispersión de especies importantes para la cacería,[4] la disminución de estas áreas cada vez que la temperatura y la pluviosidad aumentaron, tuvo que influir para disminuir la cantidad de espacio y de comida disponibles para estos grandes animales, los cuales se vieron atrapados en pequeñas zonas muy circunscritas, lo cual facilitó la acción de los cazadores. Al concentrarse debió aumentar su mortalidad, de suerte que su carne, grasa, vísceras, sangre y tejidos pudieron ser obtenidos mediante el carroñeo, tanto como mediante la cacería facilitada por la escasa movilidad de las presas. Igual situación debió ocurrir con los recursos acuáticos y marinos, sujetos a las fluctuaciones en el nivel del océano, las crecidas e inundaciones de los ríos, las apariciones y desapariciones de lagunas estacionales, los cambios en la salinidad y composición del agua. Un cuadro similar puede ser trazado para las variaciones en la distribución de las especies vegetales usadas desde muy temprano por los humanos de Sur América, como se ha demostrado en sitios con muy buena conservación, tales como las cuevas de Huachichocana y Guitarrero, Monte Verde, o en algunos sitios del este de Brasil pertenecientes a la fase Itaparica.

A pesar de la aparente claridad sobre los grandes eventos climáticos continentales, los datos obtenidos en cada uno de los sitios arqueológicos investigados muestran variaciones locales que pueden relacionarse con las características particulares de los microambientes correspondientes a cada sitio, así como con problemas en la recolección y tratamiento de las muestras y los datos. Solo el avance de programas de investigación de largo alcance, con publicaciones de fácil acceso y con una amplia discusión de los datos y de los métodos para su obtención, permitirá tener un panorama más claro de la variabilidad ambiental con la cual se enfrentaron los primeros humanos en Sur América, así como del impacto que tuvieron los grandes eventos climáticos que se

[4] Los géneros más importantes conocidos de megafauna suramericana son los mastodontes (*Cuvieronius*), los antecesores de las llamas (*paleolama*), los caballos (*Hippidium y Equus*), los perezosos gigantes (*Mylodon y Megatherium*), armadillos gigantes (*Glyptodon*) y los venados (*Odocoileus y Mazama*).

han reconocido en la larga historia del subcontinente, sobre los modos de vida y las formas de organización de los primeros suramericanos.

4. LOS PATRONES CULTURALES Y LOS SITIOS ARQUEOLÓGICOS PLEISTOCÉNICOS

Los datos arqueológicos disponibles en Sur América proceden de unos cuantos sitios, algunos de los cuales han llegado a ser muy conocidos por diferentes razones. Muchos de estos sitios no resisten un análisis cuidadoso, debido a diferentes problemas: (1) a que los métodos de investigación y las técnicas para la obtención de los datos no han sido los adecuados, lo cual hace dudosa la validez de los datos y descarta toda posibilidad de interpretación; (2) a que ha existido ligereza en la presentación de los datos; (3) a que no se ha hecho una publicación detallada de los datos y de los procedimientos empleados para su obtención; (4) a que hay dudas sobre la veracidad de los datos, contradicciones internas, o deformación de la información al momento de su presentación. De otra parte, la información disponible casi siempre se refiere a contextos relacionados con la cacería, debido a la mayor visibilidad de los huesos de los grandes mamíferos y a la mayor preservación del utillaje relacionado con estas actividades, además de los sesgos profesionales de los investigadores. Esto implica que no hay datos procedentes de contextos confiables sobre las características físicas y genéticas de estos primeros humanos, así como hay muy pocos datos sobre la economía, las formas de pensamiento, la organización social, y la estructura política de estas sociedades. En el presente no se ha publicado más de un estudio de restos humanos en Sur América, a pesar de que se han reportado algunos huesos quemados de edad pleistocénica al norte de los Andes, y hay varios fragmentos de huesos humanos bajo análisis en Brasil. Walter Neves, de la Universidad de São Paulo y Héctor Pucciarelli, de la Universidad Nacional de La Plata, estudian un grupo de cráneos cuya edad puede estar alrededor de 10.000 años, pero aún no hacen una publicación completa de su trabajo. De igual manera, en Brasil se ha propuesto que varios paneles de pintura rupestre podrían tener edad pleistocénica, pero los métodos de fechado y las correlaciones han sido cuestionadas. En este capítulo, se hará una descripción de los sitios más antiguos mejor conocidos, discutidos y publi-

cados en América del Sur. Estos sitios son: Tagua-Tagua y Monte Verde, en Chile; Lapa Vermelha IV, y Caverna da Pedra Pintada (Monte Alegre), en Brasil; Los Toldos y otros sitios asociados, en Argentina; Paiján, en Perú; El Inga en Ecuador; Tequendama y Tibitó, en Colombia; y los sitios del río Pedregal, en Venezuela.

Toca do Boqueirão da Pedra Furada

En el noreste del Brasil, en Piauí, los investigadores obtuvieron una serie de fechas relacionadas con ocupaciones arqueológicas que se remontaban hasta cerca de 50.000 años antes del presente. Los niveles fechados mejor publicados poseen un rango de edad entre 32.000 y 17.000 años antes del presente. No obstante, las ocupaciones humanas de esta zona han sido divididas en dos fases: (1) Pedra Furada, entre un poco más de 48.000 y 14.300 años antes del presente; (2) Serra Talhada, la cual se inició alrededor de 10.400 años antes del presente. Debido a la importancia de los hallazgos y a las implicaciones de las propuestas surgidas en este lugar, los investigadores organizaron una reunión de especialistas en 1994, con el ánimo de estudiar el sitio y las colecciones correspondientes, así como para discutir los métodos empleados para la obtención de la información. Como producto de la reunión surgieron cuestionamientos acerca de la presencia de las ocupaciones más antiguas. Es decir, que solo se aceptó la presencia de seres humanos en este lugar en fechas posteriores a 10.400 años antes del presente. Hasta tanto los investigadores no presenten datos contundentes, no será posible considerar la presencia de seres humanos en esta parte de Brasil en fechas pleistocénicas. Aunque los datos generales conocidos para la fase Serra Talhada indican que los grupos humanos que habitaron en esta zona en los comienzos del Holoceno practicaron una economía de amplio espectro, con el uso de innumerables recursos disponibles, la atención prestada a la fase más antigua impidió una descripción detallada de los niveles más recientes.

Monte Verde

Monte Verde es un sitio a cielo abierto, cuya zona más importante se encuentra al borde de la quebrada Chinchihuapi, cerca de

Puerto Montt, al sur de Chile. De la misma manera que con Pedra Furada, la importancia de Monte Verde ha desatado muchas discusiones sobre su valor arqueológico y sobre la presencia de seres humanos en ese lugar a finales del Pleistoceno. Este es uno de los pocos sitios arqueológicos tempranos que posee un informe completo publicado. Este informe constituye uno de los más importantes documentos existentes sobre el poblamiento más antiguo de América. Los investigadores reconocieron en el área dos ocupaciones humanas antiguas: (1) Monte Verde I, el cual consiste de unos cuantos artefactos asociados con un fogón, fechados alrededor de 33.000 años antes del presente.[5] Tom Dillehay, el principal investigador del sitio, considera que tiene igual cantidad de argumentos para defender como para dudar de la validez de la presencia humana en este lugar en una fecha tan antigua. Por esa razón, él mismo ha recomendado la mayor cautela con esta probable ocupación, hasta tanto no haya mayor investigación; (2) Monte Verde II, constituye el más espectacular conjunto arqueológico de este período de la historia humana en América, debido a la extraordinaria conservación de restos orgánicos tales como madera, hueso, carne, y otros desechos de tamaño microscópico, tales como restos de sangre impregnados a algunos artefactos. Las fechas disponibles para Monte Verde II indican que este lugar fue ocupado alrededor de 12.500 años antes del presente. En este lugar Dillehay y sus colaboradores pudieron reconocer las huellas de unas viviendas hechas con postes de madera cubiertos con pieles y "alfombradas" con pieles de mastodontes. Dentro de los restos de las estructuras se recuperaron miles de fragmentos de vegetales, muchos de los cuales se usan todavía hoy en la región para el tratamiento de enfermedades, así como para complementar la alimentación. Restos de carne de mastodontes así como las huellas de pisadas de seres humanos en la arcilla fresca a la entrada de una vivienda, y un número importante de artefactos de hueso y madera, así como algunos de piedra, complementan el conjunto arqueológico de este sitio.[6] La gente que vivió en Monte Verde hace 12.500 años se instaló cerca del borde de la quebrada, que atravesaba por un bosque semiabierto, del cual se tomaron muchas de las especies utilizadas para diversos trabajos en el campamento. Los restos vegetales también indican que los

[5] Beta 6754: 33.370+/-530 antes del presente.

[6] Entre los artefactos de piedra hay una punta de proyectil intacta cuya forma y tecnología se parece a la de las puntas conocidas como del Jobo, en el noroeste de Venezuela.

monteverdianos mantuvieron contactos con sociedades (o al menos con ambientes) cercanas al mar, a una distancia de cien kilómetros, desde donde trajeron varias especies de plantas.

La importancia de Monte Verde para la generación de preguntas sobre el poblamiento de América llevó a que, en el año de 1997, se reuniera allí un equipo de investigadores especializados en el poblamiento americano, el cual visitó el sitio, revisó sus colecciones, y compartió discusiones con los investigadores sobre aspectos del método de investigación y las técnicas para la obtención de los datos. En el grupo participaron algunos de los más asiduos defensores de la hipótesis de que gente de las culturas Clovis de Norte América habría poblado América del Sur en un rápido movimiento, sin necesidad de cambiar sensiblemente sus hábitos de vida y su tecnología. Al final, el grupo llegó a la conclusión unánime de que Monte Verde II constituía un importante sitio arqueológico ocupado alrededor de 12.500 años antes del presente. Esta conclusión cuidadosa y muy debatida, implica el reconocimiento de que es hora de revisar los modelos sobre los cuales se estudió hasta ahora el poblamiento más antiguo de América.

Tagua-Tagua

Este sitio se encuentra en el valle del Cachapoal, en el centro de Chile, en los márgenes de la laguna que le da su nombre. Junto con el sitio de Quereo, en la misma zona, han sido interpretados por sus investigadores como sitios de matanza de animales, los cuales se concentraron en los alrededores de las lagunas, únicas fuentes de agua fresca durante los períodos más secos del final del Pleistoceno. Se ha reconocido un cambio abrupto del paisaje hace cerca de 11.000 años, cuando un bosque semi-húmedo de fagáceas y coníferas fue reemplazado por una vegetación semiárida compuesta por herbáceas, las cuales han predominado durante todo el Holoceno. Al parecer, la presencia humana pleistocénica en la zona se produjo cuando el bosque aún cubría gran parte del área. A pesar de que este sitio es uno los más citados en la bibliografía especializada sobre el poblamiento de las Américas, hasta el presente no se ha publicado un reporte completo de los estudios realizados en esta zona. No obstante, se sabe que alrededor de once mil años antes del presente hubo una fauna (ya extinta) compuesta por

grandes herbívoros (mastodontes, caballos, paleollamas, ciervos, perezosos y armadillos gigantes) y algunas especies menores de depredadores (ante todo roedores). Los investigadores del sitio opinan que pudo haberse practicado un tipo de caza que consistió en el lanzamiento de bloques de piedra sobre las presas desde los bordes altos de los acantilados laterales, lo que explica la ausencia de puntas de proyectil. Para el trabajo de destajo de los animales muertos se utilizaron rocas locales cuyos bordes se prepararon ligeramente, así como artefactos de hueso y, probablemente, de madera. Hasta el presente no se han localizado los campamentos desde donde los cazadores se movilizaban hasta las lagunas, por lo que hay pocos datos sobre otros componentes de la subsistencia de estas gentes. Sin embargo, los investigadores manifiestan su certeza de que estos sitios fueron solo lugares de cacería eventual, y llaman la atención sobre el bajo número de animales que parecen haber sido cazados en el área. Cerca de los sitios se han hecho hallazgos casuales de fragmentos de puntas de proyectil del tipo arcaico denominado "cola de pescado", que no pueden relacionarse con los yacimientos.

Los Toldos

El sitio está formado por una serie de cuevas y abrigos ubicados en una cañada en la provincia de Santa Cruz, en Argentina. En la cueva 3 se han excavado dos componentes culturales: (1) el Nivel 11, caracterizado por instrumentos unifaciales asociados con restos de guanacos, caballos, y paleollamas, tiene una sola fecha de 12.600 años; (2) denominado Componente Toldense, fue fechado entre 11.000 y 9.000 años antes del presente, posee una fauna similar a la anterior, pero hay una clara diferenciación tecnológica con puntas triangulares, cuchillos bifaciales, raspadores y raederas planas. La diferenciación entre los dos componentes parece clara y no hay dudas de la sobreposición del segundo componente. Aunque una sola fecha no permite seguridad sobre la edad del Nivel 11, en áreas cercanas se han encontrado varios sitios con componentes "toldenses", cuyas edades oscilan entre 9.500 y 7.500 años antes del presente. Esto significa que el Nivel 11 puede tener una edad mayor de 9.500 años. La única manera de evitar discusiones sobre la validez de esta primera ocupación en la región patagónica es

mediante la intensificación de la investigación regional. No hay datos claros sobre la utilización de otros recursos, lo cual puede ser el producto de las técnicas de excavación utilizadas en la época en la que se llevó a cabo la investigación.

Junto a los datos proporcionados por Los Toldos se pueden destacar un conjunto de sitios en el sur de Argentina,[7] cuyo modelo es el sitio ya clásico en la literatura especializada de la cueva Fell, fechada entre 11.000 y 10.000 años antes del presente. En la cueva Fell se encontró fauna extinta (perezosos, caballos, guanacos, aves) asociada con un conjunto de artefactos compuestos por las puntas de proyectil llamadas "cola de pescado", lascas y núcleos utilizados, y algunos discos fabricados por picado de su superficie. Aunque hay datos sobre la utilización de plantas en estas cuevas, ésta parece secundaria frente a la cacería. El hallazgo y estudio de la cueva Fell en los años treinta, con las asociaciones entre la fauna extinta y las puntas de proyectil "cola de pescado", llevaron a Bird a considerar la relación entre los cazadores norteamericanos y los cazadores de América del Sur, y condujeron al establecimiento del paradigma de cazadores Clovis para explicar las características culturales de los primeros americanos.



Foto1, Puntas de proyectil de la tradición "Cola de pescado".

[7] Estos sitios son cuevas utilizadas por grupos de cazadores. Las más conocidas son la cueva de Palli Aike, la cueva del Medio y la cueva del Mylodon, cuyas fechas se ubican entre los milenios 10 y 11 antes del presente.

COLEGIO MAYOR BIBLIOTECA

Las puntas de proyectil "cola de pescado" también han sido descritas en la Sierra de Tandilia, en la región pampeana de Argentina. En dos cerros pertenecientes a esta sierra se han hallado puntas de este tipo: (1) cerro La China, donde se ha descrito un conjunto que contiene una asociación clara entre fauna extinta y puntas de proyectil "cola de pescado", fechado alrededor de 10.700 años antes del presente; (2) cerro El Sombrero, donde se ha reportado la existencia de un taller para la confección de las puntas de proyectil "cola de pescado", puesto que se han encontrado en superficie varios ejemplares completos y fragmentados de estas puntas. Estos hallazgos parecen ratificar la existencia de una etapa de cazadores de grandes animales (casi todos extintos) en esta zona al sur del continente durante el final del Pleistoceno. En la región pampeana también se han hallado otros sitios que podrían brindar datos de interés cuando su estudio pueda ser concluido. Estos sitios son La Moderna y Arroyo Seco, donde aparecen asociados restos de fauna pleistocénica extinta con artefactos unifaciales, en fechas holocénicas. Estas fechas deben ser confirmadas y los informes completos de los sitios publicados, para poder entender la dinámica de las poblaciones humanas de cazadores en la región pampeana.

Caverna da Pedra Pintada (Monte Alegre)

La caverna da Pedra Pintada se encuentra ubicada sobre la margen norte del río Amazonas, cerca de la localidad de Monte Alegre, en Brasil.[8] El sitio se encuentra dentro de un área húmeda, de bosque tropical cerrado y muy alto. Los investigadores consideran que estas características ambientales fueron similares para la época de la ocupación humana de la cueva, entre 11.200 y 10.000 años antes del presente. Los arqueólogos reportan que los habitantes de la cueva utilizaron una serie de recursos tales como peces (grandes y pequeños), roedores, murciélagos, moluscos, tortugas, culebras, anfibios, pájaros y algunos mamíferos tropicales, así como una amplia variedad de plantas y pal-

[8] Desde hace varios años Anna Roosevelt había ofrecido la publicación de los resultados de su trabajo en una cueva localizada en la selva amazónica brasileña. Un artículo general escrito por Roosevelt y varios coautores brasileños fue publicado con mucha publicidad en la revista Science en1996. Aún se espera la publicación de un reporte completo del sitio, el cual ayudará a solucionar la serie de discusiones que se ha generado en torno de este sitio.

mas locales. Con anterioridad a la publicación de este reporte preliminar varios investigadores (ante todo suramericanos) han llamado la atención sobre la importancia de las selvas tropicales para el sostenimiento de poblaciones tempranas de recolectores cazadores. De tal suerte, si se llega a demostrar que las fechas y las características arqueológicas de Pedra Pintada son correctas, este sitio se debe incluir dentro de los yacimientos estudiados en áreas de selva tropical, los cuales indican adaptaciones muy antiguas a este tipo de ambientes en Sur América. En la región amazónica de Colombia se está trabajando en la preparación de la publicación de los datos del sitio de Peña Roja, en la cuenca del río Caquetá, el cual parece ser una estación de recolectores cazadores fechada a comienzos del Holoceno. En la misma región colombiana se desarrollan trabajos de investigación en una cueva ubicada sobre el curso medio del río Inírida, de la cual ya se poseen fechas de 8.500 años antes del presente para una ocupación de recolectores, quienes usaron la cueva como campamento de paso en sus excursiones por la selva. Las fechas disponibles pertenecen a la mitad de la secuencia de sedimentos, de manera que se esperan fechas más antiguas para los niveles inferiores.

Lapa Vermelha IV

Este sitio forma parte de un conjunto de sitios en la región de Minas Gerais, al este de Brasil. Ganó renombre debido a dos razones: (1) la presencia de supuestos niveles arqueológicos fechados entre 22.000 y 14.000 años antes del presente; (2) el hallazgo, a 13 metros de profundidad, de los restos humanos de una mujer, cuya edad fluctúa entre 12.000 y 10.700 años antes del presente. En este lugar se recuperaron restos de perezoso gigante asociados con carbón, fechado en 10.200 años antes del presente. Restos de un mastodonte, procedentes de un lugar cercano y depositados en una colección, fueron estudiados por Bryan, quien encontró rastros de corte que fueron atribuidos a la acción humana. Varios investigadores han reclamado una edad cercana a 15.000 años antes del presente para los niveles arqueológicos más antiguos de esta zona, pero aún no se cuenta con datos incuestionables. No obstante, este sitio es interesante porque reúne las características que parecen repetirse en esta región de Brasil: fauna extinta asociada con

artefactos unifaciales, fogones, y fragmentos de pigmentos, junto con fechas pleistocénicas anteriores a 11.200 años.

Paiján

Desde la publicación del trabajo de Cardich en Lauricocha, en 1958, el estudio de muchos sitios antiguos en Perú se ha concentrado en la región de la puna, así como en zonas costeras áridas, pero no hay investigaciones en áreas húmedas y boscosas de la *montaña* oriental ni en la región selvática. Entre los sitios más importantes conocidos en Perú se pueden mencionar: Guitarrero, Jaywamachay, Pachamachay, Telarmachay, Toquepala, Tres Ventanas, Pikimachay, Cupisnique, Huarmey, Cumbe y Paiján. Las características arqueológicas de estos yacimientos llevaron a los investigadores a proponer la existencia de un período arcaico temprano, con fechas entre 11.000 y 8.000 años antes del presente. La gran cantidad de investigaciones y de investigadores trabajando en Perú permitió una discusión de las características de las primeras ocupaciones humanas en Sur América, la cual condujo a una especie de "peruanización" de las visiones sobre el poblamiento más antiguo de América del Sur. El afán por utilizar las nuevas investigaciones para complementar el cuadro general del poblamiento más antiguo del subcontinente llevó a muchos investigadores a hacer comparaciones imposibles, usando datos locales para hacer generalizaciones continentales, así como a considerar algunos sitios (e.g: la cueva de Guitarrero) como "prototipos" para toda Sur América. Hoy parece claro que la mayoría de los sitios peruanos mencionados tiene componentes de tipo arcaico mejor conocidos que los componentes más antiguos, estudiados con menor intensidad.

El complejo Paiján, ubicado en la costa norte-central de Perú, se ha llegado a constituir en uno de los más importantes debido a que posee un tipo de puntas de proyectil que están apareciendo con una amplia distribución que cubre áreas tan alejadas de Paiján como los valles interandinos colombianos, la sierra de Ecuador y, posiblemente, la cuenca amazónica. Esto no quiere decir que desde Paiján se hayan generado procesos de dispersión de gentes o artefactos, sino que el complejo definido en este sitio puede representar una forma de vida y una tecnología con una amplia distribución al norte de Sur América. Los si-

tios de Paiján están confinados al área desértica y al piedemonte costero de los Andes y se asocian tanto a ambientes marinos como a la explotación de recursos de tierra adentro. La fase más antigua de este complejo ha sido datada entre 11.000 y 10.000 años antes del presente, y se compone de artefactos bifaciales y unifaciales, con particular importancia de las puntas de proyectil largas, con un pedúnculo corto y contraído, bordes convergentes redondeados y hombros salientes. De la región costera al norte de Lima proceden datos sobre la presencia de muchas especies de mamíferos extintos (mastodontes, caballos, armadillos, perezosos, y llamas), pero no se ha podido encontrar una asociación clara entre estos animales y las puntas de proyectil. Por tal razón, algunos investigadores franceses han propuesto que su uso debió extenderse a la pesca de grandes peces y a su utilización en contextos de carácter simbólico.

Tequendama

Este sitio está localizado en la altiplanicie de Bogotá, en el centro de Colombia, a una altura de 2.600 metros sobre el nivel del mar. El sitio se encuentra en un abrigo bajo roca, en el borde de la vertiente que une al altiplano con el valle del río Magdalena. Las excavaciones en este sitio fueron adelantadas dentro del mayor rigor técnico y metodológico que era posible a comienzos de los setentas, de suerte que la información disponible es muy confiable. La información paleoambiental recuperada en este sitio es muy importante, puesto que fue confrontada con los datos disponibles para la altiplanicie de Bogotá, una de las regiones mejor estudiadas en América del Sur. Los investigadores reconocieron una serie de cuatro ocupaciones del sitio, desde finales del Pleistoceno hasta la época del contacto con los europeos. La zona I, fechada entre 11.000 y 10.000 años antes del presente, corresponde a una superficie de habitación con varios fogones, algunos huesos de mamíferos modernos pequeños, un paquete de huesos humanos calcinados muy fragmentados, y un conjunto de artefactos bifaciales y unifaciales. Los bifaces no incluyen puntas de proyectil, aunque un fragmento puede haber sido una parte del cuerpo de una punta, debido a su adelgazamiento, pero es imposible hacer cualquier clasificación con base en la porción disponible. Los investigadores suponen que estos individuos



(1) Taima-Taima. (2) Río Pedregal, Cucurucho. (3) El Abra, Tequendama, Tibitó. (4) Papayán. (5) El Inga. (6) Las Vegas. (7) Siches, Amatope, Talara. (8) Paijan. (9) Cueva del Guitarrero. (10) Lauricocha. (11) Telarmachay, Pachamachay, Uchumachay, Panalauca. (12) Pikimachay. (13) Ring Site. (14) Cueva de Intihuasi. (15) Gruta del Indio. (16) Agua de la Cueva. (17) Inca IV. (18) Huachichocana III. (19) Quebrada Seca 3. (20) Toca do Sitio do Meio, Toca do Boqueirão da Pedra Furada. (21) Minas Gerais. (22) Lapa Vermelha IV. (23) Goias. (24) Itaborai. (25) Alice Boër. (26) Catalcense y Tangurupa. (27) Cerro La China, Cerro El Sombrero, La Moderna, Arroyo Seco 2. (28) Los Toldos. (29) Cueva de Fells, Palli Aike, Cerro Sota. (30) Cueva del Milodón, Cueva del Medio. (31) Tres Arroyos (32 -33) Varios Sitios en el norte de Chile. (34) Quereo. (35) Tagua-Taguo (36) Monte Verde. (37) El Ceibo. (38) Cueva del Chobshi. (39) Cubilán. (40) Asana. (41) Fases Ubicui y Uruguay.

Lámina 4, Principales asentamientos de los cazadores-recolectores.

pasaban parte del año en el valle del Magdalena, a unos 100 kilómetros de distancia, desde donde traían algunas rocas para fabricar sus artefactos bifaciales, así como algunos instrumentos terminados, animales o partes de ellos, y seguramente algunas plantas. Los contactos con las tierras bajas del Magdalena se hicieron un poco más fáciles debido a que, durante la época de la ocupación, disminuyeron la temperatura y la humedad creando puentes abiertos de vegetación en algunos sectores de la vertiente occidental de la cordillera Oriental andina de Colombia. La zona II, fechada entre 9.500 y 8.500 antes del presente, corresponde también a un área de vivienda con numerosos fogones, restos de fauna moderna pequeña (conejos, ratones, y venados, entre otros) y un conjunto de artefactos unifaciales, sin bifaces. A partir de esta ocupación los contactos con el valle del Magdalena disminuyeron, los artefactos se fabricaron sobre materias primas locales, y las plantas aumentaron en el registro arqueológico. El sitio se encontraba ahora dentro de una zona de bosque andino cerrado, el cual hace muy difícil los contactos entre las tierras bajas y altas de la región andina colombiana. Estas dos ocupaciones muestran diferencias importantes en cuanto a la movilidad de los grupos, las fuentes de materias primas y las características morfológicas de los artefactos, pero comparten un mismo tipo de fauna, con énfasis sobre diferentes nichos ecológicos, pero con especies muy similares. Los datos sobre utilización de vegetales son escasos, aunque existen, debido a que los métodos de recuperación utilizados en la excavación no eran suficientes. Las diferencias en la tecnología lítica llevaron a los investigadores a proponer dos *industrias* diferentes: (1) *tequendamiense*, se restringe a fechas pleistocénicas y está caracterizada por la presencia de bifaces, retoque marginal y excelentes materias primas importadas desde el valle del Magdalena; (2) *abriense*, cuyos artefactos, construidos sobre núcleos no trabajados, solo presentan modificaciones por percusión en los bordes activos, sus formas son poco recurrentes, y la materia prima es chert local de baja calidad. No tiene un límite cronológico definido, puesto que se encuentra desde las ocupaciones más antiguas hasta épocas posthispánicas. Esta industria ha sido incluida como prototipo de una serie de localidades arcaicas, que se han llamado "Edge-Trimmed Tool Tradition" en una zona muy grande que se extiende entre Panamá y Ecuador. La creación de estas industrias por parte de los investigadores solo pretendió generar un medio para describir variaciones importantes del registro arqueológi-

co, pero no significan diferencias culturales ni étnicas, así como no implican el reconocimiento de tradiciones diferentes. Este sitio ha sido publicado en extenso, con excelentes descripciones de los conjuntos arqueológicos y de los métodos empleados.

Tibitó

Tibitó es un sitio arqueológico a cielo abierto, en la planicie de Bogotá, a un poco más de 2.600 metros de altitud, localizado al borde de una laguna pleistocénica. A pesar de que el sitio es abierto, los restos arqueológicos se encuentran bajo la protección de una roca aislada que permite algún cobijo del viento helado que viene de los montes circundantes. Tibitó no es una estación de cacería, aunque sí parece haber sido un lugar de despresamiento secundario o de consumo de animales. Alrededor de la roca se encontraron dispersos fragmentos de molares, huesos largos, y pequeñas esquirlas óseas de mastodontes y caballos, algunas de las cuales presentan huellas de calcinación y marcas que sugieren agentes humanos en su producción. Uno de los rasgos más sobresalientes es la acomodación intencional de las defensas de dos mastodontes junto con algunos otros huesos fragmentados y molares entre escombros de cenizas y carbón, los cuales indican la presencia de un pequeño fuego. Aunque no se ha profundizado en el análisis, los investigadores creen que este arreglo tiene un carácter ritual. Entre los restos óseos de los animales se encuentran unos cuantos artefactos unifaciales de chert. Como ocurre con los demás sitios del altiplano colombiano, no hay puntas de proyectil asociadas. Esta ocupación ha sido fechada alrededor de 11.500 años antes del presente. Este sitio no permite asegurar si los habitantes pleistocénicos del altiplano de Bogotá eran cazadores de fauna extinta, pero sí es una prueba de que mantuvieron contacto con poblaciones de grandes herbívoros hoy desaparecidos.

Taima-Taima

Los estudios sobre el poblamiento más antiguo de Venezuela se han concentrado en el extremo noroeste del país, en una región semidesértica, sin cobertura vegetal o con un bosque xerofítico muy

abierto, donde se han estudiado varias áreas: (1) el valle del río Pedregal, en particular la región del Jobo, en cercanías de la ciudad de Coro; (2) la península de Paraguaná; (3) la región adyacente a Barquisimeto en el estado Lara. La densidad de desechos líticos en las áreas mencionadas es tan alta que, para 1966, el arqueólogo José María Cruxent había localizado más de 45 sitios y reunido una colección de más de 20.000 ejemplares. Desde entonces, varios arqueólogos y aficionados recogen cientos de puntas fracturadas al recorrer cualquiera de estas áreas. No obstante, hasta el presente solo se ha estudiado y publicado en detalle el sitio de Taima-Taima, localizado cerca de la desembocadura del río Pedregal. Taima-Taima es el único sitio estratificado que se ha podido encontrar en el área, a pesar de la enorme densidad arqueológica regional. La antigüedad de este sitio y sus características más importantes[9] fueron la base para enconadas discusiones sobre la integridad arqueológica del yacimiento, lo cual ha negado la posibilidad de aprovechar la importante fuente de datos que este sitio representa. En 1976, un equipo multidisciplinario de especialistas excavó el sitio y publicó un reporte muy completo. En la unidad I los investigadores encontraron restos de varios animales extintos, entre ellos un joven mastodonte, asociados con algunos artefactos. 27 fechas obtenidas en este lugar permitieron plantear que la actividad humana se realizó entre 12.600 y 13.400 años antes del presente. Entre los artefactos procedentes de la excavación hay dos fragmentos de puntas de proyectil similares a los cientos de ellas colectadas en superficie, algunas lascas, seis artefactos en hueso, y un grupo de artefactos de piedra de carácter "ocasional". Las puntas de proyectil, denominadas por los investigadores como "puntas joboides", tienen forma lanceolada, con dos extremos en punta igualmente desbastados y un corte transversal ovalado, muy similares a las excavadas en Monte Verde, en Chile. Los dos ejemplares procedentes de la excavación fueron hallados dentro de la cavidad pélvica de dos mastodontes excavados en dos temporadas diferentes, lo que ha permitido a los investigadores vincular estas puntas con actividades de cacería de grandes mamíferos. En el noroeste de América del

[9] El sitio se encuentra al borde de una fuente de agua ascendente, lo que ha generado preguntas acerca de la confiabilidad de las asociaciones, pues se supone que el efecto del agua sobre el registro arqueológico no ha sido suficientemente evaluado. En una región semidesértica como la de El Jobo, las fuentes de agua actuaron como puntos de encuentro para varias especies diferentes de animales y para los seres humanos, tal como parece haber ocurrido en Tagua-Tagua, al centro de Chile.

Sur estas puntas se han reportado solo para las regiones venezolanas de Paraguaná, El Jobo y Lara. Uno de los aspectos que ha generado discusión sobre este sitio, además de la presencia de las fuentes ascendentes, es la presencia de un gran número de artefactos "ocasionales". Investigadores poco familiarizados con las colecciones de esta parte de Sur América no pueden aceptar que un porcentaje tan alto de litos haya sido utilizado para diferentes labores sin una preparación previa al uso de los bordes y superficies activas. No obstante, ésta parece ser una constante en varios de los sitios suramericanos descritos. Poco se sabe sobre el uso de plantas en esta zona litoral de Venezuela.

El Inga y otros sitios ecuatorianos

El yacimiento de El Inga se encuentra a 2.550 metros de altitud, entre el cerro Ilaló y la cordillera Oriental, al este de Quito. En la base oriental del cerro se encuentran los sitios de Lozón, San Cayetano, San Juan y San José, cuya diferencia más importante con relación a El Inga es la ausencia de puntas de proyectil. A pesar de la popularidad del sitio de El Inga y de la enorme cantidad de artefactos provenientes de allí (más de 80.000), la cronología no es consistente y la estratigrafía es difícil de interpretar, pues se encuentra disturbada por labores agrícolas. No obstante, varios investigadores proponen una edad entre 11.000 y 9.000 años antes del presente, para la ocupación humana de este sitio. El aspecto más conocido de El Inga es la cantidad y variedad de puntas de proyectil, las cuales se dividen en dos grandes grupos: lanceoladas sin pedúnculo y pedunculadas. A su vez, el arqueólogo Mayer-Oakes ha descrito cuatro tipos que incluyen puntas acanaladas y sin acanaladura (con excepción de los tipos de Paiján y Ayampitín): (1) presente en todos los niveles de El Inga y corresponde a las llamadas puntas "cola de pescado" (*Fell's Cave Stemmed*) ya descritas para los sitios argentinos; (2) considerado como una variante de las puntas peruanas de Paiján (*El Inga Long Stemmed*), de gran distribución en el arcaico del norte de América del Sur; (3) un tipo de fragmentos de puntas cuya característica es su pedúnculo muy ancho (*El Inga Broad Stemmed*), las cuales han sido reportadas para sitios al sur de Colombia, en cercanías de Popayán; y (4) un tipo de puntas lanceoladas con hombros, que han sido reportadas en sitios de Ayampitín y en los alrededores de Popa-

yán, al sur de Colombia (*El Inga Shouldered Lanceolate*). El sitio de El Inga constituye la industria de obsidiana más importante de América del Sur. Los flujos de obsidiana del Mullumica, de donde procede la materia prima, han sido estudiados en detalle, de suerte que se ha podido seguir la distribución de obsidianas de esta región por todo el actual territorio del Ecuador. Las deficiencias en el establecimiento de cronologías en El Inga hacen imposible saber desde cuándo se inició la distribución de obsidiana desde el Mullumica y cuál fue el papel jugado por las gentes establecidas en el sitio de El Inga. Hasta el presente no se han localizado los sitios de vivienda correspondientes a los artesanos de los talleres de El Inga, ni se dispone de datos sobre su economía y formas de vida. No obstante, el arqueólogo Ernesto Salazar ha llamado la atención sobre la ausencia de cualquier dato que indique asociaciones entre los conjuntos de puntas de El Inga y la fauna pleistocénica extinta.

En Ecuador hay otros sitios de importancia, tales como la cueva de Chobshi y Cubilán, en las tierras altas andinas y los sitios de la península de Santa Elena, en la región costera. El sitio más conocido en la región costera es OGSE-80, el cual se halla en un pequeño cerro en la bahía, pero hay más de 30 sitios en el área localizados en los esteros, cerca de las quebradas, y en pequeños cerros un poco tierra adentro. Los estudios indican que hubo dos ocupaciones de esta zona, conocidas como Las Vegas Temprano (10.000-8.000 años antes del presente) y Las Vegas Tardío (8.000-6.000 años antes del presente). Aunque se tiene mayor información de la segunda, los investigadores han enfatizado sobre la explotación sincrónica de varios ambientes durante las dos ocupaciones. El ambiente en el cual se desarrollaron las ocupaciones humanas en esta parte de la costa ecuatoriana estaba conformado por un complejo de manglares, que permitió la diversificación de la economía desde los primeros períodos de la presencia humana.

5. CONCLUSIONES

Esta presentación muy rápida y no extensiva de los datos provenientes de algunos sitios arqueológicos suramericanos excavados en los últimos años, o poco conocidos a pesar de haber sido estudiados desde hace varios años, pretende mostrar la diversidad de formas de vida y la variabilidad de los ambientes ocupados por los seres huma-

nos a finales del Pleistoceno y comienzos del Holoceno en América del Sur. La fecha de la entrada de los primeros humanos en América del Sur sigue siendo un punto de discusión importante, pues tiene implicaciones para la interpretación de todos los demás datos sobre el poblamiento, tales como la edad de la presencia humana en el continente, las características ambientales que encontraron los primeros humanos a su llegada al Nuevo Mundo, el tiempo y condiciones de la dispersión de los humanos por todo el continente. Junto a estos, otros problemas antropológicos, tales como el estudio de las características de la adaptación humana a diversos ambientes, las condiciones para la colonización humana de nuevos entornos, los mecanismos de regulación del crecimiento de población, la velocidad y condiciones de los procesos de cambio cultural, la persistencia de las tradiciones culturales y su carácter adaptativo, entre otros, pueden ser analizados desde la precisión y estudio de las largas secuencias históricas presentadas por el estudio del poblamiento de América del Sur.

El poblamiento de América del Sur fue un proceso lento de colonización de nuevos y muy variados ambientes, y de migraciones de poblaciones humanas desde entornos naturales conocidos hacia nuevos y desconocidos medioambientes. Este proceso no tiene igual en la historia humana por la magnitud del territorio colonizado y del tiempo que debió ser empleado. La variabilidad parece ser la palabra más adecuada para describir los conjuntos arqueológicos correspondientes al período de transición entre el Pleistoceno y el Holoceno, a pesar del reconocimiento de ciertas unidades culturales correspondientes a regiones vecinas. Por ello las propuestas que combinan la posibilidad de invenciones tecnológicas paralelas con orígenes diversos para las diferentes tradiciones culturales pueden hacer eco en las futuras generaciones de investigadores. Hoy todos los especialistas aceptan que hubo por lo menos tres –o cuatro– diferentes orígenes de las poblaciones americanas autóctonas. Por esa razón, es probable que las teorías sobre migraciones interoceánicas de múltiples pequeñas poblaciones a través de diferentes rutas tanto en el Pacífico como en el Atlántico, termine por marcar el rumbo futuro de la investigación de los orígenes de los americanos.

II. Comunidades andinas pre-tribales los orígenes de la diversidad

LUIS F. BATE

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

CONTENIDO

II. COMUNIDADES ANDINAS PRE-TRIBALES: LOS ORÍGENES DE LA DIVERSIDAD

1. MODOS DE VIDA Y DESARROLLOS CULTURALES EN LAS REGIONES ANDINAS

El modo de vida de los cazadores recolectores del trópico americano

El modo de vida de los antiguos cazadores recolectores andinos

El modo de vida de los cazadores recolectores surandinos

Tradición de cazadores del norte

2. CARACTERÍSTICAS DE LAS FORMACIONES CAZADORAS RECOLECTORAS PRE-TRIBALES

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Aunque todavía no se sepa a qué antigüedad se remonta la presencia humana en la América del Sur, ni quiénes fueron sus descubridores, puede afirmarse que hace poco más de doce milenios ya había sido poblado todo el continente. Con el retroceso de las condiciones climáticas más rigurosas de la última edad glaciar, que marcaría el fin de los tiempos del Pleistoceno, hace unos 10.500 años, se asientan en toda la región andina diversas comunidades de cazadores recolectores. Estas ocupaciones dieron origen a variados desarrollos históricos regionales que, no sin cambios, se prolongarían hasta que la producción de alimentos generó las condiciones para la primera revolución social que se extendió a lo largo de los Andes, la revolución tribal, conocida también como revolución neolítica.

La colonización efectiva del área andina se dio a partir de grupos que, hacia el 8.500 a.C., se establecieron en territorios de baja densidad poblacional en relación a una naturaleza no explotada y de recursos abundantes. Eso permitió un rápido crecimiento demográfico, que conduciría a su segmentación, constituyéndose así nuevas unidades sociales que, hacia el 7.000 a.C., alcanzaron una relativa estabilidad, configurando un panorama que se diversificó progresivamente, marcando las líneas generales de la historia de los milenios siguientes.

Podemos conocer algunos aspectos de la diversidad cultural de esas comunidades, porque se manifiestan en las peculiaridades de los muchos objetos que produjeron y usaron y, en general, en las formas características perceptibles en todas las huellas de las transformaciones directas que la vida humana ocasiona en la naturaleza. En éstas, siempre queda, de un modo u otro, algún sello intencional o involuntario de sus autores y que hoy los arqueólogos, entre otros objetivos, se dan a la tarea de reconocer y distinguir.

La cultura de cada pueblo, así como de los diferentes grupos sociales que lo integran, cambia permanentemente. En todo caso, para las remotas épocas que acá nos ocupan, la velocidad de los cambios culturales era muchísimo menor que en nuestros días. Y, como ocurre con las modas, los distintos aspectos o comportamientos culturales de una sociedad, tienen diferentes ritmos de cambio, modificándose relativamente rápido algunos, mientras otros se recrean y mantienen por más largo tiempo.

Aquellos elementos que perduran, mientras otros van cambiando, son los indicadores que pueden permitir identificar las relacio-

nes genéticas entre unos pueblos y otros en distintos momentos de su existencia. Es decir, conocer los vínculos de descendencia de determinadas sociedades respecto a sus ancestros históricos y viceversa. Incluso, como es común en el desarrollo de las sociedades cazadoras recolectoras, podemos saber cuándo hubo una historia anterior compartida por los ancestros de grupos que posteriormente se desarrollaron en forma independiente, conformando comunidades diferenciadas social y territorialmente, aunque coexistan en el tiempo. Del mismo modo, podemos apreciar cuándo grupos o comunidades diferentes se integraron en una nueva unidad social. A la existencia de pueblos que guardan diversos nexos genéticos a través de los tiempos se refieren los arqueólogos con el término de "tradición", que alude generalmente a los elementos culturales que los identifican.

La diversidad cultural que ya se aprecia hacia el 7.000 a.C. en las regiones vinculadas por la cadena cordillerana de los Andes, y que luego adquiere contornos más nítidos, responde a diversos factores.

En primer lugar, al hecho de que, para entonces, las comunidades poseían una larga historia, cuyo origen se remonta a poblaciones ya diferenciadas hacía por lo menos dos o tres milenios. Y tal diferenciación, que se manifestaba claramente en la dimensión cultural, no se limitaba a ella, sino que obedecía a aspectos menos evidentes pero más importantes de su estructura social. Se trataba de diferencias en lo que se ha denominado el *modo de vida*, que tiene que ver con distintas estrategias de organización general de la economía, que debieron condicionar particularidades de las relaciones sociales, de los sistemas de parentesco, así como de las concepciones de la realidad. Estos modos de vida, como veremos, generaron sus propias tradiciones culturales.

Luego, hay que considerar que cada comunidad se fue conformando a través del establecimiento de relaciones sociales e interacciones preferenciales entre individuos que habitaban espacios regionales determinados, desarrollando y compartiendo una singular historia común, distinta de aquellas de las comunidades vecinas o distantes, con cuyos miembros los contactos eran menos frecuentes. Parte importante de estas historias comunales propias –que se refleja sensiblemente en los restos arqueológicos– tiene que ver con las soluciones específicas que adoptaron para producir sus medios y condiciones de vida, transformando ámbitos geográficos con características y recursos naturales determinados.

A propósito de eso, conviene observar que, si bien el medio natural ofrece a las sociedades un repertorio de recursos y condiciones de desenvolvimiento que no es ilimitado, tampoco determina de manera necesaria sus características particulares. La amplitud de la gama de alternativas de desarrollos posibles depende en buena medida del grado de desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. Y aun cuando las comunidades primitivas de cazadores recolectores son de las menos desarrolladas y, por lo tanto, internamente más restringidas en este sentido, podremos apreciar que la mas antigua historia andina nos enseña cómo, bajo idénticas condiciones ambientales, fue posible el desarrollo de opciones bastante disímiles. Veremos cómo pudieron coexistir no solo en el tiempo, sino también en un mismo territorio, pueblos que, aún poseyendo el mismo tipo general de estructura social como formaciones cazadoras recolectoras pre-tribales, desarrollaron diferentes modos de vida.

Una característica muy frecuente en las interpretaciones arqueológicas que se hace sobre las sociedades cazadoras recolectoras sudamericanas, de las que no se excluyen aquellas sobre la región andina, es el empleo de criterios ambientalistas de muy bajo nivel explicativo y usados m;as bien como marcos de referencia para la organización de la información empírica.

Particularmente de moda se encuentra el uso del concepto de "sistema adaptativo" o, simplemente, de "adaptaciones" para referirse a estas sociedades, bajo un grosero reduccionismo biológico que evidencia el generalizado bajo nivel teórico que, salvo contadas excepciones, campea en las investigaciones sobre este vasto tema histórico. La reiteración del "adaptacionismo" parecería translucir más bien una ideología coyuntural propia de los investigadores que se adaptan a los requisitos implícitos de sus patrocinadores, muchas veces sensibles a incomodarse con el tratamiento de problemas sociales de fondo. Podría pensarse que el sincero y consecuente desconocimiento de los importantes debates teórico ideológicos que envuelven a las ciencias sociales constituye, en este campo, una ignorancia adaptativa.

No es que no sea válido enfocar también el estudio de la sociedad como sistema adaptativo sino que, en este caso, se trata de simplificaciones reduccionistas que eluden el problema fundamental de intentar explicar la especificidad y complejidad de los procesos sociales.

El desarrollo de la complejidad de los sistemas sociales no es solo un fenómeno cuantitativo, sino que conlleva un notable cambio cualitativo respecto a las formas de organización de las demás especies animales. Podría afirmarse que la sociedad humana es muy poco adaptada en el sentido de las demás especies biológicas y, mas bien, lo que hace es adaptar el medio a sus necesidades, *transformándolo* a través del trabajo, en una escala, diversidad y velocidad que no se corresponden con sus capacidades y ritmos biológicos de adaptación. El desarrollo correlativo de la conciencia y la rapidez de comunicación por la vía extragenética del lenguaje, junto con el establecimiento de complejos sistemas de relaciones sociales, han permitido a la sociedad humana adaptar –no sin contradicciones– la naturaleza a sus requerimientos en escalas sin precedentes. La diferenciación de las comunidades humanas enfrentadas a las más disímiles condiciones medioambientales y coyunturas históricas conducen más bien al desenvolvimiento de distintos modos de vida, manifiestos en la concreción de cada cultura, sin perder la recíproca capacidad biológica de cruzamiento reproductivo que permitiría la procreación de crías fértiles.

Así, la historia nos muestra que los sistemas sociales mejor "adaptados" a su entorno son los que –en un sentido evolutivo– han permanecido más largamente "estancados", con los menores niveles de desarrollo de las capacidades y potencialidades propiamente humanas. Las sociedades menos adaptadas son las que han generado los cambios históricos más relevantes. Igualmente, en el interior de las sociedades, son los individuos y grupos más "desadaptados" los que promueven los cambios sociohistóricos, desde que los mas "adaptados" son más propensos a temer a los riesgos de que su medio social se modifique.

1. MODOS DE VIDA Y DESARROLLOS CULTURALES EN LAS REGIONES ANDINAS

Veremos enseguida cómo, a partir de algunas poblaciones ya existentes hace más de doce milenios en América del Sur, y que conformaron particulares formas de organización socioeconómica, tuvieron lugar los variados desarrollos regionales de las poblaciones de cazadores recolectores pre-tribales en las diversas regiones andinas.

El modo de vida de los cazadores recolectores del trópico americano

Con esta designación no hacemos más que aludir al área de dispersión geográfica donde se ha identificado a una de las poblaciones más antiguas de Sudamérica. Los sitios donde se constata su presencia se distribuyen desde el sur del desierto de Talara en el Perú, por la vertiente del Pacífico, pasando por las regiones caribeño-antillanas en el norte, hasta el Brasil centro-meridional en el trópico oriental de Sudamérica. Hasta ahora, sus vestigios más antiguos se han encontrado en Piauí, en el nordeste brasileño.

En la región norteandina su presencia se encuentra registrada desde cerca de 10.400 a.C.[1] en el sitio de El Abra, en Colombia, en una secuencia regional claramente identificada a través de prolijas excavaciones en diversos lugares de la sabana colombiana, como Tibitó, Tequendama, Sueva 1, Nemocón 4, Potumo, Vista Hermosa y otros. En esta zona hay ocupaciones humanas datadas desde el 14.400 a.C. en Pubenza, si bien no se ha establecido aún su adscripción cultural. Igualmente, las prospecciones en el valle del Magdalena, así como algunos elementos procedentes de las excavaciones en tierras altas, señalan la ocupación de las tierras bajas del litoral. Pensamos que a estos mismos pueblos se remonta el origen del desarrollo del denominado "modo de vida banwaroide", en el área insular caribe-antillana. Seguramente vinculados al extremo septentrional de los Andes, pero en la costa, sus restos se han encontrado hasta en la península venezolana de Paria, en sitios como Guayana, Yo Carlos, Las Varas, Remigio y otros. Su existencia también se ha constatado en Panamá, tanto en sitios costeros como en la cordillera (Cueva de los Ladrones). En Ecuador atestiguan su presencia las prolongadas ocupaciones del sitio de Las Vegas en la península de Santa Elena, así como los materiales del denominado "foco" El Encanto, en la misma región. En el Perú se les puede identificar en los diversos yacimientos arqueológicos costeros del desierto de Talara, en la supuesta secuencia de las fases Amotape, Siches, Estero y Honda, las que podrían más bien representar diversas actividades del mismo pueblo en distintos momentos de su historia, que se remonta a unos doce milenios. Todavía más al sur, en la península de Illescas, se encuentran vestigios de ellas en los sitios de Chorrillos y Reventazón.

[1] Para simplificar la exposición y, dada la magnitud de la escala temporal que comprende el periodo histórico que tratamos, redondearemos las cifras aproximándolas a las centenas.

Se puede decir que la característica cultural más sobresaliente de estos antiguos habitantes de la mitad septentrional del área andina, es la producción y empleo de un instrumental de piedra tallada no especializado, que presenta una escasa definición de formas, a lo que se debe que no haya sido adecuadamente identificada. No hay formas suficientemente típicas que permitan fácilmente su reconocimiento. Esto obedece, sin embargo, a una particular racionalidad en el aprovechamiento de los recursos líticos, en el contexto de una concepción tecnoeconómica general.

Es así como esas gentes utilizaron principalmente, como materias primas, las rocas más cercanamente disponibles en los sitios en que se les requería como instrumentos, sin importar su calidad. Las piedras se tallaban más o menos asistemáticamente para obtener lascas, las que eran sumariamente retocadas por percusión directa. De ese modo, se las adaptaba para servir a diversos usos.

El hecho de que el instrumental fuera poco especializado o, como se usa decir, ocasional y expeditivo, presentaba inconvenientes y ventajas. La desventaja más evidente consistía en una eficiencia funcional menor, que exigía un gasto mayor de fuerza de trabajo para su utilización. Entre las ventajas debe considerarse el ahorro de fuerza de trabajo dedicado a la producción de los instrumentos. Pero, sobre todo, no se gastó tiempo y energías en la procura de las materias primas de mejor calidad, para lo cual otros pueblos llegaban a realizar grandes desplazamientos. En términos económicos, estas circunstancias pudieron compensar con creces la inversión adicional que requería el empleo de útiles poco definidos y, tal vez, muchas veces no enmangados. Cualitativamente, además, el hecho de que el utillaje lítico no fuera especializado permitía una mayor flexibilidad funcional para el procesamiento de una gama más diversificada de recursos.

Al aspecto rudimentario de la industria de piedra lascada contribuyó el que, si bien no desconocían la talla bifacial que permite adelgazar las piezas dándoles un mejor acabado, la emplearon escasamente. Sin embargo, de manera contrastante, produjeron artefactos tales como hachas, copas, pequeños morteritos para partir vegetales de cáscara dura y cantos ranurados que pudieron servir como pesas para redes con técnicas consideradas "neolíticas" de piqueteo o martillado y en ocasiones –como en el filo de las hachas– con acabado por abrasión.

Otro aspecto interesante del equipamiento instrumental de estos pueblos es que, en vez de la piedra, también utilizaron abundantemente los huesos de los animales cazados para producir utensilios destinados a las mismas funciones. Confeccionaron así puntas, cuchillos, raederas, perforadores y otros instrumentos. Utilizaron preferentemente, para tal efecto, los huesos largos que fracturaban por percusión y torsión, lo que daba un aspecto alargado a los productos de esta industria. También la elaboración de los objetos de hueso resultaba mayormente de un trabajo sumario, aunque hay piezas que muestran alisado o pulido por abrasión.

Se ha considerado como un avance técnico propio del "paleolítico superior" el aprovechamiento de la energía de los combustibles naturales a través del recurso de embancar los fogones. Por ello, merece mencionarse el hecho de que se han encontrado evidencias en cuanto a que éstos pueblos lo hacían bordeándolos de barro.

También hay que referirse a sus diversificadas costumbres funerarias. En algunos casos, los enterratorios en aleros o cuevas –como en Tequendama– la flexión de las extremidades parece indicar que los cuerpos eran depositados en fardos y, a veces, abundantemente rociados de ocre rojo. En el conchero de Las Vegas, Ecuador, sitio que probablemente evidencia una superposición de ocupaciones en prolongada secuencia temporal, se han encontrado restos de más de ciento setenta individuos. Así como hay sepulturas individuales, también las hay con más de un cuerpo. Es el caso de los que se ha dado en llamar "los amantes de Sumpa", que registra dos cuerpos abrazados. Fuera de las fantasías románticas de algunos arqueólogos, no habría que descartar que se tratara del sacrificio del cónyuge superviviente al morir uno de ellos. También se encuentra la asociación de un entierro secundario a uno primario. Esto es, la inhumación de los huesos ya descarnados de un individuo fallecido con anterioridad, cuidadosamente ordenados en posición no anatómica, junto a los restos de un cuerpo enterrado en el lugar, cuyos huesos estaban articulados en posición anatómica.

Lo que se debe resaltar es que el aspecto rudimentario de la industria lítica de esta población no debe conducir, en modo alguno, a pensar que eran gentes más "primitivas" en sentido evolutivo, si las evaluamos desde el punto de vista del rendimiento productivo de su economía. Se trata propiamente de un modo de vida que racionalizó de una manera particular la organización del uso de la fuerza de trabajo y los recursos naturales disponibles como objetos de trabajo.

Aún no se han estudiado con mayor precisión sus sistemas generales de complementación económica, debido probablemente a que la identificación de sus diversos sitios y restos arqueológicos como pertenecientes a una misma población, distinta de otras, es relativamente reciente. Puede decirse que explotaron territorios amplios, que comprendían desde las costas oceánicas hasta las tierras altas del interior del continente, obteniendo recursos de una diversidad de medios ecológicos. Así, en la costa, optaron preferencialmente por los recursos propios de los manglares y de sus entornos, incluyendo mariscos, peces y algunos mamíferos marinos o terrestres. En la cordillera, entre las presas de caza podían contar desde cuyes y conejos hasta jabalíes, aunque predominaban diversas especies de venados. Pero la recolección también les proveía desde productos vegetales a caracoles de agua dulce.

Todavía no sabemos qué tipo de organización social para el uso del espacio fue la que permitió esta complementación de recursos. Tal vez los grupos de tres o cinco unidades domésticas que solían integrar las llamadas "bandas" se desplazaban cubriendo los diversos ámbitos del territorio, o éste estaba convencionalmente dividido en segmentos espaciales ocupados por distintos grupos, estableciéndose redes de intercambio. Ocurre que la mayoría de los sitios de la costa se localizan en lugares donde había una alta concentración de recursos que, al parecer, eran accesibles la mayor parte del año. Eso no significa necesariamente que su ocupación fuera permanente sino, mas bien, que allí se encuentran superpuestos los vestigios de ocupaciones más o menos esporádicas, pero que se pudieron reiterar periódicamente por siglos y hasta milenios. En los sitios del interior, en cambio, donde los recursos explotados se presentan relativamente más dispersos, las ocupaciones dejan escasas evidencias, sugiriendo un sistema de mayor movilidad que el de otros cazadores andinos.

En nuestra opinión, el pueblo correspondiente a este modo de vida y que desarrolló una milenaria tradición en los Andes ecuatoriales –el que dejó los mencionados vestigios del sitio de Las Vegas–, fue el mismo que procesó la primera revolución agraria y tribal de América, generando la que se ha conocido como cultura Valdivia hacia el 3.800 a.C.

Como puede apreciarse a partir de excavaciones como la del sitio de Real Alto, es posible que este proceso se haya basado inicialmente en una sedentarización apoyada en la explotación de recursos mari-

nos de alta productividad y de carácter no estacional, por lo que no se habría requerido de sistemas especiales de almacenaje. Todo indica que, más o menos simultáneamente, desarrollaron sistemas incipientes de cultivo de frijoles y maíz (especie que se encuentra en Las Vegas, por lo menos desde el 5.000 a.C.), la textilería a telar, y la cerámica, organizando su vida en asentamientos aldeanos y generando una organización tribal que les permitiera establecer una propiedad comunal exclusiva sobre los medios naturales de producción.

El modo de vida de los antiguos cazadores recolectores andinos

Nos referimos a un amplio conjunto de comunidades que poblaron toda la región andina, desde el oriente de Venezuela hasta el sur de Chile y cuya antigüedad podría remontarse a poco antes del 11.000 a.C. Sus instrumentos de piedra de mayor definición formal y bien tallados bifacialmente han permitido su fácil identificación, habiendo sido reconocidos por diversos arqueólogos como "tradición de puntas foliáceas" u "horizonte El Jobo-Lauricocha-Ayampitín", entre otras designaciones.

El rasgo cultural considerado como más característico es el uso de puntas de proyectiles y hojas de cuchillos de forma foliácea, aunque debe anotarse que el rombo es otra forma básica de tales componentes de su instrumental. A partir de ambas, se despliega una vasta gama de variantes tipológicas en las diferentes regiones habitadas por las comunidades derivadas de esta "tradición". Veamos, en primer lugar, sus diversas modalidades culturales y sus distribuciones geográficas.

Las dataciones más antiguas de esta población aparecen vinculadas al denominado "complejo El Jobo" de Venezuela, donde se encontró un par de fragmentos de puntas foliáceas junto a restos de glyptodonte –una especie de armadillo de gran tamaño, ya extinto– así como de mastodonte, también desaparecido ancestro de los elefantes. Sin embargo, lamentablemente, los registros científicos de los materiales atribuidos al citado complejo El Jobo son muy deficientes. Eso impide dilucidar una serie de problemas muy importantes que ellos plantean, tales como las diferencias internas entre los conjuntos de materiales que debieron pertenecer a distintos grupos humanos en diferentes épocas, probablemente cubriendo una larga secuencia temporal. Por lo mismo,

cualquier inferencia respecto a la significación socioeconómica y aún cultural de la que tales materiales son testigos, corre el riesgo de distorsionar las diversas realidades históricas a que deben corresponder.

Con base en las evidencias de las regiones vecinas, es posible proponer la distinción de algunos componentes del llamado complejo El Jobo, parte de los cuales obedecerían a diferenciaciones que pueden remontarse hasta antes del 9.000 a.C. Uno de ellos se referiría al instrumental asociado a las puntas foliáceas, de diversas formas y tamaños, prolijamente talladas, que algún autor ha denominado "tradición foliácea clásica". Por lo pronto, se puede decir que, así como cazaron fauna pleistocénica terrestre ya extinta, en épocas tempranas, también tuvieron ocupaciones costeras, probablemente en momentos más tardíos.

Por otra parte, se ha propuesto con buen fundamento que existiría otro conjunto caracterizado por un instrumental de lascas retocadas dorsalmente en los bordes y sin las típicas puntas bifaciales. Parece bastante probable que una parcialidad del complejo El Jobo haya producido, aún antes del 9.000, una industria de tales características, agregando el desarrollo de una técnica de láminas que permite la obtención sistemática de matrices de instrumentos de forma alargada, más o menos estandarizada. Tales grupos se habrían desplazado tempranamente por el Caribe insular, conformando el modo de vida "mordanoide", que se podría haber extendido aún a las costas de Centroamérica hasta Belize. Igualmente, podrían estar en el origen de una población que se extendió ampliamente hacia el oriente y el sur, por el territorio brasileño, conformando la llamada "tradición Itaparica".

Otra parcialidad, también temprana, se extendió, en parte, por el oriente de Venezuela donde se le conoce como "complejo Canaima". A pesar de que se le atribuyeron cronologías tardías sin base en registros confiables, investigaciones recientes y más rigurosas permiten ubicarlo hacia el 8.000 a.C. Y, hacia la región andina, se extendieron por el sur de Colombia, Ecuador y el Perú, dejando diversos restos de asentamientos bien datados entre el 8.500 y el 6.000 a.C. En Ecuador, por ejemplo, estuvieron en un campamento ubicado en el paso más bajo de la cordillera de los Andes, en Cubilán. También en tierras altas, mezclado con otros componentes, en El Inga o, en superficie, en Puerto Bolívar. En el Perú se le conoce como "complejo Paiján-Luz" y está muy bien estudiado, sobre todo en el desierto costero de Paiján y Pampa de los Fósiles, aunque se le ha encontrado también en tierras altas, en las

nacientes del río Sechín y, por el sur, se extiende nítidamente hasta Lima y algo más allá. Los artefactos líticos culturalmente más distintivos han sido las puntas de proyectil foliáceas bien aguzadas y de base pedunculer estrecha o las piezas de hoja más ancha y pedúnculo subtriangular, probablemente hojas de cuchillos.

Volviendo a la que podríamos llamar tradición foliácea básica o "clásica", ésta se encuentra ya en los Andes centrales hacia fechas poco anteriores al 9.000 a.C. en lugares como Guitarrero, laguna de Conococha o Pachamachay, aunque su presencia consistente y continua, generando desarrollos regionales literalmente milenarios, se aprecia con claridad también a partir del 8.500. Cabe mencionar, de paso, que no serían éstas las ocupaciones más antiguas de la región andina, ya que en las cuevas peruanas de Pikimachay y Huargo, hay algunas evidencias de presencia humana entre el 12.000 y el 11.000 a.C., si bien todavía no es posible definir su pertenencia cultural.

Los antiguos cazadores recolectores andinos de la tradición foliácea clásica están abundantemente representados en Ecuador, en los sitios de El Inga y Chobshi. Lamentablemente, aunque hay fechas de esos sitios que denotan antigüedades del orden de nueve a diez milenios, se presentan en ellos materiales de diversos grupos y distintas épocas, mezclados o en estratigrafías sin valor cronológico, por lo que no es posible definir secuencias o coexistencias que permitan aclarar mejor el panorama histórico de esos pueblos. Lo que puede decirse es que perduraron en la región andina ecuatorial hasta los tiempos en que se desarrolló la revolución tribal que inicia la sociedad Valdivia.

En los Andes centrales del Perú están muy bien representados en una gran cantidad de sitios con muy buenos registros, desde los campamentos costeros hasta la puna: en el curso del río Santa, en Ancón-Chillón, Lauricocha, Junín, Ayacucho, la quebrada de Chilca, en fin. La información es abundante y permite apreciar diversos aspectos de la vida de estas comunidades de cazadores recolectores en sus persistentes desarrollos regionales que ocuparon plenamente toda el área andina. Se ha tratado de establecer secuencias cronológicas basadas en los cambios de la muy variada tipología de los instrumentos de piedra, particularmente las puntas de proyectiles pero, cuando no carecen de validez, solo tienen valor local y no son generalizables. Los cambios notables y que afectarán a todas estas comunidades, se presentarán hacia el 3.500 a.C., cuando se generalizó a lo largo y ancho de los Andes el

uso de puntas triangulares –que no excluyen a las tradicionales foliáceas o romboidales con sus variantes– así como de cuentas de collares de piedra pulida.

También son muy abundantes las evidencias de esta población en los Andes centro-sur, desde el sur del Perú hasta la latitud de la bahía chilena de Coquimbo, en sitios como Anillo, Ichuña, Toquepala y Caru en Perú, Tojotojone, Tiliviche, Acha, Camarones, Aragón, Quebrada de las Conchas en Chile, Gruta del Inca, Río Grande o Espinazo del Diablo en Argentina y muchos otros, incluyendo centenares de sitios en superficie, sean talleres líticos o campamentos. En suma, estas comunidades ocupan toda la región, desde la costa a las quebradas altas occidentales, la zona circumpuneña y la puna, hasta las quebradas y el piedemonte oriental, desde aproximadamente el 8.000 a.C., notándose desde muy temprano una diversificación de parcialidades zonales, con modalidades culturales distinguibles.

Por el 7.000 a.C. ya estaban en las sierras centrales argentinas donde constituyeron el llamado "horizonte Ayampitín" y, en 6.500 a.C., habían alcanzado los Andes meridionales, entre Coquimbo y San Juan, conformando las particulares modalidades culturales del conjunto que comprende a Huentelauquén, Cárcamo y La Fortuna. Por el 6.000 a.C. llegaron a la zona central de Chile y, hacia el sur, dejaron diversos testimonios en sitios aún no datados, tanto en el interior cordillerano como en la costa. Aparentemente, serían descendientes de esta gran población quienes en el sur de Chile desarrollaron o participaron de un modo de vida basado en la explotación del mar, extendiéndose hasta los laberintos de la región insular austral, pudiendo haber llegado hasta la misma Tierra del Fuego en un proceso que se remontaría al 4.000 o 3.000 a.C.

En cuanto a los aspectos tecnológicos, hemos mencionado que una de las características más comunes e identificables de estos pueblos fue el uso de proyectiles y cuchillos con puntas u hojas talladas en piedra, teniendo como formas básicas la hoja y el rombo, produciendo una amplia gama de variantes, muchas de las cuales fueron características de determinados desarrollos regionales y zonales. Dependiendo de la disponibilidad y calidad de las materias primas, se utilizaron lascas grandes y espesas, las que luego eran rebajadas bifacialmente, como preformas alargadas, destinadas a convertirse en puntas o cuchillos. Enormes cantidades de desechos de talla y piezas en diversas fases del

proceso de elaboración se abandonaron en las canteras y talleres. La gran mayoría de esos sitios fueron erróneamente atribuidos a culturas supuestamente más primitivas, debido al grosero aspecto de esos materiales descartados en los lugares donde se llevaron a cabo las tareas de extracción o recolección de las materias primas y las primeras fases del proceso de talla de los instrumentos que, desde luego, no estaban destinados a usarse y desecharse allí mismo. La talla bifacial, que podía incluir delicados rebajes y retoques con técnica de presión, se utilizó principalmente para producir las mencionadas puntas de proyectil y hojas de cuchillos. Los demás instrumentos, como las raederas y raspadores para trabajar las pieles, se elaboraron básicamente sobre lascas o láminas a las que se daba forma astillando y retocando los bordes hacia la cara superior.

Cabe resaltar que la racionalidad del sistema de aprovechamiento de los recursos líticos para la producción de instrumentos o partes de ellos, entre las comunidades que compartieron este modo de vida –así como las otras, que veremos más adelante–, difiere notablemente de la de aquellas del modo de vida de los cazadores del trópico sudamericano. En la antigua tradición panandina de cazadores recolectores, el instrumental es especializado para ejecutar funciones específicas, formalmente bien definido y con un grado variable –aunque aún no se ha medido– de estandarización. Así, algunas de esas comunidades desarrollaron ampliamente la técnica de láminas para la producción sistemática de matrices alargadas en las que se confeccionaron diversos instrumentos, como en Tulán, en el Norte Grande chileno, o en la industria "aguilarense" de la puna jujeña de Argentina.

Para la producción del utillaje de piedra se buscaron las materias primas más adecuadas, aún cuando ello significara cubrir grandes distancias con el exclusivo fin de obtenerlas. Así, por ejemplo, los cazadores que acamparon en diversas épocas en las riberas de río Loa, norte de Chile, alcanzaban hasta el salar de Talabre con tal objetivo, dejando evidencias en centenares de canteras y talleres explotadas por milenios, aunque distan unos 40 kilómetros del río.

En estos casos, el gasto mayor de fuerza de trabajo que representaba la obtención de las materias primas y la producción de un instrumental especializado, se compensaba, en parte, con su mayor eficacia funcional.

Hay que decir que, en la arqueología de los pueblos cazadores recolectores, se suele poner el mayor énfasis en las tecnologías y formas culturales de la producción y uso de los artefactos de piedra, debido a que son los materiales que se conservan más fácilmente y por mas largo tiempo. De algún modo, están sobrerepresentados en los registros arqueológicos en relación a los demás elementos de la cultura material. De ahí que buena parte de los procesos inferenciales acerca de los diferentes aspectos de la sociedad han tenido que basarse en la industria lítica.

Pero también hay que anotar la circunstancia de que la antigua tradición andina de cazadores recolectores que acá nos ocupa, pobló masivamente, entre otras, una extensa región de ambientes desérticos y semiáridos , desde el norte del Perú hasta el norte de Chile, incluyendo el lugar más desolado del planeta que es el desierto de Atacama. Por lo cual, la visibilidad de sus restos arqueológicos, así como la conservación de restos orgánicos es mucho mayor que en otras áreas. Lo que explica, en parte, y se suma al hecho de que también ahí las investigaciones y hallazgos de las evidencias de la vida y muerte de estos pueblos son muy abundantes. Así, por ejemplo, se sabe que, desde las épocas más remotas, desarrollaron técnicas de entrelazado y espiral –e incluso telar– para tejer fibras vegetales y se conoce la forma de las cabañas construidas con armazones de madera y cubiertas de paja (*ichu*), tanto en los campamentos costeros como en tierras altas, como ocurre entre Paracas y la puna a través de la quebrada de Chilca. Incluso, como se ha hecho para el norte de Chile, se han podido estudiar los cambios en las modas del peinado a partir de restos humanos natural o artificialmente momificados.

De cualquier modo, los materiales de piedra son los elementos que permiten la comparación con los conjuntos y contextos arqueológicos de las demás regiones, menos favorecidas en estos aspectos. Sin embargo, lo que interesa es alcanzar, hasta donde las evidencias permitan las interpretaciones, una visión más general de los procesos económicos y superestructurales, enlazados por una red de relaciones sociales. Pero, por lo dicho y, principalmente, por la cantidad y, en muchos casos, la calidad de los trabajos arqueológicos sobre esta población, sabemos muy poco acerca de sus formas de organización en la región colombiano venezolana y los andes ecuatoriales, así como en el centro y sur de Chile.

De manera general, se puede decir que, en los primeros tiempos, practicaron un sistema de caza generalizada que incluía algunas presas de caza mayor ya desaparecidas. Es posible que en su seguimiento hayan cruzado la cordillera de los Andes desde el oriente, entre el sur de Colombia y Ecuador, realizando un primer desplazamiento hacia el sur. Luego, desde alrededor del 8.500 a.C., habrían desarrollado una colonización consistente, con un rápido crecimiento de las poblaciones y segmentación de las comunidades para habitar las diversas regiones donde fincaron prolongados desarrollos históricos, literalmente milenarios.

Cuando buena parte de la fauna del Pleistoceno se había extinguido, debido en parte a su cacería por los hombres, en las tierras altoandinas que se extienden desde el Ecuador al sur se orientaron preferencialmente a la captura de camélidos y roedores. De manera que, en el noroeste del continente, donde coexistieron territorialmente con las culturas del modo de vida de los cazadores del trópico sudamericano, no presionaron mayormente sobre los recursos que éstos explotaban, como eran las diversas especies de venados. Del mismo modo, al igual que en las costas venezolanas, en el litoral pacífico, los cazadores recolectores de la antigua tradición andina usufructuaron principalmente de los recursos de playas arenosas y roqueríos, mientras aquellos explotaban recursos de los manglares.

Si para otras regiones la evidencia es aún algo escasa, para la región andina comprendida entre el norte del Perú y el Norte Chico de Chile los antecedentes son bastante más abundantes y pueden reconocerse formas de ocupación y aprovechamiento de la naturaleza característicos y comunes a las diversas comunidades pertenecientes a este modo de vida.

Los ejes transversales a la cadena andina que son trazados con regularidad por los oasis y las quebradas cuyos cursos de agua surcan la vertiente occidental de la cordillera hasta el océano, orientaron el desarrollo de sistemas de complementación económica que aprovecharon la gran diversidad de ámbitos ecológicos desplegados a distintas alturas respecto al nivel del mar. Aún los cursos excepcionales cuyo recorrido se desenvuelve en gran parte paralelamente al litoral y a las líneas de cumbres de los Andes, como los ríos Santa y Loa, jugaron el mismo papel.

COLEGIO MAYOR
BIBLIOTECA
UNIVERSIDAD CENTRAL

Se han propuesto dos modelos para interpretar las formas de ocupación del espacio por parte de estas comunidades. Uno de ellos supone que habrían desarrollado desplazamientos estacionales cubriendo todo el perfil de diversos ambientes naturales comprendido entre el mar y las tierras altas alcanzando, incluso, las vertientes orientales de la cordillera, tras cruzar la puna. Dado que es característica de las sociedades cazadoras recolectoras nómadas su organización en hordas o bandas mínimas constituidas por unas pocas unidades domésticas, se ha pensado que una distribución linear –como sería el caso en estas regiones– resultaría del todo antieconómica y generaría necesariamente desigualdades entre aquellas localizadas en el centro, respecto a las de los extremos. Lo cual se basa en el supuesto de que se trataría de grupos situados en localidades residenciales fijas y se explicaría por las distancias que deberían cubrir las bandas periféricas, abandonando sus tareas productivas, con el fin de mantener las relaciones sociales que dieran oportunidades de apareamiento a sus miembros. Se supone, además, una distribución homogénea de recursos. Teniendo en cuenta la distribución efectivamente linear de las ocupaciones de estos circuitos transversales a los Andes hemos mostrado, en otro trabajo, que un sistema nomádico, bajo adecuadas reglas de circulación, no solo permite optimizar las oportunidades de convivencia entre todos los miembros de la comunidad, sino también, posibilita un acceso igualitario a los recursos naturales.

El otro planteamiento propone que los territorios andinos habrían sido ocupado por distintos grupos, circunscritos a determinados medioambientes, sea en las tierras altas o en las tierras bajas. Ninguno de estos modelos se ocupa de la explicación de los sistemas de organización social que cualquiera de ellos implicaría.

Pienso que es posible que se hayan dado ambas formas, en cuyo caso se trataría de dos fases del desarrollo histórico de las comunidades andinas. El hecho que parece claro es que, por lo menos a partir del 4.000 a.C., se da efectivamente una diferenciación interna de las comunidades, donde distintas parcialidades circunscriben sus movimientos a territorios más o menos delimitados que no abarcan todo el perfil costa-tierras altas-vertiente oriental de los Andes. Más bien se especializan en la apropiación de recursos locales, lo cual se manifiesta en la presencia de tipos y asociaciones particulares de artefactos, que probablemente responden a necesidades funcionales específicas.

Sin embargo, es también un hecho el que, desde los tiempos más remotos hasta los mas tardíos, se presentan igualmente afinidades culturales indudables entre los asentamientos registrados en todo el perfil andino, además de que en cada uno de ellos encontramos productos de la explotación de recursos de todos los otros medios ecológicos. Nunca faltan conchas marinas en los sitios de tierras altas o de la vertiente oriental de la cordillera, así como hay pieles y restos de camélidos o de maderas o plumas de aves tropicales en sitios costeros del Pacífico. En cualquiera de los casos, es evidente que, entre los diferentes segmentos o parcialidades de las comunidades andinas, se mantuvieron vínculos sociales de algún orden, permitiendo el transporte o intercambio de elementos provenientes de las diversas ecologías explotadas.

El sistema de relaciones sociales que debió regular los procesos de intercambios pudo ser el de una estructura de linajes organizada en mitades, secciones y subsecciones o algún arreglo similar, basado en compromisos de reciprocidad. Con ello se posibilitaría el acceso de las diversas unidades sociales a la diversidad de recursos distribuidos en los distintos ecosistemas comprendidos en las amplias áreas habitadas por cada comunidad.

Normalmente, estas formas de organización social conllevan la realización de determinadas prácticas rituales destinadas a reforzar la vigencia de los lazos comunales. Considerando que las modalidades rituales, tanto como las particularidades de la organización social debieron diferir entre las diversas comunidades regionales, pensamos que, en algunos casos, esta ritualidad pudo desarrollarse en torno a las prácticas funerarias. Es la situación que se presenta, por ejemplo, entre el sur de Perú y el Norte Grande de Chile, donde se encuentra una serie de cementerios en lugares cercanos a la costa. Allí pudieron sepultarse individuos representativos de diferentes segmentos comunales, traídos de los distintos territorios por ellos ocupados. El hecho es que la preparación de las actividades funerarias llegó a ser bastante compleja, incluyendo elaborados procedimientos de momificación artificial, como ocurrió con el llamado "complejo Chinchorro". Hay también en esos sitios algunos objetos que estarían vinculados al consumo de alucinógenos, lo cual ocurría desde épocas bastante remotas.

Una característica común a las comunidades que han podido estudiarse con mayor amplitud, es que mantuvieron un desarrollo sos-

tenido de las fuerzas productivas, basados en una racionalidad económica que distingue a su modo de vida y se caracteriza por:
a) La especialización del instrumental y de la tecnología.
b) La mayor diversificación de los recursos naturales explotados y,
c) La organización espacio–temporal de las actividades orientada a la utilización de la fuerza de trabajo en los lugares y momentos de mayor productividad.

Así es como se integraron sistemas de complementación económica que tendieron a optimizar la combinación de estos factores, permitiendo un desarrollo económico y demográfico consistente, aun en aquellas áreas que incluyeron al desierto mas árido del mundo.

En cuanto a la tecnología, ya se ha mencionado el hecho de que el utillaje lítico, que frecuentemente se integró en diferentes instrumentos con otros componentes de madera, hueso, concha, fibras vegetales y animales u otros materiales, estaba dedicado a funciones muy específicas. Es decir, utilizaron un instrumental especializado.

Cabe mencionar que, entre los instrumentos de caza, conocieron desde épocas tempranas el propulsor o lanzadardos, que aumenta notablemente el alcance y la potencia de impacto de los proyectiles. Hacia el 2.500 a C., conocieron también el uso de arco y flechas. El instrumental de pesca incluyó redes, anzuelos simples de concha o de espinas de cactus y una amplia gama de anzuelos compuestos con elementos de piedra, concha o hueso confeccionados para la captura de determinadas especies. Desarrollaron ampliamente la cordelería y la cestería con técnicas de entrelazado y espiral e, incluso, textilería a telar.

En términos más generales, impulsaron tres grandes procesos de especialización en torno a la explotación de las diferentes clases de recursos alimenticios y de obtención de variadas materias primas derivadas o asociadas a los mismos.

En las tierras altas, donde la fauna terrestre fue más abundante, se pasó de una fase de caza generalizada a una especialización en la captura de camélidos, como presas principales. En cuanto a los camélidos, que constituían los animales de mayor tamaño, después de la extinción de diversas especies del Pleistoceno, se procedió a un control de su territorialidad por seguimiento y, posteriormente, al control de los apareamientos por captura selectiva –según la época del año y el sexo y edad de las presas–, hasta alcanzar la domesticación.

En cuanto a los recursos vegetales recolectados, la amplia variedad de especies de tubérculos, bulbos, frutos y gramíneas incluían

ya, desde cerca del 8.000 a.C. a las calabazas, el maíz, porotos y ají que, en épocas posteriores constituirían las principales especies alimenticias cultivadas. Se han propuesto algunas hipótesis para dar cuenta de los procesos de domesticación que llevaron al cultivo de esas plantas. Así, por ejemplo, se ha propuesto que el maíz pudo ser objeto de una recolección a destiempo por parte de cazadores recolectores trashumantes. Es decir, que éstos, cuyos desplazamientos estarían orientados por especies más productivas, habrían recolectado aquella parte del maíz que más tardaba en soltar la semilla. Se habría seleccionado así una parte de esa especie, de muy baja productividad natural, pero de elevada productividad en condiciones de cultivo por el hombre.

Por lo que se refiere a los recursos marinos, que tuvieron gran importancia debido a su elevada productividad, se han propuesto tres fases en el desarrollo de su explotación. En una primera etapa, se mariscaba y se pescaba en las orillas, a poca profundidad, extendiéndose el ámbito de apropiación a lo largo de la línea de la costa. Luego, con la especialización del instrumental que elevó la eficacia en la captura de determinadas especies, el aprovechamiento de esos recursos se amplió hacia aguas más profundas. Finalmente, con el desarrollo de las técnicas de navegación, la captura se pudo llevar a cabo a mayores distancias de la costa. En realidad, ya desde las épocas tempranas, el inventario de especies marinas consumidas en cada sitio se mostraba variado, incluyendo generalmente un par de decenas de especies de peces, aves y mamíferos marinos, cangrejos y algas.

En general, la amplia variedad de recursos animales, vegetales y minerales que fueron procesados, evitó que su explotación excesiva los llevara a la extinción o agotamiento. O, si ello ocurrió eventualmente, los recursos agotados pudieron ser sustituidos.

Por otro lado, la economía se organizó racionalizando el uso de la fuerza de trabajo. Si existió realmente una primera fase de nomadismo trashumante, éste debió regirse por reglas de circulación de los grupos de unidades domésticas que optimizarían la utilización de los diversos recursos en un perfil de distribución aproximadamente linear. Es posible pensar que la rotación se hacía algo más lenta hacia los extremos: en verano, desplazando mayor fuerza de trabajo hacia las tierras altas, cuando las manadas de camélidos se concentraban para redistribuir los grupos de apareamiento; en invierno, hacia la costa, si bien la concentración y disponibilidad de recursos debió ser más o menos similar durante todo el año. Luego, al segmentarse la comunidad,

las distintas parcialidades debieron circular en fracciones menores del territorio. La elevación de la productividad media del trabajo habría obedecido a la intensificación que habría significado el hecho de que ningún conjunto de recursos accesibles era desaprovechado, aún en las épocas de su menor productividad natural. Este desarrollo de las fuerzas productivas por la vía de una división geográfica del trabajo, como vimos, habría requerido de un ágil sistema de intercambios a cortas y largas distancias, lo cual aparece atestiguado en el registro arqueológico.

La organización del modo de vida en torno a la articulación de estas bases económicas crearon las condiciones materiales generales en que se dio la revolución tribal y agropecuaria en estas comunidades de antigua tradición andina. Para esas alturas, aun evidenciándose rasgos culturales que atestiguan una historia original común, la diversidad cultural debida a la variedad de ambientes colonizados y de interacciones históricas particulares entre distintos grupos sociales, exhibía ya matices regionales bastante diferenciados.

El modo de vida de los cazadores recolectores surandinos

Nos referimos a una población que parece haberse derivado de los antiguos cazadores andinos, desprendiéndose de éstos a la altura de los Andes centrales hace unos 9.000 a 8.500 años a.C. Incluiría a los productores de los restos que un autor [Schobinger] agrupó como "horizonte andino de puntas triangulares". Sería precisamente el uso de puntas triangulares uno de sus rasgos culturales distintivos. Sus testimonios más antiguos y ya bien definidos, se encuentran en los sitios de Tuina, San Lorenzo y Chulqui, con fechas de 9.800 a 7.500 a.C., en el Norte Grande de Chile, San Pedro Viejo de Pichasca (ca. 8.000 a.C.) en el Norte Chico e Inca Cueva 4 y Huachichocana (8.700 y 7.600 a.C.) en el noroeste de Argentina. Sus orígenes podrían encontrarse en sitios de los Andes centrales como Guitarrero o Pachamachay, desplazándose hacia el sur con cierta rapidez, de tal modo que, de hecho, precedieron allí a los asentamientos típicos de la ocupación consistente que desarrollaron en esos lugares los cazadores de la antigua tradición panandina ya reseñada. Algo similar y aproximadamente simultáneo a lo que ocurrió en los Andes ecuatoriales y centrales con los grupos de Cubilán-Paiján-Luz.

Existe la posibilidad, aún algo difícil de precisar, de que algunas parcialidades de este pueblo se hubieran desplazado tempranamente hacia el sur, integrándose al desarrollo del toldense clásico de Patagonia central y, tal vez también, a las poblaciones de la región pampeana. En todo caso, se asentaron con claridad en el Norte Chico chileno y la región de Cuyo en Argentina, donde establecieron un desarrollo histórico prolongado, a partir del cual se extendieron también hacia el este y hacia el sur.

El hecho que resalta notablemente es que, en los Andes meridionales como en las Sierras Centrales argentinas, coexistieron territorialmente y debieron interactuar regularmente con las comunidades del modo de vida de los antiguos cazadores andinos, caracterizados en estas regiones por la tradición de puntas foliáceas. Y es particularmente interesante constatar que, aun ocupando el mismo territorio y, a veces, los mismos sitios, se mantuvieron culturalmente diferenciados de aquellos, separando –por ejemplo– sus lugares y modalidades de enterramiento.

A partir del 5.000 a.C. esta población se extendió hacia las Sierras Centrales de Córdoba y San Luis y hacia las pampas en Argentina, lo mismo que hacia la zona central de Chile.

En las Sierras Centrales están presentes en los sitios de Intihuasi, Ongamira y Casa de Piedra, donde parecen haber interactuado cómodamente con la tradición de cazadores "ayampitinenses", pues coexisten en ellos las puntas foliáceas y triangulares.

En la zona central de Chile, la moda de las puntas triangulares que este pueblo introdujo, vino a sustituir, algo antes del 4.000 a.C., el uso de puntas foliáceas. También desarrollan allí un sistema de complementación económica entre la costa, donde se les identifica como "complejo Papudo", y los valles del interior, donde están claramente representados en los sitios de Tagua Tagua II y Cuchipuy II. Además, mantuvieron vínculos con grupos culturalmente similares del otro lado de la cordillera de Los Andes.

Una cuestión por dilucidar es la relación de estos pueblos con aquellos de la región pampeana y patagónica. Pensamos que participaron de la ocupación de la región pampeana, vinculándose con los descendientes de la tradición toldense. Por otro lado, coexistieron no solo en las Sierras Centrales, sino también en el noroeste argentino (Inca Cueva) y aun en Lípez, al sur de Bolivia, con evidencias atribuidas a

migraciones de poblaciones de origen patagónico. Identificadas éstas por el uso de puntas triangulares de base convexa o acuminada y punta (extremo distal) particularmente aguzado.

Parece ser que la relación con éstas comunidades fue la que puso de moda en toda la región andina de "tradición foliácea" el uso generalizado de puntas triangulares y cuentas de piedra pulida. Moda que se generalizará plenamente por el 3.500 a.C., alcanzando hasta las comunidades que habitaban en el Ecuador. Ello nos estaría indicando una interacción estrecha, probablemente mediada por un ágil proceso de intercambios, entre comunidades de dos modos de vida y tradiciones culturalmente diferenciadas. Estamos hablando de una época en que ya se desarrollaba la revolución tribal por parte de los cazadores recolectores del trópico sudamericano en las costas ecuatorianas. Proceso que impactaría rápidamente a las comunidades andinas hacia el sur, precisamente a través de sistemas de intercambios que buscaban amortiguar las presiones expansionistas de las nuevas comunidades agropecuarias. Todo lo cual indicaría que, a pesar de las grandes distancias y de la relativa autarquía de las comunidades primitivas, el mundo andino constituía ya un sistema en formación, de interacciones socioculturales diferenciadas, pero interconectado.

Las diferencias culturales de estas comunidades con las del antiguo modo de vida de los cazadores panandinos se aprecian principalmente en algunas características de la tecnología lítica y la tipología de las piezas. Éstas van desde la producción de lascas poco espesas como matrices para elaborar su instrumental, incluyendo las mencionadas puntas triangulares, generalmente de sección delgada, para cuyo enmangamiento se requirieron también modalidades específicas. Pero comparten con aquellos el uso de lanzadardos y el desarrollo de cestería con técnicas de entrelazado y espiral. Y, aun cuando en las zonas que habitaron estos cazadores surandinos la producción cerámica es tardía, desde tiempos remotos recubrían sus cestos con barro para exponerlos al fuego.

Merece notarse que el sitio de San Pedro Viejo, en el Norte Chico chileno, que habitaron por largo tiempo, es uno de los muy escasos que, fuera de la Patagonia, presentan pinturas parietales con negativos de manos en Sudamérica.

En cuanto a su alimentación, desde las épocas más tempranas realizaron una variada colecta vegetal que también incluyó maíz, poro-

tos y ají. Las presas de caza preferidas en los sitios andinos fueron camélidos y roedores. Y, en las Sierras Centrales argentinas, guanacos y avestruces.



Foto 2, Pinturas rupestres con escenas de caza de camélidos y la presencia de otros animales en una de las cuevas de Toquepala, sur del Perú. ca. 7000 a.C.

Sus testimonios arqueológicos los muestran como hábiles artesanos en el labrado y decoración de maderas y huesos, produciendo objetos diversos, entre los que se contaban instrumentos musicales. Igualmente diestros fueron en la lapidaria, técnica con que produjeron abundantemente cuentas de collares. También son los productores de las piedras horadadas de diferentes tamaños y funciones que abundan en Chile central y el Norte Chico.

Esta población se incorporó a su vez, aunque tardíamente, a la revolución tribal y agropecuaria.

Tradición de cazadores del norte

En la región noroccidental de Sudamérica hay una buena cantidad de hallazgos de un tipo particular de puntas denominadas "cola de pescado". Los suficientes como para atestiguar con claridad la presencia de una población distinta a las ya mencionadas, pero demasiado exiguos como para inferir algo más sobre las particularidades de su modo de vida en el continente meridional.

El tipo de puntas "cola de pescado" es muy similar a aquellas que caracterizan a las ocupaciones más antiguas de la Patagonia austral. Por una serie de circunstancias, hace unas dos o tres décadas se pensaba que esas antiguas ocupaciones patagónicas representaban una expansión meridional del llamado "complejo Clovis", a las cuales se les formaba un pedúnculo estrechando la base enmangable. No obstante, las ocupaciones del extremo sur oriental sudamericano resultan ser tanto o más antiguas que la cultura Clovis norteamericana y las "colas de pescado" ecuatorianas eran no menos de dos milenios mas tardías.

Opino que esta presencia noroccidental en la América del Sur corresponde a una población distinta de la del Cono Sur y que constituye, efectivamente, una expansión hacia el sur por parte de cazadores derivados del complejo El Llano. Sus variantes tipológicas pueden seguirse muy bien a través de México y Centroamérica, en Sonora, Hidalgo y Chiapas. En el sureste mexicano (cueva de los Grifos) poseen una datación de 7.300 años a.C. Luego se encuentran asociadas a puntas acanaladas claramente similares a las Clovis en Turrialba (Costa Rica) o lago Madden (Panamá).

Ya en Sudamérica, estas puntas y las formas que se les asocian, se encuentran en Bahía Gloria, Restrepo y Cajibío en Colombia; en Pa-

raguaná y en dos sitios cerca de Quíbor -como La Hundición- en Venezuela; en El Inga, Papallacta y El Azuay en Ecuador y en los sitios de La Cumbre y Piura Alto e incluso, tal vez, en alguno de Ayacucho, en el Perú.

Su cronología en la región andina septentrional puede ir de poco antes del 7.000 al 5.000 a.C. Sin embargo, todavía la información arqueológica sobre sus contextos, tipos de actividades o relaciones con las otras poblaciones contemporáneas es del todo insuficiente como para avanzar mayores inferencias.

2. CARACTERÍSTICAS DE LAS FORMACIONES CAZADORAS RECOLECTORAS PRE-TRIBALES

La posibilidad de explicarnos las características de estas antiguas poblaciones andinas o dar cuenta de fenómenos como su evidente coexistencia en los mismos territorios, nos conduce a la necesidad de entender las características estructurales más generales y que fueron compartidas por las sociedades mencionadas.

Su estructura social básica consiste en un sistema de relaciones sociales que se organizan en torno a las actividades, entonces vitalmente centrales, de obtención de alimentos. Los rubros principales de la economía consistían en: a) la obtención de alimentos, b) la producción de instrumentos y, c) la producción de bienes no alimenticios, como vestimenta, adornos etc.

Las actividades del proceso productivo orientadas a la obtención de alimentos se caracterizaban por ser actividades *apropiadoras*. Lo que significa que la comunidad no invertía fuerza de trabajo en el control directo de la reproducción de las especies biológicas que constituían la base de la alimentación. Los animales y plantas eran capturados o recolectados tal como los ofrecía la naturaleza. No existía aún lo que, en sentido más restringido, se concibe como producción de alimentos. Lo cual no significa que las actividades de apropiación no implicaran inversión de fuerza de trabajo organizado en una diversidad de procesos laborales, tanto para la captura por caza o pesca y la recolección, como para la transformación de animales y plantas apropiados en bienes consumibles.

Esto significaba que las sociedades cazadoras recolectoras estaban sometidas, más que cualquier sociedad con otro tipo de economía, a los riesgos imprevisibles de los cambios medioambientales y contingencias ecológicas diversas. La experiencia histórica debió enseñarles que la depredación excesiva de determinados recursos biológicos o minerales no renovables podía conducir a su extinción o agotamiento. De ahí que estos pueblos desarrollaron una tendencia no solo a no sobreexplotar, sino a mantener un margen de reserva de recursos potenciales, para hacer frente al carácter impredecible de las contingencias medioambientales que podían afectar drásticamente a su economía.

Otra característica de esta economía, que nos permitirá entender las particularidades de sus sistemas de relaciones sociales, tiene que ver con el hecho de que los *ciclos de producción–consumo* de alimentos son *breves* y *necesariamente continuos*. En los pueblos cazadores recolectores nómadas, estrictamente pre-tribales, los ciclos entre producción (apropiación) de alimentos y consumo son breves, porque tienden a eliminarse los procesos de conservación, almacenamiento o transporte de alimentos, facilitando, entre otras cosas, su movilidad. Con lo cual, al eliminarse rápidamente la producción a través del consumo, se genera la necesidad inmediata de nueva obtención de alimentos. Es obvio que la continuidad necesaria de los ciclos producción–consumo, la imposibilidad de su interrupción, obedece al hecho de que de ellos depende rigurosamente la sobrevivencia cotidiana. Como veremos, la tendencia a suprimir la preservación y almacenaje de alimentos no obedece a impedimentos técnicos, sino más bien a restricciones sociales.

Por otro lado, la producción, en general, era subsistencial. Es decir, no se producía un volumen de bienes más allá de lo que se consideraba históricamente necesario para la sobrevivencia. Característica condicionada solo en parte por la tendencia a la no sobreexplotación del medio natural. En otros términos, no había una producción sistemática de excedentes, esto es, bienes o trabajos que el productor directo realizara perdiendo la capacidad de disponer sobre ellos.

Los bienes eran distribuidos diferencialmente, de acuerdo a las necesidades de los individuos en las distintas posiciones y momentos de su ciclo vital, sin que hubiera necesidad de plusproductos ni excedentes acumulables de manera sistemática o permanente.

El *desarrollo de las fuerzas productivas* de estas sociedades dependía: a) de la productividad natural del medio, factor no controlado por

los hombres; b) del desarrollo tecnológico, limitado por las restricciones a la predación excesiva; y c) de la organización de los sistemas generales de complementación económica. Este último es el que la sociedad podía controlar, optimizando el uso adecuado de la fuerza de trabajo en su distribución espacio temporal, la diversificación de los recursos utilizados y la tecnología empleada. Como vimos, gracias a la disponibilidad de los antecedentes arqueológicos, el modo de vida de los antiguos cazadores recolectores andinos, consiguió desarrollar una gran eficacia productiva, racionalizando la combinación de los criterios mencionados.

En cuanto a las formas de organización social, podemos decir que la unidad básica de organización social, que era principalmente un grupo de producción y consumo, fue la *unidad doméstica*, que se organizaba tendiendo a incluir en su seno a todas las posiciones en la división del trabajo que era eminentemente regida por criterios de sexo y edad. Las unidades domésticas se agrupaban regularmente en grupos de cooperación más amplios, constituidas por unas cuatro o seis de ellas conformando las que se han denominado hordas o bandas mínimas. Las cuales se insertaban en grupos mayores de cooperación y reciprocidad regulados por sistemas de linajes.

Estas unidades domésticas tendían a coincidir con las unidades de reproducción biológica, reguladas por distintos *sistemas de filiación*. No obstante, la correspondencia entre la adhesión de los grupos de producción-consumo y los de filiación reproductiva no tenía un carácter necesario y, desde luego, era mucho más flexible que en las sociedades tribales.

Si atendemos a la relación de *correspondencia* que se establece entre las *fuerzas productivas* y las *relaciones sociales de producción*, podremos apreciar sus particularidades distintivas en las sociedades pre-tribales. Puede decirse que, dadas las características de la economía, el signo de las fuerzas productivas es el de la precariedad. La *precariedad* se debe a la confluencia de los factores mencionados: no se controla directamente la disponibilidad de recursos naturales, los ciclos producción–consumo son breves y, no habiendo preservación y almacenaje permanente de alimentos, no pueden ser interrumpidos. Lo que significa que cualquier circunstancia que lleve a un descenso importante o a la interrupción de los ciclos producción–consumo, pone en riesgo real la sobrevivencia de los individuos o de las unidades domésticas. Los factores contingentes que pueden provocar carencias vitales son varia-

dos y constituyen una amenaza potencial permanente. El riesgo de carencias no se manifiesta, claro está, solo en relación con la alimentación, sino también, eventualmente, de instrumentos o de algunas materias primas para reponerlos. Una embarcación dañada o un arco quebrado constituyen también una situación difícil.

La forma cómo estas sociedades resuelven el riesgo permanente de carencias o de déficits severos, es a través de un sistema de relaciones sociales de reciprocidad. La *reciprocidad* es un compromiso social que consiste en el *derecho* de cualquier miembro o grupo de la sociedad a ser auxiliado en sus necesidades por los demás, cuando está sometido a carencias. Derecho que se adquiere a través de asumir, recíprocamente, la *obligación* de ayudar a cualquiera otro que se encuentre en situación difícil.

El riesgo de carencia es permanente y, en ese sentido, previsible. Pero no es previsible cuándo ni quiénes estarán sometidos a ella. De ahí que el compromiso de reciprocidad que une a los miembros y grupos de una sociedad cazadora recolectora no puede ser individual, sino colectivo.

El sistema de relaciones sociales de reciprocidad es, de hecho, la forma que asume, entre los cazadores recolectores pre–tribales, el *sistema de relaciones sociales de producción*, que se fundamenta en un sistema de relaciones de propiedad que los agentes de la producción establecen sobre los elementos del proceso productivo: la fuerza de trabajo, los instrumentos y los objetos de trabajo. Estos constituyen los contenidos de la propiedad. Desde el punto de vista de los contenidos de la propiedad, podemos decir que las relaciones sociales que distinguen a este *modo de producción*, consisten en el establecimiento de propiedad *colectiva* sobre la *fuerza de trabajo* y sobre los *instrumentos* de producción. No se ha conformado históricamente la propiedad sobre los objetos naturales de producción. En tanto se mantenga la disponibilidad natural de esos medios, no es necesario establecer la capacidad social de disponer sobre los mismos, que es la propiedad. No hay necesidad de establecer propiedad sobre los objetos naturales de trabajo, pues no se ha invertido en ellos fuerza de trabajo que fuera necesario defender. Tampoco la precariedad de las fuerzas productivas otorga muchas posibilidades de hacerlo, al menos de manera permanente.

Esto es lo que explica el que, si bien las comunidades cazadoras recolectoras que hemos visto para las regiones andinas, tenían una

territorialidad (como ocurre hasta en las especies animales), no tenían propiedad territorial y eran capaces de compartir, por milenios, los mismos espacios geográficos. En parte, como hemos visto, los conflictos potenciales se evitaron desarrollando modos de vida distintos, orientados a la explotación preferencial de recursos distintos. Lo que nos muestra, de paso, que el medio ambiente no es determinante de los sistemas económicos y sociales que los pueblos desarrollaron. Que, más que "adaptaciones", se trata de diferentes opciones a través de las cuales la sociedad humana enfrentó a su medio ambiente, transformándolo para satisfacer sus necesidades. Que en gran medida las limitaciones han tenido más que ver con el grado de desarrollo de las fuerzas productivas que con las restricciones -también existentes, desde luego- del medio natural.

El carácter colectivo de la *forma* de la propiedad implica que cada miembro o grupo de la comunidad tiene el derecho a disponer sobre el uso de la fuerza de trabajo y los instrumentos que poseen los demás y que la comunidad, representada en los demás comuneros, retiene igualmente la capacidad de disponer de la fuerza de trabajo y los instrumentos que cada individuo o grupo posee. Desde luego que la posesión, como capacidad de uso –que en este caso es un derecho y una obligación–, tiene formas individuales o particulares de cada grupo integrante de la comunidad.

Las relaciones de reciprocidad se realizan, por lo general, en un amplio y, a veces, complejo sistema de distribución e intercambios diferidos de bienes, que no detallaremos acá.

Superestructuralmente, la formación pre–tribal se caracteriza por una escasa diferenciación entre las esferas de la institucionalidad y la conciencia social. De hecho, el sistema no es tan complejo como para no poder ser representado por cualquier miembro de la comunidad. Y los riesgos de la precariedad son suficientemente compulsivos como para no requerir de aparatos institucionales complejos para regular la conducta social dentro del sistema. La inhibición de la acumulación y el almacenamiento, más que a limitaciones técnicas, obedecía a restricciones sociales que, manteniendo la situación generalizada de precariedad, hacía necesaria la permanencia del sistema de relaciones de reciprocidad.

Es claro que, en tales condiciones, la cohesión social se aseguraba a través de rigurosos sistemas de valores y normas, que las mis-

mas unidades domésticas u hordas se encargaban de hacer respetar, por propia conveniencia. Como es de esperar, la estructuración de la conciencia social y de los sistemas de valores que integran la afectividad asociada a las representaciones cognitivas de la realidad, giró principalmente en torno a la proyección simbólica de las relaciones sociales de reciprocidad. Estos sistemas de valores que regían las relaciones humanas, fomentando la generosidad y limitando el abuso hacia los demás integrantes de la sociedad, regulaban también –bajo concepciones animistas– las relaciones con la naturaleza, evitando su predación excesiva y el riesgo de que ésta se desquitara negando los recursos de subsistencia.

Un sistema social cuyas bases materiales esbozamos brevemente, entra en crisis cuando el particular sistema de relaciones de reciprocidad resulta incapaz de asegurar la sobrevivencia de sus miembros a través de los recursos naturales accesibles a la tecnología apropiadora. La crisis del sistema se desenvolverá como un proceso de contradicciones entre población y fuerza de trabajo, instrumental y tecnología y objetos naturales de trabajo, que conducirá a nuevas formas de organización social. Éstas deberán permitir la elevación de la productividad del trabajo y la estabilidad o el crecimiento de la población.

Esos procesos, de los que tratarán los próximos capítulos, tuvieron lugar en los Andes, a partir de una historia propia de milenarios desarrollos regionales e interacciones intercomunales.

FUNDADA EN 1620 QUITO

III. El proceso de Neolitización en los Andes ecuatoriales (8.000-2.000 a.C.)

JORGE G. MARCOS

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

CONTENIDO

III. EL PROCESO DE NEOLITIZACIÓN EN LOS ANDES ECUATORIALES

1. EL CONCEPTO DE LA NEOLITIZACIÓN
2. EL PROCESO DE NEOLITIZACIÓN EN AMÉRICA
   - La arqueología en la región ecuatorial americana
   - Paisaje y cambios desde el Pleistoceno al Holoceno
3. EL ORIGEN DE LA NEOLITIZACIÓN EN AMÉRICA
   - El Arcaico
   - La evidencia arqueobotánica
   - La distribución del maíz
   - "Vegecultura" y "semicultura"
   - La explotación de los manglares
   - El descubrimiento de la cerámica
4. EL SURGIMIENTO DE LAS ALDEAS

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

1. EL CONCEPTO DE LA NEOLITIZACIÓN

El *período Neolítico* fue definido inicialmente en el Viejo Mundo. Sirvió para caracterizar la aparición de instrumentos de piedra pulida en algunos yacimientos arqueológicos de la época antigua. A las piedras de molienda, se sumaban hachas y azadas de piedra pulida, reemplazando o complementando algunos de los artefactos tallados del período anterior, el *Paleolítico Superior*. Estos sitios eran distintos de los campamentos de los cazadores recolectores. Al estudiarlos los arqueólogos comprobaron que se trataba de aldeas permanentes o semipermanentes, en las que empezaron a encontrar restos de animales domésticos, de gramíneas y otras plantas cultivadas, y de los instrumentos para procesarlas, así como los silos en que se las guardaba. También hallaron fragmentos de cerámica, y a veces ollas de ese material con residuos de alimentos. Sin embargo, con el tiempo y más investigaciones, se dieron cuenta que las poblaciones sedentarias, la producción de alimentos, y el uso de la cerámica no habían aparecido simultáneamente. La *Neolitización* empezó a revelarse como un proceso complejo en que se fueron articulando la domesticación de plantas y animales, la agricultura incipiente, el pastoreo, el establecimiento de aldeas permanentes, el descubrimiento, producción, o incorporación de la cerámica al uso común, y el surgimiento de redes de intercambio. Aunque cada uno de estos aspectos constituye un proceso independiente, que no necesariamente deban darse en cada caso, o en el orden expuesto, existen ciertas correspondencias que parecen ocurrir en todos los continentes.

Del Danubio al Duero, del Nilo al Níger; del Éufrates al Ganges y al Yang-tze-kiang; o del Mississippí al Amazonas, todas las aldeas de agricultores del neolítico temprano se encontraban cerca de profundos depósitos de aluvión fértil en los valles regados por ríos ricos en sedimentos.[1] Esto significa, que los agricultores iniciales buscaron siempre las mejores tierras para sembrar y producir su sustento, asegurándose una alimentación que complementaban principalmente con la pesca y la caza. De esta manera, los agricultores tempranos alcanzaron un modo de vida más seguro, que se tradujo en aumentos de población. La presión demográfica resultante los llevó a apropiarse rápidamente de los terrenos más fértiles, y a defenderlos de otros

[1] A.Sherrat, 1982.

grupos que competían por ellos. Con el tiempo, empezaron también a sentir la necesidad de encontrar medios para aumentar la producción.

La mayoría de los materiales necesarios para construir los instrumentos de labranza no se hallan con facilidad en los terrenos fértiles, ya que las capas geológicas más antiguas, ricas en minerales, han sido cubiertas por el limo transportado por los ríos. Por definición, los mejores terrenos agrícolas no ofrecen las materias primas que requieren los agricultores para fabricar los instrumentos y artefactos de labranza. Es más bien en los terrenos menos productivos donde se encuentran las rocas más duras y que mejor sirven para la fabricación de cuchillas, de hachas o de azadas. Las maderas más nobles también se encuentran lejos de los ríos donde viven los agricultores. Los terrenos altos y los secos generalmente no son propicios para la agricultura; como tampoco lo son los pantanos, terrenos húmedos que permanecen bajo agua una buena parte del año. En los trópicos, los estuarios de las rías de aguas salobres, las lagunas bordeadas de manglares, o las planicies salitrosas que van quedando detrás, ante el constante avance del manglar sobre los cuerpos de agua, son impedimentos para la agricultura. Estos terrenos no aptos para la agricultura, que se encuentran siempre alejados o en la periferia de los fondos de valle, también fueron ocupados durante la etapa de Neolitización por quienes los venían explotando desde el Paleolítico Superior o no pudieron acceder –o perdieron acceso– a los mejores terrenos de cultivo. Algunos de estos grupos se dedicaron a la explotación de materias primas y a la producción de artefactos, tanto utilitarios como suntuarios. Esta dedicación indudablemente contribuyó a un mayor desarrollo de la minería durante la Neolitización. Otros dirigieron su modo de vida a la recolección en gran escala de algunos productos vegetales y animales. Unos y otros intercambiaron materias primas y manufacturas por alimentos con los agricultores de los valles ricos, complementando sus recursos de subsistencia, y ofreciendo a los agricultores los materiales requeridos para intensificar la producción de alimentos.[2]

Los pastores, y los traficantes nómadas, a partir del neolítico pudieron establecer rutas de intercambio a larga distancia merced a los alimentos que obtenían por trueque con los agricultores, ya que su constante movimiento no les permitía sembrar y cosechar directamente.[3]

---

[2] Ibidem.

[3] Renfrew, 1990; Wolf, 1982: 33-34.

Sin embargo, las relaciones de intercambio llevan un problema intrínseco que debe afrontarse, y es asegurar una fluida reciprocidad. Es necesario evitar que la explotación y distribución de uno o más artículos de consumo, ampliamente requeridos, se reduzca al escasear los productos por los que son cambiados. La circulación de bienes de prestigio no utilitarios representa un papel importante en salvar esta dificultad, cumpliendo un rol vital en la movilización de la demanda. Objetos de valor, como los atavíos suntuarios, los utensilios ornamentales, o rituales, pueden ser cambiados por artículos de consumo esencial. Además, pueden acumularse, alentando la continuidad en la producción de materiales de uso básico, aunque la demanda local por estos productos se encuentre saturada. De esta manera, los artículos de prestigio actúan a la vez como reguladores y como motores de todo el sistema de intercambio.[4]

Durante el proceso de Neolitización, no solamente se generó el intercambio de productos complementarios para la subsistencia de quienes vivían en los más variados ambientes, sino que se incrementó el tráfico a larga distancia para obtener materiales de prestigio, la mayoría, exóticos. Los cazadores-recolectores de los períodos anteriores necesitaron establecer una comunicación ritual con la naturaleza y con los espíritus, que gobernaban el bosque y los animales, para que les permitiesen subsistir. Durante el Neolítico, la necesidad de lluvia y de un clima que favoreciese las cosechas, llevó a los agricultores a forjar, nuevos y complejos ritos agrícolas.[5]

2. EL PROCESO DE NEOLITIZACIÓN EN AMÉRICA

Este escenario, explicado por muchos arqueólogos europeos, no difiere demasiado de los procesos que empiezan a vislumbrarse sobre la Neolitización del continente americano. Ejemplo de ello es la distribución diferenciada entre ciertas materias primas y los objetos fabricados con ellas.[6]

---

[4] Dalton, 1976.

[5] Vogt, 1958.

[6] Los materiales con que se fabricaron las hachas de andesita y las navajas de sílice o de obsidiana que se encuentran en los yacimientos neolíticos de la Amazonia, y de otros sitios de las tierras bajas ecuatoriales, tuvieron que ser transportados a través de cente-

La similitud en tratamiento de pasta y superficie en las cerámicas iniciales del Viejo y Nuevo Mundo, llevó a muchos arqueólogos a plantearse la posibilidad de que existiese un solo foco de origen para la cerámica, y que éste se encontraba en el Viejo Mundo. Algunos, propusieron que tal conocimiento tecnológico habría sido llevado al Nuevo Mundo mediante contactos transoceánicos. Hoy, gracias a las investigaciones sobre el tema, podemos asegurar que la cerámica, como todos los otros procesos que se articulan dentro de la Neolitización, surgió en varias partes del mundo, una vez dadas las condiciones necesarias para su descubrimiento.

Durante mucho tiempo, sin embargo, los investigadores de la historia antigua de América consideraron que el tránsito de la caza-recolección a la producción de alimentos había sido diferente en América, tanto, que era necesario designarlo con otro nombre. Consideraron también que era necesario ser cautelosos con el uso de cualquier terminología que pudiera implicar relaciones con el Viejo Mundo, y por eso a la Neolitización -o más específicamente a la etapa inicial de la cerámica- se la empezó a conocer en América con el término *Formativo*.

Sin embargo, en el contenido de este término Willey y Phillips[7] mantuvieron los conceptos que había usado Childe[8] para definir el proceso inicial de Neolitización en el Viejo Mundo. Algunos arqueólogos consideraron que una definición similar entre los términos Neolítico y Formativo introducía errores en el concepto Formativo, ya que según los datos con que entonces contaban, el proceso no había sido similar. Hicieron notar que tanto en la meseta mexicana, como en la costa del Perú, se practicó la agricultura muchos siglos antes de la aparición de la cerámica. También anotaron que los artefactos de piedra pulida y los

nares de kilómetros desde sus veneros. De igual manera ocurrió con las traquitas y rocas silíceas con que se fabricaron los instrumentos de labranza de los pueblos neolitizados de las cuencas fluviales de Europa, cuyas fuentes se encontraban a más de trescientos kilómetros de distancia.

Constituye otro ejemplo de paralelismo lo ocurrido durante la Neolitización de América y de Europa con el tráfico de varias especies del bivalvo Spondylus. En Europa, la distribución y uso que se dio, desde los Cárpatos al Rin, al Spondylus tenuispina y al Spondylus crassicosta que provienen del Mar Egeo en el Mediterráneo oriental, es comparable con el tratamiento que los pueblos neolitizados de la América Andina dieron, a partir del 3.000 a.C. al Spondylus princeps, cuyo hábitat se encuentra en el sublitoral profundo del Océano Pacífico, desde el Golfo de California en México, hasta el Golfo de Guayaquil en Ecuador.

[7] Willey y Phillips, 1958: 144.

[8] Childe, 1936, 1957.

restos de las pequeñas aldeas de agricultores, que allí se encontraban, aunque aparentaban ser producto de una forma de vida sedentaria, en ningún caso eran buenos ejemplos de una forma de vida aldeana bien establecida.[9]

Esto implicaba, según ellos, que no se había producido la explosión demográfica que debía seguir a la introducción de la agricultura, como había ocurrido en el Viejo Mundo. También hacían notar que aparentemente la cerámica más temprana no había sido producida por agricultores, sino por grupos costeros que subsistían principalmente por la recolección y el marisqueo. Estos grupos parecían haberse iniciado en la alfarería por estímulos externos, y que luego la habían difundido a otros grupos. Dichos autores mantenían la tesis que una parte sustancial de las culturas americanas estaba basada en importación transpacífica de conocimientos, técnicas y de gente.[10] Varios investigadores comenzaron a cuestionar estos planteamientos, unos criticaron abiertamente el origen transpacífico de la cerámica Valdivia y la difusión posterior a otras áreas del continente,[11] otros presentaron datos sobre la implantación de la agricultura por la sociedad Valdivia, y demostraron que el sitio epónimo dista mucho de ser un conchal.[12] Mientras tanto, desde los yacimientos del Alto Amazonas comenzaron a acumularse evidencias sobre el desarrollo de la Neolitización en la América Tropical.[13]

La arqueología en la región ecuatorial americana

Hoy, las investigaciones arqueológicas y geocientíficas de los últimos 25 años han introducido un cambio profundo sobre los esbozos que se tenía sobre el Formativo en los años sesenta, y se ha podido volver al uso del término Neolítico sin temor a que el proceso de neolitización en América pueda interpretarse como dependiente de un proceso similar en el Viejo Mundo.

En la arqueología en general, y en la de las tierras húmedas en particular, hay que mantener siempre un enfoque abierto y al mismo

---

[9] Ford, 1969.
[10] Meggers, Evans y Estrada, 1965; Ford, ibidem.
[11] Collier, 1968.
[12] Zevallos, 1971; Bischof y Viteri, 1972.
[13] Donald W. Lathrap, 1968, 1970, 1973, 1977.

tiempo crítico de la evidencia. La experiencia acumulada sobre la investigación en los trópicos húmedos, donde los restos de actividad humana y la mayoría de los artefactos fueron hechos de materiales perecederos, exige a los arqueólogos desarrollar una forma singular de percepción, para que los datos arqueológicos reflejen la realidad. Esto se debe a que el variado clima del neotrópico hace casi imposible la preservación de la mayoría de los restos de la cultura material y de los alimentos. Es imposible, por lo tanto, cuantificar la evidencia, como se hace en los yacimientos de los sitios secos. No se puede aplicar tampoco, a los yacimientos arqueológicos de las tierras húmedas, modelos explicativos desarrollados en las áreas menos lluviosas, ya que los habitantes de la región ecuatorial, tuvieron que fraguar un modo de vida diferente. Ello, no permite usar las mismas categorías de análisis que tradicionalmente se ha aplicado en los yacimientos de las áreas templadas, secas o de altura. En la arqueología ecuatorial, es necesario maximizar esfuerzos en la observación crítica de la *evidencia tangible*, así como, la absoluta necesidad del uso de la *evidencia indirecta*.

Los trópicos húmedos han generado tal variedad de especies de plantas y animales por hectárea, que no permiten llevar adelante eficientemente la recolección y la caza de ellas.[14] Debido a ello, el proceso de Neolitización se inició con la concentración de población cazadora recolectora a lo largo de los bancos que limitan las vegas de los ríos ricos en peces, donde podía lograr un sustento. Sobre el banco y vegas fertilizadas por el desborde de los ríos empezaron a sembrar las plantas con raíces ricas en fécula, como la yuca silvestre, la batata y las *Xanthosomas* que arrastraban las correntadas desde la media altura. Esta forma de vida sedentaria en áreas de intensa pluviosidad, facilita precozmente la agricultura y uso de la cerámica, que llevaría a los pueblos ecuatoriales hacia una forma temprana de organización *tribal*. [15]

Paisaje y cambios desde el Pleistoceno al Holoceno

El estudio de los sedimentos del Cuaternario, y su contenido en polen, así como el análisis geomorfológico del relieve superficial de

[14] Con excepción de algunos animales que habitan y se desplazan por las copas de los árboles, como los monos. Lathrap,1970, op. cit.

[15] Iraida Vargas, op. cit.

Suramérica han permitido determinar que, durante el último millón de años se han producido drásticos cambios, y de amplio espectro, en el clima de las latitudes ecuatoriales. Esto, probablemente causó grandes fluctuaciones en la cubierta vegetal de las tierras bajas. Expandiéndose las selvas durante los períodos húmedos, y restringiéndose en áreas de refugio durante los secos; lo opuesto sucedía en la extensión de las sabanas.

El análisis geológico, mineralógico, y micropaleontológico de los núcleos testigos obtenidos, mediante sondas, desde el fondo del litoral profundo del Caribe y de la costa nororiental de Suramérica indican la ocurrencia de climas áridos en las costas adyacentes durante las épocas de glaciación. La geología de parte de la Amazonía muestra terrenos quebrados, con torrenteras, y la alineación de piedras, indicando que, en estas áreas, existió un período más seco que el actual.

Las investigaciones sobre el contenido y las clases de polen que se encuentran en las sondas de los depósitos aluviales del Cuaternario, en las áreas de estudio, han revelado los cambios de cubierta vegetal en esta área, durante los últimos diez mil años. Las fluctuaciones reconocibles de la cubierta vegetal de las tierras bajas neotropicales durante este período, se suma a los resultados de unas pocas columnas testigo. Estos datos, que pertenecen al Pleistoceno, fueron tomados al sur de la Amazonía y en el litoral de la Guyana, sugieren grandes cambios en la distribución de la vegetación de selva, y de sabana, durante la edad de los hielos. Estudios de modelos climáticos para el mes de julio durante los últimos dieciocho mil años parecen confirmar esta interpretación. Estas investigaciones permiten asegurar que la vegetación de la selva neotropical, así como la de sabana, es muy antigua en el área, habiéndose originado en el Cretácico y en el Terciario. Las áreas donde la vegetación de sabana, o la de selva, ocurren ininterrumpidamente ofrecen una situación ecológicamente estable y benéfica para las especies animales del trópico. Es la distribución general de estos tipos de vegetación lo que ha variado dramáticamente en respuesta a los cambios del clima mundial durante el Pleistoceno. Estos estudios geocientíficos han acabado con la noción original de "los trópicos estables" que mantenía que estos ofrecieron durante el Cuaternario condiciones medio ambientales constantes sobre grandes áreas.[16]

[16] Whitmore y Prance, eds. 1987: 1-45.

Los cambios fueron dramáticos no solamente en la cubierta vegetal, también lo fueron en la línea de costas, y en la distribución de los manglares. Durante el último óptimo glacial del Pleistoceno el mar se hallaba aproximadamente unos 130 m por debajo del nivel actual. Al iniciarse los deshielos a principios del Holoceno, el mar comenzó a cubrir grandes extensiones de costa, que hoy constituyen el sublitoral profundo, hasta las ochenta brazas.

Estos cambios ya se habían dado anteriormente en el Cuaternario; en épocas interglaciales el mar llegó a cubrir territorios que hoy se hallan expuestos, así tenemos las antiguas playas y fondos de mar del Pleistoceno dando pie a la Formación Tablazo al norte y al sur del golfo de Guayaquil. Esto no se debió solamente a fluctuaciones en el nivel del mar al producirse el deshielo. En los Andes, los glaciales comenzaron a cepillar el sustrato rocoso de las morrenas, lavándose grandes cantidades de detrito, depositado en forma de aluvión a uno y otro lado de los Andes, o hacia las costas del Caribe. El peso añadido por los depósitos de aluvión produjo, en algunos casos, el hundimiento de cuencas fluviales.

En la costa del Ecuador y del extremo norte del Perú, como ejemplo, la combinación del hundimiento de la cuenca del Guayas con la subsidencia de la placa de Nazca bajo la placa continental, elevó algunas secciones de la costa alrededor del golfo de Guayaquil, matizando la dramática elevación del nivel del mar. Aunque sea posible generalizar, los cambios que se dieron en el tránsito del Pleistoceno al Holoceno deben ser estudiados para cada región en particular. De cualquier manera a partir del Holoceno, las aguas comenzaron a subir hasta alcanzar aproximadamente el nivel actual. En el litoral reciente se aferraron las varias especies vegetales que constituyen un manglar, brindando nuevamente su hábitat natural a una gran variedad de peces, moluscos, mariscos, crustáceos y avifauna, ya que el antiguo se hallaba ahora bajo el mar. En su proceso de crecimiento, iniciaron su inexorable avance sobre las aguas, cegando caños y lagunas, y creando nuevas islas y penínsulas,[17] dejando tras ellos las características planicies salitrosas sobre las que, a su tiempo, empezarían a construir campamentos grupos de recolectores de estos recursos.

Una de las más importantes características del neotrópico ecuatorial suramericano es su diversidad climática. Destacan la variedad de hábitats dentro del bosque caduco y dentro del bosque húme-

[17] Ferdon Jr., 1981.

do. Los Andes septentrionales, por ejemplo, presentan un clima altamente diversificado tanto por su variada topografía como por su ubicación ecuatorial en la costa Pacífica. Sobre la cuenca amazónica, hay dos factores responsables de esta diversidad del clima: a) la circulación atmosférica general, caracterizada por desplazamientos periódicos del Frente Intertropical, combinado (b) con masas de aire creadas localmente por diferencias en el relieve topográfico. La zona del litoral es afectada dramáticamente por un tercer factor: (c) corrientes oceánicas anualmente alternadas, asociadas con regímenes climáticos marcadamente diferenciados.[18] Estos incluyen a la fría y seca corriente de Humboldt, que se desplaza a lo largo de la costa del Pacífico desde el sur de Chile, hasta la costa sur-occidental del Ecuador, fluyendo de sur a norte desde la Antártida, durante los meses de mayo a noviembre. La húmeda y cálida corriente de El Niño, se desplaza hacia el sur durante los meses de diciembre a abril.[19] Estos factores se combinan para producir el clima de monzón que marca claramente las temporadas húmedas y secas que afectan, principalmente, a la costa central y sur del Ecuador, donde la estación de lluvias generalmente concuerda con el fenómeno de El Niño.[20]

El Ecuador ocupa un territorio que corresponde a menos de la vigésima octava parte del territorio de Brasil. Sin embargo, en este pequeño territorio se dan el 83 por ciento de las especies biológicas que ocurren en el Brasil, demostrando su multiplicidad de ambientes.[21] La mayor versatilidad del entorno la hallamos en la costa, donde la mayoría de las especies características son compartidas con la Amazonía y las cuencas de los ríos San Jorge, Cauca y Magdalena en Colombia, la cuenca de Maracaibo y el Orinoco en Venezuela, así como la Guyana. Una gran mayoría de las especies son, por lo tanto, comunes a las tierras bajas ecuatoriales de Suramérica.

Una gran variedad de ambientes ha sido la característica de las tierras bajas ecuatoriales de América, desde el Terciario. Durante el Cuaternario se dieron cambios, no tanto en la composición de la flora, como en su distribución. El predominio de las sabanas sobre el bosque tropical que existió durante el Pleistoceno, con el aumento de las lluvias a partir del Holoceno, produjo un cambio a favor del bosque tropical.

---

[18] Collin Delavaud, 1982; P. Porrut, 1983.
[19] Porrut, ibidem.
[20] Zeidler y Kennedy, 1994.
[21] Peter W. Stahl, Mnsc.1992.

Las sabanas que cubrían las tierras bajas durante el Pleistoceno, ofrecieron, a la gran fauna de la edad de los hielos, un amplio hábitat en el norte de Suramérica, que se empezó a reducir con el cambio climático mundial que trajo el Holoceno. Los milenios que tomó el proceso de población de todo el Nuevo Mundo llevaron muchas generaciones.[22]

En la América ecuatorial, los cazadores-recolectores de fines del Pleistoceno encontraron grandes sabanas, relictos de bosques tropicales, ríos, estuarios, lagunas, manglares, y litoral donde cazar, pescar y recolectar. Los deshielos y las lluvias a inicios del Holoceno produjeron un cambio ambiental que afectó la vida de muchas especies de plantas y animales, en especial de la megafauna pleistocénica, alterando el modo de vida cazador-recolector de los grupos humanos que poblaron inicialmente la región.

En la Amazonía y en los llanos del Orinoco, algunos ejemplares de la megafauna quedaron entrampados, en relictos de sabanas, por el bosque tropical en expansión. Otros fueron bajando hacia el sur a incorporarse a los que habitaban la Pampa y la Patagonia. En la costa del Pacífico, parte de la gran fauna que había habitado las antiguas sabanas de la cuenca del Guayas, y la costa sumergida, se concentraba en la península de Santa Elena y en el extremo norte de la costa del Perú. Otras especies ascendieron a ocupar los recientemente deshelados páramos y valles andinos. Esto causó que muchos cayeran sepultados por la ceniza de las erupciones volcánicas, como se evidencia en las alturas del Ángel, al norte del valle del Chota.

Los habitantes de la península de Santa Elena y de Talara cazaron los remanentes de la fauna del Pleistoceno, corriéndolos hacia los afloramientos de *copey*, donde quedaban atrapados en la brea, para rematarlos con lanzas y dardos provistos de puntas de piedra tallada.[23] Escenarios similares debieron darse en las varias regiones del Nuevo Mundo.

---

[22] Si cuatro generaciones se dan como promedio en un siglo, y cuarenta en un milenio, entonces este proceso debió darse a través de 120 generaciones si tomamos como ciertas las más conservadoras estimaciones del ingreso de la humanidad al continente americano. Pero, si aceptamos la propuesta de que el ingreso se dio hace mas de 35.000 años, entonces tuvieron que transcurrir mil generaciones (véase, Bate este volumen).

[23] Edward P.Lanning, Mnsc. 1968.



Foto 3, Excavaciones de asentamientos en Salango, con una ocupación continua desde el Formativo hasta el presente. Manabí, Ecuador.

3. EL ORIGEN DE LA NEOLITIZACIÓN EN AMÉRICA

Cada vez más arqueólogos parecen estar de acuerdo que la división teórica entre cazadores-recolectores y el inicio de la producción de alimentos es un corte que no se corresponde con la realidad. Se empieza a aceptar la posibilidad de que fueron los cazadores-recolectores mismos quienes iniciaron el manejo de algunas especies vegetales que preferían como alimento, y quienes dieron origen a su dispersión como cultivos. Hoy, la evidencia obtenida mediante la práctica interdisciplinaria de la arqueología, está revelando los procesos naturales y sociales que hicieron realizable la Neolitización entre los grupos humanos que poblaron las regiones ecuatoriales americanas entre los 11.000 a 7.000 a.C.[24]

Hacia los 11.000 a.C., al empezar a derretirse los glaciales, el nivel del mar empezó a subir, cubriendo -para el 8.000 a.C.- las plataformas costeras que habían estado expuestas durante el Pleistoce-

[24] VVAA, 1986-88; Deborah M. Pearsall, Mnsc.

no. El paso por Bering, por tierra, desde el Viejo Mundo, se cerró desde entonces. El cambio climático que originó el deshielo se tradujo en una dramática transmutación del ambiente. Mientras que en Norte América desaparecía la estepa tan rica en animales, siendo reemplazada en parte por los bosques de hojas caducas que poblaban el sureste de Norteamérica, en la Suramérica ecuatorial las vasta sabana, igualmente rica en fauna durante el Pleistoceno, comenzaba a reducirse notablemente con la expansión de los bosques húmedos. A partir de los 7.000 a.C. la selva tropical comenzó a cubrir la mayor parte de la Amazonía, las principales cuencas fluviales del noroeste de Suramérica, las tierras bajas del sur de Mesoamérica, y las de Centro América.

El Arcaico

En el período definido en la arqueología americana como *Arcaico*,[25] la gente tuvo que depender de una fauna menor aunque más variada que en la etapa anterior, y aumentó la recolección como forma de subsistencia. Aparecieron, igualmente, un gran número de implementos y utensilios de piedra, que aparentemente sirvieron para procesar alimentos obtenidos mediante la recolección de plantas silvestres. Entre ellos se encuentran, por primera vez, instrumentos de piedra pulida, aparentemente dirigidos al trabajo de la madera, contrapesos de tiradera (*atlatl*), volantes de huso (torteros) para el hilado, y ornamentos. Los asentamientos muestran una ocupación más estable, basada en una economía de subsistencia más especializada (pesca, recolección de semillas, etc.). Los artefactos de piedra tallada se distinguen por puntas de lanza y de proyectil de variados tamaños y estilos. También se encuentran artefactos de hueso, cuerno, marfil, conchas, brea, y arcilla. Algunos son usados para engalanar la cestería, o para crear instrumentos para la pesca y la caza marina. Hacia fines de esta época empiezan a aparecer áreas destinadas exclusivamente a cementerios.[26] Hoy, varios

[25] El Arcaico, que se inicia aproximadamente en los 8.000 a.C. y dura, en el noroeste de Suramérica hasta los 4.000 a.C. mientras que en la América templada continúa hasta los 1.700 a. C. En Norteamérica, estudiado en mayor detalle, se lo ha dividido en tres fases: Arcaico temprano (8000-6000 a.C.), Arcaico medio (6.000-4.000 a.C.) y Arcaico tardío (4.000-1.700 a.C.) G. R. Willey y P. Phillips, op. cit.

[26] J. A. Ford, op.cit.; Stuart J. Fiedel, Prehistory of the Americas, New York: Cambridge University Press, 1987, pp., 82-112/155-159.

arqueólogos latinoamericanos denominan a esta etapa *modo de vida recolector* mixto dentro de la *formación económica social cazadora recolectora*.[27]

Antes de que surgiese el *modo de vida recolector mixto*, los cazadores recolectores del Pleistoceno Superior ya procuraban especies vegetales que les servían como alimento o para la construcción de artefactos. Quemaban los bosques para propiciar los pastizales, y los pastizales para aumentar los brotes jóvenes que atraían a los herbívoros. Propagaban las semillas de las plantas que les servían más, o de aquellas mutaciones que demoraban o inhibían su dispersión natural (la mutación teocinte/maíz). Estas prácticas se hicieron cada vez más comunes durante el desarrollo del *modo de vida recolector mixto*. Entonces, las poblaciones sedentarias se dedicaban a la pesca, a la recolección y a la caza en los distintos ambientes del continente americano. La programación de sus salidas de forrajeo eran más cortas y cíclicas, obedeciendo a la experiencia acumulada sobre el ciclo vital de las diferentes especies vegetales y animales que recogían y cazaban. El desyerbe, la propagación de las mejores plantas en los campos donde efectuaban la recolección también aumentó, volviéndose una forma regular de relación con el ambiente.[28] En la América ecuatorial, los pescadores de este período vivían en aldeas permanentes, dominando las planicies inundables fertilizadas por los grandes ríos y sus afluentes principales. Sobre el banco del río no solamente construyeron sus viviendas, sino también el huerto. El huerto en estos parajes, fue concebido como una selva en miniatura, en que sembraron una gran diversidad de plantas. En los ríos desarrollaron la navegación fluvial construyendo embarcaciones eficientes que les permitieron cubrir distancias y cruzar rápidos y remolinos.[29] Algunos grupos se apropiaron de la costa marítima aventurándose a la mar.[30] Hace más de cinco mil años todos estos grupos descubrieron la cerámica.

---

[27] Iraida Vargas Arenas, *Arqueología, ciencia y sociedad, ensayo sobre teoría arqueológica y la formación económico social tribal en Venezuela*. Caracas: Editorial Abre Brecha c.a., 1990, pp. 93-97.

[28] Flannery, 1985, Vol. 1; Lathrap, 1977; Marcos, 1983.

[29] Lathrap, 1970.

[30] Karen E. Stothert, Mnsc.,1977.

La evidencia arqueobotánica

El evolucionismo cultural ha planteado una progresión unilineal que va de la caza a la recolección y a la agricultura. Sin embargo, algunos neo-darvinistas, como Rindos,[31] han planteado una evolución compartida, que produce una interdependencia entre las especies. La especie humana, al apropiarse del entorno y manipularlo, actúa como gestora y como dependiente en este proceso. Los humanos lograron modificar drásticamente la conducta vital de plantas y animales, y de cierta manera la suya propia como resultado de la domesticación. Un ejemplo es la relación que establecieron cazadores-recolectores con la gramínea teocinte (*Zea americana*) en el sureste mesoamericano; de ella seleccionaron su forma mutante que no dispersaba semillas, y por lo tanto no podía subsistir sin la intervención humana; ayudando a la "creación" del maíz (*Zea mays*).[32] Aparentemente, en sus circuitos trashumantes, al entrar en frecuente contacto con otros grupos, dispersaron la forma más temprana de maíz, cubriendo un área que iba desde el sureste de Mesoamérica al resto de Mesoamérica, y a Centro y Suramérica.[33] La evidencia arqueobotánica se encuentra siempre sesgada a favor de las tierras secas y las de altura, donde la preservación en el desierto, o en cuevas secas, permite la conservación de restos de materiales como madera, cañas, frutos, tubérculos y semillas. Los coprolitos[34] preservados en estos contextos, pueden ser hidratados y analizados en laboratorio, aportando información muy importante sobre la dieta y la salud. Esto no significa que similares procesos no se dieran en tierras húmedas.

Poco a poco, el estudio interdisciplinario de los yacimientos arqueológicos en las tierras húmedas ha ido aportando nuevas formas de evidencia. El estudio de columnas palinológicas obtenidas mediante sondas en áreas lacustres[35] ha contribuido al estudio de la composición vegetal del paisaje tropical, y detectado la presencia de polen de algunos cultivos.

La generalización del estudio de los fitolitos, estructuras silíceas almacenadas por las plantas –especialmente las gramíneas como el

[31] Rindos, 1984, 1989.
[32] Beadle, 1977.
[33] Pearsall, 1986.
[34] Excrementos disecados de humanos y animales.
[35] A través de las cuales se determina la distribución de polen en una región.

maíz- ha permitido la determinación de su presencia y la cuantificación de su uso en tierras ecuatoriales.[36] La determinación de fitolitos específicos de la yuca, y otros tubérculos, ha tenido que esperar más tiempo, y según parece, nos encontramos en el umbral de la metodología que facultaría lograrlo. Lo que permite inferir el uso de la yuca es la evidencia indirecta, la preparación de la yuca "amarga" o "brava". Esta, conlleva un procedimiento que requiere una serie de utensilios que pueden ser identificados arqueológicamente. Son un buen indicador del uso de esta planta, rica en harina reservable, los ralladores de cerámica, o una concentración de dientes de sílice,[37] característicos de los ralladores de madera. También lo son los restos de "budares"[38] y los soportes de cerámica para mantenerlos sobre el fuego. El cultivo de la yuca dulce, usada de manera predominante para fabricar una bebida fermentada, "la chicha", puede ser inferida por la presencia de grandes vasijas para su fermento y conservación.[39]

La distribución del maíz

A finales de los años setenta comenzaron a acumularse nuevas evidencias sobre la distribución temprana del maíz en la América ecuatorial. Los hallazgos de fitolítos y polen de maíz en Panamá indican que en la Cueva de Ladrones, los cazadores-recolectores que la ocuparon durante dos milenios, hace 6.850 años, poseían ya este cultivo, y en el asentamiento de agro-alfareros de Monagrillo consumían maíz hace 4.800 y 3.245 años.[40] En una columna de polen obtenida del valle medio del río Cauca, en Colombia, se obtuvo polen de maíz en estratos que datan de hace 5.000 años.[41]

Dolores Piperno,[42] a través de sondas en el lago Ayauch, en la Amazonía ecuatoriana, obtuvo evidencia de cultivo de maíz alrededor de los 7.000 a.C., y de siembra de maíz con roza y quema alrededor de los 5.600 a.C., demostrando la antigüedad de la dispersión del maíz en

[36] Piperno, 1988; Pearsall, 1989; Pearsall y Piperno, 1990.
[37] Pequeñas láminas de piedra tallada.
[38] Platos de cerámica grandes y muy planos para preparar el pan de cazabe.
[39] Lathrap, 1970.
[40] Piperno y Hossun, 1986; Cooke y Ranere, 1986.
[41] Monsalve, 1985.
[42] Piperno, 1990; Bush, Piperno y Colinvaux, 1989, Vol. 30, pp. 303-305.

la América ecuatorial. En el asentamiento precerámico de Las Vegas (OGSE-80) de la península de Santa Elena, Ecuador, contemporáneo con el de cerro Mangote de Panamá, y con el de Sichos en el extremo norte del Perú, esta investigadora encontró fitolitos de maíz asociados al segundo nivel de ocupación, que fecha hace más de 6.000 años.[43] En Real Alto, Deborah Pearsall, identificó fitolitos de maíz en muestras de tierra de varios contextos desde la fase Valdivia I (3.800-3.200 a.C.).[44]

"Vegecultura" y "Semicultura"

La Neolitización temprana en los Andes ecuatoriales parece dividirse en dos tradiciones: una basada en la propagación y cultivo de plantas con raíces y tubérculos ricos en féculas, lo que Harris llamó en inglés Vegeculture, y la otra basada en el cultivo del maíz y varias legumbres, designada por dicho autor como *Seedculture*. Estos términos fueron traducidos por Sanoja, como *Vegecultura* y *Semicultura*.[45] La primera tradición parece propia de los pobladores de la región norte de Colombia y Venezuela, y la otra de los que ocuparon la vertiente del Pacífico en los Andes septentrionales. En las tierras del interior, como la Amazonía, ambas tradiciones aparentan articulación.

Los lugares donde se han encontrado evidencias de un modo de vida basado en una mayor dependencia en el cultivo de la yuca son Monsú, Puerto Hormiga, San Jacinto I, Guájaro y Puerto Chacho en el norte del departamento de Bolívar, al norte de Colombia, así como una serie de sitios en el litoral panameño y venezolano, mientras que en los yacimientos en que aparece una ocupación Valdivia temprana, como en Loma Alta y Real Alto, el maíz, junto a la *Canavalia* y al fréjol común, parecen haber constituido la base vegetal de la dieta.

Tradicionalmente, los investigadores han sugerido que el sustento de los pueblos amazónicos basó su dieta, al igual que los de la vertiente caribe de Colombia y Venezuela, en la vegecultura, sin embargo, las evidencias obtenidas por Dolores Piperno (op. cit.) permiten suponer que en la Amazonía se dieron en distintos grupos ambas formas de cultivo. Esto indicaría que el inicio de la economía hortíco-

[43] Piperno, 1988a; Willey y McGimsey, 1954; Richardson III, 1978.
[44] Pearsall, 1988.
[45] Sanoja, 1981.

la/agrícola ocurrió en las selvas húmedas tropicales de la América ecuatorial.[46] Sin embargo, hay autores que postulan que el inicio de la agricultura se dio en áreas sujetas a largos períodos de sequía.[47] Aunque ambas hipótesis no se excluyen mutuamente, un análisis crítico de la evidencia arqueológica parece aclarar el problema: el mayor número de sitios arqueológicos investigados, correspondientes a la Neolitización temprana en América ecuatorial, se encuentra en la península de Santa Elena o en la costa caribe de Colombia. Sin embargo, esto podría obedecer más a la facilidad de hallar los sitios en las zonas deforestadas y a las prioridades y motivaciones de los investigadores, que al verdadero patrón de población durante esa época.

En las áreas costeras que soportan largos períodos de sequía, los yacimientos arqueológicos se encuentran prácticamente en la superficie. En la costa caribe de Colombia se hallan generalmente sobre la parte alta y más estable de los abanicos aluviales, o antiguos deltas, o sobre las planicies salitrosas formadas por el avance del manglar. Los terrenos superficiales en la costa del Ecuador y en la costa del extremo norte del Perú, se hallan sobre la formación Tablazo –entre los 25 y 40 metros sobre el nivel del mar– una antigua playa del Pleistoceno superior que se levantó hace más de 100.000 años. Los yacimientos arqueológicos se encuentran parcialmente expuestos por la erosión eólica, facilitando no solamente su localización, sino reduciendo considerablemente el costo de su excavación.

Por otra parte, en Colimes de Balzar, en la cuenca del Guayas, se halló un asentamiento Valdivia, fase 2 (4.770+220 AP.) en un antiguo caño ciego del río Daule. Se encontraba cubierto por ocho metros de aluvión estratificado, con pisos de ocupación de diferentes épocas.[48] Las excavaciones en estas condiciones son sumamente complicadas y costosas en comparación con las que se pueden llevar adelante en los yacimientos más superficiales. Esto hace que la evidencia existente tenga un sesgo en favor de áreas como la costa caribe de Colombia o la península de Santa Elena en el Ecuador, y sea escasa o casi nula para las etapas más tempranas de los bosques húmedos ecuatoriales. Sin embargo, los pocos datos obtenidos apuntan a su mayor antigüedad.[49]

---

[46] 45 Sauer, 1952; Lathrap,1970; The Antiquity and Importance of Long Distance Trade Relationships in the Moist Tropics of PreColumbian South America. World Archaeology, 1973a, 1977.

[47] Harris, 1972.

[48] Raymond, Marcos y Lathrap, 1980.

[49] Marcos, 1993.

La explotación de los manglares

La explotación del manglar es evidente desde el inicio del *modo de vida recolector mixto* en las costas del Pacífico, del Caribe y del norte oriental de Suramérica.[50] Los grupos que tuvieron esta forma de existencia, obtuvieron de este hábitat todos los recursos necesarios para su sustento y para el intercambio con los agricultores y los productores de cerámica y de otros artefactos de materias primas exógenas al área, como hachas de piedra, morteros, manos y metates. La presencia de recursos específicos del manglar en asentamientos de agroalfareros, a decenas de kilómetros tierra adentro, es una clara evidencia del intercambio que existió. También lo es el hallazgo frecuente de fragmentos de cerámica, restos de productos vegetales y artefactos de piedra en los concheros que se encuentran sobre las planicies salitrosas adyacentes a los manglares. Estos parajes, ocupados antiguamente por manglares, no eran ni son apropiados para la agricultura, como tampoco lo son para la extracción de rocas que permitan la fabricación de hachas y otros utensilios.

El descubrimiento de la cerámica

El conocimiento de que a la arcilla humedecida se la puede formar a voluntad y hacer figurinas y otros objetos es muy antiguo. Los pueblos del Paleolítico Superior, en el Viejo Mundo, habían observado que al secarse al sol estos objetos se endurecían y más aún cuando se los sometía al fuego. También notaron que cuando el objeto estaba húmedo, o existían impurezas en la arcilla, estallaba al ser cocido. Son testigos de estos hechos, la cantidad de figurinas humanas y de animales que datan de alrededor de los 40.000 y los 35.000 años antes de nuestra era, que se hallan en cantidad en los yacimientos arqueológicos estudiados en Europa Central, la planicie rusa, el Caúcaso y Mongolia, incluyendo Siberia oriental.[51] Esto parece implicar que algunos grupos humanos, que se encontraban en las regiones de donde provenían quienes ingresaron por Beringia, ya conocían la quema de la arcilla para fabricar figurinas. Eso no significa que quienes ingresaron al Nuevo

[50] Stothert, 1991; Richardson III, op. cit.; Meggers, Evans y Estrada, 1965, entre otros.
[51] Soffer y Vandiver, 1994.

Mundo supiesen hacer cerámica y dispersasen este conocimiento; significa simplemente que para entonces, los pobladores iniciales de América, estaban en capacidad de "descubrir la cerámica" cuando las condiciones socioeconómicas hicieran necesaria su manufactura, y esta necesidad surgió primero en la región ecuatorial de Suramérica.



Foto 4, Cerámica Valdivia, IV-III milenio a.C. Costa del Guayas, Ecuador.

Ha sido tradicional separar las cerámicas tempranas del Nuevo Mundo en dos grupos: a) con desgrasante de fibras vegetales, y b) con antiplástico de arena, considerando a las primeras como ejemplos de una forma de alfarería más primitiva. Las investigaciones sobre el tema señalan que los alfareros, o alfareras, por lo general seleccionan estratos de arcilla con la cantidad de antiplástico requerido sin tener que añadir arena a la pasta. Cuando la arcilla natural no presenta las condiciones apropiadas, proceden a añadir arena, y cuando la arena es escasa recurren a las fibras de origen vegetal o animal para preparar la pasta. Es generalmente en áreas donde la arcilla ha sido depositada, a través de un decantado natural por la acción de las aguas, que la arcilla es prácticamente pura y demasiado plástica. Por lo tanto, es lógico

que en yacimientos rodeados de depósitos de aluvión reciente, como los de Georgia y Florida, en el sureste norteamericano, y en los de la vertiente caribe de Suramérica hallemos una buena parte de la cerámica con desgrasante de fibras vegetales. Mientras que en algunos sitios de la Amazonía, la falta de arena se suplió con las espículas silíceas de las esponjas fluviales, que quemadas se usaron como antiplástico. En la costa ecuatoriana, por otra parte, la superficie geológica que data del Terciario en su mayor parte, proveyó a ceramistas Valdivia, desde las fases más tempranas, con arcillas ricas en antiplástico mineral,[52] y por lo tanto, nunca fue necesario usar desgrasante de fibras vegetales.

Aunque el uso de la cerámica y la agricultura no van de la mano, como se puede ver en muchas partes del mundo, en el área ecuatorial la distancia entre el inicio de una y otra parece ser más corta. El surgimiento temprano del uso de la cerámica solamente implica que allí, a partir de hace aproximadamente seis mil años, se dieron las condiciones necesarias para ello.

El análisis de la cerámica Valdivia ha permitido ver que se la puede dividir en tres grupos de acuerdo al antiplástico y a la temperatura de cocción. Una primera división separa a la cerámica utilitaria por un lado, y a la destinada a ajuares funerarios y de uso social por el otro. La cerámica utilitaria se caracteriza por el uso de antiplásticos ricos en cuarzo o feldespato de granulometría variada, con presencia de minerales de reacción que indican una temperatura de quema de entre los 750 y 900 °C. Toda la cerámica funeraria o de uso social –como los cuencos para beber– fué manfacturada de una fábrica de arcilla con un bajo contenido antiplástico de fina granulometría. La ausencia de algunos minerales de reacción sugiere que esta cerámica fue quemada a una temperatura menor a los 600°C. La pasta de la cerámica utilitaria pudo, a su vez, ser separada en dos grupos, el primero presentaba pastas con una más alta concentración de cuarzo, y el segundo se caracterizaba por arcillas más ricas en feldespato. En el primer grupo se hallaban las ollas y cazuelas de cocina, mientras que en el segundo se hallaban las vasijas destinadas a almacenar y manipular principalmente líquidos, aunque no se descarta su uso para almacenar productos secos como granos. Esto nos demuestra que la "cerámica primitiva realmente no existió en ninguna parte, que para ser aceptada como un descubrimiento capaz de reemplazar otros recipientes y los instrumentos conocidos

[52] Álvarez Pérez, 1995.

para la preparación de alimentos, la cerámica debía superarlos. Una vez aceptada la cerámica, ésta se desarrollaría con el tiempo en algunos aspectos técnicos y artísticos, especialmente para estandarizar su producción y su acabado. La decoración de la cerámica temprana, en cada caso, obedeció a patrones culturales que antaño se habían expresado en otros materiales, como la piedra, las calabazas (*Lagenaria siceraria*), y la cestería.[53] La preservación de la cerámica en los yacimientos neolitizados más tempranos, demuestra que desde sus inicios la cerámica fue bien hecha y duradera, llegando a ser uno de los principales objetos de la investigación arqueológica.

4. EL SURGIMIENTO DE LAS ALDEAS

Como en muchas partes del globo terráqueo, las primeras aldeas neolitizadas del área ecuatorial son todas de forma anular. Esta forma de organización social y de construir las aldeas parece haber durado más de dos milenios en el *extremo Norte Andino*,[54] como se evidencia concretamente en los yacimientos de la costa del Caribe de Colombia y Venezuela;[55] mientras que en la costa Pacífica del área Septentrional Andina solamente duró 600 años, en la fase Valdivia 1 (3.800-3.200 a.C.). A partir de esta última fecha surgieron los pueblos rectangulares, con las viviendas dispuestas alrededor de una plaza con montículos y edificios de uso comunitario.[56] En el extremo Norte Andino, uno de los primeros y más antiguos sitios estudiados es Puerto Hormiga (4.875+170 AP. y 4.502+250 AP.), un yacimiento ubicado a 300 metros del canal del Dique, sobre un terreno hoy plano y pantanoso. Se trata de una acumulación de basura que forma un extenso círculo algo achatado cuyo diámetro total es de 77 metros de norte a sur y de 85 metros en sentido este-oeste. En este sitio probablemente vivieron entre 50 y 100 individuos dedicados, principalmente, a la recolección de moluscos, la pesca y el cultivo de raíces. Los fragmentos de cerámica presentan desgrasante de fibras vegetales o arena. Algunos de ellos tienen decoración modelada en que se representan animales ecuatoriales como

[53] Marcos, 1993: 15.
[54] Lumbreras, 1981.
[55] Langebaek, 1992: 29-73.
[56] Marcos, 1988.

lagartos y monos, otros fragmentos parecen haber pertenecido a budares para el procesamiento de la yuca.



Foto 5, Figura de mujer embarazada, de cerámica, de la fase Valdivia. IIIer. milenio a.C., Ecuador.

El hallazgo de Monsú, no solo ratificó la antigüedad de Puerto Hormiga sino que la superó. Este sitio, apartado del mar, tiene una fecha del 5.300+80 AP. asociada con un nivel por debajo del cual existía más de un metro de acumulación de desechos. Otros sitios descubiertos recientemente son: San Jacinto I (5.700+430 AP.), Puerto Chacho (5.220+90 AP.), y que como Puerto Hormiga está conformado por una gran acumulación de restos de moluscos. Sitios más recientes en el área son Guájaro (4.190+120 AP.), Barlovento (4.175 y 2.980+120 AP.), Canapote (3.890+100 AP. y 3.730+120 AP.) y San Marcos (3.650+60 AP.).[57]

En Panamá las evidencias indican procesos similares, aunque con alfarería más tardía. Allí destaca el yacimiento de cerro Mangote (6.810+110 AP.) y que consiste en un gran conchero en que se acumulan restos de moluscos, huesos de peces, pequeños mamíferos asociados

[57] Reichel-Dolmatoff, 1965, 1974, 1985; Oyuela, 1988; Legros, Rodríguez y Pauly. Mnsc.1988; Angulo, 1988; Bischof, 1966; Plazas y Falchetti, 1981.

con artefactos líticos que sugieren la utilización de plantas.[58] Existen otros sitios de similar antigüedad, Monagrillo es el más importante de ellos, y consiste en una acumulación de restos de cangrejo, pescado y moluscos, y en el nivel que data de 4.800+100 AP., se halló también cerámica.[59]

Los yacimientos arqueológicos del norte de Colombia demuestran que en esa área existió una larga estabilidad en las relaciones de producción. Los pueblos del litoral como Puerto Hormiga y Canapote, etc., evidencian prácticas apropiadoras basadas en la pesca y la recolección, mientras que los que ocuparon la zona cenagosa interior, como Monsú y sitios derivados, muestran en su registro arqueológico hachas y azadas, asociadas a la roturación del suelo y a la extracción de raíces y tubérculos.[60] Varga , con razón, se plantea dos posibilidades: (a) que los sitios del litoral constituyen un relicto de la formación cazadora recolectora, y que los yacimientos del interior representan formas tempranas de la formación tribal; o (b) que ambos sean parte de una unidad étnica, dedicados la explotación de diferentes nichos ecológicos. Los primeros dependiendo fuertemente de la pesca y forrajeo, mientras que los otros aprovechaban la fertilidad y humedad de los suelos para sembrar especies vegetativas. Ambos grupos intercambiando recursos y los instrumentos de cerámica para el procesamiento de las raíces.

La antigüedad y la estabilidad del *modo de vida recolector mixto* de la región parece dispersarse lentamente hacia el oriente. En Venezuela y Guyana, no es hasta dos milenios más tarde que empiezan a surgir los primeros asentamientos de la formación tribal. Es posible que esta peculiaridad, resulte de la falta de una investigación sistemática en el área, y no se deba a una ausencia real de sitios arqueológicos. La falta de información que impide la explicación del proceso de Neolitización en una buena parte del extremo Norte Andino, contrasta con la amplia información que las investigaciones recientes en Real Alto, y en otros yacimientos Valdivia, han ofrecido a la reconstrucción de la historia de la formación social tribal en la costa del área septentrional andina.

Las investigaciones interdisciplinarias que se han llevado adelante a partir de la década de los años setenta en Real Alto, han permitido reconstruir detalladamente el proceso de neolitización en el área.

---

[58] Cooke, 1976: 21.
[59] Willey y Mc Gimsey, 1954; Cooke y Ranere, 1986, p.12.
[60] Iraida Vargas, 1987: 265-267.

Cerca de veinticinco yacimientos de la cultura Valdivia (3.800-1.500 a.C.) nos brindan una visión mucho más amplia sobre este proceso, pudiéndoselo dividir en cuatro episodios.

El primero lo constituye la fase Valdivia 1 (3.800-3.200 a.C.); la información arqueológica proviene de las investigaciones en Loma Alta[61] y Real Alto.[62] Las evidencias apuntan a una producción hortícola en jardines caseros y en pequeños huertos cultivados mediante roza y quema, que se infieren por el hallazgo de semillas carbonizadas de habichuelas, de fréjoles, de algodón, fitolitos de achira y de maíz alrededor de las viviendas. A esto se suman pequeñas hachas de piedra, picos y azadas de concha y caracolas, destinadas al cultivo, contrapesos de husos (torteros) para el hilado, hechos de piedra, y unas pocas cuentas y pendientes de *Spondylus*. Durante esta época se fabricaban tres formas de recipientes de cerámica, un cuenco abierto con engobe rojo y diseños incisos alrededor del borde, una olla baja con el labio doblado y con adornos hechos con los dedos de adentro-afuera, alrededor del cuerpo, y un cántaro de cuello alto y decorado con incisiones.

Real Alto, Loma Alta y Punta Concepción durante esta época se presentan como aldeas circulares. La primera tenía aproximadamente unos 150 metros de diámetro, con unas 15 a 20 viviendas dispuestas alrededor de un espacio central, y se calcula su población entre 75 y 100 habitantes. Según la dispersión de artefactos alrededor de las viviendas –pequeñas estructuras de ramada de 3,50 m por 2,40 m–, se supone que la actividad diaria tenía lugar afuera de ellas. La comparación etnográfica sugiere que las mujeres y sus hijos probablemente dormían en las moradas, mientras los hombres lo habrían hecho en una estructura mayor, y de construcción más sólida, situada en el espácio central alrededor del cual estaban distribuidas las viviendas.[63] Evidencia de taras genéticas –dientes y muelas impactados en el maxilar superior, creciendo hacia el seno maxilar– sugieren relaciones fuertemente endogámicas.[64]

La segunda etapa se la definió en Real Alto por los datos de los registros arqueológicos asociados con fases Valdivia 2 y 3 (3.200-2.600 a.C.). Se aprecia el aumento de tamaño de las hachas de piedra, y apa-

[61] Stahl, 1991.
[62] Damp, 1988; Marcos, 1993.
[63] Damp, 1988.
[64] Marcos y Garcìa, 1988: 319.

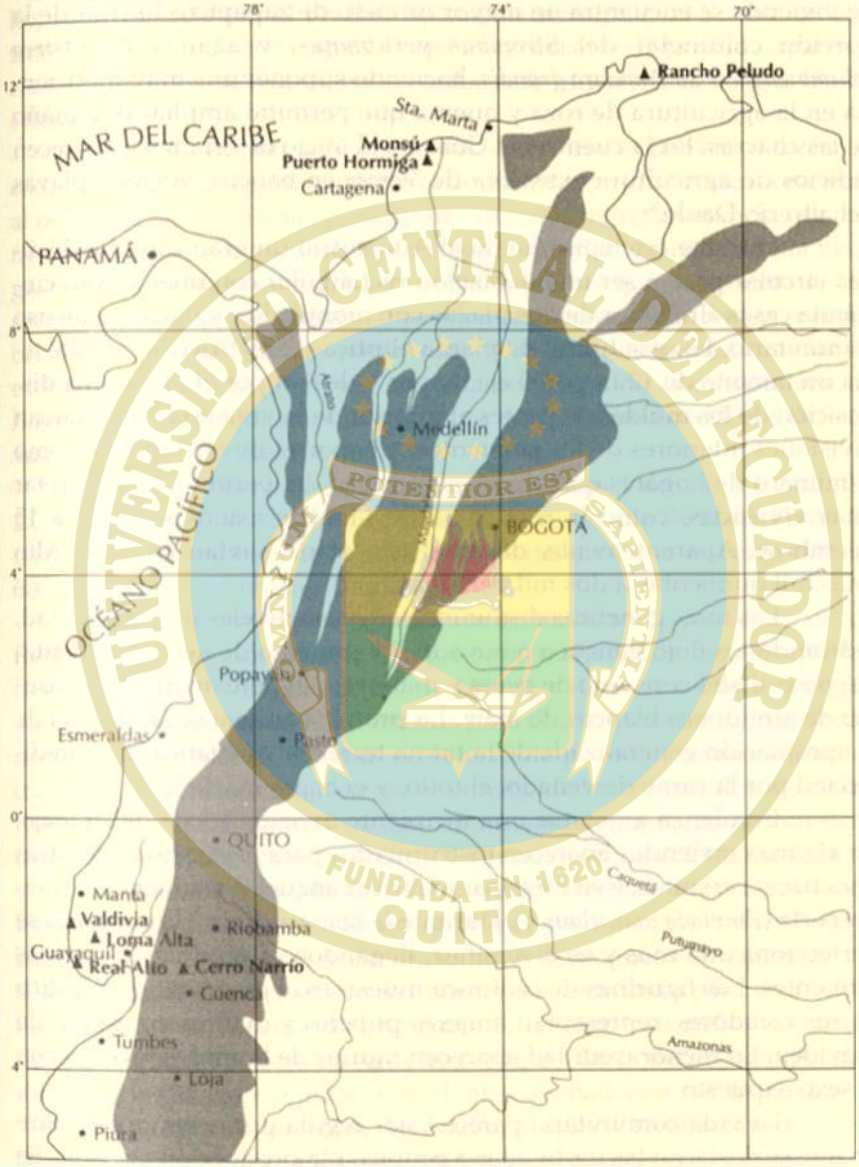


Lámina 5, Ubicación de los asentamientos de agricultores y alfareros.

rece por primera vez el hacha T, característica de Valdivia. En los restos de vivienda se encuentra un mayor número de zapapicos hechos de la porción columelar del *Strombus peruvianus*, y azadas de *Ostrea columbiensis* o de *Anadara grandis*, haciendo suponer una mayor eficiencia en la agricultura de roza y quema que permitió ampliar el tamaño de las chacras. En la cuenca del Guayas, al inicio de esta fase, aparecen indicios de agricultura extensiva de *Verzea* en bancos, vegas y playas del alto río Daule.[65]

Durante este episodio, Real Alto sufrió un gran cambio, de aldea circular pasó a ser una población rectangular con unas ciento cincuenta casas alrededor de dos plazas con montículos, y edificios de uso comunitario. La casa típica, de planta elíptica y construcción sólida, tenía un tamaño de 12 m por el eje mayor y de 8 m por el menor. La disposición de los moldes de postes al interior de la vivienda, que marcan divisiones interiores de los ambientes, y soportes de tarimas, así como el número de hogares que allí se encuentran, ha permitido interpretar estas viviendas, como la residencia de familias extensas de 10 a 15 miembros. Aparentemente, durante esta etapa, vivían en Real Alto unas mil quinientas a dos mil personas.

Las taras genéticas disminuyeron hasta niveles de normalidad, indicando un flujo genético renovado. El aumento de las caries dentales, pese al alto consumo de peces y mariscos, sugiere un mayor consumo de almidones blancos de maíz. La proteína animal se la obtenía de la apropiación generalizada de la fauna terrestre y acuática, con predilección por la carne de venado, el tollo, y el bagre marino.

Comienza a notarse una incipiente división social del trabajo. En algunas viviendas aparecen instrumentos para tejer e hilar, en otras para hacer cerámica, y en otras para fabricar anzuelos y adornos de madreperla (*Pinctada mazatlanica*). Durante la fase Valdivia 3 la cerámica se perfecciona aún más y se diversifica, llegándose a producir 20 formas diferentes. Las figurinas de cerámica muestran el gran sentido plástico de sus creadores, representan mujeres púberes y madres en estado de gravidez. En menor cantidad aparecen figuras de hombres jóvenes con el sexo expuesto.

La vida comunitaria parece estar regida por ceremonias entre las que se destacan las destinadas a propiciar la producción agrícola. Se

[65] Raymond, Marcos y Lathrap, 1980.

registró él más temprano culto a la díada andina Mullo-Pututo. El Mullo, representado por el bivalvo *Spondylus princeps*, y el Pututo, por la trompeta hecha de la caracola *Strombus peruvianus*. Esta díada aparecería tres mil años más tarde en las tallas más importantes de Chavín de Huantar.

La producción agrícola en Real Alto era todavía una tarea de cada unidad doméstica, en chacras desbrozadas y quemadas, cercanas al poblado. Durante esta época aparecen las primeras evidencias de tráfico de exóticos. Se encuentran una gran cantidad de restos de la bisagra y de la parte blanca del *Spondylus*, mientras que solamente se encontraron unas pocas cuentas y pendientes hechos de la banda roja del bivalvo, indicando que las parte rojas, y los adornos hechos con ella, se estaban exportando. También se halla evidencia de la masticación de hojas de coca,[66] lo que implica que tuvo que ser traída desde las laderas andinas a 200 Km. de distancia.

El tercer período se da durante las fases Valdivia 4 a 7 (2.600-2.000 a.C.). En Real Alto y otros sitios de la península de Santa Elena recién aparecen indicios de la agricultura extensiva que se venía dando, 600 años antes, en el Alto Daule.

Durante esta época se produce un trasvase de población desde Real Alto a cinco aldeas satélites, que surgen alrededor. Estos pequeños caseríos sobre los bancos de los ríos Verde y Real, dominan sus vegas, ampliando los recursos alimentarios para el sitio principal. En el sector norte de Real Alto se construyen hileras de pozos para almacenar los excedentes. También se aumenta el tamaño de los montículos del recinto ceremonial. La cerámica y las figurinas de esta etapa demuestran una exquisitez técnica en el logro de variadas formas. Es notable la introducción del cuenco y la vasija con bordes carenados que facilita verter los líquidos, aparentando ser el primer paso hacia la creación de la botella en la siguiente fase. Se encuentran unos pocos ejemplos de vasijas en que se destaca el uso del ahumado controlado para crear diseños en negativo, mostrando un primer intento exitoso en la producción de la decoración polícroma (ante-rojo-negro). En la decoración plástica destacan vasijas que representan plantas de maíz con sus mazorcas.

Las figurinas son muy decoradas, se aprecia en ellas una deformación del cráneo similar a las que empiezan a aparecer en los entierros de la fase 7. La división social del trabajo se acentúa. Una población aldeana

[66] Klepinger, Khun y Thomas Jr., 1977.

vivía en las cinco aldeas satélites, mientras otra lo hacía en Real Alto, dedicada a la producción artesanal, y a manufacturar artículos de uso suntuario para el tráfico a distancia. Aparecen durante la fase 7 dos nuevos indicadores de esta actividad. En algunos pisos de vivienda, y en otros contextos cerrados, del sector nororiental del sitio, se encontraron láminas de obsidiana provenientes de la cordillera Real en el valle de Quito, y una cerámica roja anaranjada de paredes delgadas, decorada por líneas grabadas bordeadas de puntos cuneiformes. Ésta fue designada como "Protomachalilla" por Donald Lathrap y por James Zeidler.[67] La composición mineralógica de la fábrica de esta cerámica es distinta a la de las cerámicas de la región, siendo similar a las de los valles andinos, en particular a la contemporánea del valle de Quito.[68] Durante este período, se consolida en Real Alto la jerarquización dentro de la formación económico social tribal, proceso que empezaba a vislumbrarse desde la etapa anterior.

El cuarto episodio lo define la fase Valdivia 8 (2.000-1.500 a.C.). Se distingue por la intensificación agrícola y la erección de montículos de mayor tamaño. Los sitios claves para su definición son San Isidro en Manabí, San Pablo en la costa norte de la península de Santa Elena, San Lorenzo del Mate en el interior, y Peñón del Río en la baja cuenca del Guayas. San Pablo y este último nos brindan las mejores evidencias de intensificación agrícola: en áreas secas mediante la recarga de los acuíferos, en el primer caso; y en el segundo, mediante la construcción de campos elevados en áreas húmedas.[69] La cerámica Valdivia 8 se vuelve barroca en forma y decoración. Se introduce el plato con base anular y la compotera, así como las primeras botellas con picos largos y delgados. En la región de Arenillas aparecen los primeros ejemplos de asas de estribo. El uso ritual del *Spondylus* se amplía. En San Isidro y en San Lorenzo del Mate se encuentran máscaras funerarias hechas del bivalvo, así como placas de collar similares a las que aparecen en sitios contemporáneos de los Andes Centrales.[70] Las relaciones a distancia con esa región se incrementan, son especialmente evidentes con Kotosh,[71] y eventualmente con Chavín.[72]

---

[67] Zeidler, 1984; Marcos, 1992.
[68] Alvarez, Bigazzi, y Marcos, Mnsc.; 1995.
[69] Marcos, 1987; Parsons y Schlemon, 1987.
[70] Zeidler, 1991.
[71] Meggers, Evans y Estrada, 1965: 173.
[72] Lumbreras, 1993: 360-361.

No se han encontrado yacimientos neolitizados en la Sierra de los Andes septentrionales anteriores a los inicios del segundo milenio a.C., lo cual los pone fuera de los límites de este artículo. Sin embargo, cabe destacar que los niveles más profundos del sitio Cotocollao,[73] en el valle de Quito, podrían ser contemporáneos con las últimas fases Valdivia en la Costa y con la fase Pastaza en el Oriente. Analizando los planos y fotos que presenta Villalba, se vuelve manifiesto que este yacimiento podría constituir la expresión andina de un asentamiento lacustre, con parte de la población viviendo en chozas alrededor del lago, y otra parte sobre palafitos en sus riberas, en un patrón típico de las aldeas neolitizadas en este tipo de parajes.

En la Amazonía, la relación de los yacimientos del Ucayali y de la cueva de las Lechuzas con Kotosh y Chavin es evidente, y quizás representa la consolidación de una vieja tradición amazónico-andina.[74] Resultados preliminares obtenidos en el Aracuara, dan cuenta de la presencia de cerámica con desgrasante de fibras vegetales correspondientes a platos (¿quizás budares para yuca?) asociados a fechas de 4.645+40 AP. y 4.335+45 AP.,[75] así como a semillas carbonizadas probablemente correspondientes a palmas. En la Amazonía ecuatoriana Porras definió la Fase Pastaza[76] (4.150 a 2.950 AP.), con cerámica fina y bien pulida, decorada por incisiones en achurado zonal. Se halló también cabezas de hacha de forma "T" similar a las de Valdivia, entre varios raspadores y pulidores de diferentes tamaños. Los fechados de hace 7.000 años obtenidos en el conchero de Taperinha[77] (Santarem, Brasil) podrían indicar el inicio del proceso de dispersión de la cerámica desde el bajo Amazonas. Esto sugiere, además, que el inicio de la vida más sedentaria, y la adopción de la agricultura y la alfarería fueron quizás más antiguas en otras partes de las tierras bajas, particularmente al oriente de los Andes. La elaboración de cerámica y una economía orientada hacia la recolección de frutos y de recursos del litoral también se reporta para la fase Mina, en el litoral de Pará en Brasil, en fechas que se adentran en el cuarto milenio antes de nuestra era.

Indudablemente, la región ecuatorial es la que presenta más vacíos de investigación arqueológica en el continente americano. Sin

---

[73] Villalba, 1988.
[74] Lathrap, 1970.
[75] Mora, Herrera y Cavelier, 1988.
[76] Porras, 1975a.
[77] Roosevelt, Housley, et al., 1991.

embargo, los retazos de evidencia obtenidos en los últimos años, han permitido reconstruir parte de la urdimbre de esta historia. Aunque, en algunas áreas se ha conseguido tejer la trama, en la mayoría de los casos quedan grandes e importantes claros, que no permiten tener una visión total de este proceso. Es absolutamente necesario continuar y ampliar las investigaciones interdisciplinares, como las que se llevaron adelante en Real Alto, y otros sitios Valdivia, si queremos llegar a una rigurosa consolidación de la historia aborigen de Andinoamérica.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

IV. El proceso de Neolitización en los Andes Tropicales

ROSA FUNG PINEDA

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

CONTENIDO

IV. EL PROCESO DE NEOLITIZACIÓN EN LOS ANDES TROPICALES

1. ANDES MERIDIONALES
2. ANDES CENTRALES: AMBIENTE GEOGRÁFICO Y DESARROLLO CULTURAL
   - Las primeras aldeas: Paloma 613
   - Las primeras aldeas: Chilca 1
   - Las primeras aldeas: Pueblo 514
3. EL ALGODÓN Y EL ARTE TEXTIL DEL PRECERÁMICO FINAL
4. LAS ESTRUCTURAS PIRAMIDALES DE LA COSTA
   - Andes venezolanos
   - La costa atlántica de Colombia
5. LA TRADICIÓN ARQUITECTÓNICA MITO DEL INTERIOR
6. ESTRUCTURAS CIRCULARES HUNDIDAS

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Estamos utilizando el concepto de "Neolitización" propuesto por el editor, para sintetizar aquellas experiencias acumulativas que condujeron a los habitantes de los Andes del centro y sur a explotar cada vez más eficientemente los recursos de una geografia dificil y altamente diversificada, con el fin de sustentar el incremento demográfico y regularizar los asentamientos de éste a la par de organizar el desarrollo de las fuerzas productivas. Fue un proceso que en los Andes centrales los llevó a dar los pasos decisivos, creadores de mecanismos culturales de integración social amplia, ingresando así en los ámbitos de la civilización. Un hecho trascendental exponiendo que los adelantos de los pueblos andinos se produjeron siguiendo ritmos diferentes y adquirieron modalidades distintas aun dentro de áreas circunscritas.

Atendiendo las diacronías socioculturales, la Neolitización abarca los estadios denominados Arcaico y Formativo. El primero retrocede a tiempos relativamente tempranos en ciertos lugares, entre 10.500 y 7.500 AP., evidenciando la presencia de plantas cultivadas insertas en modos de vida de caza y recolección. Por otro lado, si examinamos la introducción de la cerámica incluida en la definición del Formativo, observaremos que acontece mucho más recientemente en los Andes del sur que en los Andes del centro.

Como los cambios o innovaciones discernibles que ocurrían sobre tan vasta y contrastable geografía no fueron simultáneos y a veces ni siquiera inmediatos en todas y cada una de las esferas del comportamiento, es preciso, para tratar de entender el complejo panorama de las tradiciones culturales regionales y sus interconexiones, proyectarlos en sus respectivos contextos, procurando el ordenamiento histórico de los acaecimientos.

Las mediciones de radiocarbono son aproximaciones referenciales que apoyan el manejo o interpretación de los datos, en un escenario donde hay espacios vacíos y múltiples realidades que llegan a desdibujarse en la penumbra de las incertidumbres. Bajo esos considerandos, las fechas absolutas se expresan en años antes del presente, dejando los acomodos, correcciones y calibraciones para quienes pretendan ahondar, sacar sus propias conclusiones, demostrar los desacuerdos con las muestras, comparar y confrontar otras.

No discurriremos en los aspectos de la introducción de la cerámica en los Andes centrales. Hemos cedido el espacio a los préambulos del fenómeno civilizador y al ambiente geográfico. Los Andes meridionales iniciarán el discurso.

1. ANDES MERIDIONALES

La síntesis cubre el territorio definido para los Andes centro sur,[1] correspondiendo el manejo de la información más extensa al norte de Chile.

Para el extremo sur del Perú y norte de Chile se consideran dos áreas ecológicas mayores: la costa y la puna. En territorio chileno, la puna es diferenciada en puna seca y puna salada o desértica. La primera llega a Cariquima e Isluga por el sur y de este límite a la puna de Atacama, la segunda.[2] La distinción es importante porque afectó a los procesos independientes de adaptación reflejados en los patrones de asentamiento, la tecnología aplicada a la explotación de los recursos y a las expresiones artístico-simbólicas.

En la puna seca, contrariamente a la puna salada, la concentración de recursos forrajeros en determinadas zonas de las tierras altas no sufre los efectos de alternancias estacionales severas. Una situación propicia para el pacer de los animales durante todo el año, aprovechada por los pastores actuales igual que lo hicieron los antepasados en condiciones ambientales fundamentalmente las mismas, salvo mayor humedad y temperaturas menos elevadas.

Hacia los 5.000 a 3.500 AP.[3] se reconocen en la puna seca asentamientos semipermamentes a modo de campamentos base, caracterizados por la explotación especializada de los recursos de los pisos serranos y de puna.[4] Todos los registros pertenecen, hasta el momento, a refugios naturales: abrigos y cuevas.

Las evidencias en los sitios excavados demuestran que el énfasis en la caza prosiguió, no obstante a la experiencia en el consumo de productos vegetales cordilleranos cosechados en los valles, interfluvios o laderas subyacentes. En el abrigo de Tojo-Tojone se recupe-

---

[1] Mujica et *al.*, 1983: 90.

[2] Santoro, 1989: 38, 54.

[3] La estimación cronológica se basa en las fechas de C14 y sus asociaciones en los sitios siguientes (Santoro *ibid*):
Tojo-Tojone, 4.890 + 130; 3.740+130 AP.
Hakenasa (estrato medio), 4.380+120 AP.
Guañure, 4.380+105 AP.
Puxuma, 4.240+95; 4.010+100 AP.
Piñuta, 3.750+140 AP.

[4] Piso serrano, 3.000 a 4.000 m.s.n.m.; piso de puna o altoandino, 4.000 a 5.200 m.s.n.m.

ró un conjunto de tubérculos tentativamente identificados como oca (*Oxalis tuberosum*), ullucu (*Ullucus tuberosus*) e isaño o mashwa (*Tropaelum tuberosum*).[5]

El piso serrano recién alcanzó importancia en tiempos agroalfareros, a pesar de reunir condiciones apropiadas para el cultivo de plantas alimenticias de altura y la caza de guanacos (*Lama guancoe*), tarucas (*Hyppocamelus antisensis*) y presas de menor tamaño (roedores y aves).[6] Los grupos reducidos de cazadores tardíos continuaron prefiriendo los enclaves de terrenos húmedos o bofedales[7] en el piso de puna donde crecen formaciones compactas de vegetales perennes sumamente atrayentes para una fauna variada compuesta particularmente de vicuñas (*Vicugna vicugna*), roedores más pequeños y aves.

Existen indicios del fomento al arte rupestre mostrando escenas naturalistas de personas y animales (camélidos y perro).[8] Una intensificación que estaría ligada a ritos propiciatorios para alcanzar los objetivos primordiales de la caza.

La cerámica con desgastante vegetal hace su aparición alrededor de 2.500 AP. acompañada de una plaquita de oro.[9] Para Santoro tanto la cerámica como las puntas triangulares escotadas, a las que está asociada, son comparables a las registradas en el sitio de Wankarani, Bolivia. Allí, sin embargo, ambos elementos acontecen en un contexto aldeano. El asentamiento Wankarani es pequeño. El diámetro del montículo mide 73 m, pero se mencionan sitios más grandes; por ejemplo, Toluma (250x50 m) y Uspa-Uspa (150x150 m).[10]

El patrón de aldea amurallada de Wankarani consiste de chozas aglomeradas de adobes delgados, aunque para las más tempranas se localizaron las huellas de horcones o postes de troncos. Las dataciones de C 14 dan edades iniciales de más o menos 3.400 a 3.100 AP. indicando, consiguientemente, la procedencia temporal de la cerámica Wankarani junto con la fundición del cobre. No se tienen evidencias del

---

[5] Santoro, 1982; 1989: 51-52; Dauelsberg 1983a.

[6] Dauelsberg, 1983b.

[7] Los enclaves con recursos estables de subsistencia han merecido la calificación de "zonas de eficiencia de bofedales" por Santoro (ibid:37) en contraposición a las "zonas de eficiencia de desembocaduras" que Nuñez sustentó para la costa.

[8] Santoro, *ibid*: 50-52.

[9] Ambos elementos poseen una datación radiocarbónica de 2.850 +200 AP. (cueva Hakenasa). Adicionalmente se conocen dos asociadas a cerámica : 2.500+180 y 2.520+90 AP. (cueva Piñuta). *op.cit.*,: 47, 51.

[10] Ponce Sanginés, 1970.

oro laminado pero sí en la tradición aldeana de la cultura Chiripa, al lado de la metalurgia del cobre.[11]

Poco sabemos de las construcciones tempranas Chiripa coetáneas de las Wankarani.[12] Mejor conocidas son las de la fase tardía[13] exponiendo un patrón arquitectónico avanzado de estructuras rectangulares dispuestas, tocándose los ángulos del frontis, alrededor de una edificación central hundida (templo). Para Chávez (1988) el conjunto correspondería a un complejo planificado de templo y almacenes, el más antiguo de su género en el área, en el que se advierten ciertos rasgos con antecedentes en las estructuras inferiores pertenecientes a la fase intermedia.[14] En los almacenes ceremoniales circundantes,[15] destacan las puertas de corredera y las dobles paredes de adobes y piedras en cuyos espacios intermedios, usados como depósitos de díficil acceso, se retiraron semillas de quinoa.[16]

Las labranzas agrícolas en Wankarani están atestiguadas por las azadas líticas[17] y en Chiripa por la quinoa y tubérculos (papa).[18] También se informa del hallazgo de cuerdas carbonizadas (lana?) y cestería. El proceso de la domesticación de camélidos no ha sido documentado pero debió producirse tempranamente a raíz de la presencia de éstos atraídos por la abundancia de pastos en la zona. La necesidad de satisfacer la gran demanda especialmente de la lana como apreciado producto de intercambio y para la fabricación local de cuerdas y de tejidos convertidos en las indispensables prendas de abrigo, otorga importancia a la relación hombre-camélido, que está reflejada en las esculturas de piedra de cabezas de llama, funcionando como objetos rituales en la vida de los Wankarani.[19]

Una economía agropastoril, complementada con la apropiación de los ricos recursos lacustres y terrestres aledaños, sostuvo el cre-

---

[11] Santoro, *ibid*: 52.

[12] Fase Condori (1.300-850 a.C.), Browman,1978: 807-808. Chiripa Temprano (1.400-900 a.C.), Chávez 1988.

[13] Fase Mamani (600-200/100 a.C.), Browman *ibid*:807. Chiripa Tardío (ca.600-100 a.C.), Chávez, *ibid.*

[14] Fase Llusco (850-600 a.C.), Browman: 808-809. Chiripa Medio (900-600 a.C.). Chávez, *ibid.*

[15] En número de 16 según Browman:809.

[16] Bennett y Bird, 1960: 142, fig.27; Chávez, *ibid*; Ponce Sanginés, ibid.

[17] Ponce Sanginés, *ibid*: 42, fig.18.

[18] Towle, 1961: 86, 135-36 *et passim*. Chávez (*ibid* :19) señala el hallazgo de *ch'uñu* (papa deshidratada).

[19] Bermann y Estévez Castillo, 1995;390; Ponce Sanginés, *ibid:*34-36.

cimiento de los asentamientos aldeanos permanentes en la cueva del lago Titicaca, integrados a un complejo ceremonial de la denominada "Tradición Religiosa Yaya-Mama",[20] que comprende edificios, artefactos e iconografía.

Los descubrimientos de adornos personales hechos de conchas marinas en las unidades domésticas del sitio San Andrés perteneciente a la cultura Wankarani, testimonian los contactos con la costa del Pacífico.[21]

Por la confrontación de los datos de las tierras altas bolivianas y atendiendo al planteamiento de una interacción circunpuneña, se desprende que el área de la puna seca discutida estuvo marginada o retrasada respecto a los componentes aldeanos, religioso-ceremoniales, agrícolas, alfareros y metalúrgicos. Veamos qué sucedía en la puna salada.

La puna salada se distingue de la seca por el rigor del clima (temperatura y sequedad) en la estación invernal, que habría hecho sumamente difícil los asentamientos permanentes encima de los 3.500 m.s.n.m. La disponibilidad de plantas útiles para las actividades de recolección y molienda –algarrobo (*Prosopis juliflora*), chañar (*Geoffrea decorticans*) y cáctaceas (*Opuntia sp.*)– se hace patente comenzando el Arcaico, cerca de 11.000-8.000 AP.,[22] a través de la existencia de morteros y manos, resultando más numerosos a partir de las fases intermedias, cerca de 8.000-5.000 AP., cuando en los sitios Tambillo y Confluencia se asientan los primeros poblados semipermanentes compuestos de viviendas delimitadas por círculos de piedra encerrando pisos hundidos.[23] Este patrón de habitación aparece mejor estructurado en los sitios tardíos representados por Tulán-52 y Puripica-1.[24] Son conjuntos de recintos aglomerados, calculándose unos 20 a 25 sobre una superficie ocupada de 540 m² para Puripica-1. En el primero, los muros consistían

---

[20] Chávez, *ibid.*

[21] Bermann y Estevéz Castillo, *ibid:* 392.

[22] Basándonos en los datos sintetizados por Santoro (1989) y Núñez (1992), hemos resumido las características ecológicas y la cronología del estadio Arcaico.

[23] La organización de pequeños cementerios en los poblados de Tambillo es un indicio adicional de la cierta estabilidad de los asentamientos.

[24] Fechas de C14 de los sitios del Arcaico Tardío (Santoro, *ibid*; Núñez, *ibid*):
Tulán-51, 4.940 +110 AP.
Tulán-52, 4.340 +95; 4.270+80 AP.
Puripica-1, 4.815 +70; 4.290 +60; 4,050 +95 AP.
Chiuchiu, 4.665+110; 3,625 +85 AP.

de grandes lajas colocadas verticalmente y en el segundo, de cantos rodados unidos sin argamasa. Los conjuntos mostraban espacios abiertos a modo de patios, en donde quedaron junto a fogones, los testimonios del trabajo doméstico vinculado a la caza y la molienda. En el interior de las viviendas también había fogones.[25]

En Puripica-1 se encontraron bloques de piedra con camélidos grabados.[26] Evidencias que tendrían relación con las de los estudios óseos de los animales, los cuales denotan una alta incidencia (más de 50 por ciento) de camélidos jóvenes, neonatos y fetales. Mortandad que habríase producido bajo crianza o cautiverio.[27]

Ambas poblaciones tuvieron contactos, directos o indirectos, con el área del litoral a deducir por las conchas del Pacífico, que aumentan considerablemente en los estratos superiores.[28] Capta nuestra atención la *Oliva peruviana*, un pequeño y vistoso caracol sin valor comestible. En los Andes centrales cumplió funciones rituales y lo mismo suponemos entre estos moradores de la puna.

En la suma de los objetos suntuarios, el uso del mineral de cobre se evidencia en cuentas de collar, las que además fueron hechas de conchas y piedra.[29]

El avance en la domesticación de camélidos se deduce en Chiuchiu por su generoso consumo alimentario y la utilización regular de la pelambre en la descollante producción de cuerdas. Son cambios que se consolidan y promueven otros cambios en el período posterior identificado por Núñez como estadio Tilocalar, alrededor de 3.000 a 2.000 AP.[30] Durante este lapso se confirma, dentro de un contexto de ocupación aldeana estable, la aparición de la cerámica, la frecuencia de tejidos, la metalurgia del cobre y oro; los enterramientos individuales y múltiples en cementerios con signos de tratamiento cuidadoso de párvulos y neo-

[25] Nuñez, 1981.
[26] Nuñez, 1989: 86.
[27] Nuñez, 1981: 145-164; 1989:86; 1992:295-300.
[28] Nuñez, 1981; 147, 153.
[29] Nuñez, 1992: 295, 300.
[30] La estimación cronológica ha tomado en cuenta las fechas para tres sitios representativos (Núñez, *ibid*:301-303):
Tulán-58 (cementerio), 2.240 + 50 AP.
Tulán-85 (asentamiento aldeano), 3.140 + 70 AP.
Tulán-54 (asentamiento aldeano), 2.840 + 60; 3.080 70 AP. En muestras de fibra de camélidos, 3.030 + 70; 2.900 + 70 AP.
Núñez (ibid:303) indica que existe un hiato de unos 910 años tocante a las fechas últimas del estudio Puripica y las más tempranas del estadio Tilocalar.



Lámina 6, La ocupación agrícola temprana en los Andes centro-sur y meridionales.

natos, colocándoles lajas encima y en un caso turbante en la cabeza. La diferenciación jerárquica se argumenta por la preparación de una tumba, excavada y cubierta con lajas, y ofrendas que incluye trabajo de metal (una cuchara de cobre).

La experiencia con crianza de camélidos y plantas cultivadas no fue ajena a los habitantes altoandinos del noroeste argentino, provincia de Jujuy, quienes tenían una economía prevalecientemente de caza y recolección. Nos referimos a los descubrimientos en la cueva de Huachichocana-CH III e Inca Cueva -7 y recientemente en el abrigo de Tomayoc. En este último, el análisis de los desechos de fauna sustenta la presencia de camélidos domesticados (alpaca) entre 3.300 y 3.200 AP. La cerámica se agrega a un nivel superior fechado en 2950 + 50 AP.[31]

La actividad cultivadora y recolectora en Huachichocana-CH III e Inca Cueva -7 es impresionante por la variedad de vegetales identificados procedentes de diferentes zonas, empleados en alimentación, manufactura, combustible y perturbación de los sentidos (alucinógenos). En medio de las plantas alimenticias sobresalen los frijoles (*Phaseolus vulgaris L.*) y el ají (*Capsicum baccatum L. var. baccatum o Capsicum Chocoense*).[32] En Inca Cueva -7, la calabaza (*Lagenaria siceraria*), mayormente cotizada para recipientes, deriva de una ocupación datada de 4.080 + 80 AP. Sorprende por ser un vegetal completamente extraño a la zona. Hoy se cultiva en los valles orientales húmedos. Su recuperación arqueológica asociada al cebil (*Anadenanthera macrocarpa*), de efectos sicotrópicos, que florece particularmente en los ámbitos del monte chaqueño, y del *agave sisalana* para la obtención de fibra, oriundo de la región del Sertao en el noroeste de Brasil, confirman las conexiones de la gente de Inca Cueva -7 con las áreas bajas amazónicas y del Chaco.[33]

Las fechas, entre 9.500 y 8.000 AP., asociadas a los frijoles[34] correlacionan éstos y los hallazgos en la cueva de Guitarrero de los Andes centrales declarados "completamente cultivados".[35] Aseveración

---

[31] Lavallée, comunicación personal 1995; Lavallée et al, en prensa.

[32] En la lista estuvo incluido el maíz, ahora descartado por una medición de C14 de 1.560 +190 AP. sobre el propio especimen, coincidente con la de 1.420 + 190 AP. del nivel donde abundaba este cultivo (Yacobaccio 1983-85:507). Según el informe de las excavaciones, la primera cerámica del sitio aparece asociada al maíz (Fernández Distel 1974:122). Los dos sucesos estarían pues correlacionados.

[33] Fernández Distel, 1975.

[34] El nivel inferior conteniendo las muestras vegetales tiene data de 9.620 + 130; 8.670+ 550; 8.930 + 300 AP. *(op.cit.)*.

[35] Smith, 1980: 110, 115.

que no se aplicaría a los representantes de Huachichocana -CH III, de los cuales se dice "pudieron tratarse de ejemplares silvestres", pues formas incultas de "idénticos género y especie"[36] crecen en los contornos de la vertiente oriental del piso de prepuna en donde se localiza la cueva.

Relativamente desde muy temprano, los cazadores-recolectores de la puna del noroeste argentino desplegaron un notable conocimiento del aprovechamiento del mundo vegetal, comprometiendo un amplio radio de acción tras los ciclos anuales de florescencia y maduración de sus respectivas habitaciones. Sin lugar a dudas, semejante experiencia enriqueció el modo de vida de esta gente en cuanto a la dieta, fabricación de utensilios, prácticas enlazadas al alucinamiento, entre otras cosas. No obstante, persistieron en trasladárse en grupos reducidos en busca de la flora y fauna apetecidas. La movilización y el transporte fueron facilitados por la frondosa utilización de canastas, cuerdas y bolsas de mallas. Los instrumentos de molienda estuvieron ausentes de manera que prepararían los frutos del algarrobo con otros medios.[37]

Los descubrimientos delatan que los pobladores puneños del noroeste argentino tuvieron acceso a las preciadas conchas de la costa del Pacífico.[38] Toca por lo tanto, averiguar qué acontecia en esa región.

Allá por los 9.000 y 7.000 AP., en el paisaje de las quebradas y valles del litoral surgieron poblados[39] albergaban conjuntos limitados de unidades familiares en viviendas semiaglomeradas de planta circular, construidas con materiales ligeros sostenidos por postes. Un patrón que perduró en "caletas de pescadores hasta incluso en tiempos del contacto indígena-europeo".[40]

La gran frecuencia de especies marinas y aparejos de pesca como pesas y cabezales de arpón de hueso y anzuelos de espina de cactáceas (Acha-2), de *Choromytilus chorus* y pulidores de piedra para elaborarlos (Tiviliche 1-b)[41] revelan que estos antiguos habitantes, asentados en los valles estaban adaptados a la explotación de los recursos del mar.

---

[36] Fernández Distel, *ibid*: 15.

[37] Los ocupantes de Huachichocana-CH III recolectaron exclusivamente algarrobo negro (*Prosopis nigra*). Los de Inca Cueva-7 algarrobo blanco (*Prosopis alba*). *Ibid*: 13-14.

[38] *Ibid*: 20

[39] Acha-2 distante 6 km del litoral en el valle de Azapa cuenta con dos fechas de C14: 8.900 + 150 (fogón) y 8.970 + 255 AP. (único entierro). Tiviliche 1-b a 40 km de la playa en la quebrada homónima sería unos 1.500 años más rec iente (Muñoz y Chacama, 1993:28; Núñez y Moragas, 1977: 78.

[40] Muñoz y Chacama, *ibid*: 46.

[41] Núñez y Moragas, *ibid*.

Para obtenerlos no dependían de los grupos establecidos en las orillas. A uno de esos grupos pertenece Camarones-14, instalado en la desembocadura del río Camarones.[42] No creemos conveniente sostener una generalización muy atrevida al considerar que una relación de coexistencia y no de interdependencia reunía a los asentamientos del litoral y de los valles.[43]

Los instrumentos de caza y recolección siguieron en función. Resulta muy ilustrativo para la comprensión de la adaptación marítima aprender cómo en Camarones-14 una punta de proyectil de calcedonia del tipo "doble punta", sirvió para cazar un lobo de mar, de los tantos que consumieron. Se la encontró incrustada en una de las vértebras.[44]

Las primeras evidencias del cultivo del maíz y la crianza de cuyes (*Cavia porcellus*) en Tiviliche 1-b[45] se manifiestan en una economía mixta de pesca, caza y recolección. Y en los términos de la coexistencia arriba propuesta observamos, que mientras en los oasis del interior los pobladores consagraban también sus esfuerzos a la recolección de vegetales y cosechaban ciertos granos como el maíz y en la quebrada de Tarapacá la quinoa,[46] en el litoral se dedicaban casi de lleno a una economía marítima especializada. Disponían de un elaborado equipo de pesca consistente en anzuelos compuestos y simples de concha y espina de cactácea; arpones para mamíferos y peces con cabezales desprendibles y barbas de hueso; ganchos de potera para cefalópodos y cardúmenes y una serie de utensilios de piedra y hueso para extraer y preparar mariscos, peces y mamíferos.[47] En tiempos posteriores, los anzuelos de espinas de cactáceas reemplazaron a los de *Choromytilus chorus*[48] debido, se cree, a la desaparición del molusco.

---

[42] La fecha de 7.420 + 225 AP. (Llagostera 1989:61) así como los elementos culturales compartidos vinculan históricamente a Camarones-14 y Tiviliche-1b. Para Núñez (1989:89) "parecen ser parte de una misma población". Rothhammar *et al* (1989:405) insisten en que Camarones-14 se aparta biológicamente, aproximándose a un grupo de la costa del Brasil.

[43] Una coexistencia semejante, manteniendo sus identidades, habría ocurrido en la Pampa del Tamarugal, Pisagua, entre Tiviliche 1b y Aragón-1 (estrato V) equidistantes 6 km (Núñez Henríquez y Zlatar Montan, 1978).

[44] Schiappacasse y Niemeyer, 1984: 70, fig. 29.

[45] Las mediciones radiocarbónicas de 7.850 + 280; 6.905 + 65; 6.800 + 90; 6.600 + 60 AP. están asociadas a maíz y cuyes en Tiviliche -1b (Núñez y Moragas, *ibid*).

[46] Núñez, *ibid*; 90.

[47] Llagostera, *ibid*: figs. 2-3.

[48] Sucedió alrededor de 5.630 + 145 AP. cuando se inicia el "Complejo Quiani" (*ibid*: 64).



FOTO 6. Momia de párvulo. Fase Chinchorro, ca. IV-IIIer. milenio a.C. Arica-Chile.

En el seno de aquellas sociedades pescadoras se desarrolló la tradición de las prácticas mortuorias Chinchorro,[49] que en la actualidad sabemos se extendió desde Ilo[50] hasta Antofagasta. Su notoriedad descansa en el tratamiento laborioso, complicado y creador de las momificaciones artificiales. Alcanzó máxima expresión durante el "complejo Quiani"[51] (ca. 5.500 a 2.800 AP.), a los finales del cual la manipulación comenzó a simplificarse hasta desaparecer. Despuntan cultivos como el algodón (*Gossypium sp.*),[52] camote (*Hipomea batatas*), calabazas (*Cucurbita sp., Lagenaria sp.*), yuca (*Manihot utilissima*), achira (*Canna edulis*), pallares (*Phaseolus lunatus*) y ají (*Capsicum sp.*); tejidos hechos en telar de cintura; la tintorería, las calabazas grabadas; la popularidad de la cestería e instrumentos para la insuflación de narcóticos. Los intercambios se intensifican con productos de las vertientes orientales como plumas de aves, madera de chonta (*As-*

[49] Bittman (21982) ha revisado la literatura concerniente a los problemas cronológicos, tipológicos y de las asociaciones de las momias Chinchorro, desde que en 1917 Uhle las clasificara y adjudicara a los aborígenes de Arica. Los estudios recientes de los antropólogos físicos (Allison et al 1984; Arriaza 1994; 1995) tratan de absolver los referentes a las variaciones de las momificaciones y sus incidencias temporales. Subsiste , empero, lo señalado por Bittman (*ibid* : 63) : "la carencia de excavaciones sistemáticas en sitios de habitación con cementerios asociados".

[50] Las excavaciones en el sitio de Villa del Mar, en la desembocadura del río Ilo, han proporcionado información importante sobre el compartimiento de espacios de habitación, entierros (cementerio) y basural. Muestras asociadas a un fogón dieron fechas de 7.800 + 100 y 6.280 + 60 AP. y de 6.360 + 60 AP. sobre el fémur de un individuo (Wise, 1995).

[51] Llagostera, *ibid:* 66-67.

[52] Es significativo anotar que el algodón no desempeñó, a diferencia de los Andes centrales, un papel importante en la tecnología pesquera. De allí que su cultivo no prosperó pese a que su utilidad industrial fue conocida tempranamente, aunque en poquísima cantidad, por la gente de Camarones-14 (Schiappacasse y Niemeyer, *ibid*: 64).

trocarym chonta) y semillas de *Mucuna elliptica*. Los pescadores precerámicos tardíos habrían conquistado la llamada "tercera dimensión del mar" navegando en balsas.[53] Hacen su aparición, unidos, la cerámica, fragmentos de mineral de cobre y la artesanía trabajada en cobre fundido.[54]

Los datos examinados enseñan que los elementos culturales que se fueron agregando sin producir innovaciones, fundamentales en los patrones de poblamiento; reflejan una organización simple e igualitaria.

El crecimiento y la estabilidad de los asentamientos aldeanos permitió a sus habitantes, congregados en unidades sociales multifamiliares, desarrollar una ideología en torno a sus difuntos. Fueron costumbres y creencias que, respecto a las momificaciones artificiales, demandaron ingentes cantidades de tiempo, energía y una dedicación constante, acaso de especialistas, fomentando los conocimientos de anatomía conducentes a asombrosas restauraciones artístico creadoras del cuerpo humano. Este culto a los muertos reforzaría las identidades de los lazos de parentesco, por lo demás de naturaleza conservadora en los Andes. Lo comprueba la prolongada tradición funeraria Chinchorro y la unidad familiar del ayllu centroandino resistente a los cambios extensivos a los períodos hispano colonial y republicano.

No existen indicios de que se hayan creado otros mecanismos culturales capaces de convocar e integrar unidades sociales más extensas y de mayor complejidad trascedentes a los vínculos sanguíneos. Aquellos se estructuraron recién "durante los Reinos Locales, pero sin alcanzar los niveles culturales presentes en tales sociedades andinas".[55]

2. ANDES CENTRALES: AMBIENTE GEOGRÁFICO Y DESARROLLO CULTURAL

Haremos una breve reseña de las tres regiones peruanas, costa, sierra y selva, en el reconocimiento que se articularon económicamen-

[53] Las características socioculturales terminado el estadio Arcaico y entrando al siguiente han sido sintetizadas últimamente por Llagostera (*ibid*), Muñoz (1989) y Núñez (1989).

[54] Cerámica temprana mostrando vínculos con la de Wankarani se ha registrado en los sitios de Cañamo-1 (Núñez y Moragas, *ibid;* 1983) y Azapa-14 y 71 (Santoro, 1980 a, b). Rivera (1994: nota 3), mencionando un trabajo suyo que no hemos podido consultar, reitera las influencias iniciales altiplánicas y también amazónicas.

[55] Muñoz, *ibid*: 90.

te. Debemos agregar una cuarta dimensión, el mar, cuya exuberante riqueza de recursos explotados por los antiguos pobladores del litoral contribuyó a sostener el crecimiento demográfico, la precoz sedentarización nuclearia en aldeas grandes y pequeñas. Su incorporación al trascedental, aunque apenas vislumbrado universo integrante socio-ritual andino, se expresa en adoratorios y centros ceremoniales erigidos a la orilla.

Fundamentando sus investigaciones fitogeográficas, Weberbauer (1945:83) hace una suscinta pero importante distinción de los Andes en el Perú:

> Por su múltiple división los Andes peruanos difieren notablemente de los bolivianos, chilenos del norte y ecuatorianos. De ramificación abundante, surcadas y rotas por valles largos y profundos, las serranías del Perú exhiben en todas partes una admirable variación del relieve, que escasamente la tienen las serranias de los países vecinos. Las altas mesetas no le faltan al Perú, pero son aquí mucho más extensas que en aquella parte andina que corresponde a Bolivia, norte de Chile y norte de la Argentina.

Las variaciones del relieve que señala Weberbauer encierran zonas de vida natural extraordinariamente diversificadas. Los grandes valles y las anchas cuencas siempre han favorecido el desarrollo de apreciables poblaciones humanas. En la actualidad constituyen los centros urbanos de Cajamarca, Huaraz, Chachapoyas, Huancayo, Ayacucho, Andahuaylas, Abancay, Urubamba y Paucartambo. Se ubican en la formación denominada por Tosi (1960 : 101-107) "sabana o bosque seco montano bajo" que, por sus características generales de clima subhúmedo o ligeramente húmedo, temperaturas de promedio templadas, suelos algunos de los cuales pueden retener la humedad hasta 8 meses, posee las tierras de "mayor capacidad productiva de toda la sierra". Aquí se cultivan desde frutas tropicales a cereales de clima templado-subcálido (maíz) y tubérculos de clima templado-sub-frío (ullucu, oca, papa, mashua).

Es en las alturas de esos valles interandinos longitudinales, comprendidos en un sentido amplio por el llamado callejón de Huaylas en la sierra de Ancash, donde se han encontrado una de las más antiguas evidencias de plantas cultivadas. Se trata de la cueva de Guitarrero. De los estratos inferiores, cerca de 10.550 a 7.500 AP.,[56] se recogie-

[56] Lynch, 1980 : cuadro 2; Smith, 1980: 87-119, 121-143.

ron oca? (*Oxalis sp.*), ullucu ? (*Ullucus tuberosus*), pallares (*Phaseolus lunatus*), frijoles (*Phaseolus vulgaris*), ají (*Capsicum chinense*), Cucurbita sp. y frutas: pacay (*Inga sp.*), lulo (*Solanum hispidum*), achuma (*Trichocerus peruvianus*) y lúcuma (*Pouteria lucuma*). El maíz (*Zea Mays*), por su ocurrencia en los estratos precerámicos superiores, se correlaciona con las fechas más recientes de 7.700 y 7.500 AP. No se tiene la certeza de que todas las plantas fueron cultivadas, pero al menos de cuatro sí: frijoles, pallares, ají y maíz. Al lado de los restos vegetales alimenticios, sorprende la cantidad recolectada para la extracción de fibras empleadas en la fabricación de textiles.

La práctica precoz de sembrar para luego cosechar emergió en grupos o bandas de cazadores recolectores, que incorporaban a su inventario cultural una industria lítica correspondiente a una tradición difundida por las alturas de Ancash, Huánuco, Junín y Chilca. Se dedicaban a recorrer las diferentes gradientes altitudinales en pos de la caza de animales y el acopio de plantas propias de los lugares. El conocimiento incipiente de la agricultura de secano produjo, sin embargo, cambios significativos en los niveles sencillos de la organización sociocultural de estos grupos. Por carecer de evidencias ignoramos de qué modo habrían estimulado el sedentarismo en las inmediaciones de los terrenos de cultivo. La ocupación en cualquier circunstancia, considerando el poblamiento todavía escaso, sería muy dispersa y probablemente temporal en viviendas precarias que no soportarían las temperaturas de lluvias, como las chozas descubiertas en las cuevas de Quiqche y Tres Ventanas en las alturas de Chilca, asociadas a fechas de 9.940 + 200 y 10.030 + 170 AP., respectivamente.[57] Las especies cultivadas halladas de *Solanum tuberosum*, de la misma edad y contexto, han sido confirmadas.[58]

La situación de cultivos en los terrenos de las partes bajas y de la caza en la sierra, nos lleva a inferir la existencia de campamentos en los valles durante la estación seca y campamentos en las cuevas y abrigos de las montañas en la estación húmeda.

El gradual mejoramiento del clima por entonces, haciéndose menos frío y más húmedo, habría favorecido la reproducción de plantas en general. La observación constante de las diferentes etapas de su crecimiento por los asiduos recolectores conduciría, en nuestra opinión,

[57] Engel, 1970 ; 1988 b: 83, figs. 16-17.
[58] Ugent *et al.*, 1983: 42, figs. 3 I, 4 G.

al ensayo de cultivar aquellas especialmente comestibles de maduración coincidente con el tiempo apropiado para el sembrío y la cosecha, en un sistema de cultivo sujeto a los regímenes pluviales locales. El aprendizaje de la interrelación del clima y la vegetación, de la que igualmente dependían los animales que cazaban, sería pues vital.

Dentro de las actividades primero generalizadas y luego gradualmente especializadas de la caza se produjo la domesticación de camélidos. En la puna de Junín, la transición de la caza especializada a la crianza de alpacas, entre 5.700 y 5.000 AP., ha sido documentada por las cuidadosas excavaciones arqueológicas en la cueva de Telarmachay.[59] La domesticación de camélidos tampoco introdujo innovaciones reconocibles en el modo de vida de los primigenios criadores.

La cordillera Occidental es el eje longitudinal que divide el territorio en dos vertientes. La vertiente occidental del Pacífico por donde bajan los ríos de recorrido corto y forman oasis en las llanuras desérticas de la costa. La vertiente oriental del Atlántico se caracteriza por los ríos de largo recorrido, desde las nacientes en las altas montañas y numerosos afluentes incrementando sus caudales, hasta confluir en la cuenca hidrográfica del Amazonas, que abarca una vasta región selvática de clima tropical permanentemente húmedo. La vertiente oriental del Atlántico ocupa el 74.5 por ciento de la extensión total del país.[60]

Se distingue una Selva alta que comprende una Selva muy alta y muy húmeda –2.800 a 3.600 m de elevación, precipitaciones anuales variables de 1.000 mm a casi 8.000 mm en determinados parajes, temperaturas entre 6 y 18° C y nubosidad persistente– y una Selva alta húmeda- 500 a 2.800 m de elevación, 2.000 a 4.000 mm de precipitación anual, bajando a 1.000 - 1.500 mm en ciertos lugares y temperaturas entre 12 y 24° C de acuerdo a la altitud–.[61] De las dos, la Selva alta húmeda es la que ofrece condiciones para los asentamientos humanos. Se puede practicar una agricultura intensiva a lo largo de los bancos aluviales.

La Selva baja o llano amazónico tiene temperaturas anuales que exceden los 24°C , precipitaciones anuales de 2.000 a 4.000 m en las zonas húmedas y 1.500 mm en las subhúmedas. Encierra dos subregiones de contrastes marcados expuestos por Meggers (1978): a) La exten-

[59] Lavallée et al., 1995.
[60] Anónimo, 1978: 68.
[61] Zamora, 1978; 172- 176.

sa "terra firme" con recursos de subsistencia disponibles durante todo el año pero muy dispersos, lo que obligaba a las poblaciones a mudarse regularmente y mantener su tamaño y densidad reducidos. La organización social y cultural son simples. b) La "várzea" o estrecha llanura de inundación sujeta a la divagancia del lecho fluvial por la creciente y el estiaje estacionales. Myers (1992) hace una revisión de las evidencias arqueológicas y de las fuentes históricas para defender las profundas raíces indígenas de adaptación, tanto a las dificultades cuanto a las potencialidades productivas de la várzea y el contorno interfluvial, traducidas en poblados grandes y permanentes que habrían logrado niveles de complejidad social equivalentes a la mayoría de los reinos circum-Caribe.

En el proceso de Neolitización que nos compete discutir, las relaciones con la vertiente oriental se reconocen en la existencia de plantas que originalmente se habrían cultivado allí: yuca, camote, maní, frijol,[62] una especie de ají (*C. chinense*) y de productos intercambiados como semillas de espingo (*Quararibea sp.*)[63] y Palmae[64] y plumas de colores encendidos.

La cordillera Occidental asimismo es divisoria de los ríos que fluyen a la cuenca endorreica del lago Titicaca en la región del Altiplano. A 3.810 m.s.n.m., compartido por Perú y Bolivia, el lago Titicaca con un espejo de 8.400 km^2 de superficie media contribuye al acrecentamiento de la humedad en las inmediaciones y por su gran inercia térmica atempera el clima.[65]

Las bajas temperaturas producen frecuentes heladas y la escasez pluvial se manifiesta en períodos de sequía. La humedad decrece de noroeste a sureste en donde el Altiplano se vuelve árido y desértico.

En las mesetas subhúmedas prospera una vegetación forrajera de hierbas y arbustos[66] muy apetecida particularmente por los camélidos, de manera que se piensa en la zona como un probable centro de domesticación de dichos animales. Futuras investigaciones han de esclarecer el asunto.

---

[62] Kaplan, (1980 : 146) indica que frijoles silvestres (*P.aboriginens*) crecen en la Selva alta húmeda.

[63] Wassen (1973) examina el uso del espingo en el mundo mágico andino y su identificación botánica. En Bandurria las semillas estaban ensartadas a modo de collar.

[64] Un fragmento de semilla se encontró en La Galgada.

[65] Ver Taborga y Campos, 1995.

[66] Tosi, 1960: 126-131; Weberbauer, *ibid:* 324-326.

Estudios recientes de los sedimentos lacustres exponen un lapso prolongado de sequía durante el Holoceno medio, entre 8.000 y 3.000 AP.,[67] que habría impedido el desarrollo de la agricultura. Para contrarrestar el agravamiento del medio, los movimientos migratorios en busca de mejores condiciones de vida seguramente se incentivaron. Superada la larga ausencia de lluvias, enfrentando y acondicionando mediante mucho esfuerzo y sabiduría los efectos de las insistentes rigurosidades del clima, la gente del Altiplano se congregó en importantes núcleos sostenidos por una economía agropecuaria, complementada con los recursos lacustres, fluviales y de la tundra. Wankarani y Chiripa son ejemplos que hemos discutido en el capítulo anterior.

La costa es la región limitada por el océano Pacífico y los cerros que se elevan entre 800 y 1.000 m.s.n.m. conformando la cadena del litoral. A causa de la aridez se estima en apenas 77.000 ha, de una extensión de 144.000 km², la tierra explotada por la agricultura moderna concentrada en los oasis fluviales, que en número de 57 bajan de las faldas de la cordillera Occidental y vierten sus aguas al mar. Son ríos de régimen torrencial. Aumentan sus caudales en el verano por las lluvias estacionales en la sierra.

A pesar de la condición básicamente árida de sus llanuras, la costa goza de un clima subtropical, templado a cálido, provocado por las aguas frías de la corriente Peruana, la circulación atmosférica y la barrera cordillerana. Bajo riego, una diversidad de cultivos crece sin mayores limitaciones, gracias al clima moderado.

Los caracteres del clima desértico no son uniformes. La aridez disminuye de sur hacia el norte. El extremo norte se aparta por su exuberante flora tropical cobijando una variada fauna y por los manglares en los deltas de los ríos. El límite sur actual de esta formación halofítica es el perenne río Tumbes.[68]

Adentrándose en el mar, tapizando las múltiples bocas del río, combina fauna de ambas aguas. De aguas dulces son los temibles saurios cuyos rasgos anatómicos de *Crocodylus acutus*, Lumbreras (1993:142-47) identifica en el personaje de la iconografía mítica Dragoniana de Chavín. Significativamente, otro animal en las representaciones de esa cul-

[67] Ver Seltzer et al., 1995; Argollo y Mourguiart, 1995.

[68] En el pasado los manglares habríanse extendido más hacia el sur. Emperaire y Friedberg (1990: III) mencionan relictos en la desembocadura del río Piura y López et al. (1982:15) la existencia del *Crocodylus acutus*.

tura es el cóndor, que se hace presente en los tejidos del precerámico final de Huaca Prieta. Collin Delavaud (1984:35) reparando en el más grande de los rapaces, nos dice: "contrariamente a una idea ampliamente difundida, no solo habita las cimas de los Andes sino que se lo encuentra, especialmente en el norte del Perú, mucho más sobre el litoral que sobre las crestas o las vertientes".

La masa de aire cálido y seco, llevada a tierra por los vientos alisios, cuando pasa sobre la superficie oceánica de baja temperatura y se enfría, absorbe y condensa el vapor de agua en forma de un grueso estrato nuboso que en el período invernal cubre el litoral. Se disipa donde hay grandes arenales y las estribaciones de los Andes dejan planicies costeras anchas. Un cielo despejado prevalece al norte de la latitud 80 (Trujillo). En los meses más fríos, entre mediados de junio y mediados de octubre, la humedad contenida se precipita en diminutas gotitas de agua (garúas o lloviznas) por la inversión térmica encima de la capa de nubes y neblinas. Según la latitud, la espesa nubosidad se concentra entre 300 y 1.000 m.s.n.m. Al chocar con elevaciones del terreno y coincidir la altitud de su extensión junto a otras condiciones favorables, temperatura relativa, calidad del suelo y una precipitación promedio, brotan unas singulares formaciones vegetales conocidas como "lomas". En la costa sur algunas están próximas a la playa. Atiquipa es una de ellas.

Los descubrimientos de Engel de asentamientos humanos contiguos a las lomas, hoy muchas extintas o en franca regresión, prueban la importancia que tuvieron para los antiguos costeños estos oasis "de neblina" en la definición de Heinz Ellenberg. Podían disponer sin mayores esfuerzos de sus recursos de flora y fauna, abastecerse del líquido vital y a la vez no estar lejos del acceso a los productos marinos. Engel (1988b:11) calcula que si "todas las lomas desde Lambayeque hasta Arica hubiesen sido utilizadas al mismo tiempo, ya sea para cultivos o como pastos, llegaríamos a una explotación en la costa de un millón trescientas mil hectáreas, más o menos el doble de lo que se explota hoy".

La riqueza excepcional del mar peruano se debe al afloramiento cerca a la costa de aguas frías submarinas de mediana salinidad e iluminadas de la corriente Peruana cargada de fosfatos, que favorecen la actividad fotosintética responsable de la proliferación de fitoplacton, que con el zooplacton compone los diminutos organismos nutritivos

generadores del ciclo alimenticio de la activa vida marina aprovechable por el hombre. Su distribución, sin embargo, no es pareja geográfica ni estacionalmente. En comparación a la zona central de Pisco a Punta Aguja, las especies disminuyen en cantidad y diversidad en el mar septentrional de aguas tropicales y fuerte insolación.

Los grandes cardúmenes de anchoveta (*Engraulis ringens J.*), que se multiplica en las aguas fértiles de fitoplacton, coincide con las concentraciones de aves guaneras. En la cadena alimentaria la anchoveta "representa el eslabón principal entre las condiciones oceanográficas y el bienestar de las aves guaneras" (Schweigger 1964: 165). Se ha calculado que estos pájaros consumen anualmente más de cuatro millones de toneladas de anchoveta, casi la mitad de lo que se apropia el hombre para destinarla a la industria de harina de pescado, una de las riquezas peruanas en el presente siglo. Las altas incidencias se producen en la zona centro del litoral, de Punta Aguja a la isla San Gallán.[69] En su extensión están los famosos lugares de producción de guano, que fue la principal riqueza peruana en el pasado siglo.

Cuando planteamos las hipótesis del desarrollo original de la civilización peruana destacamos que la disposición espacial de sus tempranas huellas convenía de manera sugerente con la elevada productividad de la zona centro.[70] Además cuenta con muchísimas caletas y bahías de aguas tranquilas propicias para la pesca y la extracción ribereña. Alimentos que proporcionaron las proteínas y aminoácidos indispensables para el aumento demográfico sostenido y sano.

Demostrando los fundamentos de una tradición costeña muy antigua, los norteños del Paijanense[71] y los del gran Anillo de Conchas al sur de Ilo[72], son expresiones de la adaptación marítima de hace aproximadamente 10.000 años antes del presente.

El sistema bio-oceanográfico de la Corriente Peruana sufre perturbaciones periódicas irregulares. Una de esas anomalías es causada por el fenómeno de El Niño, una transgresión hacia el sur de aguas ecuatoriales cálidas. La ruptura de la cadena alimenticia tiene efectos graves para la supervivencia de los peces pelágicos y los pájaros del

[69] Para Schweigger (1964: 8), Punta Aguja e Isla San Gallán demarcan las diferencias de las tres zonas del litoral peruano. La zona norte extendida de la frontera Perú-Ecuador a Punta Aguja y la zona sur desde la isla de San Gallán hasta el límite con Chile.

[70] Fung, 1972: 26.

[71] Chauchat, 1988.

[72] Sandweiss *et al.*, 1989.

mar. Estudios sistemáticos de eventos El Niño recientes "muy fuerte" (1982-1983) y "débil" (1986-1987) enseñan que las consecuencias en la vida marina a lo largo de la costa son bastante complejas. En los moluscos se ha comprobado, por ejemplo, la mortandad o emigración a aguas más frías de ciertas especies y un incremento repentino de otras; especies que se recuperaron más rápidamente en la región de la zona central que en la del sur y aparición de nuevos bancos de algunas especies foráneas. Respecto al *Spondylus princeps* de aguas cálidas, altamente valorado en el pasado por las sociedades andinas, Díaz y Ortlieb (1993: 171) insisten en la no comprobación de que "esta especie haya vivido al sur de la provincia panameña, ni durante el Holoceno ni en el Pleistoceno Superior". También proponen que el fenómeno de las variaciones océano-climáticas habría existido "por lo menos durante las fases interglaciales del Pleistoceno" (op. cit.: 173). De ellos asíimismo recogemos la advertencia de estar atentos a factores que pueden ser culturales en la presencia o ausencia de las especies de moluscos en los yacimientos arqueológicos: preferencias por determinadas especies o cambios súbitos en la dieta.

Las primeras aldeas: Paloma 613

Los descubrimientos de los asentamientos aldeanos de mayor antigüedad –todos hasta el momento ubicados en la costa– se lo debemos al estudioso Fréderic-André Engel (1988 a: 11), quien enumera seis en la introducción a la recopilación de los hallazgos en el Pueblo 1 de Chilca. Trataremos sobre Paloma 613, Chilca 1 y Pueblo 514. Son aldeas representativas en sus respectivas localidades y proporcionan información escudriñable para nuestras interpretaciones.

El sitio Paloma 613 ocupa un área de 600 m. NS y 250 m EW en una pampa o planicie aluvial que se extiende en el límite inferior de una formación vegetal de lomas severamente disminuida. Dista linealmente unos 8 km al norte del río Chilca, 18 km al sur del río Lurín y 4.5 km de la playa.

La unidad I de 100 x 80 m aproximadamente, excavada por Engel y colaboradores, formaba parte de unos 20 montículos esparcidos ligeramente elevados y de dimensiones variadadas. La excavación comprometió un décimo del contenido; descubrieron alrededor de 50 chozas, la mayoría asignada a las capas inferiores. El elevado cálculo de

500 o más chozas para la Unidad I, lleva a Engel (1980 ; 104) a sostener que "los residentes de Paloma vivían en aldeas muy grandes, probablemente capaces de albergar varios miles de habitantes a la vez".[73] La febril actividad constructiva se atribuye –acudiendo a los registros arqueológicos y comparando mediante analogía etnográfica comportamientos parecidos en pueblos amazónicos– a la costumbre de abandonar la vivienda convertida en sepultura de los miembros de la unidad familiar y levantar otra.[74] La extensión de la cantidad relativamente alta de entierros recuperados, excediendo los 200,[75] aboga por la derivación de una población viviente no muy pequeña.

Interpretando los datos, colegimos que en las lomas de Paloma se asentó una población compuesta por grupos familiares, cuyas viviendas estaban reunidas sin un ordenamiento aparente,[76] formando núcleos o conjuntos residenciales, los que estarían expresados en los varios montículos y quizás en las otras concentraciones menos conspicuas. Esta supuesta organización social del espacio requiere de verificaciones arqueológicas, para determinar las interconexiones de las diferentes concentraciones. Lo que estamos proponiendo es que no todas las concentraciones habrían sido ocupadas simultáneamente y que los conjuntos residenciales –no sabemos cuántos coexistieron en un momento dado– se mudarían abandonando las viviendas-sepulturas. Trascurrido el tiempo, nuevos conjuntos residenciales se fueron superponiendo a los anteriores. Los datos estratigráficos admiten cuatro etapas constructivas separadas por intervalos de desocupación.

Las costumbres mortuarias de la gente de Paloma responden al porqué casi todos los entierros estaban asociados a las viviendas. Pocos fueron exhumados con señales de disturbios. Quienes se instalaron después y construyeron sus chozas tuvieron cuidado de no perturbar las tumbas de los ancestros.[77]

La destrucción deliberada al abandonar las viviendas-sepulturas derribándolas y parcialmente incendiándolas, se ha documentado para dos chozas asignadas a la última ocupación. Una ha permitido la reconstrucción de las paredes y el techo, extendiéndose a las demás del tipo A.

---

[73] La traducción es nuestra.
[74] Ver Benfer, 1982; Engel, 1980; Quilter, 1989.
[75] Ver Benfer, 1986.
[76] Engel, *ibid*: 106-107, figs. 5-9.
[77] Quilter, *ibid*: 54, 57.

Engel (*ibid*: 107) ha diferenciado cronológicamente dos tipos de chozas, A y B. A las primeras (capas 2, 3, 4) antecedieron las del tipo B (capa 5), cuyas plantas hundidas en el terreno duro de la pampa tenían formas menos regulares. Las paredes y el techo serían similares a las del tipo A, en cuanto a materiales y técnicas constructivas.[78]

La conservación era mejor en los restos de las chozas tipo A. Las plantas generalmente circulares o subcirculares, con un diámetro promedio de casi 4 m, ahondadas unos 25 cm, alcanzaban en el centro cerca de 50 cm. La acumulación extraída fue hacinada a manera de un grueso anillo de más o menos 40 cm sosteniendo postes. Para mayor protección contra el frío y el rocío del ambiente de lomas, dispusieron una segunda hilera de postes, frecuentemente rodeando 2/3 del perímetro y siempre en el lado suroeste de donde llegan "las húmedas brisas de invierno". En ocasiones, cuando la segunda hilera de postes cubría todo el perímetro, formaba una pared de unos 20 cm que rellenaban con paja. Si el espacio resultaba mayor podían contar con una "pequeña área de depósito".[79]

El armazón cuadrangular de elementos entrecruzados como un enrejado, del techo de una de las dos viviendas-sepulturas incendiadas, nos hace pensar en un techo plano inclinado a un agua y no horizontal como ha sido reconstruido.[80] El desnivel facilitaría el escurrimiento de las gotitas de agua condensadas de las neblinas envolviendo el sitio en las temporadas invernales.

Los postes y armazones de las paredes y los techos eran de troncos (*Salix sp.*) o de varias cañas (*Gynerium sagittatum*) amarradas con juncos (*Scirpus sp.; Typha dominguensis*). Los troncos utilizados solían ser delgados; el de un poste, asegurado en la base por cuñas de piedra, tenía un grosor extraordinario de unos 12 cm.[81]

Cubrían el piso con esteras. Se han descubierto fragmentos in situ, amarrados a los postes interiores de la pared. Aislando cualquier inconveniencia del suelo, las esteras brindarían comodidad para el descanso, en las noches, al calor e iluminación de una pequeña fogata, la que de paso ahuyentaría a las alimañas peligrosas del "habitat" de lo-

[78] Aunque ciertamente se registraron cadáveres de varones en el par de chozas parcialmente incendiadas, nuestra generalización de asociar semejante acto destructivo con éstos fue apresurada (Fung, 1991: 156). Quilter (*ibid*: 125, 127) describe dos entierros de niños.

[79] Engel, *ibid*: 107, figs. 32-33.

[80] Op. cit.: 110, figs. 25-27; 1987b : 44; 1988: 16.

[81] Engel, 1980: fig. 36.

mas. En el interior de las chozas quedaron rezagos de las fogatas[82] y en el exterior, de los fogones ovalados de cocina delimitados con piedras.[83]

En las inmediaciones de las viviendas se localizaron numerosos pozos de diferentes dimensiones. Algunos de los más grandes habrían estado techados. Acondicionamientos como forrarlos con paja o colocarles arena traída de la playa,[84] son detalles que acentúan la atención dispensada a estos complementos estructurales de la vida doméstica aldeana de Paloma. Como casi todos estaban vacíos, se ignora qué exactamente guardaron. Engel (ibid:107) menciona excrementos humanos, residuos de animales y sustancia orgánica no especificada y de carbón. Dentro de las viviendas algunos pozos cumplieron función reservada. Uno pequeño, cavado en el piso de una de las chozas más tempranas, custodiaba las pertenencias de un pescador, sobresaliendo tres anzuelos de hueso.[85]

El poblado de Paloma, conformado por los conjuntos residenciales propuestos comenzaría a tener arraigo en los niveles de la capa 5, que "referente a la 'aldea más antigua' representa la ocupación mayor".[86] La serie de mediciones de C14, entre 6.500 y 6.000 AP., fecharía su permanencia.[87] La capa precedente 6 fue dejada por un asentamiento transitorio de estructuras precarias y pequeñas (1.5 m de diámetro), con pisos planos o levemente deprimidos.[88]

Los procesos repitentes de mudanzas, instalaciones y abandonos de las viviendas–sepulturas no deben inducir a cuestionar el carácter sedentario de los núcleos residenciales, pues sus moradores radicaron el tiempo suficiente para procrear, sobrevivir y morir, dejando el espacio convertido en las tumbas de las unidades familiares. Para comprender y conjeturar cuánto pudo durar un ciclo siguiendo el curso normal, es necesario tener en cuenta que la gente de Paloma al nacer tenía una esperanza de vida promedio de 21 años. Comparativamente

[82] Quilter, *ibid*: fig. 10.
[83] Engel, *ibid*: fig. 31.
[84] Quilter, *ibid*: 18.
[85] Engel, *ibid*: 110, figs. 49, 70; Quilter, *ibid*: 34, figs. 10, 22, 24-24.
[86] Engel, *ibid*: 107.
[87] Engel (1987a:11) proporciona una lista de fechas de C14. La más temprana de 7.735 + 100 AP., que englobaría a la capa 6, no proviene del nivel cultural primigenio del sitio (Weir y Dering 1986:22). Consiguientemente, la antigüedad de la ocupación de Paloma sería aun mayor. La más reciente de 4.900 + 130 AP. pertenece a una serie obtenida de los estratos superiores (capa 2) y marca el abandono del lugar por aquellos primeros aldeanos.
[88] Quilter, *ibid*: 18.

"un lapso largo para poblaciones arqueológicas". Por tanto, dicha "curva de supervivencia está más cerca a la de los horticultores que a la de los cazadores-recolectores".[89]

Enfocada desde un gran ángulo, la estabilidad defendida se sustenta en: a) La ocupación prolongada del sitio unida al b) conservadorismo cultural reflejado en el patrón constructivo de las viviendas acomodadas a las condiciones del medio; las costumbres funerarias; la economía de subsistencia básicamente de recolección y pesca, suplementada por la práctica de una agricultura poco desarrollada y los artefactos. Ponemos en relieve los peculiares "trituradores de Paloma", los batanes y las manos de guijarros discoidales achatados, presentando los bordes lisos y pulidos por el uso.[90] 3) La decisión ulterior de tener un basurero en el lado oeste del sitio.[91] Una necesidad que estaría ligada al crecimiento del poblado y sus desperdicios como consecuencia del incremento demográfico concomitante a la mayor expectativa de vida por la nutrición y mejoras en la salud.

A nuestro entender, fue la acentuación del sedentarismo la que habría conducido al decaimiento del frágil sistema ecológico de las lomas y no al revés como plantean Weir y Dering (ibid:18), en el sentido de que la degradación provocada "pudo demandar soluciones comprendiendo mayor énfasis en el sedentarismo y una transición consiguiente a la producción de alimentos y sociedades más complejas en la costa central".[92]

Las lomas aportaron a la sustentación económica del asentamiento aldeano con un número notable de especies arbóreas, arbustivas y gramíneas. El estudio palinológico establece que varias de ellas han desaparecido de la vegetación actual, siendo difícil identificarlas.[93] Una de las plantas comestibles, la Begonia geranifolia, sobresale por la abundancia de sus restos en los estratos. Es un tubérculo aún endémico en las lomas de la costa central.[94] Tiene ojos que lo propagan de la misma manera que la papa (*Solanum tuberosum*). Hecho que hace suponer, en vista de su popularidad entre los desechos, el aprovechamiento de esa experiencia –acumulada como vimos desde 10.000 años atrás en

---

[89] Benfer, 1986: 53, fig.3.1.
[90] Engel, 1980: 108, 110, figs. 43-46.
[91] Benfer, *ibid:* 43; Quilter, *ibid:* 11,19.
[92] La traducción es nuestra.
[93] Weir y Dering, *ibid:* 34-37.
[94] Weberbauer, *ibid*: 181.

las alturas de Chilca– para fomentar su reproducción, o sea cultivarla. Práctica extendida a las calabazas (*Cucurbita sp.*), mates (*Lagenaria siceraria*) utilizados principalmente como recipientes[95] y tentativamente frijoles (*Phaseolus sp.*). Las frutas de la guayaba (*Psidium guayaba*) y del mito (*Carica candicans*) pudieron recolectarse de plantas silvestres.

La gente de Paloma accedió a los recursos vegetales de otras zonas fuera del territorio de residencia como el sauce (*Salix sp.*), algarrobo (*Prosopis sp.*), molle (*Schinus molle*), la caña brava (*Gynerium sagittatum*) y los juncos (*Scirpus sp., Cyperus sp., Typha sp.*) entre otras especies, incluyendo las cultivadas, que se reproducían satisfactoriamente en las riberas de los valles Chilca y Lurín los más cercanos. Las cactáceas (*Haagocewreus sp., Opuntia spp.*) proporcionaron frutos comestibles y la Fourcroya, fibra para la actividad textil.[96] Procederían de los flancos occidentales aledaños de preferido clima seco.

Las plantas cultivadas en número reducido enseñan que los pobladores de Paloma no desconocían las prácticas agrícolas, pero fueron llevadas a cabo de modo limitado. Cultivados y recolectados, los vegetales formaron parte de la dieta y figuran en el análisis de los coprolitos en un porcentaje menor en comparación a los alimentos del mar.[97] Situación confirmada por los estudios de las muestras de residuos de fauna recogidas del poblado.[98]

Los peces y mariscos fueron la principal fuente de alimentación. Contribuyeron con el noventa por ciento de la biomasa. En los estratos superiores se notó un aumento de los huesos de mamíferos de mar. Entre las especies consumidas sorprende la de los lobos marinos (*Otaria flavescens*) por el extraordinario peso que alcanzan cuando son adultos, de 230 a 320 kilos. En las muestras, tres de ellos lo eran al momento de su muerte. Los restos óseos ofrecen pruebas de que estas corpulencias fueron traídas completas al sitio, pudiendo trasportarlas en pedazos o secciones. Cualquier haya sido el procedimiento ejecutado, tales ocasiones resultarían acontecimientos festivos en donde la comunidad entera celebraría participando de las etapas preparatorias que, no nos cabe duda, debieron culminar en opíparos banquetes.

---

[95] Sobre la superficie externa de estos objetos plasmaron sus inspiraciones artísticas. Da cuenta un fragmento con líneas pintadas de color negro (Quilter, *ibid:* 28).

[96] Quilter, *ibid:*39; Vallejos, 1988.

[97] Weir y Dering, *ibid:* 38-39.

[98] Reitz, 1988 a,b.

Los lobos marinos salen en grandes cantidades a descansar en la playa, prefiriendo los roquedales para los apareamientos y nacimientos de las crías.[99] Sorprendidos reunidos son cazados fácilmente a palos.

Juzgando su insignificancia entre los residuos, los mamíferos terrestres, principalmente camélidos y venados (*Odocopileus virginianus*) tampoco tuvieron mucha importancia en la dieta, pero proporcionaron material óseo para la fabricación de instrumentos. De los primeros, además, utilizaron las pieles para envolver a los difuntos. Ocasionalmente también acompañaban al parco ajuar funerario porciones de pelo o lana. Con el tiempo, la costumbre mortuoria de usar pieles y cueros declina en favor de los textiles.[100]

Considerando las escasas puntas líticas de proyectil talladas pobremente,[101] y aun admitiendo la posibilidad de cazar aquellos animales en las lomas y en los valles, nos inclinamos por la interpretación de que las pieles y los huesos útiles los obtuvieron de los cazadores especializados de las tierras altas.

Para la historia de los tejidos andinos, es interesante anotar que, a pesar del manejo de las pieles de camélidos, raras veces la lana fue empleada como fibra por las poblaciones arcaicas de la costa central y también norcentral, a diferencia de las del sur. En el norte, su introducción se produjo tardíamente.

Las conexiones de Paloma con zonas alejadas se confirma en varios productos. La obsidiana en la forma de lascas y puntas de proyectil. No se ha verificado su origen. La cantera próxima es la de Quispisisa en la sierra de Huancavelica, distante a unos 400 km. El fémur de un mono araña (*Ateles spp.*) con huellas de rebajo y pequeños cortes, animal que Reitz (1988b: 316) indica puede venir de las vertientes orientales de los Andes o de la región de la costa al norte del desierto de Sechura. De la misma circunscripción procedería la caña de Guayaquil (*Guadua angustifilia*)[102] utilizada en el poste de una estructura y la concha sin trabajar de *Spondylus pictorium*.[103]

Las adquisiciones de productos exóticos dejan entrever cómo a temprana edad se fueron estableciendo las interconexiones regionales, sentando paulatinamente las bases –caminos y contactos– para las inte-

[99] Kostritskym, 1963; 36.
[100] Quilter, *ibid*: 51-52, 106.
[101] Engel, *ibid:* 108, figs. 54-64; Quilter, *ibid:* 36-37.
[102] Quilter, *ibid*: 34. Ver Towle, *ibid*: 17-18.
[103] Quilter, *ibid*: 24, 29.

graciones territoriales posteriores bajo organizaciones de carácter político-ideológicas.

Antes de la plena introducción del algodón el asentamiento de Paloma fue abandonado. La continua y prolongada explotación con fines de combustión, por ejemplo, se hace patente hasta en los coprolitos. Los residuos de carbón ocupan el tercer lugar con el 74 por ciento después de los moluscos, peces y otros vertebrados.[104] Las partículas de carbón y del desgaste de los implementos de molienda revelan el modo de preparar y consumir los alimentos.

Las primeras aldeas: Chilca 1

Alrededor de 6.000 y 5.500 antes del presente, cuando el sitio de Paloma todavía estaba habitado y con el cual tenía vínculos históricos, otro poblado –Chilca 1– se asentaba sobre una terraza en la orilla norte del río Chilca, de débil caudal. Era un lugar favorable donde podían cultivar beneficiándose del terreno fértil humedecido luego de las avenidas anuales. Dispusieron de pantanos que les proveyeron de los tan solicitados juncos[105] para fabricar esteras, objetos diversos y construir chozas a la vez que los rizomas les servían de alimento. La ubicación no quedaba muy lejos de la playa (cerca de 4 km), de suerte que podían cumplir con las actividades primarias de su economía de subsistencia, pesca y recolección de mariscos, como testifican las acumulaciones de desperdicios y los implementos de pesca.[106] Igual que en Paloma, los principales abastecedores de carne fueron los mamíferos marinos. De uno de ellos, adicionalmente se valieron de tres costillas para apuntalar la pared de la famosa choza XII. El cetáceo probablemente fue recogido varado en la playa.

Se calcula que el sitio se extendió por más de 3 ha. La organización del espacio habría sido similar al de Paloma, pero los montículos elipsoides visualmente aparecen enlazados y las excavaciones arqueológicas han comprobado aglomeración de las chozas,[107] las que

[104] Weir y Dering, *ibid:* 38-39.
[105] Juncos es el nombre genérico dado englobando a *Scirpus* sp., *Cyperus* sp., *Typha* sp.
[106] Son frecuentes los anzuelos simples y múltiples de espina de huarango (*Acacia macracantha*). Los anzuelos de hueso existieron pero, al parecer, no fueron populares (Weir *et al.*, 1988: 63).
[107] Engel, 1987b: 43-44; 1988a 12-13, 15.

también funcionan como viviendas-sepulturas. La mencionada choza XII estudiada y reconstruida por Donnan (1964) ilustra, que conteniendo siete cadáveres fue derruida y la pared aplastada con piedras.

Las chozas adaptadas al medio árido eran más pequeñas, de planta circular, con un diámetro promedio de más o menos 2.50 m y piso horizontal rebajado unos 40 cm. Los distintos dispositivos de apuntalamiento de las paredes: estacas y travesaños, estaban trabados horizontalmente a unos 20 cm del piso; existían cercos de contención de amontonamientos de conchas (*Concholepas concholepas*) o arena; también se empleaban cuñas de piedra y excepcionalmente costillas de ballena hincadas a lo largo, con el arco apoyado a la pared, sugieren chozas de paredes encorvadas de perfil redondeado o cónico como el de la reconstrucción de Donnan. Engel (1987b: 44) ha discrepado en favor de una choza circular con paredes rectas, terminando ya sea en techo plano, horizontal o a un agua, inclinado hacia la puerta, o con techo en domo –un modelo más acorde con las evidencias de las chozas de Paloma–, persuadido por el techo plano a un agua.

En Chilca 1 Engel (1988a) registró el descubrimiento de más de 100 fardos, el primer espacio separado para entierros, aunque no se hallaba completamente aislado. Adentro había una choza contemporánea conteniendo ocho cadáveres. Este cementerio se relacionaba con la ocupación más extensa del sitio, quizás a unas 2 ha. Correspondía al "Pueblo B", de los estratos intermedios que prosperó allá por los años 5.200 a 4.900 AP.[108] Lapso durante el cual el empleo de la fibra de algodón se hace notorio: los difuntos portaban prendas confeccionadas con hilos de algodón.

Weir y colaboradores (1988) recogieron muestras de los basurales, incluyendo coprolitos, dejados por los habitantes del Pueblo B y subsiguientes, a deducir por el período radiométrico asociado de 5.070 a 3.320 AP. Los estudios de dichas muestras han confirmado en cuanto a las plantas, algodón, calabazas (*Cucurbitas sp.*), cayhua (*Cyclanthera sp.*), mates, achira (*Canna sp. o Canna edulis Ker*), Begonia sp., Cucumis sp., Tillandsia, cuerdas de Fourcroya sp. y de juncos (*Cyperus o Cyperus spp.*). En los coprolitos destacaban como un componente dominante de la dieta las semillas de gramíneas (cariópsides de una especie de *Paspalum*), lo mismo que en los coprolitos de Paloma.

[108] La medición de C14 sobre un pedazo de caña de la choza XII, asignada al Pueblo B, arrojó la edad de 5.370 + 120 AP. (Donnan, ibid: 137).

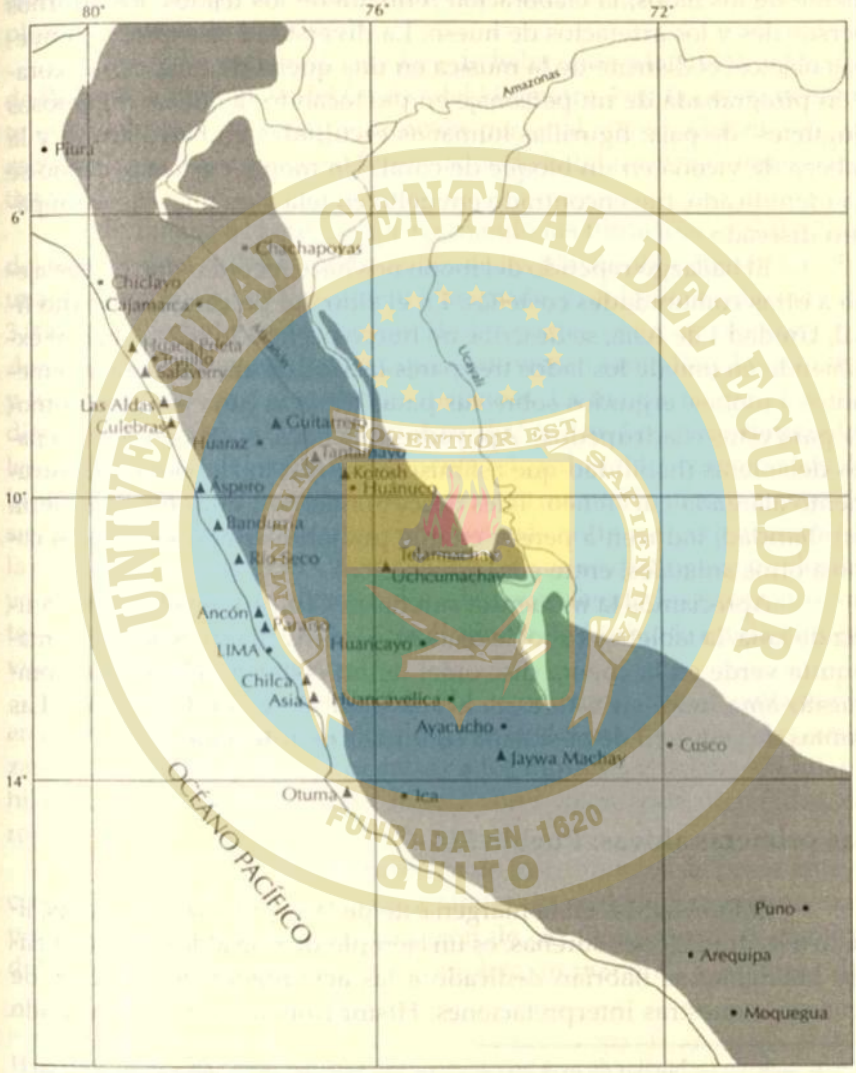


Lámina 7, Ubicación de los asentamientos de los agricultores incipientes en los Andes Centrales.

En los Pueblos B y C definidos por Engel, los adelantos culturales se notan en el esmerado tratamiento de los difuntos, particularmente de los niños; la elaboración refinada de los tejidos, los adornos personales y los artefactos de hueso. La diversidad se expresa en nuevos objetos: el disfrute de la música en una quena de caña con decoración pirograbada de un personaje en pie tocando la quena; ingeniosos "juguetes" de paja; figurillas humanas esculpidas en barro crudo y la cabeza de vicuña en un bloque de coral. Un mono, cuya especie no se ha identificado, fue encontrado envuelto en tela y en una estera un pájaro disecado.

El hallazgo repetido del mono nos hace recordar que no fue ajeno a otras comunidades costeñas. En el sitio del precerámico tardío final, Unidad 1 de Asia, se describe un hueso perforado para colgarse exhibiendo en uno de los lados tres pares incisos de animales muy semejantes a monos, erguidos sobre sus patas traseras (una posición cómoda para estos cuadrúpedos). Apoyado en la boca, sostienen con los patas delanteras (habilidad que asimismo poseen los monos) un instrumento alargado curvilíneo. Tales descubrimientos, que entrañan cierta familiaridad, inducen a pensar en que pudieron criar a los monos como a otros animales, entre ellos pájaros.[109]

Apreciamos la influencia sureña en Chilca 1, en el uso de la fibra de lana, la tableta y tubo de madera para insuflar narcóticos; la malaquita verde en la cuenta discoidal de un collar y del anzuelo compuesto amarrado, en este caso, a una pesa alargada de hueso.[110] Las puntas de proyectil de obsidiana continuaron utilizándose.

Las primeras aldeas: Pueblo 514

El Pueblo 514, en la margen este de la península de Paracas, ligado a las tradiciones sureñas, es un ejemplo de una aldea pequeña cuyos habitantes se habrían dedicado a las actividades de arrieraje, de acuerdo a nuestras interpretaciones. Históricamente estaría vinculado

[109] Nos sugieren las huellas de aves en cautiverio encontradas por Quilter (1985:291) en El Paraíso, un enorme sitio precerámico tardío final en el valle de Chillón. Fundamentando nuestra interpretación, asociamos las representaciones murales grabadas de pájaros a una de las estructuras del mismo complejo estudiada y reconstruida por Engel (1967: figs. 40, 44).

[110] Engel, 1988 a: 21-24, 34, fig. 65 a.

al Osario de Paracas, a unos cuantos kilómetros hacia el sur, por ciertos elementos culturales en común, observados en los fardos funerarios: esteras terminando en largos flecos anudados y prendas tejidas empleando tramas de algodón.[111]

No se ha registrado un área de habitación vinculada al Osario de Paracas, a diferencia del Osario del kilómetro 4 en Ilo, recientemente excavado por Wise (comunicación personal, 1966), ubicado en un asentamiento con espacios diferenciados de habitación, basurales y entierros.[112]

El Pueblo 514 surgió aprovechando las filtraciones resurgentes del líquido vital en las inmediaciones de las playas ahora desérticas. En una extensión arqueológicamente limpiada y delimitada de más de 3.000 m² se definieron los huecos de los postes (*Salix sp., Prosopis sp., Acacia sp., Gynerium sagittatum*), que sostuvieron ramadas y las paredes y techos de siete grandes chozas dispersas. La mayor medía 11 m. de diámetro y las seis restantes variaban de 5 a 7 m. Los pisos horizontales estaban a ras del suelo o levemente rebajados.[113] La permanencia de la aldea se extendió lo suficiente para enterrar por lo menos a ocho de sus miembros. Se encontraron entierros más antiguos pertenecientes a la ocupación anterior del Campamento 96, que se distinguen por los tejidos sin las tramas de algodón. La edad excediendo los 8.000 años antes del presente proviene de la medición de C14 sobre la estera que envuelve a uno de los muertos.[114]

Los moradores del Pueblo 514 accedieron a la malaquita verde en la forma de una cuenta esferoide, a la obsidiana y a camélidos, utilizaron además sus pieles para cubrir a los difuntos y la lana sin hilar e hilada, preparada en cuerdas e hilos a veces coloreados, no teñidos, de rojo.

Llama la atención la ausencia de instrumentos de pesca ante el consumo pronunciado de peces grandes, lo cual sugiere que no eran pescadores. Conservaban su tradición de caza empleando la estólica, de la que se ha recuperado una completa de madera[115] y hondas. Ha-

[111] Conocemos dos fechas de C14 de 5.020 + 120 y 5.175 + 200 AP. adjudicadas al Osario de Paracas y una de 5.890 + 145 AP. al Pueblo 514 (ver Engel, 1960; 1966c: 78; 31-32; 1987b; 56).

[112] Para mayor información del sitio, todavía en estudio, ver Wise, 1990.

[113] Engel, 1981: 32-38, figs. 52-90.

[114] 8.830 + 190 AP. (Engel, 1966c: 77).

[115] Engel, 1966b: fig. 19; 1981; 38.

bían puntas de proyectil en el sitio. Desafortunadamente son inciertas sus asociaciones.

Los hábitos alimenticios se orientaron a la ingestión de carne, básicamente de mamíferos marinos y terrestres (no sabemos si todos camélidos), complementada con tubérculos, semillas y las raíces o tallos de alguna especie de planta no identificada, hallados masticados.

La información es contradictoria a si hubo o no Phaseolus.[116] Aparte del algodón en los hilos de las tramas, se especifican mates, jiquima (*Pachyrrhizus sp.*) y yuca (*Manihot sp.*).[117]

Una serie de indicios nos encaminaron a interpretar que la población del Pueblo 514, compuesta por siete unidades familiares, estuvo comprometida con las actividades de acarreo, las que a su vez implicarían posesión de hatos de alpacas o de llamas. De las siete unidades familiares, una sería la principal y jefa por estar cobijada en la casa grande. Su localización en la aldea mirando a las demás, podría considerarse de preminencia.

Unidos a las actividades de acarreo, relacionamos a las canastas, las cajas de madera forradas de cuero, los paquetes formados por esteras conteniendo diversos objetos y las "rondelas" hechas de juncos preparados. Son éstos, aditamentos que se colocan encima de la cabeza para sostener y cargar bultos u otras cosas.

Deducimos la posesión de hatos de alpacas o de llamas en número reducido, por la presencia significativa de restos óseos y pieles, a través de los dos sectores adyacentes nominados A y B, que habrían servido de corrales o encierros transitorios. Según Engel (1981: 332) tuvieron algún cerco o valla, de cuero o estera, que dejó las huellas de una zanja delgada poco profunda. Se encontraron estacas en las cercanías de una de las chozas, entre las cuales una extraordinariamente mantenía las cuerdas amarradas, mudos testigos de que sujetaron algo: ¿qué, si no se trató de animales?, ¿camélidos? Conjeturamos que los innumerables hoyos,[118] mayormente los más grandes y superficiales desperdi-

[116] "Un grupo tal podría haber obtenido su algodón, jíquimas (camote) y **frijoles** del valle de Pisco" (Engel 1981: 33). "Primero debo aclarar que algodón y camote (*Pachyrrhizus sp.*) estaban presentes en toda la aldea 514, pero no encontré **frijoles**, usualmente asociados con algodón en los sitios de los primeros agricultores " (.: 38). La traducción y lo subrayado son nuestros. "Los residuos contenían algodón y pallares (Engel 1987b; 55). "Luego, limpiando las colcas, encontramos las vainas de pallares y frijoles". (op. cit.: 56).

[117] Engel, 1981: 36.

[118] Engel, ibid., figs. 55 a-c.

gados por todo el sitio fuera de las chozas pudieron ser comederos. En su interior depositarían los pastos para el mantenimiento de los camélidos. Siguiendo la misma línea de razonamiento, inferimos la disponibilidad de bebederos en el poblado, probablemente similares a los hoyos forrados de cuero que sobrevivieron al interior de la choza VIII. Para éstos Engel (ibid: 35) ha sugerido la función –plausible– de recipientes de agua. Ramadas, de las que solo quedan los huecos de los postes, protegieron de los rigores del clima la reserva de ciertos hoyos. Un argumento adicional descansa en los diversos trabajos de cuero, admitiendo conocimientos en la preparación de pieles. En los Andes centrales la experiencia les cupo a los cazadores y luego a los criadores de camélidos en las tierras altas.[119] La actividad planteada de arrieros presupone la crianza de camélidos y por ende saber cómo aparejar la piel del animal muerto, amén de las otras partes útiles, para fabricar utensilios del quehacer cotidiano.

Dentro del limitado pero sugerente inventario cultural, hemos reparado en unos singulares artefactos alargados de piedra con "figuras geométricas y zoomorfas" pintadas de rojo.[120] El animal ilustrado es indefinido. Por el contexto de los datos interpretados podría tratarse de un camélido. Los artefactos más parecidos que evocamos, aunque temporalmente posteriores, son los característicos bloques de piedra exhibiendo incuestionables camélidos grabados descubiertos en el sitio de Puripica-1 de la puna salada del norte de Chile. Como se indicó en el capítulo de los Andes meridionales, se hallaban asociados a evidencias de la crianza de camélidos y de contactos con el litoral Pacífico.

Concluimos preguntándonos, si no estamos en el Pueblo 514 frente a una de las comunidades emigradas de los medios altiplánicos castigados periódicamente por las inclemencias climáticas y asentadas en el litoral integrando una red de intermediarios, que habría funcionado principalmente en la región sur y que recorría determinados circuitos entre la costa y el interior. En la costa, los del Pueblo 514 intercambiarían con los pescadores y los residentes en los valles, presumiendo que no eran pescadores, tampoco agricultores, por la ausencia de instrumentos de pesca y por la ubicación inadecuada del sitio para el cultivo de plantas.

---

[119] Ver Lavallee *et al.*, 1995.

[120] Engel, 1987b: 56, fig. II - 3i, j. El subrayado es nuestro.

3. EL ALGODÓN Y EL ARTE TEXTIL DEL PRECERÁMICO FINAL

Es probable que, inicialmente, el algodón haya sido recolectado en estado silvestre para chupar el dulzor (azúcar) de sus cápsulas verdes, tomando la cita de Earle Smith por Bonavía (1982: 334). Descubrir sus propiedades fibrosas cuando se abren las cápsulas maduras, simplemente fue cuestión de tiempo en pueblos como los andinos, experimentados en preparar las fibras del líber de las plantas.

Paralelamente al aumento de la población, la demanda creciente de tejidos para cubrir las necesidades desde el nacimiento hasta la muerte, especialmente como ajuar en el viaje sin retorno, habría estimulado el cuidado y la reproducción del algodón, es decir, su cultivo. Esto pudo acontecer en más de un lugar de la costa donde prosperaría el algodón, afecto al clima cálido y a los terrenos arenoso-arcillosos de las riberas fluviales.

Todo parece indicar que la utilización de la fibra del algodón en la producción textil se produjo con relativa rapidez y de manera amplia, más o menos pronto de norte a sur. El orden temporal de su aparición en el proceso hace de esta materia prima un elemento cultural válido para demarcar el precerámico tardío final. División previamente reconocida por Engel (1963; 1964). El término del período es variable. Depende de la introducción de la cerámica, un fenómeno que en los Andes centrales no fue simultáneo, ni gradual y menos unilineal.

La importancia del algodón enlazado a la actividad textil en el precerámico final fue advertido por Lanning (1967: 61), quien declaró que "los artefactos más abundantes y distintivos de los sitios del período VI[121] –aquellos que dan carácter y definición al período como un todo– son los tejidos de algodón".[122]

Gracias a los minuciosos estudios de las colecciones del sitio de Huaca Prieta, en la margen norte del río Chicama, sabemos que los tejidos constituyeron los principales medios de expresión artística. La trascendencia de las informaciones reside en descubrir los antecedentes de motivos y conceptos de diseños plasmados posteriormente en otros medios. Uno de los primeros motivos identificados y divulgados, el cóndor macho con las alas desplegadas y una serpiente en el estóma-

[121] El período VI va de los 2.500 a 1.800-1500 a.C.
[122] La traducción es nuestra.

go"[123] es repetido en su configuración general en las representaciones convencionales de las falcónidas, consideradas tipológicamente tempranas en el desarrollo del espléndido arte lapidario grabado en el centro ceremonial de Chavín de Huantar.[124] Lumbreras (1993 : 174 - 175, lam. 49 - 415) describe e ilustra el mismo motivo, pero en una botella de cerámica, dentro de la iconografía "floral", segregada del conjunto alfarero hallado en la galería de las Ofrendas del susodicho monumento.

El diseño de animales anidando a otros, como el arriba referido cóndor de Huaca Prieta anidando a una serpiente, se reproduce en los tejidos artesanales actuales bolivianos de Potolo, que de modo asombroso han mantenido su antiquísima tradición andina. Gisbert y colaboradores (1987: 264 - 267) remontan el origen de la idea a los tejidos de Paracas mostrando figuras anidadas de animales.

Las creaciones de animales fantásticos que reúnen atributos de otras especies en los tejidos de Potolo, igualmente retroceden a los tiempos remotos del Precerámico final, cuando comienza a insinuarse el concepto de animales o seres monstruosos, combinan en una sola imagen, por ejemplo, al cangrejo y la serpiente,[125] de doble cabeza de acuerdo a Bird (1961: 301); o a la serpiente y un pájaro con dos cabezas.[126]

El tema de la serpiente como "pelos" o apéndices terminales de los personajes mitológicos Chavín[127] aparece elaboradamente junto a un motivo antropomorfo en la iconografía textil de La Galgada,[128] un sitio del interior contemporáneo con Huaca Prieta. Este tema y aquel serpentiforme de doble cabeza –ilustrado aislado o trabado– reconocible en los tejidos de La Galgada y la Unidad 1 de Asia[129] perduraron a lo largo de la trayectoria mitológica andina.

La simetría consistente en la repetición alterna invertida de imágenes trabadas mirando en direcciones opuestas, que es una de las características de la composición en bandas modulares del estilo Cha-

---

[123] Bird et al., 1985: 161-162, figs. 109-110.
[124] Rowe, 1973: 256, figs. 11-13.
[125] Bird *et al., ibid*: fig. 11-13.
[126] Grieder, 1988: fig. 130.
[127] Lumbreras, 1993: 151-153.
[128] Grieder, *ibid* : 173, 178 - 2179, figs. 140, 149-150.
Engel, 1963 : 32 - 33, figs. 35, 192; Grieder, *ibid:* fig. 144. En Huaca Prieta no es común el tema (Bird: fig. 101). La pieza de Asia 1 posee medidas considerables para su época (probablemente más de 1.06 m de ancho y cerca de 0.70 m de largo).
[129] Ver Rowe, *ibid:* 257-258.

vín,[130] también hunde sus raíces en los suelos del arte textil del Precerámico final.[131]

Con la fibra de algodón hilada se produjo una innovación tecnológica en la economía marítima. Aparecieron las redes de pescar que facilitaron la captura masiva de peces. Las redes de pescar como instrumentos de trabajo significaron en la producción marítima lo que los husos en la producción de tejidos hechos en telar.

En el cultivo del algodón apreciamos un proceso de retroacción (*feedback*) por el cual la demanda de la materia prima incentivó la producción agrícola de esta planta, la que a su vez en el campo vital de la alimentación incrementó la extracción de un recurso marino de muy alta calidad –los peces– para la nutrición de una germinante y activa población y no solo costeña. Dicho proceso incidiría en la especialización e ideas mágico-religiosas.

Lo singular en el desarrollo de la civilización andina es que la seguridad en el sustento la ocasionó una planta industrial: el algodón.

Discurriendo por derroteros entretejidos con hilos de algodón, ingresamos a discutir la temprana organización ceremonial de los espacios geográficos, castigados de tanto en tanto por desastres naturales, que afectan la despensa marina y terrestre de sus moradores, quienes, sin embargo, supieron salir adelante.

4. LAS ESTRUCTURAS PIRAMIDALES DE LA COSTA

En la costa central y norcentral se han registrado los primeros asentamientos en donde la organización social del espacio estuvo diferenciado. En sus confines se alzaron montículos piramidales truncados. Williams (1980: 401 - 404, fig. 2.1) ha hecho un compendioso análisis formal de este elemento básico de la infraestructura administrativo-religiosa de las antiguas sociedades andinas, la cual evolucionó a partir de formas simples como las de Bandurria, Río Seco del León y Áspero, a una diversidad muy amplia, incorporando en el trayecto, entre otras estructuras, a los pozos ceremoniales o plazas circulares hundidas.

---

[130] Huaca Prieta (Bird, 1963: lám. 5, fig. 7b; Bird et al., *ibid*: figs. 115-116, 120-122, 139).

[131] La Galgada (Grieder, *ibid*: figs. 130, 135, 139). Comparar algunos ejemplos en cerámica del estilo Chavín (Lumbreras, *ibid*: láms. 46-400a; 56-440a).

Los montículos ganaron altura mediante la construcción de un conjunto de cuartos interconectados a uno central que luego rellenaban. Así crecieron sucesivamente las plataformas.

El afán en Río Seco del León de decorar las paredes de los cuartos[132] para ser cubiertos, pues no habían huellas de uso, nos enseña que se cumplieron ciertas prescripciones en el levantamiento de esos edificios. En la cima dispusieron los elementos del culto. En Río Seco del León, bloques alargados de piedra se erguían parados.[133] Al pie del montículo de Bandurria encontramos uno caído.[134] En Aspero, en cambio, las excavaciones de Feldman (1985: figs. 2 - 4) descubrieron aposentos que se comunicaban. El ingreso era cada vez más restringido acercándonos a las piezas interiores centrales, distinguidas por detalles ornamentales y ofrendas escondidas.

En las pirámides de Áspero se introdujo una innovación en el relleno de los cuartos superiores. Consistía en grandes bolsas confeccionadas de "gramíneas" y juncos (*Cyperus sp., Typha sp.*).[135] La nueva técnica constructiva continuó hasta el Formativo en la costa central y norcentral.[136]

Por las medidas de capacidad más o menos uniformes de las bolsas en cada obra, interpretamos que la introducción de la técnica pudo representar una solución para organizar el acceso a las fuerzas productivas y calcular el tiempo demandado en la conclusión de las edificaciones. De acuerdo a las dimensiones del sistema de plataformas a rellenarse, se proyectaría el tamaño de las bolsas con sus respectivos contenidos. Teniéndolas como referencias físicas contables, resultaba más fácil determinar la cantidad de material y la fuerza de trabajo requerida para obtenerlo y transportarlo, confeccionar las bolsas y trabarlas, rellenándolas in situ con piedras o cascajo. Atendiendo la altura de las plataformas se apilaron los emparrillados o redes de bolsas colmadas.

Las bolsas de Áspero contenían de 25 a 50 kg; las de El Paraíso un promedio de 25.77 kg y las del altar de Los Gavilanes, hechas de *Scirpus americanus*, tenían la capacidad de 6 kg.[137] Falta información de

[132] Engel, 1957: 89-90, láms. XII-XIII; 1966b: fig. 25; 1987b: 72.
[133] Engel, 1957: lám. XIb ; 1987b: 72, fig. 119.
[134] Fung, 1991: fig. 119.
[135] Feldman, 1980: 48-49, 180.
[136] En Las Aldas un fragmento de bolsa fue fechado en 3580 + 130 AP. Argüimos (Fung, 1969:180), apoyándonos en los datos estratigráficos, que podría marcar el terminus *post quem* del Pre-cerámico en el sitio.
[137] Áspero (Moseley y Willey (1973: 460-461); El Paraíso (Quilter, 1985 : 295); Los Gavilanes (Bonavía, 1982: 266).

Las Aldas, Piedra Parada, Huaricanga, Mina Perdida y Huaca San José, estructuras públicas conocidas que incluyeron bolsas de relleno en la construcción de sus plataformas. Esta técnica constructiva merece un mayor estudio porque, según parece, resolvió satisfactoriamente la elevación de tan imponentes edificios.

Bandurria, Río Seco del León y Áspero son sitios próximos a la playa. En Bandurria se han reconocido dos ocupaciones precerámicas. La última, sin fechar, singularizada por una nueva población braquicéfala; piedras vestidas, una de las cuales acompañaba a un entierro de niño,[138] el mismo que fue encontrado dentro de una canasta, objeto generalmente poco común en los pueblos del Precerámico tardío de la costa central, norcentral y norte, pero frecuente entre las pertenencias de los recién llegados a Bandurria.[139] Para la primera ocupación tenemos cuatro fechas que van de los 4.500 a 4.300 AP.[140] Antigüedad que extendemos a Río Seco del León, cuyas dos mediciones corresponden a los montículos 1 (3.800 + 100 AP., estrato inferior) y 6 (3.740 + 100 AP, estrato superior).[141] La escasa diferencia aboga por la coetaneidad de ambos montículos. El inventario cultural de Río Seco del León es similar al de la primera ocupación de Bandurria.[142]

Wendt (1976: 56) explica la presencia en Río Seco del León de 5 ó 6 montículos separados. Uno de los dos más grandes, excavado, tenía un diámetro de cerca de 15 m y 3 m de alto.[143] "La superficie del montículo mayor no pasaba de 50 m^2".[144] En el corto tiempo dedicado íntegramente a los trabajos urgentes de salvamento de Bandurria, reconocimos un montículo visible en el límite noroeste del sitio. Restos de construcciones menores yacían cercanas a éste. Había un área con cimientos o muros bajos de piedra ubicada a unos 250 m del montículo.[145] Parcialmente la limpiamos en 1977. Las relaciones estratigráficas establecieron que esas estructuras pertenecían a la última ocupación.

---

[138] Fung, 1988: fig. 3.3.

[139] Una de estas canastas salvadas ha sido ilustrada con una leyenda que corresponde a una bolsa de relleno de Las Aldas (Fung, 1991: 124).

[140] 4.530 + 80, 4.480 + 70, 4.420 + 90 AP. (Fung, *ibid*: 95).

[141] Engel, 1958 : 3; Wendt, 1964 : 253. Las correcciones de las dos fechas las aproximaría a las de Bandurria.

[142] Ver Wendt, *ibid* : 260 - 275.

[143] Engel, 1957: 89.

[144] Engel, 1987b : 72.

[145] Ver Williams, 1980: 384, fig. 1.7a.

En Río Seco del León se descubrieron, integrados a las pirámides, pisos de barro horizontales encima de basura o arena limpia y ocasionalmente escalonados sorteando accidentes del terreno. Sus funciones no fueron determinadas. Podrían tratarse de aposentamientos transitorios de los peregrinos y prestadores de mano de obra para la construcción de los edificios sagrados o rezagos de construcciones permanentes desmanteladas. Sobre plataformas chatas de barro debajo de las cuales a veces asomaba un relleno de piedras, descansaban unidades domésticas. Las paredes de poca altura estaban orientadas casi exactamente este-oeste, norte-sur, igual que las de los cuartos terraplenados del montículo excavado. No había uniformidad en cuanto a los materiales empleados (piedra, adobe, barro compacto) ni en la conformación (paredes simples de una cara acabada recostadas en la basura o paredes dobles con basura en el medio).[146] Lanning (1967 : 69) afirma que una de estas unidades estudiadas en las inmediaciones del montículo mayor[147] pudo albergar a una familia extendida de 8 a 10 personas. Leyendo en la misma página aprendimos, que en la ocupación contemporánea de El Tanque, Ancón, una unidad residencial en parte excavada habría sido considerablemente más grande. De este sitio, a pesar de las múltiples intervenciones por diferentes arqueólogos, el conocimiento que tenemos es relativamente muy pobre. Creemos que allí existieron estructuras públicas importantes y hoy, con toda probabilidad, desaparecidas.

El Áspero, formalmente, es más evolucionado en la ocupación diferenciada del espacio, por lo que William (1980: 384) ha calificado el asentamiento como ejemplo de urbanismo temprano de gran complejidad. De mayor extensión, cubre una superficie de unas 13 hectáreas.[148] Moseley y Willey (ibid : 459-460) reconocieron seis montículos piramidales con alturas artificiales hasta de más de 4 m y 11 elevaciones estructurales menos prominentes. Una de ellas fue excavada en 1941por Willey y Corbett (1954: 25-29). Debajo del piso recuperaron las famosas 49 tusas de maíz. Las ideas dominantes de la época rechazaron que fuesen precerámicas y peor aún relacionadas con arquitectura monumental, confinada al denominado período Cultista equivalente a Chavín. Construcciones como la excavada pudieron ser las moradas de quienes

[146] Wendt, 1976: 25.
[147] Ver Wendt, 1964: plano 1.
[148] Moseley y Willey, *ibid.* : 456.

atendían las actividades de las huacas y en los "altares" en su interior cumplirse los ritos cotidianos del círculo familiar. En contraste, en la margen norte nivelaron las faldas de la colina para formar andenes sin muros de contención.[149] En la superficie se habrían levantado las viviendas precarias de la gente del común.

Distribuidos en el sitio se ven numerosos hoyos ovalados forrados con piedras, de aproximadamente 1 m de ancho por 1 a 2 m de largo y 1 m de profundidad.[150] Tal vez sirvieron de depósitos. Un asentamiento de la complejidad de Áspero necesitó de éstos para almacenar alimentos y otros artículos a fin de distribuirlos durante el tiempo que la gente estuvo comprometida con los trabajos comunales y en las concentraciones convocadas por los cultos. Estructuralmente son parecidos a los de Los Gavilanes e igualmente tardíos en la ocupación del sitio. Están hundidos en basura anterior. La población de Los Gavilanes construyó un sistema de depósitos en los arenales al norte del valle de Huarmey, en donde almacenaron sus cosechas de maxíz.[151] En Áspero no se ha establecido claramente la asociación del maíz con los supuestos depósitos, pero es probable –si coexistieron– la utilización de los hoyos para acopiarlo. Se requiere la comprobación arqueológica.

Cuatro de los montículos piramidales de Áspero se agrupan en pares dispuestos en ángulos rectos[152] y están integrados a terrazas alineadas, plazas y unidades rectangulares de cuartos aglomerados. Encima de las terrazas se encuentran grandes piedras traídas de otra parte, algunas de casi una tonelada.[153] Williams (ibid : 305, 396) visualiza conformando barrios –noroeste y sureste respectivamente– a los dos conjuntos presididos por las pirámides. Esta organización espacial plantea, que podemos estar ante una división social-ceremonial dual. Toca a los entendidos e interesados esclarecer la sugerencia.

En Áspero se anticipan ciertas formas arquitectónicas.[154] La plaza rectangular hundida en estado incipiente y la configuración en U de la pirámide aislada 3. Su descripción se acerca a la de Las Aldas: el acceso central hacia la cima a través de la plataforma fundamental flanqueada por encumbramientos bajos.

---

[149] *Op. cit.*: 458.
[150] Feldman, *ibid*: 39; Moseley y Willey, *ibid:* 456-457.
[151] Bonavía, *ibid*: Bonavía y Grobman, 1979.
[152] Ver Feldman, *ibid*: 33-37, fig. 7; Moseley, 1975: fig.6.1.
[153] Moseley, *ibid*: 83.
[154] Moseley, *idem;* Moseley y Willey, *ibid*: 461.

La evidencia de piedras grandes y largas asociadas a los montículos piramidales y la de la piedra vestida de Bandurria en un contexto ritual funerario[155] constituyen una revelación de que los conceptos de "perennización" y "sacralización" conferidos a la huaca "piedra oblonga y empinada cuya forma y tamaño varía",[156] adorada y mochada en el antiguo sistema de cultos de huaris y llacuaces (provincias de Huaylas y Cajatambo) estudiados por Duviols (1973) en las visitas de idolatrías del siglo 17, retroceden a los tiempos remotos del Precerámico tardío final de la costa central y norcentral. En sus ámbitos emergieron las primeras huacas y huancas, que se tienen noticias del acervo ceremonial andino.

En el ordenamiento vigilante de las huacas en las pirámides, creemos ver agregadas las funciones de controlar el tiempo siguiendo el recorrido diario del Sol. Un dato significativo en el estudio de Duviols (ibid : 164) abonaría la interpretación. La "faz principal" de las huancas, representantes divinizadas de los héroes en el "mundo intermedio" –la superficie de la tierra–está vuelta hacía el lado de donde sale el Sol en el mundo de arriba".[157] La observación y el entendimiento de las sombras solares trasladándose de un punto a otro proyectadas por las piedras paradas inmóviles -un hecho que no nos llama la atención ahora- habría sido un descubrimiento sensacional para la época y el manejo de ese conocimiento una fuente engendradora de poder. Al respecto, no resulta difícil imaginar la pertenencia sobrenatural que adquirirían las huancas.

En la disposición de las huancas percibimos un avance en Áspero, en función de consolidar mecanismos teocráticos de gobierno. Las huancas ya no están en la cima de las huacas cuales señas de indiscutible primacía. Ocupan el lugar los recintos en donde los sacerdotes, servidores principales de las huacas y huancas, celebraban ceremonias ocultas. Las huancas fueron acomodadas al pie en las terrazas. En tér-

[155] La piedra se hallaba envuelta en un tejido entrelazado (*twine*) ralo de algodón y una pequeña canasta coronaba a modo de sombrero la parte superior estrechada. Duviols (1973: 170) discute cómo Tumayricapac "progenitor de linajes, fundador del señorío y huaca principal de los yaros" "se había convertido en *piedra* y estaba *'a manera de indio bestido'*, citando a Cristóbal de Albornoz. Otras citas: 'se quebró una guaca grande a manera de un *cuerpo amortajado*". Les mostraron una guaca grande de piedra de estatura de una persona y parecia que la piedra tenía sombrero en la cabeza.' (op. cit. 163). El resaltado es nuestro.

[156] Duviols, *ibid*: 163.

[157] El resaltado es nuestro.

minos eclesiásticos significó, a nuestro entender, el enseñoramiento del sacerdocio sobre las huancas, los héroes ancestrales culturales petrificados, cabezas o fundadores de linajes.[158] Una huaca al reunir varias huancas se convertía en cabeza de cabezas de linajes y en virtud de ello el sacerdocio, por estar a cargo de las huacas, habría tenido, mediante su mediación terrenal con las divinidades, ascendencia en los linajes de la jurisdicción. La demostración de este poder integrador manejado por el sacerdocio, a través de dioses de aspectos amedrentadores que después se encargó de crear, la ofrece una huaca que alcanzó enorme prestigio y fue como la "Roma y Jerusalem"[159] de los cristianos: Chavín de Huantar en la sierra de los Conchucos, Ancash.

Moseley (1975: 94-95) cautelosamente ha sugerido, que las variaciones entre huacas grandes y versiones más pequeñas pudieron deberse a diferencias funcionales y responderían "a un patrón jerarquizado en donde cada miembro importante tendría acceso a un altar o plataforma para fines de culto".[160] Los referidos informes de idolatrías dejan conocer aunque de modo insuficiente –pero para nosotros claves valiosas– el ordenamiento de las huacas en un "sistema jerárquico de prestigio"; las relaciones de jerarquía con la comunidad o "clientela cultura" dependían de "conexiones económico-socio-familiares", que como manifiesta Duviols (*ibid*: 171), "dada la pobreza de nuestra documentación , no podemos sino apenas vislumbrar".

En una síntesis anterior[161] partiendo de la sugerencia de Moseley y sin mediar los estudios pertinentes de Duviols planteamos, y aquí nos rectificamos, que la jerarquía de cultos representados por las huacas estaría en proporción a la capacidad de una minoría privilegiada –el sacerdote– de disponer de un excedente de producción, incluida la fuerza de trabajo de la mayoría, quien seguramente la ofrecía confiada de contentar a las divinidades. Consolidada esa minoría, cuyos signos se pueden reconocer en Áspero,[162] se iniciaría la lucha por el prestigio astronómico -mágico- religioso ligado al poder social, económico y político, que en el acontecer de la historia andina se midió por la capta-

---

[158] Ver Duviols, *ibid.*

[159] Vázquez de Espinosa, 1942: 458.

[160] La traducción es nuestra.

[161] Fung, 1988.

[162] En los recintos ceremoniales en la cumbre de las pirámides no solo se encontraron ofrendas, también entierros de quienes serían miembros privilegiados de la familia sacerdotal (ver Feldman, *ibid.* 114-122).

ción de mano de obra suficiente para realizar empresas cada vez más impresionantes, las cuales traían consigo mayor incremento de prestigio y por ende de poder. Los documentos de idolatrías relatan cómo dos ídolos o huancas representando a dos linajes huaris, oriundos de los llanos, entablan una contienda de quién tenía mayor poder para construir puquios.[163] En el contexto agrícola del relato se trataría de obras de riego. Esta lucha constante por el prestigio y el poder habría sido el motor generador del proceso de desarrollo dialéctico de la disgregación de unos cultos, en favor de la hegemonía o la unificación de otros. Una condición que explicaría la expansión de determinados sistemas de culto, reflejados en la demarcación territorial de ciertas formas grandiosas de arquitectura "religiosa", junto a los símbolos del credo transformados en exquisitas obras de arte. Es así como finalizando el Precerámico el paisaje peruano se fue poblando de diversos centros ceremoniales. Estuvimos equivocados desde nuestra corta perspectiva del potencial en el cosmos mítico y ceremonial andino, al considerar estos monumentos "costosos e inútiles en términos de retribución de beneficios sociales".[164] Sin duda, su crecimiento, al actuar como elemento integrador de las unidades étnicas o linajes traspasando los lazos sanguíneos hacia el origen común cívico-divino, lo cual condujo a los pueblos de los Andes a los niveles muy altos de civilización, con todos los bienes y adelantos que ella implicó.

5. LA TRADICIÓN ARQUITECTÓNICA MITO DEL INTERIOR

El nombre de la tradición Mito o Kotosh Mito deviene de aquellas edificaciones singulares de piedra que, por primera vez, fueron encontradas debajo de la primera ocupación con cerámica denominada Kotosh Wairajirca en el sitio de Kotosh, Huánuco, sobre la margen sur del río Higueras, un afluente del Huallaga que con el Marañón son ejes fluviales de la cuenca del Amazonas. En la misma zona, estas construcciones se identificaron en los sitios de Shillacoto, Wairajirca, Warampayloma y fundo Esperanza;[165] a los que se suman La Galgada en la ri-

[163] Duviols, *ibid*: 159-160.
[164] Fung, 1991: 160-161.
[165] Izumi y Terada, 1972 : 304; Izumi, Cuculiza y Kano, 1972; Kano, 1972; 1975; Onuki, 1994: 82-84.

bera este del río Tablachaca, provincia de Pallasca, Ancash[166] y Piruru en la ribera oeste del río Tantamayo,[167] tributario del Marañón.

Los rasgos comunes de los recintos de la tradición Mito, calificados de "templos" en Kotosh y "cámaras rituales" en La Galgada son: un hogar o fogón cilíndrico cuidadosamente construido y mantenido dentro de un poyo perimétrico o piso dividido en dos niveles,[168] aireado por uno o más ductos estrechos subterráneos; un solo ingreso y nichos en los muros interiores.[169] El patrón arquitectónico presenta particularidades en cada sitio.

Los recintos construidos sobre plataformas artificiales levantadas se disponen en dos lugares que, con el paso del tiempo, adquirieron la forma de dos montículos, uno mayor en tamaño y elevación-Montículo Norte en La Galgada y KT en Kotosh, también al norte.[170] Es probable que esta disposición tenga relación con la dirección del curso del río adyacente: aguas arriba y aguas abajo. La recurrencia resulta inspiradora para la propuesta de dos agrupaciones sociales, jerárquicas, asimétricas y complementarias. Definiciones tomadas de Urton (1994) en un discurso alusivo al sistema dual de mitades y la actividad ceremonial en el mundo andino.

En La Galgada se edificaron recintos en el espacio entre ambos montículos. Uno de ellos "presumiblemente el más antiguo" fue fechado en 3.820 + 100 AP.[171] Edad en la que el Montículo Sur despuntaba,[172] pero el del Norte le llevaba la delantera con unos 13 m de construcciones remodeladas, cubiertas y superpuestas. Tal actividad se efectuó a un ritmo acelerado de acuerdo a la lectura interpretativa de la serie de fechas de C14.[173] El Montículo Sur muestra rasgos propios como el en-

[166] Grieder y Bueno Mendoza, 1981, 1985; Grieder et al., 1988.

[167] Bonnier, 1983, 1988; Bonnier et al., 1985; Bonnier y Rozenberg, 1988.

[168] En algunos de los recintos antiguos de La Galgada, los cuales son más pequeños, el piso no fue dividido y si lo estuvo el desnivel era corto (20 a 25 cm de altura). Un recinto de 2 x 2.20 m del Montículo Sur, sin ser de los primeros, no tenía el poyo perimétrico debido seguramente a su tamaño. Por lo demás, los otros elementos están presentes en todos (Grieder et al., *ibid:* 27, 50, 58).

[169] En Kotosh, los ingresos se dirigían a los puntos cardinales norte o sur y en La Galgada norte u oeste. La orientación regular al norte y sur magnéticos con precisiones sorprendentes debió basarse en observaciones astronómicas. Las paredes de ciertos recintos de Kotos carecían de nichos (Izumi y Terada, *ibid:* 163).

[170] Izumi y Terada, *ibid:* fig. 2.

[171] Grieder et al., *ibid*: 27, figs. 14, 23-24.

[172] La correlación descansa en la medición de 3.820 ± 60 AP. sobre el contenido del fogón de uno de los primeros recintos del Montículo Sur (*op. cit.*, cuadro 2).

[173] *Op. cit.*: 68-70.

lucido de arcilla amarilla en las superficies interiores de dos recintos, distinguiéndose del común de color blanco, y los recintos rectangulares funcionando al lado de los subcirculares típicos del sitio.[174] Los recintos rectangulares y el enlucido de arcilla amarilla son característicos de Kotosh, en donde, a su vez, el acabado de color blanco en un par de recintos del Montículo KT resulta una novedad.[175] Uno de ellos, el llamado Templo Blanco y el ER-28, dos recintos tempranos, asimismo comparten con los de La Galgada el piso a desnivel de corta altura y por consiguiente la ausencia de los nichitos debajo del poyo, frecuentes en Kotosh, especialmente en los recintos de los estratos superiores; en ninguna ocasión, que se sepa, en La Galgada.

Los datos arriba declarados propugnan, que en el Montículo Sur algunas unidades socio–familiares y una de importancia por estar ligada a uno de los recintos centrales mayores, el de la "Cámara Cuadrada", mantuvieron las expresiones de sus raíces foráneas, revelando que el crecimiento del montículo fue en cierta manera independiente de su impresionante vecino norteño, fiel exponente de los orígenes locales.[176]

Comparativamente, es escasa la información concerniente al Montículo Sur KM de Kotosh, lo que hace difícil contrastar los sucesos de los dos montículos. Tenemos la impresión de que siguieron el mismo curso de La Galgada. La diferencia estriba en que ambos montículos patentizan huellas de influencias extrañas. Para KM se ha descrito el enlucido de arcilla verde claro cubierto seguidamente de blanco en un recinto. Los dos colores son excepcionales.

Avanzando a los niveles superiores el espacio ocupado por los recintos empezó a diferenciarse, se hicieron más grandes y coexistieron con recintos de dimensiones menores. Anteriormente los recintos contemporáneos eran más o menos de igual tamaño. En La Galgada, el piso 30 o quizás antes marca la desigualdad. Un recinto grande se dispone al centro y a los lados otros menores. En un caso, la dependencia se constata ingresando a uno menor por el recinto principal.[177]

El Templo de las Manos Cruzadas y encima de éste el Templo de los Nichitos son los recintos mayores descubiertos en Kotosh. Aquí

---

[174] *Op. cit.*: 50-53, 198.
[175] Izumi y Terada, *ibid*: 158-159, 286.
[176] Grieder *et al.*, *ibid*: 198.
[177] Grieder y Bueno Mendoza, 1985: 100, fig. 10; Grieder *et al.*, *ibid*: 35 - 37, fig. 38.



Foto 7, Vista del conjunto del "Templo de las Manos Cruzadas", fase Mito, IV-III milenio a.C. Fotosh, Huánuco.

la diferenciación se produce en la ubicación sobre las plataformas. Los recintos mayores están en las plataformas superiores y los menores en las inferiores.[178] Los detalles constructivos y las representaciones pintadas y en relieve, posiblemente los símbolos de la unidad socio familiar o linaje,[179] apuntan a que el Templo de las Manos Cruzadas era de muy alta estima. Cuidadosamente fue sepultado llenándolo hasta donde empezaría el techo (altura máxima de las paredes 2.85 m), ejecutando determinados pasos casi rituales, que llevaron a su descubridor, Tsugio Matsuzawa, a calificar el procedimiento de "enterramiento de templo".[180] Los demas recintos parcialmente fueron demolidos, salvo el Templo Blanco.

Se describen en el Montículo KT dos recintos sin cercar.[181] Si funcionaron debieron hacerlo como recintos abiertos y si carecieron de

[178] Izumi y Terada, *ibid*: figs. 101-102.
[179] *Idem*: 154. Una figura (¿animal?) pintada de blanco. Dos pares de antebrazos en relieve: oeste, mano derecha sobre la izquierda, de hombre; este, mano izquierda sobre la derecha, mujer.
[180] *Idem*: 176.
[181] *Idem*: 146, 161-162.

techumbre sería por tiempo limitado en la estación sin lluvias. Ostentan los demás rasgos asignados a la tradición arquitectónica Mito, hechos que los distinguen de las estructuras con fogón de la fase precerámica Chaukayán del sitio de Huaricoto en el Callejón de Huaylas, Ancash, al este del río Santa.[182] Es una de las razones esgrimidas para no asentir en englobar bajo la denominada "tradición religiosa Kotosh" a las estructuras de la tradición Mito y las misceláneas como las de Huaricoto, Los Gavilanes en Huarmey y[183] Unidad I de El Paraíso en el Chillón,[184] Huaynuná en Casma[185] y los "altares" ejemplificados en el sitio del sur, Asana en la sierra del Osmore.[186]

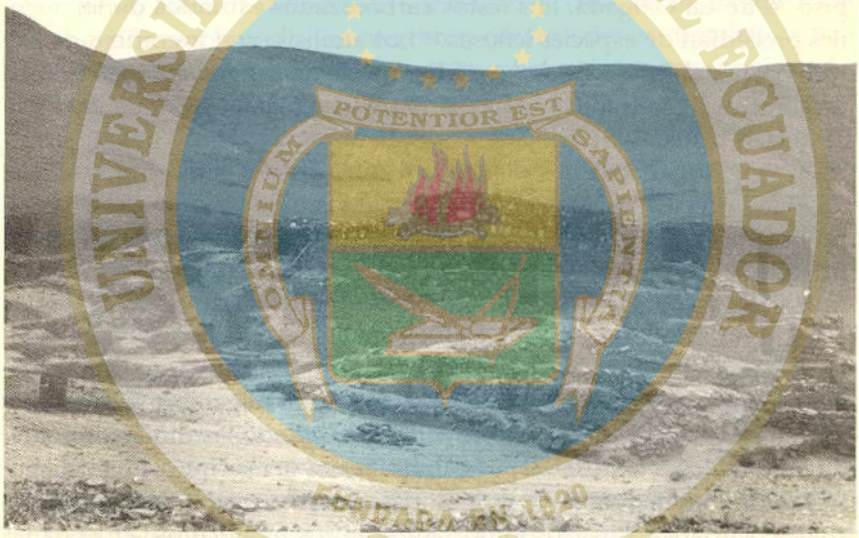


Foto 8, Templo pre-cerámico de El Paraisa, Chuquitanta, Lima, II milenio a.C.

[182] Burger y Salazar Burger, 1980 ; 1985.
[183] Bonavía, 1982: 63-65, 273.
[184] Engel, 1966a.
[185] Pozorski, T. y Pozorski, S., 1990; Pozorski, S. y Pozorski, T., 1992. Ellos describen para el valle otras interesantes estructuras de fogones con o sin ductos de ventilación del Formativo, a las que añaden un ejemplar de Montegrande, Jequetepeque (Tellembach 1986: lám. 144). Son consideradas variantes costeñas inspiradas en los prototipos de la tradición Mito (Pozorski , T. y Pozorski, S., 1994: 60-62, 67).
[186] Aldenderfer, 1990 a,b.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1920
QUITO

El fogón como elemento en común no significa que en todas aquellas estructuras y las por descubrirse se efectuaron actividades similares, acompañadas de los mismos rituales, persiguiendo iguales fines u objetivos y en acatamiento de conceptos ideológicos afines o compartidos. Notemos, por ejemplo, la mención de ofrecimientos de carne en los fogones de Huaricoto.[187] En un momento se divulgó la imagen de participantes derramando copiosas lágrimas por el humo picante de los ajíes incinerados en los fogones de La Galgada.[188] Condición que, de haber sido cierta, resultaría menos dramática en recintos abiertos tipo Los Gavilanes, en los que se debieron quemar suficientes cantidades de *Capsicum sp.* Smith (1988: 141) ha confirmado que "únicamente una semilla de una especie de *Solanum*" se halló en el fogón de un recinto del piso 30 de La Galgada. Los restos carbonizados extraídos de los fogones procedían de especies leñosas.[189] Los análisis espodográficos de Kotosh han establecido *Equisetum*.[190] De suerte que en los fogones de esos dos centros de la tradición Mito se quemaron plantas combustibles. No se tienen pruebas de la incineración de ofrendas.

La organización social de la tradición Mito la inferimos reflejada a dos niveles interactuantes. 1) El de las unidades familiares comprometidas en la construcción de los recintos y las sesiones celebradas privadamente en sus interiores.[191] Los lazos consanguíneos se afianzarían a través de prestaciones recíprocas, participando de las distintas etapas en las renovaciones constantes de los recintos, sea demoliéndolos, enterrándolos o remodelándolos como en La Galgada, para su conversión en tumbas. Las unidades familiares con raigambre locales y foráneas eran pequeñas en los comienzos, juzgando las dimensiones reducidas de los recintos. Después, unas crecieron más que otras y dispusieron de mayor fuerza de trabajo para levantar recintos grandes, los cuales ocupaban espacios importantes en los montículos. 2) El de las entidades corporativas encargadas de la infraestructura y funcionamiento de los montículos. Por el crecimiento continuado de los dos montículos y no obstante la predominancia del Montículo Norte en di-

[187] Burger y Salazar Burger, 1980: 28, 31.
[188] Grieder y Bueno Mendoza, 1985: 107.
[189] Smith, 1988: 146.
[190] Matsutsani, 1972: 322. Smith (*Ibid*: 147) ha identificado Equisetum en una muestra de La Galgada.
[191] En Kotosh un hueco de poste a los costados exteriores de los ingresos advierte que éstos se cubrieron (Izumi y Terada, *ibid*: 91-93).

mensiones y elementos arquitectónicos,[192] se deduce que cada agrupación social mantenía su respectiva independencia, aunque debieron actuar interconectadamente porque de no convenir habrían puesto en peligro su propia supervivencia y desarrollo, atentando contra la sociedad que ellas constituían. Pensamos que para afianzar la unidad social celebrarían ceremonias de carácter público y colectivo, pero carecemos de indicios que las insinúen. Quizás el gran pozo frente al Montículo Norte de La Galgada, del que nos ocuparemos más adelante, representa tales indicios.

La organización social de La Galgada se desmoronó cuando un nuevo ordenamiento político -religioso ajeno a la división dual, personificado por una estructura ceremonial en U, se asentó en la cúspide del Montículo Norte. El Montículo Sur quedó de lado, las excavaciones arqueológicas en Kotosh desenterraron construcciones domésticas de la fase Kotosh Wayrajirca, superpuestas a los recintos ceremoniales Kotosh Mito. Con la llegada de las nuevas costumbres e ideas, el uso de la cerámica se propagó junto a otras innovaciones culturales, esto tuvo lugar entre 3.600 y 3.500 AP. en La Galgada[193] y más o menos al mismo tiempo en Kotosh.[194] Los dos conjuntos alfareros muestran diferencias estilísticas que plantean orígenes separados.

La explotación de recursos que sostuvo el desarrollo de la organización social de la tradición Mito denota variación geográfica. La gente de Kotosh habría practicado la agricultura, pero no se recuperaron remanentes de plantas cultivadas. Los pocos testimonios de hachas de piedra, que incorporan de perfil en "T" rudimentarias, indicarían los intentos de una agricultura de roza. Criaron cuyes (*Cavia porcellus*) cuyo consumo dejó abundantes residuos. La caza tenía importancia pues se observa la frecuente presencia de puntas de proyectil y el predominio de restos óseos de cérvidos sobre los de camélidos.[195] Actividad que puso al alcance material para su transformación en numerosas piezas de huesos trabajados. Resaltan los tupos por el número, excelente hechura y sentido del embellecimiento. Uno de estos fue depositado acompañado de objetos de arcilla cruda en un nicho del Templo Blan-

[192] En La Galgada los paramentos exteriores del Montículo Norte exhiben arreglos elaborados de piedras cortadas, frisos de nichos y piedras voladizas a manera de ménsulas.

[193] Las fechas de C14 de 3.660 + 80, 3.670 + 70 y 3.590 + 75 AP. marcarían la introducción de la cerámica en La Galgada (Grieder, 1988 : 185).

[194] Para la discusión cronológica de Kotosh Wairajirca ver Izumi y Terada, *ibid*: 308.

[195] Izumi y Terada, *ibid*: 249 - 260, láms. 52: 9 - 28; 54: 1; 143 - 146; Wing, 1988: 327- 354.

co.[196] Las conchas marinas y especies tropicales –*Serrasulmus sp.* (piraña) y *Corona sp.* (caracol grande de árbol)– testifican los contactos con las otras regiones.

En La Galgada no se han registrado evidencias de la caza, pero sí de plantas cultivadas bajo riego como el algodón. Dada la prodigalidad de los rezagos, Smith (ibid: 133 - 138) cree que pudo intercambiarse en la forma de productos terminados. Lo que fuere, la población necesitaba de algún excedente para intercambiarlo por productos no accesibles en su territorio o a sus actividades acostumbradas. Saltan a la vista las cuentas de turquesa usadas en los adornos personales y decoración de los tupos y el material óseo para la fabricación; las cuentas de piedras exóticas y las conchas del Pacífico en estado natural o trabajadas, entre ellas *Strombus* y *Spondylus*.

Comparando la lista botánica de La Galgada –si bien las muestras proceden de los recintos y no de ocupaciones domésticas– y las de otros sitios de la época, notamos el ingreso dispar de las plantas a una dieta vegetal progresivamente enriquecida en cuanto cantidad y variedad. El maíz es una de esas plantas. En La Galgada se presenta con el maní (*Arachis hypogaea*) en los estratos superiores conteniendo cerámica igual que en Huaca Prieta. Bonavía (1982: 346 - 384), quien ha hecho una síntesis de la aparición cronológica del maíz, afirma que ocurre en los niveles del Precerámico final de Los Gavilanes, Áspero, Culebras y Las Aldas; a los que se agrega el Sitio 37 estudiado por Uceda (1987: 23; 1992 : 49), al sur del valle de Casma, asociado a una fecha de C14 de 6.070 + 70 AP. En Las Aldas nuestras excavaciones no registraron maíz[197] y tampoco las posteriores de los Pozorski (1987).

La presencia esporádica del maíz, pese a su temprana domesticación en la sierra del callejón de Huaylas, denuncia el comportamiento de un cultivo que lentamente se fue adentrando en el consumo de carbohidratos de los pobladores. El retraso y la influencia en La Galgada y los sitios de la costa pudo deberse a que los sembríos de algodón eran prioritarios en las limitadas tierras planas inundables de los valles o bajo sistemas todavía incipientes de regadío. Es más, los pequeños maíces primitivos resultarían poco atrayentes ante cultivos de mayor rendimiento como las calabazas, pallares y fríjoles.

---

[196] Izumi y Terada, *ibid* : 265 - 266, láms. 64b; 154: 9 - 38.
[197] Tung, 1969.

Las especies de calabazas identificadas responden a *Cucurbita maxima, C. moschata* y *C. ficifolia.* Los de La Galgada consumieron las dos primeras. Los mates cultivados, especialmente para fines utilitarios, son comunes. Entre las leguminosas están los pallares y los fríjoles (*Canavalia sp., Phaseolus vulgaris*). El pacay (*Inga sp.*) se degustó al lado de otras frutas; Psidium guayaba, ciruelo del fraile (*Bunchosia armeniaca*), lúcuma (*Pouteria sp.*), palta (*Persea americana*) y *Passiflora spp.*[198]

Fuera de la achira (*Canna edulis*) de amplia dispersión, Smith (ibid: 145) se muestra sorprendido de la ausencia en La Galgada de otras fuentes principales de carbohidratos: papa (*Solanum tuberosum*), camote (*Ipomea batata*) y yuca (*manihot esculenta*).

6. ESTRUCTURAS CIRCULARES HUNDIDAS

Gradualmente se va esclareciendo la historia de estas estructuras que evolucionaron hasta alcanzar extraordinarias dimensiones (80 y 50 m de diámetro) en Sechin Alto[199] y elaboración en Chavín de Huantar.[200] Su diseminación cubre la costa y en el interior generalmente los pisos medios hasta el comienzo de los cañones interandinos de la vertiente hidrográfica occidental. Se las localiza desde el norte en el sitio J24.1 del valle de Jequetepeque y en Salitre, valle de Mala , en el sur.[201] El área de mayor concentración es la norcentral: valles de Supe, Pativilca, Fortaleza, Huarmey y Casma.

Uno de los primeros en reconocerlas fue Kosok (1965: 194, 221 - 225), en las fotografías aéreas que publicó de los valles de Supe y Santa; pero como han señalado los Pozorski (1990: 487), Engel se había adelantado ilustrando en 1957 un ejemplar en el plano de Las Aldas. El arquitecto Williams (1972; 1980: 404 - 410, fig. 2.2; 1985) ha formulado una tipología, al estudiar las características arquitectónicas mediante el examen de las fotografías aéreas y acudiendo al lugar de muchas de ellas. Su concienzudo reconocimiento del valle de Supe constituye la base de los trabajos arqueológicos que hoy se llevan a cabo en la zona.[202]

---

[198] Sus frutos más conocidos, la granadilla (*Passiflora ligularis*) y el tumbo (*Passiflora mollissima y P. quadrangularis*). Weberbauer, *ibid*: 620.
[199] Fung y Williams, 1979: 112 - 116 ; Williams, 1980: 428.
[200] Lumbreras, 1974; 1977.
[201] Ravines, 1985: 223; Williams, 1985: 233.
[202] Wllliams y Merino, 1979.

Estructuras circulares hundidas anteriores al Precerámico con algodón se desconocen hasta el momento. En las lomas de la Paloma, cerca a la Aldea 613, se descubrió una edificación solitaria semisubterránea, no doméstica, de piedras. Tenía forma cuadrangular, las esquinas redondeadas y dos ingresos de gradas opuestos. Las mediciones radiocarbónicas sobre un entierro hallado en su interior dieron los resultados de 4.120 + 200 y 3.910 + 120 AP.[203] Genéricamente comparte la concepción de la arquitectura de los pozos ceremoniales. En consecuencia, nos atrevemos a proponer que éstos se habrían desarrollado en construcciones comunales sencillas como la descrita.

Engel (1987b: 63, 64, fig. II 5a, b) ilustra, para las lomas de Huarangal, en Chilca, una estructura de forma circular entre sus denominadas "kiwas". Pertenecería a los comienzos del Precerámico con algodón. Apoyándonos en la inferencia de que los pozos no integrados a composiciones arquitectónicas serían tempranos, sugerimos que habríanse originado como elementos funcionales independientes en las tierras del interior (aquellos pisos medios antes referidos). De allí se dispersarían hacia la costa. Pensábamos[204] y seguimos haciéndolo, que este planteamiento explicaría mejor las variaciones de sus incorporaciones a patrones arquitectónicos ceremoniales locales en vez de una difusión de sur hacía la costa norte[205] o viceversa.[206]

La estructura semicircular hundida de La Galgada, conformada por grandes cantos rodados, yace al noroeste sin estar alineada con el eje del Montículo Norte,[207] lo que podría significar que originalmente no formaba parte de la composición. No hay evidencias de otra estructura semejante anexa al Montículo Sur. A propósito, resulta sugerente la noticia de Engel (ibid: 63) aunque lamentablemente vaga: "He observado pueblos grandes subdivididos en dos barrios, cada uno con su kiwa; sería un indicio de que existió, quizá muy tempranamente el sistema social dual; en este caso, cada kiwa correspondería a una 'moiety'". Para los recintos más antiguos de La Galgada emplearon cantos rodados. Este elemento constructivo en común correlacionaría a ambas clases de edificios. De ser cierto, el pozo ceremonial se construyó en algún

[203] Engel, 1980: 106, figs. 74-75.
[204] Fung, 1988: 81.
[205] Pozorski, S. y Pozorski, T., 1977: 57-58.
[206] Williams, 1980: 397.
[207] Grieder et al., *ibid:* 24, 7, figs. 19-20.

momento entre 4.100 y 3.700 AP.[208] El diámetro del pozo de La Galgada de unos 18 m cae en el promedio establecido por los estudios comparativos de Williams (1985: 234 - 235), quien fija los extremos entre 5 y 80 m. El pozo pequeño (9 m de diámetro) y rústico de Alto Salaverry, valle de Moche, aparece solitario[209] como otros de dimensiones mayores observados en las fotografías aéreas publicadas del valle de Santa, cuya cronología se desconoce.

Los dos pozos cuidadosamente enlucidos y más grandes de Salinas de Chao están integrados a edificios públicos. Uno fue hundido delante y en el eje de un montículo. El segundo al pie de una composición de plataformas escalonadas sobre la falda de un cerro.[210]

Los Pozorski (1990) han revisado las pruebas de radiocarbono de Alto Salaverry y Salinas de Chao, para demostrar que coexistieron con la ocupación asociada a cerámica temprana en Pampa de las Llamas-Moxeque, valle de Casma. Bischof (1996) hace lo mismo y concluye, promediando las fechas, que la existencia de los dos sitios acontenció en el Precerámico final, alrededor de 3.400 AP. Consiguientemente, Bischof fija la antigüedad de Pampa de las Llamas entre 3.400 y 3.200 AP. La discrepancia interpretativa es una confirmación de lo declarado en la introducción, de que los datos radiocarbónicos son aproximaciones referenciales y deben constatarse mediante el análisis de los contextos, sobre todo si se trata de complejos como Salinas de Chao y Pampa de las Llamas, los cuales fueron centros ecumémicos del mundo ceremonial andino,[211] como también lo fue, verbigracia, Chupacigarro en el valle de Supe.[212] En estos lugares se congregaron distintas expresiones de arquitectura religiosa en un lapso, citando a los Pozorski (1987: 126), cuando "el sistema de comunicación preexistente era un factor clave para la difusión rápida de las innovaciones tecnológicas durante el siguiente período".[213] Ellos se están refiriendo a ese tramo histórico del Precerámico final y la introducción de la cerámica.

La trascendencia del examen detenido de las asociaciones estratigráficas en fundaciones de múltiples ocupaciones, radica en que no sabemos, por ejemplo, si el pozo ceremonial en Pampa de las Llamas

[208] *Idem:* 32, 68-70.
[209] Pozorski S. y Pozorski, T., *ibid.*
[210] Alva, 1986.
[211] Por la concentración de centros ceremoniales de la magnitud de Sechín Alto, creemos que Casma fue considerado un valle sagrado.
[212] Ver Engel, 1987b: fig. II 13a - 13 c; Williams y Merino, *ibid.*
[213] La traducción es nuestra.

formó parte del conjunto desde el inicio –cuestionamiento válido para el resto de elementos arquitectónicos componentes del sitio– o fue un elemento que se incorporó posteriormente como lo comprobamos en Las Aldas.[214] Aquí la construcción del pozo ceremonial mayor cortó nítidamente depósitos de cerámica temprana. Por tanto, tal "acumulación mezclada" a la que aluden los Pozorski (*ibid:* 23) la tuvimos muy en cuenta en nuestras excavaciones y en el laboratorio, confirmando el contenido cultural de cada estrato procedente de una substancial trinchera y no de muchos pequeños hoyos: actuación profesional inaceptable que suelen sufrir asentamientos de la importancia de Las Aldas, Pampa de las Llamas, Moxeque, Sechín Alto y demás.

El prestigio y la prestancia ganados en el desempeño de las funciones –deduciblemente relacionadas con prácticas mágico-astronómicas– debió determinar que los pozos ceremoniales persistieran y se incorporaran a las estructuras públicas principales de diferentes sistemas de culto florecientes a fines del Arcaico y en el Formativo. Su extensa dispersión por la costa y el interior contribuyó a consolidar el proceso unificador de la civilización andina.

[214] Fung, 1969: 81-82.

SEGUNDA PARTE

Evolución del mundo andino

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

V. De tribus a señoríos: los Andes septentionales

MARIO SANOJA E IRAIDA VARGAS ARENAS

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

CONTENIDO

V. DE TRIBUS A SEÑORÍOS: LOS ANDES SEPTENTRIONALES
1. FORMACIONES SOCIALES, REGIONES GEOHISTÓRICAS Y MODOS DE VIDA
2. LA SOCIEDAD CACICAL
3. ANDES SEPTENTRIONALES
4. EXTREMO NORTE ANDINO
Andes venezolanos
La costa atlántica de Colombia
El noroeste y los llanos altos de Venezuela
5. LA REGIÓN GEOHISTÓRICA AMAZÓNICO-CARIBEÑO VENEZOLANA

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

1. FORMACIONES SOCIALES, REGIONES GEOHISTÓRICAS Y MODOS DE VIDA

El lapso entre 1.500 a.C y 1.500 d.C. corresponde, *grosso modo*, para el área en estudio, con el inicio del proceso de consolidación territorial, social y política de las etnias aborígenes americanas. El problema deviene muy complejo porque no estamos tratando en todos los casos con sociedades andinas *estrictu sensu*. Por una parte, el área ecuatoriana y la colombiana tuvieron una dinámica sociohistórica muy cercana en su esencia y su materialidad a las sociedades neolíticas de los Andes centrales pero, por el contrario, parte del norte de Colombia y la mayor parte de la región venezolana presentan una dinámica sociohistórica que se acerca más a las de los pueblos amazónicos y del sur de Centroamérica. Un estudio comparativo de ambas secuencias históricas, en el momento cuando comienzan a formarse lo que se ha denominado como nacionalidades arcaicas, tendría como consecuencia una mejor comprensión, por una parte, de qué es propiamente andino septentrional y -por la otra- su contraparte amazónica caribeña. Para los fines de este volumen, orientado a sentar las bases históricas y culturales del actual proceso de integración social y económica regional, ello es de gran importancia epistémica, ya que sería posible entonces entender que no se está tratando con una región homogénea, sino con partes de dos macroregiones geohistóricas que coexisten en el tiempo, con poblaciones que tienen muchas veces orígenes similares, pero que no poseen una historia común ni pueden ser entendidas de acuerdo a conceptos históricos y culturales reduccionistas.

2. LA SOCIEDAD CACICAL

El término *cacique* fue acuñado originalmente por los conquistadores españoles del área caribe. Con ello trataban de hacer inteligible la organización sociopolítica aborigen e identificar las fuentes de poder en las comunidades sometidas, así como la extensión de su dominio territorial a los fines estratégicos del proyecto colonial. La utilización del término *cacique* es ambigua, sin embargo. En el caso de Venezuela, cuando Diego de Ordáz se refiere, en el siglo XVI, al cacique Uyapari,

nombre genérico atribuido al noreste de Venezuela, localizado en el bajo Orinoco, o al cacique Morequito, del Bajo Caroní, también los llama indistintamente *Señores*.

Los estudios arqueológicos regionales que estamos llevando a cabo en el medio y bajo Orinoco, revelan importantes precisiones sobre el carácter político territorial y la dinámica histórica de lo que pudieron ser esos llamados cacicazgos o señoríos orinoquenses. Por una parte, el supuesto cacicazgo o señorío de Morequito que se estructura aproximadamente entre 1.000 y 1.500 de la era, consistía en una posible asociación de grandes aldeas, culturalmente muy homogéneas, ubicadas junto a los bosques rebalseros o *varzea*, existentes sobre ambas márgenes del bajo Caroní, incluyendo campamentos de caza en las áreas de sabana y las selvas de galería, así como aldeas semi-permanentes de pescadores en las islas del río, cerca de los raudales donde desovan los peces o en aquellos pasos estratégicos que permitían cruzar de una orilla a otra del caudaloso y torrentoso río. En cuanto al supuesto señorío de Uyapari o del Orinoco, estructurado entre 1.000 a.C. y 1.500 d.C., su dominio real parece haberse ejercido sobre un núcleo de grandes aldeas del bajo Orinoco como Barrancas, Los Barrancos y sus posibles sitios sagrados ubicados en islas o caletas del río, desde las cuales controlaban el acceso desde el Orinoco hacia el océano Atlántico o viceversa, al mismo tiempo que sobre la extraordinaria riqueza ictiológica existente en los caños y ciénagas del delta del Orinoco.

Culturalmente hablando, las aldeas de la tradición Barrancas se extendían hasta el alto Orinoco e incluso hasta la misma desembocadura del río Caroní, donde existía lo que podemos denominar una frontera étnica claramente definida en relación al cacicazgo o señorío de Morequito, sin que existiese, al parecer, control centralizado sobre un verdadero y extenso territorio tribal. El objetivo del llamado cacicazgo o señorío de Barrancas no parece haber sido tanto la posesión de territorios, sino de las vías de comunicación y acceso a las regiones estratégicas, así como de intercambio de bienes y personas entre las mismas.

Estos dos tipos de estructuración político-territorial, característicos de la mayor parte de la región caribeña, contrastan con los de la región andina venezolana, los de la región cundiboyacense colombiana o los de la región de Santa Marta, o los de la costa del Ecuador, donde hallamos sociedades que llegaron a funcionar políticamente con relaciones sociales de tipo estatal, sin haber llegado a poseer, sin embargo,

la materialidad que característicamente se le ha asignado al Estado clasista inicial en Suramérica.

Una discusión *in extenso* de los conceptos sobre cacicazgo y señorío que ha sido presentada por los diversos autores que han escrito sobre el tema, seguramente ocuparía muchísimo más espacio del asignado a este breve capítulo. Preferimos apoyarnos en la conceptualización que venimos ofreciendo desde 1984 (1) según la cual el *cacicazgo* más que una etapa histórica o un tipo social, sería un modo de vida genérico de la Formación Productora de Alimentos o Tribal, uno de los cuales denominamos Tribal Igualitario y otro el Jerárquico Cacical. En este último, las relaciones interaldeas se convierten en verdaderamente políticas. La especialización del trabajo social, en algunas o en una de las aldeas, unido también a la disolución en ésta de los vínculos parentales intraaldea (excepto en las unidades domésticas) y su reemplazo por lazos políticos y de rango entre los distintos linajes de la aldea, lleva hacia el surgimiento de una localidad dominante en lo político, lo religioso y lo económico. Las relaciones de reciprocidad inter e intraaldea, dentro del territorio tribal, se convierten en relaciones de subordinación, las cuales se expresaban a través del tributo que se debía rendir a la localidad principal y al cacique o jefe principal, quien podría ser al mismo tiempo jefe militar único o sacerdote, o jefe político, militar y religioso,[1] dentro de una "clase" o jerarquía de pequeños caciques subordinados que cumplían funciones similares en sus respectivas localidades. Surge, asimismo, la necesidad de un cuerpo militar que no solo defendiera el territorio tribal, sino que garantizara la anexión de nuevos territorios y la entrega del tributo.

Esta división social se muestra también en la presencia de patrimonios separados: el que pertenece al común de los individuos de la tribu, y el que pertenece al señor y puede ser también usufructuado por su linaje. Por lo anterior, el surgimiento de los modos de vida jerárquicos cacicales es, al mismo tiempo, cuando ello se produce, el comienzo de la disolución de los modos de vida igualitarios de la formación social tribal a través de la división del grupo social en linajes distintos: unos que son propietarios de sus medios de producción y tienen posibilidades o derecho de utilizar o usufructuar el patrimonio comunal (tierra, aguas, bosques, etc.), y otros que, siendo propietarios de sus me-

[1] Vargas Arenas,1990: 113-116.

dios de producción, poseen también un patrimonio particular (tierra, agua, ríos, bosques) para uso exclusivo del Señor y su linaje y son también propietarios del sobretrabajo de los individuos de su propia y de otras comunidades, lo que se manifiesta en forma de tributos.[2]

Los modos de vida jerárquicos se disuelven mediante la aparición de nuevas formas y contenidos de la propiedad, distintos a los de la propiedad comunal o patrimonial de la sociedad igualitaria y con la ruptura de las relaciones lineales de reciprocidad o de parentesco entre los miembros de la aldea o aldeas y el individuo de rango o jefe de la aldea o aldeas que regulaba la producción, distribución, cambio y consumo de los bienes y las relaciones de cooperación entre los individuos.

Podemos considerar que con estos modos de vida comienzan a gestarse, en términos históricos, las bases de la especialización social del trabajo. Surgen los especialistas no solo en la manufactura de bienes que simbolizan el estatus de los integrantes de los estamentos gobernantes, sino también los individuos encargados de gerenciar el tiempo y otros servicios. Aparecen los templos y los sacerdotes investidos de poder para administrar los medios de producción y apropiarse del trabajo y productos al ser mantenidos por los productores primarios mediante el tributo. Se fortalecen las redes de intercambio para la obtención de materias primas exóticas o raras que servirán para la elaboración de bienes suntuarios, símbolos del poder político y religioso; asimismo, permitirán la circulación de los productos desde los centros de fabricación hacia los de consumo. Los artesanos se especializarán en una producción que está destinada a justificar a todo el sistema.

Los símbolos, que se concretan en objetos elaborados en materias primas raras, se usan para expresar las diferencias sociales y consolidar las relaciones que se establecen para la apropiación diferencial inicialmente de los plusproductos y luego de los excedentes de producción. Esto significa que ciertos objetos poseen un papel y una función relacionados con diferencias objetivas que se dan en las relaciones sociales, particularmente en las de intercambio que regulan el acceso a las materias primas exóticas; de esa manera, no solo se establecen restricciones en la apropiación del plusproducto, sino también en los símbolos de prestigio.

La reproducción de la estructura social necesita, entre las comunidades con un modo de vida jerárquico, de una ideología que legi-

[2] Vargas Arenas, et al., 1993.

time y asegure la "posición superior" de los miembros de un linaje o, en general, del grupo minoritario que cumple con funciones gobernantes. Tal ideología se integra en tradiciones y rituales particulares acompañados de expresiones, también particulares, en la cultura material, ligados todos fundamentalmente al culto a los muertos que reproduce –a nivel de la superestructura– las posiciones que existen en las relaciones sociales de producción. La ideología logra entonces su objetivo final cuando la sociedad comienza a aceptar como "naturales" las desigualdades sociales. La ideología funciona así en la escala de la reproducción de la estructura social, consolidando las relaciones desiguales de apropiación de los plusproductos del mundo material en el mundo imaginario. Todo esto trae consigo la gestación de la diferenciación entre ciudad y campo, y entre el trabajo manual y el intelectual, así como el surgimiento de una cierta forma de propiedad privada sobre los medios de producción, de las clases sociales, dando paso a la formación de la sociedad clasista inicial.

Dentro de esta teorización, el señorío vendría a caracterizar la fase de disolución de la Formación Tribal Igualitaria, con una organización sociopolítica con relaciones sociales de tipo estatal, pero sin poseer plenamente la materialidad del Estado que se expresa en el surgimiento de la urbe, de la polis, de las clases sociales y de las relaciones asimétricas entre ciudad y campo.

Es importante señalar que, a diferencia de lo ocurrido en la región serrana-costera del Ecuador, en la región serrana colombiana, la región andina y el noroeste de Venezuela, en la costa atlántica de Colombia y en el resto del territorio venezolano de tradición cultural amazónica-caribeña, los modos jerárquico cacicales no parecen haber propiciado el surgimiento de una división social del trabajo de naturaleza tal, que implicase la aparición de las clases sociales y, consecuentemente, la transformación de los plusproductos en excedentes. Estos modos de vida en las regiones de tradición cultural caribeña-amazónica no supone todavía la maduración y el desarrollo de todas las fuerzas productoras que contenía el modo de producción, como diría Marx,[3] requisito para que se dé el tránsito hacia otra formación económico social, no obstante que se están generando las condiciones materiales que implican la disolución del modo de producción tribal como un todo.

[3] Marx,[1859].

Según Lumbreras, refiriéndose a los Andes centrales, los factores más significativos de un cambio revolucionario en esa región implican el aparecimiento de: 1) una tecnología especializada basada en el desarrollo de ciencias exactas y predictivas que funcionaba para regular el éxito de las operaciones agrícolas y para ampliar y mejorar el proceso técnico de trabajo; 2) el desarrollo de una suerte de comercio exterior o de mercado para conseguir materias primas para fines suntuario o industrial; 3) surgimiento de relaciones de producción y consumo de carácter asimétrico; 4) generación de una producción excedentaria. Para que se dé ese proceso revolucionario debía haberse superado, según Lumbreras, la caza y la recolecta como formas de producción y tener una base productiva de alimentos esencialmente agropecuaria, entre otras.[4]

En las tierras bajas del Caribe y en la región andina septentrional de Suramérica, es evidente que esa tecnología especializada no surgió debido a la baja intensidad de las contradicciones entre grupos sociales, distribuidos de manera relativamente dispersa sobre tan amplio territorio, y en cierta medida por las particulares condiciones ecológicas de la región. Por otro lado, no se llegaron a superar las formas apropiadoras como complementarias de las de producción de alimentos, aún en los grupos con modos de vida jerárquicos en donde sí se dieron formas de producción y consumo asimétricas, así como redes complejas de intercambios para consecución de materias primas raras.

En el caso particular del Ecuador, la aparición del Estado como un proceso inducido por la invasión incaica hacia finales del siglo XV, fue posible porque allí ya existían las condiciones socio y geohistóricas, los señoríos, que hicieron viable la imposición de las estructuras políticas imperiales, gracias a la intensificación -mediante dicho proceso de expansión- de las relaciones sociales entre grupos y la agudización, en consecuencia, de las contradicciones socio-económicas entre los mismos.

Los extensos valles del Cauca y del Magdalena funcionaban como especie de rampas, de autopistas para el intercambio que fluía entre las cuencas montañosas ecuatorianas y la costa caribe colombiana, por una parte, y de esta última hacia la cuenca del lago de Maracaibo vía el río Ñulia y sus afluentes, el macizo andino venezolano y los llanos altos subandinos de Apure y Portuguesa en Venezuela. En los valles intermontanos andinos de los tres países se daban condiciones

[4] Lumbreras,1986: 2-3.

ecológicas y agrológicas compatibles, compartiendo recursos naturales esenciales para la subsistencia y el desarrollo de formas avanzadas de tecnología agrícola. El maíz y la papa, aparte de otros cultígenos como la quinoa (*Chenopodium quinua*), la arracacha (*Arracacia esculenta*), la oca (*Oxalis tuberosa*), el *Ullucus tuberosum*, cucurbitáceas y diversos tipos de frijoles, aguacates, papayas, tomates y plantas productoras de materias primas como el algodón y el agave, formaban parte de ese contexto compartido de recursos naturales que hacía posible el intercambio de ideas y tecnologías agrarias.

En el caso de las regiones bajas de la costa atlántica colombiana, la existencia de un *locus* de domesticación temprano de plantas vegetativas como la yuca (*Manihot esculenta Crantz*), y la posibilidad de establecer un sistema de complementaridad vertical con las culturas andinas colombianas, determinó el desarrollo de sociedades jerárquicas que mantuvieron relaciones muy estrechas hasta el siglo XVI, particularmente con las sociedades igualitarias de la cuenca del lago Maracaibo.

En el noroeste de Venezuela, por otra parte, a partir del último milenio a.C. se desarrolló otro polo caracterizado por la domesticación o cultivo temprano del maíz y de la yuca, unido a la manufactura de complejas formas de alfarería policromada y modelada incisa, llegando a constituirse ya para el tercer siglo de la era cristiana sociedades jerárquicas avanzadas en Venezuela.

En la porción centro-oriental de la actual Venezuela hallamos, por el contrario, la concreción de una sociedad aborigen fuertemente relacionada con la macroregión geohistórica amazónica-caribeña, lo cual se debió al desarrollo de una dinámica social y cultural con características estructurales y funcionales distintas a las de la región andina septentrional. La intercomunicación de la cuenca del río Amazonas con la del Orinoco y finalmente el océano Atlántico y el mar Caribe, la existencia de una vasta región intermedia de sabanas limitada, a su vez, por un extenso litoral caribeño y la conexión inmediata de éste con el arco insular antillano que se prolonga prácticamente hasta la península de La Florida, propició a su vez, durante los tiempos tempranos, un poblamiento más disperso a la vez que un extenso y vivo movimiento de grupos humanos a lo largo del eje amazónico-guayanés-caribeño que no tiene parangón con lo ocurrido en el noroeste de Suramérica.

COLEGIO MAYOR BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

3. ANDES SEPTENTRIONALES

Como lo ha mostrado Meggers[5] en su importante obra de resumen, Ecuador es un elemento fundamental en el arco que forman los Andes septentrionales, no solamente desde Perú hasta Colombia, sino también hasta el suroeste de Venezuela, constituyendo no solo el centro más temprano de domesticación de plantas de la región, sino también de desarrollo de sociedades jerárquicas.

Hacia 1.500 a.C., buena parte de la región litoral de las actuales provincias de Guayas, Manabí, Los Ríos y El Oro, en Ecuador, ya había sido colonizada y poblada por la gente de la llamada cultura Valdivia. Los valdivianos parecen haber asimilado de la cultura anterior, Las Vegas (6.000-2.000 a.C.), el concepto de complementareidad de modos de trabajo orientados hacia la explotación de los recursos litorales y los del interior. Dentro del área territorial valdiviana existían aldeas ceramistas litorales donde se enfatizaba la recolección de bivalvos marinos, particularmente la *Anomalocardia surbrugosa Sby* y gastrópodos como la *Cerithidea purpurescens Brod* y –por otro lado– comunidades agroalfareras ubicadas en las tierras interiores.

Para 1.500 a.C., fecha terminal de la sociedad Valdivia, la organización territorial de la aldea de Real Alto, ubicada al sur de la península de Santa Elena, valle del Chanduy, revela la existencia de una comunidad central donde los espacios domésticos de habitación se agrupaban en torno a un espacio o estructura central que servía para las reuniones o festividades colectivas. En Real Alto, el estudio de los cambios en el patrón de poblamiento que se evidencian en las fases tardías de dicho asentamiento parecen indicar ya la existencia de una división social del trabajo entre un centro ceremonial o comunidad central cuya población producía determinadas manufacturas tales como alfarería, tejidos, cordeles, instrumentos líticos, etc., y otras aldeas periféricas de agricultores que se encargaban de la producción agrícola en otros asentamientos satélites como los establecidos a lo largo de las vegas de los ríos Verde y Real, o campamentos o aldeas costeras de recolectores pescadores, tales como las que existían en el sitio epónimo de Valdivia o la isla de Puná.

La división social y la especialización territorial del trabajo parecen haber sido producto de un proceso de evolución local a partir de

[5] Meggers, 1966: 186-187.

los asentamientos formativos tempranos de la costa del Ecuador, el cual dio como resultado un proceso de jerarquizacion territorial de los sitios poblados y de los procesos productivos sociales en términos de comunidades completas, no de clases sociales. Al parecer, las comunidades periféricas valdivianas de recolectores marinos, pescadores y cazadores compartían con los agricultores del interior y la población de la aldea central, un mismo proceso de trabajo alfarero y un complejo superestructural ligado posiblemente a ritos de fertilidad, patente en las figurinas valdivianas, pero conservaban todavía relaciones técnicas de trabajo que habían caracterizado a los grupos con un modo de vida recolector cazador, disuelto por la aparición de la sociedad valdiviana.

Es posible que en las fases finales VI y VII de Valdivia ya existiesen grupos con un modo de vida tribal igualitario, con una ubicación del *locus* de poder central en la aldea principal y jefes o capitanes subsidiarios en las aldeas periféricas. En la aldea central, el modo de trabajo agrícola dominante y las formas de producción artesanal representaban una ruptura, en cuanto al desarrollo de las fuerzas productivas, con la condición apropiadora dominante de la comunidad anterior, Las Vegas tardío o Achallán. La estructura circular del poblado de Real Alto ha sugerido a Marcos[6] la probable existencia de una organización social de tipo dual, donde la estructura central constituiría el elemento de unión entre las dos mitades sociales de la aldea. Ello evidenciaría, posiblemente, una forma clánica de organización social que revelaría la naturaleza igualitaria que todavía caracterizaba a la cultura Valdivia en su fase final, no obstante que –según algunos autores– ya parece existir el germen de un proceso urbano.

A partir de Valdivia, se reprodujeron posteriormente otras formas culturales como la fase Machalilla, cuyas poblados se extienden sobre las provincias de Guayas, Manabí, Pichincha (sitio Cotocollao), al mismo tiempo que sus influencias se proyectaron también hasta la región amazónica ecuatoriana. Se intensifica la producción agrícola, desarrollando obras de gran envergadura para aprovechar y conservar el agua, tales como las albarradas o cisternas y los campos elevados de cultivo, al mismo tiempo que construían silos subterráneos para almacenar los excedentes de la cosecha de maíz.

[6] Marcos, 1988:186-187.

Este modo de trabajo agrícola generó, a su vez, prácticas rituales que consistían en el sacrificio u ofrenda de manos y metates sin utilizar, los cuales eran arrojados en los silos de almacenaje o empleados como parte del ajuar mortuorio de personajes importantes, particularmente del género femenino.

La organización social de la población de Machalilla parece haber conservado, en general, las mismas características de Valdivia. La alta incidencia de defectos genéticos, discernibles en los restos esqueléticos humanos, podría indicar una organización social aldeana basada en estructuras de parentesco con un alto grado de endogamia.



FOTO 9, Botella-silbato de estilo Chorrera, s. XV a. C.,Ecuador.

La fase Chorrera, 1.500 a.C y 500 d.C, que se desarrolló en las provincias de Guayas, Manabí y Esmeraldas, parece representar los albores de la existencia de comunidades con un modo de vida Cacical Jerárquico en Ecuador. Aunque no parece existir todavía una organización político territorial centralizada, la influencia cultural de Chorrera se extendió prácticamente sobre todo el territorio del actual Ecuador y la región amazónica del oriente del país.

Los modos de trabajo y el patrón de distribución de las aldeas de Chorrera, continúa en líneas generales la tendencia de las fases o culturas precedentes, no obstante que parece existir una mayor dependencia de la producción controlada de alimentos que de la caza, la pesca y la recolección. Se observa presencia de artesanos lapidarios que utilizaban materias exóticas tales como el lapislázuli, el cristal de roca y la obsidiana para la manufactura de artículos suntuarios, al mismo tiempo que vasijas de paredes finas utilizadas preferentemente como parte del ajuar mortuorio de personas de importancia. Los alfareros de Chorrera so-

bresalen en el diseño de complejas técnicas decorativas tales como la pintura iridiscente, aplicadas a vasijas de distintas formas, cuya área de distribución parece haber alcanzado hasta la América Central. Asimismo, se practicaba la manufactura en serie de figurinas humanas, utilizando moldes, lo cual induce a pensar en la existencia de una demanda importante de tales bienes de gran significación para el ritual cotidiano público.

A partir del 500 d.C., comenzó en el Ecuador un proceso que ha sido denominado de Desarrollo Regional, a partir del cual se acentuó la tendencia hacia el sedentarismo y la consolidación territorial de las sociedades surgidas del Formativo Temprano. Dichas sociedades lograron afianzar su control y dominación de áreas ecológicas variadas, reconocibles en las divisiones étnico-territoriales existentes en el siglo XVI, en la definición de espacios geográficos determinados en función de las características y objetivos de su desarrollo sociohistórico, conformándose lo que denomina Vargas Arenas[7] regiones históricas o geohistóricas, concepto el cual centra la atención en los tres aspectos esenciales de todo proceso: tiempo, espacio y desarrollo, indispensable para comprender no solo las sincronías y diacronías de las formaciones económicas sociales antiguas sino también –muy especialmente– las contemporáneas, al mismo tiempo que permite hacer la síntesis de grupos y espacios domésticos, grupos y espacios territoriales y de los modos de vida, y en consecuencia de trabajo, en una región histórica común a través de los cuales es posible comprender y visualizar la persistencia de prácticas tradicionales en un área determinada.

Un análisis general del panorama ecuatoriano para dicho momento, nos revela que las diferentes etnias constituidas en la región serrano-costera del Ecuador, ya habían alcanzado un nivel de desarrollo de sus fuerzas productivas equivalente al que se ha definido como correspondiente a los señoríos, donde destaca principalmente un cambio sustantivo en la forma y el contenido de la propiedad y particularmente el control sobre los medios de producción y los procesos de circulación, cambio y consumo por parte de una jerarquía gobernante centralizada, incluyendo el uso de hachas de cobre y otros objetos metálicos como moneda para las transacciones comerciales, al mismo tiempo que un control muy acentuado sobre la fuerza de trabajo.

[7] Vargas Arenas, 1987: 80-81.

La organización y el diseño del espacio territorial están dominados por centros ceremoniales y administrativos de importante magnitud, donde resalta la construcción de templos, edificios públicos y viviendas domésticas sobre plataformas de tierra, al mismo tiempo que calzadas empedradas que servían para la comunicación de las casas entre sí. En otros casos, como el de la fase Upano, ubicada en la selva tropical húmeda de la selva amazónica, se observan posibles centros ceremoniales asociados con impresionantes conjuntos de geoglifos antropomorfos y zoomorfos.

Surgen centros ceremoniales como el de isla de la Plata, relacionado con la fase Bahía, donde se observa una gran acumulación de objetos suntuarios, indicando la posible existencia de una casta dirigente sacerdotal que tenía el poder y la capacidad para apropiarse de buena parte de la producción excedentaria, tanto artesanal como agrícola, rasgo que parece ser compartido por otras fases arqueológicas como Jama Coaque y La Tolita, al mismo tiempo que indicios de una fuerte diferenciación social, evidenciada en el tratamiento diferencial de los muertos.



FOTO 10, Figura femenina, con sonajas de danzante, estilo La Tolita, s. I-IX d.C. Ecuador.

En la fase Manteño, por el contrario, el poder parece haber sido ejercido por un Señor principal que presidía sobre un complejo séquito de servidores y caciques secundarios, con igual capacidad y poder para apropiarse la producción excedentaria de la comunidad. La metalurgia –y la orfebrería en particular– alcanzan un alto nivel de excelencia tecnológica y de diseño para la manufactura de objetos suntuarios. Utilizaban técnicas de fusión, forja, laminación a martillo, cera perdida, repujado, soldado, etc. Utilizando fuelles rústicos, fueron capaces también de extraer plomo de la piedra galena, alear cobre y oro para dorar objetos de metal y mezclar oro y pla-

tino, proceso este último que solo se comenzó a utilizar en Europa después del siglo XVIII.

Las figurinas antropomorfas de barro y los diseños decorativos naturalistas de las vasijas que nos introducen al estudio de la vida cotidiana, permiten inferir la existencia de una institución militar que poseía distintivos externos de poder, de comerciantes y navegantes que utilizaban balsas o canoas para sus desplazamientos en alta mar, de tejedores y de una aparente división en la forma de vestir de hombres y mujeres.

Los señoríos que dominan al panorama ecuatoriano hasta la invasión incaica en 1438 de la era, habían logrado integrar dentro una vasta red de intercambio y circulación, el actual territorio ecuatoriano e incluido igualmente dentro de su esfera de influencia la región del Macizo Andino del sur de Colombia, manteniendo también nexos de intercambio comercial -vía la navegación marítima- con otras poblaciones costeras del norte del Perú.

4. EXTREMO NORTE ANDINO

El modelo organizativo sociopolítico de tipo estatal que comienza a desarrollarse durante el período de Desarrollo Regional, salvando el desfase cronológico, presenta similitudes y variaciones locales cuando lo proyectamos hacia las regiones de Colombia y Venezuela. El auge de las construcciones en piedra o terracería que se relacionan, generalmente, con la erección de edificios administrativos ligados al culto y el ejercicio del poder ya están también presentes en San Agustín, Colombia, desde comienzos de la era cristiana, una de las sociedades antiguas más avanzadas del norte de Suramérica, la cual podríamos considerar como relacionada con un modo de vida Jerárquico.

Se trataba posiblemente de una población con fuerte estratificación social y una organización laboral compleja, con especialistas en la manufactura de la alfarería, la lapidaria y la orfebrería, gobernada por una casta sacerdotal dominante que tenía un gran control sobre la vida social de la comunidad. La influencia de San Agustín sobre las poblaciones de las cordilleras central y occidental de Colombia indujo en muchas de esas regiones durante el primer milenio de nuestra era, el desarrollo de comunidades que podríamos considerar también ligadas

a modos de vida jerárquicos cuyos modos de trabajo se fundamentaban también en el cultivo del maíz, la papa y otros cultígenos locales, utilizando técnicas avanzadas para la agricultura intensiva. Asimismo tenían excelente dominio de la alfarería y de la metalurgia en oro, plata, cobre y tumbaga, así como del tejido y de la alfarería. La fuerza de trabajo estaba organizada para llevar a cabo tareas colectivas, acentuándose el énfasis en los aspectos ceremoniales.

Podemos señalar, igualmente, la existencia de una arquitectura orientada hacia la satisfacción de un culto a los muertos, particularmente a los de un determinado segmento de la población que parece haber disfrutado de privilegios en la distribución de los bienes producidos por la comunidad.

Hacia 240 de la era (1.710+ 80 AP.), comenzó a desarrollarse en la altiplanicie cundiboyacense el poblamiento muisca. Los primeros europeos que exploraron el área hallaron una región densamente poblada y organizada en dos grandes regiones denominadas el Zipa y el Zaque, cada una de las cuales estaba gobernada por un Señor e integradas, respectivamente, por una federación de cacicazgos subordinados. Las poblaciones de ambas regiones se hallaban frecuentemente en lucha por el control de territorios o aldeas fronterizas, al mismo tiempo que los caciques subordinados de cada señorío mantenían entre sí enfrentamientos locales para procurarse a su vez el control de determinadas aldeas para extraerles como tributo su plustrabajo, de la misma forma como ellos debían a su vez tributar al Zipa o al Zaque.

El estamento gobernante estaba organizado de acuerdo con la descendencia matrilineal. Sus integrantes habitaban grandes viviendas que los cronistas españoles describen como "palacios" y se desplazaban generalmente en literas o andas ricamente adornadas. Existía, dentro de la población, una jerarquización en términos del género y la condición social tanto de los hombres como de las mujeres. Se practicaba la poliginia, existiendo también posibles evidencias de alianzas matrimoniales de tipo patrilocal o virilocal.

Los tejidos y la alfarería conformaban un elemento de gran importancia en los sistemas de intercambio regional y de acumulación de poder y prestigio personal. Siendo ésta una tarea generalmente asignada a las mujeres, es probable que la posesión de muchas mujeres por parte de un Señor o de sus caciques subordinados fuese una manera de apropiarse directamente de esta fuerza de trabajo y de su producción.

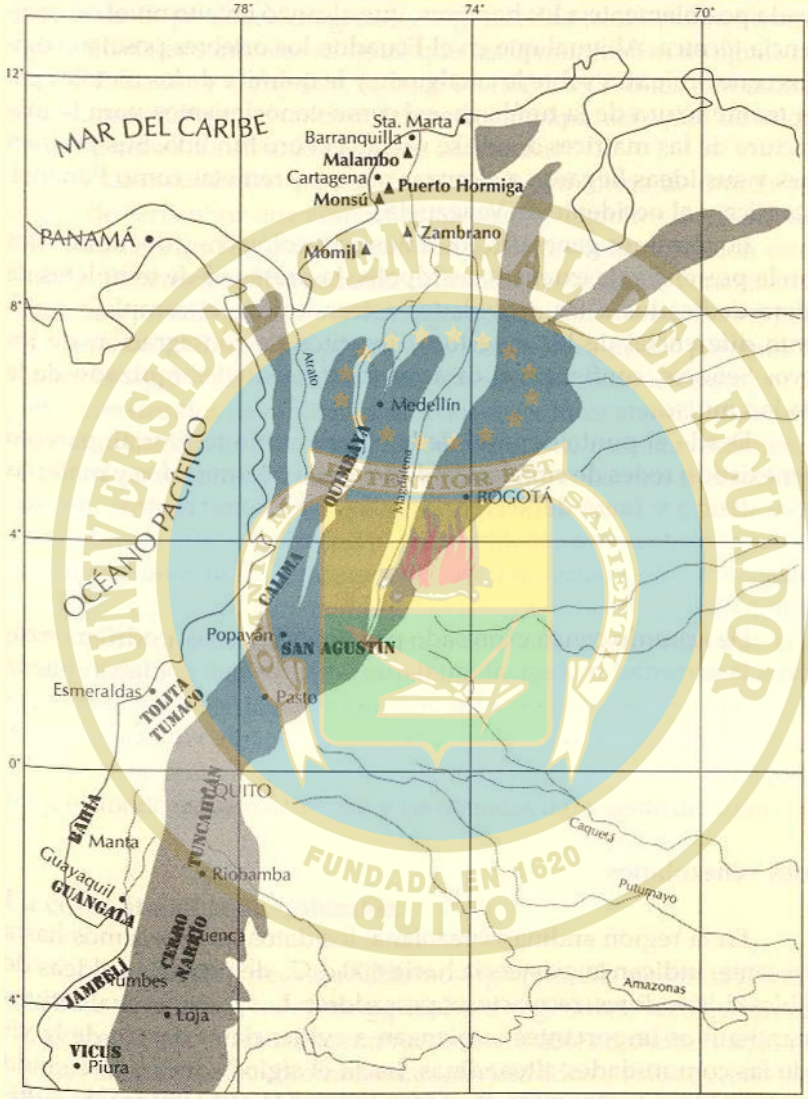


Lámina 8, Asentamientos y áreas de desarrollo regional en los Andes del norte.

La orfebrería muisca fue una actividad muy especializada, reservada posiblemente a los hombres, que alcanzó un alto nivel de competencia técnica. Al igual que en el Ecuador, los orfebres poseían complejos conocimientos sobre la amalgama y la química de los metales para la manufactura de la tumbaga, así como conocimientos para la manufactura de las matrices donde se vaciaba el oro fundido. Sus producciones y sus ideas llegaron a alcanzar regiones remotas como Panamá, Costa Rica y el occidente de Venezuela.

En términos generales, los datos arqueológicos y documentales como la presencia de extensas necrópolis, la presencia de templetes de madera dedicados a las actividades astronómicas, el complejo tratamiento diferencial de los muertos y los ritos de consagración de los nuevos Señores, confirman el carácter fuertemente jerarquizado de la sociedad muisca.

Desde el punto de vista de la organización territorial, parecen haber existido redes de circulación de productos terminados y materias primas dentro y fuera del territorio muisca, así como centros que servían de mercados para canalizar esos intercambios entre las diferentes comunidades, los cuales servían, asimismo, para fomentar la integración regional.

De acuerdo con lo expresado por Vargas Arenas[8] podríamos calificar a la sociedad muisca, al igual que las otras que poblaban buena parte de los valles intermontanos de Colombia entre la VI y la XV centuria d.C., como caracterizada por poseer modos de vida cacicales jerárquicos.

Andes venezolanos

En la región andina venezolana, los datos que poseemos hasta el presente, indican la existencia hacia 600 d.C., de pequeñas aldeas de posibles cultivadores, recolectores pescadores. Los cambios cualitativos y cuantitativos importantes comienzan a evidenciarse dentro de la vida de las comunidades altoandinas, hacia el siglo X de la era, cuando aparecen aldeas o conjuntos de aldeas asociadas con terrazas de cultivo y posiblemente sistemas de riego, cámaras subterráneas utilizadas

[8] Vargas Arenas, 1987: 113-116.

indistintamente como tumbas o para el almacenamiento de los plusproductos de la producción agrícola, organizadas territorialmente en los valles fluviales serranos. Al igual que las comunidades antiguas andinas de Ecuador y Colombia, la base económica de estas comunidades se fundamentaba en el cultivo del maíz y la papa, así como de otros tubérculos como la cuiba, la ruba y la arracacha.

La escultura en piedra de pectorales en forma de murciélago y placas de serpentina que eran utilizados en los circuitos de distribución regional, constituyen un elemento importante de la expresión estética andina. El ceremonialismo de las comunidades andinas venezolanas se expresaba en adoratorios y sitios sagrados ubicados en cuevas o grietas rocosas localizadas en las partes más inaccesibles de los páramos fríos y, para el siglo XVI, según los cronistas españoles de la época, en templetes construidos de madera donde los sacerdotes atendían las consultas y súplicas de los fieles en relación al éxito de cosechas anuales.

Los timotíes y cuicas, integrantes de la familia macrochibcha, han sido considerados por diversos autores, como una extensión septentrional de la sociedad cacical jerárquica que ya existía en la región cundiboyacense de Colombia, desde los primeros siglos de la era cristiana. No hay noticia, sin embargo, de la existencia de caciques con gran poder político o control sobre numerosas aldeas, en tanto que la religión sí parece haber jugado un papel integrador importante entre las mismas. Es posible que existiesen especies de corporaciones de sacerdotes o mohanes organizados regionalmente, que habitaban exclusivos templetes de madera, dedicados a la divinidad agrícola conocida como Icaque, donde recibían el tributo y las ofrendas de la gente del común.

La costa atlántica de Colombia

Los modos de vida aldeanos igualitarios, sustentados sobre una base productiva mixta de agricultura vegetativa, recolección marina, pesca y caza terrestre, se mantuvieron estables durante varios milenios en la costa caribe colombiana, materializados en sitios como Barlovento, Canapote, Bucarelia, Zambrano, Rotinet y finalmente Malambo. En el transcurso de varios milenios, motivado quizás por las oscilaciones del nivel del mar, las comunidades aborígenes parecen haberse desplazado paulatinamente desde el litoral hacia las ciénagas y lagunas del

interior que forma el río Magdalena antes de desembocar en el mar Caribe. La fecha inicial de la aldea de Malambo, 1.100 a.C., coincide con una fase regresiva del nivel del mar en la costa atlántica del noreste de Suramérica, denominada Crane Key,[9] momento en que el mar debe haber liberado nuevamente la región litoral, dejando tras de sí el sistema de ciénagas, lagunas y caños donde se asienta la gente Malambo.

Se observa a partir de este momento el abandono de la recolección de conchas marinas, un aumento de la caza, tanto terrestre como fluvial y una dependencia cada vez mayor en la agricultura vegetativa. Malambo comienza a constituirse como una gran aldea nuclear estable, donde se intensifican los diferentes modos de trabajo característicos de los modos de vida tribales aldeanos igualitarios: la vegecultura, la alfarería, la caza, la pesca. El espacio doméstico, como parece ser común a las comunidades tribales aldeanas igualitarias, se consumía no solo como un espacio habitado, sino también como el área de enterramiento de los muertos, los cuales estaban generalmente asociados con ofrendas que reflejaban el sexo y la actividad que había cumplido en vida la persona. Si bien casi todos los enterramientos eran directos primarios, una minoría de personas era enterrada en urnas de barro, evidenciándose una posible diferenciación en el rango social de los miembros de la comunidad.

La alfarería de Malambo continúa la tradición estilística modelada incisa que arranca desde Monsú y Puerto Hormiga, notándose la presencia de mascarillas antropomorfas, pintaderas cilíndricas, volantes de huso, cuentas de collar y una profusión de formas de vasija de morfología compleja.

Hacia el siglo VII de nuestra era, las comunidades aborígenes de la costa atlántica colombiana habían alcanzado niveles de desarrollo equivalente a los modos de vida Jerárquicos Cacicales. Habitaban populosas aldeas con viviendas construidas sobre plataformas de tierra apisonada y cultivaban el maíz y la yuca en extensos campos elevados de cultivo, en las regiones que inundaba periódicamente el río Magdalena.

El carácter jerarquizado de estas comunidades indígenas se pone de relieve en el tratamiento diferencial que se daba a los muertos, algunos de los cuales estaban asociados con ricas ofrendas en alfarería y orfebrería y por el grado de organización de la fuerza de trabajo necesaria para construir, mantener y poner en servicio los extensos campos elevados de cultivo.

---

[9] Sanoja, f.n.d.

De manera correlativa, a partir de los siglos VI y VIII de nuestra era, comenzó a definirse en la Sierra Nevada de Santa Marta la sociedad Tairona, cuyos portadores sobresalieron particularmente en el dominio de la arquitectura, la metalurgia, la alfarería y las obras hidráulicas. Esa base material de la sociedad Tairona nos refiere a la existencia de un nivel de desarrollo sociohistórico que podríamos definir como aquel donde ya existen relaciones sociales equivalentes al Señorío. Desde el punto de vista de la organización política, los tairona estaban agrupados en centros densamente poblados, dominados por estructuras ceremoniales o públicas complejas, cuyas edificaciones estaban construidas sobre plataformas rodeadas por muros de piedra conectadas por escalinatas y calzadas, en torno a los cuales existían aldeas o poblados subsidiarios. Existía una división territorial del trabajo caracterizada por una producción centralizada de bienes de consumo localizada en los centros poblados principales y una especie de mercaderes y de mercados públicos que servían para canalizar y distribuir –sobre largas distancias– la producción alfarera, la orfebrería, los textiles, la lapidaria, etc., trayendo a cambio materias primas como esmeraldas, oro, pescado y otros productos. Estas redes de distribución parecen haber alcanzado también las comunidades aborígenes de la región sur y centrooccidental de la cuenca del lago Maracaibo, ocupada por grupos relacionados con modos de vida tribales aldeanos igualitarios del occidente de Venezuela.

El noroeste y los llanos altos de Venezuela

Desde el último milenio a.C., estas vastas regiones estuvieron habitadas por poblaciones agricultoras aldeanas igualitarias, las cuales ya fabricaban una alfarería policromada o modelada incisa de diseños y formas complejas, particularmente compoteras de fuste alto y delgado, vasijas multípodas o de base pedestal y máscaras y figurinas antropomorfas de un gran realismo. Desde el siglo III de la era, las evidencias arqueológicas señalan ya la presencia de sociedades jerárquicas que controlaban tanto los valles subandinos septentrionales como las regiones selváticas que se extienden hasta el mar Caribe y la cuenca del lago Valencia, destacándose como rasgo distintivo una compleja y profusa artesanía de la concha marina, basada en el establecimiento de am-

plias redes de intercambio de materias primas.[10] Entre los siglos VII y X de la era, aparecen en el noroeste de Venezuela poblaciones que fabricaban una alfarería policromada con un estilo de diseño geométrico, cuyos poblados estaban asociados, en algunos casos, con sistemas de terrazas agrícolas, estanques o albarradas para conservar el agua y canales de irrigación para distribuirla, casas sobre plataformas o montículos de tierra que en ocasiones afectan la forma de poblados circulares construidos en torno a una plaza central. La estructura territorial de estas poblaciones parece haber estado organizada sobre la base de aldeas o poblados centrales que estaban circundados por poblados secundarios de menores dimensiones, indicando, posiblemente, la existencia de una jerarquía o *locus* de poder central.

En el piedemonte oriental andino, desde 600 d.C. hallamos igualmente poblaciones con modos de vida jerárquicos, las cuales habían comenzado también a construir obras de terracería: extensas redes de calzadas y campos elevados de cultivo, así como complejos de montículos artificiales, algunos de mayores dimensiones que los otros, sobre los cuales se construían viviendas rodeadas de empalizadas defensivas. Para el siglo XVI, las crónicas nos indican la presencia de complejos y extendidos señoríos en estas regiones, destacándose ya en ciertas áreas jerarquías con poder hereditario centralizado que controlaban a otras sociedades cacicales tributarias, y órdenes militares que imponían a aquellas la voluntad de la jerarquía de poder centralizado.

5. LA REGIÓN GEOHISTÓRICA AMAZÓNICO-CARIBEÑO VENEZOLANA

El cuidado o cultivo de plantas podría remontarse en el nororiente de Venezuela hacia 4.400 años AP.,[11] región que podría ser considerada como uno de los centros de domesticación de plantas vegetativas tales como la yuca (*Manihot esculenta*), el mapuey (*Dioscorea triphyla*), el ocumo (*Xanthosoma sagittifolium*), el lairén (*Calathea sp*), endémicas en la región, que todavía son consumidas por campesinos de esta parte de Venezuela.

---

[10] Vargas, et al., 1993.

[11] Sanoja, 1989: 446-458.

Es precisamente sobre la base de esta experiencia en el manejo y cultivo de plantas vegetativas, combinado con la caza terrestre y riparia, la pesca y la recolección, sobre la cual se apoya la subsistencia de las primeras comunidades tribales igualitarias que se asentaron en el bajo Orinoco alrededor de 3.000 AP., cuya alfarería muestra muchos paralelos, en cuanto a las formas de vasijas y la decoración, con sociedades tribales del formativo temprano y medio del oeste de Suramérica, formando parte, a su vez, de una posible macrotradición cultural cuyos portadores llegaron a ocupar buena parte de la cuenca del Amazonas y posiblemente del bajo Magdalena entre 3.000 AP. y 1.600 AP. Lo anterior abre la posibilidad para considerar que los orígenes de la alfarería en el oriente de Venezuela podrían ser explicados como producto de un proceso inducido por la influencia de otras sociedades tribales del occidente de Suramérica, aunque existen ciertas indicaciones de la manufactura de alfarería rústica con desgrasante vegetal en el alto y medio Orinoco, hacia el segundo milenio a.C.[12]

El modo de trabajo de la gente de Barrancas y Ronquín combinaba inicialmente la tecnología para el cultivo y procesamiento de la yuca amarga complementada con otras especies de plantas comestibles como la *Cucurbita sp.*, la caza terrestre, la pesca y la recolección de bivalvos de agua dulce, a lo cual se adiciona posteriormente el cultivo del maíz.

Ya hacia 600 de la era, las poblaciones de Barrancas habrían constituido un modo de vida igualitario en el bajo Orinoco, generando la formación de aldeas autónomas, igualitarias, en el bajo Caroní, el medio y alto Orinoco, la costa nororiental y la región centro costera de Venezuela. Las poblaciones de la tradición Ronquín, inicialmente localizadas en el medio Orinoco, como consecuencia de la invasión del ámbito orinoquense por etnias caribes amazónicas alrededor del tercer siglo d.C., se movieron rápidamente hacia la costa noreste de Venezuela, donde se dio una simbiosis entre éstos, las comunidades de Barrancas y las antiguas poblaciones recolectoras marinas, originando una nueva y vigorosa tradición cultural denominada Saladero-Costero, a partir de la cual se desarrolló el poblamiento agroalfarero de las pequeñas y grandes Antillas. Tanto en la costa noreste, como en la región central y el medio Orinoco, ya parecen haberse formado para 1000 d.C. extensas comunidades igualitarias dominadas por poblaciones de filiación caribe, las cuales persistieron hasta la llegada de los europeos en el siglo XVI.

---

[12] Vargas Arenas, 1981: 95.


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

VI. Formación de las sociedades urbanas

LUIS GUILLERMO LUMBRERAS

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

CONTENIDO

VI. FORMACIÓN DE LAS SOCIEDADES URBANAS
1. EL PERÍODO FORMATIVO EN LOS ANDES CENTRALES
El apogeo de los templos (siglos XIII-V a.C.)
El proceso de regionalización (siglos IV a.C.-I d.C.)
2. LOS DESARROLLOS REGIONALES (siglos II a.C.-V d.C.)
Los Señores de Moche
El señorío de Tiwanaku
Lima, Chincha y Nasca
3. EL IMPERIO WARI, PRECURSOR DEL TAWANTINSUYU
El tormentoso siglo VI
La expansión Wari
Tiempos revueltos: el fin de un imperio

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

El paso del tercer al segundo milenio de la era pasada, no fue una etapa de grandes cambios en los Andes centrales, sino de afianzamiento de todo lo logrado, tanto en lo tecnológico como en lo social y económico. El proceso de Agrarización o Neolitización de los Andes, que hemos visto en los capítulos anteriores, abrió las puertas a una nueva forma de relación entre los seres humanos, basada en la necesidad de proteger los derechos de los agricultores sobre los terrenos en los que –gracias a su trabajo– se producían bienes para su subsistencia.

Nació con ello un nuevo régimen de propiedad, derivado de una nueva forma de producción. Consistía, simplemente, en asumir como suyo lo que nacía de su trabajo: la tierra cultivada, de donde se alimentaba cada comunidad, aparecía como producto de su trabajo y no como algo natural.[1] Proteger los campos de cultivo contra los predadores naturales u otras poblaciones humanas, requería reorganizar las relaciones internas de las unidades domésticas –las familias– y establecer adecuadas reglas de vecindad, con sistemas de afinidad y alianzas que redujeran los riesgos depredatorios. De este modo, se podía predecir, con alguna certeza, la cantidad y hasta la calidad de alimentos disponibles para la comunidad en el curso de los ciclos de cultivo. Eso hacía posible racionalizar el consumo, reduciendo la precariedad de acceso a los bienes que se toman de la naturaleza sin previa intervención humana. Donde los recursos naturales tenían una reproducción natural, suficiente como para permitir su explotación sostenida, año tras año, la agricultura solo podía cumplir una función secundaria o complementaria; en cambio, donde esto no ocurría, si la actividad agrícola era posible, ella representaba una ventajosa opción de sobrevivencia. Entre los extremos hay una larga y variada cantidad de condiciones, donde intervienen muchos factores, que incluyen la población, las rutas de acceso, e incluso las circunstancias de los aconte- cimientos históricos no previsibles, como pudieran ser las invasiones de otros pueblos o la secuela demográfica o laboral de los desastres naturales.

En los Andes centrales, las condiciones eran muy diversas. En las punas de Junín,[2] en el centro del Perú, los cazadores de camélidos fueron beneficiados por una fauna suficiente como para garantizar una vida de reproducción sostenida, a lo largo de varios milenios. Su cambio hacia una forma de explotación doméstica de los camélidos[3] no tu-

[1] Lumbreras, 1996: 10.
[2] Rick, 1980.
[3] Lavallee et al., 1995.

vo implicaciones significativas en las formas de vida de las gentes, que formaron siempre una población reducida.

En la costa central y norte del Perú, en cambio, la situación era muy distinta. Allí, la generosidad de la fauna marina había permitido el progresivo ascenso de la población en las playas próximas a fuentes de agua dulce. Vivían de la pesca, la recolección de mariscos, la caza de mamíferos marinos. Consumían productos vegetales y animales terrestres, accesibles en los conos de deyección de los ríos que bajaban de la cordillera, y en algunos puntos verdes alimentados por las aguas subterráneas que cruzaban por debajo de los desiertos. Eran plantas espinosas y de matorrales pantanosos, y unos pocos animales del desierto, o migrantes estacionales que bajaban eventualmente de los estribos de la cordillera, o que vivían en el matorral. Las fluctuaciones del clima nunca fueron –ni son– regulares; aparte de las esperables estaciones anuales, el clima está afectado por el desplazamiento de las corrientes marinas "de El Niño" y de Humboldt, cuya periodicidad no ha sido establecida aun en nuestros días. Los cambios climáticos afectan a la calidad y cantidad de los productos marinos y también al régimen de las aguas que alimentan los valles y oasis del desierto; afectan tanto a pescadores como a agricultores.[4]

En este estado de cosas, la precariedad estructural solo puede ser compensada por la abundancia de recursos, que en el mar se logra con el mejoramiento de los medios técnicos disponibles, como la pesca con redes y embarcaciones adecuadas, o el dominio de los indicadores naturales de los cambios climáticos por venir: cambios en la fauna costera o indicadores cósmicos visibles. En tierra, solo la agricultura es beneficiosa, tanto para obtener fibras y otros apoyos para la tecnología marina, como para ampliar el volumen y calidad de los alimentos. La recolecta de plantas nativas y la caza son insuficientes en volumen y calidad. Por eso, cuando la agricultura llegó a ser conocida por los pobladores de la costa, se inició su implantación, aunque de modo lento y más bien tímido, porque eran muchas las exigencias técnicas y poblacionales necesarias para su realización. Ayudó, sin duda, la acumulación marinera, tanto de población concentrada, cuanto de conocimientos sobre las alternancias climáticas, de donde se deriva un amplio margen de tecnologías al servicio de la producción agraria.

[4] Arntz y Fahrbach, 1996; Barnett et al., 1988; Díaz y Markgraf, eds., 1992; Craig y Shimada, 1986.

Cuando fue posible aplicar a la agricultura los alcances de la acumulación marinera, se produjo un cambio verdaderamente revolucionario en esta región.[5] La tierra es fértil y generosa si los campos pueden ser irrigados; eso implicaba un ejército estable de trabajadores que redujeran las irregularidades del terreno, que hicieran los canales, que limpiaran las acequias, y que además sembraran, cuidaran las tierras y cosecharan. Había una población suficiente para cubrir las demandas de trabajo sostenido y la tecnología del riego fue perfeccionándose a lo largo del tiempo. Desde luego, no era solo un problema de población o de tierras y semillas; ni de disponer de instrumentos adecuados para sembrar, cosechar o construir canales. Las obras de riego -para tener utilidad- debían cubrir extensiones muy grandes, de varios kilómetros de área, en medio del desierto, lo que implicaba la necesidad de una coordinación eficiente en la construcción, uso y mantenimiento de las obras y los territorios involucrados, un problema de gestión.

La obtención de alimentos, tanto en calidad como en volumen, dependía de la calidad y cantidad de la fuerza de trabajo disponible. Se trataba de la creación plena de los medios de producción por los trabajadores. De allí se deriva que los territorios debían tener ciertas fronteras definidas por derechos derivados de la habilitación particularizada de los campos. Una nueva forma de relaciones sociales requería regular los vínculos de reciprocidad, restringiéndolos a la comunidad de productores asociados a la tierra, con establecimiento de un "exterior" definido por el acceso a la tierra. De algún modo, la adscripción de los individuos a linajes de parientes, no es otra cosa que un registro notarial de los derechos que los individuos de una comunidad tienen sobre los bienes de esa comunidad.

En los Andes centrales esta cuestión tenía una serie de componentes asociados. Las relaciones sociales basadas solo en los productores directos de los bienes de consumo, los agricultores, se convirtieron en trabas para el desarrollo, pues era necesario dar lugar a relaciones de nuevo tipo, con los "especialistas" que no participaban como trabajadores directos de los campos y que, por lo tanto, no tenían una relación objetiva, directa, con el trabajo agrícola concreto ni con los productos de ese trabajo. Era, pues, indispensable establecer relaciones que reconocieran la asimetría del trabajo de estos dos diferentes tipos de trabajadores: los que producían medios e instrumentos de trabajo, y los

[5] Fung, 1972; Moseley, 1975.

que producían bienes de consumo.[6] Queda claro que ambas formas de trabajo son partes de un mismo proceso, sin el cual no es posible la producción; sin canalizaciones, oráculos calendáricos y programación de los trabajos, es dfícil el éxito agrícola, del mismo modo como está sujeto a la disponibilidad de mano de obra para la ejecución de las tareas agrícolas concretas. En tanto que se trata de una misma cadena productiva, no se puede ser "dueño" de los medios de producción independientemente de la fuerza de trabajo que los objetiviza. El control, acceso y apropiación de la fuerza de trabajo, mediante tributaciones, renta de trabajo, formas de reciprocidad asimétrica o redistributiva, es lo nuevo que aparece.

Durante los primeros siglos del II milenio a.C., los indicios son que todo esto estaba resuelto, aunque de manera diferenciada, pues mientras que en algunas regiones se desencadenaron procesos dirigidos hacia la organización urbana, en otros no ocurrió de ese modo. De otro lado, sabemos que las relaciones entre los diversos pueblos eran generalizadas, lo que explica la rápida difusión de la cerámica entre los siglos XVIII y XV a.C., con tendencia a la homogeneidad. Gracias a la cerámica podemos identificar al menos cinco áreas de integración, en el noroeste, centro-oeste, centro-oriente, suroeste y sureste. Esta diferenciación no sería importante si no coincidiera, en cierta manera, con áreas lingüísticas existentes en siglos posteriores; sobre esa base, podría especularse que en el segundo milenio de la era pasada habrían al menos tres lenguas en los Andes centrales: "Proto-Yunga" al noroeste; "Proto-Quechua" al centro; y "Proto-Aru" al sur. Estas uniformidades son parte de un proceso de ascenso de la población en su capacidad de someter el medio, dado que revelan territorios de integración económica que se formaron por la necesidad de mantener contactos estables entre valles o cuencas vecinos.

1. EL PERÍODO FORMATIVO EN LOS ANDES CENTRALES

El noroeste se identifica -durante el segundo milenio a.C.- por una cerámica que ha sido bautizada con varios nombres por los arqueólogos, de los cuales los más conocidos son Guañape y Pandanche.[7]

[6] Lumbreras, 1986.
[7] Strong y Evans, 1952; Kaulicke, 1975, 1981.

Es una cerámica de confección más bien sencilla, que tiene algunos parecidos con la cerámica Valdivia de la cuenca del río Guayas y que, como ya sabemos, se desarrolló desde el milenio anterior, cuando en el Perú no se producía cerámica. Este parecido es muy importante, sobre todo si advertimos que en el tercer milenio ya existían contactos entre los valdivianos y los pueblos precerámicos de la costa peruana, según se aprecia en una serie de objetos de intercambio encontrados en la Huaca Prieta de Chicama y en el valle de Asia.[8] Si las causas del contacto eran en este tiempo las mismas que muchos años después, debemos presumir que los habitantes del noroeste peruano estaban interesados en acceder a unas conchas espinosas, de interior rojo, que se encuentran en las aguas cálidas del Ecuador. En quechua, esas conchas se llamaban "Mullu" (*Spondylus princeps*) y eran muy cotizadas en el Perú porque los dioses las reclamaban para dar agua a los hombres.[9]

Parece que no hubo grandes cambios en relación a las conquistas iniciadas durante los últimos siglos del tercer milenio, aunque se puede presumir intensificación en la agricultura y quizá algún ascenso poblacional, como también se ve en el centro-oriente, donde continuó, con el agregado de la cerámica, la tradición Kotosh-Mito. En esta región, además, no se aprecia la misma uniformidad del norte, de modo que las comunidades de Ancash y Huánuco estaban menos comunicadas y presentaban más variaciones. La cerámica más antigua es llamada Wayra Jirka, vinculada con la alfarería de la selva de Tingo María y Ucayali. Después se desarrolló Kotosh, cuyas vinculaciones con Ancash coinciden con el área de expansión de los "templos" de tipo Kotosh-Mito, de los que ya se habló en un capítulo anterior. Se puede pues decir que esta región estaba conectada con la Amazonía, pero no había logrado consolidar una relación territorial uniforme como la del norte.[10]

Se sabe más sobre el centro-oeste, sobre todo de los valles de Casma y Chillón-Lima, donde el segundo milenio fue escenario de grandes cambios. Se avanzó en la formación de los "templos", que en Ancash y Lima alcanzaron niveles de desarrollo impresionantes. Aun antes que se hiciese presente la cerámica, ya existía en el valle de Casma una organización con capacidad para hacer obras de gran magnitud bajo la dirección de los templos.[11] En los valles de Lima estaba ocu-

[8] Bird, 1963; Bird et al., 1985; Engel, 1963.
[9] Marcos, 1977-78, 1980, 1986; Lumbreras, 1986.
[10] Izumi y Sono, 1963; Izumi y Terada, 1972.
[11] Fung, 1969, 1971, 1972a.

rriendo otro tanto; pues si es cierto que sitios tan grandes como la Huaca de La Florida pertenecen a esta época, entonces estamos frente a un proceso de la misma envergadura que Casma.[12]

En Ayacucho e Ica, por ahora solo sabemos que llegó la cerámica y que al parecer continuaron la pesca y recolección en la costa y el pastoreo en la sierra. No es mucho más lo que podemos decir sobre el Cusco y Puno, aun cuando en este territorio, ya entrado el primer milenio, se mantenía un patrón de vida aldeano en Qaluyu-Puno, Marcavalle en Cusco[13] y Wichqana en Ayacucho. Por los estudios de Ayacucho se sabe, sin embargo, que simultáneamente se vivía en cuevas o en pequeños caseríos.[14]

La base agrícola permitió el incremento de importancia de los asentamientos concentrados, ocupando valles y todas las zonas susceptibles de ser usadas para la agricultura. Cambiaron de manera irreversible los lugares de concentración poblacional. El avance de la tecnología agraria había creado un nuevo tipo de trabajador: especialista en fijar indicadores climáticos (calendarios) para organizar la producción de manera eficiente. Estos mismos especialistas dominaban la tecnología del manejo y conducción del agua y dirigían y planeaban los recintos públicos donde trabajaban y vivían. Eran gentes a dedicación exclusiva, planificando las siembras y cosechas, y organizando el complejo trabajo ligado a ellas. Podemos imaginar la importancia que estos especialistas tenían en un mundo donde el éxito de la agricultura dependía en gran parte de sus conocimientos. Esta división del trabajo, entre especialistas de los templos y trabajadores agrícolas era complementaria, pero separaba mucho a unos de otros, dado que cada quien debía vivir en o cerca de su centro de trabajo.[15]

La vida de un agricultor consiste en salir de su vivienda para dirigirse a su lugar de trabajo en el campo (igual el pastor, el pescador o el minero), donde realizará sus labores, y luego retornará a la vivienda para descansar. Su trabajo requiere del aprendizaje de conocimientos para labrar la tierra, cuidar las plantas, sembrar o cosechar, que sus mayores le enseñarán con la práctica, cada día. En el lugar donde duerme, vive la familia y se realizan actividades domésticas y productivas

[12] Patterson, 1985.
[13] Mohr-Chávez, 1982 y 1983.
[14] Lumbreras, 1985.
[15] Lumbreras, 1989a.

de tipo complementario, como hacer vestidos, vajilla para guardar, cocer o servirse alimentos, canastas, etc. Todos son bienes de consumo que los campesinos hacen ellos mismos, como parte de una práctica que también aprenden a lo largo de su vida. Teóricamente, todos pueden ser labradores, ceramistas o tejedores. La diferencia puede ser de sexos o de edad, según la división del trabajo que se establezca en cada lugar. La vida de un especialista es distinta. Debe dedicar una parte de su vida a ser solo aprendiz. Luego podrá actuar de manera efectiva en el trabajo. Un "aprendiz de brujo" puede no llegar a ser nunca "brujo". Las relaciones entre especialistas suelen ser jerarquizadas; el de más conocimiento, experiencia o habilidad domina la escena. Ser "sacerdote", implica tiempo y conocimientos. Fue indispensable disponer de tiempo "ocioso" -no productivo- en la infancia y la juventud, para aprender a hacer oráculos, canales, calendarios, planificar y conducir proyectos, enfrentar las sequías, catástrofes y otras exigencias de la vida agrícola. Todo eso se puede hacer en el mismo lugar donde se vive.

El apogeo de los templos (siglos XIII - V a.C.)

Cuando se ingresa al templo de Chavín -en la sierra de Ancash- se tiene la sensación de entrar en un mundo donde domina el terror. El silencio es total, en medio de gruesas murallas y un sólido techo de piedra. Las galerías, o corredores interiores, son angostos, altos, fríos; es fácil perderse en ellos; forman un laberinto de oscuras ramificaciones. Al centro, en medio de una granizada de piedras, hay una lanza gigantesca, tallada en piedra, como caída del cielo y clavada en lo profundo de la tierra. La gente le llama "el Lanzón". Tiene más de cuatro metros de altura. Pero no es propiamente la figura de un cuchillo o una lanza; es la imagen de un ser humanizado, que muestra las fauces con filudos colmillos curvos. Tiene la mano derecha en alto, como si estuviese saludando, la izquierda reposando, y las uñas son garras y los cabellos serpientes. Está con el ceño fruncido, como si estuviera molesto. Es la figura de un dios perdido en el laberinto de un templo destruido hace más de 2.500 años.



Foto 11, Detalle de los grabados en el Obelisco Tello, s. XI-VII a. C. Chavín de Huantar, Perú.

Chavín está en medio de la sierra,[16] en el cruce de dos ríos nacidos en la "Cordillera Blanca", donde está el nevado más alto del Perú, el Huascarán, con más de 6.700 m de altitud. Los edificios estaban construidos con piedras inmensas, formando plataformas escalonadas. Pero no es ese aspecto megalítico lo importante, lo son las imágenes que aparecen en las piedras. Clavadas en los muros había unas grandes cabezas humanas de distinta forma y figuración, dispuestas como saliendo del interior de los templos, con colmillos, con cabellos convertidos en serpientes, con los ojos desorbitados o manando sangre de la nariz. Si los artistas buscaban crear terror, lo lograron, sobre todo si además de ver los muros exteriores se ingresaba a apreciar las columnas, dinteles, zócalos y demás detalles de los diversos edificios; las piedras finamente talladas y pulidas tenían grabadas un panteón de seres jamás imaginados, que sin duda tenían en sus detalles los signos de muchas historias y misterios que solo los instruidos conocían bien.[17]

Es éste uno de los lugares que sirve de testimonio de lo que ocurría en el Perú hace tres mil años. Se trata de los códigos de relación entre las gentes. Sabemos que en aquel tiempo, desde cuando se fue de-

[16] Tello, 1960.
[17] Rowe, 1973.

finiendo la opción agrícola como forma dominante de vida -por causas que solo podemos explicar especulando- la antropofagia era una práctica generalizada. En todos los lugares de la costa y la sierra donde quedaron restos de comida, los arqueólogos encuentran que junto a los huesos de camélidos, venados, aves, roedores y peces con que se alimentaban, también hay restos humanos, con evidencias de haber sido comidos como los demás animales: cocidos, asados, trozados.[18] Las cabezas-clavas, de piedra, en el templo de Chavín, o las imágenes de cuerpos, pies, manos o cabezas desarticuladas que aparecen en los muros de Sechín, deben tener alguna referencia a esas prácticas canibalísticas.[19] Pero las imágenes de los dioses feroces van más allá de la antropofagia, que debe ser parte de relaciones entre vecinos y forasteros, en guerra; las de los templos extienden éstas a las relaciones entre las fuerzas sobrenaturales y las gentes: es decir entre los sacerdotes -sus representantes- y los comuneros. Sin duda no son relaciones entre iguales; detrás de esos misterios está la fuerza del poder. Son expresión física de las relaciones asimétricas entre los trabajadores de los centros ceremoniales y los de la tierra.

La reciprocidad se basa en una norma que dice que entre iguales se deben obligaciones iguales. En un sistema social de base igualitaria, cumplir reglas en relaciones desiguales no tuvo que estar librado a la voluntad de las personas. Por lo que vemos en Chavín y otros templos de la época, los dioses no presentan la imagen de seres benignos y dadivosos, sino por el contrario, de seres con atributos agresivos, tomados de animales temibles (garras de aves rapaces, colmillos, serpientes, felinos). Son dioses y personajes represivos, que convocan al terror, al miedo. La alternativa de negarse a entregar una parte de la producción o del tiempo de trabajo efectivo en el campo no tenía que depender del libre albredrío de los trabajadores del campo. Para eso fue necesario crear un régimen de obligaciones imprescriptibles, con sanción de los dioses.

La creación de tales dioses fue seguramente larga y difícil; aun cuando cada fuerza natural era divina. Los sacerdotes crearon dioses; pero no tuvo que ser una creación imaginada o alucinada; sería más correcto decir que los dioses aparecieron ante los ojos de los sacerdotes, como seres portadores de los poderes del bien y del mal: de

[18] Lumbreras, 1989: 206 ss.
[19] Samaniego, 1980.

aquello que da la vida y que la quita, de lo que da bienestar y permite la reproducción, y de lo que da dolor o impide vivir. Los sacerdotes eran testigos de la relación directa entre los inasibles astros y las cosas materiales de este mundo. Fusionaron sus conocimientos con la habilidad de los artesanos y ambos, en santa alianza, edificaron en piedra, en barro, en hueso o en telas, un olimpo tangible de dioses severos, más bien feroces, represivos, dueños de todos los poderes y acreedores de todos los hombres y su trabajo. Se estableció así la teocracia, que es el gobierno de los sacerdotes ("kamachicuq" les llaman en quechua, y quiere decir: "el que puede" o también "el que es capaz de...") en nombre de los dioses, convirtiendo los templos en el centro de la actividad social y económica.

A Chavín acudían sacerdotes de otras partes del mundo andino, en busca de la sabiduría que esperaban de sus dioses, del mismo modo como ocurría 2.000 años después en Lima, cuando las gentes iban al santuario de Pachacamac a preguntar por las futuras condiciones de las cosechas. Esto está probado, porque en los templos de Chavín se ha encontrado ofrendas que fueron llevadas desde lejanos lugares, a cientos de kilómetros de distancia; desde Cajamarca, Lambayeque o Jequetepeque, Trujillo, Huánuco y seguramente Lima y otras partes de Ancash. Hay conchas traídas de los mares fríos de la costa central y de las aguas calientes del norte, y animales de las alturas y los llanos, los páramos, los bosques y el desierto.[20]

Algunos arqueólogos pensaron que Chavín pudo ser algo así como la capital de un imperio; los datos no apoyan esto. No hay restos chavinos más allá de Ancash y Lima, en la época de mayor expansión. En cambio, es evidente que los códigos de Chavín eran aceptados en un territorio muy grande, dado que trujillanos, cajamarquinos y limeños iban a Chavín como una práctica estable que duró siglos. No cabe duda que Chavín era un lugar especial en su tiempo; pero sabemos que no era el único. La historia no se detuvo, dando paso a Chavín; continuó en los valles y cuencas, y el éxito de los templos y los sacerdotes fue generalizado. Hay decenas de templos de diversos tamaños e importancia, ligados a los últimos siglos del milenio anterior y los primeros de éste: en Lambayeque la huaca Lucía-Chórrope; en Moche, la huaca de Los Reyes y otros cercanos; en Cajamarca, Huacaloma, Pacopampa y Kuntur Wasi; en Nepeña, Punkurí; en Casma, Moqeke y Pam-

[20] Lumbreras, 1993.

pa de las Llamas; en Lima, Garagay, Manchay y Huacoy, para solo mencionar los más famosos.

No sabemos bien cómo se daban las relaciones entre unos y otros, pero es evidente que no tenían vinculaciones de cohesión como parecería por sus relaciones con Chavín; respondían, además, a distintas tradiciones y costumbres; de hecho, ni siquiera tenían los mismos dioses, según se desprende de las diferencias que hay en la iconografía. A los de Trujillo se les conoce con el nombre de Cupisnique,[21] y todo indica que aun cuando hay una cierta familiaridad entre los valles y cuencas vecinas, hubo, en esta parte del país, una tendencia más localista que la que existió en el milenio anterior. Los sacerdotes impusieron una liturgia ostentosa, estimulando una artesanía talentosa, con bellas obras de arte para los templos. Eso dio lugar a una búsqueda activa de nuevas técnicas y recursos y la formación de estilos artísticos depurados, como el de Chavín, Cupisnique, Kuntur Wasi o Pacopampa, donde se hicieron esculturas de piedra y trabajos en cerámica, hueso y otros materiales finos. Según parece, en este tiempo nació la metalurgia, aunque hay indicios que ya se conocía un milenio antes en el sur árido.[22] Está confirmado que hacia el siglo VI o V ya se trabajaba oro, y aparentemente también cobre en la costa norte y Cajamarca.[23]

El intercambio entre regiones diversas provocó situaciones novedosas en todos los ámbitos de la actividad social; productos serranos y selváticos fueron ambientados a la costa, y en la sierra se fundieron tradiciones selváticas y costeñas. La agricultura se enriqueció en todo sentido. Así fue como los camélidos domésticos, que solo habían sido introducidos en el norte a fines del milenio pasado, en tiempos de Chavín ya eran importantes en la vida de la gente. La población aumentó junto con la bonanza de los centros ceremoniales. Por cierto, toda esta experiencia tuvo repercusiones más allá del norte, en lugares donde acudían los enviados de los sacerdotes a obtener materia prima rara, como la obsidiana, que según parece era trasladada desde Huancavelica para hacer cuchillos en Chavín y Cupisnique.[24] Por alguna razón llegaron también hasta Ayacucho y tuvieron contacto con los pobladores de los oasis de Ica, dando origen a ciertos elementos de la iconografía

[21] Larco, 1941.
[22] Grossman, 1972.
[23] Elera, 1985.
[24] Burger y Asaro, 1977.

de Paracas, que se estaba desarrollando en ese tiempo en el sur. Aquí, en el sur, hay un "dios con dos varas", una en cada mano, quizá asociado al algodón,[25] que aparece también en una losa conocida como "Estela Raimondi", encontrada en Chavín. Esa divinidad es el punto de contacto más importante entre esas regiones; en Ica aparece en tejidos y mates pirograbados, y muchos de sus elementos -dientes, garras y volutas- son parte de la iconografía Paracas pero también extendida muy al sur, en el ámbito del Titicaca y el Cusco, según se está averiguando.[26]

En Ica y Ayacucho, y posiblemente también Huancavelica, se había desarrollado una población de agricultores-pescadores y pastores-agricultores, cuya condición de desarrollo estaba orientada en una dirección distinta de la norteña. Aquí no había sacerdotes ni templos, como los de allá, y probablemente no eran necesarios, ni podían ser mantenidos. Es región árida, con pocas tierras; en la sierra el paisaje dominante es la puna, y en la costa es el desierto, de modo que las áreas que podían responder a las exigencias de una agricultura como la norteña eran menores.

El proceso de regionalización (siglos IV a.C.- I d.C.)

Siempre es posible advertir una tendencia a la identificación de las gentes con los ambientes que ocupan; eso no impide percibir una cierta uniformidad en las conductas de los habitantes de los Andes centrales, con asentamientos, centros ceremoniales e idealizaciones convergentes. De allí nació la hipótesis de que debió existir una "cultura matriz" en la aurora de los tiempos, que Max Uhle y otros, a comienzos de nuestro siglo, pensaron que debía encontrarse en algún lugar de Mesoamérica, en tanto que Julio C. Tello pensaba que debía ser local y el núcleo podía ser Chavín.[27] Con o sin una fuente matriz, el hecho es que las condiciones de desarrollo local fueron imprimiento particularidades en la conducta de las gentes; los pueblos comenzaron a "fabricar" su propio ambiente, con la autonomía que el desarrollo de sus capacidades productivas les permitía, prestándose de otros lo que fuera necesario y desechando lo que no lo fuera.

---

[25] Cordy-Collins, 1979.
[26] Rowe, 1977.
[27] Uhle, 1923; Tello, 1921, 1942.

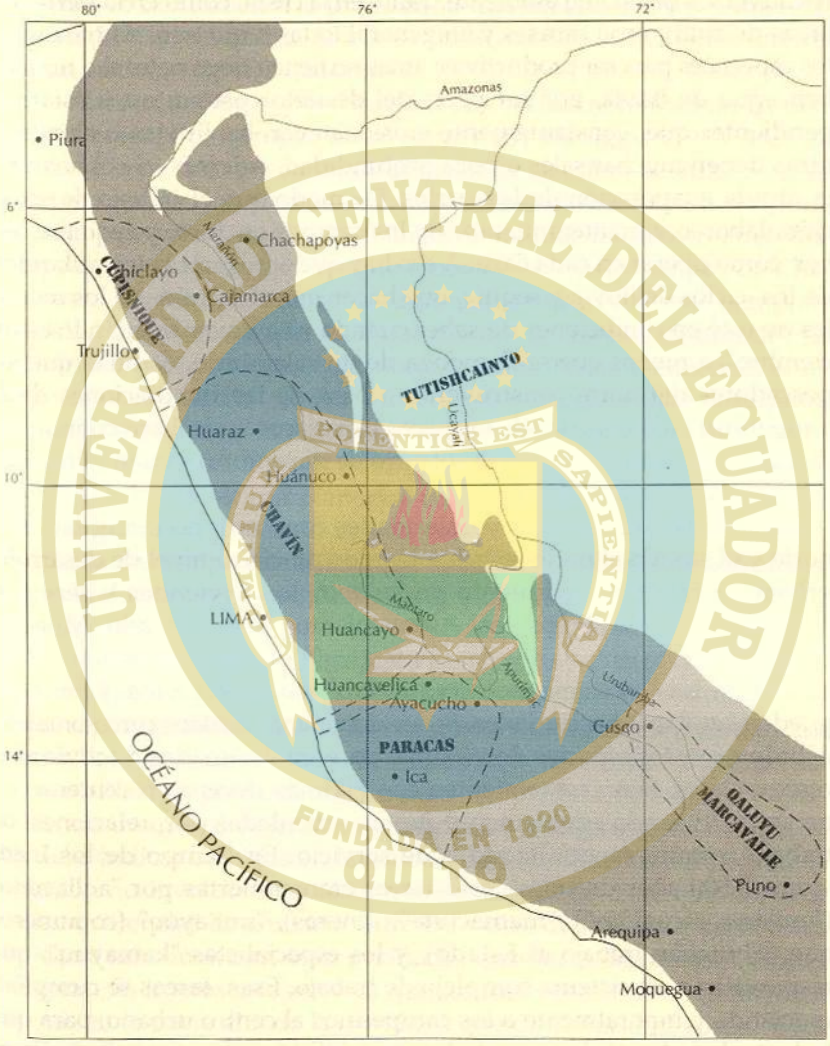


Lámina 9, Áreas de interacción y principales asentamientos del Formativo en los Andes centrales.

El Perú es un país difícil para los agricultores, sobre todo si ellos no disponen de recursos suficientes como para superar los factores adversos del medio ambiente. Tanto en la costa, como en la sierra, las áreas de cultivo son escasas y en general todas requieren de tratamientos especiales para ser productivas; unas no tienen riego natural o no reciben agua de lluvia, por ser parte del desierto costero; otras están en pendientes que constantemente erosionan con las lluvias o el viento; otras tienen muchas sales o poca profundidad. Además, el sol favorece la rápida evaporación de los suelos. De modo que el trabajo de selección, laboreo y mantenimiento de los campos es duro, y requiere saber cómo operar en cada caso. A eso hay que agregarle la irregularidad de los ciclos de lluvia y sequía, que hacen que el común de los mortales no esté en condiciones de saber cuándo va a llover o "cuándo es diciembre", a menos que se disponga de un calendario, como el que los pescadores del norte construyeron a base de las fluctuaciones de la temperatura del mar, donde los peces y mariscos "avisaban" cuándo era tiempo "del Niño" (navidad, o solsticio de diciembre) y cuán húmedo o seco se presentaría cada año.

Si bien hay ciertas regularidades comunes, no era igual en el norte y el sur. En el norte se había logrado un cierto nivel de desarrollo urbano, a raíz del crecimiento de los templos, viviendas y servicios montados por los sacerdotes. Asentamientos como Chavín, Moqeke, Caballo Muerto y otros, no son asentamientos rurales ni pueden ser llamados "aldeas", y asimismo no son simplemente templos, y tampoco pueden ser llamados ciudades. Se les denomina "centros ceremoniales", debido a que los espacios dominantes parecen destinados a actividades ceremoniales. Son asentamientos con algunas decenas o centenas de personas viviendo establemente juntas, articuladas por relaciones de trabajo común, especializado o de servicio. En tiempo de los incas -unos 2.500 años después- esas tareas eran cubiertas por "aqllacuna" ("mujeres escogidas"), "mamacuna" (señoras), "mit'ayoq" (comuneros que tributaban trabajo al Estado), y los especialistas "kamayuq", que respondían a un sistema complejo de trabajo. Esas tareas se cumplían asociando temporalmente a los campesinos al centro urbano, para que trabajen bajo la conducción de los especialistas y funcionarios permanentes del estado inca; en condiciones sociales e históricas distintas, pero seguramente de manera similar a las de este período. Un esquema similar, con sacerdotes a la cabeza, funcionaba en aquel tiempo en

el "centro ceremonial" de Pachacamac. Las funciones son básicamente las mismas. No hay evidencias de "talleres" o casas destinadas a reunir a quienes se dedicaban a la producción manufacturera -los "Aqllawasi"- pero sí hay evidencia de que se desarrollaban actividades que requerían este tipo de trabajadores.

La Arqueología viene registrando hechos notables con respecto a esta etapa. Por ejemplo, se sabe que entre los siglos VI y V a.C., en Chavín se inició una suerte de ampliación de su esfera de influencia; es una etapa cuando los servicios cultistas del templo cambiaron varios de sus rasgos previos, ampliando el área ceremonial hasta formar el vasto espacio conocido como "Templo Nuevo". Los viejos dioses de Chavín fueron también modificados o agregados otros; es de este tiempo la divinidad de las varas que está grabada en la "Estela Raimondi". La cerámica se volvió más sencilla, aunque mejor hecha y más fina. Si alguna vez se "expandió" Chavín, fue en este tiempo, aunque nuestra información se reduce a la distribución de la cerámica tardía de Chavín, que se encuentra desde Ayacucho e Ica hasta el norte de Cajamarca y que parece haber influido tan lejos como Cuenca (en la cerámica Narrío). No parece el producto de una conquista o algo parecido, sino la dispersión de un tipo de vajilla que estaba acompañada de procesos de desarrollo local y regional, de modo que coincide con la disolución de las uniformidades.

Los hallazgos arqueológicos indican que se mantenían los hábitos canibalísticos, junto a un desarrollo evidente de actividades guerreras, según se infiere de los asentamientos fortificados y verdaderos "fuertes" que se multiplicaron. Se multiplicaron, asimismo, los asentamientos aldeanos permanentes, hechos con piedras o adobe, con independencia de que estuvieran o no asociados a centros ceremoniales, lo que debe indicar cambios en la calidad de vida de otros sectores de la población no involucrados en el trabajo sacerdotal. Hay que destacar que las evidencias de contacto entre los valles de la costa y entre éstos y la sierra eran intensos, sean pacíficos o producto de confrontaciones guerreras. Es interesante advertir que las fortificaciones se desarrollaron más en la parte alta de la cordillera que da al Pacífico, como si los conflictos hubieran sido fundamentalmente entre las poblaciones de la costa y la sierra.

Mientras que en el norte fértil se había producido un apoteósico desarrollo de la agricultura de climas templados, desde Lima y la

meseta de Junín, hacia el sur, las cosas eran diferentes. Los valles de la costa que están al norte de Lima tienen ríos con más agua, mientras que los valles de Ica y de más al sur son en realidad oasis, que aparecen en las pocas zonas libres de arena que hay en esos inmensos desiertos. Eso hace que los lugares para pesca y recolección de mariscos sean también más escasos, dado que las fuentes de agua dulce son menos accesibles. Hay, desde luego, lugares privilegiados como la península de Paracas, con pesca y caza de mamíferos marinos y -si bien mucha arena- algunos manantiales que permiten la vida de la gente.[28] De otro lado, las cuencas y valles serranos están cercados por las punas, donde la actividad agrícola es mínima. Se puede decir que en la sierra sur solo existen el valle del Mantaro en Junín y el de Urubamba en el Cusco; a ellos se agregan las cuencas de Ayacucho (Huarpa y Pampas) y pequeños oasis de altura en Apurímac. Todo lo demás es puna, mayormente encima de 4.000 m de altitud. El problema del agua es mayor en el sur, pero la magnitud de las obras de riego posibles es mucho menor. Las heladas y las temporadas secas -sin lluvia- son mucho más prolongadas y exigentes. Debido, además, a que hay menos terrenos llanos, se ocupa más las laderas o la cima de los cerros.

Quizá por todas estas condiciones y el dominio de la actividad pastoril, en este territorio no hubo un proceso urbano como el del norte. El Formativo temprano se dio en el primer milenio, cuando en el norte se estaba dando el período "Clásico"; una diferencia de un milenio. Tanto en Ayacucho como en Ica o Cusco, las poblaciones de las fases Wichqana, Disco Verde, Hacha o Marcavalle, tuvieron formas de vida distintas a cualesquiera del norte. Lo malo es que sabemos poco aún sobre ellas. En Ayacucho, durante la fase "Rancha" (hacia el siglo IV-I a.C.). Habían desarrollado una técnica de "barreras" de piedra para contener la erosión del suelo de fuerte pendiente, así como una serie de recursos para usar el agua de manantial y de lluvia a base de cortas acequias y pequeños diques distribuidos por el cerro. Para estas tareas, por cierto, no se requería de gran cantidad de mano de obra, pues podían hacerlas los miembros de una comunidad no muy numerosa. Claro que solo servía para producir alimentos para un número pequeño de gentes.

El valle de Chincha, que es el que más se parece a los norteños, desarrolló un esquema de vida con elementos urbanos, que aun cuan-

[28] Tello y Mejía, 1979.

do pudo tomar algunos estímulos de sus contactos con el norte, se parecen más a los que simultáneamente se desarrollaban en el altiplano del Titicaca. Inauguró un "patrón urbano" formado por una serie de plataformas alargadas, con patios hundidos en la cima, que se articulaban en torno a una avenida o eje longitudinal, en dirección este-oeste. El sitio más antiguo que se conoce con este patrón es el de las "Huacas Soto" y está asociado a la fase que Julio C. Tello[29] bautizó como "Necrópolis de Paracas", aun cuando tiene antecedentes -en el mismo valle- en asentamientos menos grandiosos. Este tipo de asentamiento se mantendrá por muchos siglos en Chincha y tendrá mucha importancia en el sur, desde Lima hasta el altiplano del Titicaca.

Paracas es una población que se hizo famosa a raíz del descubrimiento -por Julio C. Tello, en 1925- de un cementerio que contenía una gran cantidad de momias cubiertas por riquísmos tejidos, que formaron un tesoro textil de primer orden, con mantos funerarios, vestidos y otras prendas de algodón y lana, teñidas en muchos colores muy vistosos. Según los expertos, los mantos bordados son obras de taller; no pudieron hacerse a nivel doméstico. Algunos de ellos implican varios meses de labor, con manos muy expertas. Paracas se distingue por una característica cerámica polícroma, pintada post-cocción y que también usaba la pintura negativa. Se desarrolló en los valles de Ica, desde Chincha hasta Nasca, aun cuando los grandes sitios urbanos solo se conocen en Chincha y algunos menores en Ica. Según parece, tuvo mucha relación con Huancavelica, Ayacucho, Cusco y el Titicaca.

En este tiempo, en el Cusco se desarrolló una fase conocida como Marcavalle, que según parece ya tenía un cierto aliento agrícola, pero con una base productiva asociada al pastoreo, similar a la fase Qaluyu de la cuenca del Titicaca, con asentamientos de tipo aldeano. Lo más importante, sin embargo, fue lo que ocurrió después del siglo V o IV a.C., cuando en el Cusco se desarrolló Chanapata y en la cuenca del Titicaca se formó Pucará. Mientras que el Cusco siguió una vida aldeana, en Pucará se desató un desarrollo urbano tan importante como el del norte. Pucará -que queda casi sobre 4.000 m.s.n.m.- es algo así como el Chavín del Titicaca. Hay un sitio igualmente importante, más pequeño, en la sección oriental del lago -en Bolivia- que se llama Chiripa y que contiene varios elementos antedentes de Pucará.

[29] Tello, 1979.

No cabe duda que en torno a Pucará estaba ocurriendo algo similar al proceso norteño, en asociación con la elaboración de calendarios agrícolas y la gestión agraria. Hay evidencias de "camellones" y otras obras de infraestructura para la habilitación de los terrenos de la región, aun cuando todo esto solo alcanzó el máximo de sus posibilidades en el posterior período Tiwanaku. Hay que decir que el lago Titicaca crea condiciones particulares sobre su entorno; microclimas poco comunes a esa altitud, encima de los 3.800 m. Eso hace posible una agricultura extensiva en los bordes del lago, en los valles aledaños y en la cuenca norte, pero no la libera de los arrebatos del clima, que además de frío tiene largos períodos de sequías y lluvias extremas. Todo eso fue objeto de trabajo especializado, y dio lugar a una población firmemente asentada.

2. LOS DESARROLLOS REGIONALES (SIGLOS II A.C.- V D.C.)

Si los españoles, o cualquier otro pueblo, hubieran llegado al Perú a comienzos de nuestra era, hubieran tenido la oportunidad de ver muchas formas de vida de desarrollo desigual, muchas de ellas conducidas por centros teocráticos, que manejaban, con autonomía, territorios de tamaño muy variado, coexistiendo interdigitados con agricultores y pastores de vida aldeana muy simple. Los procesos no tenían la misma calidad o intensidad; por el contrario, había desniveles notables, con hegemonías de ámbito territorial muy vasto y autonomías múltiples en territorios donde la teocracia o cualquier otra forma de poder equivalente, no existía. Eso facilitó el ascenso político de los centros mayores, que al crecer lograron incorporar a los más pequeños y débiles como tributarios o satélites.

Hasta este punto hemos sostenido que la uniformidad regional de la producción -por ejemplo el uso de una misma alfarería- era resultado de contactos e intercambios entre pueblos; pero ya no podemos decir lo mismo en esta época. La unidad regional está comprometida con procesos organizados en torno a voluntades centralizadas de articulación económica y social, que disponen de centros hegemónicos con capacidad para imponer decisiones. Esto no ocurre por igual en todas partes; en Ayacucho, Cusco y Cajamarca, y varios valles de la costa, la uniformidad de las artesanías y otros comportamientos, procede de

contactos entre aldeas y la circulación de bienes más bien que de la gestión de centros hegemónicos que -hasta el momento- desconocemos.[30]

En Ayacucho vivían los huarpenses, que no eran gentes ricas, aunque sí muy esforzadas; su forma de vida era aldeana y si bien su economía giraba en torno a la agricultura, parece claro que la importancia del pastoreo era también grande.[31] Dentro de un paisaje de muchas pendientes, habían cubierto las laderas con terrazas hechas con piedra y barro, que no solo evitaban la erosión de los terrenos, sino que habilitaban suelos. En Ayacucho, el problema suelo es un problema, otro es el agua, ambos son recursos escasos. La mayor parte del cultivo -aun de terrazas- era de secano, con solo una cosecha al año, que desde luego dependía de las lluvias anuales. Hay evidencias de obras de riego,[32] pero la mayoría son de escala menor, asociadas a caseríos o aldeas, que son el tipo de asentamiento dominante hasta el siglo IV o V d.C.

En Cajamarca la situación es diferente; allí la población disponía de terrenos para cultivo de riego y secano y existía la tradición urbana que afloró en el Formativo.[33] Este urbanismo se desenvolvió sobre todo en Huamachuco y Cajabamba; es diferente al de la costa, si bien mantuvo contactos con ella. Se trata del desarrollo de lugares derivados de las fortificaciones de la época pasada, cuando eran importantes las murallas de defensa y la selección de lugares altos y protegidos, para hacer poblados. No parecen centros para la vivienda y trabajo de sacerdotes. Además, están cerca de la "zona de paso", en lo alto de los valles costeños.[34] Eso explicaría por qué en el extenso valle de Cajamarca el patrón de asentamiento es aldeano.

Algo parecido ocurría en la sierra de Ancash, donde se mantuvo un patrón ceremonial similar al de Chavín hasta el siglo I o II de nuestra era. No tenemos noticias sobre centros urbanos; se sabe de mausoleos en forma de cámaras soterradas; de viviendas también soterradas y aldeas. La cerámica, conocida con el nombre de Recuay, es mucho más compleja que la ayacuchana o la cajamarquina; es escenográfica y documental; gracias a eso podemo apreciar modelos de casas, templos, fortalezas e imágenes de los guerreros y dioses.[35] La insisten-

[30] Lumbreras, e.p.
[31] Pozzi-Escot y Cardosa, 1986.
[32] Mitchel, 1981.
[33] Terada, 1985; Terada e Onuki, 1982, 1985.
[34] Topic and Topic, 1978; 1983.
[35] Grieder, 1978; Wegner, 1982; Eisleb, 1987.

cia en el tema de los guerreros, fortificaciones y armas, nos induce a pensar en estructuras favorables a la guerra, que deben ligarse a incursiones que hicieron a la costa y otras vecindades; se ha encontrado cerámica Recuay en el Pajatén o Abiseo, que queda en las montañas del Marañón. Los ancashinos de entonces mantenían un contacto muy estrecho con Moche, intercambiando productos y posiblemente guerreando; hay influencias en ambas direccioneS.[36]

Las regiones que se desarrollaron en una dirección urbana no fueron las mismas que tuvieron el apogeo de los grandes centros ceremoniales del Formativo; es así como en Casma no logró conformar una estructura urbana como la de los mochanos; en cambio, se organizó en torno a asentamientos fortificados y fortalezas, que se iniciaron con edificios como Chankillo desde el Formativo superior.[37] Valles como Santa, Nepeña, Supe, Huarmey y otros, tampoco lograron montar un esquema urbano de vida. De modo que Moche, Lima, Chincha y Tiwanaku aparecen como casos singulares; parece que son los lugares donde la intensificación agrícola se veía favorecida por más tierras y mejores recursos para el desarrollo de grandes proyectos de origen urbano. Moche y Lima representan la concurrencia de varios valles en un área; Tiwanaku es el resultado de un proceso de dominio sobre el Titicaca, cuya riqueza era explotable dentro de un proyecto de concurrencia regional que requería régimen urbano. Chincha está en estudio, pero se está manejando la hipótesis de ser un centro de intercambio entre regiones alejadas. El valle de Nasca, con Kawachi, tuvo un desarrollo particular, aparentemente asociado a los oasis.

Vale la pena ensayar una mirada de conjunto sobre lo que ocurría en este período, porque no es un proceso de formaciones autárquicas -como aparece desde las perpectivas reduccionistas de los culturalistas- aun cuando en la regionalidad está contenida una tendencia hacia la autosuficiencia. Observadas las poblaciones aisladas, aparecen como formas de desarrollos autónomos, como "culturas"; nada más falso: Moche, Cajamarca, Recuay y Lima son aspectos de un mismo proceso de desarrollos locales desiguales pero combinados, del mismo modo como lo fueron los procesos situados en Nasca, Huarpa o el Titicaca.

---

[36] Proulx, 1982.
[37] Fung y Williams, 1973, 1977.

Los Señores de Moche

Los valles de Trujillo y Lambayeque son los más amplios de la costa peruana. Allí se dio un proceso histórico complejo que conocemos como Mochica. En las fases más antiguas, su núcleo más desarrollado estuvo en el valle de Moche y Chicama, donde hay un centro urbano espectacular,[38] constituido en torno a dos inmensas plataformas escalonadas, hechas de adobes, donde la mayor es llamada "Huaca del Sol", y la otra "Huaca de la Luna". Están formadas por una serie de terrazas que contenían recintos y patios donde se hacían ceremonias, como las que aparecen dibujadas en la cerámica o los frescos polícromos que cubren gran parte de sus muros. Son obras de gran magnitud, fue necesaria una fuerte inversión de trabajo para su construcción y mantenimiento; eso significa mano de obra abundante y excedentes suficientes para mantenerla. En los valles de Chicama, con las huacas El Brujo[39] y otras, o en Jequetepeque y Lambayeque,[40] ocurría lo mismo, y si bien no sabemos aún el tipo de relaciones que estaban en juego, es obvio que cada valle debió disponer de tales recursos.



Foto 12, La pirámide del Sol, Moche, s. III a.C.- V d.C. Perú.

Los mochanos se caracterizan por el desarrollo sostenido de una política de intensificación agrícola, que comenzó por ampliar sus

[38] Uhle, 1913; Reindel, 1993.
[39] Franco y Vásquez, 1994.
[40] Castillo y Donnan, 1994; Alva y Donnan, 1993.

fronteras de cultivo, irrigando nuevas zonas en los valles, mejorando la productividad con una mejor distribución del agua y recurriendo a la fertilización artificial de los suelos, con "guano" extraído de las islas guaneras. La proximidad entre los valles de Chicama y Moche, favoreció los trabajos de ampliación de la frontera agrícola mediante canales de derivación de las aguas; se puede decir que tanto esos valles como el de Virú, adquirieron, en ese tiempo, el tamaño y forma que conocemos, aun cuando muchas obras fueron de períodos posteriores. Los valles de Lambayeque iniciaron su crecimiento, que solo alcanzó los niveles actuales a partir del siglo V d.C., cuando se produjo un crecimiento suficiente como para sustentar un asentamiento tan grande como el de Pampa Grande. Un aspecto destacable es el uso del guano de las islas, al que se asocian figuras de prisioneros que quedaron enterradas bajo el guano[41] y que quizá indican que algunas de esas personas –¿capturadas en combate?– eran confinadas a las islas para el trabajo en los yacimientos. Eso representaría una evidencia de incorporación de "otros" a la producción –¿en calidad de esclavos?– en ¿tareas consideradas viles?, pero necesarias.

Por cierto el mar no era ajeno a las preocupaciones alimentarias de los mochanos, de donde obtenían peces, mariscos, lobos marinos y algas –que llamaban "mococho"– que abundan en las orillas. No solo disponían de redes ya tradicionales y de muy vieja data, pero también de embarcaciones con las que podían desarrollar tareas de pesca mar adentro y –desde luego– ir hasta las islas guaneras. La navegación fue un aspecto muy desarrollado; aparte de unas canoas hechas de tallos de enea amarrados, llamados "caballitos de totora", tenían también las "balsas", embarcaciones hechas con troncos, que podían llevar no solamente varios navegantes, sino incluso un ambiente techado y espacio suficiente como para transportar carga con llamas, comida, minerales, etc. Por informaciones posteriores, del siglo XVI, sabemos que las balsas podían llevar más de una veintena de hombres, llamas y mercadería entre puertos más o menos distantes. En Moche conocemos maquetas o modelos hechos en cerámica, así como íconos que nos permiten identificarlas. Eso les permitió estar en vinculación con muchos pueblos de la costa; quizá era como obtenían las conchas "mullu" (*Spondylus princeps*) de los mares ecuatorianos.

[41] Kubler, 1948.

No podemos dejar de mencionar que los mochanos no solo se alimentaban de los productos del mar y de los agrícolas, sino que su consumo de proteína animal se extendía también hacia los animales de tierra silvestres y domésticos. Hay mucha información acerca de la importancia que tuvo la llama para ellos, no solo como fuente de alimentación, sino como animal de carga, útil para travesías largas por tierra. Criaban también el pato "joque" (*Cairina moschata*) y el "cuy" (*Cavia porcellus*), y cazaban unas lagartijas (cañan) del desierto, donde recolectaban caracoles comestibles. La caza de venados, en forma de "chaco", es decir rodeándolos, también se practicaba, pero no está aún claro si era algo generalizado o si –como parece– era una actividad exclusiva de los "señores". La iconografía que ilustra estas actividades, muestra escenas de caza conducidas por personajes importantes, que tienen ayudantes o "batidores" de rango menor.[42]

Este fue el marco de una sociedad en crecimiento constante, que incluye ascenso poblacional. Sea por el aumento de población, que pudo presionar sobre las subsistencias, o las exigencias propias del régimen productivo adoptado, los mochanos incursionaron en otros territorios de la costa y la sierra; no sabemos si en busca de mano de obra (por ejemplo "rapto" de mujeres o toma de prisioneros) o en busca de tierras y/o materias primas. Hay incursiones hacia el este, el norte y sur; aparentemente guerreras, dando como resultado su asentamiento en nuevas tierras y el sometimiento de la población local, como parece que ocurrió desde Virú y Santa hacia el sur y quizá también desde Jequetepeque hacia el norte. Según muestra la iconografía, la guerra tenía mucho prestigio entre los mochenses.

Hacia el sur, su expansión llegó hasta Nepeña, donde se instaló un centro ceremonial –y seguramente administrativo– en un lugar llamado Pañamarca, consistente en una suntuosa pirámide que además contiene una serie de frescos murales relativos a rituales donde participan sacerdotes, ayudantes y gentes que iban conducidas al sacrificio, en calidad d prisioneros. Hay algunos indicios menores de que también llegaron a Huarmey y que seguramente tuvieron contacto con Casma. Por el norte, en los valles de Lambayeque hay asentamientos desde comienzos de nuestra era, de modo que debemos considerar que la historia de Moche tiene un componente lambayecano tan fuerte como el trujillano. Llegaron a Piura y su presencia allí produjo una singu-

[42] Kutcher, 1983.

lar mezcla con Vicús -de tradición septentrional andina- pero la verdad es que no sabemos aún cómo se produjo esa incursión, que más parece parte de un proyecto colonizador estable, equivalente al que los tiwanakenses tuvieron con sus vecinos de la costa peruano-chilena.

Parece que las guerras fueron constantes con los pueblos del este. Destaca el condicionante guerrero que intervenía en la vida de esa gente; según se aprecia por el desarrollo de sistemas defensivos en los límites altos de los valles, desde Casma hasta Cajamarca. En Chota hay evidencias de una cierta presencia mochana, aun cuando no parece que logró constituir una colonia o algo así; la evidencia es el uso de íconos de estilo mochano en sepulturas de piedra de los chotanos.[43]



Foto 13, Guerrero moche de cobre, s. II d. C. Perú.

No cabe duda que los mochanos habían agregado la guerra al culto de los dioses cósmicos, cuyos poderes represores -de la época Formativa- deben haber quedado débiles o insuficientes para garantizar la obediencia de quienes no participaban de sus creencias. Debido a este culto guerrero, el desarrollo de los instrumentos de defensa y

[43] Shady y Rosas, 1977.

agresión fue generoso: cascos o tocados duros, de forma cónica los más; escudos para enfrentamiento cuerpo a cuerpo o para evitar ser alcanzado por dardos o armas contundentes, como los proyectiles lanzados con hondas; vestidos especiales, a modo de uniformes de combate, y una variedad de sonajas y cascabeles que deben haber jugado un importante papel en las batallas (para hacer ruido). A ello se agregan unas jabalinas con puntas de cobre, y el uso de este metal en la fabricación de hachas y porras. A juzgar por la iconografía, los guerreros tenían un estatus alto, tanto como el de los sacerdotes; debemos pensar que aquellos personajes que aparecen modelados en cientos de piezas de cerámica finísima -los "huacos retratos"- eran algo así como héroes, o seres legendarios que la memoria colectiva debía venerar; muchos eran guerreros y unos pocos posiblemente sacerdotes, en tanto que otros seguramente componentes -como los actores de una obra de teatro- de mito o historias ejemplares de este mundo y del más allá.

Los estudios sobre la iconografía Moche nos permiten saber que los personajes y figuras que aparecen diseñados o modelados en la cerámica o los lienzos murales, son generalmente parte de "temas" de una historia dada, cuya intención es referirse a contenidos mucho más complejos que la simple presentación de hombres, dioses, plantas o frutos, de manera retratista.[44] Gracias a estas escenas podemos ratificar la condición clasista de la sociedad mochana, que se fue configurando desde casi dos mil años atrás, permitiendo la expropiación forzosa de la vida, el trabajo y las tierras de "otras" gentes. Los "señores" se distinguían por sus vestidos fastuosos, mantos adornados con plumas de aves exóticas, adornos corporales de metales preciosos y pedrerías, rostros muy pintados y riquísimos y vistosos tocados. Los comuneros no, ellos vivían con modestia, en chozas hechas por ellos mismos y con vestidos llanos, con poco ornato. Los inválidos, al parecer, eran sometidos a la condición de mendigos; la ley debe haber establecido que solo comían los que eran capaces de trabajar; quizá por eso, en la iconografía, los ciegos o lisiados aparecen en condición de extrema pobreza. Morían como habían vivido: los señores con lujo y excedentes, en sepulcros cuidados; los comuneros en la tierra y con modestos recursos para la otra vida. Había gente que era abandonada en el desierto, como alimento de los buitres, quizá como consecuencia de leyes punitivas.

[44] Hocqenghem, 1987; Castillo, 1989.

No había grandes urbes. Es un sistema basado en centros ceremoniales conducidos por sacedotes-guerreros, con un esquema de vida aldeano para el resto de la población, con uno o dos centros ceremoniales para servir áreas extensas y, en todo caso, centros menores destinados a resolver problemas administrativos y de gobierno. En Virú hay al menos uno en Huancaco y en Nepeña, Pañamarca.

Es una época de grandes logros técnicos y artísticos, que se expresan en una muy lograda manufactura; la cerámica Moche es una de las muestras del arte andino que más sobresale en el mundo. Se logra expresar, ya sea por el modelado o el dibujo un mensaje plástico sobrecogedor. Nada escapa a las manos del artista y a su capacidad reproductora y creadora; es obra de maestros que hacen verdaderos retratos del rostro humano, con un dominio total de la anatomía y las expresiones; se retrata también los objetos, las plantas, los animales; es admirable el corte clásico del diseño. Los mochanos no pintaron las imágenes, las dibujaron, casi siempre de perfil, en movimiento, siempre diciendo algo; no copiaron nada, pero tampoco perdieron la distancia equilibrada que es necesaria entre la forma imaginada y la realidad. Se trata de un arte sacro, que habla de los misterios del cielo y la tierra, de lo que explica y justifica el poder, de lo que los dioses quieren o de la manera cómo apareció el hombre de aquí y por qué son diferentes los "otros". Por eso, las escenas eróticas, cacerías o batallas, no son crónicas documentales, sino códigos de las representaciones que guardaba la conciencia colectiva, como en todo arte sacro.

El señorío de Tiwanaku

Los incas, en el siglo XVI, creían que el origen de sus dioses y gobernantes estaba en el lago Titicaca, al sur del Cusco, a casi 4.000 m de altitud. De sus islas sagradas y sus aguas habrían salido los fundadores del Cusco, enseñando a los demás la agricultura, el tejido y otras cualidades que desde entonces impusieron. En las proximidades del lago, en Tiwanaku, se podían ver restos de edificios y esculturas, muy antiguos, que se asociaron al mito, de modo que Tiwanaku se convirtió en el símbolo de los "orígenes", tal como cuentan los cronistas españoles.

Desde el siglo XVI, hasta avanzado el siglo XX, el debate sobre los orígenes de los incas giró en torno a las tradiciones y las especula-

ciones filológicas. Max Uhle -formado en filología- se incorporó al debate proponiendo una alternativa arqueológica que se sustentaba en las diferencias de estilo entre los restos procedentes del Cusco y los de Tiwanaku,[45] sugiriendo que los cusqueños debían considerarse posteriores. Sus pruebas no eran suficientes, hasta que en 1896 excavó en Pachacamac, hallando que los edificios incaicos de este lugar habían sido construidos encima de tumbas con objetos que tenían dibujos del estilo de Tiwanaku, a los que A. L. Kroeber y sus discípulos llamaron "Tiwanakoide" o "Tiwanaku de la costa". Con esta prueba -la única por muchos años- nadie dudó de la precedencia de Tiwanaku frente a los incas.[46] Ella se enriqueció con los hallazgos de Uhle en sus excavaciones entre Nasca y Moche -en los primeros seis años de nuestro siglo- donde encontró persistentemente la presencia "tiahuanacoide", dando sustento a algunas hipótesis que proponían la posible existencia de un imperio tiwanakense. Solo se confirmó tal antigüedad con las excavaciones que W.C. Bennett hizo en Bolivia, entre 1932 y 1934, pero al mismo tiempo se puso en cuestión la posibilidad de un unidad imperial en torno al altiplano.[47]

Las más recientes investigaciones prueban que tal expansión ocurrió, pero en términos muy diferentes a los supuestos. La expansión hacia el Cusco y territorios más al norte, incluida la costa, no fue parte de dicho proceso, sino de otro identificado con Wari, como el mismo Bennett se encargó de probar con sus excavaciones en Ayacucho.[48] En cambio, hay un área de influencia tiwanakense que cubre la costa extremo-sur del Perú, desde Arequipa hasta Tacna, el norte-grande chileno, desde Arica hasta Atacama, los valles de Cochabamba y el altiplano meridional. Fue un proceso distinto al de Wari o los incas. Aparece como colonización, con ocupación en zonas de agricultura de tierras bajas como Moquegua y partes de Tacna y Arica, en la costa. En otros territorios -como San Pedro de Atacama y Calama- sugiere el establecimiento de una red estable de tráfico de mercaderías, movilizadas por caravanas de asentamiento trashumante, de circulación entre los oasis del desierto. La ocupación de Cochabamba podría parecerse a la de los valles costeros, y las influencias tiwanakenses que se perciben más al

[45] Stübel y Uhle, 1894.
[46] Uhle, 1903; Kroeber, 1944.
[47] Bennett, 1934, 1936.
[48] Bennett, 1953.

sur, hacia Tarapacá y el noroeste argentino, podrían ser una extensión de la extensa red de intercambio montada sobre los oasis de Atacama.[49]

Sin descartar la posibilidad del uso de alguna forma de violencia en el proceso de ocupación de las tierras o de protección de las caravanas, tiene más fuerza explicativa asumir que el territorio de la expansión tiwanakense corresponde a una región cuya coherencia económica requiere de mecanismos de complementaridad con los desiertos y valles. Según los datos arqueológicos, eso ocurría desde los comienzos de la ocupación humana del área, con períodos "punta" que coinciden con épocas de organización política centralizada, como las hegemonizadas por Pucará y Tiwanaku; la una en la cuenca norte del lago, en la primera mitad del primer milenio, y la otra en la cuenca sur, después del siglo V. Los altiplánicos no fueron nunca "extraños" en estas tierras.

Este proceso se ubica en la sección más ancha de los Andes, que es también la más árida. Las áreas agrícolas más ricas están en los bordes del Titicaca. Especialmente en las cuencas norte (lago mayor) y sur (Wiñaymarka), y de algún modo en el borde occidental. Allí se logró organizar, desde el Formativo, una agricultura de gran aliento, combinando diversas estrategias de cultivo. Los problemas agrícolas centrales en esta región se derivan tanto de la altitud como del acceso al agua. Está en el límite altitudinal del área de cultivos, lo que determina un número reducido de cultígenos adaptables. Asimismo, si bien llueve poco, toda la precipitación se da en el lapso de dos o tres meses que corresponde al verano, de modo que los pocos cursos de agua que existen, procedentes de los deshielos, se convierten en torrentes estacionales. Cuando llegan a los llanos próximos al desagüe, inundan los terrenos y elevan el nivel del lago. Su amplitud e intensidad dependen del caudal de lluvias de cada año, que es muy variable, lo que significa que las previsiones sobre los eventos del verano se convierten en tema de gran importancia para las prácticas agrícolas.

Es una agricultura que requiere de una compleja calendarización, con registros de ciclos plurianuales, que corresponden a lapsos irregulares de sequías y humedad, que oscilan entre tres y doce años. Las largas sequías, de tres a cinco años continuos, pueden ser desastrosas -y lo son ahora mismo- si no se pueden prever. Del mismo modo, los lapsos húmedos cortos, de una o dos estaciones anuales, que arrasan con cultivos y viviendas, requieren de una intervención planifica-

[49] Berenger y Dauelsberg, 1989.

da para su efectiva confrontación y beneficio. En ese sentido, deben considerarse fundamentales las instalaciones y procedimientos especializados, con capacidad de procurar y almacenar información calendárica y asimismo programar y gerenciar la producción y el disfrute de las reservas y los excedentes. De otro modo, la economía altiplánica de base agraria adquiere un estado de precariedad estructural, en donde solo los productos del lago y del pastoreo pueden garantizar la vida de la gente, más allá de las demandas subsistenciales, como aparentemente ocurrió después del siglo XII d.C.

El trabajo propiamente agrícola se resolvía mediante el uso de recursos técnicos relativamente simples, con habilitación de terrenos de cultivo en forma de campos elevados en las llanuras inundables o en terrazas en las laderas montañosas. Esas son tareas que pueden resolverse a nivel doméstico ampliado, o con cooperación simple, comunitario. No requieren funcionarios o especialistas diferentes a los agricultores mismos, aunque su magnitud puede convertirlas en obras con demandas técnicas y operativas más complejas, como ocurre cuando pasan a ser parte de un proyecto político mayor. Pero la producción agrícola en el Titicaca no dependía solo de la preparación del terreno y la asociada tecnología hidráulica, sino también de la adecuada programación (calendario) de los procesos de siembra-cosecha y las previsiones de corto y largo plazo para los eventos y períodos de humedad y sequía, que desde el punto de vista económico-social se convertían en tecnología "de punta" del proceso productivo. Son actividades que implican programas y planes de compromiso técnico y laboral diferentes a la tarea agrícola propiamente dicha. Requieren instrumentos y trabajadores distintos. Se puede suponer que las instalaciones tipo-templo que hay desde el Formativo en el altiplano (Chiripa, Pucará, Tuma-Tumani), tenían un papel instrumental en este campo especializado de la producción agraria, con nivel y magnitud superiores en la época Tiwanaku. De este modo, el rol cultista de tales instalaciones, así como de los funcionarios a cargo de ellas, se derivarían más de su condición funcional que del mito o la religiosidad de sus ocupantes. Son la matriz de los centros urbanos y, por tanto, sus ocupantes debieron ser los especialistas que allí trabajaban.[50]

No se trata de asentamientos rurales o aldeanos que crecieron al ritmo de la demografía, sino de instalaciones diferentes a las domés-

[50] Kent, 1987.

ticas, en torno a las cuales se asentó un sector concentrado de habitantes. Si es válido el enunciado, estos lugares debieron cumplir tareas al servicio de la producción calendárica, concentración de información y administración, con espacios destinados a observatorios de los eventos cósmicos, almacenaje y compensación cultista de las demandas cognitivas, convocando a la población para ofrecer servicios especializados, ya sea en la forma de ceremonias o no. Son asentamientos permanentes, de una clara definición urbana. De este modo, la población comunera habitaba en caseríos y aldeas, directamente asociados a los terrenos de cultivo, ligados a núcleos urbanos que a su vez se relacionaban con un centro principal en Tiwanaku, que dominaba la esfera especializada de rango mayor. Eso es un régimen cónico de las relaciones de poder. En realidad, hasta donde sabemos, en cada valle del Titicaca oriental había un centro ceremonial.[51]

Por cierto, el altiplano no se restringe a los bordes del lago; por el contrario, ésta es la zona más pequeña. El área mayor está constituida por las "punas" que le rodean, por encima de los 4.000 metros. Allí, el cultivo es mínimo. Es zona de pastos naturales, altamente resistentes a las drásticas alternancias térmicas diarias; zona de caza y pastoreo de camélidos. Si bien no tenemos indicaciones sobre su capacidad productiva en tiempos de Tiwanaku, se sabe que en el siglo XVI se pastoreaban allí decenas de miles de cabezas de ganado, bajo un régimen pastoril de explotación intensiva, que aparentemente no era el caso en la época de Tiwanaku, que tenía como base la agricultura, de modo que hay extensas regiones del altiplano que no fueron ocupadas en este tiempo. El ganado proporcionaba carne, lana y piel, así como abono y combustible. Si a todo eso se agregan los peces del lago y ciertas aves de caza, es evidente que era posible el sustento de una población considerable.

Sin embargo, carece de un conjunto de recursos que se dan en las tierras bajas que le circundan. Los vecinos están separados del Titicaca por territorios desérticos e inhóspitos, a distancias de decenas y centenas de kilómetros; es decir por muchos días o semanas de camino. Es lo que hay que recorrer para obtener maíz, frutas, condimentos, estimulantes como la coca, maderas finas o piedras preciosas y metales. De todo esto se puede prescindir, ciertamente, pero son apoyos que gratifican la reproducción social contribuyendo al mejoramiento de la

[51] Kolata, 1993; Albarracin-Jordan, 1996.

calidad de vida. Con los cultivos, el aporte proteico de los camélidos y los animales del lago, y la flora y fauna de la "puna", el sustento de los habitantes lacustres estaba seguramente satisfecho. Así pues, no se puede explicar la expansión altiplánica por causas de subsistencia, aunque se trate de una estrategia destinada a disponer de productos "externos" en los períodos de sequías prolongadas, cumpliendo una función complementaria el resto del tiempo. Parece en realidad que la ocupación territorial extra-Titicaca no corresponde a un modelo expansivo de origen voluntarista o político, sino que el altiplano y "su área de expansión", en las tierras bajas, son parte de una sola región de articulación económica, cuya unidad nace de la coherencia de todos sus extremos.

Para entender la ocupación de los valles costeros, podemos acudir a los indicios que ya se conocen en Moquegua,[52] aun cuando la naturaleza de las ocupaciones pre-tiwanakenses de cada valle parece tener ciertas singularidades. En este caso, las evidencias apuntan a una colonización realizada por migrantes altiplánicos, cuyas relaciones con los ocupantes locales desconocemos, aunque ellos ya estaban largamente habituados a la presencia altiplánica, dado que está probado que estuvieron presentes desde la época de Pucará, en los primeros siglos del primer milenio, tanto en Moquegua como en Arica.[53] Parece una ocupación de territorio por agricultores que vivían en aldeas, acompañados, al menos en un caso, con funcionarios o especialistas que ocupaban un centro ceremonial en el sitio Omo. Su ocupación principal debía ser el cultivo de maiz, ají, algodón, calabaza y legumbres, y tal vez coca. La ocupación de los valles de Cochabamba y Mizque, al oriente, debe haber estado sobre todo en función del maíz. El trabajo agrícola era menos exigente en términos de intervención en el riego, y los conocimientos de las alternancias estacionales eran equivalentes a las del núcleo altiplánico.

Los complejos urbanos fueron una parte destacable de la infraestructura productiva montada por Tiwanaku. Si bien la base agraria requirió de un gran volumen de trabajo e ingenio, en su conjunto no alcanza a igualar el volumen relativo de inversión en insumos y mano de obra que fueron necesarios para llevar adelante proyectos urbanísticos como el de Tiwanaku y sus asentamientos satélites. Allí moraban sus dioses y nacían sus mitos; parte de ellos están grabados en las pie-

[52] Goldstein, 1989, 1990.
[53] Feldman, 1990; Muñoz, 1989.

dras de los templos, en las esculturas, pórticos y losas llevadas desde lejanas canteras; y en los perdidos cánticos y festivales en los que la alfarería y el tejido polícromo cumplían a su vez la función de registro y memoria. Eran dioses quienes revelaban los secretos del tiempo, que los funcionarios registraban minuciosamente consultando a las estrellas y los astros, a los vientos y los fenómenos naturales. Los dioses otorgaban poder a los funcionarios; ellos, en su nombre, podían intervenir en las decisiones colectivas con la fuerza de la fe y la coerción político-religiosa.

Tiwanaku, según algunos estudiosos, debió ser un asentamiento urbano que contuvo a una gran población entre los siglos IV y X de nuestra era. Aunque el volumen demográfico no califica el carácter urbano de un asentamiento, parece que hay indicios de un crecido número de habitantes. Los edificios no-domésticos eran construidos con finos acabados de piedra labrada, sobre plataformas. Las viviendas u otro tipo de edificios hechos de barro, con adobes o cualquier otro procedimiento constructivo, no se han conservado, de modo que la visión del lugar se restringe a los monumentos. Hay dos secciones mayores: al norte está el núcleo principal, con la mayor parte de los edificios públicos; al sur, Pumapunku, que pudo ser un templo, está a casi 1 km de distancia. Todos los edificios están orientados hacia un eje este-oeste, con una calzada que divide el conjunto en dos. Al norte de la calzada-eje está la plataforma de Kalasasaya, alineada con las de Putuni y Kherikala y un patio hundido que se conoce como "templete semisubterráneo". Al sur, está una pirámide escalonada, de seis estrados, con un patio hun-

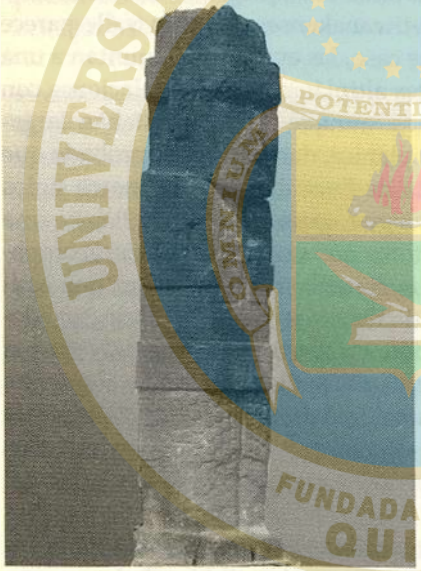


Foto 14, Escultura de piedra de 7 m de altura, con personaje antropomorfo, hallada en el templo de Tiwanaku por W. Bennet, La Paz, Bolivia.

dido en el frente oriental, conocida como Akapana.[54] En Kalasasaya se encuentra una famosa portada monolítica que tiene grabada la imagen de lo que parece haber sido una divinidad principal de Tiwanaku –un personaje de vista frontal que sostiene dos varas o bastones, uno en cada mano– que está acompañada de un conjunto de personajes secundarios que están en una especie de acto de adoración. Esta imagen, que ya se conocía en Pucará y también en Paracas y en Chavín, es el elemento mayor de la iconografía tiwanakense y sus epigonales.

Las evidencias muestran una sociedad con capacidad de conducir a pueblos que vivían en un inmenso territorio dominantemente desértico, con un proyecto productivo y distributivo que a todas luces tuvo éxito a lo largo de los siglos IV a XII de nuestra era. Según tales evidencias, se identifica como Tiwanaku a una población de agricultores y pastores organizados en torno a una elite de especialistas que vivían en las inmediaciones de la cuenca sur del lago Titicaca, y que tenían como cabeza principal a Tiwanaku mismo, en el valle central de la cuenca, complementado por asentamientos de menor tamaño como Paqchiri y Lucurmata en el valle del río Catari, o Wankani en el Desaguadero; con colonias en los valles bajos de oriente y poniente, y una red de mercaderes que ligaban el centro con una extensa periferia, tanto del sur como del oriente. Las conexiones con el norte, más allá del nudo de Vilcanota, que eran sólidas durante el Formativo, se combinaron con un Estado paralelo que ocupaba esos territorios, Wari.

Entre los dos extremos –Moche y Tiwanaku– que tuvieron procesos propios, las poblaciones de los demás valles y cuencas no lograron niveles similares de complejidad, aun cuando Lima y Chincha, por un lado, y Nasca y Huarpa, por otro, representan procesos significativos para entender lo que luego ocurrió en los Andes centrales.

Lima, Chincha y Nasca

Los valles de Lima no son tan ricos como los del norte, pero están ubicados en una situación privilegiada, debido a que forman una unidad agrícola continua –por estar muy cerca unos de otros– a la par que forman un "nudo de paso" entre los pueblos del norte, el sur y el

[54] Manzanilla, 1992.

oriente. Eso incluye los valles del Rímac, Chillón y Lurín, e integra la bahía de Ancón y el valle de Chancay.[55] Se articula con un litoral muy rico en mariscos y peces. Desde la parte alta de los valles, se accede al macizo de Junín y la cordillera de Huayhuash, en relación privilegiada con los callejones de Huaylas y Conchucos, y la selva central.

Durante el Formativo, esta región estuvo estrechamente ligada a Chavín, habiendo desarrollado una forma de vida urbana. Eso estuvo ligado a la ampliación de la capacidad agrícola del área, aun cuando las grandes obras de riego -como el canal de Surco, que cruza el sur de Lima- fueron concluidas ya casi al final de esta época, en tiempos de la incorporación de Lima al Imperio Wari. El canal de Surco se asocia a un centro meridional del valle, que se llama Huaca Juliana o Pucllana, en tanto que el gran centro urbano de Maranga está en relación con una red de canales que riegan la mayor parte de Lima. Maranga es uno de los centros urbanos más grandes de su época; varias veces mayor -en área- que Moche o Tiwanaku. Queda en el centro mismo del valle del Rímac y está formado por un grupo de pirámides o plataformas alargadas, organizadas en función de un eje longitudinal este-oeste, que tiene como centro una especie de gran avenida central a cuyos lados están las plataformas. Se trata de edificios construidos con cientos de miles de pequeños adobes hechos a mano, ahora ubicados en medio de la ciudad de Lima, entre la ciudad universitaria de San Marcos y el Parque de las Leyendas.[56] La Huaca Juliana es del mismo tipo, aunque de tamaño menor. En el valle de Lurín[57] existió un asentamiento parecido en Pachacamac; es posible que mientras que Maranga fuera el centro principal, tanto Juliana como Pachacamac fueran asentamientos de poder local, del sur del valle del Rímac y de Lurín, respectivamente. Lamentablemente, los conocimientos de la arqueología limeña son mínimos, no sabemos cómo funcionaban estos lugares, aunque es claro que sus ocupantes, como los de Moche o Tiwanaku, eran Señores cuyo ámbito de poder desconocemos, aunque parece que había una cierta unidad en los valles de Rímac y Lurín. En todo caso, tanto la arquitectura como los demás restos de la época son tan homogéneos que no queda sino pensar que había una voluntad central unificadora.

---

[55] Patterson, 1966.
[56] Jijón y Caamaño, 1949.
[57] Patterson et al., 1982.

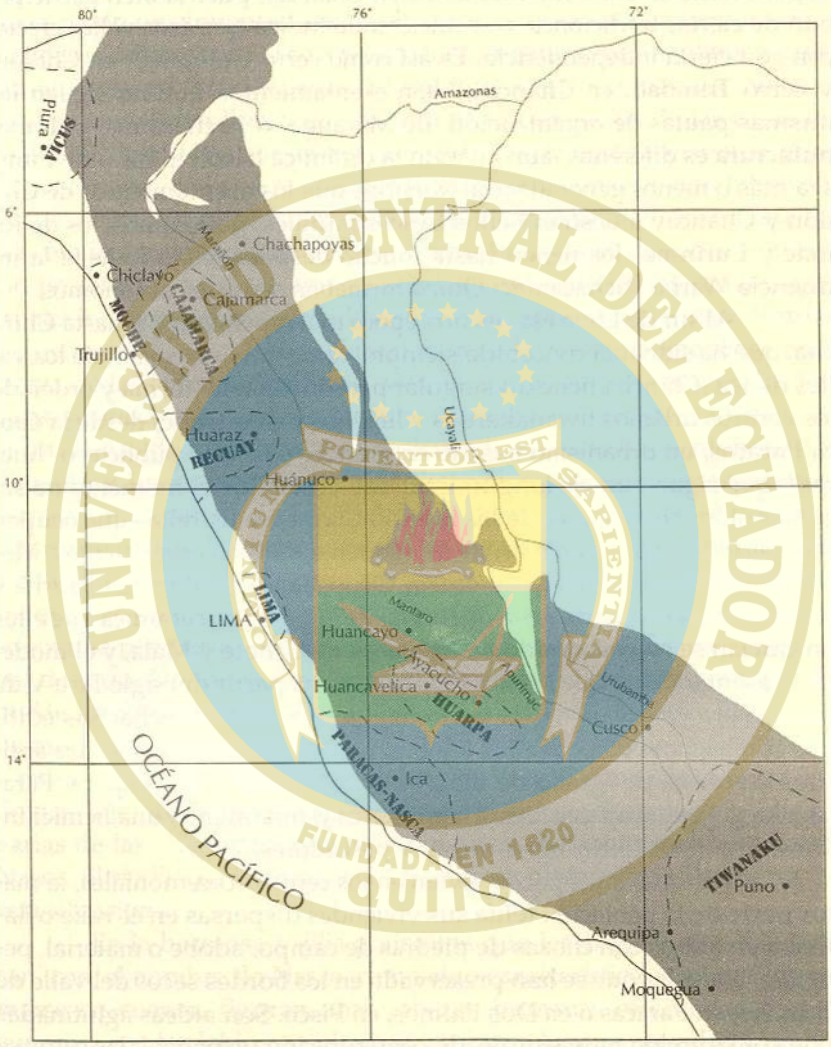


Lámina 10, Los desarrollos regionales en los Andes centrales (1º milenio de nuestra era).

No parece que la esfera de influencia de los Señores del Rímac llegara hasta el Chillón y menos aún a Chancay, pues si bien participaban de ciertas tradiciones comunes, todo indica que esos valles crecieron con cierta independencia. Es así como cerro Culebras,[58] en Chillón, y cerro Trinidad, en Chancay,[59] son asentamientos que no siguen las mismas pautas de organización de Maranga o Pachacamac y su manufactura es diferente, aun cuando la cerámica tricolor, típica de Lima, sea más o menos generalizada. Mientras que los asentamientos de Chillón y Chancay muestran bellos frescos murales, polícromos, los de Rímac y Lurín no los tienen hasta mucho después, cuando llega la influencia Wari a Pachacamac. Quizá formaban señoríos autónomos.

Al sur de Lima ésta es una época mal representada, hasta Chincha, que ha sido mal concebido siempre como una extensión de los valles de Ica. Chincha tiene un singular parecido con la forma y orden de los centros urbanos tiwanakenses y limeños y desarrolló, desde la época Paracas, un urbanismo basado en grandes edificios públicos o "huacas", que siguen un eje longitudinal este-oeste. Por el momento no sabemos si los chinchanos de las fases El Carmen y Estrella –que ocupan este período– pudieron montar un esquema de vida equivalente a Moche o Tiwanaku, en cualquier escala. Ocupaban los valles de Chincha y Pisco y quizá una parte de la quebrada de Topará. La cerámica que ellos producían se ha encontrado en los valles de Cañete y Mala, y el modelo de asentamiento que los limeños tuvieron a partir del siglo IV o V de nuestra era ya existía desde varios siglos antes en Chincha. Sus edificios son hechos con pequeños adobes, fabricados a mano; los más antiguos en forma de "grano de maiz" u odontiformes (en la época Paracas); luego les daban una forma hemisférica y, finalmente, una hemicilíndrica. Eran, por cierto, agricultores y pescadores.

Mientras unos pocos vivían en los centros ceremoniales, la mayor parte de la población tenía sus viviendas dispersas en el valle o habitaba en aldeas con chozas de piedras de campo, adobe o material perecible, como las que se han preservado en los bordes secos del valle de Chincha, en Paracas o en Dos Palmos, en Pisco. Son aldeas aglutinadas y de construcción muy simple, de configuración ortogonal; las casas se forman a partir de un muro central recto, del que nacen paredes laterales perpendiculares, que sirven de parapetos del muro y de separado-

[58] Silva et al., 1988.
[59] Uhle, 1926.

res de cuartos, como si fuera una colmena. Los muros son de cañas y esteras, que se sostienen sobre unos muretes hechos con piedras y barro, a modo de cimientos aéreos. Es como una cadena de carpas organizadas en hileras, en torno a pasadizos, o recintos rectangulares o cuadrangulares, en torno a patios. Se trata de construcciones que pueden hacerse a nivel familiar y que permiten la ampliación de las casas en cualquier dirección, por agregación. Este modelo arquitectónico tuvo su mayor desarrollo en la arquitectura de Wari, como se verá luego.

Como en otros valles de la costa, el riego se convirtió en una tarea común a todos los habitantes, optimizando el uso del agua al máximo posible, tal como se aprecia en el seguimiento de los canales que cruzan los cerros, donde las filtraciones son aprovechadas para formar pequeños huertos, que en el paisaje aparecen como un collar verde pendiente de las laderas desérticas. Más al sur, la aridez es mayor. En Paracas, se inicia una pequeña cordillera costeña, que separa el mar de las tierras llanas de Ica y Nasca. El desierto de arena se hace entonces dominante y los cursos de los ríos Pisco, Ica y Nasca logran apenas formar un "rosario" de oasis. Aquí se trata de dominar el desierto. Aparte de ser una región que recibe las aguas de una sierra menos húmeda que la del norte, la costa sur tiene un ámbito en forma de tablazo, que hace que las vertientes de los ríos Ica y Nasca tengan un curso sin una pendiente suficiente como para vencer la agresiva presencia del desierto. Donde puede vencerlo aparece el río, aunque también puede surgir el agua en manantiales en medio del desierto. En épocas de mucha lluvia en la sierra, las aguas pueden ampliar su presencia y hubo, al parecer –alrededor del siglo V o VI– una época larga con lluvias intensas, que hizo posible que el área agrícola se ampliara en varias de las "pampas" que no están arenadas, tanto en Ica como en Nasca. El río Pisco, al norte, y el Chaviña en el sur, son las fronteras de esta situación.

En la hermosa vajilla polícroma que los arqueólogos identifican con el nombre de Nasca, como algo característico y digno de tomarse en cuenta, figuran unas cabezas humanas cercenadas de sus cuerpos, con los labios cosidos con espinos, los ojos cerrados y un hoyo en la parte frontal del cráneo, de donde sale una soga que obviamente servía para colgar esta cabeza en algún lugar. Hay muchas representaciones de cabezas; en cadena o aisladas, cogidas por los cabellos o colgando del cuerpo de alguien que podría ser un guerrero o un sacer-

dote. Los arqueólogos, aparte de estos íconos, han descubierto que en efecto los nasquenses tenían la costumbre de conservar cabezas humanas momificadas -es decir que les sacaban el cerebro y las partes blandas y secaban la piel- haciéndoles un hoyo en el cráneo para colgarlo de la cintura de los guerreros o sacerdotes y quién sabe donde más. No sabemos si eso acompañaba prácticas canibalísticas, dado que en este tiempo la antropofagia estaba en vías de extinción en los Andes. No sabemos tampoco si era una práctica colectiva o guerrera, o si solo estaba ligada a ritos propiciatorios de fertilidad o algo equivalente.[60]

En los valles -más bien oasis- de Ica, estamos en un medio donde el territorio productivo está ciertamente circunscrito a lugares donde la arena y las rocas no impiden el afloramiento del agua a la superficie y donde, además, las sales minerales no son tan fuertes como para convertir el oasis en una laguna sulfurosa, o de otro tipo, que impide practicar la agricultura, como ocurre con los oasis convertidos en balnearios medicinales en nuestros días (por ejemplo Huacachina). Si se dispone de tierra, conseguida con riego y un mantenimiento costoso, vale la pena preservarla de intereses extraños. Detrás de la frontera está la arena.

Vencer el desierto en el sur, requirió un desarrollo tan complejo como el del norte, en condiciones donde además no era posible mantener una población muy grande, porque tampoco se disponía del fácil acceso a las zonas de pesca y recolección de mariscos como en el norte. Se trataba de aprovechar al máximo el agua y los pocos suelos disponibles mediante obras de riego que además debían vencer la rápida evaporación del agua. Los nasquenses respondieron a esto con habilidad, mediante canales subterráneos y utilizando al máximo cualquier filtración de agua de su territorio.[61] Es así como pudieron levantar una región que de otro modo estaría hoy mismo totalmente cubierta por la arena, pues el proceso de desertificación del sur sigue en ascenso y solo se minimiza gracias a la intervención antrópica, que crea cercos verdes, limpia los suelos y los humedece. Cuando se abandona un terreno, o se hace un deficiente trabajo de manutención, la arena avanza y su crecimiento suele ser irreversible.

Por cierto no eran solo agricultores, también se apoyaban en los productos del mar, y sobre todo de la ganadería de camélidos.[62] Se-

[60] Neira y Coelho, 1972-73; Baraybar, 1987.
[61] Schreiber y Lancho, 1995.
[62] Valdez, 1988.

gún parece, la agricultura era principalmente de leguminosas y de raíces, con poco de maíz, y desde luego frutas como la "ciruela del fraile", pepinos y ají. Era importante el cultivo de algodón. Su alimentación debía ser rica en carnes rojas de camélidos combinadas con frijoles, chicha de maíz y frutas, complementada con productos del mar, cuyes, camotes, papas, yuca y otros tubérculos.

Nasca no tuvo una formación urbana a la manera de Moche, Lima o Chincha, donde hubo mucho esfuerzo e inversiones para producir y mantener grandes centros ceremoniales; aquí eso no ocurrió. Hay pocos lugares que podemos identificar como tales centros; sin duda, el más vistoso es Kawachi en el valle del Río Grande de Nasca,[63] donde aparecen una serie de edificios con función ceremonial, adosados a las formaciones rocosas naturales, formando volúmenes similares a los de las plataformas del norte, pero que aquí solo están parcialmente construidas. En asociación a los edificios, cubiertos con muros de adobe –algunos de ellos pintados– aparecen plazas y una serie de recintos que hacen de Kawachi un lugar realmente impresionante en medio del desierto nasquense; es el único de su clase en el sur. Hay también aldeas, pero no son como las de Chincha o Lima; aquí son típicas las que se hacen en las laderas y, por tanto, están construidas –como Kawachi– pegadas a los cerros y sobre terrazas afirmadas con muros de piedras de campo, como las aldeas serranas.



Foto 15, Cerámica polícroma de estilo temprano de Nasca, con figuras de colibríes, s. II d. C., costa sur del Perú.

La notable alfarería polícroma nasquense, no parece ser producto de un desarrollo urbano particular; es el resultado de un largo proceso de dominio sobre el medio. Es una cerámica bien elaborada, con alto nivel técnico y muy bella, pero las supuestas dificultades de su elaboración residen fundamentalmente en el dominio y acceso a las fuentes de materia prima para su producción –arcillas, pigmentos y

[63] Silverman, 1993.

combustibles– que obviamente no existen en todas partes. El desierto proporcionó la mayor parte de los materiales y es posible que los pigmentos minerales –para obtener rojos, amarillos, blancos, negros y plomos– fueran objeto de tráfico e intercambios, pues no son fáciles de encontrar. Los poblados de alfareros deben haberse desarrollado cerca de las fuentes de arcilla; en cuanto a los combustibles, no parece difícil su acceso, pues se disponía del excremento de la llama y de las plantas xerófitas de la región, con cuya combinación pudieron producir distintas temperaturas en los hornos, según las necesidades de la arcilla y los pigmentos.

Todo eso nos habla de una estructura que pudo existir al margen de un aparato centralizado o de tipo urbano, pero no fue así. No solo se trata de la existencia de Kawachi, pue aun cuando no lo conociéramos, deberíamos presumir la existencia necesaria de un centro con la capacidad de organizar el régimen de explotación agrícola de los oasis, manteniendo entre ellos muchos y permanentes niveles de cohesión, logrando, para eso, que la iconografía, que se expresa en la cerámica o en los tejidos, tuviera un alto rango de unidad formal y de contenidos. Los habitantes de los oasis tenían una conducta centralizada, en donde seguramente Kawachi fue uno de los lugares comprometidos, aun cuando esa centralización hubiera durado solo un tiempo, como parece haber ocurrido.

Solo entendiendo así las cosas, es posible comprender lo que ocurrió en las afamadas "pampas de Nasca", en donde la imaginación y la fantasía de nuestro tiempo, quiere hacer creer a los incautos que unos seres de otros planetas trazaron unas inmensas figuras bautizadas como "geoglifos". Desde luego, no es fácil reconstruir la función de estos famosos trazos, sobre todo porque no tenemos ejemplos contemporáneos que nos ilustren en esa dirección. Se ha intentado muchas interpretaciones; unos piensan que eran un inmenso calendario y observatorio astronómico, otros que eran pistas y trazos rituales, como caminos mágicos similares a los ceques del Cusco incaico. Los estudios, a medida que avanzan, nos indican que hay algo de todo eso.[64] Hay figuras que en efecto pueden representar constelaciones de estrellas -como lo símbolos del zodíaco– y que aparecen diseñadas en las pampas y en la cerámica y los tejidos; hay imágenes de la araña, del mono, de varias

[64] Aveni y Silverman, 1991; Reiche, 1993.

aves, de un camélido y de cactus, entre otras. Se trata de figuras muy grandes, de varias decenas de metros, a donde es posible ingresar –como en el juego de la "rayuela"– a través de un camino preparado para eso. Las estrellas tuvieron, en el mundo andino –como en todas partes– un significado de predicción calendárica, y "su influencia" es un tema que aun hoy ocupa la mente de la gente.

Las líneas pueden ser muy grandes, de cientos de metros de largo. Sin embargo, al igual que en el juego "rayuela", las figuras se hacían con trazos simples, aunque obviamente bajo la conducción de expertos que hicieran posibles las proyecciones de escala; la técnica era simple, según lo ha demostrado María Reiche, ya sea limpiando una pequeña capa de la superficie o poniendo piedras en línea. Actualmente, en cerro Baúl en Moquegua y en Qoylluriti (Cusco), se conservan ritos que consisten en hacer trazos con líneas de piedras, para lograr espacios mágicos que son capaces de favorecer la obtención de casas, bienes, dinero, etc. Quizá algo de eso hay de por medio, con ritos propiciatorios ligados a los dioses cósmicos.

3. EL IMPERIO WARI, PRECURSOR DEL TAWANTINSUYU

Hacia el siglo VI de nuestra era el panorama andino central había cambiado mucho. Era evidente el crecimiento sostenido de la población y todo el territorio estaba bajo un generalizado proyecto económico de base agraria, de modo que aun cuando se habían conformado regiones de desarrollo diferenciado, con territorios con mayor capacidad agrícola, como Moche y Tiwanaku, todos los pueblos sustentaban su existencia en tecnologías y estrategias productivas similares, sea con la modalidad de los grandes proyectos hidráulicos, con la policíclica, que combina el secano con el riego y el pastoreo, o con sistemas adaptados a una escala local.

Debido a que los centros urbanos se habían multiplicado y crecido, eran dominantes los circuitos de intercambio de bienes, así como la intensificación agrícola y ganadera que sustentaba las crecientes demandas urbanas. Si bien la mayoría de pueblos tenía una estructura de base rural, todo el país estaba movilizado por una fuerte presión urbana, que se organizaba con fuerza desigual y afectaba tanto a los que tenían desarrollo urbano, como a los que no lo tenían.

COLEGIO DE ENCA
BIBLIOTECA

Las relaciones teocráticas -sustentadas en la obediencia de normas de conducta y creencias aceptadas por súbditos y señores- estaban en crisis, siendo reemplazadas progresivamente por relaciones políticas basadas en la imposición de reglas por las armas, bajo la hegemonía de un centro de decisión urbano, para el que era indiferente que los sometidos participaran o no de las normas y creencias impuestas.

El tormentoso siglo VI

Nos hemos detenido en el siglo VI, porque unos años más o menos, en todas partes se iniciaron movimientos y cambios de cierta magnitud, tanto en el norte como en el sur. Es una etapa que los arqueólogos han identificado como el período "clásico tardío" de Moche, Nasca, Lima y Tiwanaku, no solo porque al comenzar este siglo se estaban produciendo valiosas obras de arte y los centros urbanos estaban en su máximo apogeo y crecimiento, sino porque era una etapa de madura caracterización regional. No es una fecha arbitraria, porque entre los siglos VI y VII, se produjo el derrumbe de todo el andamiaje regional y teocrático vigente, siendo reemplazado por la formación de estados que los arqueólogos han estado llamando militaristas. Hay quienes piensan que todo esto fue agudizado por alteraciones climáticas que pusieron en dificultades los sólidos regímenes urbanos y exigieron políticas expansivas en busca de recursos para sobrevivir. Es posible pero solo como parte de la maduración de las condiciones ya comentadas. Lo que es evidente es que todo cambió muy rápidamente, y de forma simultánea.

En los valles norteños, el eje urbano de Moche se desplazó hacia el norte. El nuevo eje, en Lambayeque -a unos 200 kilómetros al norte- ya no era solo un centro ceremonial majestuoso, sino un lugar dominado por edificios públicos destinados a servir como graneros, residencias palaciegas, "audiencias" y espacios para el mantenimiento y asentamiento de gentes dedicadas a temporales o permanentes actividades guerreras. El plano del lugar -llamado Pampa Grande- incluye una serie de servicios urbanos, sistemas de protección frente a visitantes indeseables, plazas y sistemas de tráfico interno.[65] Es el paso

[65] Shimada, 1978.

del centro ceremonial a la ciudad. No es un cambio de forma y dimensiones del asentamiento; es, ante todo, un cambio social que afectó la fuerza de los sacerdotes. Fue también un cambio en las costumbres. Los arqueólogos llaman Moche V a esta etapa, y es claro que la cerámica, la textilería y otras artes cambiaron también. El cambio en el eje de poder, fue algo más que eso; fue el tránsito de un poder teocrático a uno de tipo civil o político –como se prefiera– en donde las decisiones de soberanía pasaron del templo al palacio.

En Nasca también estaba todo movido. Kawachi había dejado de ser el centro urbano del desierto sin ser reemplazado por otro igual durante las fases tardías de Nasca. Al oeste de Kawachi se instaló un pequeño adoratorio o templo, llamado "Estaquería". Parece que se produjo un fuerte deterioro en la teocracia nasquense; en cambio, crecieron las aldeas y, hacia el siglo VI, hasta aumentó la población, con éxitos importantes en la expansión de la frontera agrícola, hacia lugares como la seca pampa de la Tinguiña. Aquí es donde fueron más ostensibles los cambios en el clima, con una fase húmeda que duró varios años, con más lluvias en la sierra y por tanto más agua en los cauces de los ríos y mayores posibilidades de riego. Esta fase fue seguida, después del siglo VI, por un período seco que fue crítico para los iqueños que se habían asentado en función de las nuevas áreas de cultivo abiertas en los años buenos. Por cierto debe tratarse de cambios provocados por la corriente de El Niño. Cualquiera fuera la causa, se observa una clara tendencia a la guerra, que se refleja en la iconografía de la cerámica bautizada como "Prolífera", diferente a la "Monumental" previa.

En Lima, los cambios se organizaron favoreciendo el desarrollo de los centros ceremoniales de Maranga, Juliana y Pachacamac, que apenas tenían relevancia en períodos previos, retomando así la importancia "teocrática" que tenían estos valles durante el Formativo. Lo interesante de este afianzamiento es que implica una aproximación hacia tradiciones sureñas, fraguadas en Chincha y Tiwanaku, más que a las norteñas que eran dominantes en tiempos de Chavín. Este ascenso, acompañado de un proyecto hidráulico de uso de las aguas del Rímac y Lurín, coincide con la declinación de la monumentalidad de las obras urbanas en Chincha, que siguió con el modelo urbano –en la fase Estrella de los siglos V y VI– pero en escala menor.

En Tiwanaku la situación fue dramática, según comienza a saberse. Éste es el período "clásico" del altiplano, con el esplendor de sus

centros urbanos y especialmente su capital. El esplendor se derrumbó y fue reemplazado por una dominante forma de vida aldeana. No desaparecieron los templos, pero tuvieron una condición más modesta, y cada uno de los territorios de dominio tiwanakense se fueron haciendo autónomos, perdiendo la uniformidad que les había caracterizado. En Moquegua, se ha logrado un interesante registro de lo que ocurrió: en algún momento se asentaron los tiwanakenses en el valle, y levantaron un centro ceremonial modesto en Omo. Con el ingreso a la fase "decadente" de Tiwanaku se produjeron cambios que determinaron el traslado de asentamientos en la "fase Chen-chen" apareciendo los primeros sitios fortificados en la subsiguiente "fase Tumilaca".[66] Esto coincide con la presencia de otros visitantes en el valle, a los que los arqueólogos conocen con el nombre de Wari.

Wari es el resultado de lo que había ocurrido en Ayacucho durante este período de grandes inestabilidades. En la fase conocida como Huarpa,[67] se produjo un incremento de la población, que mantuvo su régimen de vida aldeano, aunque en un momento dado optó por un esquema menos disperso y se fue concentrando en determinados lugares de la cuenca de Ayacucho. A diferencia de la costa y de Tiwanaku, en Ayacucho no existía una tradición teocrática, aunque algo de eso hubo en tiempos Formativos. Entre los siglos V y VI, Huarpa se reorganizó hacia una forma de vida asociada a un dominio progresivamente mayor de la manufactura sobre la actividad agrícola, lo que se expresa en la producción de cerámica finísima y polícroma, de tejidos cada vez más finos y joyería y abalorios hechos con piedras, maderas y conchas igualmente finas. Sus poblaciones crecieron especialmente ligadas a talleres artesanales, que al no requerir de las complejidades de la tradición teocrática, pudieron continuar con el modelo de las antiguas aldeas sureñas, que ya existían desde los lejanos tiempos de Paracas.

La expansión Wari

Ya vimos que el siglo VI fue testigo de una etapa de grandes agitaciones en el territorio peruano, independientemente de los problemas climáticos que hubieran podido ocurrir. Las guerras se extendie-

[66] Goldstein, 1990; Bawden, 1990.
[67] Knobloch, 1983, 1991.

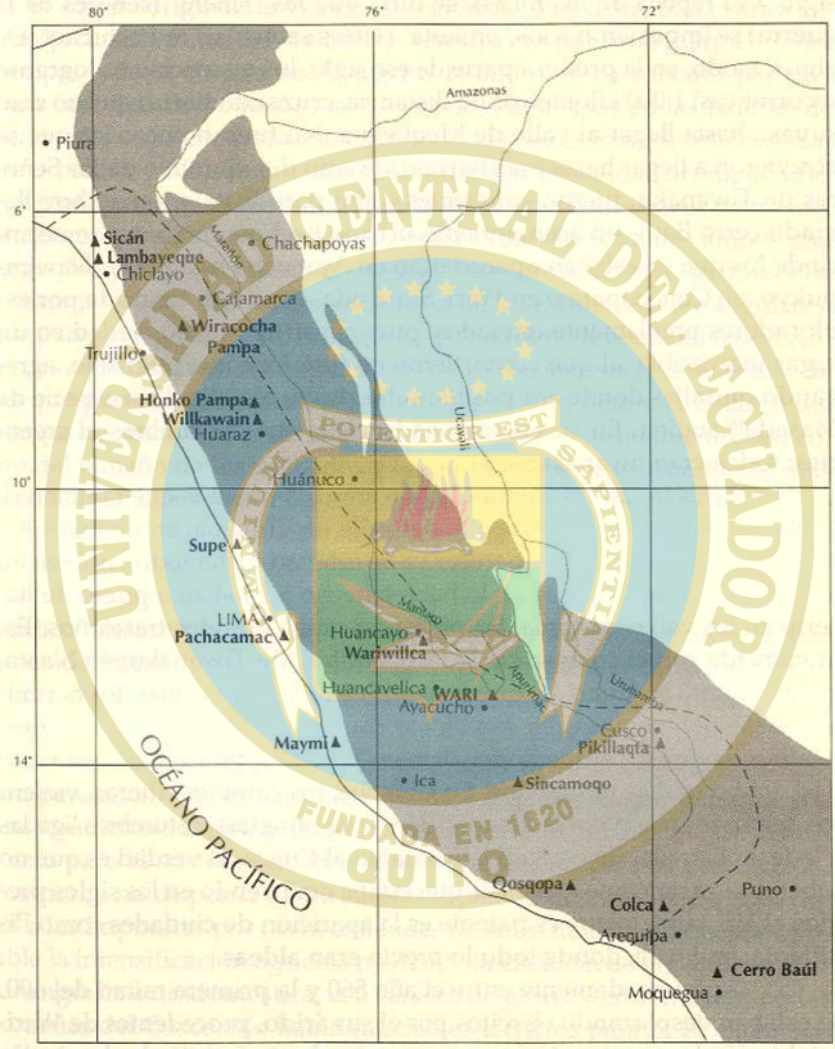


Lámina 11, Área de expansión Wari (S. IX).

ron en todas las direcciones, cayeron las viejas capitales teocráticas y los sacerdotes se vieron rebasados por los guerreros. En términos del siglo XVI (época de los incas), se diría que los "sinchi" (señores de la guerra) se impusieron a los "amauta" (viejos sabios) o "camachicuq". De algún modo, en la primera parte de ese siglo, los ayacuchanos lograron recorrer casi 1.000 kilómetros de distancia, cruzando tierras que no eran suyas, hasta llegar al valle de Moquegua. No fueron pocos los que se atrevieron a llegar hasta esas tierras que eran del dominio de los Señores de Tiwanaku; fueron suficientes como para instalar -en el hoy llamado cerro Baúl- un asentamiento urbano hecho a imagen y semejanza de los que ya estaban apareciendo en Ayacucho mismo, en Ñawimpukyo, en Conchopata o en Wari. Sin duda, era tierra conocida por exploradores previamente enviados, pues construyeron su ciudad en un lugar inaccesible, al que convirtieron en fortaleza inexpugnable, agregando murallas donde era posible subir desde el valle. Una especie de Masada[68] andina. En su entorno nadie tenía sus costumbres ni creencias; todos eran tiwanakenses.

Estos invasores de Moquegua eran los mismos que también se habían instalado en la parte alta del valle de Chincha, en un lugar llamado Viña Vieja, y que al parecer ya se estaban instalando también en Ica, Nasca y Cusco, y que ya lo habían hecho o estaban a punto de hacerlo en los valles de Lima. Su presencia causó grandes trastornos. Esto coincide con el colapso de la fase "clásica" de Tiwanaku; en Nasca, cambió tanto la situación, que no se volvieron a hacer más los hermosos vasos polícromos y, en cambio, se comenzó a producir una modesta alfarería que los arqueólogos llaman "Loro Polícromo" que, en realidad, ya no es más nasquense. En Chincha, los cambios fueron violentos, según se aprecia por la desaparición de las antiguas costumbres ligadas a la fase "Estrella" de ese valle. En cuanto al Cusco, la verdad es que no sabemos exactamente qué es lo que estaba ocurriendo en los siglos previos al VI, pero lo que es patente es la aparición de ciudades como Pikillaqta, en Lucre, donde todo lo previo eran aldeas.

Aproximadamente entre el año 560 y la primera mitad del 600, se estaban desplazando ejércitos por el sur árido, procedentes de Wari, estableciéndose en territorios que no eran de su ámbito de desarrollo regional. Cómo se inició aquello, no lo sabemos. La causa que desenca-

[68] Masada es un famoso asentamiento israelí inexpugnable en el desierto próximo al Jordán.

denó una expansión de Wari es algo que requiere aún mucho estudio, pero se puede suponer que se debía a las condiciones de su crecimiento: El ámbito original de Wari es la región de Ayacucho, una cuenca serrana ocupada antes del siglo VI de nuestra era por los "Huarpa". En su tiempo, toda la cuenca de Ayacucho-Huanta estaba cubierta por una gran cantidad de pequeños asentamientos dispersos en las laderas de los cerros, cerca de tierras cultivables. Las chozas eran de troncos, barro o piedra, generalmente de planta circular u ovoidal, acompañadas con plataformas y recintos rectangulares que pudieron haber tenido carácter ceremonial. Los sitios más grandes estaban cerca de campos con riego. No presentan sistemas defensivos o fortificaciones, lo que debe indicar pocos conflictos. Con excepción de las estructuras rectangulares, que parecen lugares de almacenaje, los poblados no revelan diferencias internas significativas; no hay indicios de divisiones sociales más allá de las que pudieran existir en el seno de las comunidades. A lo largo del tiempo se observa el crecimiento del número de asentamientos así como del tamaño de los poblados y la calidad de las construcciones; más grandes y mejor ensambladas, con predominio de las estructuras rectangulares. Algunos sitios destacan sobre los demás; uno es Ñawimpukyo y otro Wari.[69]

La agricultura de Ayacucho se inscribe dentro del modelo "policíclico" descrito por Golte,[70] de modo que privilegia el manejo autárquico de la producción de alimentos, combinando el cultivo de riego con el de secano -en terrazas o en terreno llano- y la crianza de llamas y alpacas, en diversos ecosistemas contiguos. Este régimen, que requiere una fuerza de trabajo constante y numerosa, tenía una profunda descompensación con el bajo rendimiento agrícola, lo que determinaba una condición subsistencial precaria. Esta era estructuralmente insuficiente para el sustento de la población requerida para su producción. Por cierto, no disponía de un *surplus* capaz de financiar obras superiores a las impuestas por las necesidades de subsistencia. No era pues posible la intensificación agrícola mediante la creación de una infraestructura agraria extradoméstica, con canales de gran extensión o terracerías como las del Cusco. No había suficientes terrenos para riego extensivo y las áreas regables podían trabajarse a nivel comunal. Asimismo, las terrazas, de mantenimiento laborioso, no justificaban una inversión

[69] Lumbreras, 1975.
[70] Golte, 1980.

mayor que la doméstica o comunal, por su bajo rendimiento potencial; aun las habilitadas con tierras llevadas desde los fondos del valle. De otro lado, la pendiente -que obligaba a terracear para contener los aludes o "wayqos"- es tan fuerte que para disponer de terrazas más o menos anchas, exigía monumentales y costosísimas obras de contención. Por tanto, los especialistas hidráulicos o sabios constructores eran dispensables, y las tareas técnicas necesarias podían ser resueltas por comuneros con experiencia y habilidad.

Las condiciones no eran como las de la costa, donde aparte de la mano de obra, lo fundamental era disponer de especialistas dedicados a crear medios de trabajo, calendarizar la producción adecuadamente, conducir los proyectos hidráulicos u organizar la numerosa mano de obra requerida, así como regular los mecanismos de coexistencia entre pueblos alejados pero con intereses comunes respecto al agua. En Ayacucho, la agricultura era sustancialmente de secano, o de riego de pequeña escala, sin una división del trabajo mayor que la que pudiera darse dentro de una comunidad, y no requería de complejas esferas de interacción entre pueblos con intereses comunes en los medios de producción. En Ayacucho, el problema de tierra o agua era de cantidad de fuerza de trabajo disponible, con una precariedad difícil de resolver con solo la producción agraria, pues la creación de los medios de producción requería del incremento de población, pero a su vez, su bajo rendimiento obligaba a una baja tasa poblacional.

En la época Huarpa debemos asumir una agricultura subsistencial, sin privilegio de ningún producto especial y una manufactura de corte autosuficiente. Todo esto entraba en un torbellino de contradicciones, al pretender un mayor nivel de eficiencia en la producción agrícola. Una actividad compensatoria de estas dificultades era la ganadería, aun cuando su función alimentaria no debe haber sido tan importante como su condición de fuente de materia prima lanar -que convierte a cada animal en un medio de producción más bien que en un bien de consumo- agregando su papel como animal de carga, en el caso de las llamas. Pero precisamente la lana de los camélidos, así como el uso de las variadas y numerosas plantas tintóreas del seco matorral ayacuchano, junto a la abundancia de yacimientos con arcillas de buena calidad,[71] convierten a la manufactura en un rubro importante de la

[71] Arnold, 1975.

producción, que desde luego solo tendrá capacidad compensatoria si es posible integrarla dentro de una red distributiva capaz de garantizar el beneficio eficiente de dicha manufactura como bien intercambiable. Sin duda, el rubro destacable de la producción de Wari fue la artesanía, que cubría actividades de diverso rango de especialización y recursos. Las mayores fueron la cerámica y el tejido, pero también la talla en madera, hueso y piedras finas.

La última fase de Huarpa se distingue por la aparición de cerámica polícroma, atribuible a una intensificación de los contactos con los vecinos de Ica, durante las fases 5-7 de Nasca. Las relaciones con Nasca son perceptibles en el acceso a los pigmentos para la policromía, dado que Huarpa solo usaba blanco, negro y rojo en su decoración, ampliado con un anaranjado local en la fase tardía Okros. Los ayacuchanos obtuvieron esos pigmentos por trueque o por acceso directo a las fuentes de materia prima, lo que adquirió relieve en la fase siguiente, al formarse el estilo Wari. La policromía de la cerámica, manifiestamente nasquense y la incorporación de iconografía de origen tiwanakense, son parte de un proceso de cambios, en Ayacucho, que no implican intensificación agraria sino contactos externos y desarrollo manufacturero. Suponemos que a comienzos del siglo VI se dieron una serie de circunstancias que indujeron a las aldeas más importantes de la cuenca, con Wari a la cabeza, a desarrollar un proyecto económico que resolviera las deficiencias estructurales de la autarquía "policíclica" local.

El rumbo manufacturero de la producción modificó significativamente la composición poblacional de la cuenca de Ayacucho. Fue abandonada la costosa y poco rentable infraestructura agraria y la mayor parte de la población se concentró en los centros de producción artesanal –como Wari, Conchopata y Acuchimay– quedando habilitadas solo las zonas agrícolas irrigadas o aquellas en donde el cultivo de secano no implicaba una inversión significativa de trabajo. La población no decreció, más bien creció, pese a que fueron abandonadas decenas de pequeñas aldeas y caseríos, dejando despoblados extensos campos de laderas terraceadas; la gente fue a vivir en los pocos pueblos que progresivamente se fueron haciendo más grandes. Debe haber sido una opción exitosa el reemplazo de una actividad por otra, y nos parece que en eso jugó un papel muy importante la producción textil.

Es así como las poblaciones de artesanos y otros especialistas reemplazaron a los pueblos de agricultores. Las unidades domésticas

se fueron transformando en talleres y éstos dominaron el espacio habitacional. En Wari las "casas" son inmensos cuadros o "manzanas" -de 30 a 120 m de lado- que usualmente solo tenían un acceso o dos desde el exterior, en cuyo interior había un gran patio, también cuadrado, en torno al cual se alzaban una o dos hileras de cuartos -de 3 a 5 m de ancho- que debían ser lugares para dormir y también depósitos tipo granero, destinados a todo aquello que requería ambiente techado. Las "hileras" de cuartos eran generalmente de dos pisos, pero algunas tenían hasta tres. Los techos eran inclinados hacia los patios y calles externas, donde había un sistema de alcantarillado, que además estaba combinado con una red de canales subterráneos para abastecer la ciudad de agua. Los datos indican que todas estas inmensas casas tenían su actividad productiva -mayormente manufacturera- en los patios. Es una arquitectura simple y el esquema ortogonal de su estructura deriva de los elementos que la constituyen: lienzos rectos cruzados, que se sostienen entre sí, cuyos ángulos de 90° son a veces reforzados con sogas o piedras que los amarran. En sus orígenes, en tiempos Paracas, los lienzos eran de esteras, cañas u otros materiales semejantes.

En la ciudad de Pikillaqta, que es una "urbanización" Wari, planificada en todos sus detalles, se encuentra la racionalidad de esta forma de vida urbana; de modo que las "casas" están construidas por áreas, todas muy ordenadas -como en un "damero"- con dos plazas donde hay un edificio que debe ser un templo y otros que deben haber tenido función administrativa o ceremonial específica; con un área aparentemente destinada al acceso de mucha gente -y seguramente caravanas de llamas- conectada con los dos únicos accesos que hay a la ciudad, que a su vez es el punto de llegada de dos caminos cercados que se dirigen al sur y al norte. Toda la ciudad estaba cercada; era como una fortaleza, con un sector de servicios, otro de viviendas tipo palacio o taller, y uno muy amplio, dedicado a depósitos o almacenes, e incluso otro para arrojar basura.[72]

Es obvio que una aldea no se transforma en ciudad porque crece la población. No tiene importancia -hay que insistir en ello- la contabilidad del número de personas que viven juntas en un espacio urbano; aparte de la arbitrariedad de los cálculos, no es ese el índice de magnitud en los asentamientos urbanos preindustriales. Lo es la obra pública, en términos de tamaño y capacidad operativa para cubrir re-

[72] McEwan, 1991.

querimientos de trabajo, pero sobre todo, una ciudad se distingue por sus edificios de función y operación urbana: palacios, templos, talleres y audiencias; son los que condicionan su importancia. Tampoco es ciudad un conglomerado de talleres. Wari se fue convirtiendo en ciudad porque el desarrollo de su población exigió además otro tipo de condiciones, que pudo obtener de sus contactos con sociedades urbanas asentadas, como Tiwanaku y más tarde Moche. Con los tiwanakenses, aprendieron mucho de sus artes y ciencias, adoptando sus dioses, especialmente aquél de los báculos que aparece en la Puerta del Sol, que era ya, desde antes, venerado por los iqueños, los cusqueños y quizá también por los ayacuchanos. Con Huarpa no sabemos, porque no hubo un arte figurativo que nos permita saber de esto. De hecho, no es aventurado pensar que los Wari, como después los incas, adoraban a los mismos dioses del Titicaca.[73]

Pero no fue solo la figura del dios; en Wari hay unas estatuas de piedra que deben haber sido talladas por artistas venidos del Titicaca; se hicieron solo por una vez y nunca más, ni se reprodujeron -hasta donde sabemos- en ninguna de las ciudades que Wari construyó en el Perú. Son estatuas realistas, de hombres y mujeres, no de dioses; quizá los "fundadores" del imperio. Hay un felino también, quizá asociado a los poderes originarios de donde nacen los reyes. Hay, asimismo, un "templete" de pura fábrica altiplánica, de la misma época, en medio de las casas de típico estilo Wari.[74] Debe pues pensarse que hubo gente del altiplano en Wari y que eran hábiles picapedreros y escultores. Pero ni el arte ni la manera de vivir corresponden al altiplano. Parece que debemos asumir que los Wari hicieron lo mismo que los incas: trasladaron una parte de la población altiplánica a Wari -Mitimaes o Mitmaq- para cubrir algunas necesidades del Estado. Los incas, por ejemplo, llevaron al Cusco orfebres de Chanchán, para la elaboración de objetos de oro y plata. Tan debió ser de esa manera, que cuando se examina la forma como representaron los Wari a los dioses tiwanakenses, se ve que son imitaciones, muy inestables al comienzo, y que solo después se afirman, pero para entonces los dioses ya no son iguales a los de Tiwanaku.

No es de extrañar que los Wari tuvieran "mitimaes" como los Incas del Cusco; hay muchas cosas en que coinciden; por ejemplo, co-

[73] Cook, 1984-85.
[74] Isbell et al., 1991.

nocían los Kipu, esos cordeles anudados y de colores, que servían para guardar mensajes especialmente contables;[75] ellos, al igual que los incas, establecieron también una extensa red de caminos, que recorrían desde el Cusco hasta Cajamarca, todo el ámbito del Imperio. Los incas usaron muchos tramos de esa red vial y, en realidad, gran parte del extenso tramo hacia el Chinchaysuyu –al norte del Cusco– sigue la ruta Wari.

Siguiendo esos caminos es que podemos encontrar que en toda la sierra construyeron ciudades parecidas a Pikillaqta, unas más grandes que otras; las hay cerca de Huancayo, en Wari Willka y Awaturo; en el callejón de Huaylas –tierra de los Recuay– están Willka Waín y Honco Pampa, aunque éstas con fuertes singularidades locales; en los valles de Cajamarca está Wiraqocha Pampa, entre otros. En la costa, desde Huarmey hacia el sur, hay "urbanizaciones" Wari en cada cabecera de valle, algunas de ellas, como La Cantera de Chincha, seguramente hechas por ayacuchanos.

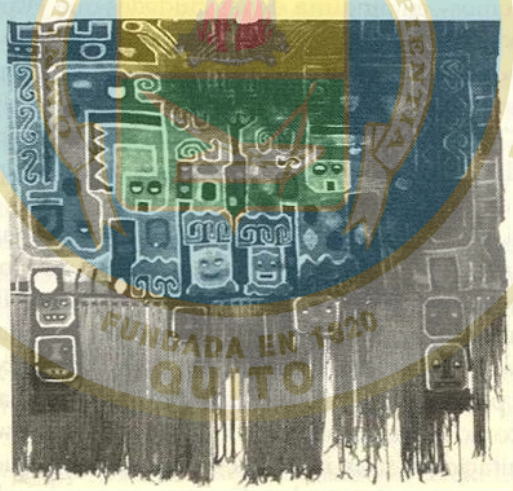


Foto 16, Tejido "unku" de estilo Wari, s. VI-IX d. C.
Procede de la costa sur del Perú.

[75] Conklin, 1982.

Los Wari producían una bella cerámica polícroma, que se generalizó en este tiempo; sus tejidos son igualmente hermosos, de taller, hechos con lana seleccionada y claramente dirigida por expertos conocedores de la iconografía a registrar en los tapices y otras telas.[76] No es solo época de guerras e invasiones; hay crecimiento en todas partes; como si las fuerzas productivas se hubieran liberado de las trabas previas. No solo se trata del evidente crecimiento de la población -que se nota en todos los valles de la costa- sino de la ampliación de la frontera agrícola mediante complejas obras de ingeniería hidráulica intervalles, y, claro, del ascenso vertiginoso de la producción manufacturera, que se enriqueció con nuevas técnicas como las del torno de mano para los alfareros y, sobre todo, de la tendencia a masificar la producción.

Uno de los territorios que se vio favorecido con todos estos cambios fue Lambayeque, pero esto es el comienzo del fin en la historia de Wari, que logró expandirse desde la tierra de Cajamarca y Moche, por el norte, hasta los límites con Tiwanaku por el sur, en Arequipa y Cusco. De alguna manera, sus productos llegaron hasta Piura -tierra de Vicús- y también hasta la de los Chachapoyas, y se hicieron sentir en Cuenca-Ecuador. Ya vimos que llegaron también hasta Moquegua y hay evidencias que fueron, quizá explorando, hasta Tacna y Arica, pues allí hay piezas que son Wari o influenciadas por él.[77]

Tiempos revueltos: el fin de un imperio

Los imperios son el resultado de un proyecto expansivo que contiene su propia destrucción. Es la imposición, por la fuerza, de la voluntad de unos pocos sobre la voluntad de los otros. En la medida que un imperio se sustenta en la apropiación forzosa de los recursos de otros, su debilidad crece en la misma proporción que crece su poder, pues -para su sustento- depende cada vez más de lo que otros le dan. Wari no tuvo que esperar mucho para enfrentar su disolusión. Wari, en su mismo territorio, se había constituido en un verdadero "elefante blanco". Aun produciendo al máximo, la región de Ayacucho y sus alrededores no estaban en capacidad de mantener una ciudad como Wari. Además, la población había abandonado el campo y extensas zonas

[76] Sawyer, 1963.
[77] Flores, 1990.

se habían convertido en improductivas; habían crecido, con Wari, una serie de poblados cerca de zonas de abastecimiento de materias primas para la manufactura, requiriendo alimentos que la región no estaba en condiciones de ofrecer. En realidad, Ayacucho era un territorio pobre, aunque la ciudad fuese rica. No existía equilibrio entre la capacidad de sustento y las demandas de consumo. Eso implicaba inestabilidad permanente. Se puede pensar que la vida del Imperio fue de una constante actividad guerrera. Quizá por eso, las "urbanizaciones" de Wari fueron amplias y vistosas -como Pikillaqta (Cusco)- en zonas donde no existían condiciones para montar una oposición local capaz de contener a los invasores, en tanto que no ocurrió lo mismo en los valles de la costa norte. Es probable que lugares como cerro Baúl (Moquegua), solo fueron ocupados por una o dos generaciones, o menos, solo por el tiempo que duró la guerra. Hay quienes piensan que eso también ocurrió en Huamachuco, y que Viracochapampa es una ciudadela que no llegó a ser concluida, aun cuando en Cerro Amaru los Wari se establecieron por un tiempo mayor.[78] Huamachuco y Cajamarca están a unos 1.000 km de Ayacucho.

La conquista Wari de los territorios del sur comenzó antes y aparentemente duró más tiempo, habiéndose constituido en un proyecto de despegue económico entre Cusco y el Mantaro. Desde esta etapa hubo un ascenso considerable de la población y el fomento de la vida en aldeas permanentes, que a partir del siglo X se convirtió en la forma normal de asentamiento, esto se acompañó de una política de desarrollo agropecuario especialmente beneficioso en valles extensos como los del Mantaro y Cusco, e incluso de aquellos como los de Lucanas, Cotahuasi o del río Chicha, en Soras,[79] donde el pastoreo pudo convertirse en un factor de riqueza, combinado con una red de caminos para el intercambio con productos agrícolas de zonas bajas del Pampas y el Apurímac. Los cultivos de altura -como se ve en la iconografía Wari- fueron también impulsados. Cusco se asentó en una base urbana que jamás abandonó; Pikillaqta fue solo el primer paso de un desarrollo de esta forma de vida, que en el valle de Lucre y en Urcos, Canchis y Anta, fue creando formas locales nuevas, también en asociación con una política de mejoramiento agrícola e impulso de la ganadería. Más adelante se incorporó Cusco mismo y el Urubamba. En el valle del Manta-

[78] Topic, 1991; Lange-Topic, 1991.
[79] Meddens, 1984, 1991.

ro y las regiones aledañas de Huancavelica, hay evidencias de un proceso similar, que podemos hacer extensivo a los valles de Arequipa, en cuyas secciones medias y altas -como las cuencas de Ocoña, Majes, Colca y Siguas- y aun en la costa misma, se produjo un despegue económico y poblacional sin precedentes en la historia de esos territorios.

En Lima, la presencia Wari trastornó el papel que tenía el valle del Rímac frente a los demás; de hecho, el eje de poder se desplazó del valle bajo -donde están Maranga y Juliana- hacia el valle alto, donde el estrecho valle de Huachipa alojó a la ciudad de Cajamarquilla. Al mismo tiempo, Pachacamac, en el valle de Lurín, inició un renombre singular en su papel de "oráculo", que los españoles conocieron vigente en el siglo XVI.

La presencia de Wari en los valles que están al norte de Lima, desde Chancay hasta el Santa, a la par que muy definida, es también una de las pruebas de la magnitud que tuvo la política de integración interregional propiciada por la expansión imperial; todos los que han trabajado algo en estos valles están de acuerdo en reconocer que es una época de gran impulso económico y de un crecimiento altísimo de la población, que desembocó en la formación de un poder local que aún no ha sido bien definido, pero que puede tener que ver con la aparición de lo que los arqueólogos llamaban el "Horizonte tricolor" de la cerámica, muy poco tiempo después de producida la presencia Wari en la zona. No sabemos cuánto tiempo y en qué condiciones se mantuvo la ocupación Wari de este territorio, pero la cerámica "Santa", de dispersión muy vasta en el norte, señala una modalidad regional que seguramente es señal de una larga relación con el Imperio.[80] Fue también una región conquistada casi simultáneamente con las del sur, a juzgar por la cerámica que allí se encuentra, vinculada a una etapa en que los Wari tenían aún poco trato con las tradiciones tiwanakenses.

Más al norte las cosas fueron diferentes. Wari tuvo que enfrentar al poder más desarrollado que hasta entonces había existido en el Perú: Moche-Lambayeque, y también a los de Cajamarca-Huamachuco, fogueados en la guerra frente a Moche. Tales rivales estaban, además, a cientos de kilómetros de distancia del lugar donde la fuerza Wari tenía sus bases. Debe haberse producido esto cuando ya estaban bajo control Wari tanto Recuay como los valles del llamado "norte chico". El hecho es

[80] Wilson, 1988.

que llegaron hasta allí; se instalaron en la sierra de Cajamarca y desde allí abordaron la conquista del señorío de Moche, quizá debilitado por la pérdida de control de los valles de Nepeña y Santa. No estamos en condiciones de probarlo, pero podrían ligarse a la guerra las crisis de Moche y Lambayeque, aceleradas por las contradicciones de su desarrollo interno. Cualquiera que fuera la causa, con esta etapa coincide un desarrollo notable de los valles de Lambayeque, que a partir de entonces fueron unificando sus áreas verdes, hasta formar un solo inmenso valle en los cursos de los ríos Reque, La Leche y Lambayeque, formando el área verde más extensa de toda la costa peruana.[81]

Según parece, Wari no tuvo una presencia larga en el norte. Pero aprovecharon los contactos; hay una serie de elementos mochanos que los Wari tomaron para sí; en las esculturas de turquesa que son tan comunes en los sitios Wari, se aprecia el estilo Moche, e incluso personajes, como los "prisioneros", que se representan tanto en turquesa como en cerámica. Deben haber tomado de ellos el gusto por las refinadas obras tipo-mosaico combinando concheperla, turquesa, lapislázuli, maderas finas, conchas de colores u obsidiana. A su vez, los de Moche adoptaron códigos de Wari, en la decoración de vasijas y la pintura de murales como los de Illimo o Huaca de la Luna. Es la única época en que los mochanos hicieron cerámica polícroma, la Mochica-Wari y, hasta donde sabemos, lograron exportar sus productos tan lejos como Sígsig, en Azuay, Ecuador. Llevaron sus tejidos -de fuerte tono Wari- hasta Ancón.

No sabemos bien cuánto duró todo esto. Lo cierto es que los estudios más recientes apoyan el desarrollo inmediato de un Estado con sede en Lambayeque, al que se está llamando Sicán. Se desarrolló cuando aún estaba vigente el Imperio Wari. Obviamente, la región de Lambayeque logró una temprana acumulación de fuerzas y pudo imponer su autonomía, logrando desarrollar ciudades como El Purgatorio, que dieron origen a ambiciosos proyectos urbanos de Apurlé, y por cierto del viejo complejo de Batán Grande, que fue creciendo con la historia del valle, desde los tiempos Formativos. Pero todo esto es parte ya de otro capítulo de una historia, que inicia un nuevo proceso de regionalización.

---

[81] Shimada, 1985a.

El imperio Wari comenzó a declinar hacia el siglo X de nuestra era. Aun cuando no se puede decir que haya tenido un gobierno estable durante todo el tiempo –sino todo lo contrario, con pueblos que lo rechazaron o muy pronto se liberaron de su presencia– lo que es evidente es que su época de expansión y dominio fue punto de culminación de una era e inicio de una nueva en los Andes centrales.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

VII. Las formaciones históricas del desierto y de los bosques meridionales

LAUTARO NÚÑEZ ATENCIO

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

CONTENIDO

VII. LAS FORMACIONES HISTÓRICAS DEL DESIERTO Y LOS BOSQUES MERIDIONALES

1. EL ESCENARIO: DESDE EL DESIERTO ANDINO A LOS BOSQUES AUSTRALES
   - El área centro-sur andina
   - El área meridional andina
2. LOS PUEBLOS FORMATIVOS ANTIGUOS DEL ÁREA CENTRO-SUR ANDINA (1.500 - 500 años a.C.)
3. LOS PUEBLOS DEL PERÍODO FORMATIVO AVANZADO (400 a.C.-400 d.C.)
   - Área centro-sur andina
   - El Formativo avanzado: área meridional andina
4. EL PROCESO DE MACROINTEGRACIÓN PANANDINO (400 d.C.-1.000 d.C): ÁREA CENTRO-SUR ANDINA

UNIVERSIDAD DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Se tiende a aceptar que las grandes epopeyas prehispánicas se involucran con los pueblos constructores de monumentos y ciudades no más al sur de los Andes centrales, como si los pueblos alejados de Chavín, Tiwanaku y Cuzco hubieran flotado en las tinieblas marginales de nuestra historia antigua. Sin embargo, hacia el sur se han revelado sorprendentes procesos socioculturales, complejos y originales, diferenciados en distintas comarcas, desde los desiertos septentrionales a los bosques meridionales (210-261 latitud sur), entre las gentes que ocuparon las tierras del centro-sur y meridional andino. De este proceso evolutivo sintetizamos su diversidad cultural y ambiental, incluidos sus logros y contactos bajo universos cronológicos y espaciales.

1. EL ESCENARIO: DESDE EL DESIERTO ANDINO A LOS BOSQUES AUSTRALES

El área centro-sur andina

Pasados los tiempos arcaicos, las poblaciones deben entenderse con un paisaje diverso y estable desde los grandes lagos andinos hasta las selvas del sur, con una visión transformadora de la naturaleza, en donde el nuevo estilo de vida productor de alimentos del norte se equilibra con la eficiente apropiación de los recursos no domésticos del sur. Esta diversidad socio-territorial se ha ordenado en dos áreas: *centro-sur* (Arequipa-Titikaka-al sur de Antofagasta) y meridional (Copiapó a Concepción), cubriendo en conjunto buena parte del sur del Perú y Bolivia y los centro-norte de Chile y Argentina (151-401 latitud sur). Ambas áreas guardan en común cuatro unidades productivas continuas que la caracterizan : 1) la pesquería y recolecta del Pacífico, 2) los valles altos agropastoriles 3) los bajos propiamente agrarios, que descienden al este y oeste de la meseta agropecuaria andina y 4) las tierras selváticas de caza y recolección del oriente.

Sin embargo, es la variada intensidad ocupacional y los distintos grados de complejidad sociocultural, los factores que establecerán la singularidad a lo largo de los cambios latitudinales y altitudinales desde el lago Titikaka a las selvas australes.

Mientras el litoral es rico en recursos de caza y recolección en toda su extensión, los valles occidentales agrarios que descienden a él

desde los Andes son muy potenciales en sus extremos norte y sur, quedando un espacio de interfluvio desértico (201-281 latitud sur). Por otro lado, la meseta andina transita desde la llamada puna normal o muy productiva del entorno del Titikaka, a la puna seca menos productiva del altiplano meridional, hasta el ámbito más inhóspito de la puna salada chileno-argentina. Es decir, mientras en el altiplano, litoral y valles la vida fue estable, en la puna de Atacama los asentamientos de altura se fueron haciendo más estacionales o de uso trashumántico, y así cada vez más de norte a sur, en la medida que la vida humana fue insostenible en los inviernos al sur del río Loa, o por la estrechez agropecuaria de la meseta andina, limitándose al sur de Copiapó (281 latitud sur) a una cordillera con pasos y pastos de veraneadas, sin estímulos a una habitabilidad permanente.

En la medida que el potencial agropecuario de altura disminuyó, precisamente en el área meridional, se intensificaron los valles transversales y una extensa costa paralela al rico valle longitudinal, con recursos de caza y recolección boscosa complementado por las tierras bajas orientales, enriqueciéndose el potencial de caza, pesca y recolección por sobre la eventual crianza de animales y cultivos, dando lugar a densas poblaciones tribales con intensa movilidad por los confines australes del mundo andino.

En ambas áreas se han replanteado actualmente tanto sus atributos espaciales como los propiamente socioculturales a partir de investigaciones no difusionistas, destacando su diversidad territorial, cultural y las formas de articulación a nivel de subáreas:

a) Circumntitikaka: es el típico ambiente altiplánico nuclear en donde emergieron poblaciones agropecuarias urbanizadas y templarias del patrón Pukará y Tiwanaku, asociado a los más ricos recursos lacustres y agrícolas por inundación (Wanu) cuyo tratamiento fue parte del artículo anterior de este libro.

b) Valluna: integra a los valles mesotérmicos que descienden desde las tierras altas hacia el borde oriental de los Andes, articulando las tierras amazónicas y del Chaco: Misque, Cochabamba, Tarija, Chuquisaca y otros (Bolivia). El marcado énfasis agrario reflejado en el virtuosismo maicero y el acceso a la explotación de las yungas y los extensos campos de regadío por inundación del patrón Trinidad, dan cuenta de una región con recursos potencialmente ricos introducidos hasta el noreste argentino.

c) Valles occidentales: desde el río Majes al Loa se desarrollan valles estrechos entre el altiplano y el Pacífico (sur peruano y norte chileno), articulando espacios agropecuarios en las tierras altas y excepcionales porciones agrícolas, como ocurriera en la subárea Valluna, pero ahora en las tierras bajas junto al Pacífico, en donde se sumó la explotación costeña complementaria. En efecto, se observan cuantiosos recursos que proporcionan las aguas frías en un ambiente hiperárido con mayor ocupación en torno a las desembocaduras y vertientes aisladas. En general, estos valles y quebradas irrigadas son aptos para la implantación agraria semitropical: ají, maíz, poroto, etc., junto a arboledas de valor alimenticio como algarrobos y chañares. En sus cabeceras predominan las condiciones andinas con cubiertas de pastoreo de llamas y cultivos cordilleranos: maíz, papa y quinua.

d) Altiplano meridional: presenta menos recursos de altura en relación a la región Circuntitikaka, intervenido por grandes salares, tolares forrajeros, planicies yermas y enclaves de cultígenos resistentes al frío como tuberosas y gramíneas comestibles, con rebaños de llamas en ríos, vegas y bofedales.

En efecto, predomina el pajonal con forraje de gramíneas y champas duras (Aldunate et al. 1981) vinculado con intensa crianza de llamas, por sobre los cultivos. Por otro lado, los recursos lacustres, estimularon importantes actividades de caza y recolección a través de la estepa. Estas condiciones estimularon intensos circuitos caravaneros tanto a los valles fértiles del pie de monte amazónico como hacia los valles y el Pacífico, tras recursos extra locales complementarios: maíz, ají, madera, coca, miel, metales, productos del litoral y de los oasis.

e) Circumpuneña: al sur del altiplano se dispone desde el Pacífico al otro lado de los Andes la puna hiperárida de Atacama, compuesta por un conjunto de oasis aislados, intervenida por tolares, salares, conos volcánicos y abras de tráfico. Desde aquí descienden arroyos entrampados en las cuencas interiores con la excepción del río Loa, dando lugar a una balanceada explotación pecuaria y agraria, además de la conexión con el litoral y las regiones del altiplano meridional, valliserrana y ceja de selva occidental. En este sentido, también se distingue una acentuada interacción caravánica apoyada por el traslado de bienes minero-metalúrgicos, piedras semipreciosas, sal, y los productos de oasis y costeños.

A través del Trópico de Capricornio esta meseta andina acoge la vida permanente en ríos, vertientes y vegas forrajeras, tanto en la

vertiente occidental o puna de Atacama, como en la oriental o puna de Jujuy, configurando verdaderas *islas-oasis* interconectadas por circuitos caravánicos de circulación de bienes complementarios. En la vertiente argentina la topografía es más irregular, con serranías que dan lugar a microclimas en valles y quebradas favorables a la instalación humana. Entre los valles más productivos se destacan Humahuaca y el Toro, con porciones agrícolas que incluyen conexiones naturales con los recursos más pastoriles de la alta puna a través de sus cabeceras. La riqueza agraria de Humahuaca a raíz del aporte fluvial y pluvial la transformó en un puente obligado entre las tierras altas y bajas.

En los oasis occidentales del Loa y Atacama (V.gr. Paniri, Toconce, S.P. Atacama), Tebenquiche, Yavi y otros a ambos lados de la cordillera, la agricultura coexiste con la crianza ganadera en enclaves separados por despoblados estériles. Aquí y allá grandes cuencas cerradas albergan lagunas y salares que acogen minúsculos *asentamientos-bisagras* orientados hacia la alta puna: Laguna Blanca, Antofagasta de la Sierra, Salinas Grandes, entre otros, constituyendo en conjunto la mayor población circumpuneña concentrada en un ambiente inhóspito e independiente del altiplano.

A diferencia de los valles occidentales tarapaqueños, estos oasis prepuneños se encuentran a solo 300 km de los ambientes de ceja de selva. Así, las influencias de las tierras bajas orientales del Chaco y del borde del Amazonas, repercutieron directamente incluso en los valles copiapinos. En efecto, los recursos orientales, sumados a los vallesteros, puneños, y de los oasis occidentales y del Pacífico, fueron articulados entre sí a través de circuitos complementarios trashumánticos y caravánicos. La ausencia de atributos culturales del noroeste argentino al norte del río Loa viene a confirmar que la interacción trasandina más importante se dio entre las poblaciones agropastoriles más compatibles, localizadas entre las cuencas del Loa y Atacama en el ámbito de la región circumpuneña. Así, en efecto, durante los 3.000 años de vida aldeana ocurrieron diversas conexiones trasandinas complementarias desde y hacia los oasis atacameños, a través de los pueblos del altiplano, circumpuneños, incluyendo las yungas aledañas. Por otra parte, el litoral más desértico estuvo intensamente interconectado por los pueblos de Atacama, desde la boca del Loa a Taltal.

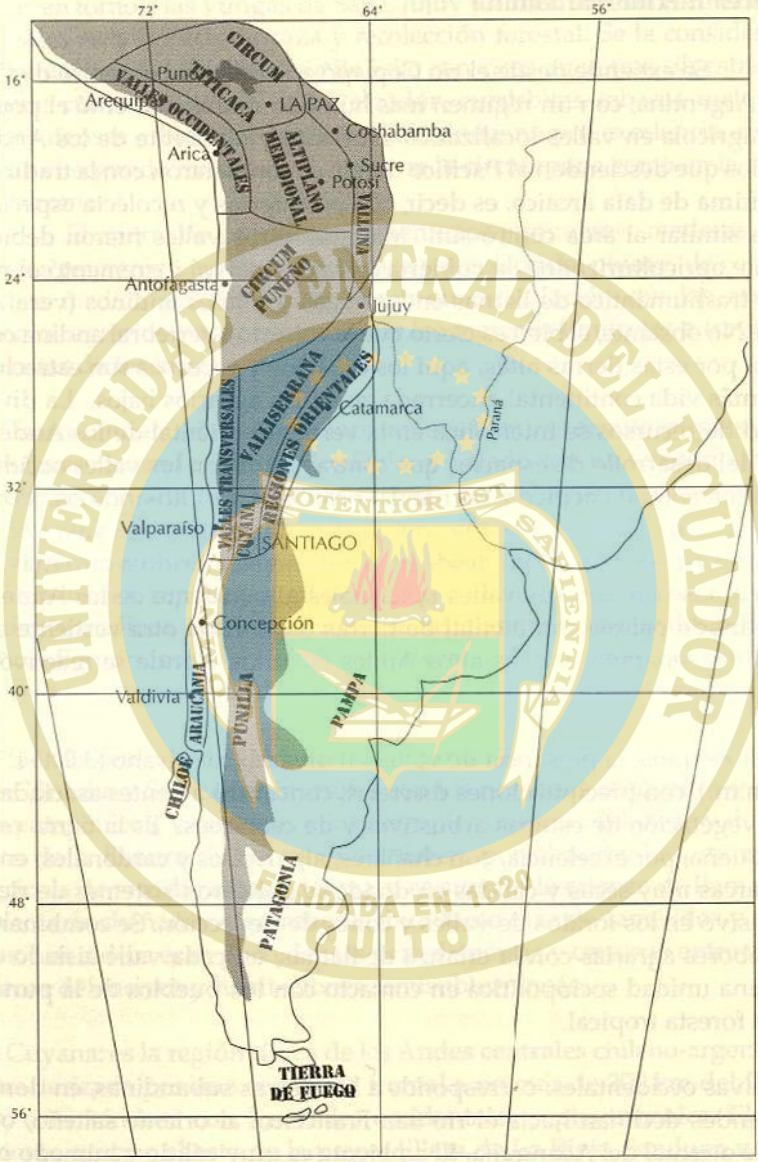


Lámina 12, Los Andes centro-sur y meridionales.

El área meridional andina

Se extiende desde el río Copiapó a Salta hacia el centro de Chile y Argentina, con un régimen más húmedo que incrementó el potencial agrícola en valles localizados al oriente y occidente de los Andes, por los que descienden al Pacífico donde se contactaron con la tradición marítima de data arcaica, es decir, con pesquerías y recolecta especializada similar al área centro-sur. Mientras estos valles fueron debidamente agriculturizados, la cubierta forrajera estival incrementó el manejo trashumántico de llamas en las vegas y tolares andinos (veraneadas). No obstante, si bien es cierto que la columna vertebral andina continúa por estas tierras altas, aquí los espacios y recursos son estrechos, con más vida continental encerrada en valles agrarios bajos. La diversidad de recursos se intensifica en la vertiente oriental de los Andes a raíz del desarrollo de espacios que contrastaron con los valles occidentales cercanos al Pacífico y los hábitat propiamente alto-andinos. Por lo mismo, son varias las regiones que le dan singularidad al área andina meridional, en su tránsito desde un territorio semiárido a otro más sureño o boscoso, con sus valles potenciales al occidente de los Andes y un variado paisaje continental de tierras bajas en la otra vertiente trasandina, separado por los altos Andes cuyanos, donde se reactivó la potencialidad agropecuaria.

a) Valliserrana: la presencia de valles en un ámbito serrano (3.000-1.500 m.s.n.m.), con precipitaciones discretas, concentró a gentes asociadas a una vegetación de estepas arbustivas y de cactáceas. Es la tierra catamarqueña, por excelencia, con chañares, algarrobos y cardonales, entre comarcas muy secas y cálidas en donde se aplicaron sistemas de riego intensivo en los fondos de valles y conos de deyección. Se combinaron las labores agrarias con la crianza de llamas, en cada valle aislado como una unidad sociopolítica en contacto con los pueblos de la puna y de la foresta tropical.

b) Selvas occidentales: corresponde a las sierras subandinas, en donde los Andes declinan hacia el río San Francisco, al oriente salteño, o al borde oriental del Aconquija. El ambiente es muy cálido y húmedo con precipitaciones más altas, asociado a densos recursos boscosos con labores agrarias selectivas. Las ocupaciones fueron más dispersas y diná-

micas en torno a las yungas de Salta, Jujuy y Tucumán; con recursos potenciales en términos de caza y recolección forestal. Se le considera la continuación de la Valluna de Bolivia, con ricos ancestros silvestres de plantas cultivadas (maíz, maní, algodón, cucúrbitas, tabaco), incluyendo las densas arboledas de cebil, el alucinógeno por excelencia, usado desde el segundo milenio a.C., tanto en la circumpuna como en la subárea cuyana.

El aporte de productos alimenticios yungueños, maderas, sustancias psicotrópicas, abundante caza y recolección, plumas de colores, yerbas medicinales, etc. permitieron su articulación con los asentamientos agrarios y agropecuarios de las regiones limítrofes a través de las rutas de los *dioses* o del cebil.

c) Chaco-santiagueña: se reconoce por sus llanuras semitropicales y sierras bajas recorrida por los ríos Dulce y Salado con un territorio mesopotámico con alta temperatura estival. Actúa como zona intermedia entre las tierras puneñas y las bajas del litoral, con recepción integrada de aportes andinos, chaquenses y del litoral. El énfasis agrario se localizó en los ríos represados para riego por inundación, tras el cultivo de maíz y mandioca. Las ocupaciones se instalaron en montículos artificiales configurándose caseríos ribereños cercanos y dispersos con almacenamiento de aguas para las sequías invernales.

d) Sierras centrales: es el centro argentino representado por las sierras de Córdoba y San Luis, limítrofes con los nómades chaqueños y pampa-patagónicos, y cercanos a los estímulos andinos del oeste y de pueblos de la llanura de Santiago del Estero por el norte. La producción agrícola de regadío a base del maíz, se sumó a la crianza de llamas, recolecta de chañares, algarrobos y abundante caza de camélidos y cérvidos. Las aldeas eran poco densas pero dispersas y cercanas entre sí, con cercos defensivos y habitaciones semisubterráneas.

e) Cuyana: es la región típica de los Andes centrales chileno-argentinos, caracterizada por una cordillera frontal a no más de 200 km del Pacífico, conectándose con los valles occidentales septentrionales. El alzamiento serrano al este de la precordillera de La Rioja, San Juan y Mendoza permitió el entrampamiento de los ríos que descienden desde los Andes, configurando valles intermontanos con recursos agrarios, com-

plementados por suelos *barreales* activados por canalización y riego de inundación. El clima es árido de altura con contrastes térmicos y lluvias estivales asociadas a forraje intercalado con algarrobales y cactáceas comestibles. En las tierras más bajas se sitúan los oasis en el alto y bajo piedemonte por donde cursan los ríos, estableciéndose asentamientos aislados entre espacios estériles.

Esta extraordinaria combinación altoandina de recursos de caza y crianza de camélidos, cercano a oasis agrícolas (maíz, porotos, cucúrbitas, quinua), sumado al fácil acceso trasandino, crearon condiciones excepcionales para el desarrollo de pueblos arcaicos y agropecuarios (Gambier, 1993). Estos recursos favorables reactivaron las condiciones andinas estimulando respuestas tecnológicas y artefactuales similares a las más norteñas.

f) Valles occidentales septentrionales: se extienden desde el río Copiapó al Aconcagua entre los Andes y la costa, esta vez con recursos fluviales más potenciales, atenuándose el interfluvio desértico gradualmente de norte a sur. Estos cambios se fundamentan en el inicio de precipitaciones sobre tierras más bajas, de modo que la cubierta xeromórfica va dando paso a la mesomórfica, incrementándose los recursos de caza y recolección.

Entre los valles de Huasco, Elqui, Limarí, Choapa y Aconcagua, se reconoce una eficiente combinación de recursos terrestres y marinos, estos últimos en asentamientos costeros instalados en nichos productivos (V.gr.: Los Vilos, El Teniente, Pichidangui, Guanaqueros, Puerto Aldea), mientras que al interior de la costa los valles conservan mayor humedad, en donde alterna el jaral con arboledas de valor alimenticio (algarrobo y chañar), forraje natural y una mayor estabilidad para las labores agrícolas, en relación a los escasos hábitat altoandinos, por la carencia de mesetas productivas estables. Por otra parte, la distancia entre la costa y los Andes es más reducida, de manera que desde los 2.000 m, se asciende rápidamente a un abrupto ambiente de montaña con empastadas estacionales para el manejo trashumántico de caza y crianza de llamas, complementario con los valles de uso permanente apegados a las fuentes marítimas.

g)Valles occidentales meridionales: las ocupaciones al sur del río Aconcagua se sitúan entre el litoral asociado a la cordillera de la costa, con

una cubierta boscosa que generó un ámbito combinado de pesca-caza-recolección y el gran valle longitudinal cortado por ríos transversales, en donde las prácticas de caza-recolección se alternaron con ocupaciones hortícolas semipermanentes, articuladas, a su vez, con la llamada precordillera andina rica en bosques y avifauna. Las ocupaciones ribereñas hortícolas-recolectoras continentales de carácter semipermanente, alcanzaron la cordillera andina a través de desplazamientos trashumánticos tras caza de camélidos, recolección vegetal y apropiación de obsidiana.

Desde el río Aconcagua a Chiloé se extiende el vasto valle longitudinal con bosques de valor alimenticio complementario al borde oriental rico en forraje y caza de camélidos al pie de los Andes y en los cajones cordilleranos. La presencia de camélidos andinos y depósitos lacustres se torna aquí significativa, ya que el forraje de las cuencas húmedas (juncaceas), vegas y coroinales son útiles durante el verano. Las actividades de crianza y caza bien combinada en estas alturas, descienden cuando se acerca la estación húmeda y fría invernal refugiándose en ambientes más cálidos del valle longitudinal.

En el extremo meridional desde el río Laja hacia el sur se intensifica el drenaje y el bosque sureño con prácticas de caza y recolección más dominante en relación a los recursos hortícolas y costeros. El crecimiento de coníferas, mirtáceas y fagáceas, asociados a roedores, herbívoros, carnívoros y aves, caracteriza al ámbito boscoso de la frontera (Bío-Bío/Cautín) a lo largo del valle longitudinal. La recolección de papas silvestres, avellanas y el pehuén se combinaron con productos hortícolas, conservándose para la estación invernal de mayor escasez. Es decir, aquí las prácticas de caza y recolección interiores a la costa aumentaron considerablemente, en franca competencia con la productividad del mar, porque el rol agrícola es innecesario, al igual que la crianza intensiva de llamas, prácticas domésticas indispensables en el área centro-sur andina. En efecto, entre los valles del Aconcagua al Bio-Bío el clima mediterráneo con inviernos lluviosos y veranos secos, la vegetación florece en primavera, exigiéndose de más agua justo cuando está la temporada seca, creándose conflictos en la mantención estable de los biomas y eventos hortícolas. La fauna debía movilizarse hacia diversos enclaves de mayor productividad, con más posibilidades para las prácticas moviles de caza, recolección, y horticultura trashumántica, marcando un aspecto muy dinámico en relación a los pueblos del

norte. Ahora la combinación armónica de las prácticas apropiatorias de caza y recolección ha culminado entre la costa y el continente, al tanto que las desembocaduras de los ríos dejan de ser los centros exclusivos de convergencia de las ocupaciones.

2. LOS PUEBLOS FORMATIVOS ANTIGUOS DEL ÁREA CENTRO-SUR ANDINA (1.500-500 AÑOS A.C.)

Las innovaciones formativas antiguas tienen que ver con la culminación de transformaciones en el estilo de vida arcaico cazador-recolector-horticultor-domesticador, conducente a asentamientos estructurados y estables, asociados a artesanías complejas, manejo más especializado de crianza de llamas y agricultura. Se trata de sociedades portadoras de los primeros indicios de estratificación social a juzgar por la presencia de excedentes, bienes de status y organización de asentamientos productores de alimentos insertos en redes de complementaridad incipientes.

Debe señalarse que tanto en la costa como en los ambientes lacustres interiores las comunidades originarias están presentes desde el XI al X milenio a.C. y continuaron en la secuencia arcaica tardía, sin hiatos, hasta su disolución gradual a raíz de las innovaciones formativas. Fue un tiempo suficiente para que los pueblos locales se entendieran bien con los recursos naturales. Se sabe que en la costa de ambas áreas las agrupaciones arcaicas costeras (3.000-1.800 a.C.) lograron asentamientos complejos y semipermanentes (V.gr. Huelén 42) y sofisticados enterramientos con momificación artificial, incluyendo el uso de embarcaciones para la colonización intraoceánica (Quiroz et al. 1994) con tecnologías de apropiación muy especializadas.

Por otro lado, la alta complejidad de las comunidades arcaicas andinas de caza-recolección dio otro aporte sustancial al proceso formativo. Ocurrió que al final de esta larga historia arcaica, aquende y allende los Andes (VI al II milenio a.C.), los pueblos circumpuneños transitaron a un estilo de vida más complejo, a través de un reajuste en sus hábitos de subsistencia, intensificando la colecta vegetal, el inicio de prácticas hortícolas, paralelo a la domesticación y crianza de llamas. Tanto en el Loa Medio como en Puripica, al norte de San Pedro de Atacama, se está en presencia esta vez de cazadores-pastores-horticultores,

similares a aquellos de la puna de Jujuy. Éstos vivían en campamentos semisedentarios con recintos circulares aglomerados o en cuevas de uso transitorio aún por el segundo milenio a.C. Presentan logros arcaicos tales como: bodegas con dinteles, recintos aglomerados y mayor confección de bienes de status, (collares de conchas del Pacífico y de minerales de cobre). En efecto, en el noroeste argentino (Inca Cueva) se han identificado contextos sorprendentes que incluyen pipas fumatorias óseas, bolsas, redes, cestería, calabazas, algarrobo y cebil, un alucinógeno que desde esta época incentivará el tráfico caravanero y la ritualidad propia del centro-sur andino, por cuanto la *Anadenanthera colubrina* tiene su hábitat en la ceja de selva oriental, entre Cochabamba y Tucumán. Por otra parte, el registro de calabazas, maní, maíz, papa y oca en este contexto arcaico datado en los 1.450 a.C. en una de las cuevas puneñas de Huachichocana, vienen a ratificar estos tempranos éxitos hortícolas.

La emergencia de este proceso de complejidad creciente en sociedades arcaicas tardías se irradió a partir de la domesticación de camélidos, asociado a caseríos con recintos circulares aglomerados (2.800-2.000 años a.C.). Aquí, en plena convivencia con prácticas de caza y molienda vegetal, se ha integrado la crianza de llamas a las labores de caza, recolecta y horticultura, tal como se ha constatado en Puripica, Chiuchiu y Kalina.

De modo que durante el régimen trashumántico de caza-recolección se iniciaron las tareas de producción de carne, con logros ideológicos sustanciales a juzgar por la aparición de los primeros petroglifos de camélidos naturalísticos, que continuarán durante el próximo período Formativo antiguo. Puede adelantarse que estos éxitos arcaicos en términos de crianza y horticultura ocurrieron en distintos enclaves de estas áreas como Quebrada Seca de Catamarca, Ansilta, Agua de la Tinaja, Atuel, San Pedro Viejo de Pichasca y Tiliviche, con evidencias de maíces, mandioca, cucúrbitas, textilería de lana, manejo especializado de camélidos, técnicas de hilado, cestería, técnicas de red, enterramientos sofisticados, domesticación del cuy y movilidad interregional, etc. Estos logros son señales inequívocas de la existencia de una vía de desarrollo autóctono que creó las condiciones necesarias en el área centro-sur, para la emergencia local de un conjunto antiguo de innovaciones formativas.

En verdad, el área centro-sur andina tiene *orígenes* diversos. Por un lado los antiguos pueblos agropastores y templarios de la región

circuntitikaka ejercieron lejanas influencias hasta en los valles cálidos occidentales, en donde se han identificado sus símbolos principales (V.gr. textiles con íconos Pukará). Por otro, se insertaron en la sociedad centro-sur, entre pueblos con tradición arcaica asociados a logros formativos independientes del Titikaka, en donde las leyendas etnocentristas han dado cuenta del origen de la civilización andina. Como consecuencia de los logros formativos nucleares emergerá allí el estado Tiwanaku que cubrirá más intensamente su influencia en todo el mundo centro-sur, como una síntesis de la diversidad de aportes originarios en el altiplano central, valles orientales y los propios ámbitos puneños del sur.

De la misma manera como en estas regiones hoy aún viven sincrónicamente los shamanes itinerantes kollaguayas con los caravaneros transaltiplánicos aymaras y los recolectores lacustres uro-chipayas con los cazadores tobas, partícipes del complejo de alucinógenos, en este período formativo antiguo convivían pueblos con desarrollos desiguales, desde los primeros portadores del proceso civilizatorio surandino, con las más densas poblaciones arcaicas cazadoras-recolectoras.

En efecto, entre campamentos de arquitectura aglomerada de carácter semisedentarios, tal como se ha observado en la puna de Atacama, algo antes de la aparición de la cerámica, gentes de ancestro puneño-arcaico alcanzaron su propia complejidad sociocultural creciente, integrándose estos aportes a las poblaciones agropastoriles semisedentarias que se radicaron por esta época en distintos enclaves andinos del centro-sur, con conexiones entre las tierras altas y los valles y selvas orientales.

Los primeros pueblos plenamente agropecuarios de este período se han localizado tradicionalmente en el territorio circuntitikaka, distinguidos por un desarrollo centralizado urbano-aldeano y templario comprometido con el origen mismo de la civilización andina. Hay consenso en los Andes sobre el rol jerarquizado de las poblaciones pastoralistas formativas en las tierras altas, en términos productivos e ideológicos. Se dice que la expansión de las sociedades pastoralistas formativas antes del desarrollo de las prácticas agrícolas de regadío no solo redujeron el nomadismo sino que propusieron asentamientos semisedentarios y complejos donde los recursos hídricos, pecuarios, y hortícolas ya habían sido explotados por sus ancestros arcaicos.

Las relaciones entre el altiplano nuclear y los valles occidentales y tierras circumpuneñas se han planteado a través de conexiones de larga distancia, tal como ocurriera en los valles bajos de Azapa y Moquegua en relación a los pueblos Pukará y su acceso a suelos tropicales y costa adjunta, o su colonización pecuaria en las vegas de Turi, inserto en sociedades locales complejas. Algo así como el envío de protocolonias a espacios complementarios de naturaleza minero-metalúrgicos, desde los tiempos de Kaluyo, Pukará y Tiwanaku, incluyendo a las gentes de recintos aglomerados subcirculares Wankarani del altiplano meridional (1.210 a.C).

Se tiende a aceptar que los pueblos que habitaron la región del Titikaka como Qaluyo, Condori Prechiripa, Cusipata y Llusco-Chiripa configuraron una suma de logros civilizatorios cuyo clímax está dado en el magnífico inicio templario de Pukará y Tiwanaku. Siempre se ha pensado que a partir de la irradiación de este proceso alto-andino, su influjo repercutió entre los pueblos aledaños. Sin embargo, la actual revaloración regional da cuenta de la emergencia de sociedades complejas formativas con atributos distintos a los habitantes del altiplano central.

En efecto, bajo los valles mesotérmicos yungueños se extiende el Beni, entre sábanas, bosques húmedos elevados y pampas, asociado a un intenso régimen fluvial. Hay indicios de que allí se construyeron terraplenes, canales y asentamientos permanentes, independientes de los logros propiamente andinos, con un clímax ocupacional ubicado entre los 2.000 a 1.500 a.C., vinculados a cultivos y cerámica inciso-grabada. Estos pueblos habrían aprovechado los períodos húmedos favorables, a raíz del efecto de la corriente de El Niño, desarrollándose una agricultura de inundación en gran escala, que colapsó en un dominio de sequías por los 400 a.C. a 100 d.C. Aquí se desarrolló un singular proceso de domesticación de los recursos acuáticos en términos de optimización de suelos con regadío rico en nutrientes, especialización en cultivos como maíz y mandioca, prácticas de ralladura y molienda con manos y metates, incluyendo posiblemente el algodón para textilería con husos de cerámica. La superposición de varios pisos ocupacionales en montículos de hasta 12 m de altura en el río Mamore dan cuenta del arraigo e irradiación de sus logros socioculturales hacia y desde los valles y tierras altas aledañas.

Otro pueblo formativo antiguo vivió en el territorio valluno de Cochabamba, en Mayra Pampa, en los 800 a.C., correlacionado con los

restos funerarios de Conchupata, y que presenta tiestos cerámicos semiglobulares, platos de paredes verticales, protokeros, hachas líticas con adornos felínicos de gancho y cuencos líticos. Entre los cuerpos extendidos de tradición arcaica, bajo un montículo, se han registrado cuentas de conchas del Pacífico, de sodalita y malaquita, demostrándose contactos de larga distancia, incluyendo el pie de monte y la Amazonía muy propios de esta época. Los pueblos agrarios Conchupata, del valle de Mizque, vivieron entre los 1.200 a 800 años a.C., con un estilo independiente y típicamente valluno, sin complejos urbanísticos ni templarios, tal como se reitera en el valle de Cochabamba con los pueblos Chullpapata, con su propia cerámica roja-naranja bruñida, por los 900 a 300 a.C.

El hecho de que estos primeros agricultores vallunos ya se observan maduros culturalmente y bien arraigados al territorio, dentro de redes de interacción caravaneras con las tierras altas y la cuenca amazónica, permite conjeturar que aquí se gestó un proceso regional de emergencia de complejidad autóctona, pero unido a otras regiones por circuitos de antigua complementaridad. Estos pueblos iniciaron una labor agrícola extensiva y el tráfico de sus recursos yungueños y amazónicos desde los inicios de sus tradiciones cerámicas por los 1.600 a 1.500 a.C., continuando con un estilo de vida muy conservador, hasta los comienzos de la era, cuando se detecta el despoblamiento de los pueblos Chulpapampa, Mayra Pampa, Conchupata, dando lugar a un *silencio arqueológico* por el comienzo de la era, hasta que el nuevo orden Tiwanaku reactivó la ocupación valluna y amazónica, con el maíz y sus asociados.

Los cambios formativos antiguos también se hicieron presentes en los valles occidentales costeros desde los 1.200 a 1.000 a.C., en una matriz local arcaica costeña. En los alrededores de la costa de Moquegua (sur Perú) se desarrollaron los pueblos Trapiche, Carrizal y Huaracarane, los cuales articularon la explotación del litoral y las labores agrarias en donde la orientación maicera también ya estaba planteada durante el primer milenio a.C.

Los pueblos Trapiche datados entre los 200 a.C. a 600 d.C. alcanzaron una notable complejidad a base de labores corporativas observadas en grandes obras hidráulicas y defensivas en cerros estratégicos, incluyendo plataformas monumentales de mampostería. Estas obras se vinculaban con antiguos caudillos ya consolidados a juzgar

por la presencia de tapices de lana y textiles con adornos emplumados de alta jerarquía. Los pueblos Huaracane, por otra parte, también usaban cerámica con desgrasante vegetal de ancestro altiplánico, valorando la explotación agrocostera de los valles bajos. Esta orientación de complejidad creciente fue estimulada por colonos Pukará procedentes del altiplano nuclear, hacedores de una cerámica polícroma local, localizados en enclaves costeros, como los registrados en Moquegua.

En los valles ariqueños vivían en el litoral recolectores y pescadores, de ancestro arcaico, atentos a asimilar prácticas hortícolas y a recibir intermitentemente las innovaciones formativas procedentes desde las tierras altas y valles aledaños. Entre los pueblos pescadores Faldas del Morro se insertará por ejemplo el uso de metales, textilería decorada y los cultivos de zapallos, además de una tosca cerámica temprana imitativa con desgrasante vegetal. Las gentes del Laucho, en este mismo escenario, acceden además a más uso de plantas cultivadas, en tiempos de cambios cuando los costeños vivían por los 800 a 1.200 d.C. junto a sus montículos de desperdicios como los de punta Pichalo y Cañamo, recibiéndose cerámica monocroma alisada, maíz, porotos y metales por intercambio, en la costa más desértica del área.

Por supuesto que estos cambios en el litoral se explican porque las transformaciones hortícolas están atrayendo a las primeras agrupaciones junto a las parcelas ribereñas de cultivos semitropicales. Es el caso de los pueblos Azapa, habitantes de chozas livianas, cultivadores de achira, ají, y posiblemente maíz, hacia los 1.000 a.C., apoyados por la recolecta marítima y los frutos de arboledas como el pacay y algarrobo. Usaban turbantes y textilería sofisticada incluyendo las típicas coberturas púbicas tempranas y tiestos cerámicos sencillos con desgrasante vegetal. La presencia de una serpiente de cobre dibujada además en una calabaza, presupone contactos con la ideología innovadora del eje Paracas-Altiplano.

Paralelamente otros cambios formativos estaban ocurriendo en la cabecera de estos valles, también en contextos de caza-recolección arcaica, en donde los pueblos Piñuta y Patapatane ya cultivaban tubérculos como el isañu, olluco y oca por los 900 a.C., iniciando el equilibrio entre la producción agropecuaria serrana con la combinación agrario-costeña de las tierras bajas (Santoro 1989).

Otros pueblos formativos habitaron en la región circumpuneña con tempranas labores pastoralistas en Chiuchiu-200, Cueva de Tulán,

e Inca Cueva, dando cuenta de los primeros episodios por los 900 a 700 años a.C. En efecto, un gran poblamiento aldeano de pastores de llamas ocupó las ricas vegas de Chiuchiu por los 900 años a.C., construyendo recintos semisubterráneos. Presenta un virtuosismo textil en términos de cordelería, redes, hilados torcidos y mallas con escasos tejidos planos. Se trataría de un pueblo ganadero que caza y cría camélidos, pero también cultiva maíces, calabazas, algodón y confecciona cerámica monocroma alisada y pulida asociada a tiestos procedentes de sus desplazamientos trashumánticos y caravaneros: San Francisco corrugado, modelados, imbricados, incisos, pintados y negro pulido con aplicaciones.

Se había aceptado que los asentamientos formativos de la cuenca de Atacama no eran más antiguos que los sepultados en Toconao-oriente (cerca de 500 a.C.), intuyéndose la existencia de ocupaciones más tempranas como las referidas para Chiuchiu. A partir de las evidencias de la aldea compleja Tulán-54 los *orígenes* formativos de la sociedad circumpueña se correlacionan con las tardías comunidades arcaicas locales que incorporaron a sus labores de caza y recolección las primeras labores de domesticación de camélidos por los 2.000-1.675 años a.C. en el arroyo piepuneño de Puripica y el río Loa Medio. En suma, la combinación de rasgos arcaicos y formativos antiguos de las aldeas Tulán-54 y Chiuchiu-200 (1.200 a 900 años a.C.) constituye la base de los episodios formativos autóctonos, con una sustentación pastoril típicamente circumpuneña.

Estos pueblos autóctonos que llamamos Tilocalar se han cronologizado entre los 1.190 a 470 a.C., siendo contemporáneos con los episodios formativos más tempranos del Titikaka, altiplano meridional y valles occidentales, distribuyéndose entre el río Loa Medio, los oasis de Atacama y el sur del Gran Salar (quebrada Tulán). Sus prácticas pastoriles integraban a los espacios forrajeros de la alta puna y sus respectivos bordes y quebradas como segmentos de una sola población circumpuneña, con un patrón disperso trashumántico-ganadero, entre ambas vertientes de la puna.

Los pueblos originales Tilocalar son el resultado de un proceso circumpuneño interno con equipamiento de caza y colecta arcaica: puntas foliáceas, microlíticos, industria de láminas dominante y prácticas de molienda caracterizado, a su vez, por la superposición de basuras monticulares sobre estructuras residenciales semicirculares aglutinadas al interior de un muro perimetral elíptico con bodegas empotra-

das al interior de cada recinto (Tulán 54) en contextos artefactuales típicamente formativos.

En términos de subsistencia las evidencias del asentamiento complejo Tulán-54 tienen una base pastoril con suplemento hortícola (ají, quinua, maíz y calabaza) y mayor consumo de vegetales silvestres (frutos de cactáceas), aunque no está claro si esta proporción podría ser distinta si se ubicasen estos pueblos en los oasis atacameños, en donde clima, suelo y regadío acceden mejor a las prácticas hortícolas- agrícolas y recolecta arbórea por sobre la crianza y caza de camélidos. En Tulán, estas labores agropecuarias permanentes con recintos de uso doméstico y ritualístico, combinan la estabilidad aldeana con salidas hacia los extremos del transecto transpuneño, a base de grupos especializados en labores ganaderas, minero-metalúrgicas, colecta de obsidiana, caza y recolecta estacional. En este sentido, tanto el asentamiento Tulán-54 como Chiuchiu-200 configuraron una irradiación regional comprometida con los inicios de la tradición atacameña.

La producción y circulación de bienes desde el período Formativo Antiguo debió implicar la emergencia de autoridades de prestigio uni y multiétnico con suficiente desenvoltura en el manejo de las relaciones más allá de sus fronteras. Al interior de la aldea-ceremonial Tulán-54, ya desde los 1.200-1.000 a.C., se acogió una vida recargada de ceremonias con ofrendas de párvulos en fosos, dinteles con petroglifos y enterramientos de neonatos con íconos de oro datados por los 700 a.C. Usaban pipas tubulares vinculadas con el cebil trasandino, como señal de arraigo de las primeras jerarquías sociales, en donde se integran y organizan nuevos patrones laborales e ideológicos, asumiendo a modo de jefaturas hereditarias los roles sociales y teocráticos con representaciones simbólicas de prestigio regional (V.gr., ícono laminado de oro de cabeza radiada localizado en tumbas tempranas de Tulán-54 y Guatacondo).

Ahora el estilo naturalista rupestre arcaico de pequeñas llamas de Puripica y Kalina da lugar a espectaculares murales con grandes camélidos realísticos localizados por esta época, desde Tulán a Taira, constituyendo el clímax ritualístico circumpuneño.

Los pueblos Tilocalar de Tulán comparten con los del Loa su cerámica negra-gris pulida y alisada monocroma incluyendo la recepción de tiestos corrugados intrusivos, que en el caso de Tulán-54 se han datado directamente por los 1.080 años a.C. Todo conduce al reconoci-

miento de interconexiones con los pueblos San Francisco y su acceso al cebil, localizados en la ceja de selva trasandina, datados por los 1.510, 620 y 415 años a.C. Los pueblos Tilocalar derivaron en manifestaciones más tardías en Las Cuevas y el Toro (puna oriental). Aquí las viviendas también se cubrieron de basuras con cerámica formativa circumpuneña asociada a metalurgia de oro, además de contactos selectivos con tiestos corrugados y Vaquería polícromo (535 a.C. - 255 d.C.). En todos estos sitios la crianza de llamas es dominante, con cerámica monocroma negra-gris reductora y monocroma oxidante, típicamente circumpuneña, asociada a rasgos de las selvas occidentales, como las pipas de hornillos cilíndricos y hachas pulidas de cuello.

Cuando los pueblos del período Tilocalar se asentaban en enclaves aislados, desde Wankarani hasta Tulán (altiplano meridional y circumpuna), las ocupaciones de la ceja de selva desde Cochabamba a Tucumán contactaron transitoriamente con sus avanzadas caravaneras. Allí, en los bosques del cebil, vivían desde muy temprano los pueblos San Francisco, apegados a los recursos orientales con miras a especializar y traficar sus excedentes exóticos. Éstos se autoreconocieron en la cerámica corrugada-imbricada, cordelada, digitada y grabada; en tanto que otros pueblos que habrían llegado de más al norte, con la cerámica policroma Vaquería, se incorporaron a este medio quedando también sus vestigios en los oasis atacameños a raíz del tráfico de alucinógenos. Se piensa que los pueblos San Francisco extendieron hacia otras regiones el cultivo maicero, el manejo de tinturas, sus plumas vistosas y los adornos faciales o tembetás, también identificados en los oasis de Atacama. Su cerámica con modelados antropo y zoomorfos, las pipas angulares, las figurinas huecas, estilo cerámicos incisos, párvulos enterrados en urnas, son indicadores de su notable complejidad y antigüedad.

Llama la atención que en el área andina meridional, al sur inmediato del territorio circumpuneño, no se hayan advertido poblaciones tan tempranas y complejas, en especial en la comarca valliserrana. Sin embargo, la presencia en los bosques occidentales de los pueblos San Francisco, es una señal de la existencia de antiguos pueblos que debieron interactuar con contrapartes localizadas en los valles aledaños más antes de lo supuesto, tal como se ha observado entre los pueblos Tilocalar del río Loa y cuenca de Atacama.

Solo se dispone de una datación de 1.500 a.C., para un campamento transitorio de gentes San Francisco, ubicado en San Juan de

Dios, vinculado con antiguas ocupaciones yungueñas, temporalmente cercana al uso de pipas y cebil entre pueblos arcaicos registrado en la Puna oriental : Inca Cueva y Huachichocana. Es importante destacar que desde aquí hacia el sur no se han identificado pueblos formativos tan antiguos, lo cual precisa una clara distinción procesual entre las áreas centro-sur y meridional andina.

Desde los tiempos Tilocalar y San Francisco se comparte entre los pueblos circumpuneños y de los bosques occidentales un énfasis religioso basado en la ritualidad fumatoria e inhalación de psicoactivos a cargo de shamanes preocupados del ícono felino. Mediatizan entre las necesidades terrestres con el panteón andino del sur, además de su autolegitimización como caudillos conductores de la sociedad a través de los parlamentos políticos, alianzas, construcción de asentamientos y por supuesto en la conservación de las identidades étnicas representadas en objetos emblemáticos y espacios subsistenciales complementados por el movimiento de bienes de larga distancia a través de tráfico caravanero trasandino.

3. LOS PUEBLOS DEL PERÍODO FORMATIVO AVANZADO (400 A.C. - 400 D.C.)

Área centro-sur andina

Mientras en la región del Titikaka vivían los pueblos Pukará en su fase terminal, junto a otros que preludian la emergencia de Tiwanaku (Kalasasaya y Kalamarca), hacia el altiplano meridional, los pueblos Wankarani irradiaban su influencia hacia las regiones vecinas, tal como ocurriera en Potosí, donde existieron constructores de aldeas con recintos circulares de adobes, como los actuales Uro-Chipayas, datados hacia los 150 a.C., junto a tiestos anaranjados y engobados del patrón Wankarani.

En la región valluna por esta misma época, los pueblos Chullpapata, con su cerámica roja bruñida y modelados antropomorfos, se extienden por las serranías de Cliza y Mokko, entre los 210 a 360 a.C. Éstos perviven hasta el inicio de la tradición Tupuraya datada desde los 390 d.C., en cuya matriz local se insertaron las influencias de los pueblos Tiwanaku, alrededor de los 700-730 d.C., configurándose una integración estilística regional.

Después del poblamiento formativo antiguo localizado en los valles occidentales, se suceden otros asentamientos más densos cercanos al Pacífico, cubriendo los oasis de regadío. En la medida que los cultivadores de Hacha, Azapa y Huaracane-Wawakiki se desarrollaron por los valles bajos y el litoral, se intensificó el manejo de suelos agrarios orientados a constituir polos de convergencia de costeños y alteños, tras la emergencia de parcelas semitropicales, configurando una singular mezcla de componentes étnicos. De esta combinación surgirán las poblaciones Trapiche y Alto Ramírez, ya instaladas en aldeas más densas que las anteriores, cuyas máximas creaciones arquitectónicas se reconocen en Caserones, Pircas, Guatacondo y Ramaditas. Aquí articularon en un todo las labores agrarias, recolecta de algarrobo, explotación minera y acceso a los recursos del mar, a modo de colonizaciones en aldeas-islas conectadas con las tierras altas aledañas del altiplano y circumpuna.

Entre estos pueblos vallesteros se intercalaron colonias del Titikaka. Los pueblos Pukará arribaron por los 200 a 300 años d.C., cuando se instalan en Arequipa y otros lugares del sur peruano, hasta Azapa, con el fin de proveerse directamente de bienes de status, maíz y productos costeños entre las gentes alto Ramírez, quienes acogieron selectivamente la liturgia de los templos Pukará. Precisamente, la mayor expansión de los pueblos Alto Ramírez, cultivadores de maíz y cosechadores de algarrobos, ataviados de gruesos turbantes deformatorios, ocurrió entre los ambientes agromarítimos, distribuidos desde el extremo sur peruano hasta la costa del Loa y Tocopilla. Desde los 500 a 400 a.C. se establecen sus primeros asentamientos permanentes en respuesta al cultivo de mandioca, maíz, ají, porotos, camotes y recolección de frutos de algarrobo, chañar y pacay. Se trata de aldeas con recintos deprimidos y aglutinados hechos de materiales livianos a lo largo de los valles bajos junto a los enterramientos en túmulos marcados con postes. Los cuerpos se cubren de mantos gruesos, acompañándose a veces de textiles a telar, con íconos Pukará y Chiripa, provenientes del Titikaka, resultantes de tempranos procesos de interacción para proveerse de bienes complementarios semitropicales, costeros y minero-metalúrgicos.

Más al sur, desde Arica al Loa, se destacan quebradas que no acceden al Pacífico, más abiertas a colonizaciones externas desde las tierras altas. Precisamente aquí se ha identificado el pueblo Caserones, con el único intento de semiurbanización localizado en el valle de Ta-

rapacá, habitado desde los 400 a.C. a los 400 años d.C. Se trata de una propuesta arquitectónica compleja, con grandes recintos cuadrangulares adosados, incluyendo bodegas de muros rectos y otras circulares aisladas. Las abundantes cosechas de maíz, curcubitas, pallares, algarrobo y restos mínimos de quinua, papa y maní, dan cuenta de una exitosa colonización agraria y costeña con cerámica café alisada y tiestos rojos, café y negro pulidos del patrón de las tierras altas circumpuneñas más que altiplánicas.

En la banda opuesta de Caserones se ha registrado otra colonización de las tierras altas, sincrónica y diferente, en donde se construyeron cerca de 50 recintos habitacionales circulares y dispersos o en conglomerados residenciales. El pueblo Pircas se asocia también a un cementerio con cuerpos enturbantados y pozos de ofrendas de artesanías fragmentadas datado entre los 480 a.C. a 70 años d.C., orientado al cultivo dominante de maíz y secundariamente de pallares, algodón y recolección de algarrobo. La presencia de un textil polícromo con diseños antropomorfos provistos de colmillos ha sugerido una conexión con la cuenca del Titikaka o de las tierras altas *sensu lato*.

Otros colonizadores de alteños edificaron una aldea en Guatacondo, a comienzos de la era, con aglomeraciones de recintos circulares de adobe, patio nuclear y postes de ramadas, dedicados a la implantación agrícola con maíz dominante, además de prácticas mineras, colecta de madera local y frutos de algarrobo. La identificación de cabezas felínicas modeladas en las paredes y su cerámica monocroma alisada lo han vinculado con eventuales cabeceras circumpuneñas o altiplánicas meridionales.

Por otra parte, otra aldea cercana vinculada también con áreas de cultivos regados por canalización e inundaciones torrenciales estivales, se ha ubicado en Ramaditas, datada entre los 500 a.C. a 300 d.C. Se trata de una implantación maicera y minera unida a labores de fundición de cobre, asociado también a bosques para combustible y cerámica que recuerda a los pueblos Alto Ramírez. Fuera de dudas el tráfico de bienes costeños y de lingotes de cobre estaba ya planteado el desierto con las tierras altas y foresta tropical. Es que los objetos metálicos eran ritualísticos y como tales podían ser trasladados desde largas distancias terminados o en lingotes como preformas.

En las cabeceras de los valles occidentales, los cambios formativos se han reconocido en cuevas que protegieron a grupos pastoriles

transitorios como los derivados de Haquenasa, vinculados con los pueblos altiplánicos Wankarani. Otros construyen pequeñas aldeas de recintos circulares, abandonando los refugios bajo roca, hasta arraigarse en lugares más defensivos como es el caso del altiplano chileno, en donde los pastores de Pucar Qollo vivieron a los 180-510 d.C.

Siguiendo por las tierras altas hacia el sur se alcanza la región circumpuneña con notables poblaciones formativas derivadas de los pueblos Tilocalar y Chiuchiu-200, siempre apegadas a quebradas con arroyos como Calar, Socaire, Tulán, etc., con una orientación pastoralista dominante, convivientes con las nuevas aldeas agrarias de los oasis piemontanos como Tulor y Coyo de San Pedro de Atacama.

En estos tiempos se advierte una vocación más agraria, desde los inicios del período, a juzgar por la aparición de los primeros asentamientos complejos en los oasis piemontanos junto a los arroyos que descienden a la cuenca de Atacama. En estas tierras de alturas medias se combinan los cultivos con algarrobales, dando paso a la construcción de aldeas permanentes, complementándose por toda la región circumpuneña los éxitos pastoriles precedentes con la nueva producción agraria entre los cálidos oasis atacameños.

Esta red aldeana generó, a nivel circumpuneño, un temprano incremento de población y contactos giratorios complementarios con los pueblos Salvatierra (valle Calchaqui), Las Cuevas (quebrada del Toro), montículo Chávez (Antofagasta de la Sierra), montículo La Quiaca Vieja y Cerro Colorado y, por supuesto, entre las aldeas del río Loa, Tulor y Tulán al sur de Atacama. La implantación aldeana fue más estable a raíz de los logros pastoriles y agrícolas, paralelo al virtuosismo artesanal en litoescultura, cerámica, textilería, metalugia de status: oro, plata, cobre, incluyendo el bronce registrado en ambas vertientes tanto en Ciénaga como muy tempranamente en San Pedro de Atacama. Se amplían los circuitos de circulación de bienes jerárquicos correlacionados estrechamente con la insurgencia de protoseñoríos identificados en tumbas con ricos ajuares funerarios. Dentro de la cultura del tráfico de bienes, estos pueblos circulan sus atributos más idiosincráticos a lo largo del escenario interactivo trasandino en donde el tráfico de alucinógenos los acercó a visiones shamanísticas comunes más allá de sus fronteras étnicas.

Se sumaron a las tierras ya tradicionales de pastoreo aquellas agrícolas localizadas en los cursos fluviales fáciles de canalizar para

campos inundables y andenerías de colinas, tanto en el monte xerófilo trasandino como entre las arboledas y suelos húmedos de los oasis del Loa y cuenca de Atacama. Los pueblos se hallan ahora bien arraigados a las redes fluviales como los Humahuaca, en donde se disponían grandes depósitos cerámicos en los pisos de las residencias de Estancia Grande e Iruya. Por otro lado, las aldeas formativas de quebrada del Toro, datadas entre los 600 a.C. a 400 d.C., presentan recintos semisubterráneos aglomerados en torno a un patio central. Se ubican en zonas agrarias pero el forraje del entorno andino es tal que aquí persistieron las prácticas pecuarias ya tradicionales, y por cierto, la caza paralela de camélidos. Las gentes del Toro combinaron la crianza de llamas, cultivos de maíz y cucurbitáceas con implementos de molienda y azadas, desplazándose por rutas desde y hacia regiones complementarias como la Valliserrana, Humahuaca, Puna Occidental, valles Calchaquíes y bosques occidentales. La cerámica roja y gris pulida con impronta de cestería, fechada en los 535 a.C. en Las Cuevas es común a todos estos pueblos que continúan con la vieja tradición monocroma circumpuneña que recién entre los 100 a.C. a 400 d.C. entran en contacto con los pueblos Vaquerías y Condorhuasi y su cerámica polícroma.

El pueblo circumpuneño Campo Colorado es otro asentamiento agropecuario de esta época. Utilizaba el cobre y una cerámica polícroma esta vez como Vaquería, con otras monocromas pulidas locales y modeladas antropomorfas, incluyendo tembetas y pipas angulares del estilo San Francisco, además de las exóticas conchas del Pacífico. Vivían en recintos de adobes con monolitos, reocupados posteriormente hasta configurar montículos que recuerdan a los pueblos formativos antiguos del altiplano meridional y circumpuna. Ocupan los conos de deyección para fines agrarios junto al río Calchaquíes, poniendo en valor parcelas maiceras de riego. Existían contactos trasandinos entre estas gentes que habitaban en aldeas con recintos cubiertos de túmulos, tanto en los valles templados como en los Calchaquíes, a través de los pueblos Campo Colorado y la Poma, o en la fría alta puna de Antofagasta de la Sierra, con los pueblos Chávez, dedicados a la crianza de llamas y agricultura de altura por los 150 a 350 d.C.

Todos estos asentamientos circumpuneños, ende y allende los Andes, configuraron un núcleo aldeano regional que sustentó en sí mismo una muy temprana emergencia de complejidad regional con antecedentes más locales que foráneos. Se estaría en presencia de pueblos

que integran a su acervo las influencias orientales y altiplánicas, conectadas por el tráfico de tabaco, alucinógenos, artesanías y tecnologías complejas. Las tierras circumpuneñas jugaron un rol importante en estas redes, a través de los *sitios-pasadizos* o fronterizos como Las Cuevas, con pipas y cerámica corrugada datada hacia los 535 años a.C., o en Calahoyo donde se aprecia la misma alfarería corrugada y negra pulida de Atacama. En efecto, desde los 400 años a.C., se distribuyeron por ambos lados de la cordillera los tiestos modelados, grises, y negros pulidos gruesos, incluyendo los grabados San Francisco, los polícromos Vaquería y otros modelados de los pueblos Candelaria, todos involucrados con las tierras bajas orientales, complementarias al universo circumpuneño.

Los pueblos Tilocalar y Toconao Oriente de Atacama, efectivamente, usaban pipas angulares con hornillo y dos apoyos, hasta los 250 d.C., cuando se establecen las primeras asociaciones con tabletas de alucinógenos, que señalan el inicio de los psicoactivos. Las pipas tuvieron su clímax en la vertiente occidental por los 400 a.C., caracterizando los inicios de la tradición atacameña. Se dice que las prácticas fumatorias se corresponden con los pueblos de la ceja de selva, distribuyéndose por los oasis circumpuneños. Efectivamente, los pueblos tucumanos, así llamados San Francisco, Condorhuasi, Vaquerías, Candelaria y Ciénaga, se involucraron con la explotación de tabaco y cebil, interactuando a través de las *rutas de los dioses* con lejanos pueblos circumpuneños: Tilocalar, Toconao y Sequitor.

Estas conexiones caravaneras cruzaban puntos de convergencia intermedios en Las Cuevas, Tebenquinche y La Poma, a modo de nodos-ejes del tráfico trasandino, por donde circularon las pipas y sus asociados. La alta frecuencia de pipas en Campo Colorado, similares a las intrusivas de Atacama, asociadas a cerámica roja y negra pulida, hechas allí mismo, admite que los caravaneros atacameños pernoctaban en La Poma. Las similitudes de la cerámica gris gruesa pulida y los montículos de basuras sobre las estructuras de las aldeas Tulán-54 (1.190-470 a.C.) y Campo Colorado (0-100 d.C.) sugieren que los cambios formativos circularon de oeste a este, hacia los oasis transcordilleranos de La Poma, a Estancia Grande y Tilcara en la quebrada de Humahuaca, a juzgar por la presencia de pipas y cerámica de Atacama. En el caso de Tebenquinche, con análogas habitaciones circulares y pipas con patas, se ratifica el paso de los atacameños, dejando aquí su cerá-

mica negra pulida clásica y vasos cilíndricos rojos. Es claro que Tebenquiche, Cachi y La Poma eran los ejes cruciales del tráfico caravanero entre La Poma y las cabeceras de los oasis de la puna, por la conexión Tulor-Tulán-Tebenquiche-Laguna Blanca, Aconquija y valles calchaquíes.

Por su parte, las conexiones trasandinas se orientaron a las aldeas de los oasis atacameños, desde los centros ceremoniales de los pueblos Tafi y Condorhuasi-Alamito, con los caravaneros del cebil, gestándose vínculos entre sí: Tafi-San Francisco-Candelaria-Ciénaga. El traslado de bienes trasandinos guarda relación con el arribo de cerámica emblemática, recurrente en las aldeas-ceremoniales del patrón Tafi-Alamito, con modelados antropo-zoomorfos, además de otros tiestos afines al patrón Candelaria, incluyendo los rojos grabados, tiestos Condorhuasi y tembetas como señales inequívocas de la conexión entre los oasis atacameños y los bosques del cebil. Es una época de crecimiento demográfico y de relativa conservación cultural a través de aldeas de arquitectura típicamente circumpuneña, con sus recintos circulares a modo de racimos aglomerados, separados entre sí, datados en Tulor, Puripica y Tafi desde los 335 a.C., al comienzo de la era. Esta modalidad persistió en Ciénaga del Pedregal a través de una aldea de 136 recintos datadas desde el comienzo de la era a los 700 d.C.

Los pueblos Candelaria también se vincularon con el tráfico trasandino selvático, toda vez que sus tiestos ornitomorfos con dos ápodos, miniaturizados para el caravaneo, han arribado a la puna occidental entre los últimos eventos de los pueblos Tilocalar. Ahora los tiestos rojos grabados de los pueblos de Atacama: Quitor y Coyo, se registran entre los Candelaria, Aguada, Poma, Tolombón y Pampa Grande en Salta. También desde Hualfin (región valliserrana) alcanzaron al oasis de Toconao unos tiestos Ciénaga inciso, asociados a cerámica local Negro Pulido Clásico, incluida en el período Sequitor (100-400 d.C.). A su vez a Laguna Blanca arribaron tiestos Ciénaga y negros pulidos de Atacama durante el período Quitor. El flujo entre los pueblos Atacama, Ciénaga y Molle, por la cabecera del valle de Copiapó, permitió el registro de cerámica Molle en los oasis puneños y tiestos negros pulidos atacameños en el cementerio Molle del Torín.

Otros brotes aldeanos circumpuneños se desarrollaron en las riberas del Loa y su afluente el Salado. Los pueblos formativos llamados Loa y Vega Alto, con actividades agropastoriles asociadas a vegas, vivieron por los 200-400 d.C. junto a cerámica modelada forá-

nea, después de otros agropastores formativos enterrados en Chiuchiu, con rasgos Alto Ramírez y circumpuneños, en conexión con la ceja de selva, incluyendo otros muy semejantes llamados Topater, que habitaron las vegas de Calama, con objetos provenientes desde la costa a la ceja de selva a raíz de su énfasis caravanero datados a los 100 a.C. a 200 d.C.

Obviamente todos estos eventos formativos avanzados, con vínculos Tilocalar y Alto Ramírez, se han datado sincrónicamente también en túmulos funerarios localizados en la boca del Loa, introduciéndose río arriba, hacia las vegas de Calama, Chiuchiu y viceversa. En el Loa superior también se establecieron agropastores formativos en los refugios rocosos de Toconce (550 a.C.), y Chulqui (180 a.C.), incluyendo la aldea de Chulqui (90 d.C.), en donde se gestaban innovaciones agrarias con una base pastoril dominante, y las vegas del Loa superior. Es el caso de los pueblos Turi, una ocupación aldeana pastoril en contacto con los pueblos circumpuneños y trasandinos por los 150 a 250 d.C. La presencia de cobre, conchas del Pacífico y abundante cerámica gris pulida y rojo grabado de ancestros locales, acompañada de intrusiones procedentes de las gentes Toconao-Oriente, San Francisco, Vaquería, Cerro Colorado, Condorhuasi, Candelaria, Tarija, Pukará-Queya y Kalasasaya, hablan a favor del movimiento de caravanas multidireccionales, por tratarse de un espacio forrajero excelente con posibilidades de horticultura y nudo de tráfico entre las tierras altas y los pueblos del Loa, integrando excedentes agrarios, mineros y costeros.

Los pueblos formativos avanzados de los oasis de Atacama fueron partícipes protagónicos en esta red caravanera trasandina, desde sus grandes aldeas de adobones ocupadas con cerámica café y gris alisada y pulida, y tiestos modelados del patrón Toconao-Oriente, incluyendo tiestos negros pulidos gruesos, datados desde los 500 años a.C., como el caso de la aldea de Coyo vinculada con excedentes minero-metalúrgico. Entre parcelas y arboledas se organizaron estas aldeas junto a grandes cementerios en túmulos o marcados con postes, orientados a prácticas más agrarias que pecuarias, con riego canalizado, más el apoyo de una activa recolecta de algarrobo, chañar y cactáceas. La acumulación de excedentes metalúrgicos creó las mejores condiciones de desarrollo a través del tráfico de bienes jerarquizados y la apertura de espacios para el arribo de colonos foráneos en el ámbito de alianzas interseñoriales.

Precisamente la aldea de Tulor refleja la adaptación agraria al oasis piemontano con maíz y colecta de algarrobo además de crianza de llamas. Entre habitaciones circulares de adobones y aglutinadas asociados a un muro perimetral de protección, se han datado a los 100 a.C. a 100 d.C., los contactos transcordilleranos con los pueblos Vaquerías entre otros. Simultáneamente en las selvas occidentales se desarrollaron los últimos pueblos San Francisco y básicamente los Candelaria, más recordados por sus típicas urnas funerarias y la cerámica modelada e incisa con rasgos zoo-antropomorfos. Aquí incorporaron combinaciones con facciones humanas y ornitomorfas, caracterizadas por esos notables ojos granos de café. Estos pueblos se emplazaron en el borde meridional, cercanos a Tucumán, en un ambiente subtropical del río Candelaria, en conexión con los eventos sincrónicos del río San Francisco.

Los pueblos Candelaria se reconocen desde el comienzo de la era, pero ya por los 400-600 d.C. construyen pequeñas aldeas (etapa III) con patios centrales en los claros del bosque mesofilo. Colectaban plumas y cebil para acceder hacia pueblos distantes como los metalúrgicos circumpuneños donde lograban lingotes y objetos que legitimizaban su poder sociopolítico. También contactaron con sus vecinos Condorhuasi, Calchaquíes de Pampa Grande, Tafi y Hualfin, no obstante, no se revierten en los Candelaria los avances de los pueblos valliserranos, quizás por estar insertos en un medio selvático más conservador. No se conoce cuál es el pueblo específico que movilizó la cerámica Vaquería en contacto con los Condorhuasi. Siempre se le reconoce intrusiva o en sitios ocupacionales multiétnicos tal como ocurre en el Loa superior (Turi). Por ejemplo, no se le advierte en las colecciones funerarias de San Pedro de Atacama, de modo que no sería errado sugerir su correspondencia con caravaneros itinerantes especializados en shamanística e interacción ideológica procedente de la selvas occidentales.

En efecto, más al borde septentrional de la ceja de selva vivieron los pueblos Vaquerías, unos 200 años a.C., conocidos por su magnífica cerámica polícroma, con cabezas humanas y diseños rojo y negro sobre base amarillenta (Pérez 1994). Transitaban por el oriente de Salta y Jujuy, al igual que los pueblos Candelaria, ejerciendo ambos el control del tráfico de alucinógenos y con ello el traslado de pipas y recipientes hacia los pueblos del Loa y cuenca de Atacama. El complejo religioso alucinante influyó aquí en la temprana emergencia del poder se-

ñorial, una elite receptora de estos estímulos que formatizará el aparato ideológico atacameño.

El Formativo avanzado: área meridional andina

En la región valliserrana se extendieron los pueblos Tafi, Condorhuasi, Alamito, Ciénaga y Saujil, consolidando los logros formativos predecesores, tanto de las selvas occidentales, circumpuna y altiplano nuclear, procesado en una base regional arcaica de lo cual no sabemos casi nada.

Los pueblos Tafi vivieron entre las serranías del Aconquija y Calchaquíes, desde el comienzo de la era a los 800 d.C., con su virtuosismo litoescultórico más que alfarero, incluyendo los cultos colectivos frente a grandes monolitos decorados con rostros humanos y serpentiformes. Aquí dominaba el ritual desde emplazamientos estructurados y montículos con roles shamanísticos, vinculados al ícono felino, más el ritual fumatorio, de notoria cohesión ideológica que perdurara hacia el período posterior de integración macroregional. Accedían al forraje andino para llamas y alpacas, integrando la agricultura con labores colectivas en torno a sus asentamientos caracterizados por recintos subcirculares y semisubterráneos a veces con patio central, siguiendo la modalidad andina del sur.

Desde el núcleo de Catamarca se extendieron por las tierras valliserranas los pueblos Condorhuasi, en contacto con los Alamito, en donde dejan técnicas decorativas y objetos emblemáticos alrededor de los 250 d.C. Su irradiación caravanera alcanzó lugares más distantes como la puna meridional (V.gr. Laguna Blanca), los oasis de San Pedro de Atacama al otro lado de la cordillera y el pie oriental de las foresta tropical. Portaban una cerámica antropomorfa plástica, distorsionada con diseños fantásticos de aves y mamíferos modificados bajo la influencia de visiones alucinantes. Es lo humano y monstruoso a la vez que transita a la forma animal y viceversa, queriendo significar rituales y mitos propios de una ideología regional muy prestigiada por el cebil, en una estructura ritualizada por el poder de la felinización del hombre. Ahora los señores usan su banca de *kuraka* que los jerarquizan en el ceremonial colectivo, al tanto se acompañan de objetos de oro y tiestos ritualísticos de uso exclusivo.

Los Condorhuasi perfeccionaron la crianza de llamas hasta llevarlas al plano litúrgico a juzgar por sus representaciones alfareras, mientras que las ventajas agrícolas y metalúrgicas los destacaron de sus vecinos, como los Candelaria, con quienes interactúan tras los recursos de ceja de selva. Precisamente desde allí reciben el uso de tembetas trasladados hasta los pueblos de San Pedro de Atacama.



Foto 17, Escultura en piedra, de estilo Alamito, noroeste argentino.

Los pueblos Condorhuasi y Alamito intensificaron la explotación agropecuaria sumando nuevas labores metalúrgicas, para la riqueza incipiente de sus señoríos (500 años d.C.). Éstos se localizaban en cada una de las aldeas que ejercían como centros ceremoniales en la región de Campos del Pukará, en donde poca gente estaba al servicio de la liturgia. Se disponían como ejes autónomos en donde se desenvolvía la vida divina y profana bajo una organización dual, abiertos a interacciones con otros pueblos vecinos tan propio de esta época. El uso de dos plataformas y un montículo junto a cabezas talladas, dan cuenta en Alamito de la armónica dualidad doméstica y religiosa, en donde el montículo de fragmentos cerámicos actúa bajo la ideología piramidal readaptada a la realidad sureña. Los rituales se han enfatizado en la li-

toescultura más que en la cerámica (V.gr. diseño de los suplicantes), incluyendo danzas de enmascarados, rodeados de escasas residencias elípticas y talleres metalúrgicos en abanico, en torno a la plaza. En más de un siglo se desarrolló un régimen de peregrinaciones caravaneras hacia las Wakas Condorhuasi-Alamito, tras armonía e interacción socioeconómica de larga distancia.

Las pueblos Ciénaga ya no son tan plásticos como los Condorhuasi, caracterizados por sus voluptuosas mujeres gateando, porque ahora prevalece una propuesta geometrizante, simétrica y quieta, con diseños incisos sobre tiestos grises y negros, como las urnas funerarias para párvulos. La técnica del modelado es más escasa, mientras que las decoraciones zoo-antropomorfas desaparecen gradualmente, en la medida que se incrementa la cerámica polícroma y textilería sofisticada derivada de rebaños de llamas ya bien adaptados a las tierras sureñas. Iniciaron la metalurgia del bronce después de los primeros logros descubiertos en San Pedro de Atacama, durante épocas más tempranas, acentuándose entre los Ciénaga las técnicas de vaciado, fundido, uso de moldes y aleaciones (cobre-estaño-arsénico), exportando piezas notables a las comarcas adyacentes. El acceso de los Ciénaga a las Waka de los pueblos Condorhuasi-Alamito guardó relación con su incorporación a la red caravanera de interacción, en donde el flujo de metales y alucinógenos era un asunto ideológico relevante.



Foto 18, Vaso de piedra, Ciénaga, noroeste argentino.

Vivían los Ciénaga de un modo disperso y/o aglomerados entre extensos campos regados y protegidos (maíz y zapallos), junto a depósitos con notorio consumo de llamas. Existía un manejo señorial con propuestas centralizadas a través de linajes prestigiosos en cada centro ceremonial donde se alistaba la convocatoria anual entre el peregrinaje y el tráfico caravanero. Este estilo de vida formativo culmina con los pueblos Ciénaga, entre los 100-200 d.C., en sincronía con la disolución de la sociedad Condorhuasi, influyendo sobre las Wakas multiétnicas Condorhuasi-Alamito en especial durante los 400 d.C., cuando modificaron aspectos tan íntimos como sus patrones de asentamiento, alfarería y ritos funerarios, dentro de una amplia cobertura desde el ámbito circumpuneño hasta La Rioja.

Finalmente, en el valle catamarqueño de Abaucan, los pueblos Saujil, compartieron con los asentamientos anteriores, desde sus pequeñas aldeas con escasos recintos rectangulares semisubterráneos de adobes y tapiales en torno a las plazas nucleares del ceremonial. En los conos de deyección cultivaron sin regadío: maíces, porotos, zapallos, maní y colecta de algarrobo, chañar y mistol, sumado a las opciones de caza, agricultura y colecta vegetal, sin requerimientos de enormes esfuerzos ganaderos (llama), ni de suelos tan productivos, motivando más movilidad, sin excesos de permanencia sedentaria, siguiendo sus desplazamientos colonizadores hacia otros ámbitos menos agotados o más húmedos. Estos asentamientos vivieron en contacto con Condorhuasi, Alamito, Ciénaga y los próximos Aguada del período de integración macroregional por los 446 a.C. - 620 d.C.

Más al sur de la región valliserrana, se localiza la comarca cuyana en el centro argentino, en donde los primeros pueblos hortícolas y ganaderos se instalaron en valles altos apoyados por frutos de arboledas y cactáceas, además de mucha caza disponible, de la misma manera como ocurriera entre los primeros cultivadores de los oasis circumpuneños. En efecto, en los ambientes de oasis se arraigaron los pueblos Ansilta (1.758 a.C. a 450 d.C.), culminando con el cultivo de quinua y zapallo, a más de maíces y porotos, en un contexto de caza de camélidos tan propios de esta comarca.

Sin embargo, el énfasis agrícola se dio entre los pueblos Punta del Barro, derivados de los Ansilta (230 a.C. a 400 d.C.) entre los oasis altos de Angualasto. Aquí ocuparon las terrazas fluviales desde los 320 a.C. para los cultivos de zapallos, porotos y maíces, además de la colec-

ta de chañar y algarrobo, mientras que al comienzo de la era ya se advierte el uso de cerámica incisa y tiestos domésticos globulares de ancestro Ansilta. Se acepta que mientras algunos pueblos Ansilta persistieron en sus cotos de caza, otros se mezclaron con migrantes procedentes del norte, quienes privilegiaron los suelos de regadío para el incremento agrícola. Éstos se imbricaron dando lugar a los pueblos Punta del Barro, que enfatizaron la crianza de llamas, horticultura y el traslado caravanero, persistiendo hasta los 550 d.C.

La clave para entender esta reactivación andina en la serranía cuyana es que la caza y crianza de camélidos fue tan óptima como la horticultura y agricultura de regadío, estimulándose un notable desarrollo de pueblos arcaicos y su derivación hacia cambios formativos. En efecto, las ocupaciones arcaicas Ansilta y Peñoncito, entre los 5.520 a 2.070 a.C., señalan que al final se incrementan las tareas de recolecta en un contexto de caza y acercamiento a modos de vida más productores de alimentos, culminado con el ingreso de cerámica. Estos logros arcaicos tardíos y formativos también se han detectado en Uspallata, en el abrigo Agua de la Tinaja, con vestigios de cucurbitáceas, quinua y restos de cacerías.

Los pueblos Ansilta, Tinaja y Rincón del Atuel, con labores de caza de camélidos, recolecta vegetal y horticultura, reflejan las típicas tecnologías textiles similares a sus análogos del sustrato arcaico de la costa de los valles occidentales y de ciertas quebradas interiores como Pichasca, que aquí recobraron una connotación cronológica más tardía, cuando los pueblos formativos antiguos ya no existían y los formativos avanzados estaban cruzados por los primeros intentos de integración a partir del estado Tiwanaku y de algunos señoríos regionales prestigiosos como los de Atacama y Aguada / Ambato.

Los cambios formativos cuyanos desfasados por la pervivencia arcaica, se establecen con la introducción de cultivos y manejo de llamas, con atributos ideológicos andinos, derivados de experiencias locales y norteñas que repercutirán en los pueblos de los valles occidentales del centro de Chile. Precisamente, los pueblos Atuel aceptaron el ingreso de quinua, zapallos y porotos entre los 115 a 280 a.C., mientras que los pueblos Tinajas (nivel III) asimilan quinua, maíz y abundantes alimentos recolectados (Ejs. algarrobo) por los 390 años a.C. Este énfasis hortícola persistirá durante los 60 d.C., cuando en la cueva del Toro de Mendoza ya es común el uso de zapallos, maíz, calabazas, con colecta de algarrobo y chañar, incluyendo el uso de cerámica por los 600 y 900 d.C.

Las transformaciones ahora son elocuentes porque en esta matriz arcaico-formativa panandina se crearon las condiciones igualitarias para interactuar con los cercanos pueblos Molle y Bato del centro de Chile y su virtuosismo pastoril y hortícola, popularizándose el uso de pipas, tembetas, tiestos alfareros rojos y negros pulidos. Así, la región cuyana procesó internamente sus logros arcaicos y formativos con las herencias de los pueblos valliserranos, circumpuneños y de los valles occidentales limítrofes, hasta madurar e irradiarse por los 50 a 660 d.C., a través de los pueblos progresistas Punta del Barro. Su desarrollo es sorprendente por su arraigo local y complejidad ejemplificada en el uso de cerámica incisa, tejidos a telar a base de lana y algodón, cestería encordada y equipos para los traslados caravaneros, alcanzándose algo poco común en esta región, la construcción de aldeas con recintos semisubterráneos con bodegas y depósitos de agua.

Al final de este período en los valles preandinos cuyanos ocurrieron otros cambios que tienen que ver con la disolución de los pueblos Punta del Barro, en una época en que los pueblos Molle y Bato se articulan fuera de su ámbito original, los primeros tras el pastoreo y caza de veraneadas y los segundos tras prácticas hortícolas-recolecta continental y costeña. De estos contactos entre poblaciones locales y foráneas emergerán más al sur los pueblos Calingasta, desde los 600 años d.C., con cerámica incisa distinta a la de predecesores locales.

Bajo la cordillera del ámbito valliserrano y cuyano se extienden los valles occidentales septentrionales y meridionales que cubren desde Copiapó al Aconcagua y desde aquí al río Bio-Bío. Los primeros fueron ocupados por los Molle desde los Andes al Pacífico, incluyendo el pastoreo entre los valles del Choapa y Copiapó, con respuestas socioculturales diferenciadas en cada valle. Al parecer, una armónica combinación entre las poblaciones arcaicas locales (Pichasca) en contacto con la foresta oriental (pipas, tembetas, cebil) y pueblos circumpuneños (virtuosismo metalúrgico), crearon las condiciones agropastoralistas para la gestación de la identidad Molle, readaptada hacia la colonización de los valles menos andinos del sur. A través de asentamientos semipermanentes el pueblo Molle avanzó hacia las tierras aún incultas, con sus típicos tiestos negro y rojos pulidos, a veces incisos y otros modelados como llamas, con adornos rojo sobre crema, algunos con asa puente y pintura resistente.

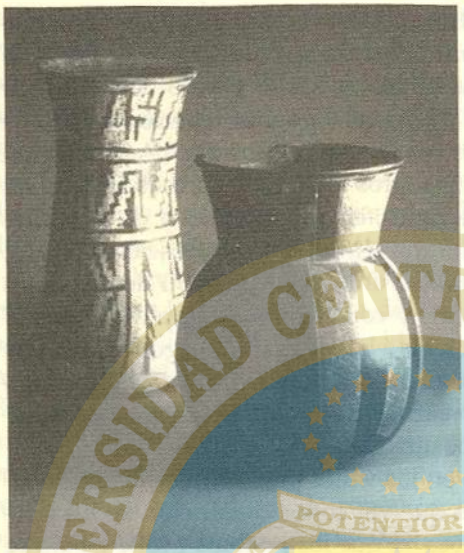


Foto 19, Objetos de cerámica de estilo El Molle, s. I-IX d. C., Norte Chico, Chile.

Construyeron sus aldeas en Torín, Cabra Atada y Carrilazillo, en el piso altoandino, vinculadas con la crianza de llamas. Allí se enterraban en túmulos, distintos a la modalidad de fosas de más al sur e iniciaban sus desplazamientos trashumánticos contactando con otros pueblos de desarrollos comparables: Ciénaga, Candelaria, Condorhuasi, Vaquería y San Pedro de Atacama, por las tierras altas contiguas, constituyendo un universo agropastoril que ejercerá influjos estimulantes hacia el centro de Chile.

Hacia el sur del territorio Molle, entre los valles de Aconcagua y Cachapoal, se arraigaron ciertos cambios formativos con menos complejidad y sedentarismo. Se trata de las tradiciones agrocerámicas llamadas Bato (320 a.C. a 910 d.C.) y Llolleo (90 a.C. a 750 d.C.). Habrían emergido de las gentes arcaicas remanentes de la explotación lacustre, vallestera y marítima, en contacto con pueblos vecinos formativos allegados por fronteras blandas, creándose un estilo de vida continental y costeño tendiente a una mayor sedentarización. Precisamente en la región de Santiago se observan asentamientos permanentes en locis óptimos del litoral e interior, con dietas propias a cada medio ambiente y confección de cerámica *in situ*, transfiriéndose solo los códigos simbólicos a través de difusiones estilísticas.

Los pueblos Bato y Llolleo compartieron con los del norte innovaciones formativas tan importantes como el uso de metales, nuevas labores hortícolas de ancestro andino, cacerías trashumánticas, rotación de suelos hortícolas, recolección de frutos de bosques, acceso a cotos de caza y zonas convergentes de recolección costeña.

Los pueblos vecinos cuyanos y de los valles occidentales aledaños accedían estacionalmente al valle longitudinal y costa del centro de

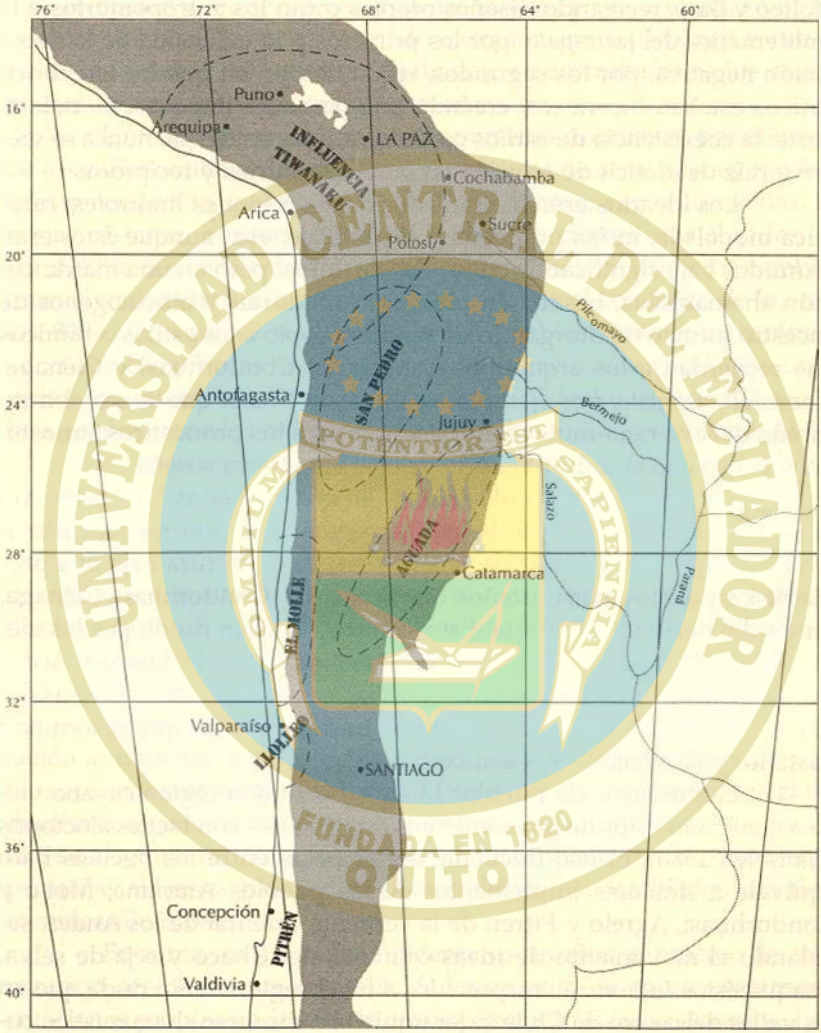


Lámina 13, Los desarrollos del período "medio" más característicos de los Andes del sur.

Chile con cerámica pulida de ancestro Molle, tembetas, prácticas fumatorias, estimulando influjos procesados internamente por los pueblos Llolleo y Bato, recreando diseños propios como los antropomorfos y la emblemática del *jarro-pato*, por los primeros y la extensión de la decoración negativa, por los segundos, en un tiempo en que los territorios étnicos estaban inconexos, creándose la paradoja impensable más al norte: la coexistencia de estilos copiados entre gentes que nunca se vieron a raíz del déficit de relaciones complementarias y recíprocas.

Los idearios eran estimulados desde regiones limítrofes: cerámica modelada, incisa punteada y al pastillaje, etc., aunque éstos eran asumidos bajo significados culturales distintos, pero en una matriz común shamanística, basada en prácticas fumatorias y alucinógenos de ancestro formativo, otorgando un sentido propio a los estilos cerámicos que recuerdan a los arquetipos Candelaria, Condorhuasi y Ciénaga. Ahora el *jarro-pato*, por ejemplo, es un tiesto Pitren que evoca el mito sureño del ave-rana-mujer como propicio para los pronósticos atmosféricos y con ello la multiplicación de la madre tierra sureña.

Los pueblos Bato alcanzaron otras visiones del mundo, con más acercamiento a los símbolos fitomorfos y zoomorfos (cucurbitáceas y camélidos), asimilando técnicas incisas y pintura negativa propia de los pueblos más norteños: San Francisco, Condorhuasi, Ciénaga, Punta del Barro y Calingasta. Estos aportes habrían fluido por los aleros Batos, ubicados en los pasos cordilleranos entre el Choapa y Aconcagua, y más al sur, en los espacios de las veraneadas de caza y pastoreo de uso multiétnico, con conexiones trashumánticas que descendían hasta los valles bajos y el Pacífico.

La presencia de pueblos Molle y Bato en la región cuyana viene a confirmar estos desplazamientos estacionales con bienes aloctonos (Gambier, 1986). El uso frecuente de tembetas entre los pueblos Bato equivale a similares implementos de los pueblos Atacama, Molle y Condorhuasi, Agrelo y Pitren de la vertiente oriental de los Andes, señalando el movimiento de ideas comunes del Chaco y ceja de selva, aunque éstos fueron reinterpretados a nivel regional. Sin duda que en los valles del centro de Chile se jerarquizó un discurso shamanístico cuyo equipamiento de ancestro multiétnico otorgó cohesión social e interacción a las organizaciones tribales en vías de mayores necesidades de liderazgo.

A diferencia del área anterior en donde la movilidad caravanera actuaba sobre regiones de alta excedencia de bienes especializados,

producidos en el nuevo orden del señorío y sus asentamientos permanentes, se ha planteado que estas redes meridionales eran de *imitación* o de recepción y reinterpretación de las innovaciones acercadas por los pueblos vecinos. De ser así, se podría aceptar que la ideología formativa de los señores del norte gradualmente se acercaba hacia los caudillos y sus organizaciones tribales del sur.

La tradición arcaica marítima persistió dominante por el litoral de los valles occidentales del sur, con prácticas de caza, pesca y recolección generalizada, con apoyo de mariscos de roca, vegas litoraleñas, lagunas costeñas, bosques interiores y aun de ciertas islas alejadas. Al sur del Bio-Bío, esta tradición arcaica recepcionó los primeros cambios formativos con tiestos cerámicos usados desde el comienzo de la era a los 800 d.C. Aquí se multiplicaron los pueblos Pitren con cerámica adornada con pintura negativa asociada a prácticas hortícolas que coexisten con intensas cacerías de guanacos. En efecto, la sociedad receptora arcaica como los habitantes de Quivolgo y Altos de Vilches (2.080 a.C.) asimilaron tardíamente los cambios hacia el sur del río Bio-Bío, a través de la especialización de la molienda, tanto doméstica como ritualística (piedras tacitas), caza y recolección continental y costeña, incluyendo la explotación estacional de bosques, lagos y vegas a través de refugios transitorios y campamentos expuestos semipermanentes desde la costa a los flujos de obsidiana localizados en el alto Bio-Bío.

Los cambios formativos desfasados cronológicamente al sur se localizaron también en el valle del Maule, con el ingreso de la alfarería durante los 300-400 años d.C., con atributos tecnológicos propios en relación al universo limítrofe. Sin embargo, en otros territorios los pueblos arcaicos y otros medianamente *formatizados* pervivieron tras el nomadismo estacional con escasa producción de alimentos, en armonía con su alojamiento en campamentos de verano e invierno, incluyendo pequeñas aldeas semisedentarias en ámbitos más templados con ricos recursos silvestres.

En suma, en los valles occidentales sureños, el proceso de colonización descrito fue responsable de las mezclas de aportes externos y creaciones propias en la matriz arcaica, creándose *locis* pecuarios, hortícolas y recolectores, en un escenario de uso estacional con readaptaciones aldeanas semipermanentes, en donde se procesó internamente cierto ideario Candelaria, Molle, y Cuyanos. Los rasgos selváticos y andinos se integraron entre grupos receptores conservadores, en donde las condiciones formativas lograron pervivir hasta etapas tardías, cuan-

do en el norte las sociedades complejas vivían procesos de integración macroregional entre pequeños señoríos regionales más cercanos a las capitales de los dos futuros imperios de los andes : Tiwanaku y Cuzco.

4. EL PROCESO DE MACROINTEGRACIÓN PANANDINO (400 D.C.-1.000 D.C.): ÁREA CENTRO-SUR ANDINA

Los pueblos Tiwanaku construyeron una ciudad con templos y pirámides en el techo del mundo, sustentada en ingentes labores agrarias en campos elevados para cultivos de papa, ullucu, quinua y densa crianza de llamas y alpacas. La irradiación de su ímpetu religioso y las formas de articular recursos distantes deficitarios por medio de circuitos caravaneros desde y hacia las comarcas limítrofes con el centro litúrgico del Titikaka le otorgaron a los pueblos Tiwanaku y sus contrapartes Wari de Ayacucho una posición trascendental que tiene que ver con un temprano proceso de integración ideológica panandina del sur. La etapa clásica Tiwanaku ocurrió entre los 375 y 750 años d.C., mientras que su expansión en el mundo dinámico del sur, con transacciones y colonizaciones caravánicas de larga distancia, ocurrió entre los 400 a 1.000 d.C. En efecto, se logró organizar entre y desde las comarcas periféricas un virtual pacto multiétnico orientado a sustentar un auspicioso movimiento giratorio de bienes materiales y ritualísticos a lo largo de espacios de alta diversidad desde la costa a la selva, con su centro en un mito hecho realidad : Tiwanaku.

Los valles yungas del oriente fueron colonizados por Tiwanaku tras la rica producción maicera bien conducida previamente por los pueblos Tapuraya. Continuaron ocupando los enclaves productivos del altiplano meridional a través de asentamientos aglutinados y ciudadelas fortificadas erigidas en las cumbres o en riachuelos y vertientes durante tiempos postclásicos. La abundancia de bodegas, sistemas de rutas, recintos caravaneros, más la explotación de sal, dan cuenta del paso multidireccional de las gentes Tiwanaku por la tierra de los grandes salares, en contacto con los pueblos locales productores de papas, quinua y llamas como los Killakas, Puqui y Yura-Huruquilla, que además controlaban el acceso al maíz de los valles de Potosí. Colonizaron también el valle de Mizque a través de los pueblos Mojocaya y Sauce.

Los pueblos Tiwanaku y Wari bajaron a los valles occidentales del Pacífico. Algunas colonias Wari de Ayacucho, de baja densidad, se desplazaron hacia la costa, a la localidad de Maymi. Otros al valle de Moquegua, entre pueblos locales formativos, instalándose aquí con más ímpetu militarista, en la fortaleza del Cerro Baúl. Aquí vivían en plena contemporaneidad con otras colonias Tiwanaku menos hostiles, asentados más abiertamente en el mismo valle. Se acepta que los Wari aplicaron una estrategia más coercitiva, como una minoría más cerrada, distinta a la colonización Tiwanaku, no defensiva y de mayor arraigo temporal en Omo y Chenchén, en donde la cobertura religiosa fue más dominante. La colonización del estado Tiwanaku fue intensa en todos los valles occidentales, desde el río Majes a Arica, pero en los oasis de Moquegua fijaron su espacio natural, el más aledaño a su prolongación vertical y, por lo mismo, el más ocupado fuera del entorno del Titikaka. En la localidad de Omo arraigan su poder civil y religioso en un eje litúrgico sustentado por un típico templo hundido, asociado a cerámica de significado iconográfico, a unos 300 km al occidente de la cabecera del estado. La opción por administrar colonias en el valle bajo del Osmore, rico en agricultura semitropical, se sumó al control de la riqueza costeña (sal, guano, alimentos, materias primas, etc.) y a las tareas metalúrgicas localizadas en el inicio del cinturón del cobre, que aquí se introduce al sur hacia el ámbito circumpuneño. El arribo de gentes Tiwanaku a Moquegua ocurrió al final de la fase IV (300-700 d.C.), en convivencia con los asentamientos locales Huaracane tardío, sin relaciones hostiles, en un espacio parcialmente ocupado por pueblos más receptivos políticamente, augurando un largo tiempo de dominio. Una vez diluida la minoría Wari, las colonias Tiwanaku expansivo (Chenchén) controlan el espacio moqueguano hasta configurar una comarca dependiente del estado Tiwanaku. La *pax* Tiwanaku ha motivado un intenso movimiento caravanero entre la capital del estado y estos asentamientos permanentes dotados de grandes cementerios, a raíz de sus logros hidráulicos y agrarios. Las cosechas rotativas de maíz, porotos, calabazas, zapallos, pacay y maní, configuran un objetivo agrario similar al valle de Cochabamba, en donde el cultivo especializado del maíz y el uso compartido de iguales íconos cerámicos y textiles sugieren que ambos valles cálidos y productivos estaban sometidos a un régimen político común de colonización.

En los valles ariqueños, la ocupación Tiwanaku fue también de sumo significado aunque sin restos arquitectónicos comparables a los

pueblos Omo de más al norte. Se piensa que aquí no tuvo tanta fuerza el modelo colonial administrado de Moquegua. En aldeas livianas y grandes cementerios las gentes Tiwanaku ocuparon estos valles entre las poblaciones derivadas de Alto Ramírez. En efecto, el influjo Tiwanaku ocurrió desde los 500 a 1.200 d.C., con un clímax alcanzado por los 800-900 d.C., asociado a una notable simultaneidad de estilos derivados de convivencias multiétnicas. Estos valles, a diferencia de los anteriores, estaban en el borde del *hinterland* Tiwanaku, de modo que no se implantó un modelo sociopolítico y arquitectónico muy complejo, salvo una que otra waka como la de Atoka, para rituales de gentes Tiwanaku, Wari-costeño y los locales aculturados, tras mayor cohesión ideológica en una *isla altiplánica* como tantas otras manejadas en el medio de estos oasis del desierto.

Diversos grados de combinaciones de gentes Tiwanaku con pueblos locales constituyeron los pueblos Loreto Viejo, dentro del influjo de una dominante ideología Tiwanaku IV y V. Otros con más atributos locales configuraron los pueblos Sobraya y Cabuza, hasta generarse más tardíamente una población llamada Maytas, que incorporó componentes Tiwanaku y locales dentro de un proceso de sincretismo y regionalización más notable. Las gentes Tiwanaku y los pueblos preexistentes de los valles de Arica al Loa (Ancachi) se imbricaron en el proceso colonizador, creándose un panteón de íconos miniaturizados y camisones emblemáticos, fluidos en redes caravaneras trascordilleranas que estiraban el ideario Tiwanaku hasta los mismos rincones del Pacífico y circumpuna. Estaba por medio la captación de pueblos y señoríos locales para la producción y conducción de excedentes para un estado altiplánico casi teocrático, experto en el manejo del poder extraterritorial: alimentos cultivados semitropicales, lingotes de cobre, oro, plata, objetos fundidos y repujados para el culto, maderas, joyas, conchas, productos preservados de valles y costeños, etc.

En cada región se acogieron los rituales Tiwanaku y las políticas preexistentes con flexibilidad, con más alucinógenos en Atacama a raíz de la antigua conexión con las selvas occidentales; a veces la colonización articuló áreas de menos complejidad o con más intercambio en zonas con largas historias locales, incluyendo las alianzas entre señores igualitarios para asegurar el acceso caravánico o simplemente el proselitismo etnocéntrico por sobre los roles religiosos autóctonos, con el fin de sostener a la elite civil y religiosa de la Ciudad Sagrada. Les in-

teresa a los Tiwanaku las tierras altas homólogas, pero en los valles occidentales podían proveerse de recursos complementarios, ya exitosos en términos de agropesquería, porque articularon a comunidades que controlaban complejas redes regionales de interacción formativas desde el mar, valles y serranías adyacentes creándose un escenario sociopolítico flexible o más útil para las ocupaciones coloniales multiétnicas y alianza sin intervenciones directas. El estado Tiwanaku articuló paralelamente a los pueblos circumpuneños de más al sur a través de operaciones combinadas de intercambio y colonias insertas esta vez en un medio local muy complejo y productivo, pero abierto al tradicional acceso de grupos multiétnicos. Vivían en las aldeas junto a los lugareños pero mantenían sus costumbres y símbolos originarios, tal como ocurrió entre los oasis de Atacama, en donde se proveían de metales, como los lingotes de cobre de antirerita y brocantita usados en las grampas de los edificios de la Ciudad Sagrada o de sofisticados vasos de oro para el culto templario.

Cuando todos los pueblos ya formatizados del área centro-sur conservaban sus idiosincracias, la teocracia Tiwanaku los incluyó en el mundo andino nuclear, interpretando así a un movimiento de gran escala que aspiraba a una liturgia panandina de sumo prestigio, que favoreció un innovador proceso de macrointegración. En efecto, la transmisión de ideas y la ejecución de alianzas junto a los recursos traficados, ponía en comunicación distintas y distantes regiones ambientales, étnicas y litúrgicas. Del Pacífico, los atacameños traficaban al interior algas secas, conchas y figurillas, pescados y mariscos secos, cobre, sal, guano, pieles de aves, cuero de lobo, etc. Se sumaban en los oasis del Loa y Salar de Atacama: algarrobo, chañar, maíz, sal, cobre, oro, piedras semipreciosas, tinturas, madera, sal, obsidiana, etc. Desde los valles serranos trasandinos y de la ceja de selva se traficaban hacia los pueblos circunpuneños: chonta (madera elástica), maderas, alucinógenos, conchas de agua dulce, plumas y aves tropicales, pieles de caimán, plantas medicinales, estaño, tabaco y coro (sustancias psicotrópicas), etc.

Del altiplano meridional y las yungas provenía el charqui, pieles *sobadas*, llamas en pie, monos, pieles exóticas, papa-chuño, quinua, plata, sal, coipa (detergente), yerbas naturales, coca, etc. El cebil cubre un territorio entre Santiago del Estero a Bolivia por el bosque tropical. Desde Catamarca salían los caravaneros hacia los valles del centro y oeste de Catamarca y La Rioja, para ascender a la altiplanicie y de allí

a los oasis atacameños y copiapinos por las rutas de los dioses, desde la ceja de selva hasta el Pacífico, asociadas a ritos de inhalación por tubos o aspiración a través de pipas, permitiendo un acercamiento directo a las divinidades iconográficas y prácticas shamanísticas. Junto al cebil se trasladaban grandes caracoles usados en los oasis atacameños como recipientes ritualísticos para pinturas y alucinógenos. Precisamente en contextos Tiwanaku se han detectado tinturas de uso ritualístico: rojo, morado, ocre y negro, usualmente en enterratorios de mujeres, como la púrpura extraída de cactáceas de Santiago del Estero.

Por otra parte, entre los aldeanos de Atacama fue común por los 400 a 900 d.C., el uso de azuelas y cinceles de cobre vinculados con la preparación excedentaria de maderas, además de piezas más formalizadas como las tabletas de alucinógenos, mangos de herramientas, vasos ritualísticos, cencerros de caravanas, etc. También se traficaron manufacturas idiosincráticas como las vasijas negras bruñidas, clásicas de Atacama, registradas en Tarapacá y Calahoyo, constituyendo rasgos intrusivos a lo largo del intercambio itinerante, de acuerdo al decir del cronista Diez de San Miguel [1557]: "quedan holgados todo el año con sus gruperios de ganado y lana y rescates de pescado y sal y ollas...". A este respecto, cabe señalar que la delicada simbología de los textiles foráneos ha arribado desde lugares distantes con valores de identidad y proselitismo, facilitadores de arreglos y alianzas entre pueblos insertos en redes caravaneras. Se han registrado en los oasis circumpuneños textiles Tiwanaku y Aguada-Ambato pertenecientes a los Señores más poderosos del mundo andino del sur, para auspiciar las prácticas de intercambio, o del acto de colonizar, pasar y radicar a la vez, de acuerdo a la diversidad sociopolítica receptora y al nivel de las alianzas interétnicas deseadas y logradas.

Durante los pueblos Quitor (400-600 años d.C.) y Coyo (600-1.000 d.C.), la interacción giratoria tuvo su mejor expresión sociocultural en conexión con el estado Tiwanaku. Se articularon enclaves entre diversas etnias limítrofes, dentro de un proceso de integración esta vez macroregional, que se identifica con el clímax de la tradición atacameña, enraizada en un antiguo proceso intra-circumpuneño. El núcleo del poder sociopolítico de Atacama variaba de un ayllo agrario a otro a través de su secuencia, interdigitando en estas aldeas el arribo y salida de gentes, recursos e ideologías. Se ha identificado entre los pueblos Quitor más acceso hacia recursos trasandinos, a raíz del registro de cerámica negra pulida clásica en distintos enclaves vecinos: Calahoyo, Casira

(Santa Catalina/Jujuy), La Paya de Cachi, La Poma y otros asentamientos Calchaquíes. Se extienden por los oasis de Antofalla, Tebenquiche y Laguna Blanca, alcanzando las tierras altas de Copiapó entre los pueblos Molle por los 400-600 d.C.

En esta época, gentes Tiwanaku alcanzan a estos oasis de uso uni y multiétnico, incorporando sus rituales asociados a la coca y constituyendo un soporte de la cohesión espiritual entre los centros aldeanos locales y los colonos permanentes y transitorios del ámbito altiplánico. Se piensa que la concentración de excedentes costeños y manufacturados de cobre, oro y piedras semipreciosas constituyó la mayor atracción para el estado Tiwanaku. De hecho, los únicos cinco vasos de oro registrados en Atacama se asocian a este estilo. Precisamente, en el cementerio Coyo Oriental, existe una alta presencia de martillos y minerales de cobre entre tumbas Tiwanaku, datadas a los 577 d.C., asociados a cuerpos que sufrieron artritis a raíz de actos reiterados en términos de extracción y carga pesada entre hombres y mujeres. Recuérdese que el cobre usado en Tiwanaku proviene del ámbito atacameño y que ya antes se había reconocido una colonia de mineros datados por los 500-700 años d.C. en las vetas de Chuquicamata.

Se hablaban diversas lenguas insertas en redes caravaneras con relaciones exteriores alertas a las correlaciones del poder. Allí el estado Tiwanaku mediatizó el mundo andino central con el mosaico del *otro* sureño, disperso y diverso, sustentado a su vez en una historia local madura y abierta al nuevo ideario de macrointegración. Estas conexiones crearon las condiciones para que el pueblo Aguada-Ambato, hábiles caravaneros trasandinos, interactuaran con sus íconos entre los pueblos de los oasis atacameños. Ciertamente, por los pasajes de Antofagasta de la Sierra y Tebenquiche (650-850 años d.C.) circuló su cerámica, los objetos de bronce arsenical, los cestos campanuliformes bordados, las figurinas femeninas de madera y una camisa Aguada-Ambato adornada con motivos moteados, traída en la ruta del cebil en señal de consolidación de vínculos por más de 800 kms de distancia. Otra conexión trasandina por esta época ocurrió con los pueblos Isla, los que preexistían en su comarca vallense de Jujuy al arribo del flujo Tiwanaku y asimilaron, a su manera, los formatos cerámicos, hallándose éstos asociados a tiestos negros pulidos clásicos en los oasis atacameños. A partir del influjo Tiwanaku el rol de los dignatarios de Atacama creció jerárquicamente, paralelo al aparato sociopolítico (hachas simbólicas

sin filo), asociada a shamanismo (inhalación de psicoactivantes) y de mediación litúrgica, incluyendo funciones paramilitares con equipamiento guerrero y ritualístico. En efecto, ciertos contextos funerarios durante el inicio de la conexión con Tiwanaku (300-500 años d.C.) dan cuenta de una elite bien estructurada, junto a comunidades complejas con estratificación social, redistribución asimétrica e incremento de circulación de bienes administrados en un territorio acotado.

Por otro lado, se ampliaron las relaciones vecinas en cuanto se han identificado suficientes bienes foráneos derivados de interdigitaciones étnicas que conducen a más diversidad cultural y económica. El tráfico antiguo de tabaco y cebil, más sus asociados, perduraron hasta el inicio de los pueblos Quitor (400 años d.C.). Las rutas de interacción entre los oasis de Atacama, Tebenquiche, Laguna Blanca, Hualfin y Saujil, usadas por las caravanas de los pueblos San Francisco, Ciénaga, Condorhuasi, Candelaria y Atacama ahora dieron paso a otro escenario sociocultural y económico, en tanto que el tráfico se reorientó al altiplano, hacia Tiwanaku, apoyado por la miniaturización de los íconos litoesculpidos acorde al flujo caravanero de bienes ritualísticos y de consumo conducidos por señores de prestigio multiétnico. La ideología Tiwanaku se incorporó selectivamente entre los pueblos del área andina meridional, claro está, con distintos tonos de acuerdo a la mayor o menor complejidad receptiva. En efecto, las Wakas ceremoniales Condorhuasi-Alamito ya están abandonadas por los 500 d.C., cuando los señores circumpuneños proponen hacia el sur valliserrano una liturgia andina con íconos felínicos, el sacrificador de ancestro Pukará-Tiwanaku, acogido por shamanes sureños poseedores del arte psicoactivo. Ahora el epicentro señorial y litúrgico descentralizado radica entre los pueblos Aguada-Ambato (650 a 850 d.C.) con influjos Condorhuasi-Alamito y los panandinos Tiwanaku, vía señorío de Atacama, bajo un régimen muy jerárquico, con personajes privilegiados por atuendos sofisticados, entre agricultores y artesanos especializados cobijados en asentamientos aglutinados y defensivos. Tanto los pueblos circumpuneños como los meridionales alcanzan con la irradiación Tiwanaku y Ambato un prestigioso rol artesanal e iconográfico, en un marco de cohesión señorial y religiosa a pesar de las enormes distancias de interregno.

Los pueblos del valle del Ambato (Aguada) se distribuyeron desde el sur de Salta al norte de San Juan en asentamientos construidos con tapiales y *plaza-pirámide*, con voluntad de actos y labores comuni-

tarias, por los 570 y 690 d.C. Es el tiempo de un sensible incremento de la población en nuevos asentamientos con agricultura en los fondos de valles, mejores técnicas de regadío, mayor acopio de excedentes pecuarios (llamas), caza (vicuñas y ciervos), éxitos agrícolas (maíz, papas y quinua) e intenso tráfico caravanero (cebil), favorecido por la ausencia de excesos defensivos y ofensivos que hicieron viable un ideario macrointegrador culminado por los 730 a 1.050 d.C. No solo recogieron la iconografía Tiwanaku, sino que asumieron el ideario andino del sur en torno al culto nuclear del sol-felino, reflejado en íconos metálicos reinterpretados desde los oasis de Atacama.



Foto 20, Cerámico pintado al estilo Aguada, s. V-X d. C. noroeste argentino.

Una nueva expresión regional más sureña se había conformado desde los 750 d.C.: los pueblos Angualasto. Éstos recogen las experiencias anteriores, recibiendo las influencias valliserranas de Ambato-Aguada hasta los 950 d.C., bajo nuevos estilos de vida aldeana. Algunos grupos de tareas Ambato-Aguada ocuparon en las veraneadas los bofedales de altura, a través de caseríos de baja densidad, dedicados a la caza y crianza trashumántica de camélidos, cruzando extensas pampas desérticas, por aleros intermedios a la manera de los pastores y carava-

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1826
QUITO
COLEGIO MAYOR
BIBLIOTECA

neros andinos, dejando su impronta más al sur en la tierra de los Angualasto. Por otra parte, cuando los pueblos Ambato-Aguada participaban de su cobertura macrointegrativa en la llanura Chaco Santiagueña se desarrollaron los pueblos Mercedes (300 d.C.), con labores agrarias y ocupaciones en montículos artificiales asociados a pesca, caza y recolección, originados con estímulos de gentes Ambato-Aguada, Ciénaga y Alamito.

Más abajo, en los valles occidentales de Chile central, apegados al Pacífico, tanto los pueblos arcaicos y Molles como los aportes trasandinos ya referidos, dieron lugar a un proceso distinto, orientado a la emergencia de identidades étnicas sin relaciones integrativas. Los pueblos Ánimas entre los 800 a 1.100 d.C., extendidos desde Copiapó al río Limarí, habitaron en aldeas agropecuarias y sitios defensivos de alturas, desde los pastos de veraneadas al Pacífico. Se enterraban en túmulos junto a camélidos y platos con decoración negra sobre crema con ciertos influjos de los pueblos Ambato-Aguada. La asimilación del ícono sacrificador, piedras semipreciosas rituales, el uso de alucinógenos, los keros metálicos y sus tembetas ya no funcionales, los relacionan con los pueblos circumpuneños y Ambato-Aguada por los 850 d.C. Los pueblos de los valles occidentales de más al sur se incorporaron a este proceso a través de los pueblos que ocuparon la isla Mocha, el río Maule (Quivolgo), Altos de Vilches, Pitren y el Vergel.

VIII. Tribus y Estados en los Andes: siglos XII-XVI

LUIS GUILLERMO LUMBRERAS

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

CONTENIDO

VIII. TRIBUS Y ESTADOS EN LOS ANDES: SIGLOS XII-XVI

1. EL EXTREMO NORTE DE LOS ANDES
   - Los pueblos circuncaribes
   - Los muiscas
   - Los trópicos occidentales
2. LOS ANDES SEPTENTRIONALES
   - Los pastos y sus vecinos
   - En la mitad del mundo
   - Los habitantes del Guayas
   - La costa ecuatoriana
   - Puruháes, cañaris y paltas
3. LOS ANDES CENTRALES
   - Los "yungas" del Chimor
   - Los quechuas de la costa
   - Los quechuas de la sierra central
   - Los quechuas del sur
4. EL ÁREA CENTRO SUR ANDINA
   - Los reinos lacustres
   - El territorio circun-Titicaca
   - El desierto y el altiplano meridional
5. LOS ANDES MERIDIONALES
   - El círculo circumpuneño
   - Los diaguitas orientales
   - Los diaguitas occidentales
6. EL EXTREMO SUR ANDINO

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1620
QUITO

El tránsito del primero al segundo milenio de nuestra era fue un período de grandes cambios en la historia de los Andes. Debido a lo generalizado del fenómeno, debe presumirse que hubo al menos un factor común, externo al ser humano, que desató la cadena de cambios que afectaron a los pueblos desde la costa caribeña de Colombia hasta el archipiélago chileno.[1] En unos casos se produjo el abandono de territorios ocupados exitosamente por muchos siglos; en otros, se iniciaron invasiones y conquistas de unos pueblos sobre otros, o cambios radicales en el modo de vida. Entre los siglos X y XII casi nada quedó quieto, de modo que hacia el siglo XIII el panorama era, en general, significativamente distinto al del milenio precedente.

Si hubiera que ensayar una síntesis esquemática sobre este período, se podría decir que se dio un crecimiento sostenido de la economía agraria, con intensificación productiva, abandono de las estrategias costosas, e incorporación de nuevos medios de producción, tanto de tierras como de técnicas, que incluía la construcción de terrazas agrícolas, redes de irrigación u obras de infraestructura para la producción o la circulación de bienes. Todo eso acompañado de un ascenso constante de la población, que mayormente organizaba su vivienda en agrupaciones concentradas, de tipo aldeano o urbano, según la base económica correspondiente. Otra tendencia general era el dominio de las jefaturas o señoríos de base étnica que, en el caso de los Andes centrales, estuvieron sujetos a los Estados que se consolidaron a partir del siglo X d.C. Aun cuando no es del todo generalizable, igualmente se intensificó la producción manufacturera especializada, sobre todo en torno a los centros de poder. No ocurrió esto de manera lineal; hubo lugares donde fue todo lo contrario, el desarrollo fue desigual y combinado.

Los arqueólogos han identificado esta situación con distintos nombres, bautizando a este período –ocurrido entre los siglos XI-XVI– como: *Integración Regional*, etapa de los *Cacicazgos o Estados Regionales*, *Post-Clásico*, *Militarista* o simplemente *Tardío*, según la región y las características de los cambios producidos. En este capítulo, no nos inclinamos explícitamente por ninguna de las opciones, aun cuando reco-

[1] Según Van der Hammen (1981), hacia el 1.200 d.C. hubo un cambio climático, detectado por el análisis del polen, que afectó a toda la región tropical, consistente en una disminución de la temperatura y humedad, que desde luego tuvo repercusiones diferenciadas en cada territorio.

nocemos que la característica más definida del período es la consolidación de los Estados en los Andes centrales y de los cacicazgos o jefaturas étnicas locales o regionales en todo el territorio. Para la presentación hemos escogido un recorrido andino de norte a sur.

1. EL EXTREMO NORTE DE LOS ANDES

La depresión momposina, extensa hondonada al norte de Colombia, donde convergen los cauces del Magdalena, el Cauca y el San Jorge, es un territorio caluroso y húmedo (28°C de temperatura promedio y 77% de humedad), que es inundado anualmente entre abril y noviembre y, por lo tanto, ofrece dificultades de habitación y uso para fines agrícolas. Sin embargo, hay evidencias que antes del siglo XII estuvo sometido a una intensiva ocupación agrícola, lograda con la creación de una infraestructura de drenaje[2] formada por miles de canales –muy juntos unos de otros, dispuestos en un sistema de abanico– cuya función era la de conducir las aguas de inundación hacia el cauce del Magdalena, librando del agua los terrenos intermedios, que entonces pudieron ser cultivados. La tierra removida de los canales era depositada en las orillas, formando terraplenes que servían tanto para las tierras de cultivo como para habilitar espacios para vivienda. Producían principalmente tubérculos hasta el siglo VII, cuando iniciaron también el cultivo de maíz.[3] Tanto la creación de estas condiciones, como su mantenimiento, requerían una población numerosa y formas eficientes de organización del trabajo, con capacidad para reproducir anualmente la operación del sistema. Eso está probado por el estudio de los restos arqueológicos. Sin embargo, cuando llegaron los españoles, la región estaba casi inhabitada y, por cierto, el sistema no funcionaba.

Clemencia Plazas y Ana María Falchetti[4] lograron establecer que la región fue ocupada hacia 200 a.C. e intensivamente poblada hasta el siglo X de nuestra era, cuando inició su progresivo abandono. Según los registros obtenidos, la ocupación más intensa se inició hacia el siglo III d.C., alcanzando su máximo desarrollo a fines del siglo X, en la fase de la cerámica "Modelada-Pintada". El siglo XI marca la declina-

---

[2] Parsons, 1970, 1978; Parsons y Bowen, 1966.
[3] Plazas y Falchetti, 1981: 89.
[4] Plazas y Falchetti, 1981, 1987, 1990; Plazas et al., 1988.

ción. En ciertos relictos, como los de la ciénaga de Ayapel, quedaron algunos grupos concentrados, cuyas prácticas recuerdan a los viejos habitantes momposinos; los cronistas españoles destacan la existencia de "huertas cultivadas maravillosamente". Sin embargo, la región ya tenía otros ocupantes, que debieron llegar entre los siglos XIV y XVI y que se distinguen porque solo ocupaban los terrenos elevados disponibles, siguiendo un régimen agrícola sujeto a las condiciones naturales. Plazas y Falchetti piensan que estos nuevos habitantes eran "migrantes malibúes", que es el nombre de una población que a la sazón vivía dispersa en las llanuras orientales del bajo Magdalena.

Los españoles escucharon una tradición que decía que desde la depresión momposina hasta la cuenca del río Sinú, hubo tres grandes "provincias": *Fincemú*, en el valle del Sinú; *Pancenú*, en la hoya del San Jorge; y, *Cenúfana*, en el bajo Cauca y el río Nechí.[5] Si la tradición fuera cierta, estas "provincias", donde se encuentra la cerámica *Betancí*, del siglo X de nuestra era, serían parte de la historia de la disolución del proyecto hidráulico de la depresión momposina. Los cronistas describen a los cenú o zenú con una estructura política de una cierta complejidad, donde los caciques de Fincemú habrían tenido un control de nivel regional, sobre otros caciques. Según Fray Pedro Simón,[6] el pueblo de Fincemú era "la corte del gran cacique o mejor decir de la gran cacica y señora de muchos pueblos, sus vasallos...", que vivía en una gran casa, con graneros para guardar maíz, que estaba rodeada por otras menores donde vivían "gente de servicio", orfebres y tal vez unos sacerdotes conocidos como "mohanes". Se da noticia que en este lugar existía un "templo" con 24 ídolos de madera –12 hombres y 12 mujeres– cubiertos con planchas de oro.

Es claro que el abandono progresivo de la depresión momposina no fue acompañado por una solución igual en toda la región; muy por el contrario, se fijaron condiciones de desarrollo que, si bien nacieron en las fases precedentes, se definieron como una opción compleja de tipo cacical, como ocurrió en la Sierra Nevada de Santa Marta, en la cordillera oriental de Colombia, en el Cauca, en Ecuador, en la costa y la sierra peruana, y en el altiplano del Titicaca. Es un proceso general en los Andes.

El extremo norte andino comprende gran parte del área llamada "Circun-Caribe"por J. Steward (menos la parte meridional de Amé-

[5] Reichel-Dolmatoff, 1986: 163.
[6] Cronista del siglo XVII, citado por Plazas y Falchetti, 1981: 80

rica Central, desde Nicaragua hasta Panamá, y la costa norte de Venezuela), que es también llamada "Área Intermedia" por G. Willey, en referencia a su ubicación entre Mesoamérica y los Andes Centrales, los polos de más alto desarrollo del Continente. Pueden distinguirse tres regiones mayores: una propiamente caribeña, con frente al Atlántico, otra asociada a los Andes orientales de Colombia, y la tercera ligada a las cordilleras central y occidental de Colombia y sus costas sobre el océano Pacífico.

Los pueblos circuncaribes

En las reflexiones iniciales de este capítulo, nos hemos referido a lo que ocurrió en el noroeste de esta región, entre la cuenca del Sinú y la del Magdalena. Las condiciones de cambio presentadas allí en el siglo XI, tuvieron un efecto distinto al este del Magdalena, en la Sierra Nevada de Santa Marta, territorio de los llamados *taironas*, que iniciaron un exitoso dominio de los recursos de su territorio.

El nombre tairona no corresponde a todos los grupos que allí vivían. En realidad solo se llamaba "tairona" a un grupo que vivía en la ladera norte de la Sierra. El nombre ha sido adoptado por los arqueólogos para identificar la última fase de ocupación pre-colonial de la Sierra Nevada. Sus descendientes son los Kogi, los Ijka y Sanká.[7]

La secuencia arqueológica de la Sierra está en estudio. Hasta donde se sabe, el modo de vida del siglo XVI-XVII debió iniciarse dos o tres siglos antes, aunque hacia al siglo VII ya se había introducido una forma de vida "tairona" -diferente en algunos detalles de la tardía- que no tiene antecedentes locales conocidos. Eso ha hecho pensar que los antiguos pueblos de la vecina costa de Santa Marta, pudieron ser sus antepasados.

Los taironas ocupaban las estribaciones occidentales y septentrionales de la sierra, hasta los 2.500 m. La Sierra Nevada de Santa Marta es un macizo montañoso, desprendido de la cordillera de los Andes, que se forma en el extremo norte del continente, sobre el litoral Atlántico. Desde su nacimiento, en el mar Caribe, hasta las nieves perpetuas -con alturas que llegan a 5.775 m- se organizan una serie de paisajes es-

[7] Reichel Dolmatoff, 1951, 1953, 1954; Bischof, 1968 a y b, 1982-83; Groot, 1990.

calonados. Tenía una densa población, de la que se conocen unos 220 asentamientos arqueológicos, con edificios de piedra.[8]

Había una intensa actividad pesquera, pero la agricultura de maíz -y sus asociados- era la fuente principal de la subsistencia, que se sembraba en los fondos aluviales, con uso de riego, y en las faldas de la sierra, en terrazas igualmente irrigadas. Según testimonio documental, sembraban además yuca, auyama, frijoles, ají y frutas.

Los instrumentos de trabajo eran simples: grandes piedras de moler, hachas, cinceles de piedra pulida y manos de molienda, aunque algunos estaban tallados en forma de hachas, cuyo cabo y hoja estaban esculpidos en una misma piedra, y otros tenían una talla zoomorfa. Había también esculturas en piedras parecidas al jade, con figuras humanas o de murciélagos con las alas desplegadas, y tallas mayores como unas grandes cabezas humanas que proceden de Minca, cerca de Santa Marta.[9] Fuera de eso, se encuentran cuentas de collar y adornos de cornalina, ágata, cuarzo y piedras de texturas y colores llamativos, así como objetos tallados en conchas marinas, en huesos de mamíferos mayores y en madera.



Foto 21, Ocarina de estilo Tairona ca. s. XIII-XV d.C. Sierra Nevada de Santa Marta. Colombia.

[8] Cadavid y Herrera, 1985.
[9] Reichel-Dolmatoff, 1986: 190.

La cerámica tairona es muy elaborada. Es típica la alfarería negra pulida, con la que se producían platos y cuencos tetrápodos, copas de base cónica-truncada o anular, y otros recipientes de silueta compuesta. También era frecuente la cerámica de color habano o amarillento, con la que se hacía botellones, copas o vasijas dobles con decoración plástica, modelado, incisiones y excisiones. La metalurgia tairona tuvo un notable desarrollo, con figurinas y adornos corporales de oro o tumbaga, con la superficie dorada *mise-en-coleur*. Los productos de intercambio eran tanto agrícolas como sal, pescado, oro, mantas de algodón, adornos de plumas y tallas de piedra.

La población, numerosa, vivía en poblados que llegaban a sobrepasar el millar de gentes, aunque la mayoría apenas tenía una media docena de casas. Según se desprende de las excavaciones arqueológicas, las unidades domésticas nucleares eran la base de los asentamientos. Para Reichel-Dolmatoff, los poblados principales eran *Bonda*, *Pocigheica* y *Taironaca*. Los cronistas describen casas redondas de madera y paja u hojas de palma, sobre terrazas artificiales de piedra, conectadas por calles y escaleras elaboradas con lajas de piedra, con canales de drenaje para las lluvias y a veces puentes; con plazas enlosadas y una extensa red de caminos empedrados que comunicaban los poblados entre sí. Habían casas de carácter ceremonial, rodeadas de espacios colectivos. Se menciona también edificios escalonados de función ceremonial, y obras colectivas en forma de terrazas agrícolas y sistemas de riego. Todo ha sido confirmado por la Arqueología.

La compleja infraestructura de los taironas indica que su operación política debe haber sobrepasado los límites locales, pues hay obras que comprometen varios poblados. Las crónicas solo se refieren a los caciques sin una discriminación mayor sobre el grado de poder de cada uno de ellos y sus posibles niveles jerárquicos. Se sabe que había caciques de aldeas que dependían de otros "más principales", lo que seguramente tiene que ver con la división de algunos asentamientos en "barrios" de diversa jerarquía.

Había una cierta diferenciación de tareas, con caciques y sacerdotes "Naoma", artesanos, guerreros y mercaderes. En las crónicas, los sacerdotes *Naoma*[10] aparecen con cierto poder sobre los caciques. Se menciona que algunos poblados tenían templos o casas ceremoniales y

[10] Castellanos, 1589 (o 1601).

que se hacía peregrinaciones a puntos remotos de la sierra, donde se encontraban lugares sagrados. Si se concedía tal importancia a los sacerdotes o shamanes, es posible que varias representaciones de personajes con tocados y máscaras y varas, que hay en cerámica, piedra y oro, sean imágenes de ellos o asociadas al culto. Hay varios indicios sobre una divinidad felínica. Los cronistas se refieren a entierros en sepulturas en bóvedas o en urnas, y a momificación o disecación de cadáveres. En el sitio llamado Pueblito se ha encontrado entierros primarios en sepulturas formadas por lajas a modo de "cajas", en el centro de algunas casas; en Buritaca 200 hay entierros en pozos con cámara lateral; en varios sitios de las tierras bajas se ha encontrado entierros en urnas, que a veces tenían ofrendas metálicas dentro, o tallas de concha o hueso. Hay muchos restos de arte rupestre en la Sierra Nevada de Santa Marta, pero no está claro si todos eran taironas.

Los taironas representan el grado más complejo de desarrollo alcanzado en la región, y de algún modo sus instituciones y formas de vida solo tienen diferencias de forma y magnitud con lo que ocurría en las vecindades. Son diferencias sobre todo perceptibles al oriente y sur de la sierra, ocupadas por los habitantes de los llanos del bajo Magdalena, ríos César y Ranchería, península de la Guajira, sierra de Perijá, vecindad del lago Maracaibo y sierra de Mérida.

No existe en esta región oriental una sola forma de organización social. La tendencia era "cacical", es decir un tipo de formación social igualitaria con jerarquías funcionales formalizadas -muchas veces hereditarias- que diferenciaban a algunos personajes; esa diferencia de función tenía una irregular incidencia en las relaciones de poder, de modo que los personajes caracterizados como "caciques" adquirían una condición política, con capacidad para disponer de cierto tipo de prerrogativas sobre las actividades sociales y con derechos desiguales en el acceso a bienes de consumo para su mantenimiento. Como esquema general, se puede decir que las unidades sociales-tipo estaban constituidas por comunidades locales, ligadas por lazos de vecindad y/o parentesco con otras comunidades, pero con autonomía operativa, donde los caciques tenían influencia restringida a un ámbito comunal dado. No aparecen indicios de formas de organización supra-local, aun cuando el "prestigio" de unos caciques fuera mayor que el de otros y, por tanto, estuvieran en capacidad de influir más allá de sus comunidades, como quizá ocurría entre los taironas o los zenú.

Los malibú, que ocupaban los llanos vecinos al bajo Magdalena, solo tenían caciques con influencia de nivel familiar,[11] de modo que cada pueblo tenía una, dos o tres "cabezas", aunque alguno de ellos era el "principal". Parece una forma muy simple de la organización "cacical", similar, por lo demás, a la que tenían los cacicazgos de Mérida, donde, según Fray Pedro de Aguado,[12] los caciques no eran de mucha estima y se les debía poca obediencia; en El Tocuyo, no se reconocía "principales" y en Trujillo:[13] "no hubo ni hay caciques en esta tierra ningunos señores ni cabeceras excepto los nexos que de la parentela". Según el propio Aguado, algunas comunidades eran más apreciadas que otras y, seguramente por extensión, sus jefes étnicos o caciques. Se trata de unidades poblacionales de unos 100 miembros, dispersos según sus áreas de cultivo, que ocupaban una sección de un río o una pequeña cuenca tributaria.

Parece ingenuo asumir que estas desigualdades deban considerarse como "eslabones" de un proceso evolutivo, en cuya cúspide estarían los taironas. Son parte de una misma formación, donde los desarrollos, diferenciados por las concretas condiciones materiales de su existencia, se daban simultáneos y con diversas formas de relación e interacción. Las desigualdades más significativas estaban marcadas por las condiciones de organización y complejidad del trabajo necesario, de modo que en los territorios donde eran necesarios instrumentos más sofisticados, mayor fuerza de trabajo o una división especializada del mismo -con un retorno suficiente como para garantizar la satisfacción plena de las demandas de consumo- el desarrollo era más complejo y crecía la población. Es así como las obras requeridas para la utilización de los terrenos anegadizos o con fuerte pendiente, que requerían recursos técnicos más complejos, según su grado de productividad generaban posibilidades de una reproducción ampliada de la gente y su capacidad productiva, con todas las implicancias de escala a que ello conducía. Suponemos que la disolución de proyectos existosos como el de la depresión momposina, se originan en la ruptura del equilibrio entre el proyecto mismo y las condiciones materiales que lo hicieron posible, sea por cambios en el régimen de aguas, por sobreexplotación y/o un incremento de demanda por sobrepoblación, o por una drástica disminución de la fuerza de trabajo indispensable.

---

[11] Duque, 1966.
[12] Aguado, 1581.
[13] Relación geográfica de Trujillo, de 1579, (cit. por Langebaeck, 1992: 82); en Arellano, 1950.

Pero así como se puede explicar los procesos de disolución de proyectos de diverso grado de complejidad, también es posible entender los alcances singulares que tuvieron las "tierras altas" como la Sierra Nevada o la meseta cundiboyacense, que dentro de la misma formación "cacical" aparecen más complejas que las demás. Esto incluye a los timotes y cuicas de la cordillera de Mérida, y los laches de la Sierra Nevada de Cocuy. En efecto, en escala diferente, ocurrió que estas serranías también tuvieron un proceso más complejo que los de sus vecinos de las tierras llanas, aunque los de Mérida no alcanzaron los mismos niveles de complejidad que los taironas y laches y fueron poblaciones con un desarrollo "cacical" simple, aunque el peso de los "mohanes" indujo a proponer una forma "teocrática" para este modo de vida.[14] El grado de desarrollo se aprecia en el uso de terrazas agrícolas, fortificaciones y estructuras de almacenamiento de los que carecían los pueblos vecinos de las tierras llanas y la cuenca del lago Maracaibo, donde la explotación de los recursos selváticos del sur y los semi-áridos del norte fueron resueltos con bastante eficiencia, incluyendo las viviendas palafíticas que dieron origen al nombre Venezuela (pequeña Venezia).[15]

Los muiscas

En la meseta cundiboyacense -entre la hoya del río Chicamocha y los páramos de Sumapaz- estaban asentados los *muiscas* o *moscas* cuando se produjo la conquista española. Es la región donde hubo y hay la más alta concentración poblacional de Colombia. Se ubica entre los 1.800 y 3.000 m de altitud y sus centros más importantes son Bogotá al sur y Tunja al norte, a 2.600 y 2.800 m de altura, respectivamente. En esta sección de la cordillera, las heladas o las granizadas son frecuentes en diciembre-febrero y junio-agosto, lo que limita el cultivo de determinadas plantas, tanto porque hace más lento su crecimiento, con menor número de cosechas por año, como porque simplemente no se adaptan. En ciertos lugares, solo era posible cultivar papas una vez por año.

Unos calculan que la población muisca en el siglo XVI era de 1'000.000 habs. o más,[16] mientras otros, como J. Stewart, piensan en so-

[14] Sanoja y Vargas, 1974: 189.
[15] Wagner, 1967, 1970, 1973, 1978, 1979, 1980; Toledo, 1988.
[16] Carrasco, 1985: 199; Stewart, 1949.

lo 300.000, con una densidad de 10.7 habs. por cada km². Según Guhl,[17] la sabana de Bogotá, que es más o menos el uno por ciento de la superficie del territorio colombiano, absorbe casi el quince por ciento de la población total del país.

El grado de desarrollo alcanzado por los pueblos de la cordillera oriental de Colombia, ha inducido a proponer que se trata de una formación en tránsito al Estado. Cuando llegaron los españoles, había una gran cantidad de cacicazgos o "tribus" viviendo allí, la mayoría incorporados a una de las cuatro "confederaciones tribales" que se habían formado algunos años atrás. Es difícil la identificación de todos los grupos, aunque se ha intentado una prolija relación de ellos.[18] Las unidades mayores, eran:

a) La *confederación de Bogotá*, la unidad política más grande, que dominaba la sabana de Bogotá y parte del páramo de Sumapaz, las cuencas de los ríos Guavio y Negro y parte de Cundinamarca. Incluía unas catorce tribus, y quizá diez más, como Guatavita, que es considerada por algunos autores como otra confederación.

b) La *confederación de Tunja*, al norte de Bogotá, en el páramo y la cuenca del río Garagoa. Era, al parecer, muy poderosa.

c) La *confederación de Duitama*, al norte de Tunja, llegando hasta las tierras de los guane y lache por el norte, con dominio sobre varios pequeños valles fríos y páramos.

d) La *confederación de Sogamoso*, la más pequeña, ligada a un cacique famoso por sus virtudes cultistas o religiosas.

Habían, además, una serie de cacicazgos independientes al oeste de Tunja y al norte de Bogotá. Parece que algunos caciques incorporaron bajo su dominio a comunidades "teguas" que vivían en el piedemonte, al oriente de Guatavita y Tunja, y que eran cultivadores de algodón y maíz, y recolectores de miel y cera negra.[19] Los muiscas no tenían una unidad política centralizada. Eran cacicazgos en situación de guerra permanente entre sí y contra sus vecinos antropófagos *muzos*, *panches* y *colimas*, del valle medio del Magdalena.

La producción tenía una base agrícola, aun cuando practicaban la pesca y la caza. Se pescaba en los ríos y los surcos de los campos de "camellones". Los cultivos más importantes eran el maíz y la papa,[20] pero

---

[17] Guhl, 1968: 197.
[18] Langebaeck, 1987; Falchetti y Plazas, 1972-73; Tovar, 1980, entre otros.
[19] Langebaek, 1987: 39.
[20] Broadvent, 1968, 1987.

también tenían quinua (*Chenopo-dium quinoa*), hibia u oca (*Oxalis tuberosa*), chugua u olluco (*Ullucus tuberosus*) y el cubio, mashwa o añu (*Tropaelum tuberosum*), plantas cordilleranas. Se agregan yuca (*Manihot sp.*), arracacha (*Arracaccia sp.*), batata, camote o boniato (*Ipomoea batata*), tabaco y coca o "hayo" (*Erotroxylum coca*), plantas de ambiente macrotérmico; fréjol (*Phaseolus sp.*), calabaza (*Lagenaria siceraria*), algodón (*Gossypium barbadense*) y auyama (*Cucurbita maxima*), de ambiente mesotérmico; y, frutas como ají o chile (*Capsicum anuum*), aguacate (*Persea americana*), guayaba (*Psidium guajava*), piña (*Ananas sautivas*) y guanábana (*Anona muricata*).

La actividad agrícola no requería de trabajo especializado, pudiéndose desenvolver con la cooperación comunitaria, aun cuando algunas fases de trabajo exigían organización y conducción técnica centralizada. El cultivo se hacía con palo de cavar, sobre terrenos blandos, en las laderas y el fondo de los valles. En la zona pantanosa de la sabana se practicaba el cultivo por camellones, trabajados por unidades domésticas simples, sin instrumentos especiales. Se habilitaban terrazas de cultivo, también a nivel doméstico, en los bordes de los valles fríos con buena alimentación de humedad, y en las laderas secas o húmedas de los cañones interandinos.[21] La agricultura dominante era de temporal, en las tierras planas no inundables de los valles fríos.

Otro rubro económico importante era la extracción de sal, oro, esmeraldas, piedras especiales, maderas, miel y cera de abejas, pieles y plumas, mayormente con destino al intercambio. La sal era obtenida por evaporación, con la formación de "panes" o bloques compactados,[22] ligada a una red de trueque. Los instrumentos de trabajo eran simples, hechos de piedra (cuchillos, hachas, martillos), madera o hueso; se usaban lanzas, dardos con estólica, hondas y mazas tanto para la caza como para la guerra, con escudos de madera para su defensa. Era una tecnología accesible a todos por igual, de modo que cualquier división del trabajo no se derivaba de su grado de complejidad.

La manufactura estaba asociada al consumo doméstico y al mercado de materias primas y productos. La metalurgia del oro y la "tumbaga" (aleación de oro y cobre), estaba ligada a la esfera ornamental y ceremonial. La alfarería, de nivel doméstico, estaba generalmente atendida por pueblos de olleros, que proveían de cerámica a un terri-

[21] Broadvent, 1964b.
[22] Cardale, 1981a.

torio dado. Hay indicios de un ámbito amplio de distribución de alfarería muisca. Existía también una manufactura textil con telas de algodón -blancas o pintadas a pincel- que eran convertidas en mantas para cubrir la espalda, o en faldas ajustadas a la cintura. El vestido se completaba con pintura corporal. El tejido requería actividades con una cierta división de tareas: la mujer hilando y el hombre tejiendo, y activaba el intercambio de productos o la colonización de tierras para cultivo de algodón.

No se definen diferencias sociales en la producción (técnicos especialistas) o la circulación (mercaderes), pero sí en el nivel de la gestión y la distribución (caciques), que afecta a la estructura de poder cacical. La condición sacerdotal no tenía una definición diferente a la del cacique, excepto que a la función redistributiva se agregaba la sabiduría del shamán y algunas diferencias de función. El trabajo agrícola era compartido por hombres y mujeres, pero sus tareas diferenciales están mal documentadas. Fuera de la producción directa de bienes de consumo tampoco hay una forma especializada de trabajo, a menos que se considere como tal a las funciones de ciertos guerreros, caciques y shamanes. Varios de ellos debían su sustento al régimen de tributación al que estaban sometidos los demás. El trabajo de los guerreros *guechas* consistía en la protección de lugares estratégicos, asociados a cercados fortificados, para la defensa de los enemigos externos, especialmente los antropófagos del Magdalena. Los caciques *uñaques* y los jefes locales *uta* y *sibin*, eran individuos desligados del trabajo agrícola,[23] que mantenían en sus casas a orfebres y otros servidores, especialmente mujeres, y sus tierras eran labradas por otros miembros de la comunidad. Existían también unos personajes identificados como "esclavos", hombres y mujeres, que cumplían el papel de sirvientes o de acompañantes de los caciques muertos, destinados a ser enterrados con ellos.

La propiedad era comunal, regida por relaciones de parentesco que definían los derechos de acceso a los medios y bienes de producción. Su ámbito diferencial era el territorio tribal, restringiendo a los "foráneos" el acceso a los bienes comunales. Las tierras, o el derecho de trabajar en ellas, se heredaban del hermano de la madre, de modo que la tenencia de la tierra estaba bajo el dominio de los hombres, aun cuando el derecho a pertenencia se definía por la línea materna.

[23] Langebaeck, 1987: 29-30.

Los caciques se sustentaban de la apropiación de tributos o *tamsa* que se les ofrecía en especie o en obligaciones de trabajo. El tributo en especie incluía mantas, oro, productos agrícolas, pesca, piezas de caña o panes de sal; el tributo en trabajo se cumplía en las tierras del cacique y en la construcción de sus casas y cercados. Los jefes *uta* y *sibin* eran los encargados de hacer que todas estas obligaciones se cumplan y, a su vez, eran los que tenían el mayor número de obligaciones tributarias, que cubrían con los tributos a los que tenían derecho en su respectivo nivel jerárquico. El cacique y sus allegados redistribuían los bienes acumulados, dando a todos de comer y beber en los eventos colectivos laborales o festivos. De esta manera, se producía la circulación del excedente dentro del propio ámbito de los productores, cumpliendo el papel de sustentar, justificar y reproducir la expropiación del trabajo por los caciques, que ganaban estatus e imagen con su "generosidad".

Los shamanes o sacerdotes, llamados *jeques* y también *mohanes*, tenían una condición hereditaria, de tío a sobrino, y disponían de un período de doce años de aprendizaje bajo la conducción de un viejo sacerdote. Eran investidos por el cacique, identificando su función con un equipo especial para el consumo de coca. Los *jeques* vivían cerca del templo, en castidad perpetua, y no participaban de otras actividades que no fueran las de su función. Se alimentaban y vestían con las ofrendas para el culto. Sus funciones, aparte de las ceremoniales o rituales, comprendían la adivinación y la curación de enfermedades; se les consultaba también sobre aspectos ligados a guerras o actividades productivas.

Existía un sistema de mercados asociados a los cacicazgos; algunos tipo feria, en territorios distantes, como el Magdalena, para trocar mantas, sal y esmeraldas a cambio de oro. Hubo también tratos con gentes del norte y de los llanos orientales. El mercado de Tunja se reunía cada cuatro días y había otras plazas prestigiosas, como la del Sogamoso. Se ha discutido sobre la posible existencia de alguna forma de moneda a raíz del uso de tejuelos de oro en los tratos, pero la información al respecto no es clara. El mercado funcionaba por trueque y el valor de los bienes estaba medido tanto por el trabajo invertido en su producción-obtención y el transporte, como por el valor de uso concedido por el demandante. Eso impide considerar un valor de cambio padronizable, capaz de generar moneda. El mercado estaba limitado por el

transporte, que reducía la cantidad y peso de las mercaderías a la disponibilidad de hombres para trasladar los productos a largas distancias. Eso debió favorecer la existencia de los centros de trueque en la meseta. No conocemos aún caminos o puentes que facilitaran el tráfico.

Si bien la producción subsistencial era poco exigente en términos tecnológicos y poblacionales, en cambio las relaciones con el exterior de la meseta, y aun las del interior, exigían consolidar alianzas y relaciones de intercambio, amén de desarrollar mecanismos de defensa y agresión. Es el papel que cumplen los mercaderes y guerreros junto a los caciques. Asumimos la tesis que la actividad mercantil no obedecía tanto a necesidades de complementaridad económica como a las de vigilancia de las diversas vecindades; sin seguridad, en un territorio de desarrollo tan desigual, no era posible disponer de modo sostenido de los beneficios de la actividad agrícola. El mercado permitía, además, establecer formas complementarias de satisfacción de necesidades. La otra forma estructural de resolver los problemas de seguridad era la práctica de la guerra, que se expresaba como "amenaza permanente", muchas veces ritualizada.

La familia -base del régimen jurídico tribal- se sustentaba en la referencia matrilineal para el reconocimiento de los derechos de pertenencia, con residencia avuncolocal (vivir en la casa del hermano de la madre) y un orden jerárquico virilineal. El fundamento jurídico de la propiedad colectiva tenía pues una fuente biológica, socializada -mediante la residencia- en las relaciones tribales supra-domésticas, en favor de un papel dominante de los hombres, cuya función más importante estaba en las actividades que garantizaban la seguridad del colectivo social y sus medios de producción. La "tribu" estaba constituida por varias familias emparentadas: un grupo de familias se organizaba bajo el mando de un "capitán menor" llamado *uta*, nombre con el que también se identificaba al grupo; varios utas formaban una unidad comunal-territorial mayor, conocida por el nombre de *sbin*, a cargo de un "capitán mayor", llamado con ese nombre o *sivintiva*; de tres a siete *sibin* formaban un "pueblo", que era la unidad política superior, equivalente a la "tribu". Quedaba bajo el gobierno del cacique o *Uñaque*, que era el jefe de la sibin más importante. Los diversos "pueblos" o tribus, mediante alianzas o guerras, formaban unidades políticas mayores -confederaciones- cuyo jefe era el cacique del "pueblo" triunfante o más poderoso.

Los asentamientos muiscas se presentan como viviendas dispersas, caseríos o aldeas de 10 a 100 casas. La gente vivía permanentemente en las aldeas y temporalmente en las viviendas dispersas, situadas al lado de las parcelas de cultivo. Las casas eran de planta circular o rectangular, con esquinas redondeadas, con paredes de "bahareque" o "quincha", hechas de cañas cubiertas con barro, y techos de paja. Debido al estado permanente de guerra, las aldeas estaban cercadas con empalizadas de troncos. La casa del cacique estaba cercada y muy adornada, aun cuando en términos de estructura era igual que las demás. Se destaca mucho el que tuviera la protección de varios cercos, dispuestos a modo de laberinto, con varios recintos dentro y adornada con placas de oro o doradas. En las esquinas y entradas estaban unos postes de madera que servían para hacer sacrificios. Estaba conectada con unos recintos que servían como santuarios. Aparte, los caciques disponían también de lugares de descanso y baños.

El matrimonio era básicamente exógamo; si bien la poliginia era generalizada entre los caciques y los hombres del común podían tener dos a tres mujeres, muchos eran monógamos. El hombre daba algunos bienes muebles a los parientes de la novia, como compensación por tener derecho a la mujer. Ella iba a vivir con el marido; por tanto fuera del ámbito de su comunidad natal y, en cambio, sus hijos varones se trasladaban a la comunidad del tío materno, donde tenían derecho a las tierras y se incorporaban a la comunidad de la madre. El régimen no era muy rígido y aceptaba ciertas variantes, como las que posibilitaban que convivieran más de una "uta" en la misma localidad.[24]

Los caciques se distinguían del común de manera ostentosa, con vestidos vistosos, adornos de oro, uso de literas para su transporte, con criados que echaban flores a su paso. La gente común no debía mirarles al rostro y de algún modo se les atribuía una cierta condición sobrenatural, que los asociaba al Sol y la Luna. Al cacique-sacerdote de Sogamoso se le atribuía la capacidad de dominar tempestades y en ciertos mitos adquiría la condición de Luna, y su sobrino la de Sol. La preparación de los jóvenes caciques se hacía en condiciones sacralizadas, por períodos que duraban años. Se dice que el cacique de Guatavita, al asumir su cargo, debía exponerse a la salida del Sol, en la laguna sagrada, totalmente cubierto con polvo de oro. Había pues un grupo social diferenciado, en torno a los caciques, con una cierta jerarqui-

[24] Villamarín, 1981.

zación entre ellos. El estatus de *uñaque* era de rango. Los documentos coloniales lo identifican como "duque o caballero". Se distinguía también a los guechas, guerreros que llevaban el cabello corto, a diferencia de los demás que lo usaban largo. Estos guerreros usaban adornos en el rostro, en los labios, narices y orejas, y unos canutos de oro que añadían por cada enemigo muerto, a modo de condecoración.

Los cacicazgos eran hereditarios en la mayor parte de los casos. El mando tendía hacia la diarquía más bien que a la monarquía. El régimen político estaba restringido al ámbito de la seguridad o protección del pueblo, sustentado en las habilidades guerreras, reforzadas con mitos que cumplían la función de consolidar la imagen del cacique protector. Al parecer, el gobierno cacical se limitaba a garantizar las alianzas y la paz, sin intervenir en la producción de los bienes, por lo que no hay evidencias de "obra pública" o participación en las decisiones relativas a la producción. Su única participación estaba en la apropiación de parte del excedente y su redistribución. No eran necesarios funcionarios al servicio de la producción; todo podía ser resuelto al nivel doméstico o comunal, con excepción de la seguridad local y supralocal. De otro lado, estaban en estado de guerra permanente por el control de sus territorios. En el más alto nivel de poder estaban los grupos más numerosos y por tanto más fuertes.

La actividad religiosa era importante, pero no por encima de la guerra. Si bien el Sol y la Luna tenían un papel importante en las creencias, había referencia a un dios creador *Chiminigagua* y a diversos seres sobrenaturales, tales como *Cuchaviva* asociado a la curación de enfermos y parturientas, *Nencatacoa*, ligado a los pintores y tejedores. En Bogotá, el mito más conocido era el de *Bochica*, un héroe civilizador que llegó desde el oriente, enseñando las artes del tejido y la pintura en telas. El mundo de las creencias giraba en torno a las actividades agrícolas y manufactureras. El Sol y la Luna eran la base para la elaboración de su calendario anual. Dividían el año en lunas equivalentes a casi 30 días y los meses lunares estaban a su vez divididos en tres períodos de 10 días. El año comenzaba en enero y finalizaba en diciembre, con doce meses.

Se creía en la eternidad del alma. Los caciques normalmente eran embalsamados y enterrados con sus mujeres y sirvientes. Aparte de ofrendas de objetos y sacrificios de animales, eran frecuentes los sacrificios humanos. Al concluir la casa de un cacique arrojaban a una ni-

ña a los huecos donde clavaban los postes; niños especialmente criados en los templos, eran desangrados periódicamente con cortes en el vientre como sacrificio al Sol y luego eran degollados al llegar a la adolescencia. Los jóvenes cautivos de guerra, eran sacrificados también degollándolos o acribillándolos con dardos luego de ser atados a los postes que estaban en casa de los caciques, en homenaje al Sol, pero a diferencia de algunos de sus vecinos, los muiscas no eran antropófagos.

Antropófagos eran los vecinos que vivían en los valles del Magdalena y el Cauca, en las tierras montañosas de las cordilleras central y occidental. Los vecinos orientales, que ocupaban las cuencas altas del río Meta -los tegua, achagua y tunebo- eran pueblos con quienes mantenían relaciones pacíficas de intercambio y a través de ellos extendían su ámbito de trueque hacia los vecinos llanos del Orinoco. En cambio, los Guane y los Laches, al norte, tenían una relación equivalente a las de los demás habitantes de la meseta, con habituales enfrentamientos y conflictos, lo que no impedía el trueque permanente. El sur y el occidente exigían otro tipo de relación, con cacicazgos menores pero sumamente agresivos, con frecuentes incursiones de pillaje.

Los trópicos occidentales

Las vecindades del Magdalena eran selvas húmedas, lluviosas y calientes. En las vertientes occidentales de la cordillera vivían los carate, yarequí, carares, colimas, y una serie de otras pequeñas tribus, cuya identificación es muy confusa, pues eran llamadas de distintas formas por los españoles; varios eran llamados motilones y no es muy claro si los muzos eran o no parte del conjunto. Todos, al parecer, eran agricultores de habla karib,[25] asociados al cultivo de la yuca (*Manihot esculenta*) y también del maíz, el frijol y frutales. En la otra banda del río, en la cordillera central, en medio de una selva densa, interrumpida por pequeñas manchas de sabanas, vivían los pantágora o patángoro que, al parecer, tenían ciertas afinidades con los panches, muzos y pijao, río arriba, con quienes compartían una lengua diferente a la karib, presuntamente ligada al tronco chibcha.[26]

[25] Castaño y Dávila, 1984: 102 ss.
[26] Kirchhoff, 1948.

Todas eran unidades étnicas autónomas, con débiles jefaturas locales, con el más anciano como jefe y una cohesión esencialmente doméstica, casi acéfala.[27] Su nivel de subsistencia no era pobre; por el contrario, tenían dos cosechas al año dentro de una estrategia de cultivo de roza-quema. Eran antropófagos que comían las piezas humanas en asados o "barbecue", envueltas con harina y chicha de maíz; o cocidas.[28] Vivían en aldeas, que podían tener entre 50 a 90 casas, localizadas en lugares altos, fortificadas con palizadas de estacas puntiagudas y trincheras que podían tener hasta 4 m de profundidad; en permanente estado de guerra. Guerreros feroces y crueles; los prisioneros, incluidas las mujeres y los niños, eran muertos en el acto y devorados.

No eran diferentes quienes moraban al otro lado de la cordillera central, sobre la cuenca del río Cauca; solo que aquí la organización era definidamente "cacical", con "señores de la guerra", cuyo poder y prestigio nacía de su participación en la actividad bélica.[29] Desde luego, eran agricultores, pero la guerra era una actividad tan constante que, según los cronistas, aun en la faena agrícola estaban siempre armados y dispuestos a entrar en acción. Cieza,[30] comenta que "*Estos indios y sus mujeres andan desnudos, como sus comarcanos; son grandes labradores; cuando están sembrando o cavando la tierra, en la mano tienen la macana para rozar y en la otra la lanza para pelear*". No había especialistas en la guerra, todos eran guerreros, de modo que cada incursión era un desplazamiento de todos los habitantes de un pueblo, con excepción de una reserva que no asistía a la guerra por no tener la preparación o las condiciones requeridas. Así se definían los liderazgos; el jefe iba al frente y debía demostrar habilidades y destrezas, probando que era el mejor guerrero y el que mataba más enemigos. Los "consejos" de guerra constituían una instancia muy importante en la definición del poder.

Las causas de la guerra parecen ligarse a la toma de prisioneros y al control de ciertos territorios para el acceso a tierras fértiles o minas de oro o sal. Los prisioneros eran sacrificados al dios de la guerra, muertos y devorados, aunque algunos eran retenidos como "esclavos" para ayudar en los trabajos en el campo, o para servir a los jefes, antes

---

[27] Castaño y Dávila, 1984: 115.
[28] Kirchhoff, 1948: 341.
[29] Trimborn, 1949; Carneiro, 1990; Duque, 1970.
[30] Cieza de León, 1553: cap.XXI.

de ser muertos y comidos.[31] Disponer de esclavos ampliaba la capacidad productiva de sus captores, que de ese modo ascendían de estatus.

Vivían en asentamientos preparados para la guerra, defendidos por palizadas y en lugares altos. En general, los vencedores destruían las propiedades de los vencidos, hasta su "total" exterminio. Una acción guerrera era acompañada de trompetas, tambores y gritos. Comían a sus víctimas luego de matarlas en la batalla; para el efecto, llevaban consigo todos los implementos necesarios para la decapitación y la preparación de la comida:[32] "*yo los vi un dia comer más de cien indios y indias de los que habían muerto y preso en la guerra...mataron los indios que he dicho, buscándolos entre las matas, como si fueran conejos*". Los cráneos eran reservados como trofeos y se tenía la idea que la ingestión de un guerrero incorporaba al vencedor las virtudes marciales del muerto. Entre los lile, se conservaba el cuerpo del vencido, o más bien la piel, para un muestrario de guerreros vencidos; un español visitó la casa de un jefe que tenía guardados los cuerpos de unos 400 individuos ahumados, secos, dispuestos en varias poses, cada cual con sus armas.[33]

El papel de la guerra estaba por encima de cualquier otra actividad social; de modo que otro tipo de personalidades, como los shamanes o brujos, quedaban en un nivel secundario frente al poder de los señores de la guerra. No había otros especialistas. La organización social se sustentaba en las unidades domésticas, con una cohesión basada en las relaciones comunales, sin una estratificación social definida, aun cuando hay indicios de herencia de ciertas funciones. Los jefes tenían derecho a recibir ayuda de los demás en la construcción de sus casas y labrado de sus campos, pero no tenían poder político.[34]

La guerra no impedía el desarrollo de la producción agrícola, la manufactura o el intercambio; más bien los impulsaba. No tenían una producción textil significativa, pues andaban desnudos, pero eran hábiles orfebres; a los españoles les llamó mucho la atención la parafernalia de oro que acompañaba a los guerreros, tal como comenta Cieza:[35] "*Cuando los descubrimos la primera vez que entramos en esta provincia...me acuerdo yo se vieron indios armados de oro de los pies a la cabeza...*". El famoso "tesoro quimbaya", que ahora guarda el Museo de América de Ma-

[31] Trimborn, 1949: 369.
[32] Cieza, *ibid.*
[33] Trimborn, 1949: 375.
[34] Duque Gómez, 1970: 44.
[35] Cieza de León, 1553: ca. XVIII.

drid, constituye uno de los ejemplos de arte áureo más refinado de América, y procede de esta región, aunque no está claramente establecido si coincide con la época o es anterior. Los arqueólogos han generalizado con el nombre de quimbaya la identificación de los restos manufactureros de la región, aun cuando ésta era la denominación de solo uno de los grupos étnicos que allí vivía cuando llegaron los españoles. En realidad, se refieren así a los arma, pozo, paucara, carrapa y los propios quimbaya que moraban en la margen derecha del Cauca. En la otra banda estaban los catío, los chancos, los gorrones, xamundi y otros grupos ligados a la cordillera occidental. Una sección de esta región, la de Calima, ha sido favorecida con estudios bastante extensos,[36] mientras otras permanecen casi sin conocer. [37]

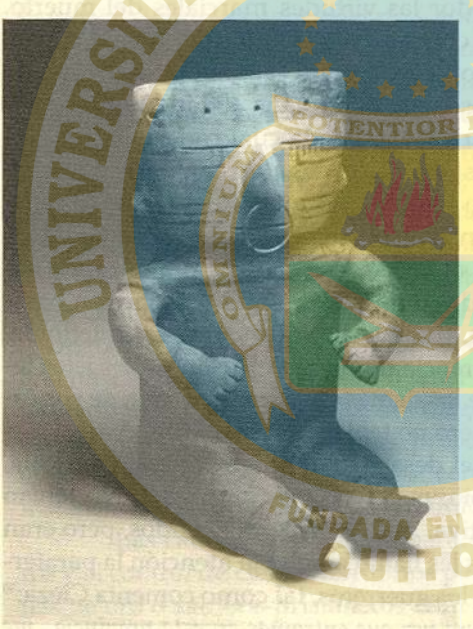


Foto 22, Cerámico del complejo Quimbaya, tipo Caldas, s. X-XV d.C. Valle del Cauca, Colombia.

Los habitantes del Calima, a diferencia de los quimbayas, estaban conectados con las selvas que descienden hacia el océano Pacífico, a la altura de Buenaventura. Era una región poblada por decenas de grupos tribales, con características similares a los de la cordillera central. Se ha logrado identificar una larga ocupación humana, que culmina con la fase *Sonso*, que se inició hacia el siglo XII de nuestra era y que es un período cuando "llegaron" gentes de otros lugares, que desplazaron a los antiguos ocupantes locales, de la fase Yotoco (siglos VIII-XIII). Producían una cerámica diferente, menos elaborada que la de Yotoco, e igualmente

[36] Bray et al., 1981, 1983, 1985, 1988; Herrera et al., 1982-83, 1990.
[37] Salgado, 1986.

hubo una declinación en la orfebrería Calima, cuya calidad es comparable con la quimbaya.

Pero Sonso no fue una etapa de descomposición social ni económica; continuó con la estrategia agraria establecida, aumentaron los asentamientos en número y densidad, con indicadores de una notable intensificación agrícola.[38] En el período Yotoco (siglos II- XII d.C.), la actividad agrícola tuvo un desarrollo notable, con uso de tierras tanto en las laderas de las colinas como en los terrenos llanos inundables, donde fueron habilitados sistemas de drenaje y campos de "camellones". A inicios del II milenio, antes de 1.200 d.C., se dio un progresivo abandono de los cultivos del fondo del valle, incluyendo los camellones; en cambio, se intensificó el uso de las laderas para el cultivo, utilizando unos surcos perpendiculares a la pendiente, que van desde la cima hasta el piedemonte.[39] Los surcos se comunican con suaves depresiones longitudinales o canales recolectores de aguas de lluvia, que descienden hasta desembocar en las quebradas; de este modo liberaban a los campos de la erosión causada por las fuertes lluvias.[40]

Esta actividad agrícola intensiva, estuvo acompañada de un movimiento constante de la población, que disponía de una extensa red vial, con caminos amplios, de 8 a 16 m de ancho y una profundidad de hasta 1.30 m, con rutas siempre rectas, siguiendo las crestas de las lomas y evitando los fondos de valle. Al parecer, unos llevaban al Chocó y otros al valle del Cauca y la cordillera central.[41]

Las viviendas en terrenos con pendiente eran habilitadas sobre plataformas construidas con ese fin. Eran la base y entorno de casas y de posibles huertos anexos. Las unidades habitacionales eran de distinto tamaño y jerarquía. Normalmente se encuentran dispersas en las laderas, o agrupadas en pequeños conjuntos de hasta ocho plataformas; es probable que en los terrenos llanos hubiera concentraciones de tipo aldeano. Mientras que algunas plataformas habitacionales tenían apenas unos 25 m de largo, otras llegaban a tener hasta 150 m. Esto puede ser un indicador de alguna forma de diferenciación social.

Según los estudios de K. Romoli,[42] en la banda norte del Calima vivían los *yacos*, vecinos de los *noanamas* y los *chancos*, que ocupa-

[38] Herrera, et al., 1990: 121.
[39] Bray, et al., 1987.
[40] Salgado, 1986: 60 ss.; Llanos y Durán, 1983: 104.
[41] Herrera, et al., 1990: 143.
[42] Romoli, 1976: 27.

ban las alturas de la cordillera occidental y sus laderas que daban al Cauca, en toda la extensión que llega hasta Cartago. Los *gorrones* ocupaban el valle en la mayor parte de esa sección. Según los documentos, el principal medio de comunicación eran los ríos, aunque existía la red de comunicación terrestre. Las relaciones intertribales eran de mutua desconfianza e incursiones guerreras, aunque existían alianzas entre vecinos. El incremento de población[43] se ve en los cementerios, que son enormes frente a los de las fases anteriores, con sepulturas profundas, con pozos que tenían entre 3-4 y 16 m de profundidad, construido todo muy cuidadosamente, con el acceso sellado y sarcófagos de madera. Algunas tumbas tenían varios cadáveres, que podían ser tanto familiares como de personas sacrificadas en torno a algún jefe; pero los ajuares, en general, no ayudan a ninguna otra diferencia.

El panorama no cambia en el entorno; los vecinos de la vertiente pacífica de la cordillera, los noanamas, y los del Chocó, eran igualmente sociedades con jefaturas locales. Hacia el oriente, los panches y pijao, del alto Magdalena, seguían también una forma similar de vida, aun cuando los paeces, que vivían en tierradentro, eran especialmente temidos.[44] En torno a Popayán, moraban los guambianos, los pubenenses y los coconucos. Según refieren documentos[45] de la época "*el que más comida tenía o más valiente se mostraba era electo por aquella vez como cabeza y capitán*", existiendo algunos indicios de que hubo alguna forma de cacicazgo femenino. Al igual que sus vecinos del valle del Cauca y del Magdalena, no era gente pobre, sino, por el contrario, vivían en un territorio con tierras muy fértiles, aun cuando en el caso de Popayán, solo era posible una cosecha por año, pero buena y abundante. Según Cieza..."nunca les falta de comer".

Al sur del macizo colombiano, donde se inician el Cauca y el Magdalena, termina el paisaje de las tres cordilleras, vecinas de los llanos orientales, formándose uno nuevo también diverso, que se inicia con la cuenca del Patía, que es una especie de separador natural entre dos áreas. En el tránsito de ambos territorios vivían los pastos en el siglo XVI, vecinos de la Amazonía y muy vinculados con las comunidades de agricultores del sur.

---

[43] Herrera et al., 1982-83: 396-7.
[44] Cieza de León, 1553: cap. XXXII.
[45] Llanos, 1981: 61.

2. LOS ANDES SEPTENTRIONALES

A partir del nudo de Pasto, la cordillera se divide en dos estrechas cadenas de montañas, que se alzan sobre las tierras bajas occidentales y orientales, formando un callejón serrano constituido por hoyas o cuencas de ríos que luego desaguan hacia los flancos, unos con destino al océano Pacífico, y otros al Amazonas. La distancia entre la costa y la Amazonía es la más angosta de todo el territorio andino; a la altura de Latacunga es de apenas unos 130 km, en tanto que en Colombia es del orden de 450 km y a la altura del Titicaca, en el centro-sur andino, es de más de 750 km. El ancho del callejón interandino ecuatoriano -de cumbre a cumbre- es de apenas unos 60 km.[46] La cordillera oriental es más ancha y más alta que la occidental, de modo que las hoyas interandinas están más lejos de la selva amazónica que de la costa, a la que además se puede acceder mediante diez ríos que desaguan en el Pacífico, en tanto que solo tres -aunque muy importantes- llevan sus aguas hacia la Amazonía. En la sierra, debajo de los paisajes nivales, están los páramos, en cuya base es posible alguna actividad agrícola, pero solo debajo de los 3.000 m están los ambientes propicios para la agricultura, con tierras fértiles y suficiente cantidad de agua como para mantener una agricultura de temporal eficiente. Al oriente y occidente, lo que hay es un hábitat montañoso selvático, donde vivían los "yumbos".

En los Andes septentrionales, cuando llegaron los españoles, la mayoría de sus habitantes formaban parte de un extenso proyecto político, que desde el siglo XVI venimos llamando Imperio de los Inkas, debido a que estaba conducido por un pueblo que tenía su origen en la ciudad del Cusco, a unos 2.000 km -en línea recta- al sur de Pasto. A diferencia de los colombianos y venezolanos, los pueblos de esta área estaban sujetos a un régimen estatal centralizado, de base urbana, que definía las opciones productivas en función de las necesidades del Estado.

Pero, los habitantes de la región no eran herederos de una tradición urbana equivalente a la de los inkas del Cusco o sus vecinos de los Andes centrales; por el contrario, sus antecedentes eran de algún modo similares a los del extremo norte en términos de su organización política y económica. Mantenían una estructura cacical, sin formas cen-

[46] Salomon, 1980: 61-63; Troll, 1968: fig.19.

tralizadas de poder, con una fuerte definición agrícola, apoyada por un desarrollo aldeano más estable, similar en varios puntos al que tenían los taironas y los muiscas. Si bien se fijaron entre ellos muchas instituciones inkaicas, incluida la lengua quichua o quechua, los registros etnohistóricos y arqueológicos presentan una estructura económica y social diferente a la de los sureños.

Los pastos y sus vecinos

La "frontera" entre el extremo norte y esta región, estaba habitada por los pastos. Hasta sus tierras llegaron los inkas del Cusco, a fines del siglo XV, para incorporarlos al territorio que ellos dominaban y llamaban *Tawantinsuyu*. Debido a que se trataba de poblaciones esencialmente autónomas, que debían ser conquistados cada cual independiente de otras, es errado decir que "los pastos", en general, fueron parte del imperio inkaico. Lo fueron quienes ocupaban la sección meridional de su territorio, sobre el Carchi, en el alto río Guáytara. Los restantes, que vivían en la parte media y baja de este tributario sureño del Patía, quedaron libres del dominio cusqueño.

Arqueológicamente, los pastos se relacionan con el área de dispersión de los estilos de cerámica "Piartal" y "Tuza", en dos fases consecutivas de su historia, que han sido bautizadas como Proto-Pasto y Pasto.[47] Ocupaban un medio muy variado, que les daba acceso a diverso tipo de recursos alimenticios. Según una visita hecha en 1570, parece que tenían asentamientos con más de 2.000 habitantes, en tanto que la mayoría eran de menos de 400. Aparecen como asentamientos dispersos, de pequeño tamaño, generalmente ubicados en las crestas de los cerros, rodeados de campos de cultivo dispuestos en las laderas, a veces aterrazados.[48] Habían también asentamientos alejados de su residencia habitual, en lugares como Pimampiro, en el Chota, con acceso a la producción de coca, o en los algodonales de Íntag o de Ancuyá en el Patía. De otro lado, gracias a los trabajos de María Victoria Uribe,[49] sabemos que entre los pastos coexistían al menos dos grupos étnicos, unos que usaban la cerámica Tuza y otros que desde la época Piartal te-

[47] Uribe, 1995.
[48] Según A.M.Groot, P.Correa y E. Hoikaas, estudio inédito citado por M.V.Uribe, 1995: 374.
[49] Uribe, 1977-78: 166.

nían una cerámica conocida como Capulí. Se trata de dos tradiciones alfareras bien diferenciadas, acompañadas de tecnologías y costumbres diferentes, que se consideraban de época distinta y hasta anterior a las otras dos.[50] Esta coexistencia, que no aparece en los documentos españoles, merece ser estudiada.

Eran buenos alfareros y orfebres. Debían ser buenos tejedores, las telas eran un importante producto de trueque,[51] aunque tenían que importar la materia prima (algodón). Según la visita de 1570, los pastos obtenían oro, algodón y sal por intercambio con productos agrícolas o manufacturados.[52] Hacían mantas y petates, muy prestigiados. Era una sociedad de agricultores y artesanos complementada con la actividad de unos mercaderes llamados *mindaláes*.

El período Proto-Pasto (siglos IX-XIII d.C.), identificado con la cerámica Piartal, aparece como una formación plenamente configurada, sin antecedentes locales, lo que ha hecho pensar que debe corresponder a una población que migró a estas tierras a mediados o fines del siglo IX de nuestra era. Sabemos que sus asentamientos no eran muy numerosos y estaban relativamente distantes unos de otros. Según parece, existía una estructura cacical más definida que en el período posterior, con manufacturas que requerían un cierto grado de especialización.[53] En los cementerios Piartal es posible dividir las tumbas en dos grandes grupos: las destinadas a individuos de alto rango y las comunes. Tienen grandes diferencias, tanto en las técnicas constructivas como en contenido. Las tumbas de los principales contienen entierros primarios múltiples hasta de 14 cadáveres, con ofrendas de hasta 70 objetos de oro y tumbaga, y caracoles marinos, en profundidades entre 12 y 20 m; en cambio, las de los comunes son apenas de 1,50 a 2 m de profundidad, pequeñas e individuales, sin objetos de metal y solo algún objeto de cerámica e instrumentos toscos de trabajo.

En la fase posterior, asociada a la cerámica Tuza (siglos XIII-XVI), se aprecia una mayor área de ocupación, con asentamientos que estaban más cerca unos de otros, con poblados de hasta 80 casas, lo que debe significar una población mayor;[54] en cambio, los indicadores son

[50] Francisco, 1969.
[51] Cardale, 1977-78.
[52] Romoli, 1977-78.
[53] Uribe, 1986.
[54] Uribe, 1986: 216.

que las relaciones sociales estaban menos diferenciadas, pues no aparecen indicios de una elite privilegiada, como en la fase Piartal. Esto coincide de algún modo con las descripciones documentales,[55] donde los pastos aparecen como una de las poblaciones más numerosas de Nariño, con aldeas relativamente grandes "con pequeñas casas redondas con altos techos cónicos, que se apiñan sin calles visibles", pero sin identificación de una elite cacical sobresaliente, cuyas casas apenas aparecen como más grandes que las de los demás. A la par, se intensificó la producción agrícola, con uso de terrazas para cultivo en laderas, y se intensificaron también la producción textil y alfarera pero con una calidad de rango doméstico, reduciéndose el uso del oro en favor del cobre.

Por causas que se deberán estudiar, algunos cronistas del XVI presentan a los pastos con una forma de vida rudimentaria y pobre; Cieza de León dice que las mujeres usaban unas mantas hechas de yerbas y cortezas de árboles y solo algunas de algodón.[56] Esto no coincide con la información arqueológica ni las descripciones posteriores.

Los pastos eran vecinos de los abades, sindaguas, barbacoas y quillacingas, que vivían en la banda oriental del Guáytara y en la vertiente amazónica de la cordillera. Todos ellos tenían formas mucho más simples de organización y también una población menos densa; de algún modo, las descripciones de los habitantes de Popayán o los páez, les alcanzan.

Los quillacingas, que son confundidos muchas veces con los Pastos, vivían en la sierra y la "montaña" (selva); considerados poco afectos al trabajo. Eran considerados antropófagos. En los tratos con los españoles, algunos grupos tenían "principales", lo que debe referirse a personajes equivalentes a los caciques locales. Los barbacoas, en las vecindades del Pacífico, eran llamados así por tener sus viviendas palafíticas, en un ambiente selvático húmedo y, en realidad con ese nombre se incorpora una serie muy diversa de grupos étnicos. Todos son mencionados en sus relaciones de intercambio con los pastos u otros grupos, como proveedores de materias primas, ya sea las maderas o el algodón de los quillacingas, o el oro y la sal de los barbacoas o los abades y singaguas. Eran también zonas de abastecimiento de alimentos de tierras bajas y calientes. El territorio de los barbacoas tuvo que ser

[55] Romoli, 1977-78: 29.
[56] Cieza de León, 1553: cap. XXXIII.

paso ineludible del tráfico intensivo que tuvieron los Proto-Pasto con los pueblos de la costa del Pacífico. Este tráfico -principalmente con la costa de Esmeraldas- se redujo en tiempos de la cerámica Tuza; se importaba caracolas marinas, manufacturas y objetos de lujo.

En la mitad del mundo

Los pastos estaban en la frontera de los Andes ecuatoriales; al sur, sobre la banda equinoccial, en la cordillera, vivían unos pueblos que tenían en común el uso de un tipo de alfarería que J. Jijón y Caamaño bautizó con el nombre de Panzaleo, llamada también Cosanga y "fina", aparentemente producida en la vertiente oriental de los Andes y distribuida, por una red de mercaderes, por una extensa región que comprendía el "país caranqui", Quito, Cotopaxi, Tungurahua y Quijos. Llegó, incluso, a la tierra de los pastos y excepcionalmente a otras vecindades.

En realidad, aunque tenían el consumo común de esta cerámica, los pueblos de la región tuvieron formas de vida diferentes: al norte, entre el Chota y el Guayllabamba, los caras o caranquis; al sur, los quitos, panzaleos, y otros grupos menores en las cuencas del Cotopaxi y el Tungurahua; hacia el oriente vivían los quijos y al occidente los "yumbos".

Los pueblos de desarrollo más complejo eran los caranquis,[57] o caras, que no constituían una unidad étnica compacta, sino varias, que tenían condiciones de existencia parecidas y acceso a fuentes comunes de recursos, lo que permitía que tuviesen conductas, lengua y costumbres semejantes. Los documentos se refieren a dos unidades mayores -Caranqui y Cayambe- que ocupaban las cuencas del Chota y el Guayllabamba, y una tercera, la de Otavalo, en el medio.

Si bien no existe evidencia de unidad política, hay indicios de que unos cacicazgos podían tener poder sobre más de un poblado, con jefaturas locales y eventuales alianzas confederativas para fines guerreros.

El examen arqueológico muestra asentamientos constituidos por grupos de edificios que revelan una necesaria concentración de fuerza de trabajo y la existencia de técnicos capaces de conducir la construcción y mantenimiento de los mismos. Algunos lugares, como

[57] Jijón, 1952.

Cochasquí, Socapamba o Zuleta, revelan una alta concentración poblacional, con pirámides y montículos habitacionales y funerarios. En los asentamientos mayores, hay dos o más edificios piramidales, con largas rampas de acceso. En Zuleta, que es el mayor de los conocidos, había al menos unos 148 montículos -de los cuales 13 eran pirámides con rampa-[58] guarnecidos por cerros escarpados y un solo acceso al conjunto. En Socapamba, había unos 60 montículos, 2 eran pirámides con rampa, y en Cochasquí -que parece un sitio de elite- hay unas 15 pirámides, 9 con rampa, y 15 "tolas" funerarias.[59] En ninguno de estos dos asentamientos hay fortificación, ni tan siquiera como la del "encierro" natural de Zuleta, lo que debe ser un indicio de que las incursiones guerreras no eran significativas.

De acuerdo con los documentos del siglo XVI, había "mercaderes" (mindaláes), "cumbicamayos" (maestros tejedores), "olleros" (alfareros), "carpinteros" (leñadores y artesanos) y otros "oficiales", siendo la agricultura la actividad principal, complementada con una intensiva práctica mercantil. Participaban en el "tianguez" de Quito llevando leña, maíz, papas, sal, coca y ropa.

Los mindaláes dependían de los caciques, trabajaban extraterritorialmente y estaban exentos de tributo. Salomon[60] piensa que sus actividades estaban principalmente ligadas a la obtención de coca, pero que en general alcanzaron un ámbito mucho más amplio que el de otros mindaláes de la región, a tal grado que eran considerados "ricos" por la administración española, que les exigía una alta tasa de tributación porque "tienen todo el rescate a lo más del de todo Quito y sus comarcas".

La historia del país caranqui es muy larga; la época que nos ocupa se limita a sus últimas dos fases pre-coloniales, con la primera entre los siglos X-XIII y la segunda entre XIII-XVI. Solo en esta segunda fase aparecen las plataformas piramidales con rampa, que parecen indicar la definición de una elite cacical con capacidad para convocar un gran número de personas para la edificación de sus tolas residenciales. Sin duda, en este tiempo existían diferencias sociales, tal como se aprecia por las sepulturas de elite, con túmulos y muchas ofrendas. En el área de Cayambe, hay un conjunto de fortificaciones -en el macizo

[58] Athens, 1979; Gondard y López, 1983: 86-7.
[59] Oberem y Wurster, 1989.
[60] Salomon, 1980: 295 y 299.

de Pambamarca- que Segundo Moreno atribuye a los caras, mientras otros investigadores piensan que eran de los inkas.[61]

Si bien el clima varía localmente, con zonas frías, templadas y cálidas, las tierras son, en general, fértiles, pese a lo cual fue necesario introducir toda una serie de recursos de habilitación de campos para el cultivo; hay terrazas agrícolas en las proximidades de Cayambe y fue necesario habilitar "camellones" y sistemas de riego.[62]

La **región de Quito**, que está inmediatamente al sur del "país caranqui" -en la cuenca del río Guayllabamba- está flanqueada por los yumbos y quijos, habitantes de la selva húmeda montañosa de las vertientes occidental y oriental de la cordillera. Por el papel que le cupo en la expansión inkaica, tenía gran nombradía en el siglo XVI. Sin embargo, según se deduce de los registros coloniales,[63] había un bajo índice de población en la región, menor que en el país caranqui. Si bien hoy el quichua es la única lengua nativa que se habla en todo el callejón interandino ecuatoriano, se asume que la lengua original era del tronco chibcha.

Eran agricultores, con una economía complementada con el intercambio de oro, mantas de algodón y sal; con una estructura de tipo cacical. Las comunidades vivían cerca de sus campos de cultivo, pero podían cambiar de vivienda con cierta facilidad; tenían zonas de refugio en lugares de difícil acceso, donde podían disponer de tierras. Si bien no se trata de poblaciones nómadas, parece que no había un patrón de residencia concentrada y permanente. La población tenía acceso a una variedad de productos de diversos nichos ecológicos, ampliable gracias a la intensa actividad de intercambio. El mecanismo de apropiación de los recursos de subsistencia ha sido denominado "micro-verticalidad" por Udo Oberem,[64] en referencia al aprovechamiento de los nichos ecológicos adyacentes a cada una de las comunidades. En el Guayllabamba hay evidencias de riego artificial pre-colonial. Se cultivaba el maíz en *camellones* y con ayuda de instrumentos de madera y piedra. Además, la subsistencia incluía insectos comestibles (*juzu, jatzu*) y peces de río (*chichi*), camarones y caracoles de tierra. Se cazaba venados, perdices, patos y tórtolas, aunque la caza era eventual; los caméli-

[61] Moreno, 1983: 55; Plaza Schuler, 1976: 117.
[62] Batchelor, 1980; Knapp, 1981.
[63] Salomon, 1980: 84 y 186.
[64] Oberem, 1976.

dos -la llama- fueron introducidos en tiempos tardíos, pero eran importantes en la región; se conocía el cuy (*Cavia porcellus*), animal doméstico muy antiguo en la región.[65]

Los documentos mencionan artesanía en madera y carrizos. En las lagunas de Quito había totora y se explotaba consistentemente la cabuya o tsaur (*Fourcroya siseliana, F. gigantea y Agave americana*) de la que se extraía la "pita" para hacer sogas, sandalias y telas toscas, especialmente para costales;[66] se consumía -como en México- el jugo dulce o "*Tsaur mishki*" de la savia, fresco o fermentado ("warapu").

Según Salomon,[67] las tierras estaban asignadas, o pertenecían a las unidades poblacionales, pero habían campos de maíz diferenciados, donde los caciques tenían su casa y obtenían sus alimentos. No está muy claro el derecho a la disponibilidad de las tierras, pero hay indicios de que los caciques tenían capacidad para intervenir en su redistribución, aunque esto puede ser una introducción inkaica.

El consumo de carne estaba aparentemente asociado al cacique, quien disponía de cazadores y pastores, además de mantener una suerte de monopolio sobre el consumo de los camélidos. También en la esfera de los caciques estaban los bienes importados, especialmente los suntuarios, como la coca, cierto tipo de mantas, oro o hachuelas.

Una de las características del área es la actividad especializada del tráfico mercantil. Se distinguen dos formas de circulación de bienes: mediante mercados fijos,[68] llamados "tianguez" por los españoles (siguiendo el nombre nahuatl "tianquiztli"); y, mediante la red de mercaderes "*mindalá*". Desde luego, también mercaban los demás comuneros, que no solo asistían a los "tianguez", sino que se movilizaban a territorios vecinos para obtener bienes. Parece que había un "tianguez" principal ubicado en Quito. Según el Anónimo de 1573,[69] el mercado operaba por trueque; el trato era directo, de modo que los productores de bienes conducían lo suyo para trocar y resolvían el intercambio sin más mediación que los acuerdos satisfechos entre iguales. Las relaciones entre la sierra y los Yumbos -de las montañas selváticas vecinas- estaban asociadas a tres productos principales: *algodón, sal y ají.*

---

[65] Kaulicke, 1989.
[66] Atienza, 1575.
[67] Salomon, 1980: 195.
[68] Hartmann, 1971.
[69] Anónimo, 1573: 228.

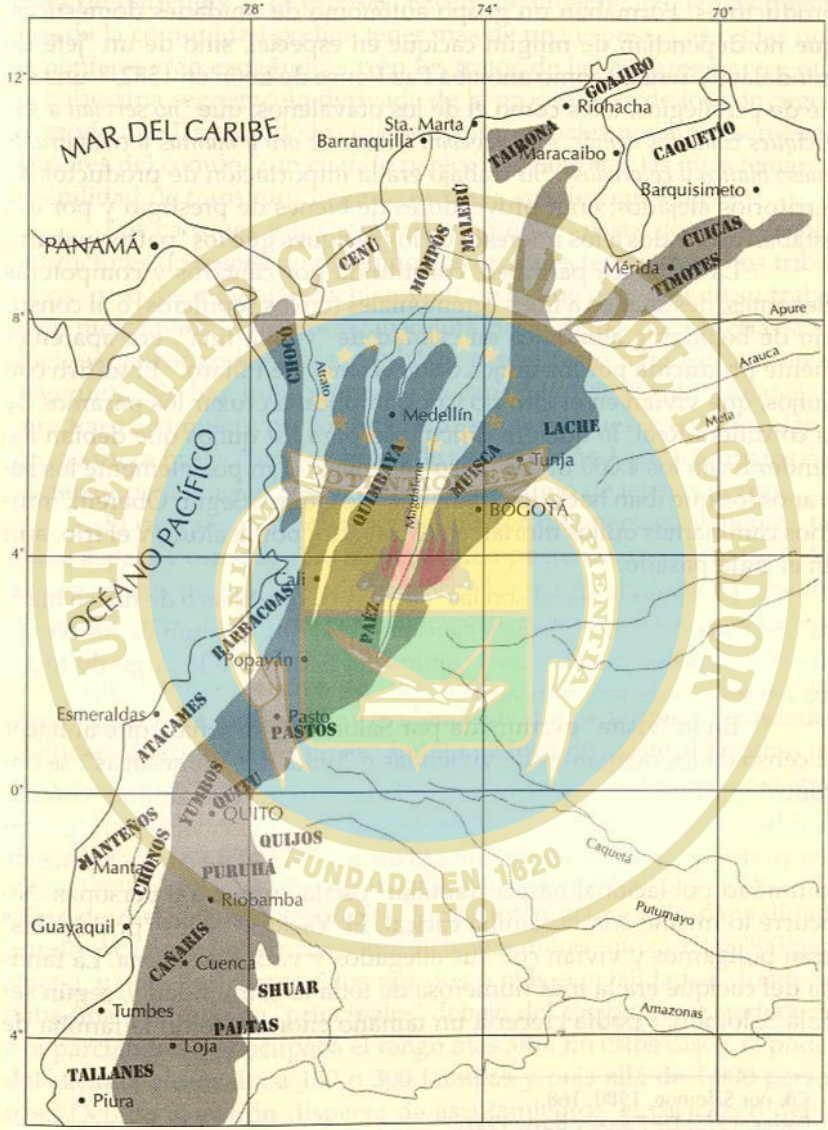


Lámina 14, Principales grupos étnicos de los Andes ecuatoriales en el s. XVI.

Los *mindalá*, mercaderes especializados, eran mediadores y no productores. Formaban un grupo autónomo de unidades domésticas, que no dependían de ningún cacique en especial, sino de un "jefe de mindaláes". Tenían, como anotaba Paz Ponce de León en 1582,[70] una serie de privilegios, tales como el de los otavaleños, que "*no servían a sus caciques como los demás, sólo pagaban tributo de oro y mantas y chaquira de hueso blanco o colorados*". Su trabajo era la importación de productos de territorios alejados; eran proveedores de bienes de prestigio y por eso estaban asociados a los intereses de los caciques que los "patrocinaban".

La cerámica panzaleo, constituida por cántaros y compoteras elegantes, destinados a fines ceremoniales (en los sepulcros) o al consumo de bebidas y alimentos en calidad de "vajilla fina", era aparentemente producida por los quijos o sus vecinos de Píllaro.[71] El tráfico con quijos, que vivían en el alto río Coca, implicaba cruzar los páramos de la cordillera Real, lo que era dificultoso para los quijos que debían ascender hasta los 4.000 m del "paso"; así pues, eran posiblemente los serranos los que iban hacia los "tianguez" de Quijos. Según Oberem,[72] muchos caminantes quijos morían en el trayecto, por la altura y el frío, aún en el siglo pasado.

Un rubro especial son las "cuentas coloradillas o de hueso blanco". Se trata del "mullu" (*Spondylus princeps*) que era uno de los bienes más prestigiosos de los mares cálidos del Ecuador a lo largo de todos los Andes, desde milenios atrás.

En la "visita" examinada por Salomon[73] se señala que al hacer el censo de los ocupantes de viviendas o "unidades domésticas", se encontró que básicamente éstas consistían en un núcleo familiar con dependientes agregados, especialmente padres viudos y otros adultos sin matrimonio. Un cálculo aproximado de la cantidad de componentes de la unidad poblacional básica "familiar" oscila entre 4 a 6 personas. No ocurre lo mismo con la familia cacical. El "cacique" y los "principales" eran polígamos y vivían con sus allegados y varios *yanacuna*. La familia del cacique era la más numerosa de toda la comunidad y, según señala Salomon,[74] podía crecer a un tamaño enorme, como la familia de

[70] Cit. por Salomon, 1980: 168.
[71] Porras, 1975; De Paepe y Buys, 1991.
[72] Oberem, 1971, t.1: 176.
[73] Salomon, 1980: 42.
[74] Salomon, 1980: 198.

un cacique de Anan Chillo, que tenía 42 personas asociadas a él, en calidad de parientes, y 14 esposas. Excepcionalmente, los demás miembros de la comunidad podían tener más de una esposa. Las reglas matrimoniales eran exogámicas y en los tratos de las alianzas parece que no había una segregación derivada de la procedencia de los cónyuges, de modo que las hijas de los caciques o principales podían casarse con hombres del común, aun cuando parece que no todas las hijas tenían la posibilidad de transmitir el linaje cacical a sus descendientes.

Los caciques y los mindaláes no eran -hasta donde se sabe- productores de bienes de consumo; los caciques tenían derechos tributarios, pero los mindaláes debían vivir de lo que obtenían de su trabajo de mercaderes. Ellos entregaban una parte de las mercaderías a su "cacique patrocinador" y se quedaban con el resto para trocarlo en el "tianguez". No hay indicadores de su capacidad de lograr "ganancias" para fines acumulativos. No está claro si los caciques les debían algo -que no fuera protección- a cambio de sus servicios. Los caciques los necesitaban para tener acceso a bienes de prestigio de lejanas tierras.

El cacique, por definición, debía ser una persona valiente, temida, áspera y estricta, pero al mismo tiempo generosa, ostentosa y dadivosa en sus fiestas y relaciones vecinales; su prestigio se sustentaba en eso. El cargo de cacique era vitalicio y hereditario y según parece seguía una descendencia patrilineal, aunque no estaba formalizada, de modo que había conflictos de sucesión, principalmente entre hermanos. El poder era local, no hay evidencia de que se formaran entidades políticas superiores a las de ese ámbito. Si bien no existe algo como un "tributo al cacicazgo", se ve claramente que el cacique y los "principales" tenían acceso a más de una forma de tributación en trabajo y especies. El cacicazgo estaba constituido por unas 20 a 100 familias, que se agrupaban en torno a un jefe étnico o "cacique". Hay dos niveles conocidos de cacicazgos: los simples, formados por una sola parcialidad, donde el cacique gobernaba sobre 40 u 80 familias (quizá 150 a 300 personas), y aquellos compuestos por dos o más parcialidades, donde se daba una jerarquía de "principales" debajo del cacique, que pertenecía a la parcialidad que ocupaba el rango más alto. En estos casos, el poder del cacique alcanzaba a 150 o 300 familias y más allá de 1.000 personas.[75] Debido al patrón disperso de asentamientos, el cacicazgo debía

[75] Todos estos cálculos de población se basan en documentos coloniales; son solo referenciales.

disponer de un régimen de comunicación capaz de alcanzar a todos sus miembros, lo que se conseguía mediante allegados al jefe étnico y el apoyo de unos mensajeros llamados "cachas".

Pese a la existencia de hechiceros o "shamanes", no hay referencia ni dato arqueológico que identifique templos, santuarios u otros edificios con función religiosa. Tenían una connotacion de santuarios, o lugares sagrados, las montañas, lagos u otras formaciones naturales y no parece que existiera un culto especial hacia ellos o funcionarios religiosos a su servicio. En cambio, la casa del cacique era sacralizada, de manera que de algún modo el cacique se convertía en sujeto de contornos sobrenaturales.

Los habitantes del Guayas

En ambas vertientes de los Andes, vivían los yumbos,[76] nombre con el que se identificaba a los habitantes selváticos de las montañas de los flancos de la cordillera. Su forma de vida estaba asociada al ambiente selvático tropical húmedo y, en ambas vertientes, se avecindaban con pueblos que usaban "camellones" para la agricultura y tenían asentamientos estables, con edificios permanentes hechos sobre plataformas artificiales conocidas como "tolas", tales como los que se identificaron cerca del Sangay, en la vertiente oriental, pero ellos no adoptaron estas estrategias. Los "yumbos" del oeste, que ocupaban la parte baja y media de la cuenca del Guayllabamba incorporaban muchas poblaciones con costumbres similares, aun cuando unos -llamados niguas- más próximos a la costa, eran diferentes;[77] sus vecinos de la cuenca del Guayas tenían también tolas y camellones.

El río Guayas da lugar a la cuenca fluvial más grande del Pacífico suramericano. Se inicia a menos de 1° al sur de la línea equinoccial. Está formada por dos grandes tributarios: el Babahoyo y el Daule, que cruzan una llanura aluvial ancha y mal drenada -y por tanto fácilmente inundable- flanqueada por los Andes y por la cordillera costera de Chongón-Colonche. Su ambiente es de selva húmeda, con lluvias intensas que se dan entre diciembre y abril. Al menos una parte de sus

[76] Lippi, 1983, 1986; Ventura, 1995.
[77] Cabello Valboa, 1583: 62.

habitantes eran identificados como "chonos" en los documentos españoles y, coincidiendo con el área a que ellos se refieren, los arqueólogos han aislado un complejo de cerámica bautizado como Milagro-Quevedo, o Milagro, en referencia a la ciudad de ese nombre. Se presume que hablaban una lengua del tronco chibcha, quizá la misma de los "colorados" que aún viven al norte de la cuenca.

Las evidencias muestran una alta tasa de población en la época que nos ocupa. Las viviendas se asociaban a plataformas que aparecen ahora como montículos de tierra, sea aislados o formando conjuntos de tipo aldeano. Hay montículos pequeños, considerados como viviendas comunes, en tanto que algunas plataformas -que miden hasta 100 x 30 m de área y 10 o más metros de altura- son asumidos como edificios de carácter público o comunal. La erección de montículos responde a la necesidad de liberar las áreas de uso, del suelo constantemente inundable.

En estudios recientes,[78] se ha podido establecer que en los poblados -que pueden tener hasta 30 tolas- hay un orden que se organiza en torno a dos o más tolas mayores. Esto permite asumir que existía una cierta jerarquía de los habitantes, con personajes más importantes en asentamientos diferenciados. El examen de los montículos indica un uso doméstico de los pisos de ocupación, aún cuando no es descartable que algunos fueran destinados también a funciones ceremoniales complementarias. No hay indicios aún, con excepción de la magnitud, de edificios especializados para funciones no-domésticas.

La principal actividad productiva era la agricultura,[79] basada en una extensa infraestructura agraria, que cubre la zona aluvial de la cuenca con "camellones" o "campos elevados", cuyas plataformas tienen entre 9 a 12 m de ancho y a veces kilómetros de largo.

En asociación con ciertos montículos sepulcrales, hay unas "chimeneas" soterradas, hechas con urnas de cerámica dispuestas unas encima de otras. Sus fondos son perforados y forman tubos que a veces llega a tener una altura de hasta 5 m. Unos piensan que se trata de ductos destinados a almacenar agua con fines agrícolas; otros sugieren una relación con "tumbas en pozos profundos".[80]

La cerámica Milagro es gruesa, de acabado tosco y cocción defectuosa, con colores oscuros, decorada con relieves o *appliqué* con re-

[78] Reindel y Guillaume-Gentil, 1995; Guillaume-Gentil, 1996.
[79] Parsons y Denevan, 1967; Parsons, 1969; Stemper, 1993.
[80] Holm, 1983: 22.

presentaciones de sapos, serpientes, monos y seres humanos. Ocasionalmente usa algo de pintura roja sobre el color original de las vasijas, y también incisiones, líneas bruñidas y pintura negativa. Son frecuentes las ánforas y las compoteras. No se hacían "figurinas" de arcilla como en el pasado, mas, se conocen pequeñas esculturas de piedra en forma de serpientes enroscadas, sapos o seres antropomorfos, que debieron cumplir funciones similares. El trabajo de estas figurinas de piedra no requería especialistas, pero sí talento.[81]

La metalurgia es un rubro especial. Tenían múltiples adornos corporales de oro, cobre y cobre plateado o dorado. Son característicos los objetos hechos con un sistema de cordones enrollados en espiral. Tuvieron también un corpus de utensilios de cobre, con cuchillos (*tumi*), hachas en forma de T y también rectangulares, pinzas depilatorias, agujas y anzuelos. Un aspecto destacable es el uso de unos objetos de cobre casi puro, en forma de delgadas láminas cortadas como si fueran hachas o cuchillos, que se conocen como "naipes" o también "hachas-monedas". Eran de diverso tamaño y peso, depositadas en "lotes" en determinadas tumbas de la época, y su importancia radica en que su uso estaba ligado al intercambio de mercancías y a que, según parece, su posesión era un indicador de estatus.[82]

Si bien la información es aún insuficiente, las diferencias que hay en la parafernalia de las sepulturas -donde las ofrendas de adornos de oro, plata o cobre dorado están asociadas solo a unos pocos individuos- permiten presumir grandes distancias sociales entre los muertos.

La costa ecuatoriana

Los ríos Mira y Esmeraldas son los cursos costeros del Chota y el Guayllabamba, cuyas cuencas estuvieron ocupadas por los habitantes serranos de la "mitad del mundo". En esta zona costera vivieron los cayapa, lacha, malaba, coaiquer, nurpe, barbacoa y sindagua.[83] Es un territorio de bosque húmedo y cálido, selvático, que se inicia en los estribos de la cordillera (casi a 500 m. de altura) y llega hasta el mar y las islas inmediatas, donde el paisaje típico es el manglar.

---

[81] Meggers, 1966: 140.
[82] Stemper, 1993: 172.
[83] Palop y Cerda, 1995.

Según parece, en el siglo XVI los Cayapas tenían una estructura cacical, con un jefe étnico principal y otros secundarios, que lideraban poblaciones entre 30-40 y 300 o más familias. A diferencia de los Barbacoas del norte, éstos ya no eran identificados como caníbales. Lamentablemente, hay pocos estudios realizados en la región y casi todos están asociados a períodos anteriores;[84] los datos conocidos sugieren una población reducida y que vivía en casas palafíticas o construidas sobre montículos o tolas, a lo largo de toda la costa, hasta Buenaventura.[85]

Este período se inicia cerca a 1.000 d.C. con cambios drásticos en todas las esferas de actividad, donde se aprecia una suerte de debilitamiento artesanal, asociado a un cierto crecimiento poblacional como los de las fases Maina del bajo Patía,[86] Imbili y Bucheli de Tumaco,[87] Herradura y Tumbavido de Cayapas[88] o Atacames y Balao de Esmeraldas.[89] Son fases con cerámica y otras artes diferentes a las de Tolita-Tumaco o Tiaone, del período precedente.

En el siglo XVI, existía en Atacames una sociedad que, según los cronistas, vivía en poblados que tenían hasta 1.000 o 1.500 casas,[90] aunque los datos arqueológicos no apoyan esos cálculos,[91] como ocurre con el sitio considerado más grande -el de Atacames- que apenas muestra unos 65 montículos habitacionales en un terreno de 127 ha. Sin embargo, según la secuencia establecida, en una primera fase (700-1.100 d.C.) la población, que ya era mayor que la de los períodos precedentes, se duplicó en la tardía (1.100-1.526 d.C.), y si bien se continuaron ocupando asentamientos concentrados en la bahía de Atacames, la gente se dispersó por el río Tiaone, con una población que se calcula entre 13-19.000 habitantes.

Más al sur, en Manabí y Guayas, vivían a los que identificamos con el nombre de "manteños" o "huancavilcas". Ellos, supuestamente, hablaban una lengua del tronco macro-chibcha en el siglo XVI, que pudo ser muy próxima a la "yunga" que hablaban los habitantes de la costa norte del Perú, con quienes mantuvieron estrechos contactos. Su área de desarrollo cubre la costa del Guayas y Manabí -desde la cordillera de Chongón-Co-

[84] Bouchard, 1995: 67.
[85] Bouchard, 1982-83.
[86] Patiño, 1993.
[87] Reichel, 1965; Bouchard, 1982-83.
[88] DeBöer y Tilstoy, 1989.
[89] Alcina, 1979.
[90] Alcina, 1979.
[91] Guinea, 1984.

lonche hasta el mar- siendo su centro de mayor desarrollo la sección meridional de Manabí. Se calcula que el período Manteño se desarrolló a partir del siglo X d.C.,[92] aun cuando hay algunas fechas C14 ligeramente anteriores. Eran ellos los habitantes de la región cuando llegaron los españoles.

En este período hubo un evidente crecimiento de la población, que se asocia con el desarrollo más complejo de los asentamientos y la consolidación de sistemas políticos de tipo cacical, todo eso junto a un activo desarrollo manufacturero, especialmente metalúrgico y alfarero.

Los manteños, hasta donde sabemos, eran los más avanzados navegantes del Pacífico americano; asociados a unas embarcaciones movidas con velas, lo suficientemente grandes como para penetrar a muchas millas mar-adentro y hacer viajes tan extensos como los que conectaban la costa ecuatoriana con las islas Galápagos o Panamá. Las "balsas", que se hacían con unas maderas que crecen en los bosques ecuatoriales, permitieron construir naves con capacidad para conducir una carga considerable de mercaderías y una tripulación que podía tener diez o más individuos. Este tipo de embarcaciones recorrían la costa peruana, al menos desde Chincha y Lima hasta los bordes septentrionales del continente, con mercaderes de Chincha, Chimú y Manta. Los españoles, en 1527 se toparon con una de estas balsas, que llevaba mercaderes manteños al parecer hacia Panamá -de donde ellos venían. Capturaron a tres, que fueron luego sus intérpretes en los actos de conquista que realizaron cinco años después.

Samuel Lathrop, Emilio Estrada[93] y otros estudiosos, con reconstrucciones de las balsas, han probado su capacidad para hacer recorridos de grandes distancias; Thor Heyerdhal[94] y otros navegantes han hecho experiencias en esa dirección, logrando recuperar evidencias de la presencia de manteños y pobladores de Chimú en las islas Galápagos,[95] donde han rescatado fragmentos de cerámica de tales procedencias. J. Jijón y Caamaño, propuso la existencia de una "liga de mercaderes" asociados a los huancavilcas, aun cuando no son suficientes las informaciones a ese respecto; algunos cacicazgos -como el de Salango, en Manabí- tuvieron ciertamente un notable poderío.

Hasta donde se sabe, la población manteña era de composición uniforme, en términos lingüísticos e incluso raciales. La cerámica man-

[92] Meggers, 1966: 27.
[93] Lathrop, 1932; Estrada, 1957b: 47-56.
[94] Heyerdhal, 1952.
[95] Heyerdhal and Skj`svold, 1956.

teña tiene un registro de los rasgos somáticos de los habitantes de la época, con un pronunciado perfil aguileño. Las representaciones incluyen uniformidades étnicas que se aprecian en los usos del vestido y los adornos corporales; ambos sexos usaban collares y tocados como norma general, con el cuerpo generalmente desnudo y con claras evidencias de deformación craneana, con el occipital aplanado.

Manta, una de las principales ciudades de la actual provincia de Manabí, fue un asentamiento ocupado con una población altamente concentrada, desde el período Bahía, lo que ha permitido suponer que se trataba de una formación urbana, una especie de "capital" donde habría morado un gran jefe con dominio sobre otros caciques de la región, pero esto es solo una suposición. Según Saville,[96] en Manta la población habría sido muy extensa, no necesariamente densa, ocupando varias millas cuadradas, según se deduce de los cimientos de edificios cubiertos por las obras de la ciudad actual, pero que, lamentablemente, no han sido arqueológicamente datados. Asimismo, no hay informes suficientes sobre la distribución de las viviendas u otros edificios y menos sobre su naturaleza y magnitud. Las casas que se conocen, tenían uno o dos cuartos, aunque hay restos de edificios de varios cuartos, que pudieron tener una función distinta a la de las viviendas, o eran de personajes de estatus social más alto que los demás. Puede ser que Manta sea similar a Atacames, extensa pero sin una estructura propiamente urbana.

Aparte de Manta, en varios lugares de Manabí -como Cerro Jaboncillo, Cerro de Hojas, Cerro Bravo, Laguna Blanca y otros- y sobre la cordillera de Chongón-Colonche, hay edificios que parecen "palacios" asociados con otros recintos de aspecto doméstico; en varios sentidos, parecen componentes de centros ceremoniales con una jerarquía de poder allí instalada. En Cerro de Hojas, Saville exhumó una gran cantidad de esculturas monolíticas, con figuraciones ciertamente de aspecto cultista, y en Cerro Jaboncillo se hallaron unos sillones tallados en piedra, que indican igualmente una función ceremonial. En Laguna Blanca, cerca de Puerto López, en Manabí, existe un asentamiento donde quedan aún "in situ" las bases de monolitos que rodeaban un espacio ceremonial en la cima de un cerro; este mismo sitio mostró evidencias de los contactos que tuvieron con los chimúes, del norte del Perú,

[96] Saville, 1907-10.

con muros adornados con relieves de barro, al modo de los edificios de Chan Chán,[97] y cerámica chimú de la época inkaica.

Las casas –o restos de ellas– tenían una cimentación hecha con piedras toscas, tipo mampostería. Los muros deben haber sido de caña, o del tipo bahareque. Es destacable la producción de lápidas y sillas de piedra, con esculturas bi y tridimensionales, labradas con gran habilidad, encontradas en los asentamientos de elite de los cerros de Manabí. Las manteñas son realmente las únicas esculturas de toda la región, entre San Agustín, en el macizo colombiano, y Cajamarca en el Perú. Hay que agregar las esculturas en madera, algunas en forma de postes muy altos, parecidas a las que se producían en la Columbia Británica, en el N.O. norteamericano.

Aparte de la explotación marina, las evidencias indican una actividad agrícola de gran importancia. Hay restos de terrazas en las laderas de los cerros manabitas, que indican intensificación agrícola en este tiempo, aunque el riego se hacía preferentemente con la implementación de reservas de agua y canales.



FOTO 23, Estatua de cerámica, representando un hombre con el cuerpo pintado, manteño, s. XIII-XVI d. C. Guayas-Manabí, Ecuador.

[97] Información del Sr Marotzke, de sus excavaciones junto a Luis Piana.

La cerámica es monocroma, dominantemente negra, y hecha a mano. Para fines decorativos se usó moldes, los que también sirvieron para hacer figurinas de arcilla cocida. Muestra una cierta tendencia homogénea en su tratamiento estilístico, con un corpus decorativo estándar, que se combina con procedimientos igualmente homogéneos de confección. Un sistema decorativo dominante es el uso del contraste entre la superficie mate de las vasijas y diseños hechos con líneas bruñidas, sobre todo en unas ánforas que tienen un gollete con una cara modelada humana o de animal, aunque también se usa en otras vasijas como las "compoteras", que son platos con un pedestal en forma de embudo. Hay también decoración estampada o impresa. Solo de manera excepcional usaron la llamada "pintura negativa".

La orfebrería es otra actividad artesanal destacada, siendo los trabajos en oro los más frecuentes, aun cuando los trabajos de Bushnell[98] en Santa Elena permitieron saber que trabajaban también el cobre y la plata para manufacturas de adornos tales como campanillas, cuentas, anillos u orejeras, incluyendo trabajos de enchapado. Tenían también hachas y punzones de cobre y las famosas "hachas-moneda" en forma de T.

La textilería tiene pocas evidencias directas, aparte de los instrumentos asociados al hilado (torteros) y el cosido (agujas). Los cronistas describen vestimentas constituidas por mantos, rebozos y faldas decoradas con diseños polícromos con figuras de aves, peces y otros animales, seguramente similares a los de la cerámica y las "pintaderas" o sellos cilíndricos o planos que incluyen, además, dibujos geométricos.

Las costumbres funerarias de los manteños tienen indicadores de diferencias sociales pronunciadas, aun cuando se presentan a niveles individualizables, con jefes o personajes de prestigio. Los muertos eran enterrados en cementerios asociados a los asentamientos. Bushnell,[99] en La Libertad encontró diversas formas de sepultura, en urnas, entierros primarios en posición extendida y también secundarios, del mismo tipo que los chonos. Las urnas eran dobles, cubiertas con una vasija, depositadas sobre una capa de cenizas a 1 m bajo la superficie. Los restos óseos, que incluían al menos un adulto y varios niños, estaban calcinados y acompañados con cuentas de concha o cobre, torteros y cerámica.[100]

---

[98] Bushnell, 1951.
[99] Bushnell, 1951.
[100] Estrada, 1957c (Prehistoria de Manabí).

Los cronistas del siglo XVI indican que en esta región la guerra era una actividad frecuente. No hay indicios de un sistema de poder centralizado. Es presumible que hubiera conexiones entre asentamientos a partir de relaciones simétricas y alianzas, formando ligas o confederaciones para fines de intercambio u otros. La actividad cultista no parece contar con centros especializados diferentes a los asentamientos de elite, donde hay lápidas y esculturas de obvia función cultista. La cerámica y la lítica manteña muestran figuras de reptiles, peces, aves y mamíferos en forma convencionalizada, especialmente en los torteros de arcilla destinados a la tarea de hilado, pero, por el momento, no hay indicaciones de que fueran representaciones ligadas a formas específicas de culto y muchas de ellas aparecen más bien como formas ornamentales, independientemente de los contenidos simbólicos que cada figura o el conjunto pudo tener. En las lápidas encontradas en Cerro Jaboncillo, en cambio, así como en los postes de madera del Guayas, aparecen personajes que pueden tener una condición sobrenatural. Las imágenes de mujeres, en las lápidas de piedra, parecen también asociarse a funciones cultistas. Es importante señalar que los manteños, guerreros, sacrificaban a sus prisioneros con fines cultistas.

Al sur de los huancavilcas y los chonos, en el desierto que reemplaza a los bosques espinosos de los manteños, los chimúes habían incorporado, bajo su dominio, a los tallanes, grupo étnico de lengua sec que ocupaba la "frontera" sur de los Andes septentrionales, en las extensas llanuras desérticas de Sechura y Piura. Si bien estos tallanes tenían una larga historia de contactos estrechos con los pobladores de la cuenca del Guayas y la costa vecina, por igual estuvieron siempre vinculados con los de Lambayeque y Trujillo, de modo que en su examen encontramos una fuerte presencia de ambas vertientes de desarrollo, con edificaciones que son intermedias entre las "tolas" norteñas y las "huacas" sureñas, y una organización con jefaturas asentadas en poblados concentrados y extensos como el de Narihualá. Como ya vimos, los chimú establecieron una red de contactos que llegó hasta Manabí, aunque sus influencias más directas y manifiestas, vía los tallanes, llegaron solo hasta Tumbes y Cuenca, donde adquirieron mayor importancia en la época de conquista inkaica, tal como se ve en la iconografía y las piezas de cerámica y orfebrería chimú encontradas en los sitios allí excavados.

De acuerdo con Cabello Valboa,[101] los tallanes, que habitaban desde Tumbes hacia el sur, en los valles de La Chira, Pohechos y aun Olmos -que eran diferentes- decían que tenían un origen serrano. Según Jerez:[102]

> Todos los pueblos que hay (desde Motupe) hasta el pueblo de San Miguel están en valles, y asimesmo todos aquellos de que se tiene noticia que hay hasta el pie de la sierra de Caxamalca. Por este camino toda la gente tiene una mesma manera de vivir: las munjeres visten una ropa larga que arrastran por el suelo, como ábito de Todos Todos los pueblos que hay (desde Motupe) hasta el pueblo de San Miguel están en valles, y asimesmo todos aquellos de que se tiene noticia que hay hasta el pie de la sierra de Caxamalca. Por este camino toda la gente tiene una mesma manera de vivir: las munjeres visten una ropa larga que arrastran por el suelo, como ábito de mujeres de Castilla; los homres traen unas camisas cortadas; es gente sucia, comen carne y pescado, todo crudo; el maíz comen cocido y tostado; tienen otras suciedades de sacrificios y mezquitas, á las cuales tienen veneración: todo lo mejor de sus haciendas ofrecen en ellas. Sacrifican cada mes a sus propios hijos, con la sangre dellos, untan las caras á los ídolos y las puertas a las mezquitas, y echan della encima de las sepulturas de los muertos; y los mesmos de quien hacen sacrificio se dan de voluntad a la muerte, riendo bailando y cantando, ellos la piden después que estan hartos de beber, antes de que les corten las cabezas; también sacrifican ovejas. Las mezquitas son deferentes de las otras casas, cercadas de piedra y de tapia, muy bien labradas, asentadas en lo mas alto de los pueblos; en Tumbez y en estas poblaciones usan el traje y tienen los mesmos sacrificios. Siembran de regalío en las vegas de los ríos, repartiendo las aguas en acequias; cogen mucho maíz y otras semillas y raíces, que comen; en esta tierra llueve poco.

Según documentos judiciales de la época colonial, los jefes étnicos de Piura y Monsefú alegaban haber sido propietarios de tierras, y diponían de ellas con mano de obra incorporada y con un sistema de tenencia que permitía que los trabajadores se quedaran con una parte de la cosecha para su consumo.[103] Este sistema incluía el disfrute de servicios personales de los campesinos por parte de los jefes étnicos locales, tal como se infiere de los reclamos que hacía el jefe de Monsefú en 1768, que solicitaba que se le asignen hombres mayores

[101] Cabello Valboa, 1586: 326-327.
[102] Jerez, 1534: 327.
[103] Rostworowski, 1961: 8.

de 50 años, muchachos y mujeres viejas para su servicio doméstico o agrícola.[104]

Según una tradición transmitida, entre otros, por Fray Bartolomé de Las Casas (1550), el gobierno estaba en manos de las mujeres. Éstas fueron conocidas por los españoles como "capullanas", debido a las características del vestido, que las cubría desde el cuello hasta los tobillos. El gobierno de mujeres era también una práctica en la cuenca del Guayas y, al parecer, se extendía a varias poblaciones de Ecuador y Colombia. Según parece, estas mujeres cambiaban frecuentemente de marido y eran todopoderosas; según Fray Reginaldo de Lizárraga:[105]

> se casaban las vecesque querían, porque no encontrándolas el marido le desechaban y casábanse con otro. El día de la boda el marido escogido se sentaba junto a la señora y se hacía gran fiesta de borrachera; el desechado se hallaba allí, pero arrinconado, sentado en el suelo, llorando su desventura, sin que nadie le diese una sed de agua. Los novios con gran alegría, haciendo burla del pobre.

Arqueológicamente, la influencia chimú fue dominante en la manufactura, aun cuando con rasgos distintivos locales, como los que se aprecian en la cerámica que, aun siendo de estilo chimú, fue bautizada, por Julio C. Tello,[106] como "Tallán". La cerámica local, propiamente tallana era más bien tosca, de tratamiento doméstico, decorada con un sistema de "paleteado", que dejaba las superficies corrugadas y con elementos de relieve derivados de los diseños que tenían las paletas.

Puruháes, cañaris y paltas

En la sierra vecina a la cuenca del Guayas, al sur del área de Quito, comprometiendo la zona de Riobamba, y aún más al sur, en las serranías de Cañar y Cuenca y las de Loja, se desarrollaron una serie de comunidades de agricultores identificados con varios nombres locales y que los etnohistoriadores y también los arqueólogos les dieron los nombres de Puruhá, Cañari y Palta, a partir de unidades territoriales que, desde luego, favorecieron la existencia de una serie de rasgos comunes locales o regionales.

---

[104] Rostworowski, 1961: 9.
[105] Lizárraga, 1602: 141.
[106] Tello, 1942.

Los puruháes ocupaban la hoya de Riobamba. Lamentablemente, la documentación existente sobre ellos demuestra una fuerte penetración inkaica en su modo de vida, de modo que quedan muchas dudas acerca de cuáles pudieron haber existido desde tiempos anteriores a la conquista de los inkas. En este sentido, no debiera sorprender las muchas diferencias que se notan en relación con los otros cacicazgos norandinos y, por el contrario, los inmensos parecidos que hay con las instituciones de los Andes centrales. Es destacable la estrategia de combinar diversos "pisos ecológicos" para obtener los productos macro y mesotérmicos (maíz, algodón ají y coca) que no se pueden producir en las tierras frías de Riobamba, en tanto que la papa y otros cultivos de altura, así como la crianza de camélidos, constituían el *kawsay*, como en el sur. Los puruháes tenían un régimen de complementaridad "vertical", con su centro en Riobamba y enclaves para producción de maíz en los valles templados de Ambato y de algodón en la cuenca cálida del Chanchán. Guanbahalo, en la vertiente oriental de la cordillera, era el enclave para producción de coca.

Había caza de venados, conejos y perdices y los cultivos más importantes eran el maíz y la papa, además: mashwa, oca olluco, quinua y en algunas partes frijoles. Por ser tierra fría, el peligro constante era el de las heladas, que según los documentos era causa principal en la pérdida de cosechas. Por eso, disponían de tierras especiales para el cultivo de maíz en zonas más cálidas al norte, en el área de Ambato-Latacunga y, a su vez, producían su propio algodón, sal y ají en los enclaves de la vertiente occidental, en la cuenca del río Chanchán. La sal era obtenida de las multiétnicas salinas de Tomavela, con participación de delegaciones de todas las comunidades.

Una "Visita" de 1557, describe la existencia de campos de maíz de los caciques y principales en tierras templadas alrededor de Ambato, es decir lejos del territorio Puruhá, así como tierras para algodón y ají en zonas cálidas del occidente, fuera del territorio étnico. Parece que en el siglo XVI estaba suprimida la institución de los mindaláes entre los puruháes, si es que existió antes. Según la Visita de 1557,[107] las unidades políticas puruháes tenían una estructura jerárquica más consolidada que la de los quiteños. Entre los "visitados" había un solo "cacique principal" (don Gaspar Tique), que gobernaba sobre cinco parcialidades, cuatro de ellas con "principales", en tanto que la quinta, privilegia-

[107] Salomon, 1980: 283.

da, tenía una "segunda persona" designada por el cacique, que era su hermano Juan Sabla. Todos los visitados, es decir cerca de 3.000, estaban bajo la dependencia de Tique y constituían una sola entidad política. Las tierras asignadas al cacique eran especiales, escogidas según su calidad, tanto en Riobamba como en las "colonias" establecidas en las tierras de coca, maíz o ají.

La información arqueológica, rescatada por Jacinto Jijón y Caamaño,[108] reconoce la existencia de cuatro fases, organizadas a base de variaciones estilísticas de la cerámica: Guano, Elén Pata, Huavalac y Puruhá inkaico, de las cuales al menos Elén Pata y Huavalac corresponden al período de nuestro interés. En ambos, el rasgo más característico es el de unos cántaros antropomorfos de cuerpo oblongo, así como unos platos con trípodes en forma de "hoja de cabuya". Elén Pata se define por la decoración negativa, que no aparecía en Guano y que era muy escasa en Huavalac. La fase inkaica muestra alteraciones de Huavalac, cuya cerámica es dominantemente monocroma y decorada con cordones y *appliqué*. Se halla asociada una activa producción de objetos de cobre, sobre todo en forma de adornos (alfileres, brazaletes y prendedores), decorados con calado y repujado.

Al sur de los puruháes vivían los cañaris, que ocupaban las hoyas de Cuenca, Cañar y Alausí, una región privilegiada por su condición de nudo de caminos entre las hoyas serranas del norte, las selvas occidentales del Guayas, las orientales amazónicas, y los Andes centrales. Eso permite reconocer, a lo largo de toda la historia, una permanente actividad de intercambio entre estas regiones con mediación de los cañaris y sus antepasados. Según parece, fue el puerto de distribución del "mullu" colectado en las aguas de Guayas y Manabí, con destino a los Andes centrales y meridionales; de hecho, el interés de los inkas por el control de esta región tuvo algo que ver con el tráfico de este molusco, que quizá por esa vía también llegaba a los quijos y los panzaleos y caras de la sierra norte.

Los sitios de vivienda eran numerosos, cerca de las tierras agrícolas favorables, debajo de los 3.000 m. s.n.m. Son asentamientos pequeños, sugiriendo caseríos dispersos entre los campos de cultivo; cultivaban maíz, papas y otros productos serranos, pero tenían también la cría de cuyes y el pastoreo de llamas y completaban su subsistencia con caza y pesca.

---

[108] Jijón y Caamaño, 1951: 312, 362.

Las costumbres funerarias indican diferencias sociales significativas; algunas tumbas eran profundas y muy ricas, con ofrendas de oro y plata; en contraste, había tumbas muy pobres, sin ofrenda ninguna o solo unas pocas toscas piezas de cerámica. Debido a que, al igual que los puruháes, tuvieron muchas influencias inkaicas, no está claro que todas las instituciones que conocemos sean nativas, como el culto a los cerros, los nevados, las lagunas, los manantiales y otros elementos fisiográficos, que también eran parte del culto inka.

La manufactura cañari tuvo un buen nivel de desarrollo artesanal, con una cerámica sencilla pero fina, pintada con rojo o negro y a veces pintura negativa, con "compoteras" y cuencos como formas dominantes de la vajilla. La metalurgia de oro y cobre incluía instrumentos y adornos. Tenían también un extenso rubro de materiales importados, tales como turquesas y serpentinas, que usaban en los trabajos de joyería. Les llegaba también cerámica de estilo chimú, especialmente de botellas con "asa-estribo".

Los cañaris son descritos como guerreros asociados a grupos tribales con jefes locales y, aparentemente, sin forma ninguna de poder central. Sus vecinos sureños, a los que los historiadores unifican como "Paltas", que vivían en Loja, sobre las cuencas altas de los ríos que desaguan en Piura, tenían formas aún más simples de organización, con asentamientos aldeanos dispersos y una actividad productiva de tipo doméstico comunero.

3. LOS ANDES CENTRALES

Cuando los españoles llegaron a los Andes centrales –que luego bautizaron con el nombre de Perú- encontraron un poderoso Estado cuyo ámbito de dominio abarcaba un inmenso territorio conocido con el nombre de Tawantinsuyu. Este hecho, envolvió bajo la imagen de "los Inkas" –sus gobernantes- a todos los pueblos que habían sido incorporados en él, por esto, se habla de los inkas y su organización muy compleja, como si se tratara de un solo pueblo y una sola experiencia. Pero no es así. Bajo el Imperio de los Inkas estaban incorporados pueblos muy diversos, con lenguas y costumbres alejadas por muchos siglos de trayectorias diferentes, algunos de ellos organizados previamente como poderosos Estados –tan importantes como el de los inkas– y otros en la forma que la historiografía contemporánea los identifica como "cacicazgos", "jefaturas" o "curacazgos". Por cierto, el Tawantinsuyu

era un espacio que rebasaba los límites del territorio centro-andino, es decir que incluía pueblos de los Andes septentrionales y también de los Andes meridionales. Tal como lo han podido advertir los arqueólogos, la característica diferencial del área central andina fue su complejo desarrollo urbano, especialmente en torno a los secos valles de la costa y, desde luego, su asociación con la formación de los Estados.[109]

Esta característica urbana del mundo central-andino es, como ya vimos, parte de una larga historia de los pueblos que lo constituyen. El fenómeno urbano se inició en los Andes centrales varios milenios antes, en los valles fértiles de la costa desértica, al centro y norte del Perú. Se formaron núcleos de concentración de pobladores ocupados en tareas especializadas, diferentes a las que habitualmente debían desarrollar tanto los agricultores como los pescadores. Cuando los españoles llegaron, todavía mantenían su importancia los "oráculos" -como el de Pachacamac, cerca de Lima- pero desde luego ya formaban parte de un fenómeno urbano que implicaba la existencia de una red de asentamientos integrados dentro de un proyecto político, diseñado para favorecer la reproducción ampliada de la vida urbana -es decir de quienes viven en las ciudades -por encima de la vida rural, que se convertía así, progresivamente, en subsidiaria de un sector de la sociedad que no estaba directamente comprometido con la producción de los bienes de consumo que se originan en el trabajo campesino.

El tránsito de los viejos sistemas de asentamiento en torno a los templos, hacia las ciudades (asentamientos de trabajadores ligados a los sectores secundario, terciario y de servicios), se produjo también durante los primeros siglos de nuestra era y se consolidó en torno a los siglos VII-X de nuestra era, coincidiendo con el proceso de expansión de un Estado que tenía como centro la ciudad de Wari, cerca de Ayacucho, en la sierra central del Perú.

La expansión del sistema urbano tuvo una serie de consecuencias. Cuando Wari se expandió, la formación urbana estaba bien asentada en el norte, especialmente en la costa, y existían centros ceremoniales o teocráticos muy grandes y complejos en Lambayeque, Moche y los valles de Ancash y Lima, hasta Chincha y Nasca, en tanto que los wankas (del Mantaro), los ayacuchanos y los cusqueños estaban en un tipo de desarrollo más inclinado hacia la vida aldeana. En Huamachu-

[109] Lumbreras, 1994.

co, según parece, había un desarrollo semi-urbano, basado en un esquema militarista,[110] derivado de sus relaciones con los vecinos de Moche, en tanto que en Recuay[111] no hay indicios de urbanismo pre-Wari, como tampoco lo había al sur, hasta el Titicaca donde, en cambio, se dio el único proceso serrano análogo al de Moche, Lima o Chincha. Se trata, pues, de un mapa de desarrollos desiguales.

Al generalizarse el patrón urbano de vida, aparecieron ciudades o urbanizaciones en lugares donde antes no existían, y donde hubo urbanismo teocrático se modificaron los patrones de asentamiento.

En zonas agrícolamente ricas, las ciudades crecieron rápida y generosamente. El éxito del sistema fue muy grande en la costa, que podía intercambiar productos del mar, del valle y del desierto con los valles de la misma franja costera o con la sierra, por vía terrestre o marítima. Eso, favoreció un crecimiento sostenido de las ciudades costeñas.

No ocurrió lo mismo en la sierra, cuya estructura productiva aislada de un proyecto integrador, de desarrollo combinado -como el que montaron Wari y los inkas- no hizo suya la opción citadina, de modo que al desmoronarse el eje político impuesto por Wari, se retomaron formas de articulación comunal de características aldeanas. En gran parte de la sierra, con excepción del Cusco, no hay indicios de un proyecto económico-político alternativo al que había colapsado. En cambio, es clara la tendencia hacia la circunscripción local, con asentamientos aldeanos fortificados y adheridos a una reproducción simple de la agricultura "policíclica" que es propia de la región. Los campesinos se refugiaron en las tierras altas y no abordaron nuevos proyectos de desarrollo agrícola; la economía retomó entonces un rumbo más pastoril que agrario, con asentamientos que expresan claramente el abandono de la producción urbana y que aparecen signados por la guerra, en actitud defensiva, con viviendas de tipo aldeano construidas en lo alto de los cerros, con muros de fortificación hechos toscamente, ya sin la intervención de los arquitectos que condujeron los viejos proyectos del Imperio Wari. De allí que, después del siglo XII, de manera desigual, el mundo andino se presentó con una costa norte muy desarrollada, con grandes ciudades y Estados, que fueron alternando sus centros de poder, en tanto que otros valles, al sur, se constituyeron en señoríos locales o pequeños reinos o curacazgos

[110] Topic y Lange, 1983, 1987.
[111] Wegner, 1982.

de tamaño muy desigual y, con excepción del Cusco[112] y quizá los bordes del Titicaca,[113] la opción política en la sierra era local.

Los "yungas" del Chimor

Se conoce con el nombre de Chimú, o Chimor, a la sociedad urbana que se definió en los valles de Trujillo, aproximadamente entre los siglos XI y XIII de nuestra era y que, entre los siglos XIII y XIV, se expandió a otros valles del norte y el sur, formando un Estado extendido por más de 1.000 km en el litoral. En el siglo XV, entre 1460 y 1475, el Estado Chimor fue incorporado por los inkas al Tawantinsuyu y, junto con él, los pueblos que, desde Tumbes hasta el borde septentrional de Lima, habían estado bajo su dominio. Así pues, cuando llegaron los españoles, en 1532, ya no existía el Estado Chimú.

La existencia del "reino" de Chimo o Chimor, con su capital en la ciudad de Chan-chán, fue noticiada[114] por los cronistas del siglo XVI y ratificada por los historiadores, funcionarios o viajeros que escribieron sobre el Perú a partir del XVII. De esa época procede también la única gramática que existe de la lengua "yunga" -que ellos hablaban y que se extinguió pronto- escrita por el cura párroco de Reque, don Fernando de la Carrera.[115]

Los datos arqueológicos han servido para confirmar en gran parte las referencias tradicionales del siglo XVI, pues en efecto se ve que la cultura chimú -cuya característica más conocida es una cerámica predominantemente negra y continuadora de la vieja tradición moche- tuvo un desarrollo inicial en los valles de Trujillo y luego se expandió hacia el norte y el sur, influyendo sobre los territorios mencionados en las crónicas.[116] Se puede pues decir que el territorio "nuclear" de los chimúes es la zona comprendida entre los valles de Chao y Chicama, en tanto que su área de expansión va desde el valle del Santa hasta quizá Supe o Chillón al sur, y desde Jequepeque hasta Tumbes al norte. Son zonas donde se hablaban distintas lenguas -o quizá solo dialectos

[112] Rowe, 1944; Kendall, 1976, 1979, 1984; McEwan, 1984.
[113] Tschopik, 1946; Lumbreras, 1975.
[114] Cieza, 1553; Cabello Valboa, 1583; Anónimo, 1604; Calancha, 1638.
[115] Carrera, 1644.
[116] Uhle, 1902; Kroeber, 1925, 1926, 1930, 1944; Rowe, 1948.

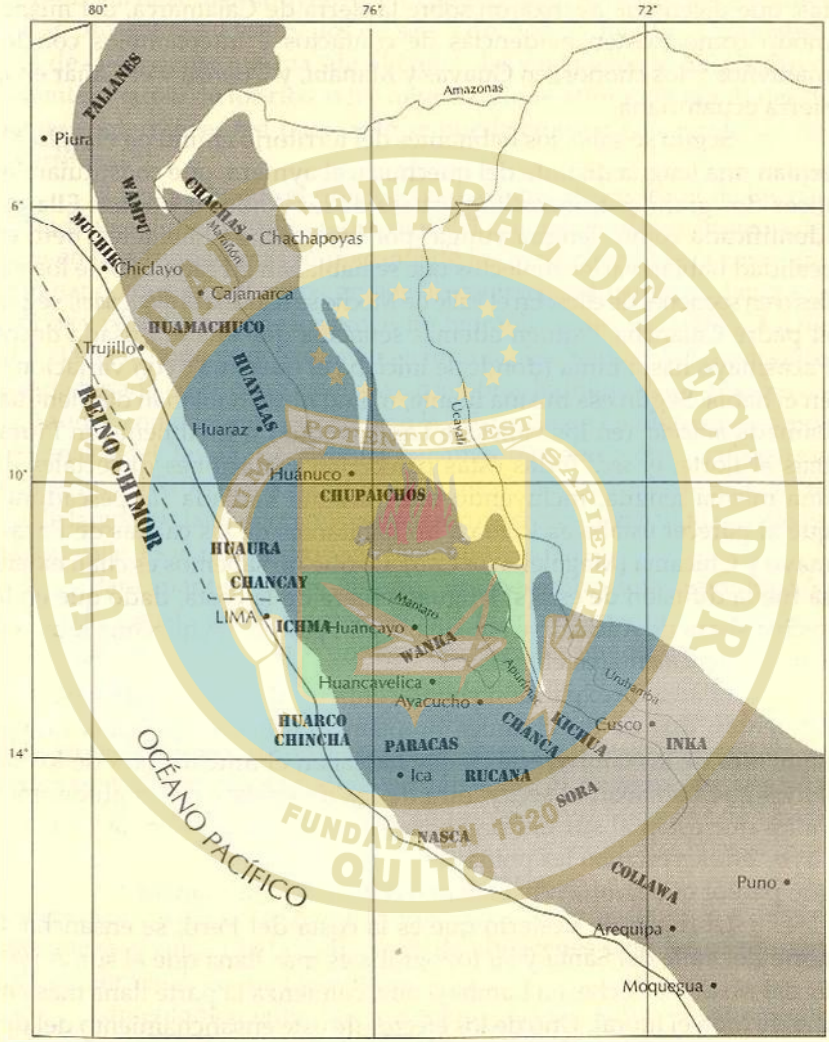


Lámina 15, Los principales grupos étnicos, señoríos y estados de los Andes centrales en el s. XV.

del "yunga"- y donde los restos arqueológicos revelan formas de conducta con diversos grados de variación. Hay algunas referencias sueltas, que dicen que avanzaron sobre la sierra de Cajamarca, del mismo modo como existen evidencias de contactos e intercambios con los manteños y los chonos, en Guayas y Manabí, y Cuenca y el Cañar en la sierra ecuatoriana.

Según se sabe, los habitantes del territorio chimú en el siglo XV tenían una lengua distinta del quechua o el aymara, que constituían los otros dos grandes troncos lingüísticos de los Andes centrales. Ella era identificada como "lengua yunga" por los quechua-hablantes, pero en realidad habían varios dialectos que se hablaban en cada uno de los valles o en secciones de ellos. En el valle de Moche se hablaba el *quingnam*, según el padre Calancha,[117] quien además señalaba que ella era usada desde Pacasmayo hasta Lima (donde se iniciaba el quechua), con variaciones en el habla. Según esa misma fuente, más al norte hablaban otra lengua, llamada *muchic* (en los valles de Lambayeque) y, finalmente en Piura, más al norte, el *sec*. Todas éstas parecerían variaciones dialectales de una misma lengua, incluyendo una variante llamada "la pescadora", que al parecer estaba asociada a los habitantes de las caletas de Pacasmayo y Chicama (Magalena de Cao). Lo que no sabemos es cuán extensa fue la difusión de esta(s) lengua(s) fuera de la costa, dado que en la vecina sierra de Ancash, se hablaba, según parece, un quechua muy antiguo, y en Cajamarca el kunsa.

El área de expansión chimú contiene al menos cuatro regiones diferentes: una de los chimúes propiamente dichos, de habla quingnam; otra de los lambayecanos que hablaban el muchic; otra de los tallanes que hablaban el sec; y, otra de los diversos y quizá autónomos valles que están al sur del río Santa, hasta llegar al norte de Lima (en cuyos límites estaban las poblaciones identificadas como "Chancay"), y que parece que también hablaban o conocían el quingnam.

La franja de desierto que es la costa del Perú, se ensancha al norte del valle del Santa y su topografía es más llana que al sur. A partir del río de La Leche, en Lambayeque, comienza la parte llana más ancha de todo el litoral. Uno de los efectos de este ensanchamiento del desierto llano, es la extinción de las llamadas "lomas", que son unas formaciones vegetales estacionales que son características de los desiertos

[117] Calancha, 1638: ca. II, libro III.

del sur, y que se hidratan con las nieblas o garúas ("camanchacas") que la cordillera retiene en la banda litoral durante el invierno. Hacia el norte, estas nieblas disminuyen y, en cambio, aparecen lluvias estivales que se presentan en intervalos de seis a doce años, ligadas a la fluctuación de la corriente marina "de El Niño". La vegetación se asocia directamente al curso de los ríos, o los lugares donde afloran manantiales de fuente subterránea. Así pues, solo se puede cultivar con ayuda de riego artificial.[118]

El hecho de que el único acceso al agua dulce sea el de los ríos procedentes de la cordillera, convierte el manejo y administración del agua en la actividad más importante de los agricultores de la costa, determinando que sus diversos grados de complejidad correspondan a exigencias y posibilidades de los proyectos hidráulicos de cada región. Así fue como la costa norte pudo sustentar en un complejo régimen de producción agraria basada en el riego extensivo, con obras hidráulicas de grandes dimensiones, como las que permitieron la existencia de Lambayeque, donde los canales del Taymi, Racarumi, Chaname, Talambo y otros, cubrían un área de unas 100.000 ha, con una longitud de obra construida de más de 100 km de largo. Los lambayecanos conectaron cinco ríos, formando un solo inmenso valle. Es el mayor proyecto hidráulico andino.[119]

Para mantener este sistema, era necesaria una reproducción ampliada, constante, de la población y la infraestructura productiva, dado que estas obras solo podían lograrse desviando cantidades de agua de río cada vez mayores, avanzando sobre el desierto. Independiente de la posibilidad que unos proyectos tuvieran éxito o fallaran por causas técnicas o de otro tipo, el régimen de trabajo requería de un poder central con capacidad de gestión sobre el riego en sus aspectos técnicos, laborales y de uso, asegurando con ello el bienestar de las comunidades que estaban bajo su soberanía. Eso implicaba la existencia de un cuerpo de especialistas separados del trabajo manual, con acceso a la fuerza de trabajo mediante prestaciones de tipo tributario o de otra naturaleza, y capacidad de disponer de almacenes para los productos, y de los terrenos, abonos y semillas.

Lamentablemente, hay poca información sobre el estado chimú, en términos de su estructura política y jurídica. Tampoco son precisas las noticias sobre la extensión del reino que, al parecer, se formó

[118] Kosok, 1942, 1943; Keatinge and Day, 1974.
[119] Kosok, 1959; Shimada, 1981.

por conquista. A base de la historia legendaria, comprometida ideológicamente con sus transmisores, se puede tener algunas noticias sobre el carácter sagrado de los soberanos, la descendencia hereditaria, la poligamia señorial y la "corte" que les rodeaba.

La historia tradicional dice que el fundador de las dinastías reales de Chimor fue un legendario personaje llamado Taycanamo o Tacaynamú, en tanto que otra leyenda, de los "muchic" de Lambayeque, cuenta que sus gobernantes descendían de otro héroe llamado Ñam-lap o Naymlap, siendo probable que en cada valle o soberanía existiera una historia semejante.

Aparentemente, los gobernantes de Chimú y Lambayeque tenían una sucesión hereditaria entre hijos y hermanos. Hay quienes proponen una forma dual de poder, con una diarquía en el gobierno. Por el momento sabemos que a la cabeza de todo el sistema Chimú había un Gran Señor –"Ci-quic"– representante y centro de la "nobleza", que estaba constituida además por los "alaec". En su entorno había un grupo de "cortesanos", conocidos como "pixllca", que tenían un status social que al parecer los liberaba de participar en el trabajo manual al que todos los campesinos y artesanos estaban obligados. Debajo de ellos, en una suerte de clase "popular", estaban los "paraeng", que deben corresponder al "común" de los trabajadores del campo y la ciudad. Es probable que los "de la ciudad" eran campesinos que, por su talento en la manufactura o por obligaciones con el Estado, vivían en ella permanente o temporalmente, como los "mitayos" incaicos. Los documentos españoles se refieren a estos "paraeng" como vasallos, lo que señala su ubicación en la escala social, mas no su función o definición. Finalmente, se conocía con el nombre de "yana" a unos personajes que los españoles identificaban como "sirvientes domésticos", quizá en referencia a los trabajadores de los "barrios populares" de la ciudad.

Según se desprende de la mitología, las gentes estaban divididas socialmente desde el nacimiento, de lo que se deduce que había escasa movilidad social. Esta división se refleja claramente en los restos de sus viviendas y en la manera como eran enterrados al morir, según se ve en los espacios urbanos de las grandes ciudades de la costa norte, como Chan-chán.

En Chan-chán, estos espacios responden a un modelo urbanístico jerarquizado, con cuatro unidades básicas: las "ciudadelas", la "arquitectura intermedia", las plataformas ceremoniales y las viviendas

"populares". Por su magnitud, elegancia y componentes, las llamadas "ciudadelas" deben haber estado asociadas a los más altos niveles del poder -al del Ci-quic-, mientras que los edificios, igualmente lujosos y amurallados, pero de jerarquía menor -como la llamada "arquitectura intermedia"- deben asociarse a los "cortesanos" afines o próximos al Ci-quic, como los alaec. En cuanto a las plataformas ceremoniales asociables al sector sacerdotal, en Chan-chán no tenían ya la importancia propia de las épocas anteriores; se trata de edificios secundarios, que deben estar reflejando la declinación del poder sacerdotal. Los llamados "barrios populares", formados por la aglutinación de unos recintos pequeños e irregulares,[120] representan el tipo de asentamiento de la gente "común" -en la que se incluyen artesanos, mercaderes y servidores de distinto tipo- que no tenía acceso a las condiciones de vida de los otros. Fuera de las ciudades, en caseríos y aldeas de distinto tamaño, vivían los campesinos, los pescadores y otros trabajadores no-urbanos, incluidos los funcionarios rurales del Estado.[121]

De hecho, la mayor parte de la población vivía fuera de las ciudades que, de otro lado, no parecen haber sido tan populosas como las ciudades industriales modernas. La inmensa ciudad de Chan-Chán, capital de los chimú, puede haber tenido entre 15.000 y 30.000 habitantes o quizá 70.000, pero no más,[122] en tanto que la mayor parte de ella estaba ocupada por edificios destinados a fines no-domésticos. Chan-chán era una ciudad de crecimiento constante y no responde a un plan constructivo pre-establecido. Por eso, es un asentamiento "desordenado", que obedece más a la historia y necesidades particulares de cada uno de sus edificios. En la ciudad hay de nueve a once "ciudadelas" o palacios, que han sido atribuidas a nueve (u once) soberanos que, según la tradición, gobernaron Chimú. Cada cual habría mandado construir "su" ciudadela tanto para su uso como residencia y palacio de gobierno, como para guardar sus cuerpos y su eterna memoria. Hay algunos arqueólogos que ponen en duda esta interpretación debido, sobre todo, a las dificultades de fijar la cronología precisa de cada uno de los edificios.[123]

Las ciudadelas son complejos amurallados con una sola entrada -generalmente por el lado norte- y, consecuentemente, de acceso

[120] Topic, 1970, 1977, 1980, 1982.
[121] Keatinge, 1973, 1975.
[122] Horkheimer, 1944; Day, 1972; West, 1970; Keatinge, 1974; Miró Quesada, 1957.
[123] Kolata, 1978, 1980, Andrews, 1974, 1980.

restringido a personas autorizadas, bajo control en la puerta, protegida de incursiones externas de cualquier tipo. Están internamente divididas en tres o cuatro secciones, con una serie de corredores y patios no techados y unos recintos en forma de "U" -formados por tres muros en escuadra- que han sido bautizados como "audiencias", generalmente asociados a depósitos, razón por la que se piensa que debían tener una función administrativa. Hay, además, salas y cuartos que estuvieron techados, plataformas funerarias y en varios casos unos "wachaques" o pozos destinados a obtener agua del subsuelo.[124] Los patios eran lugares que permitían la reunión de un grueso número de personas, y las plataformas tenían un destino funerario muy especial. Además, una gran parte de los muros de estos edificios estaban adornados con figuras en plano relieve.

El examen de las plataformas funerarias es un buen apoyo para la hipótesis de las ciudadelas asociadas a cada uno de los soberanos, pues parece que servían para alojar el cadáver de un individuo rodeado de mujeres enterradas con él. Las plataformas están constituidas por numerosas cámaras rectangulares subterráneas en torno a una central en forma de "T". En una de estas plataformas, conocida como "huaca Las Avispas", de la ciudadela llamada "Laberinto", se pudo estimar un mínimo de 300 mujeres enterradas, todas ellas adolescentes o jóvenes, y un hombre -¿un Ci-quic?- en la cámara central.[125]

Así pues, mientras que en las ciudadelas se rendía culto a un personaje, esto no ocurría en unos palacios de menor tamaño, considerados como "arquitectura intermedia". Se trata de unos 35 recintos igualmente amurallados y también con un solo acceso, muchos de ellos con patios, corredores, audiencias, cuartos y depósitos, y pozos de agua, pero que no eran tan elegantes como las ciudadelas, ni tan grandes, ni tenían plataforma funeraria. Son algo así como palacios complementarios de las ciudadelas, ocupados por personas de rango próximo a los de aquéllas. Tanto las ciudadelas como estos palacios menores, tenían espacios domésticos, para vivienda y preparación de alimentos, así como lugares destinados para actividades públicas y almacenaje. Nobles, o lo que fueran, en esos elegantes edificios vivían y trabajaban gentes privilegiadas. Además, cuando aparecen edificios del estado

[124] Lange-Topic, 1980.
[125] Conrad, 1980; T. Pozorski, 1979.

chimú fuera de Chan-chán, tanto en los valles de Trujillo como en otros territorios sujetos,[126] son del tipo de la "arquitectura intermedia".

Son diferentes las construcciones de los barrios populares de Chan-chán, de arquitectura rústica, con muros hechos con cantos rodados o tierra compactada, que servían de base a estructuras de caña o esteras, toscamente enlucidos, con cuartos de forma irregular, apiñados unos con otros. De acuerdo con los estudios arqueológicos, sus habitantes eran principalmente artesanos dedicados al laboreo de metales, fibra (hilado y tejido) y madera.[127] Los metales llegaban ya, al parecer, en forma de lingotes y su elaboración era una de las actividades dominantes. Sin duda, la manufactura cumplía una función productiva muy importante tanto en la ciudad como en el medio rural, aunque la orfebrería fuera una exclusividad urbana.

Pero no todas estas viviendas populares estaban organizadas de la misma manera y en "barrios", de modo que es posible encontrar otras aisladas o en agrupaciones menores e incluso algunas de ellas sobre plataformas. Al parecer, las viviendas de este último tipo estaban ocupadas por personas de un estatus más alto, aunque no precisamente de elite. Se supone que unas muy especiales, con numerosos cuartos con banquetas y muchos depósitos, con una cocina comunal y sin evidencias de trabajo manufacturero, podrían haber cumplido una función de posada al servicio de los mercaderes y sus caravanas de llamas.

Los barrios, que tenían sus propios cementerios cercados, permiten aproximarse a las unidades domésticas de base, pues se presume que allí vivían grupos de parientes y no solo individuos ligados por el trabajo. Respecto a la familia y el matrimonio, se sabe poco. La poligamia existía entre la nobleza, a juzgar por la referencia al harem del héroe-fundador Ñam-lap, que además tenía una esposa principal llamada Ceterni, y por lo que se deduce de las plataformas funerarias de las "ciudadelas".

Chimú responde pues a un tipo de sociedad fuertemente estra-tificada, con clases sociales, con un régimen económico que al parecer reconocía ciertas formas de propiedad sobre la tierra, y un Estado muy fuerte, con capacidad para sostener grandes proyectos hidráulicos y una red muy compleja de intercambio de bienes. La producción manufacturera[128] alcanzó proporciones notables, a tal grado que cuando los chimú fueron conquistados

[126] Klymyshyn, 1980.
[127] Topic, 1982.
[128] Topic, 1990

por los inkas, éstos les impusieron una cuota de tributo que consistió en el traslado al Cusco de un numeroso grupo de orfebres, que seguramente eran artesanos que trabajaban en la ciudad de Chan-chán. Si bien los bienes requeridos por la elite, de oro y plata o con materias primas exóticas (turquesa, maderas importadas, mantos plumarios, etc.), eran de producción restringida, los bienes de consumo doméstico eran de producción masiva.

Los productos de cobre y sus aleaciones, así como los de plata, se hacían con técnicas complejas de soldadura, cera perdida y vaciado en moldes, dándoles un acabado vistoso mediante enchapado, estampado, repujado, perlado y sobre todo dorado y plateado. Con metales se hacían principalmente adornos, pero también instrumentos tales como cuchillos "tumi", agujas, anzuelos y armas contundentes.

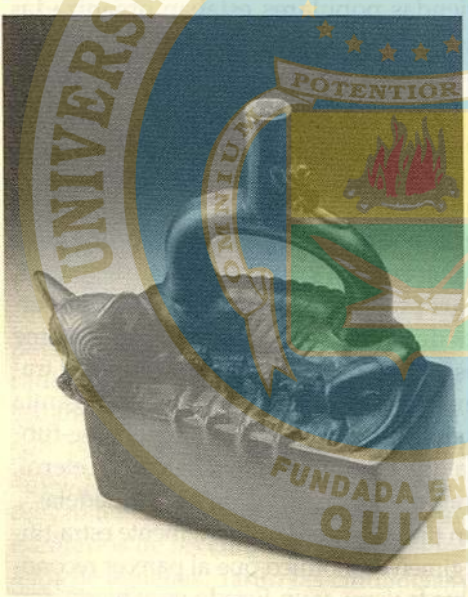


Foto 24, Ceramio Chimú con una perra "sin pelo" andina, s. XIII-XV d. C. Costa norte del Perú.

La producción alfarera era masiva, hecha en talleres con uso de moldes y generalmente en serie, tanto la destinada a la preparación de alimentos o su conservación, como la que servía para consumirlos. Es característica, aunque no única, la cerámica negra. El trabajo de taller se extendía también a los tejidos, hechos en una gran variedad de técnicas y decorados, tanto con pintura como con sistemas estructurales como el tapiz y, finalmente, con la adición de plumas de vistosos colores o de lentejuelas de metal. El material dominante era el algodón, aunque también se usó en escala menor la lana de alpaca que junto con tintes como el de la "cochinilla" debió haberse importado de la sierra.[129] Un detalle significativo es

[129] A. P. Rowe, 1984.

que al parecer algunos artesanos iban de pueblo en pueblo ejerciendo su oficio, como el caso de los pintores de telas.[130]

No cabe duda que el estado chimú había logrado un desarrollo espectacular en relación a lo que ocurría en otras partes de los Andes. No sucedía lo mismo en la sierra vecina de Cajamarca y Ancash, donde el proceso urbano no fue receptado, aun cuando se mantuvo una discreta estructura de jefaturas locales que años más tarde los españoles reconocían como "señoríos" en Huamachuco, Cajamarca, Conchucos o Huaylas. Es difícil, en el estado actual de conocimientos, asegurar que en estos territorios existieran Estados centralizados que tuvieran una esfera de influencia superior a un valle; es más, con excepción de Huamachuco, la evidencia no indica organizaciones superiores a los curacazgos de corte local y base exclusivamente rural, y es evidente que los "señoríos" o "reinos" a los que se refieren los cronistas españoles del siglo XVI, solo aluden a identificaciones étnicas y no a las políticas.

Los quechuas de la costa

Al sur de Chimú, incluyendo sus probables zonas de influencia en los valles de Huaura, Chancay y Chillón, la información señala un desarrollo urbano local y una débil presunción de la existencia de Estados, de escala igualmente local. En la costa central, el imperio Wari, al parecer, había destacado el papel de nudo de caminos que tienen los valles de Lima, elevando el rango regional del oráculo de Pachacamac a un ámbito muy vasto, de modo que el prestigio de este centro ceremonial llegó a los confines del imperio. Lima fue siempre un punto central, de convergencia de las gentes del norte y del sur; desde los tiempos del Formativo, cuando estuvo estrechamente ligado a Chavín y también a Cupisnique y Paracas. Nunca dejó de mantener contacto con esas regiones y, desde luego, con la sierra de Junín y las selvas vecinas. El imperio Wari representó la posibilidad de consolidar estos contactos, ligándolos al trabajo aparentemente exitoso de los sacerdotes del dios Pachacamac, quienes serían, según algunos estudiosos de las lenguas andinas, responsables de la expansión del quechua en aquel tiempo.[131]

---

[130] Rostworowski, 1975.
[131] Torero, 1970; Parker, 1968.

Cuando declinó Wari, no decayó Pachacamac, porque fundaba su vigencia en sus propios servicios, aun cuando no sabemos exactamente cuál fue su régimen de operación y el ámbito de sus influencias post-Wari. El modo urbano de vida se mantuvo y desarrolló, aunque abandonó -si hubo alguno fuera de Cajamarquilla- el planteamiento laico de Wari, por formas urbanas que recuerdan los asentamientos de corte teocrático. Es así como aparecieron centros urbanos fuertemente comprometidos con plataformas o "huacas" que, si bien pudieron ser palacios o edificios administrativos, tenían una configuración similar a la de los viejos templos de la costa, como ocurre con la parte tardía de Maranga, con Armatambo, Mangomarca y Lurigancho, en el valle del Rímac. Parece que Pachacamac mantuvo durante un largo tiempo un discreto ámbito regional, que se configuró en el llamado "señorío de Ichma", con dominio sobre los valles del Rímac y Lurín.[132] Solo cuando se reorganizó un nuevo Estado pan-andino, el de los inkas, volvió a tener la importancia que tuvo en tiempos Wari, con una forma de poder teocrático limitado por las imposiciones del poder político y militar del Estado imperial. Una especie de Roma.

Lo que sabemos del señorío de Ichma[133] es muy poco y se sugiere su existencia más por inferencia que por evidencia, pues lo que hay de información está fuertemente mediado por el papel de Pachacamac en tiempo de los inkas. El nombre de Ichma, Ichima o Irma -usado en el siglo XVI- corresponde al de Lurín o Pachacamac. Su importancia político-religiosa se combina con el desarrollo manufacturero que aparentemente tenía en este tiempo, pue los inkas escogieron "plateros" de este valle para que sirvieran en el Cusco.



Foto 25, Réplica en miniatura, en madera, embarcación tripulada, Chancay, s. XII-XVI.

Se produjo también un fenómeno urbano des-

[132] Uhle, 1903; Rostworowski, 1989: 77.
[133] Rostworowski, 1989: 71-72.

tacable en los valles del Chillón y el Chancay, y aparentemente en el de Huaura, con extensión a los valles vecinos, pero que no ha sido aún bien examinado. Se piensa que en la sección media del Chillón se formó el "señorío de Collique", que tenía bajo su control los curacazgos de Quives -río arriba- y de Carabayllo, hacia el mar.[134] Eran vecinos de otro "señorío" en Canta, en la cuenca alta de los ríos, con el que mantenían relaciones de conflicto permanente, con robos y muertes constantes, pese a que el común uso de las aguas del río, exigía una serie de mecanismos de complementaridad, como era el trueque y los trabajos conjuntos en las lagunas de la puna, en tiempos de sequía. Esto explica la estructura fortificada de los asentamientos en las partes altas de los ríos y el hallazgo de algunas piezas de intercambio, aun cuando los de valle abajo estaban asociados a un ámbito más vinculado con la costa de Chancay, de economía urbana, mientras que los de la parte media y sobre todo los de arriba, mantenían un esquema más bien parecido al de los wankas de la sierra central.

Los demás valles de la costa central, al sur de Lima, no parecen haber destacado mayormente, y al menos hasta Mala y Cañete no hay evidencias de un desarrollo urbano sostenido. Los habitantes del valle de Asia y de Omas son identificados en el siglo XVI como sujetos a un curaca llamado Coayllu. Las exploraciones arqueológicas indican asentamientos modestos, tanto en la costa como en los valles, con una alfarería vinculada con Pachacamac y Lima, que los arqueólogos conocen como "Puerto Viejo".[135] Hay referencias también a los "chilcas" y "calangos" que habitaban entre Chilca y Mala y que tenían conflictos con los "yauyos", habitantes de las cuencas altas de los ríos Mala y Cañete.

Según referencias, más prolijas del siglo XVI, habrían existido unos poderosos señoríos en el valle de Cañete, diferenciados según las secciones naturales del valle. El señorío de Guarco ocupaba la costa y la sección baja del valle, hasta cerca del punto donde se angosta y se ingresa a la sección cálida "chawpiyunga", donde se ubicaba el señorío de Lunahuaná, con dominio que llegaba hasta las serranías donde moraban los yauyos, que en esa sección se llamaban mancos o laraos.[136]

---

[134] Rostworowski, 1989: 23 ss.
[135] Bonavia, 1959.
[136] Rostworowski, 1989: 80.

Según refiere el cronista Cobo,[137] los inkas conquistaron Guarco cuando el señorío estaba bajo el comando de una mujer, aunque eso no indica matriarquía, pues también refiere que era "una viuda". La arqueología confirma una cierta unidad en el valle, donde la cerámica de estilo Cañete es dominante e indica, al menos, que la producción alfarera era uniforme, pero confirma también el carácter bélico que se les atribuye a sus pobladores -que resistieron por varios años al dominio inkaico- dado que una de las características del valle es la existencia de lugares tipo fortaleza, ubicados en puntos estratégicos, siendo los más importantes los de Guarco, al norte, Canchari en el centro y Ungará,[138] al sur. Había, además, una inmensa muralla que iba por las laderas de los cerros, comenzando en cerro Azul, sobre el mar, rumbo hacia el NO-SE, pasaba por cerro del Oro, hacia cerro Chivato, y terminaba en Ungará. La más notable es la llamada Fortaleza de Guarco, en cerro Azul, que tiene un fuerte componente inka, aun cuando las evidencias de los asentamientos asociados indican una antigüedad al menos equivalente a la época que nos ocupa.[139] Se le atribuye una función defensiva frente al sureño dominio de Chincha. Esta capacidad de organización militar y política estaba asociada a una base económica agrícola y pesquera muy exitosa, con sistemas hidráulicos que tienen 20 o 30 km de envergadura, muchos de ellos abandonados después de 1557.

Más al sur, el valle de Chincha alcanzó, después del siglo XII, su mayor esplendor, basado en el desarrollo de centros urbanos tales como Tambo de Mora en el norte del valle, Lurinchincha en el sur, y Las Huacas en el centro, asociados a una economía agrícola y pesquera generosa, así como a la formación de un ejército de mercaderes, navegantes y caminantes, que al parecer mercaban a lo largo de toda la costa y en muchas direcciones con la sierra. Chincha tenía una vieja tradición urbana, que se inició desde los tiempos de Paracas. Todo el valle fue ocupado y explotado intensivamente, del mismo modo como se explotó activamente la riqueza marina; sin embargo, de acuerdo a documentos del siglo XVI, un aspecto dominante en la economía de los chinchanos era la actividad mercantil. Estaba bajo un poder central, que -al menos en el siglo XVI- estaba asentado cerca del mar, en Tambo de Mora y La Centinela, el más grande asentamiento urbano de la región, que

[137] Cit. por Rostworowski, 1989: 82.
[138] Larraburre y Unanue, 1893, II: 404-407.
[139] Marcus, 1987; Kroeber, 1937.

se extendía hacia el norte, por más de 2 km, con una serie de barrios de artesanos y pescadores, que vivían a lo largo de "calles" o caminos que iban hacia los límites septentrionales del valle.[140] El dominio señorial estaba marcado por la existencia de palacios y servicios diferenciados, incluidos los caminos, que estaban amurallados en su trayecto en el valle bajo. Lamentablemente, el valle fue saqueado por los buscadores de tesoros desde que llegaron los españoles en el siglo XVI, y no se han encontrado aún los sepulcros de los "señores"; pero, por lo que se deduce de la gente común, enterrada en simples cistas, y no en los mausoleos saqueados, era un pueblo con bastante riqueza: en la mayor parte de las tumbas excavadas por Max Uhle,[141] a comienzos de siglo, hay ofrendas de plata, aun cuando parece evidente que los cadáveres que él encontró eran sobre todo de mercaderes, que era un sector diferenciado en el valle.

Al parecer, el ámbito mercantil de Chincha cubría tanto la sierra, hasta el altiplano del Titicaca, como la costa hasta Manabí.[142] El tráfico por la costa se hacía con balsas, y con caravanas de llamas hacia el interior. Ellos mercaban con las conchas "mullu" (*Spondylus princeps*) que traían desde los mares cálidos del norte, de donde también obtenían esmeraldas y oro; pero portaban igualmente telas, alimentos en conserva, metales, etc. En las tumbas que excavó Uhle, cerca de La Centinela de Tambo de Mora, aparecen unas balanzas "romanas" como las que describen los españoles de la época, que eran usadas por los nativos para pesar el oro. El contexto indica que se trata de mercaderes muertos ya en el siglo XVI, pero evidentemente asociados a los patrones de conducta chinchanos. La cerámica de Chincha, así como la textilería y la metalurgia, son poco notables y no son competitivas con el resto de la producción costera, de modo que en Chincha parece que no hay correspondencia entre desarrollo mercantil y manufacturero, como se habría dado en Chimú; de esto se deduce que la actividad mercantil sólo podría estar asociada a una producción de materiales locales de origen primario, como pescado seco o algodón, mientras que su objetivo principal sería la actividad de intermediación por sí misma, con los beneficios que eso podría dar al consumo de bienes foráneos a los chinchanos. Sin duda, la población pesquera era numerosa -casi un tercio del total, según los documentos- y lo eran también los mercaderes, de

[140] Sandweiss, 1992.
[141] Uhle, 1924.
[142] Rostworowski, 1989: 213 ss.

modo que los agricultores apenas eran el otro tercio. Eso permitiría entender la extensión de los asentamientos urbanos, sobre todo los que están próximos al mar, donde debía vivir la mayor cantidad de la gente del valle. La información arqueológica conocida, confirma esto.

Los valles de Ica y Nasca fueron el escenario de una serie de señoríos locales que, en este caso parecen haber seguido un modelo urbano similar al de Chincha, con asentamientos, como el de Tacaraca en Ica, que se organizaron a partir de plataformas piramidales; sin embargo, no parece haber indicios suficientes de alguna organización política centralizada superior a un nivel local.[143]

Los quechuas de la sierra central

En la sierra, donde la práctica agrícola "policíclica" es general,[144] no se produjo un avance de tipo urbano. No parece probable que en la mayor parte de este inmenso territorio -que se inicia al sur de Huamachuco y llega hasta el Cusco- se hayan formado Estados como los de la costa, lo que no quiere decir que hubiera habido un declive en su desarrollo económico y social. Lamentablemente no tenemos mayor noticia de lo que ocurrió en Ancash. En Huánuco parece que se formaron curacazgos importantes en Tantamayo y Llata, con características propias, sin mucho parentesco con el resto de los desarrollos centro andinos.

En el macizo central de Junín, que tiene ciertos rasgos singulares frente a otras partes de la sierra, más parecido al altiplano del Titicaca, se dio una organización política de rango local, con un patrón de curacazgos poderosos, como el de los wankas, más bien que con Estados formales.

Esta área, identificada generalmente como Sierra Central, comprende la cuenca alta y media del Mantaro y la del río Tarma, así como la extensa meseta de Junín, donde ambas nacen. Es el territorio que corresponde a las provincias inkaicas de Chinchaycocha, Tarama o Taruma y Wanka, ocupadas por grupos étnicos a los que se conoce con sus nombres territoriales. La lengua común era el quechua.

Los wankas constituían el grupo más grande y fuerte; ocupaban el valle del Mantaro -entre Huancayo y Jauja- así como las zonas fértiles de sus tributarios y las tierras vecinas. Tenían algunas diferencias locales,

[143] Menzel, 1959.
[144] Golte, 1980.

siendo la más significativa la de los sausa, que ocupaban la parte más ancha del valle y que, a todas luces, alcanzaron los más altos niveles de desarrollo. Chinchaycocha, en cambio, ocupaba el entorno del lago de Junín en la altiplanicie, que es fundamentalmente tierra de pastoreo y ambiente de puna. Los tarama o taruma vivían en la vertiente oriental de la meseta de Junín, en la cuenca del río Tarma, que constituye la frontera con los habitantes de la Amazonía, cuyos grupos amuesha y campa viven en la cuenca del Chanchamayo, en donde desemboca el río Tarma.[145]

Las poblaciones que ocupaban este territorio, practicaban la agricultura y el pastoreo. Los estudios hasta hoy realizados muestran la existencia de una población local de carácter aldeano, cuyas formas políticas, con un cierto nivel de centralización, solo se hicieron visibles cerca ya de la época de la conquista inkaica. De otro lado, parece que tampoco se trataba de una estructura política compleja del tipo de un reino, sino algo así como un curacazgo o una forma de señorío o jefatura.[146]

El territorio está rodeado por la puna, por tres de sus lados. Usaban cuatro zonas mayores: las tierras del valle, las laderas de los cerros, las mesetas y la puna alta. El cultivo de secano domina en todas las zonas, aunque el riego ocurre en los valles y las laderas cerca de fuentes de agua. Se trata de una zona relativamente rica, con acceso a ambientes de producción diversa, siendo un dato notable la proximidad de unas zonas con otras. La mayor concentración de la población se encuentra en las zonas intermedias entre los valles y la puna. Hay una clara diferencia en la densidad y tamaño de la población, según su relación con los territorios agrícolas o pastoriles. De hecho, hay diferencia entre las poblaciones Wanka y las de Tarma y Chinchaycocha, tanto en magnitud como en densidad. Los asentamientos Tarama y Chinchaycocha, asociados a zonas con difíciles condiciones productivas, tienen una baja densidad y menos población; en cambio, los asentamientos wankas, y especialmente los del valle de Yanamarca, asociados a una agricultura de alta productividad, son mayores y densos. Se trata de una economía de base agrícola "policíclica". Hay evidencia, además, de que los wankas avanzaron hacia la selva, al parecer para producir coca, con un patrón colonizador del tipo del "archipiélago vertical", pues tenían asentamientos en la cuenca del Tulumayo, un tributario del Chanchamayo, fuera de su territorio habitual.

---

[145] Parsons and Hastings, 1988.
[146] Earle et al., 1980: Hastorf, 1986, 199.

Arqueológicamente, se puede distinguir a los wankas del Mantaro, de sus vecinos de Junín y Tarma a base de su típica cerámica rojo-sobre-ante, y por el tamaño menor de sus asentamientos, ubicados en lugares de difícil acceso. Tanto en las fuentes documentales como en las arqueológicas, los tarama y los chinchaycocha aparecen con una fuerte unidad étnica, donde la diferencia se deriva sobre todo de que los wankas vivían en zonas agrícolas y los otros eran esencialmente pastores. En lo demás son básicamente iguales. Los wankas arqueológicos tenían una cerámica diferente, con asentamientos mucho más grandes, con 15 a 20, y hasta 100 ha de tamaño. Hay dos fases bien definidas, la primera caracterizada por asentamientos pequeños y baja población y la segunda por asentamientos grandes, amurallados y situados en lo alto de los cerros, con un notable crecimiento poblacional. La mayor parte de los asentamientos de las partes bajas fueron abandonados en la fase tardía, aun cuando algunos se reocuparon en la época inkaica .

En la primera fase –Wanka I (900-1.350 d.C.)– la tendencia fue construir los asentamientos en los bordes de los valles. De los 36 sitios de ocupación Wanka I, un tercio son nuevos, aunque las casas muestran una continuidad estructural con sus precedentes del período wari, con muros de adobe asentados sobre cimientos de piedra, con edificios de planta circular. Aparece cerámica con una mayor variabilidad estilística y hay cambios en la producción agrícola e instrumentos de trabajo, con uso de azadas de piedra. Hay evidencias de intensificación agrícola, con reducción de la actividad pastoril y cierta actividad de intercambio, así como indicaciones de un probable incremento en el consumo de maíz. Los asentamientos están localizados cerca de los campos de cultivo o la zona de pastoreo y no hay evidencia de tensiones, a diferencia de lo que ocurría en otros lugares en este mismo tiempo. La unidad de producción y consumo parece desenvolverse solo en el ámbito doméstico. Al parecer, hay una considerable continuidad en los asentamientos, lo que se rompe en Wanka II, cuando además se inician fuertes conflictos en la región.

Durante la fase Wanka II (1.350-1.460 d.C.), que fue interrumpida por la conquista inkaica, hubo cambios en la producción y el intercambio y aparecieron evidencias de desigualdad en la población. Las condiciones de inseguridad indujeron a ocupar asentamientos fortificados en las partes altas. A la par, hubo incremento y mayor concentra-

ción poblacional, con asentamientos jerarquizados y desarrollo de la actividad guerrera.[147]

Según parece, los wankas y sus vecinos taramas y chinchaycochas, no estaban organizados en un nivel superior al de las aldeas. No hay evidencia arqueológica de intercambios a larga distancia o cualquier influencia política externa sobre ellos, antes de la conquista inka.

Al ubicarse en las partes altas, debieron adoptar nuevas estrategias de cultivo. Las tierras altas no son tan fértiles como las del valle. Para mantener la población, era necesario trabajar campos a grandes distancias y desarrollar métodos de cultivo intensivo cerca de los asentamientos. Hay evidencias de un canal de riego que llevaba agua hacia la zona norte de Sausa; asimismo se han localizado terrazas agrícolas cerca de los asentamientos. Son estrategias de intensificación con una agricultura laboriosa pero no necesariamente más productiva, por ser más insegura y la cosecha menos abundante en las partes altas.

Es una característica general la ausencia de planificación de los poblados. Tanto entre los wankas como entre los chinchaycocha y tarama, los asentamientos eran compactos y nucleados, con una arquitectura residencial muy definida. Son de organización irregular, y normalmente tienen una distribución de las casas de acuerdo con las irregularidades del terreno; en algunos casos hay varias casas juntas alrededor de pequeños patios, como en una colmena, a veces asociadas a depósitos y tumbas, los que podrían interpretarse como residencias familiares.

En la fase tardía de los wankas, junto a la tendencia a una mayor concentración de la población, se aprecia evidencias de la fusión de aldeas que hasta entonces estaban separadas. Eso debe haber generado más interacción entre un mayor número de gentes. El tamaño de los asentamientos sugiere ciertas diferencias de jerarquía. Mientras que en la época Wanka I el área de ocupación era de 8-10 ha, con quizá 1.000 a 2.000 habitantes, los sitios de Tunanmarka (23 ha) y Hatunmarka (95 ha), tenían quizá unos 8.000 a 16.000 habitantes. Cada uno de estos dos centros tenía una constelación de pequeñas aldeas. Hay, además, evidencias de diferenciación en las actividades de sus habitantes. Aparte de ser masivos y fortificados, tienen áreas públicas abiertas internamente, dentro de sus murallas. En Tunanmarka hay dos murallas que dividen transversalmente el poblado por la mitad, con un espacio cen-

[147] Hastorf, 1990.

tral con dos patios o plazas a las que se adhieren varias estructuras rectangulares; ésta es una forma de espacio ocupacional que sugiere la emergencia de actos colectivos de nuevo tipo y formas gerenciales suficientes como para manejar las relaciones de una cohabitación tan numerosa.

Las unidades residenciales están constituidas por patios amurallados que incluyen una o más estructuras circulares alrededor de un espacio abierto. Hay diferencias en la construcción y el tamaño de las casas. Usando la mejor calidad arquitectónica, su proximidad al centro, el tamaño del patio y el número de estructuras circulares, es posible identificar casas más ricas y separarlas de las comunes, asumiendo que las más grandes y mejor hechas estaban asociadas a una elite, aunque no se sabe si eso estaba ligado a alguna forma de poder político local o de diferenciación que vaya más allá del prestigio. De cualquier modo, no hay indicadores de un alto grado de diferenciación social, como los recintos amurallados de Wari, Chimú o Inka.

La producción alfarera indica un mínimo de especialización. Parece que tanto la cerámica fina como la corriente, eran producidas en los asentamientos mismos, por los comuneros, aunque algunos tipos especiales fueran hechos por comunidades especializadas; por ejemplo, en Tunanmarca se producía ollas de cocina y su satélite Umpamalca producía cuencos y vasijas de almacenaje.

Las casas de elite consumían más cerámica, más variada, más tipos finos, más tipos con trabajo intensivo y más cerámica no local. También tenían más vasijas grandes, para almacenaje y chicha. En estas mismas casas hay una gran concentración de ruecas para hilar. Según los datos etnohistóricos se sabe que el tejido era una actividad importante.

Se trata de una economía básicamente pastoril y agrícola, con extensos pastos tanto en el altiplano como en las punas que rodean a los valles altoandinos del Mantaro y Tarma. De acuerdo a informaciones documentales, los de Chinchaycocha debían tributar a los inkas maíz y coca, de modo que en la medida en que ninguno de estos cultivos era posible en dicha región, se puede asumir que, al menos en tiempos inkaicos, los pastores tenían acceso a esos productos ya sea mediante intercambio con los agricultores de los valles templados y cálidos o con la modalidad de disponer colonias que trabajaran en dichos lugares. Los tarama-chinchaycocha las tenían en Ulcumayo. Existen también evidencias arqueológicas de intercambio entre los pueblos de

la sierra y sus vecinos campas/amueshas, especialmente gracias a la presencia de cerámica serrana en su territorio y viceversa.

La guerra era un factor siempre presente entre los wanka, según se aprecia no solo por el carácter fortificado de sus asentamientos, sino también por lo que dicen los documentos del siglo XVI, donde los jefes guerreros recordaban las hazañas de sus abuelos. Ellos hablaban de "sinchicuna", poniendo énfasis en la protección y defensa de la comunidad. Cuando triunfaban, recibían las mujeres capturadas y la tierra. Los jefes guerreros eran escogidos por sus habilidades personales; cuando el hijo de un guerrero demostraba cualidades apropiadas, podía ser el siguiente jefe. Los documentos, igualmente, sugieren que estos líderes operaban ocasionalmente en la esfera política, pero con una autoridad limitada.

Los quechuas del sur

Hacia el sur del valle del Mantaro, hasta el Titicaca, la situación parece diferente. En primer lugar no sabemos con certeza si los pueblos de Ayacucho, Apurímac, Huancavelica e Ica, y por cierto los de la sierra de Lima e Ica, eran quechua-hablantes o su lengua era una variante del tronco *aru*, al que pertenecen el kauki o qakaru (que aún se habla en la cuenca superior del río Cañete, en Yauyos), el aymara y el pukina. Lo cierto es que en este territorio hay muchos topónimos aru y algunas "islas" de aru-hablantes.[148]

La descomposición del estado wari en Ayacucho determinó la reorganización de todo el sistema productivo, que desde el siglo VII se basaba en el sustento de un régimen urbano centralista, que privilegiaba la producción de manufacturas finas y los procesos de intercambio y expropiación de excedentes externos, desplazando la actividad agrícola local a una función complementaria, lo que había determinado el abandono de las costosas obras de infraestructura agraria de la época Huarpa, que dadas sus características no era posible retomar. Se registra una baja tasa de población y el retorno a una economía basada en el pastoreo y la agricultura de secano, con un uso muy limitado de las zonas naturalmente irrigadas, que son pocas y circunscritas. De hecho, los

[148] Lumbreras, 1959.

asentamientos característicos de esta época en el área nuclear de Wari son unas aldeas ubicadas en la parte alta de colinas, con 30-100 casas circulares y aglutinadas, del tipo de Arqalla. Mayormente, las casas tenían muros de menos de 1m de alto y techos cónicos de palos y paja. La manufactura conocida es de rango doméstico, tanto en su producción como en su consumo.

Fuera de su ámbito central, en la cuenca de Ayacucho, Wari no desarrolló una política de inserción urbana, sino que impuso su presencia con enclaves urbanos que no tuvieron reproducción local; las ciudades wari, en el eje serrano, eran solo centros administrativos construidos para facilitar el acceso a la renta procedente de los mecanismos de tributación establecidos por el Estado, sin que tales centros fueran ocupados o mediados por la población local, de modo que cuando Wari cayó y se abandonaron estas ciudadelas, quizá quedaron ciertos mecanismos de vida política y económica de corte clasista, pero no la forma de vida urbana.

En cambio, sí quedó una impronta guerrera, ligada a la voluntad expropiadora del poder y la fuerza; en los asentamientos se imponía el amurallamiento para fines de fortificación, aparte de las murallas fronterizas y las fortalezas mismas. Al desaparecer la "pax imperial" deben haberse desatado formas de saqueo e invasiones de todas clases. Solo así se explica esta situación generalizada en la sierra. Los curacazgos debieron resolver su existencia mediante alianzas y ajustes en sus relaciones intracomunales, luego que se resolvió el destino –por extinción– de los habitantes de la ciudad, que perdieron su base laboral y sus privilegios y poder. No queda claro como quedó el ordenamiento clasista que obviamente hubo de imponer Wari, aunque parece evidente que los más altos sectores de elite se desestabilizaron totalmente y debieron desaparecer. Los curacas o jefes étnicos locales sobre los que tenemos noticia documental, no representaban entidades diferenciadas clasistamente; en muchos casos provenían de una suerte de elección comunal; son producto de este tiempo. Parece que solo quedaron en la escena los campesinos y los demás productores de bienes de consumo, que reorientaron su existencia desde el nivel doméstico de sus relaciones. Todo lo demás se desmoronó.

Este panorama coincide con la historia transmitida por los inkas en el siglo XVI, que habla de un gran desorden antes de la aparición de los reyes inkas y de la labor civilizadora que tuvieron sus legen-

darios fundadores. En esas condiciones estaban los pocras, chancas, chocorvos y anqaras, los rucanas, soras y quichuas y una infinidad de grupos étnicos locales. Pero no era así en todas partes, no lo era sobre todo en el Cusco.

El Cusco tiene uno de los valles más generosos de la sierra sur y está rodeado de una vasta zona de pasturas. Antes del imperio Wari no parece haber tenido una economía agrícola asentada y sí una mayor actividad pastoril. Aunque nuestros conocimientos no son suficientes como para proponer caracterización ninguna, es posible inferir que la eficiente explotación de los ricos recursos cusqueños, requería la creación de una infraestructura agrícola que solo pudo darse como parte del desarrollo urbano, con poder centralizado, que se introdujo desde la llegada de Wari. Desde entonces, encontró los canales de desarrollo necesarios para superar la condición doméstica de su existencia. La producción del maíz -que es un cultivo que requiere un tratamiento especial del trabajo y una infraestructura agraria adecuada- exigió la intensificación de la construcción de terrazas agrícolas, que se convirtió en uno de los ejes de la producción en el Cusco. La posibilidad de combinar una agricultura de riego para maíz en el valle de Urubamba, con agricultura de secano para papa en las laderas y "pampas" próximas, y ganadería en las alturas, convirtió la agricultura "policíclica" del Cusco en un factor de riqueza de primera magnitud, permitiendo un crecimiento sostenido de la población, que además quedó liberada de la necesidad de tributar hacia el exterior, luego de la disolución de Wari.[149]

En el Cusco no conocemos antecedentes urbanos pre-wari, pero a diferencia de Ayacucho, que tenía un entorno agrícola muy restringido en suelos y agua, se trata de una región privilegiada para la actividad agrícola. La ciudad de Pikillaqta, que construyeron los wari, tuvo un planteamiento urbano colonial, sin buscar una reproducción local de su estructura, promoviendo, en cambio, una activa vida aldeana, tal como se aprecia en los asentamientos de Lucre, Anta y vecindades del Cusco.[150] Pero el carácter de la producción agraria no podía reproducirse y menos aún ser ampliada dentro de una esfera doméstica del trabajo, con comunidades autónomas y libres de una red de articulación laboral, como la que seguramente organizó Wari desde Pikillaqta. La existencia de una infraestructura para la producción de maíz, apro-

[149] Lumbreras, 1980.
[150] McEwan, 1984.

COLEGIO MENOR BIBLIOTECA UNIVERSIDAD CENTRAL

vechando las laderas y habilitando terrenos planos en las riberas de ríos cuyo cauce requería medidas de canalización, implicaba un trabajo colectivo concertado, superior al nivel doméstico, con especialistas y permanentes operaciones de mantenimiento. En Cusco, esa debe ser la base, con o sin urbanismo implicado, sobre la que se organizó el poder local centralizado, en una o varias secciones del Vilcanota-Urubamba.

Luego de la caída de Wari, comenzaron a aparecer pueblos de diverso tamaño, algunos de ellos organizados según un modelo próximo al de Pikillaqta -como Choqepukyo- y con ellos una organización urbana de tipo local. Se pudo establecer que los asentamientos de esta época en el valle del Cusco, atribuibles a la cultura Killke, estaban generalmente en las laderas y en forma que no indican condiciones de conflicto, por estar desprotegidos, como al parecer ocurriría luego con la propia ciudad del Cusco; no era igual, en cambio, en el vecino valle de Lucre, donde casi todos los asentamientos estaban en la cima de los cerros y con sistemas defensivos.[151] En el Urubamba, los asentamientos -de los "tampu"- afiliados a la cerámica Killke local, estaban igualmente en la cima de los cerros, aunque en una fase posterior ya se ubicaban cerca al fondo del valle, en los mismos lugares que luego se continuaron usando en tiempos inka.[152] Eso puede ser una indicación de que existía -en la fase tardía- algún centro que garantizaba la estabilidad en Cusco y Urubamba. Podría ser la ciudad pre-inkaica del Cusco, ampliada luego por la ciudad imperial.

Los poblados Killke, tanto en el Cusco, como en Lucre o Urubamba, son relativamente pequeños, aldeanos, con casas generalmente redondeadas y aglutinadas, con algunos pocos cuartos rectangulares. El patrón urbano preservado en lugares como Choqepukyo no sigue una tradición local, pero tampoco es un asentamiento típico Wari. El Cusco,[153] a diferencia de Wari o Chan-chán, se desarrolló como una formación urbana agrarista, una especie de gran "centro ceremonial". Quizá por eso los inkas "feudalizaron" la economía, restringiendo la circulación de los productos y las gentes, reduciendo el ámbito de los mercados abiertos y regulando el trueque mediante intervenciones estatales poco flexibles. Desde luego, antes de la formación del Tawantinsuyu el desarrollo manufacturero del Cusco no sobrepasaba los límites de

[151] Dwyer, 1971.
[152] Kendall, 1976, 1984.
[153] Rowe, 1967.

una producción de corte doméstico, con una cerámica -tipo Killke- modesta y con muchas variantes locales. La elitización y estandarización de las manufacturas fue un producto urbano, del imperio, igual como ocurrió con Wari.

En el Cusco vivían los señores de la "panaca" real y los funcionarios ("camayuq") que estaban a su servicio, junto con sus ayudantes y sirvientes. A diferencia de las teocracias pre-Wari, en el Cusco los palacios eran tan importantes como los templos, y no era en torno a los sacerdotes, sino a los reyes o gobernantes, que giraba todo el sistema, aun cuando estaban sacralizados, siendo el rey un dios. Era una sociedad clasista, heredera de una larga experiencia en el manejo de los recursos andinos, tanto los agropecuarios como de los demás. Poseía una tecnología agraria que se fue refinando, con una infraestructura que elevaba notablemente el índice de productividad del campo, gracias a que ampliaba constantemente la frontera agrícola a base de la construcción de "andenes" y de extensos programas de riego. No estaban asentados en tierra virgen, aunque así lo señalan sus tradiciones y leyendas, que seguramente recuerdan los tiempos fundacionales de la época Wari. Las leyendas hablan de un origen altiplánico -en el Titicaca- de los héroes fundadores, así como de una compleja historia de los "hermanos Ayar" que fundaron el Cusco; son leyendas que cumplen la función de legitimar el poder de los señores del Cusco mediante un origen mágico-religioso que permitía considerar al Inka como un personaje divino "hijo del Sol".

Los inkas y sus allegados, tenían un distintivo étnico-clasista que consistía en tener unas inmensas perforaciones en las orejas -"orejones", como los Chimú- y por cierto un vestido y un tocado especial, llamado "llauto". Eran cusqueños que se reconocían diferentes de los demás cusqueños "hatunruna", alegando tener un origen distinto, sacralizado por mitos asociados al lago Titicaca. Pese a ello -aun cuando optaron por acrecentar diferencias- su lengua, su organización familiar y sus costumbres eran básicamente las mismas, lo que indica que en algún momento se separaron como una clase de gente diferente. Eso pudo ocurrir durante los tiempos de la dominación Wari o en la etapa de su decomposición, manteniendo vigentes los mismos símbolos míticos, ligados al Titicaca, que en el caso de Wari se referían a divinidades vigentes en Tiwanaku -iconográficamente registrables- y que en este tiempo tenían referentes menos explícitos, como la historia del dios Wi-

raqocha, cuya imagen no conocemos, y los héroes fundadores de la dinastía inka.

Los historiadores han hecho suya la tradición que el estado inka se inició modestamente, como una confederación de tribus que habitaban el Cusco, bajo el gobierno de los "sinchi" y que luego de una mítica guerra con los chankas, el gran Pachacuti inició la organización de un imperio. El punto culminante de ese proceso debió darse hacia el año 1430 de nuestra era, es decir unos 100 años antes que los españoles llegaran a los Andes. Para eso, previamente, fue necesario incorporar, bajo un régimen central, a los diversos grupos étnicos que poblaban la región, tales como los pinaguas de Lucre, los canchis, canas y otros. De este tiempo data la tradición de los reyes originarios: Manko Q'apaq, Sinchi Roca, Lloke Yupanki, Mayta Q'apaq, Q'apaq Yupanki, Inka Roka, Yawar Waqaq y el mitológico Wiraqocha, que fue sucedido por el heroico Pachacuti, fundador del Tawantinsuyu.

La guerra con los chankas es también de aquellos tiempos, envuelta en la épica indispensable para glorificar y justificar las expropiaciones de los invasores. Los chankas eran "bárbaros" que estaban en constante trámite de enfrentamiento con los cusqueños; sitiaron el Cusco y heroicamente emergió su salvador, el Inka Pachakuti. Deben tener los chankas alguna relación con Wari, dado que pertenecen a la misma región, y esta guerra legendaria puede ser la memoria del proceso de descomposición de Wari y del afianzamiento del Cusco como Estado de conquista. Pero esa ya es la historia de los inkas y el Tawantinsuyu.

4. EL ÁREA CENTRO-SUR ANDINA

Cuando los inkas explicaban el origen de sus dioses y del poder que tenían los reyes del imperio Tawantinsuyu, su referente era el gran lago que está en el altiplano Titicaca. Si bien no es nada excepcional que tuvieran un lago como lugar de origen, en tanto esa era una concepción generalizada en los Andes, la referencia al Titicaca tiene algunas otras connotaciones históricas. Una lectura de los íconos que se asocian al imperio Wari, 500 años más viejo, indica que también ellos sacralizaron el poder de sus gobernantes en referencia a esa misma región. Es como si allí morara algún "ethos" de los habitantes del sur andino. Cusco y Ayacucho son pueblos sujetos del medio "quechua", su-

jetos a los valles y las laderas que completan sus ciclos productivos con un régimen "policíclico" fuertemente ligado a las inmensas "punas" que les rodea, pero no son pueblos altiplánicos, como los que habitan el territorio circun-Titicaca. Son gentes con necesidades y hábitos de trabajo y de vida diferentes. Además, el examen de la historia de ambos territorios no revela una sujeción económica o política del altiplano en ningún momento, aunque, en el período Formativo, los cusqueños compartieron muchas experiencias con los habitantes de la cuenca norte del Titicaca -en las épocas de Qaluyu y Marcavalle- y aun cuando toda la región, incluyendo la costa de Ica, tuvo una fuerte interacción en ese mismo tiempo.

En los límites meridionales del área central andina, las lenguas dominantes dejan de ser del tronco quechua y se organizan como parte del tronco aru: aymara, pukina, uruquilla y otras variantes. Eso se asocia al inicio de un territorio con un proceso económico singular, con un desarrollo visiblemente desigual y estructuralmente combinado, que mantuvo ese signo a lo largo de milenios: un territorio árido, cuya precipitación va de 0 a 700 mm de lluvia al año, constituido básicamente por un macizo cordillerano de altura superior a los 4.000 m, en cuyo centro está el inmenso lago Titicaca, a 3.812 m de altitud. Sus límites naturales están formados por la cordillera Real, que lo separa de la Amazonía, y la cordillera Occidental, que cae sobre el océano Pacífico. Hacia el norte llega hasta la cima del "nudo" de Vilcanota, desde donde se inician las cuencas serranas de los Andes centrales; por el sur, las aguas que corren por el Desaguadero -que nutre el Poopó- se pierden progresivamente en los salares que caracterizan los territorios meridionales a partir de Coipasa y Uyuni; y esa, la "puna salada", ya es otra puna.

En ese núcleo hubo, desde el Formativo, un intenso desarrollo poblacional y económico, lo que no ocurrió fuera del entorno del lago, que es menos que el 5 por ciento del área total de la que estamos hablando. En una aproximación arbitraria, se podría decir que allí vivía el 80-90 por ciento de la población del área "centro-sur andina" en su conjunto, en la mayor parte de su historia. El núcleo está constituido por los bordes del lago -dominantemente llanos hacia el norte y el oeste- y los valles que se forman en la cuenca norte, que es la más húmeda, y las cuencas occidental, oriental y sur, que son más secas y también menos extensas. Gracias a las condiciones especiales del gran lago -su tamaño, profundidad y biomasa- sus vecindades disponen de un espacio pro-

ductivo sumamente generoso, que hace posible el cultivo de muchas plantas por encima de sus límites normales. El altiplano que circunda este núcleo es una región que está encima de los 3.800 m de altitud, con un paisaje extensivo de puna y, consecuentemente, una economía pastoril dominante. En los bordes externos de este altiplano, en sus vertientes occidental y oriental, con frente al mar y a los húmedos flancos orientales de la cordillera, existen valles de baja o mediana altitud, susceptibles de ser explotados para fines agrícolas, con cultivos obviamente diferentes a los que pueden darse en las alturas. La densidad y magnitud de la ocupación humana de ese territorio responde, de alguna forma, a estas condiciones, siendo mayor en el núcleo, más baja en la altiplanicie de pastos y relativamente densa en los valles laterales, muchos de ellos pequeños y circunscritos en medio del desierto.

Siguiendo la historia desde los lejanos tiempos del Formativo, se puede apreciar que toda la región organizó su existencia en torno al altiplano del Titicaca, sustentada en un régimen de articulación económica complementaria entre las tierras altas y bajas que, a diferencia de lo que ocurre con la sierra de "agricultura policíclica", implica la necesidad de establecer mecanismos de complementaridad a grandes distancias, de modo que su solución a nivel estrictamente doméstico es muy difícil. La zona nuclear nunca funcionó aislada; siempre necesitó del acceso a zonas más bajas, ecológicamente distintas, para proveerse de recursos que no disponía en su hábitat.

Dado que en este territorio las distancias entre zonas habitables –con recursos mínimos para la subsistencia– son muy grandes, este requerimiento de complementaridad implicaba establecer algún sistema confiable y sostenido de acceso a los bienes, mediante intercambios, conquista o colonización. Un régimen de intercambio permanente se resolvía manteniendo un ejército de mercaderes dedicados al tráfico de bienes, pero al mismo tiempo era necesario contar, en las tierras bajas, con productores con capacidad y disposición para asumir las demandas y subsidios del altiplano, factor que no estaba garantizado en un esquema económico y social de reproducción doméstica simple, de bajo nivel productivo, como era el que dominaba en los valles bajos vecinos. En los territorios de economía más compleja, al norte de la región, sea Cusco, Ayacucho o las costas de Ica, las opciones de intercambio debieron funcionar con las limitaciones de acceso que implican las distancias y las dificultades impuestas por las rutas intermedias, muchas de ellas

bastante pobladas. Sin duda, en tales condiciones, un esquema de conquista era mejor para garantizar el acceso oportuno a las demandas altiplánicas, sin discriminación u opción por la naturaleza y magnitud de los subsidios o bienes de cambio, lo que implicaba, además, un aparato militar estable y permanente para imponer las reglas de juego en las regiones-fin y en los intermedios; pero esto no se produjo, quizá porque podía obtenerse lo necesario mediante la tercera opción, colonizadora.

El sistema de colonización consistía en la ocupación del territorio mediante traslado permanente de un grupo de trabajadores ocupados en realizar las actividades productivas requeridas. No implicaba un dominio territorial continuo, sino que las colonias se organizaban como "islas", permitiendo el establecimiento simultáneo de dos o más grupos de agricultores en un mismo valle o región. Este esquema fue bautizado como "control vertical" -por el uso simultáneo de varios pisos ecológicos- y también caracterizado como "archipiélago", por la coexistencia -en un mismo territorio- de diversos grupos de colonizadores, que trabajaban para "núcleos" étnicos diferentes.[154] Funcionaba de ese modo con los valles occidentales y las cuencas orientales; en cambio, las relaciones con los desiertos más alejados del sur, se resolvían gracias a una red de intercambio establecido desde muchos siglos antes. De cualquier modo, el altiplano estableció este tipo de relaciones complementarias con territorios de potencia productiva menor y quizá sin la suficiente población como para responder por sí solas a las demandas de las comunidades del Titicaca. No hay indicios para proponer una conquista militar altiplánica, que en todo caso debió darse muchos siglos atrás, cuando el sistema fue implantado, durante el Formativo.

Si el esquema propuesto es válido, no se debe esperar Estados del tipo expansivo que tuvieron Wari, Chimú o los inkas; su ámbito político compacto se reducía al núcleo específico lacustre, de modo que las "colonias", donde trabajaban y vivían una parte de los altiplánicos, deben considerarse solo como extensiones o enclaves de explotación de recursos complementarios, en tierras propias alejadas. Los que "bajaban" eran campesinos, probablemente acompañados de uno u otro "curaca", más no como funcionarios del Estado. Eso permitiría entender porqué en tiempos inkaicos, cuando el régimen continuaba, las "islas" podían funcionar en paz aunque los estados lacustres estuviesen en conflicto en su sede central.

[154] Murra, 1972, 1985.

Los reinos lacustres

Gracias a los documentos que quedan del siglo XVI, sabemos que habían al menos dos grandes reinos o señoríos al oeste del Titicaca: Colla (en la cuenca norte del lago) y Lupaqa (en la cuenca occidental). Otros grupos étnicos, cuya estructura política no conocemos bien, eran los canas y canchis de la parte alta del Vilcanota, en el Cusco; los collaguas, sobre el curso superior del Colca, y los ubinas, en la cuenca alta del río Tambo, en Arequipa; los pacajes, a ambas márgenes del Desaguadero, y los carangas cerca del lago Coipasa, vecinos de los charcas y Quillagua, que vivían al noreste y sureste del Poopó; los omasu-yu al este del lago; y, finalmente, los callaguaya, al oriente del altiplano, en Muñecas y Caupolicán. Los uru vivían en enclaves del lago y relacionados con los Cchipaya de más al sur. Los lípez y chichas, habitantes de la puna meridional, si bien tuvieron relaciones y algún parentesco con estos "aymaras", estaban dentro de una órbita de articulación más ligada a los pueblos del desierto salado[155] y menos dependientes del Titicaca.

Lamentablemente, las investigaciones etnohistóricas se refieren principalmente a la situación de los pueblos lacustres en tiempo de los inkas, cuando la estructura productiva y política regional estaba ya fuertemente penetrada por los intereses y la ideología del Cusco. De modo que no se conoce bien ni sus áreas de ocupación, ni la estructura social o política originaria. Eran poblaciones pastoriles y con apoyo en agricultura de altura, a diferencia de Tiwanaku o Pukará, que, hasta donde sabemos, tenían una economía de base dominantemente agraria. Se supone que por cambios climáticos en los siglos XI-XII, se abandonó la infraestructura de camellones que rodeaba el Titicaca, lo que disminuyó la capacidad agrícola regional, creando, desde entonces, una alternativa pastoril dominante, con cambios evidentes en los asentamientos y otros aspectos de la vida cotidiana.[156]

La documentación arqueológica accesible indica algunas líneas de unidad entre los diversos grupos étnicos de la región, especialmente en los aspectos tecnológicos, tipo de asentamiento, patrones de entierro con sepulturas en forma de torres o "chullpas" o en cistas, cerámica que responde a una tradición altiplánica.[157] Eso hace difícil singularizar

[155] H. Tschopik, 1946.
[156] Kolata, 1989, 1991, 1993; Kolata and Ortloff, 1989.
[157] Julien, 1978.

a cada uno de los grupos étnicos, a menos que se acuda a los estilos de cerámica, donde también hay muchas cosas en común.

Se trata de una región rica, aun cuando las alternancias estacionales y los grandes períodos de sequía y lluvias intensas la hacen difícil. Esto sin tener en cuenta que es "tierra fría", con noches de helada permanente y días que pueden hasta ser calurosos cuando se está bajo el Sol. Según los botánicos, hay unas 209 variedades de papas reconocidas por la gente; en Chucuito hay 40 variedades de papa blanca y 10 de "amarga"; 10 variedades de oca (*Oxalis sp.*), 5 de ulluko (*Ullucus tuberosum*) y 6 de izañu o mashwa (*Tropaelum tuberosa*); 6 variedades de quinua y 2 de kañiwa (*Chenopodium quinoa y Ch. pallidicaule*) y hasta 6 de maíz (aunque esta planta tiene secciones muy restringidas de cultivo).[158] Chucuito está en el borde del lago; estamos pues hablando de una riqueza agrícola de gran envergadura, pese a que esto no es generalizable para toda la región; en las zonas más duras del altiplano, la kañiwa y la papa amarga son los cultivos más importantes, siendo la quinua y la papa los más comunes. Combinado esto con la riqueza ictiológica del lago y la ganadería, es explicable el desarrollo económico y poblacional al que hemos hecho referencia. Hay cuatro tipos de tierras cultivables: los campos del fondo de valle, de los ríos que bajan al Titicaca, y son los mejores; los campos del borde del lago, que no requieren riego, pero que ocasionalmente son afectados por las sales minerales del lago; los campos de las colinas, a veces irrigadas, pero con un suelo muy delgado y pedregoso; y, los de las pampas llanas, que son los más pobres, donde el suelo es deficiente, duro y sin drenaje. En algunas regiones, la rotación hace posible el cultivo continuo -con un año de reposo- alternando papas, ocas y quinua; hay otras regiones que requieren de "descanso" más largo, como las tierras de la "pampa" que deben descansar hasta diez años. Solo una parte de la tierra puede ser irrigada, con sistemas más bien rudimentarios, bajo la dirección del jefe étnico local "hilaqata", pues los sistemas complejos de la época de Tiwanaku -especialmente los camellones, que requieren abundante agua- no pudieron ser rehabilitados desde el siglo XI o el XII.

La jefatura de los estados lacustres era hereditaria, posiblemente por línea masculina y al parecer era diárquica. Había jefes religiosos y posiblemente los sacerdotes tenían ciertos privilegios, aun cuando era claro que ya no tenían el status de sus antecesores tiwanakenses. Cada

[158] H. Tschopik, 1946: 513.

ayllu reservaba tierras (suwu), que eran trabajadas por la comunidad, para los jefes. Estos eran polígamos y tenían sirvientes, que los transportaban en literas, diferenciándose de los demás por el vestido y los adornos personales, así como por tener una casa bien construida y elegante. La unidad doméstica común tenía una base monogámica, organizada en torno al ayllu, que era una unidad social basada en relaciones de parentesco, fijada territorialmente e identificada por un nombre. Cada individuo se adscribía al ayllu por nacimiento. El ayllu estaba constituido por varias familias extensas, cada una de ellas descendientes de ancestros remotos. La tendencia era endógama.[159]

La actividad mercantil era considerable y se sustentaba tanto en los productos primarios como en la manufactura. Algunas comunidades se especializaban en determinadas líneas de producción, tales como alfarería, tejidos, productos de cuero -como sandalias- o platería. Otras conseguían coca. Los pobladores de Yunguyo y Copacabana producían instrumentos musicales, obteniendo cañas por trueque con la selva. Desde la costa se traía guano, conchas marinas y algodón, y los mercaderes que se ocupaban de esto, llevaban carne seca -charki- y papa deshidratada -chuñu- y muchas veces iban acompañados de los shamanes "kallawaya", una especie de médicos itinerantes, que llevaban consigo yerbas medicinales y amuletos.

Se destaca que el trabajo de los metales no era, al parecer, una especialidad individualizada; el oro, que luego los inkas rescataban de la cuenca de La Paz (Chuquiabo), era trabajado en frío, y los hornos o "wayras" de fundición de cobre y plata eran de dominio comunal. Había comunidades de "plateros" que hacían adornos, agujas, cuchillos y campanillas, entre otros. Las habilidades artesanales eran transmitidas en la esfera doméstica en el ámbito comunero.

La región que mejor se conoce es la de los Lupaqa, en la mitad suroeste del lago. Gracias a los estudios de John Hyslop[160] sabemos que después de la declinación de Tiwanaku se produjo un incremento de la población, que se aprecia no solo por el aumento del número de asentamientos sino también por su mayor tamaño, que en algunos casos llega a superar las 150 ha con construcciones aglutinadas; estos poblados estaban construidos en la parte alta de las colinas y varios de ellos, los mayores, en alturas por encima de los 4.000 m y por tanto con una fuer-

[159] H. Tsckopik, 1946: 539.
[160] Hyslop, 1976, 1977, 1979.

te asociación a una economía de base pastoril. Es notable, por cierto, la diferencia en el tamaño de los asentamientos, que oscilan desde aquellos que pasan de 100 ha de espacio ocupado, hasta los que tienen menos de 10 ha; esta jerarquía se refleja también en la magnitud y calidad de muchos de sus edificios. De hecho, muchos de ellos fueron abandonados en tiempos inkaicos, lo que significa que las diferencias eran de origen local; los inkas, además, prefirieron los bordes del lago y terrenos llanos para la construcción de sus asentamientos, lo que quizá significa que hubo un giro en la prioridad pastoril de la economía Lupaqa.

También Hyslop dice que con los Lupaqa aparecieron los sepulcros de elite en forma de torres, las "chullpas". Si esto es cierto, podría implicar un cambio en la esfera del culto, con desplazamiento de importancia de los templos hacia las elegantes y costosas sepulturas para la elite. Es así como Sillustani, Cutimbo, y otros conglomerados chulparios, se convirtieron en los sitios monumentales del Titicaca, a diferencia de épocas precedentes, en donde el mismo caudal de trabajo y materia prima hacían de Tiwanaku y sus templos, el centro privilegiado.

No sabemos si "Zapana" de los collas y "Cari" y "Cusi" de los Lupaqa eran reyes también antes de los inkas, pero su existencia indica -claramente entre los Lupaqa- que el poder era dual, lo que también se refuerza por la insistencia en dividir a las gentes en "maasaa" y "alasaa" (de abajo y de arriba) y en la división de los asentamientos en dos secciones. Aparentemente, la mitad "alta" era de mayor prestigio y poder que la "baja", según se sabe por la "Visita" de Garci Diez de San Miguel. Gracias a él, y a los cronistas, sabemos también que los "mallkus" estaban en un estrato social superior a los "comunes", que trabajaban -en tiempo de los inkas- en condición de "mittani" o trabajadores al servicio temporal del Estado, o de "yanacuna", en calidad de sirvientes de los señores.

Los documentos y los datos arqueológicos presentan una economía lupaqa basada en el pastoreo de camélidos, muy exitosa, según se ve por la magnitud de los rebaños que constituían la riqueza ganadera de esta gente a mediados del XVI, cuando había sido ya fuertemente depredada.[161] El visitador de Chucuito pudo registrar decenas de miles de cabezas de ganado de propiedad de los lupaqas, quienes estaban divididos al menos en dos grandes categorías sociales, unos "ricos" que eran poseedores de hasta 50.000 cabezas de ganado, cada cual, y otros "comunes" que disponían de unos pocos animales. Desde luego,

[161] Garci Diez, 1567.

era una importante diferencia económica, que no pudieron inventar los inkas, y que debe haber sido parte de las diferencias sociales desde tiempos pre-inka. La posesión de estos animales da acceso a la lana, a la piel o cuero, a la carne y a la disponibilidad de bestias de carga para el transporte. Así pues, tenía que haber alguna diferencia entre quien tenía acceso a 10 y quien disponía de 1.000 cabezas de ganado; entre otras cosas, uno requiere un cuerpo de apoyo pastoril mucho mayor.

El desarrollo altiplánico está en el centro de lo que ocurría en los Andes centro-sur; sin embargo, es pertinente señalar que, en esta época, toda el área se distinguió por un gran desarrollo agrario y comercial. Sin duda, Tiwanaku jugó un papel central en este despegue, mucho antes del siglo XII.

El territorio circun-Titicaca

Se supone que aparte de la población local, presumiblemente afectada por los colonos que venían del altiplano, en los valles que bajan de la cordillera occidental de los Andes vivía una serie muy diversa de altiplánicos, asentados para suplir las demandas complementarias de los habitantes del Titicaca. Aún no ha sido posible establecer, arqueológicamente, la multietnicidad que debieran mostrar esos valles, desde Vítor -y quizá Sihuas- en Arequipa, hasta Vítor y Camarones en Arica, aun cuando se sabe que las colonias estaban ubicadas de preferencia en las cuencas altas más bien que en los valles mismos. El examen de las manufacturas locales o regionales, indica un peso significativo de las tradiciones locales, lo que puede inducir a pensar que los colonos altiplánicos estaban asociados por generaciones a las "islas" en las que trabajaban para el "núcleo" y no eran ocasionales enviados del altiplano. Si esto es así, la identificación étnica que aparece en las declaraciones documentales del XVI es apenas referencial, pues los "lupaqas" o "pacajes" que estaban asentados en los valles occidentales serían descendientes de una o más generaciones de habitantes de esas mismas "islas".

Al parecer, en estos valles se hablaban varias lenguas del tronco aru (aymara, pukina, uruquilla) y quizá también quechua. Estaban ocupados por curacazgos de rango local, con un orden aldeano sustentado en lazos de parentesco, seguramente similares a los de los ayma-

ras de "arriba". Este es un orden que debe venir desde los tiempos cuando Tiwanaku ejercía una cierta hegemonía sobre ellos. Eso incluye poblados pequeños en las márgenes de los valles medios y bajos, que no reproducen los indicadores de conflicto que tenían los reinos lacustres, pues parecen no disponer de fortificaciones u otros medios de defensa. Esto no es así en las partes altas de estos valles, donde los asentamientos aparecen fortificados, casi como si fueran parte de un sistema defensivo permanente, frente a eventuales ataques de los vecinos.

En los altos de Azapa está el "pucará" de San Lorenzo, que es un reducto amurallado, en cuyo interior hay recintos rectangulares construidos sobre terraplenes, con espacios colectivos abiertos a modo de plazas y depósitos subterráneos. Hay poblados, en las cuencas, que se forman en el curso superior de los ríos, en lugares estratégicos, asociados a campos de cultivo generalmente terraceados, y que requieren riego y abono artificial y un tratamiento cuidadoso de la rotación y el "descanso" de las tierras. La cantidad de asentamientos y su magnitud, indican crecimiento demográfico en relación a períodos previos, durante los cuales permanecieron generalmente desocupados o habitados por muy poca gente.[162] En los valles más grandes, como el de Azapa, hay una serie de asentamientos que se escalonan desde sus nacientes, en cada pequeño valle o quebrada de la cuenca, e indican una alta tasa de concentración poblacional, como los poblados altos de Saxamar o Huaihuaruni, que tienen 200 y hasta 1.000 unidades de vivienda. Esto se reproduce en escala aún mayor en las cuencas altas del Vítor o Tambo y Otora (Moquegua), donde la ocupación humana es hasta mayor que la que se da en el valle bajo. Podría pensarse que algunos de ellos fueron habilitados con el objeto de proteger las "islas" de las guerras de las alturas, o ser ellos mismos los asentamientos tipo "islas", aunque no siempre ubicados en territorios eficientes para la producción, con dificultades para pastoreo, tanto por lo irregular del relieve, como por la naturaleza desértica de la puna vecina, con una producción agrícola que requería de la habilitación de infraestructura de terrazas y riego, con exigencias costosas de mantenimiento, debido al régimen irregular de las lluvias, aun cuando allí se da maíz, ají y también coca (en los fondos de valle protegidos, entre 200 y 1.200 m.s.n.m).[163] La cerámica y la manufactura son de rango simple, susceptible de ser resuelta a nivel

[162] Stanish, 1989; Schiappacasse, Castro y Niemeyer, 1989: 188.
[163] Rostworowski, 1973, 1988a.

doméstico, aun cuando hay indicadores de que procedían de talleres de producción masiva, quizá "pueblos de olleros".

Los valles, formados en el curso medio e inferior de los ríos, son estrechos, circunscritos a un espacio delimitado por el desierto por todos sus lados, con cauces irregulares que bajan de la cordillera, mayormente encajonados, y que se abren por trechos, dando lugar a las áreas verdes que luego fueron usadas para el cultivo. Son cursos de agua que llegan hasta el mar, a diferencia de los que están al sur de Camarones, que a partir de Pisagua, se hunden en el desierto, formando oasis interiores distanciados del mar. Los ríos de Arequipa y Moquegua generan varios valles, separados claramente en sus cursos medio y bajo, de tal modo que "los de arriba" están alejados del mar y a veces a alturas superiores a los 500 o 1.000 m. Entre Locumba y Camarones no ocurre lo mismo, aun cuando se advierte que progresivamente hacia el sur, los cauces son de menor volumen, el agua se hace salobre en el curso inferior y no es de flujo permanente, con afloramientos estacionales en el desierto. De Lluta hacia el sur, el agua es salobre de modo dominante, dificultando la agricultura, que, en términos generales proveía de frutas, y especialmente ají, maíz y coca al altiplano, además de pescado, algas y sal yodada, y permitía el desarrollo sostenido de una población aldeana, de estructura comunitaria, con jefaturas locales que tenían un cierto grado de autonomía local, aunque algunas de ellas -las islas- estuvieran ligadas a los centros altiplánicos por obligaciones de complementaridad.

Según las pocas informaciones disponibles, los habitantes de los valles estaban asentados en caseríos o aldeas formados por chozas hechas con esteras o quincha -bahareque- en los bordes de las zonas cultivadas, con instalaciones simples para almacenamiento de bienes.[164] Todos ellos responden a tradiciones locales que los arqueólogos han registrado con nombres como Churajón o Arica, con fases o variantes designadas según los estilos dominantes de la alfarería. Así como bajo la denominación de Churajón se reconocen dos fases, con pocas variantes, posteriores al dominio tiwanakense de los valles de Arequipa, se denomina Arica a un complejo presente en los valles de Tacna y Arica, que contiene las fases San Miguel y Gentilar y que de algún modo incorpora una tercera fase -llamada Maytas- que corresponde a la fase de di-

[164] Ghersi, 1956; Muñoz, 1981, 1982, 1986.

solución de las influencias tiwanakenses en esos valles. Si bien la cerámica y muchas manifestaciones de la producción de estas gentes,[165] comparten muchos rasgos comunes con sus contemporáneos del altiplano, no se puede decir que se trata de "colonias" trasladadas del centro hasta la costa, tanto porque hay una evidente diferencia entre los procesos productivos, cuanto porque los restos que se conocen, revelan más autonomía que dependencia. Dado que según parece, las "islas" altiplánicas se asentaban más bien en las partes altas y medias de los valles, debemos asumir que los habitantes de los valles bajos eran más bien autónomos y que sus relaciones con el altiplano, que sí son evidentes, eran de intercambio y no de dependencia.

Al otro lado de la cordillera, las condiciones no eran iguales, si bien el proceso de organización de la producción agrícola tuvo también un ritmo menos agresivo que en el altiplano, igualmente lento y con efectos tardíos, que solo adquirieron importancia a raíz del impulso que produjo el avance colonizador de Tiwanaku, con el que las poblaciones antiguas de Muñecas, Chuquiabo, Oruro, Cochabamba o Chuquisaca potenciaron sus diversas posibilidades. Aun así, con excepción del valle de Cochabamba y las yungas de Muñecas, el desarrollo no fue más allá de la formación de curacazgos de rango local, con una organización comunal de base doméstica. Carangas, Quillanga, Paria, Charcas, Cochabamba, Mizque, Zora y Yamparaes son mencionados en el siglo XVI como unidades étnicas mayores, aparte de una numerosa lista de unidades locales. Estos valles proveían maíz y también coca al altiplano, y eran también sujetos a formas de colonización del tipo "archipiélago".

La cerámica mejor elaborada era polícroma, como Mojocoya de Chuquisaca, o bicroma, negro sobre rojo. Nuevamente, debido a la temprana incorporación de la zona al imperio inkaico, gran parte de las informaciones aparecen muy afectadas por la presencia cusqueña; eso dificulta la segregación de los rasgos pre-inkaicos, especialmente en Cochabamba, que fue intensivamente ocupada por los inkas con una política de traslado de gentes de otras partes del Tawantinsuyu. La información disponible en Muñecas, asociada a la fase Mollo, que puede ser ubicada en esta época, señala fuertes convergencias de desarrollo entre estos valles con los de Arequipa, con la formación de poblaciones de alto grado de densidad, vinculadas a una red común de servicios, como

[165] Ulloa, 1981; Espoueys, 1973, 1974.

los que proveía una cerámica de rasgos simples pero homogéneos, que en el caso de Arequipa se conocen como Churajón y en el de Muñecas como Mollo.[166]

El desierto y el altiplano meridional

Al oeste de Potosí y Chuquisaca, en el altiplano al sur del Desaguadero, y en el litoral, al sur de Camarones, se presentan los paisajes más áridos del planeta, en la banda que está entre los 19 y 21° de latitud sur, que es una suerte de "frontera" con los Andes meridionales. Allí, la vida de plantas y animales está restringida a los puntos donde aflora el agua formando pequeños oasis. El altiplano, con su puna desértica, es apenas aprovechable para pastoreo o débiles sembríos de papa amarga o cañawa en los espacios húmedos llamados "bofedales", con la mayor parte del territorio invadido por lagos, lagunas y charcales de sal –los salares– cuyo color blanco lechoso contrasta con las lagunas de densas y ácidas aguas verdes o coloradas, que se forman por efecto de los óxidos minerales que afloran sobre la superficie. Este altiplano, diferente al del Titicaca, con el que mantiene algunas relaciones, se conecta con la vertiente occidental por algo más de 20 irregulares cursos de agua, que descienden por pequeñas quebradas hasta la pampa del Tamarugal, donde se hunden en el desierto de Tarapacá, permitiendo, sin embargo, que allí se formen oasis de diversa magnitud, donde es posible la vida humana. Todo esto está separado del mar por un cordón montañoso, que cae como un muro acantilado a lo largo del litoral. De este modo, entre Pisagua y el Loa, las aguas no llegan al mar, a no ser que afloren del subsuelo o puedan ser captadas del aire, aprovechando las neblinas o "camanchacas" que son retenidas y se condensan en las faldas de la cordillera,[167] como en las "lomas" del desierto peruano.

Como ya se ha visto, todos los espacios verdes, dispersos en el desierto, fueron ocupados, especialmente en los oasis de Pica, Tarapacá y la quebrada de Guatacondo, donde se formaron asentamientos permanentes. Se trata de poblaciones con recintos aglutinados, separados por callejuelas angostas. En Quillagua, se conoce una aldea de casi 2 ha de tamaño, con limitada capacidad agrícola, que tenía un conjunto de recintos con co-

[166] Ponce Sanginés, 1957.
[167] Núñez y Varela, 1968.

rrales, que permite presumir que era una estación de las caravanas que cruzaban el desierto, y que -dadas las evidencias de moldes de fundición de metales- hasta pudo cumplir la función de punto de distribución secundaria de materia prima y manufacturas.[168] El sistema de riego, resuelto a nivel comunal, es complejo pues debe optimizar el uso de los pocos recursos hídricos. De otro lado, los habitantes de esta zona tenían colonias de pescadores en las caletas al pie del acantilado, donde eran privilegiadas las que tenían acceso a agua, como la caleta Huelén o las de Pisagua e Iquique.



Foto 26, Cesta en forma de bandeja, Formativo tardío, Iquique, Chile.

La producción manufacturera no es especialmente relevante y se usaba objetos obtenidos por intercambio, de modo que la cerámica Pica, Chiza o la característica Dupont que se producía en la cuenca del Loa, esta-

[168] Cervellino y Telles, 1980; Schiappacasse, Castro y Niemeyer, 1989: 204.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR FUNDADA EN 1620 QUITO

ba complementada con cerámica de Arica o también del altiplano meridional, como el tipo conocido como Uruquilla. La artesanía en madera, basada en la explotación de los ralos bosques de algarrobo, producía implementos destinados a la inhalación de alucinógenos, aparte de las habituales cucharas o vasos, y junto a ella se daba una producción textil a base de lana, con tejidos polícromos, cestería fina y artesanía de cuero para diversos usos.

En las laderas que se escalonan hacia la puna, se habilitaron terrazas para el cultivo, siguiendo modelos norteños, los que también incluyen el uso de "chullpas" para sepulturas de algunos personajes, como ocurre en el pucará de Isluga (Pucar Qollu), pero este territorio ya está más comprometido con los mecanismos de articulación de los Andes meridionales, en la tierra de los lípez.

5. LOS ANDES MERIDIONALES

Del mismo modo como el altiplano del Titicaca jugó un papel articulador en el área centro-sur andina, promoviendo el desarrollo combinado de los desiguales procesos locales, la puna de Atacama se convirtió en el centro de articulación económica del territorio que conocemos como Andes meridionales, que comprende la puna de Atacama, las punas saladas que le rodean en Bolivia, Chile y Argentina, y los valles y quebradas que aparecen salpicados, como oasis, en el noroeste argentino y la costa chilena. Desde las nacientes del Pilcomayo hasta La Rioja, por el este, y desde Tarapacá hasta el Choapa, por el oeste. A diferencia del Titicaca, cuya radialidad es centrífuga, Atacama, y especialmente el oasis de San Pedro y sus vecindades en el Loa medio y superior, fueron el eje de una radialidad centrípeta. Allí confluían caravanas de mercaderes procedentes del Titicaca, de las punas, los oasis, el litoral y las selvas orientales; del norte, el sur, el oriente y el occidente.

No se puede decir que ésta es la razón por la que toda esta área puede ser descrita como unidad, si bien los procesos de articulación permiten que los desarrollos desiguales se combinen, de modo que se percibe en ellos muchos elementos propios de una historia común. A diferencia de lo que ocurre en los Andes centro-sur, cuyas convergencias derivan del papel ejercido por la presencia del Titicaca en los demás territorios, en esta región las convergencias son resultado de una suerte de intercambio entre iguales, sin el dominio de otros, con un nu-

do de caminos o punto de convergencia en la región "nuclear". Así fue, al parecer, hasta la época inkaica. Otro rasgo común es la extrema aridez de la región, que forma parte de la "banda tropical" que contiene los grandes desiertos del mundo.

El núcleo circumpuneño

Al sur del desierto de Tarapacá se abre el de Atacama; se puede decir que están separados por el curso del río Loa, que los cruza transversalmente. El litoral es un desierto, hasta que finalmente reaparecen los cursos de agua que bajan de la cordillera, varios cientos de kilómetros al sur, en Copiapó. El paisaje de la puna es dominado, a partir de los inmensos salares de Coipasa y Uyuni, por la extrema sequedad del clima y la composición fuertemente salina de los suelos.

De este a oeste, se escalonan diversos paisajes, a diversas altitudes;[169] entre 4.250-3.250 m de altitud, en la puna alta, donde se dividen las aguas, hay grandes lagos rodeados de estepas frías, con paja dura y tolares, salares y, a modo de oasis, algunas vegas y pequeñas vertientes. Allí se encuentra una fauna dispersa de camélidos, cérvidos, avestruces (suri) y patos y viscachas. En invierno, la temperatura llega a 10-20°C debajo de cero en las noches, pero en el día puede estar por encima de los 20°C. Llueve –hasta 200 mm en un año– durante el verano, lo que hace posible reactivar la cubierta vegetal, que luego soportará 9 a 10 meses de sequía absoluta. Esto hace posible la caza y una cierta posibilidad de pastoreo en el verano, pero hace difícil el asentamiento permanente. En el invierno, se congelan las lagunas y los animales emigran a territorios menos agresivos. Los ríos que nacen en esta región forman quebradas que llegan hasta el desierto.

Entre los 3.250 y 2.433 m de altitud reina el desierto absoluto, aun cuando hay algunas pocas áreas con cubierta vegetal en los fondos de las quebradas que presentan vertientes con pastos; estas quebradas son abrigadas y favorecen asentamientos permanentes de pastores.

Abajo de los 2.433 m es un territorio –en ambas vertientes– donde los oasis hacen posible el asentamiento permanente de agricul-

[169] Bittman, Le Paige y Núñez, 1978.

tores y pastores, siendo los más importantes de la vertiente occidental los de Calama, Chiu-chiu y Lasana, en el Loa, San Pedro, Toconao, El Peine, Socaire y Camar, en las proximidades del Salar de Atacama; en la vertiente oriental, en el noroeste argentino, son las quebradas de Huamahuaca y El Toro, los valles calchaquíes y Tastil, entre otros. Es un ambiente de clima menos rígido, con una mayor concentración de fauna aunque también con pocas lluvias, oscilando la precipitación entre 15 mm. anuales y 0 (en ciertos puntos del desierto de Atacama).

Como ya se mostró en el artículo anterior,[170] esta región fue domesticada, formándose aldeas permanentes que producían frutas, frijoles, maíz, quinua, papas y calabazas y explotaban los bosques de algarrobo y chañaral. Gracias a eso y a que podían ofrecer sal, maderas finas, piedras preciosas, cobre y frutos de algarrobo y chañar, los pueblos del Titicaca y de las vertientes oriental y occidental, se desplazaban para realizar operaciones de intercambio.

Este esquema tuvo un desarrollo constante hasta el siglo X-XI de nuestra era, cuando se inició un notable empobrecimiento de las artesanías y una baja sustantiva de las actividades de intercambio con el Titicaca. En Atacama, la cerámica San Pedro declinó en calidad y fue suplantada por un nuevo complejo alfarero llamado Dupont, que es dominante en las fases Solor y Lasana II que se desarrollan a partir de 1.000 d.C. En los oasis persistieron las aldeas de Turi, Lasana, Quitor y Zapar, acompañadas de fortificaciones, como era el signo de la época; la mayor parte de los asentamientos eran "pucarás", lo que induce a suponer que la guerra y los conflictos tenían una cierta incidencia en las actividades de esta gente. Se presume que existía un "señorío atacameño", cuya capital podría haber sido Quitor, cerca de la actual ciudad de San Pedro. Se sabe que su lengua era el kunza y que presumiblemente muchos habitantes eran políglotas, dadas las exigencias de la actividad mercantil.

El tráfico con el altiplano meridional también se mantuvo, especialmente en conexión con los lípez y chichas, los más próximos. Las aldeas se presentan dispersas, algunas con casas de adobe, aglutinadas, con tres o cuatro piezas, y que contenían además sepulturas bajo los pisos. Si bien no es un rasgo propio ni general, en tiempos que pueden coincidir con el inkario, se introdujo la costumbre de enterrar gentes en "chullpas".

[170] Ver artículo VII, escrito por Lautaro Núñez.

Los habitantes de la puna, los lípez, cuyos restos arqueológicos son identificados con el nombre de Complejo Mallku-Toconce,[171] representan una suerte de transición con el área circun-Titicaca, aunque debe notarse que no fue ocupada durante el período Tiwanaku,[172] o al menos ellos no tuvieron una presencia sensible allí. Ocuparon las cuencas de los ríos Lípez, Quetena y otros que desaguan en el salar de Uyuni, y la parte alta de los ríos Salado y San Pedro, que desaguan en el Loa. Es un territorio que está por encima de los 3.000 m y dominantemente sobre los 4.000 m de altitud, en un ambiente donde se interdigitan lagunas y salares, y pequeñas cuencas que en todos los casos fueron ocupadas por la gente. Hay algunas microáreas protegidas, donde es posible el cultivo de papa, quinua, cañawa y la crianza de camélidos. La agricultura se hacía en campos delimitados en cuadros, como si fueran corrales, con pequeños muretes de piedra; en cada campo hubo, al parecer, un cuarto a modo de vivienda.

Es importante destacar que de acuerdo con los documentos más antiguos, las relaciones de los lípez estaban dirigidas principalmente a Potosí, ocupado por los chichas, tarapacá y atacama, más que hacia el Titicaca. Esto está ratificado por la Arqueología. La cerámica y la manufactura conocida es de rango doméstico y más bien rústica, generalmente decorada con negro o marrón oscuro sobre una base roja. Los asentamientos son del tipo "pucará", como lo era en toda la región, con dominio de asentamientos más bien dispersos, con poca concentración poblacional. Los poblados más conocidos son los del complejo Toconce, en la vertiente occidental de la puna, donde destaca el poblado de Likán, localizado en la ribera sur del río Toconce. Se usaban chullpas y cistas para enterrar a los muertos, aun cuando la evidencia de Toconce indica que estos edificios sepulcrales pudieron haber perdido esta función en esta región, y quizá solo fueron construidas como adoratorios, pues no aparecen cadáveres.[173] Las chullpas se edificaban en la parte más alta del asentamiento.

El paisaje y las costumbres pastoriles de la puna se dieron igualmente en su vertiente oriental, en el sur de Bolivia y el noroeste argentino, desde Potosí hasta Belén, pasando por el oeste de Jujuy, Salta y Catamarca. La actividad dominante era el pastoreo, aunque fue posi-

[171] Castro, Berenguer y Aldunate, 1979; Arellano y Berberian, 1981.
[172] Arellano y Berberian, 1981: 55.
[173] Schiappacasse, Castro y Niemayer, 1989: 217, nota 146.

ble el cultivo en los lugares abrigados, como en Pozuelos-Jujuy, donde se encontraron viviendas construidas con adobe, con indicios de un asentamiento estable de agricultores. Parece que el patrón de vivienda era del tipo de los caseríos dispersos, pero existen también "pucarás" con recintos aglutinados, con muros de piedra.

Si bien la manufactura de cerámica es en general rústica, de rango doméstico, el complejo alfarero identificado como Yavi,[174] tiene acabados, formas y decoración con diseños de color negro sobre fondo rojo o ante, que responden a un modelo generalizado en todo el altiplano meridional. La talla en madera era importante, como en toda la región, tanto para hacer útiles domésticos tales como cucharas o peines, cuanto para la absorción de alucinógenos (tabletas y tubos de inhalación). De otro lado, la tradición de entierros en "chullpas" no se integra a esta zona, donde se llama de la misma manera a pequeñas casitas adosadas a las paredes a grietas de las rocas.[175]

Los diaguitas orientales

Los valles y quebradas fértiles del noroeste argentino, al pie de la puna, y conectados con ella a través de quebradas altas -tales como la de Huamahuaca y la del Toro- eran habitados por gente de habla kakan, que ha sido generalmente descrita como "diaguitas" por los etnólogos e historiadores.[176] Si bien se dice que todos tenían la misma lengua, se señala igualmente que en realidad hablaban varias. Un examen de los antroponímicos y topónimos de los valles calchaquíes, revela que más del 65 por ciento son de origen kakan, entre 8 y 17 por ciento kunsa, 15 por ciento quechua y entre 5 y 10 por ciento aymara.[177] Esa combinación de lenguas indica contactos históricos con el altiplano, Cusco y Atacama, y fija la autonomía local de la lengua kaka, kakan o kakana. Allí iban, en busca de tierras, los atacameños -de lengua kunsa- y los aymaras de Lípez y Chichas, cuando las sequías o el exceso poblacional lo exigían;[178] el quechua llegó con los inkas. Es presumible que ocurriera lo mismo en la quebrada de Humahuaca, de donde se ha

[174] Krapovickas, 1968, 1973, 1980.
[175] González y Pérez, 1972: 101.
[176] A.R. González y J.A. Pérez, 1972: 34.
[177] Estudio de R. Nardi, en Gentile, 1986: 170-76.
[178] Gentile, 1986: 54.

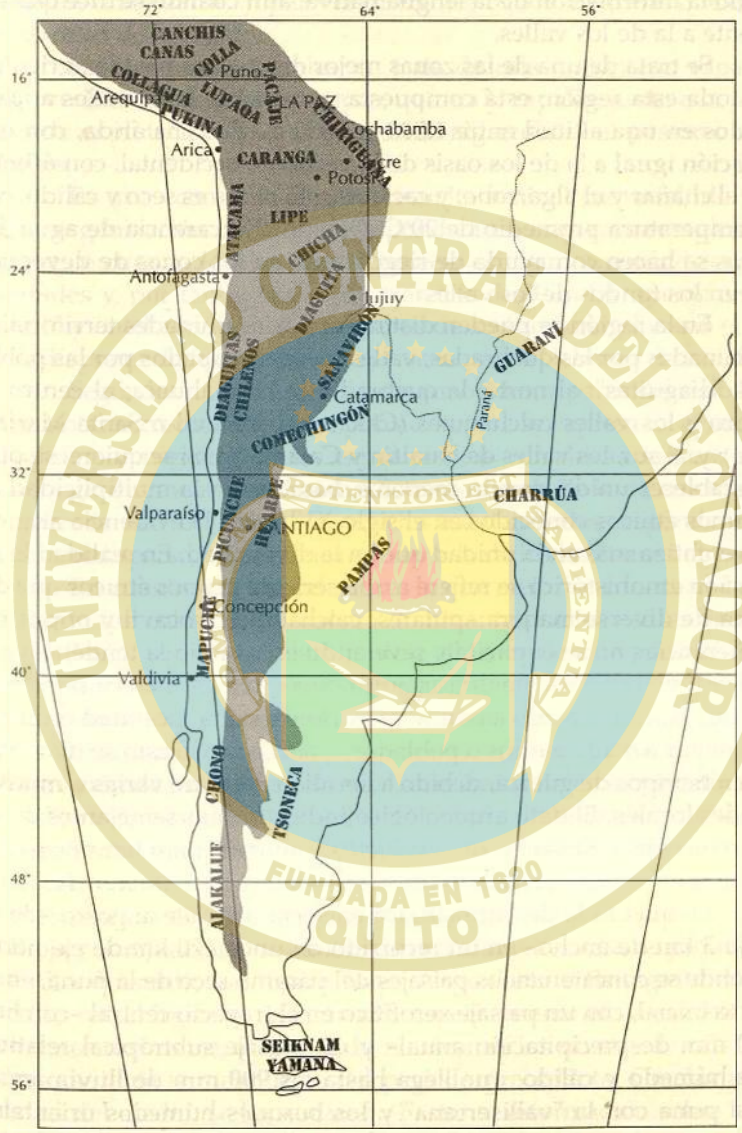


Lámina 16, Principales grupos étnicos en el s. XVI, en los Andes meridionales y el extremo sur.

perdido la información de la lengua nativa, aun cuando se dice que era diferente a la de los valles.

Se trata de una de las zonas mejor dispuestas para la agricultura en toda esta región; está compuesta por quebradas y valles anchos ubicados en una altitud entre 1.500 y 3.000 m. Es zona árida, con una vegetación igual a la de los oasis de la vertiente occidental, con árboles como el chañar y el algarrobo, y cactáceas. El clima es seco y cálido, con una temperatura promedio de 20°C. Debido a la carencia de agua, los cultivos se hacen con ayuda de riego, tanto en los conos de deyección como en los fondos de los valles.

En la región se pueden distinguir varias unidades territoriales, determinadas por las quebradas, valles u oasis ocupados por las poblaciones "diaguitas": al norte, la quebrada de Humahuaca; al centro, la del Toro y los valles calchaquíes (Calchaquí, Yocavil o Santa María y Lerma); y, al sur, los valles de Hualfín y Catamarca. Si se quiere, se pueden establecer unidades aún menores, basadas en la multiplicidad de los grupos étnicos conocidos en el siglo XVI, pero la evidencia arqueológica enfatiza más en la unidad que en la diversidad. En realidad la información etnohistórica se refiere a una serie de grupos étnicos que denomina de diversa manera –pulares, calchaquíes, yocavil y otros– cuyas diferencias no se explicitan, revelando en cambio la tendencia a la formación de entidades políticas autónomas locales. Parece poco probable que hayan existido jefaturas superiores a una localidad o un número mayor a 8-10 caseríos o poblados,[179] aun cuando esto se distorsionaba en tiempos de guerra, debido a las alianzas entre varias o muchas unidades locales. El dato arqueológico indica formas semejantes de vida, producción y consumo de productos comunes, pero tampoco agrega nada nuevo sobre el carácter de las unidades o las diferencias.

La quebrada de Humahuaca encierra un valle angosto –de no más de 3 km de ancho– en un recorrido de unos 170 km de eje norte-sur, donde se concatenan los paisajes del páramo seco de la puna, en su trayecto inicial, con un paisaje xerofítico en el trayecto central –con hasta 200 mm de precipitación anual– y un paisaje subtropical relativamente húmedo y cálido, que llega hasta los 900 mm de lluvia anual. Une la puna con la "valliserrana" y los bosques húmedos orientales, siendo una suerte de paso obligado hacia el núcleo de los Andes. Allí

[179] Otonello y Lorandi, 1987: 157.

vivían los omaguacas, al parecer diferentes de los diaguitas que ocupaban el resto de la región.

En términos generales, se trata de una región con capacidad para producir maíz, frijoles, papas, quinua y zapallo, junto a la posibilidad de explotación de los bosques de algarrobo y el pastoreo de camélidos.

Es una economía simple, resuelta a nivel comunal, de modo que la organización política no responde a un esquema complejo; hay caciques o curacas locales, que al parecer estaban organizados en parcialidades y, por tanto, tenían un ejercicio dual en las operaciones de poder[180] y en el acceso a los beneficios de su función, tal como el derecho a disponer de fuerza de trabajo ajena para el laboreo de sus tierras.

Según los datos arqueológicos conocidos, a partir del siglo XI hubo un notable crecimiento de la población, que se expresa en el aumento del número y magnitud de los asentamientos, con aldeas de casas aglutinadas y generalmente fortificadas. Esto no ocurría de la misma forma en la quebrada de Humahuaca, donde los asentamientos responden más a un patrón disperso, en una línea similar a la de los habitantes de la puna.

En cuanto a la manufactura, la que mejor se conoce es la cerámica, que fue cubierta de manera dominante por los estilos Santamariano y Belén, aun cuando hay, junto a ellos, una gran variedad de modalidades y estilos locales. Por ejemplo, en Tastil, en la quebrada del Toro, la cerámica es local. La cerámica funeraria y doméstica fina está pintada y decorada con diseños geométricos simples o figurativos con la combinación de hasta tres colores. La cerámica Belén es pintada de negro sobre rojo y su distribución se da principalmente hacia el sur, aparentemente producida en el valle de Hualfín. En Humahuaca, los estilos más típicos son Tilcara y Hornillos, ambos con una decoración geométrica pintada negro sobre rojo. Más al sur, en los oasis endorreicos de La Rioja y San Juan, en los límites meridionales del área, se produjo una cerámica diferente, bautizada como Angualasto o Sanagasta. La producción metalúrgica se incrementó, especialmente en las armas e instrumentos de bronce, aun cuando no alcanzó los niveles de calidad estética que tenía la metalurgia del período precedente. Gracias a la sequedad del medio, se ha rescatado bastante información sobre la artesanía en madera y en fibra; su abundancia hizo sobredimensionar su

[180] Otonello y Lorandi, 1987: 162; Lorandi y Boixadós, 1989: 404.

importancia, que no debe haber sido superior a la de otros lugares de la región; obviamente, eso indica un óptimo aprovechamiento de los bosques de algarrobo y chañar.

Los diaguitas occidentales

Entre el árido paisaje de los desiertos chilenos y la región boscosa del sur, se desarrolla una gradual disolución de los paisajes áridos, que se inicia en Copiapó con la definición de un territorio semiárido cruzado por una serie de ríos. Sus aguas llegan hasta el mar, dando lugar a valles transversales, similares a los que están al otro lado del desierto, al norte de Pisagua. En estos valles, en el siglo XVI, y desde aproximadamente el siglo X, vivían unos pueblos que, siguiendo la costumbre, llamaremos "diaguitas chilenos", aun cuando estamos frente a poblaciones diferentes a las que ocupaban los valles calchaquíes, de la vertiente oriental. Parece que no hablaban el cacan o kaka, aun cuando el asunto de la lengua nativa no está bien definido. Según Gerónimo de Bibar, hablaban hasta cinco lenguas diferentes, cada cual en cada valle, mientras que el padre Luis de Valdivia, en el siglo XVII, afirmaba que desde Copiapó hacia el sur se hablaba el mapuche; sin embargo, "Diaguita" –igual que los habitantes del noroeste argentino– parece ser el nombre con el que los españoles en el siglo XVI-XVII, les identificaban,[181] diferenciándoles así de los "araucanos" que vivían en los valles y bosques del sur. Hubo conexiones que pueden ser arqueológicamente comprobadas, entre unos y otros "diaguitas" –con intermediación atacameña– pero las diferencias en sus manufacturas y otros comportamientos, nos indica autonomía étnica e histórica. Varios autores han señalado, sin embargo, que el nombre "diaguita chileno" es consecuencia de los supuestos parecidos con los argentinos, aplicado por el arqueólogo Ricardo Latcham recién en este siglo.[182]

Hacia 1540, según el cronista Bibar, vivían unas 20.000 personas en Copiapó, Huasco, Coquimbo y Limari, hasta el Choapa,[183] con productos cultivados en los valles, pastoreo de llamas, caza y pesca. Maíz, frijoles, papas y quinua eran los productos más importantes, con algunas frutas. El

[181] Hidalgo, 1971: 32-33.
[182] Ampuero, 1989: 277.
[183] Hidalgo, 1971: 53-55.

algodón era también cultivado en Copiapó y se continuaba con la colecta de productos tales como el chañar, el algarrobo o los cactus, del desierto.

Al parecer, tenían una existencia semi-nómada, pues no vivían de modo permanente en sus asentamientos, sino que usaban varios pedazos de tierras distantes entre sí, con desplazamiento estacional en los años de sequía.[184] Sus viviendas, de material ligero, como ramadas, se aglutinaban en aldeas simples y fortificadas. A pesar de su sencillez, las casas del jefe étnico y del shaman se distinguían por su tamaño. Las fortificaciones estaban en sitios altos, de difícil acceso, estacados y generalmente asociados a silos para almacenaje.

Si bien no está del todo definido el carácter de las jefaturas étnicas diaguitas chilenas, la información conocida indica su existencia asociada a un estatus reconocible por el vestido y el tamaño de la vivienda. También la poligamia puede considerarse un privilegio.[185] De otro lado, no hay indicios de poder político significativo, y las decisiones eran tomadas colectivamente, aun cuando se debe destacar que existía una tendencia hacia la organización dual del poder, basada en la división de las comunidades en parcialidades.[186] En caso de guerra, el papel dominante era del jefe guerrero y era posible una eventual formación de alianzas para enfrentar fuerzas mayores.

El registro arqueológico se ha hecho fundamentalmente a base del examen de la cerámica procedente de tumbas, muchas de ellas colectivas. Se ha organizado en tres fases, denominadas Diaguita I, II y III. La última corresponde a la ocupación inkaica[187] y se calcula que la primera debe haberse iniciado durante el siglo X de nuestra era. Esta secuencia se aplica a todos los valles, con excepción del de Copiapó, cuya historia parece haber sido diferente a las de Huasco, Elqui, Limari-Hurtado y el Choapa, que son los valles "diaguitas". Sin duda, Copiapó mantenía una impronta muy fuerte del inmenso desierto del que formaba parte, en tanto que los otros valles estaban menos afectados por él. La cerámica diaguita es de un estilo característico, tricolor, con diseños trazados dentro de normas geométricas, que esquematizan aun los rostros humanos que son el tema figurativo más frecuente. Están hechos con líneas delgadas, sobre una superficie lisa y bien pulida. La

[184] Hidalgo, 1989: 291.
[185] Hidalgo, 1971: 84.
[186] Ampuero e Hidalgo, 1975.
[187] Ampuero, 1986, 1989.

cerámica de Copiapó es distinta, con decoración negro o marrón sobre rojo, con una insistente representación esquemática de una llama.

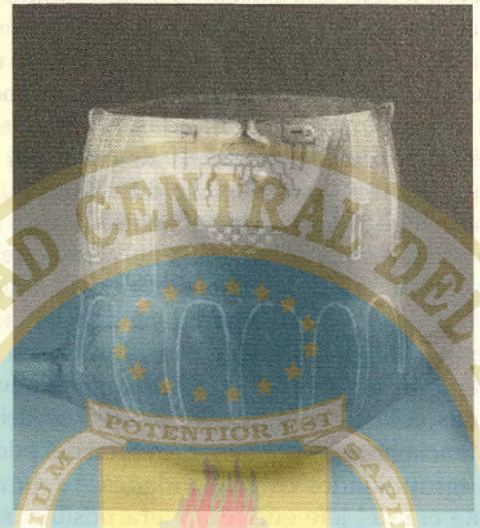


Foto 27, Urna antropomorfa, Diaguita chileno, s. XII-XIV. Norte Chico de Chile.

La manufactura encontrada es vasta, con producción de espátulas y otros utensilios de hueso que tienen talladas imágenes antropo o zoomorfas, con producción extensa de objetos de metal, entre los que destacan los utensilios tales como cuchillos, cinceles, anzuelos, pinzas depilatorias, agujas y otros, hechos de plata y cobre.

6. EL EXTREMO SUR ANDINO

En el punto donde la cordillera alcanza su máxima altura, 7.040 m de altitud, en el Aconcagua, se inicia su descenso y angostamiento, hasta disolverse progresivamente entre el archipiélago chileno y la Patagonia austral. En esta sección de los Andes, la cordillera es apenas habitable; aparece como un "biombo" que separa las vertientes del Pacífico y del Atlántico, sin ser más un espacio humano. Hacia el occidente

se detiene frente un angosto y extenso llano longitudinal -llamado el "valle central"- que lo separa de la cordillera de la costa, que es una cadena montañosa más baja, paralela a los Andes, que se desliza sobre el mar. Hacia el oriente, a la par que se va angostando, se hunde rápidamente en los llanos de la "Pampa" y la Patagonia. Hay pues, en este trecho de los Andes, una configuración diferente del territorio andino, tanto en el hecho de que la cordillera deja de ser habitable, cuanto porque ya no tiene más las cualidades propias de la montaña tropical. Aquí, las montañas y los llanos no están sujetos a las variaciones climáticas de altitud, y obedecen más bien a las determinaciones latitudinales, creando bosques templados y fríos, estepas y páramos de gramíneas, con montañas estacionalmente nevadas y húmedas.

En los tramos norteños de esta área, la cordillera era aún habitada por los huarpes y los picunches, que vivían en las faldas orientales y occidentales de los Andes, en las cuencas de los ríos de San Juan y Mendoza, en Argentina, y las que están al sur del Choapa y llegan hasta el Cachapoal. Además, es hasta este tramo que llegaron los inkas, incorporando a huarpes y picunches al Tahuantinsuyu, estableciendo sus fronteras en el territorio donde ellos también tenían las suyas. Al sur, en el valle central y la costa, vivieron los mapuches y huilliches; en la pre-cordillera los puelches y los pehuenches, todos llamados "araucanos" por los españoles, rodeados de poblaciones dispersas de cazadores, pescadores y recolectores, que ocupaban todo el resto del territorio.

Se identifica con el nombre de picunches ("hombres del norte", en lengua mapuche) a los habitantes que ocupaban los valles de la zona central de Chile en el siglo XVI. Eran agricultores con antecedentes de muchos siglos, que son identificados por los arqueólogos mediante el complejo Aconcagua,[188] constituido principalmente por una cerámica anaranjada pintada con diseños de color negro, cuya distribución desde el Choapa al Cachapoal, define el ámbito de vivienda de sus productores, quienes lograron tener contactos con los huarpes del otro lado de la cordillera, según se deduce de la presencia de esta cerámica en las cuencas de Mendoza y el alto Diamante.[189] Se asume que se iniciaron hacia el siglo XI de nuestra era. Vivían en asentamientos de tipo aldeano,[190] aun cuando son dominantes los caseríos, algunos de ellos al parecer tempo-

[188] Durán y Planella, 1989: 313.
[189] Lagiglia, 1979: 546-49.
[190] Stehberg, 1981.

rales, como los de la costa o la región trasandina; también habitaban abrigos rocosos. Un detalle interesante es que habilitaban túmulos para contener sus sepulturas, las que estaban juntas formando cementerios.

Al otro lado de la cordillera, en el siglo XVI, vivían los huarpes, que son identificados en tres grupos diferenciados según la variante lingüística que les correspondía: al norte de San Juan, en la cuenca del río Jachal-Zanjón, los huarpe allentiac; en Mendoza, al sur, en la cuenca alta del río Diamante, los huarpe millcayac; y, al oriente, sobre el valle de Conlara, en San Luis, los huarpe puntanos. Al parecer, cuando entraron en contacto con los españoles, sus relaciones con los inkas los habían influenciado bastante, de modo que resulta difícil saber cómo fueron antes de su incorporación al Tawantinsuyu. La información arqueológica es todavía insuficiente, y la fase Viluco ya es contemporánea con los inkas y los españoles.[191] Hay indicios, sin embargo, que los contactos de esta región con los habitantes del altiplano central y meridional fueron intensos aun en tiempos anteriores. Eso puede explicar sus asentamientos de tipo aldeano permanente, con viviendas construidas con piedra en la sierra y de quincha en los llanos y sus prácticas agrícolas, con sistemas de riego relativamente complejos. Desde luego que también pueden ser prácticas de desarrollo autónomo. Su organización política, con caciques locales era similar a la de sus vecinos de la otra vertiente de la cordillera.

Más al sur está el dominio de los araucanos.[192] En realidad, se trata de las poblaciones de lengua mapuche que habitaban la costa que está al sur de Concepción, y del valle central, que cruza el territorio longitudinalmente desde aproximadamente el río Ñuble, hasta la región de los lagos de Valdivia y Osorno, que termina en Puerto Montt, frente a la isla de Chiloé. Allí vivían los agricultores más meridionales del continente, cuya inserción en este régimen productivo parece que no era muy antigua, aun cuando ya se practicaba cuando los españoles iniciaron sus intentos de dominio sobre los araucanos, en el siglo XVI. Cultivaban papas y maíz, usando tala y roza como forma de siembra. Aparentemente criaban llamas "chilihueque", aun cuando no se sabe si este nombre se refería más bien a los guanacos. Sin duda, las actividades subsistenciales dominantes eran la caza, las pesca y la recolección. Ellos no vivían en aldeas, sino en asentamientos dispersos y no perma-

[191] Lagiglia, 1976.
[192] Dillehay, 1990; Aldunate, 1978, 1989.

nentes:[193] "Cada asentamiento se organizó sobre un número reducido de tres o más familias o reductos familiares, cada cual con su propia habitación (ruca)". No había jefes de las unidades locales y solo se unían para fines de guerra, designando entonces un jefe para tal fin. La única autoridad era la del jefe de familia, que a veces se extendía a varias chozas o rucas, sin que tuviese realmente poder. Se trata de una sociedad igualitaria.



Foto 28, Puntas de arpones tallados en hueso de los fueguinos (Yamana) y los alakaluf (Kaweshkar), ca. s. X-XVIII d. C. Extremo sur de Chile y Argentina.

[193] Dillehay, 1990: 40.

Tanto los araucanos, como los huarpes y picunches estaban rodeados de recolectores y cazadores que vivían como "arrinconados" en el extremo sur del continente. En la isla de Chiloé vivían los chonos, vecinos de los alakalufes, que eran los cazadores y recolectores que habitaban en los bosques del extenso archipiélago chileno; al sur de ellos estaban los yamana o yaghan, pescadores y cazadores de lobos marinos, y que coexistían con los selknam u onas y los haush en la isla conocida como Tierra del Fuego. En la Patagonia estaban los tehuelches, quienes en realidad se llamaban gununa-ken, pues la denominacion "tehuelche" es mapuche; los europeos les llamaron "pampas". Eran grupos de cazadores y recolectores, organizados en "bandas" formadas por unas pocas familias, que tenían una actividad nómada dentro de territorios fijados por tradición. No tenían vestidos, sino cortavientos normalmente habilitados con piel de guanaco.

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

IX.El Tawantinsuyu

CATHERINE JULIEN

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

CONTENIDO

IX. EL TAWANTINSUYU
1. INTRODUCCIÓN
2. EL SURGIMIENTO DEL IMPERIO INCA
3. CUZCO
4. LOS INCAS
Descendencia
Organización ritual
5. INCAS Y HUACAS
6. PROVINCIAS
7. LA ORGANIZACIÓN DECIMAL
8. CREACIÓN Y ORDEN

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

1. INTRODUCCIÓN

Francisco Pizarro y un grupo de españoles llegaron al Cuzco, en diciembre de 1533 -un año después de su arribo a Cajamarca- aclamados por los incas. Al tomar preso a Atahuallpa, uno de los hijos de Huayna Capac -el décimo primer rey inca- en Cajamarca, ellos parecieron haber llegado para apoyar la causa de Huáscar, el sucesor de Huayna Capac. Atahuallpa había servido a su padre como capitán en la prolongada guerra de la frontera septentrional del imperio Inca, y cuando Huayna Capac murió, permaneció en el norte. Huáscar, abandonado en el Cuzco por su padre, asumió que tendría un problema con su hermano y, en efecto, se desató una guerra entre las dos facciones. Para cuando llegaron los españoles, en 1532, la guerra había sido ganada por Atahuallpa, quien había capturado a Huáscar. La acción de Pizarro en Cajamarca representó un abrupto y casi milagroso cambio de suerte para la causa de Huáscar.

Huáscar, que era prisionero cuando llegó Pizarro, fue ejecutado por orden del capturado Atahuallpa, antes de que pudiera ser llevado al campo español. Pizarro ordenó entonces la ejecución de Atahuallpa en Cajamarca, pero cuando llegó al Cuzco -la capital inca- encontró allí a otro hermano, Manco Inca, que había sido escogido como el próximo rey por los incas del Cuzco. Pizarro y Manco unieron fuerzas -o al menos así pensaba Manco- para enfrentarse con los capitanes del ejército de Atahuallpa, quienes todavía no habían sido derrotados.[1]

Su oportuno arribo y el nefasto acto contra Atahuallpa, puso en manos de Pizarro el dominio de un gran territorio de América. Los incas habían organizado un imperio que se extendía desde las sierras del Ecuador en el norte, hasta el centro de Chile en el sur. Limitaba con el océano Pacífico por el oeste; la frontera oriental estaba localizada en las estribaciones inferiores de la cordillera de los Andes, en las cuencas del Amazonas y el Chaco.[2]

Los incas llamaron "Tawantinsuyo o cuatro partes" a este territorio. La división esencial era, sin embargo, en las mitades denominadas Hanansaya y Urinsaya. La división en *sayas* caracterizaba a la mayoría de los territorios definidos por los incas: la misma ciudad de Cuzco estaba dividida en Hanan y Urin. En el caso del Tawantinsuyo, la

[1] Prescott, lib.III, cap.II: 202-214; Hemming, 1970: 23-99.
[2] Rowe, 1946: 183-192, mapas 3 y 4.

mitad Hanansaya estaba, además, compuesta de dos partes: Chinchaysuyo y Andesuyo. Urinsaya incluía las dos restantes: Collasuyo y Condesuyo. La división saya-/suyo podía ser definida a través de referencias al cuerpo humano: Chinchaysuyo y Andesuyo estaban a mano derecha (cuando alguien en Cuzco estaba de pie con su espalda hacia el sol naciente); Collasuyo y Andesuyo estaban a la izquierda.[3] Las partes no eran iguales: Chinchaysuyo y Collasuyo territorialmente eran más grandes y tenían más prestigio que Andesuyo y Condesuyo.

El Tawantinsuyu cubría parte del territorio de cinco modernas repúblicas andinas. Cuando consideramos la inversión inca en la construcción de caminos y puentes, en proyectos de riego, en intercambio de poblaciones entre regiones, en la regulación del calendario agrícola en diversas zonas ecológicas y en la obtención de recursos naturales en áreas distantes, podemos coincidir con los primeros españoles que penetraron al imperio Inca, en admirar las cualidades de la gente andina. Si a todo eso le añadimos su desarrollo en la metalurgia del bronce, la albañilería de piedra finamente encajada, la excelente vestimenta adornada y otras manufacturas que se dieron durante el relativamente corto período del dominio inca, podemos tener alguna medida de la sofisticación de la sociedad andina, antes del contacto con el mundo europeo.

Los éxitos técnicos y artísticos de los incas fueron el resultado de un proceso acumulativo, ciertamente ligado a estados andinos más antiguos, como ha sido ampliamente demostrado por la investigación arqueológica. No obstante, no hubo un sistema de registro equivalente a la escritura antes del arribo de los europeos, por eso, cuando los españoles escribieron sobre los incas, registraron muchos aspectos de la organización andina que son difíciles, sino imposibles de estudiar arqueológicamente. Es la causa por la que los historiadores y antropólogos que estudian los Andes, han dedicado más atención a los incas, ya que su conocimiento es más accesible a través de la escritura.

Cuzco es el punto central de este estudio. No hay una "versión inca" del pasado, pero si adoptamos su punto de vista, podemos desarrollar una perspectiva cercana a la suya. De cualquier modo, el producto final es siempre una perspectiva de nosotros mismos. Tanto como la técnica de representar objetos tridimensionales en dos dimensiones fue un importante factor de desarrollo en el arte occidental, nues-

[3] Guaman Poma, [1615]1936: 982; Betanzos, 1987: 1ª parte, cap. II: 13.

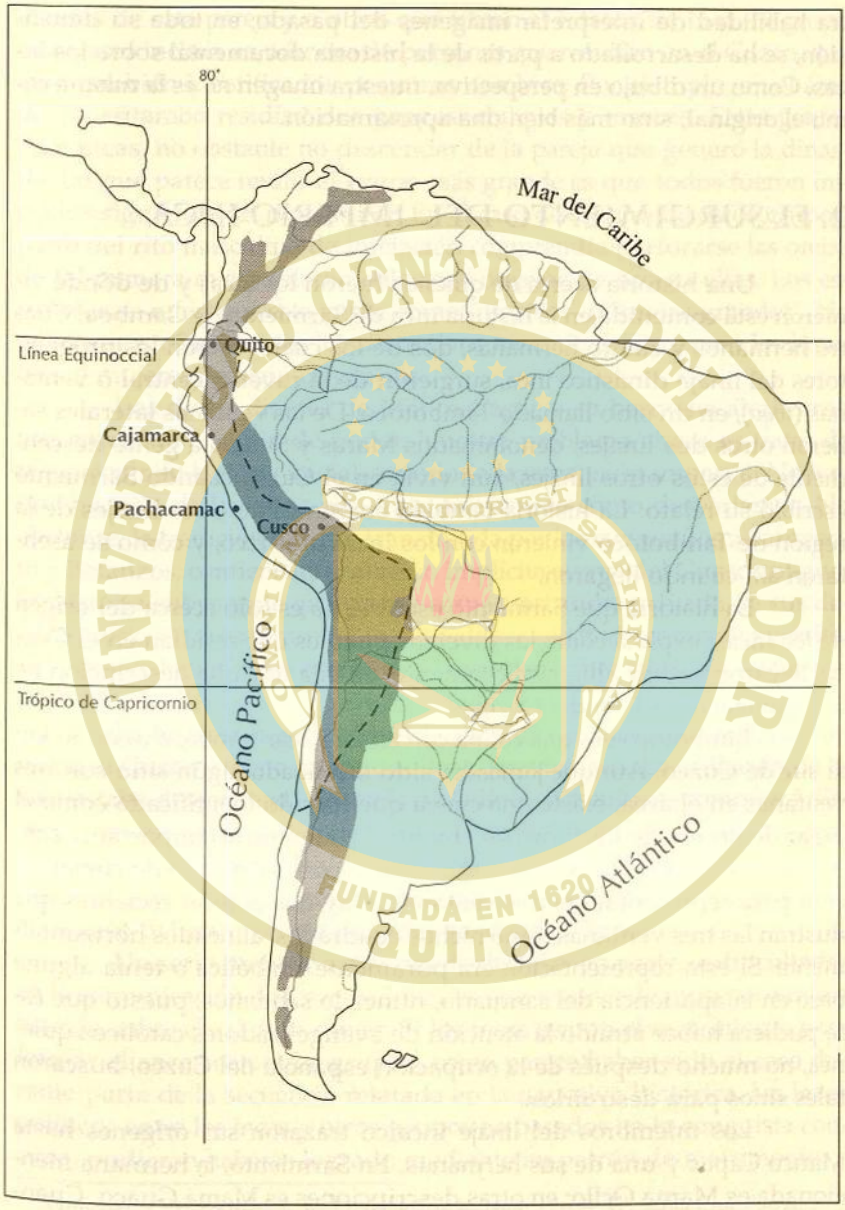


Lámina 17, El imperio del Tahuantisuyu.

tra habilidad de interpretar imágenes del pasado, en toda su dimensión, se ha desarrollado a partir de la historia documental sobre los incas. Como un dibujo en perspectiva, nuestra imagen no es la misma como el original, sino más bien una aproximación.

2. EL SURGIMIENTO DEL IMPERIO INCA

Una historia acerca de quiénes fueron los incas y de dónde vinieron está contenida en la historia inca de Sarmiento de Gamboa. Cuatro hermanos y cuatro hermanas, dos de los cuales fueron los progenitores del linaje dinástico inca, surgieron de la caverna central o ventanas (*toqo*), en un sitio llamado Tambotoco. De las ventanas laterales salieron otros dos linajes, denominados Maras y Sutic. La gente descendiente de estos otros linajes, aún vivía en el Cuzco cuando Sarmiento escribió su relato. La historia también cuenta cómo otros linajes de la región de Tambotoco vinieron con los incas al Cuzco, y cómo se asentaron allí cuando llegaron.

La historia que Sarmiento escribió no es solo acerca del origen de los incas: explica cómo los diversos pueblos que residían en el Cuzco, llegaron a vivir allí. implícitamente, en ella hay una descripción de la organización social del Cuzco.

Tambotoco era una colina cercana a Pacaritambo, a unos 30 km al sur de Cuzco. Aunque jamás ha sido localizado algún sitio con tres ventanas en el área, existe una cueva que ha sido identificada como el lugar de origen de los incas, en el mito. El sitio fue un importante santuario inca y pudo haber sido modificado con algún tipo de construcción para representar las tres ventanas. Hay dos autores recientes que ilustran las tres ventanas como nichos cuadrados, alineados horizontalmente. Si esta representación era puramente simbólica o tenía alguna base en la apariencia del santuario, nunca lo sabremos, puesto que éste pudiera haber atraído la atención de evangelizadores católicos quienes, no mucho después de la ocupación española del Cuzco, buscaron tales sitios para destruirlos.

Los miembros del linaje incaico trazaron sus orígenes hasta Manco Capac y una de sus hermanas. En Sarmiento, la hermana mencionada es Mama Ocllo; en otras descripciones es Mama Guaco. Cuando los españoles usaron el nombre "incas", se refirieron a los descen-

dientes de esta pareja y a otros que tenían el estatus de Inca. El grupo más vasto incluía un número de personas que residían en el Cuzco, que eran también identificados por otros nombres. Por ejemplo, en el área de Pacaritambo residían dos grupos: chilques y mascas. Estas gentes eran incas, no obstante no descender de la pareja que generó la dinastía. Lo que parece reunir al grupo más grande es que todos fueron iniciados siguiendo un rito similar. En el caso de alguno de estos grupos, parte del rito masculino de iniciación comprendía perforarse las orejas de tal manera que pudieran colocarse orejeras de oro en ellas. Los españoles se referían a esta gente como "orejones" u "orejas grandes". No conocemos cómo fueron los distintivos incas de estatus para los hombres o mujeres de algunos grupos.

Los descendientes de Manco Capac y su hermana alcanzaron una creciente posición de poder. Nuestro problema ahora es tratar de reconstruir su historia inicial, anterior a la expansión imperial. No hay una historia de los incas que trate este asunto como desearíamos. No obstante, la tradición que fue transmitida por los cuzqueños a Sarmiento y Betanzos, contiene información implícita acerca del Cuzco antiguo. La historia subyacente que puede ser reconstruida, privada de sus detalles míticos, no es improbable y puede ser aceptada como una versión del pasado, teniendo en mente que la pueden haber alterado, en formas no detectables, errores o equívocos en el proceso de transmisión.

La historia explica cómo el grupo de hermanos y hermanas llegaron al Cuzco y cómo no todos ellos sobrevivieron. La afiliación de linaje estaba determinada a través de la línea masculina –como será discutido en otro artículo– y tres linajes cuzqueños trazan su descendencia a partir de un hermano específico, incluyendo el linaje dinástico que descendía de Manco Capac. Solo se nombra a la progenitora femenina en el caso del grupo que descendía de Manco Capac.[4]

Un serio problema que puede deberse, en parte, a dificultades en la comunicación de los españoles, es que se concede muy poca información sobre el rol de la mujer. Si los incas usaron el matrimonio para formar alianzas con otros grupos, como parece haber sido el caso durante parte de la secuencia relatada en la narrativa histórica, los lazos políticos entre los incas y otros grupos no basados en la conquista concreta, pudieron haberse logrado mediante un patrón de matrimonio.

[4] Sarmiento, 1906, caps.9-14: 30-43; Betanzos, Ia. parte, cap.III: 17; Santa Cruz Pachacuti, 1993, f.8v, p.198; Guaman Poma, 1936: 79, 264; Cieza, Segunda Parte, 1984, caps. VI-VII: 152-155; Bauer, 1992: 48-56; Urton, 1990: 32-35; Jullien, 1991: 107-109.

Hay una jerarquía de dominio entre la gente del Cuzco que aún practica un modelo de alianzas matrimoniales, donde el grupo de "donantes" ocupa una posición superior al grupo de "receptores de mujeres". Los españoles, en sus escritos, no hicieron mención a este tipo de estatus jerárquico, pero un autor nativo nos da alguna confirmación de que una diferencia similar en estatus existió en el pasado. Estas diferencias de estatus hay que tenerlas en mente, debido a que cuando los incas cuentan algo sobre las alianzas matrimoniales realizadas en antiguas generaciones, ellos se refieren también a la igualdad, o subordinación implícita, en sus relaciones políticas con otros grupos de Cuzco. La historia del nacimiento de un importante poder en el área del Cuzco es una historia de conquistas y alianzas.

Los hermanos y hermanas incas encontraron varios grupos asentados cerca de lo que se convertiría en la ciudad del Cuzco. Dos estaban allí desde tiempos inmemoriales, mientras que tres se originaron en la misma área de los incas, pero llegaron antes que ellos. Los primeros dos grupos fueron los sauaseras y los guallas. Estos últimos se asentaron cerca de Arku Punku, una puerta construida en el Cuzco durante la ocupación española temprana. Los sauaseras se establecieron cerca del sitio del actual convento de Santo Domingo. Obviamente, eran pequeños grupos de agricultores, y sus campos eran adyacentes a sus viviendas. Los incas atacaron primero a los guallas, matando a todos. Entonces amenazaron a los sauaseras, quienes habían escogido a uno de los tres capitales, llamado Copalimayta, para defenderlos. Los incas lo derrotaron y tomaron lo que le había pertenecido. En este sitio -donde el templo de Coricancha fue después construido- se asentaron permanentemente. Para entonces, los incas ya tenían la tierra entre los ríos Huatanay y Tullumayo, donde se desarrolló el Cuzco.

Dos grupos permanecieron, los llamados alcabizas y culunchimas, nombres de los capitanes que habían emigrado al principio. Estos grupos ocupaban tierras en ambos lados del Huatanay: los alcabizas cerca de la primera Santa Clara, en la plaza Nazarenas, y los culunchimas en el área noreste de Belén, en su localización originaria en Qoripata. Los incas echaron de sus tierras a los alcabizas, al quitarles sus fuentes de riego. Los culunchimas fueron obligados a pagar tributo.[5]

[5] Webster, 1977: 36-40; Guaman Poma, 1936: 300, 848; Arriaga, 1968: 215; Sarmiento, cap.11:. 30, cap. 13: 39-40, cap.14: 41-42; Rowe,1994: 175-187.

En el fondo de la historia contada por Sarmiento se encuentra que los incas, los alcabizas y los culunchimas tenían un origen común. Lo que no se nos cuenta, pero que puede estar detrás de la historia, es que estos grupos eran parte de uno más grande que, por circunstancias o destino, había usurpado tierras en el valle del Cuzco. Mientras que los incas tomaron las tierras de los guallas y sauaseras por la fuerza, matando a todos o casi todos, el dominio fue logrado por medios más pacíficos en el caso de aquellos relacionados a los incas. ¿Es la versión inca de su pasado, una repetición modular de la expansión de un grupo del cual fueron parte, y de un cambio gradual de poder desde algún otro centro hacia el Cuzco? Si es así, el grupo de origen se desvanece en el fondo de la memoria inca.

¿Qué grupo importante pudo haber sido ese? No hay una respuesta definida para esta pregunta. Si el mito inca de origen usa una imagen histórica como telón, el grupo referido debió haber ocupado el área de Pacaritampu, donde los pueblos conocidos como chilques y mascas vivían cuando llegaron los españoles. Los incas pudieron haber sido parte de uno de estos grupos, o los chilques y mascas fueron divisiones de un grupo aún más grande.

Otro problema es la afiliación de los guallas y sauaseras. En la versión inca de lo sucedido, éstas eran aldeas autónomas. Si ellas estuvieron afiliadas a un grupo mayor, entonces la invasión inca de su territorio tenía serias implicaciones políticas.[6] Después de contarnos cómo fue ocupado el pequeño pedazo de territorio donde el Cuzco se levantaría posteriormente, la historia inca rápidamente salta a otro nivel, donde un número de poderes regionales aparecen compitiendo. La interacción de poderes de este alto nivel, puede haber sido el factor, en la historia antigua del Cuzco, que levantó una versión inca de su pasado.

Los incas, que lograron dominio tanto sobre grupos locales como sobre otros distantes, pudieron no haberse sentido inclinados a ofrecer una versión de sus orígenes donde ellos aparecieran subordinados a -visto desde el punto de vista de su posterior mandato imperial- otros poderes locales menores. Su dominio sobre cada grupo que confrontaban, desde el tiempo de su legendaria aparición hasta el fin de la historia, es una exaltación de sus comienzos menos gloriosos y sus caí-

[6] Levillier, 1940, II: 182-195; Sherbondy, 1992: 53-54. Sherbondy basa su reconstrucción en un registro non-inca, donde los guallas aparecen ligados a los incas.

das a lo largo del camino. Para contar una historia del pasado inca más en línea con nuestros cánones, tenemos que desarrollar desde las sombras otras imágenes en su relato.

En total, la tradición dinástica señala once generaciones desde la época de los orígenes hasta el tiempo de Huayna Capac, quien murió poco antes que Pizarro invadiera los Andes. Según son relatadas las vidas de estos "reyes", se incorporan signos en la historia que simbolizan la expansión inca. Uno es un objeto sagrado, en la forma de un pájaro llamado indi. Manco Capac trajo su imagen consigo desde Tambotoco. Cada inca tenía algún tipo de objeto sagrado, denominado *huaoque*, o "hermano", que era pasado a sus descendientes. *Indi* era el *huaoque* de Manco Capac. Este Inca, y varias generaciones que lo siguieron, residieron en Indicancha, y el nombre, que significa "el recinto de *indi*" parece ser una referencia al sitio donde *indi* residía.

El objeto en sí mismo fue mantenido en un baúl de paja, que estuvo cerrado hasta que su descendiente en la cuarta generación, Mayta Capac, tuvo la temeridad de abrirlo. Algunos objetos sagrados podían hablar, y éste aconsejaba a Mayta Cápac. Para este tiempo, los alcabizas y los culunchimas aún tenían cierto tipo de autonomía; su dominación por los incas fue incompleta. Mayta Capac los conquistó mediante la fuerza de las armas. Su hijo, Capac Yupangui, fue el primer Inca en conquistar más allá del área del Cuzco. Las campañas fueron emprendidas por él y sus inmediatos sucesores contra varios pueblos localizados en torno a 20 kilómetros del Cuzco. La remoción de *indi* de su caja, marca el punto en el que los incas comenzaron a mostrar el comportamiento agresivo que resultaría en la creación del imperio.

Los incas comenzaron a tener presencia a nivel regional desde este período en adelante, aun cuando su versión no nos dice si ellos actuaron independientemente o subordinados a otros grupos mayores. Ellos pudieron haber estado subordinados a los ayarmacas al comienzo. Capac Yupangui se casó con Curihilpay, considerada hija de un importante señor de los ayarmacas. Según todos señalan, los ayarmacas eran el grupo más importante de la región. Su cabeza política era conocido como Tocay Capac. El término *capac*, cuando se usa después del nombre de alguien, indica una jefatura hereditaria o un rey. Es realmente un título y puede ser usado con referencia a la persona que mantiene el título en un momento dado. La versión inca de lo que sucedió en el período previo a la expansión imperial, puede ser leída como una re-

lación de su creciente importancia *vis-a-vis* con otros poderes locales y dominante entre ellos, los ayarmacas.

Cuando el hijo de Capac Yupangui, Inga Roca, se casa con Mama Micay, una mujer de los guayllacanes -un poder regional que ocupaba cierto territorio sobre el río Urubamba, cerca de lo que hoy es Pisac- un problema comienza a manifestarse. Ella había sido prometida por los guayllacanes a Tocay Capac. Esto condujo a una contienda entre éstos y los ayarmacas. Durante las hostilidades, Mama Micay dio a luz un hijo. Una de las condiciones de la paz fue que los guayllacanes secuestren al hijo y lo presenten a Tocay Capac. A través de traición, que pudo haber sido facilitada por la afiliación ayarmaca de Curihilpay, el niño fue capturado y llevado ante Tocay Capac. Éste impresionado y atemorizado por el niño, le perdonó su vida. Con la ayuda de otro poder regional, centrado en Anta, al noroeste del Cuzco, el niño fue liberado. Más tarde, un intercambio matrimonial fue concertado entre los incas y los ayarmacas. Una hija de Inca Roca, llamada Curi Ocllo, fue dada a Tocay Capac en matrimonio, mientras que Yaguar Guaca desposaba a Mama Chicya, hija de Tocay Capac.

El intercambio matrimonial indica el ascenso de los incas al mismo nivel de los ayarmacas. De una posición subordinada, adquirieron una posición de igualdad o cercana a la igualdad. Los matrimonios parecen, no obstante, haber sido más que expresiones de un estatus relativo, la base de alianzas militares. En las campañas conducidas por Capac Yupangui, los incas estuvieron subordinados a los ayarmacas y pudieron haber actuado en acuerdo con sus planes. Durante el período de las dos generaciones posteriores, la relación de poder cambió.

Y cambió nuevamente, y nuevamente en la dirección de los incas, en la siguiente generación. Viracocha, hijo de Yaguar Guaca, libró con éxito una guerra contra Tocay Capac. En la versión inca narrada por Sarmiento, esta victoria es una entre otras. En otra versión de la vida de Viracocha, narrada por Cieza de León, es presentada una más detallada información de sus conquistas. De acuerdo a la versión de Cieza, Viracocha se aventuró lejos de la región del Cuzco, sometiendo a pueblos a más de 100 kilómetros en dirección al lago Titicaca. Sarmiento parece haber disminuido la importancia de Viracocha. La derrota de Tocay Capac puede haber sido un evento significativo en la historia de la expansión inca, pero igualmente no se le concede un sitio destacado en la versión recogida por Sarmiento.

En la historia de Sarmiento es importante el ataque de los chancas sobre el Cuzco -un poder político con centro en el área de Andahuaylas, al noroeste del Cuzco- y el ascenso al poder de uno de los hijos de Viracocha, Pachakuti. Pachakuti es el personaje principal en la versión de la historia inca transmitida por Sarmiento y Betanzos. Durante el largo período de su mandato, Pachakuti, sus hermanos y sus hijos, sometieron a muchos grupos independientes de la autoridad política del Cuzco. Esta ciudad fue reorganizada, fueron desarrolladas formas administrativas imperiales y los estilos artísticos comenzaron a reflejar el prestigio y poder de la elite inca.

La historia de la subsecuente expansión inca, narrada por Sarmiento, tiene un sesgo particular, se enfoca sobre los grupos políticos que resistieron al mandato inca y que fueron subyugados a través de las armas. Los incas usaron la amenaza de la guerra para negociar la anexión de muchos grupos, pero estas negociaciones no fueron tan interesantes, como temas de carácter histórico, como las batallas que ellos protagonizaron. Tenemos información sobre importantes batallas, pero también sobre cuáles fueron los pueblos que tenían la fuerza para oponerse a los incas.

Alguna información muy importante está contenida en la historia de Sarmiento, y se refiere a los nombres de los otros grupos dinásticos que fueron reconocidos por los incas como obstáculos para su expansión. En su narración, Sarmiento cuenta que varios capitanes derrotados por los incas fueron mencionados con el título *capac*, esto es, eran identificados como que poseían el mismo tipo de mandato hereditario que los incas tenían. Este título, como se anotó, implicaba una condición hederitaria. Sarmiento parece no haber prestado atención al uso de ese término, así que no se preguntó acerca de diferencias entre lo que eran los títulos efectivos y los nombres propios. Las diferencias eran importantes para los incas. Betanzos escribió que Pachakuti planeó conquistar y someter pueblos al Cuzco, y particularmente "remover los señores que eran *capac*, porque solo debía haber un *capac*, él mismo". Debido a que esta información, que ha sobrevivido de la tradición histórica inca, es importante y única, nuestro énfasis debe estar en la recuperación de lo que los incas asumieron sobre la organización política de otros grupos: sobre los que resistieron a los incas y sobre los señores que eran mencionados con el título *capac* .

El primer *capac* a ser mencionado, por supuesto, es Tocay Capac. Dos otros que vivieron en la región cercana al Cuzco, Chiguay Capac y Pinau Capac, fueron conquistados en campañas militares durante el tiempo que Viracocha gobernó, y no figuran de forma destacada en la versión de Sarmiento. Cuyo Capac, un señor que tenía su asiento cerca de Pisac -donde Pachakuti tenía patrimonio privado- fue conquistado tempranamente en el reinado de Pachakuti, justamente después de una campaña final contra Tocay Capac.[7]

Numerosas campañas fueron realizadas en la región de Cuzco en esa época. Mientras los incas pudieron haber actuado independientemente en su propio distrito, hay indicaciones que cuando comenzaron a actuar a mayor distancia de sus campos, se aliaron con sus antiguos enemigos, los chancas.

La primera aventura exitosa fue contra los soras. La campaña es narrada con gran detalle en Betanzos, frente a la casi completa exclusión de información acerca de otras campañas. Sarmiento destaca una subsiguiente campaña contra Chuchi (o Colla) Capac. Soras puede haber sido importante para los incas en cosas que no están claras para nosotros, mas un territorio muy grande cayó en manos de los incas, cuando Colla Capac fue derrotado. Después de su caída, los incas fueron capaces de ejercer su autoridad sobre toda la región del lago Titicaca y el territorio suroeste hacia la costa del Pacífico. De este punto en adelante, la importancia territorial de los incas fue más grande que la de aquellas otras comunidades andinas contemporáneas. Lo que había sido una competencia entre grupos en el área del Cuzco y sus vecinos, era ahora un imperio.

Aunque lo que Pachakuti logró puede haber sido exagerado a causa de su éxito, su intención de someter el área andina a la autoridad del Cuzco fue claramente manifiesta en su época. En la narrativa de Sarmiento, la reorganización del Cuzco ocurrió poco después de la defensa de la ciudad contra los chancas, y mucho antes que los incas conquistaran a Colla Capac, una indicación que las ambiciones imperiales de Pachakuti antecedieron a la adquisición de un vasto territorio. No obstante, lo opuesto puede estar cerca a la situación real: los incas casi con seguridad, dieron inicio a su imperio antes de ser conscientes de la

[7] Sarmiento, cap.11:13, cap. 14: 41-42, cap.17: 47, cap.18: 48, caps.19-22: 49-54, caps.24-25: 56-59, cap.34: 71-72, cap.48: 18; Betanzos, 1a parte, cap. XVIII: 87, cap. XXVII: 131-132.

necesidad de modificar el asiento de su residencia para reflejar su nuevo prestigio y autoridad.

Según parece, los incas deben haber estado aún en alianza con los chancas. Ésta se rompió en una campaña en Parcos, cerca a Ayacucho, donde fue encontrada una considerable resistencia. No solamente huyó el jefe chanca y llevó consigo su ejército, sino que el hermano de Pachakuti, que conducía las tropas incas, las condujo más al norte de lo que las instrucciones de Pachakuti señalaban, provocando así una confrontación con Cuzmango Capac y su aliado, Chimo Capac. El primero, que tenía su territorio en el área de Cajamarca, y el segundo, que había comenzado un programa de expansión por su cuenta, en el área costera, al oeste, constituyeron un poder que podía infligir una seria derrota a los incas. Tal vez mediante un golpe de suerte, el hermano de Pachakuti derrotó a estos dos señores y los capturó, acabando con un conflicto potencialmente desastroso, casi tan pronto como había comenzado.

Mientras la consolidación de la autoridad inca sobre tan vasto territorio debió requerir de algún tiempo, los pueblos incorporados al imperio permanecían como parte de éste. Intentos de retirarse, tales como la rebelión de los collas, que se desató poco después de la conquista de Chimo Capac y Cuzmango Capac, no tuvieron éxito. En ésta y en subsiguientes campañas, Pachakuti dejó el liderazgo a otros. En la etapa tardía de su vida, su hijo Topa Inga lideró los ejércitos incas. Una importante campaña contra tres Señores identificados como *capac*, fue llevada a cabo en las sierras norandinas, en lo que ahora es el Ecuador. Los señores -Pisar Capac, Canar Capac y Chica Capac- ofrecieron resistencia. Aún cuando se dijo que estos Señores habían sido tomados prisioneros, uno de ellos, Pisar Capac, ofreció luego resistencia a los incas en Tomebamba, donde se alió con Pillaguaso, un capitán de la gente del área de Quito. Los incas habían anexado la sierra ecuatoriana antes de la muerte de Pachakuti.[8]

Cuando murió Pachakuti, los collas intentaron nuevamente su independencia. Esta vez, la resistencia fue ofrecida por los collas de Umasuyo, una subdivisión del territorio colla, al norte del lago Titicaca. Cuando los collas fueron conquistados por primera vez, los esfuerzos militares parecen haberse concentrado en Urcosuyo, una subdivi-

[8] Rowe, 1946: 206; Betanzos, 1a Parte, caps. XVIII-XIX: 87-97; Sarmiento de Gamboa, cap. 37: 75-77, cap. 38: 77-80, caps.40-41: 80-84, cap. 44: 87, cap. 46: 89.

sión del territorio colla, donde los colla Capac residían. En aquel tiempo, los pueblos del vecino Umasuyo se habían sometido pacíficamente. Tal vez a causa de las resistencias locales, Topa Inga reorganizó el área y creó entidades políticas diferenciadas allí. Este tópico debe ser discutido en más detalle, cuando sean discutidas las posesiones de las diferentes corporaciones dinásticas.

Topa Inga sometió la rebelión colla y condujo la campaña más al sur, anexando una serie de pueblos, incluyendo los del centro de Chile. Después de la muerte de su padre, la única otra campaña que Topa Inga dirigió fue en el Andesuyo, región densamente boscosa, al este del Cuzco. La expansión fue virtualmente completada para cuando Huayna Capac -el hijo de Topa Inga- heredó la autoridad paterna. Él hizo campaña en la frontera ecuatoriana, y anexó la provincia de Atacama, al norte de la región chilena sometida por su padre. Un esfuerzo defensivo fue organizado en la frontera al este de Sucre, para repeler las incursiones de pueblos autónomos que vivían más allá de las fronteras, identificados como chiriguanáes.

Huayna Capac murió súbitamente, poco antes de la invasión de los Andes por Francisco Pizarro y Diego de Almagro. Los esfuerzos para anexar territorios fueron oscurecidos por una guerra civil entre facciones de la elite cuzqueña. Esta guerra fue un desastre de grandes proporciones. Los capitanes de la facción victoriosa, estaban liderados por el hijo de Huayna Capac llamado Atahuallpa. Éste había estado en el Ecuador combatiendo junto con su padre y permaneció en este territorio con los ejércitos incaicos después que el cuerpo de su padre retornara al Cuzco, ordenando el exterminio de todos los miembros de la familia cuzqueña que se le opusieran. Los capitanes de Atahuallpa estaban en las fases iniciales de la toma de control del Cuzco cuando los interrumpió la invasión española.[9]

Cuzco era la sede de la autoridad imperial inca. Sobrevivió a la guerra civil inca sin destrucción. Los españoles que entraron en ella, por primera vez, a fines de 1533, comenzaron a entender lo que realmente se habían encontrado.

[9] Cieza, Segunda Parte (Señorío...), cap. IV: 149-150, caps. XLI-XLIII: 191-194; caps. LII-LV: 201-205; Sarmiento de Gamboa, caps. 49-50:. 95-97, cap.58: 104, caps. 60-67: 105-124; Rowe, 1985a: 215.

3. CUZCO

Debido a que los españoles llegaron al Cuzco en este momento, lo que vieron y describieron, fue un Cuzco que había sido transformado por la expansión inca. El trazado físico de la ciudad, el estilo de construcción, los numerosos santuarios de la ciudad y allende el valle –todo había sido alterado para reflejar el papel del Cuzco como centro de un imperio. La transformación, no obstante, era más compleja de lo que el ojo podía ver. Comprendía la readaptación de los residentes del Cuzco en una elite imperial, capaz de dirigir campañas militares a grandes distancias de su tierra natal, y llevar adelante proyectos ambiciosos en áreas extranjeras. También incluía educar y motivar a los miembros de esa elite, para continuar adelante con sus propósitos.

Para comprender la transformación de las estructuras físicas y sociales del Cuzco, necesitamos consultar nuevamente a Sarmiento y Betanzos. Ambos tienden a dar crédito de todas las innovaciones a un solo gobernante: Pachakuti. La tradición oral puede incorporar eventos que tuvieron lugar dentro de un largo período de tiempo, como parte de una sola actividad, o reordenar secuencias completamente,[10] pero la descripción de como creció el Cuzco, nos puede dar una comprensión general del proceso. En el esquema que sigue, nuestro tema es el Cuzco, y no con la visión de un individuo en particular.

Betanzos describe una importante política constructiva conducida por Pachakuti en el valle del Cuzco. Reconstruyó la ciudad y remodeló Indicancha (desde entonces denominada Coricancha o "recinto de oro"). Igualmente desarrolló varios proyectos de canales en el valle, como parte de una reforma que anexó tierras en un área de 10 km en torno a la ciudad, en beneficio de sus residentes.

Pachakuti, durante este tiempo, invitó a venir a la ciudad a los principales señores de la región aledaña al Cuzco que le habían jurado obediencia. Él había proyectado un sistema de aprovisionamiento de la ciudad y permitir a la gente de la región, partir a largas campañas sin perder sus medios de mantenimiento en su sitio de origen. El plan comprendía la distribución de tierras, fijación de linderos permanentes y construcción de depósitos de almacenamiento. También incluía la provisión de comestibles para el Cuzco. Inicialmente estas provisiones

[10] Vansina, 1985: 130-133, 176-178.

eran para sustento de la gente que trabajaba en las obras de construcción del valle, luego Pachakuti organizó el tributo de productos textiles, incluyendo telas para trasladar cargas de tierra y piedras, de tal modo que la gente que trabajaba en los proyectos no tuviera que usar la suya propia.

Parte del proyecto de Pachakuti era casar a los señores con mujeres de su propio linaje. Sus descendientes, que heredarían la autoridad señorial, deberían estar unidos por vínculos de afinidad a la dinastía inca. También envió a sus representantes a los territorios de los señores e hizo casar a los hombres jóvenes de un grupo, con mujeres del otro, afirmando los lazos intergrupales. La gente que se casaba recibía ropa de regalo y los elementos caseros que podía necesitar.

El resultado de esta actividad fue un territorio con grupos vinculados con el Cuzco y entre ellos mismos, que podían abastecer las necesidades básicas de la población urbana. Cada cuatro meses la gente del Cuzco recibía lo que necesitaba, procedente del tributo de sus territorios.[11]

Lo que Betanzos no nos cuenta es quiénes eran estos señores, exceptuando a aquellos que habían jurado obediencia a Pachakuti. Sabemos que el status de Inca fue extendido a un número dado de grupos que residían en el entorno del Cuzco. Ellos eran conocidos como orejones, e iniciados dentro del status inca llevaban orejeras, pero no eran miembros de los linajes dinásticos incas –esto es, no estaban necesariamente relacionados a la línea masculina de Manco Capac. Ellos han sido llamados "incas de privilegio".

La transformación del Cuzco afectó tanto a la ciudad como a su entorno, así a los miembros de la dinastía como a la población en su conjunto. Pero, antes que fuera desarrollado este ambicioso programa, ¿cómo era el Cuzco?

La imagen del Cuzco temprano que puede ser extraída de la narrativa histórica es la de una pequeña comunidad agrícola localizada en el sitio de Indicancha. En una lista de santuarios incas, en Cuzco, aparece un recinto pequeño -denominado Caritampucancha- donde se indica que allí Manco Capac fundó el Cuzco. El recinto estaba localizado dentro de los muros del convento de Santo Domingo. Indicancha aparece también en la lista, descrito como una pequeña casa donde vi-

[11] Betanzos, primera parte, cap. XI: 49-53, cap. XII: 55-58, cap. XIII: 59-63.

vían las hermanas del primer Inca. En excavaciones dentro de Santo Domingo y justamente hacia el noroeste, en estructuras sobre la calle San Agustín, se ha encontrado cerámica y arquitectura con rasgos propios del período anterior al de los estilos inca imperiales. Los restos arqueológicos apoyan la localización del asentamiento temprano dado por las fuentes de Sarmiento.

Hay más información sobre el asentamiento en aquellas mismas fuentes. Estaba localizado en el área entre los ríos Huatanay y Tullumayo, desde Santo Domingo hasta el lugar donde se juntan los dos ríos; y estaba compuesto por cuatro "canchas" o recintos: Quinticancha, Chumbicancha, Sayricancha y Yarumbuycancha. Es aquí donde los descendientes de Manco Capac vivieron hasta el tiempo de Inga Roca, quien construyó en tierras ubicadas encima del asentamiento previo. Este Inca también desarrolló o reconstruyó los canales de riego que distribuían agua a los campos cultivados por los cuzqueños. Al redistribuir el agua, pudo hacer más deseable el asentamiento en el área encima de Indicancha.

Desde el tiempo de Inga Roca en adelante, cada Inca construyó sus casas, prefiriendo no ocupar las de la generación precedente. Los sitios de los varios palacios se pueden identificar. Si consideramos al Cuzco como el lugar de residencia del linaje inca, entonces podemos inferir que el Cuzco se expandió progresivamente en este período, ocupando las tierras encima de Santo Domingo. La conexión entre la expansión del Cuzco y el posterior desarrollo de la irrigación, indica que el carácter agrícola y rural del asentamiento no cambió.

Por contraste, la reorganización del Cuzco atribuída a Pachakuti fue una súbita marcha frente a la construcción gradual previa. Se dice que Pachakuti dio a la ciudad una nueva planificación, definió las principales calles y diseñó las estructuras a ser construidas en los barrios que fueron creados. La reorganización incluyó mover a los residentes fuera de sus casas y en asentamientos cercanos a la ciudad, demoliendo sus casas hasta el suelo y construyendo la ciudad nuevamente desde sus bases.

El plano de Cuzco tiene la configuración general de un puma. La fortaleza de Sacsahuaman, encima de la ciudad, era la cabeza; la plaza principal, llamada Haucaypata, estaba localizada entre las patas delanteras y traseras; Coricancha, debajo de la cola del puma, podemos identificarlo con los órganos sexuales del animal. El diseño del puma

era todavía fácil de identificar en el siglo XIX, y al menos dos calles que están dentro del diseño del puma, llevan aún nombres que identifican las partes anatómicas del animal (*pumachupa*, "cola del puma", *pumacurco*, "espalda del puma"). El "puma" está localizado enteramente dentro del espacio de los ríos Huayanay y Tullumayo.

La reedificación del Cuzco implicó un trabajo adicional en los sistemas de canales que abastecían agua para los cultivos. La distribución de agua a las tierras agrícolas existentes entre los dos ríos pudo haber sido alterada grandemente en ese tiempo, y el mismo Cuzco debió haber tomado un carácter más urbano.

La reconstrucción del Cuzco, de acuerdo con Betanzos, fue hecha con los más finos materiales y usando los mejores métodos de construcción conocidos en la época. La construcción tomó aproximadamente veinte años. Sarmiento describe el fino trabajo de la piedra, bien encajada y pulida, que fue usado en los edificios.[12] Estas estructuras estaban claramente bien mantenidas cuando Betanzos y Sarmiento escribieron. Sus restos son aún visibles en la base de los edificios erigidos posteriormente, encima de ellos, por los españoles, que prefirieron que las construcciones reflejaran los estilos arquitectónicos de España. Dos grandes terremotos, en 1650 y en 1950, han destruido el Cuzco por dos veces desde entonces; no obstante, testimonios tomados después del primer terremoto, indican que las construcciones incaicas, de mampostería de piedra, fueron escasamente afectadas.[13]

Dos construcciones son particularmente importantes. Una es la fortaleza de Sacsahuaman, encima del Cuzco. Los muros monumentales de Sacsahuaman, con su planta característica en zig-zag, recuerdan a otra fortaleza inca construida en Bolivia, probablemente durante el mandato de Topa Inga. Sarmiento atribuye la construcción de Sacsahuaman a este Inca. Los muros de Sacsahuaman muestran que su construcción tuvo al menos dos fases principales, sugiriendo que después de construida se llevó a cabo una reconstrucción. Detrás de los muros monumentales, y en la cresta de la colina que domina el Cuzco, hubo varias estructuras. Estas construcciones fueron desmanteladas para construir el Cuzco español, y solo para la edificación de la catedral, fue

[12] Guaman Poma: 84, 117-118, 337, 740; Rowe, 1979: 54-57; González Corrales, 1984: 37-45; Sarmiento de Gamboa, cap. 13: 40-41, cap.19: 49-50, cap.30: 67, cap.32: 70, cap. 53: 100-101; Rowe, 1967: 60 (nota 21 y pl. XXXIV); Betanzos, 1a parte, cap. XIII: 59-61, cap. XVI: 77-78.

[13] AGI, Lima 110, f.10 [1650].

acarreada una gran cantidad de piedra de la fortaleza. Las excavaciones en el área revelan los cimientos de muchos edificios, incluyendo una construcción circular que pudo haber sido una de las torres observadas en descripciones tempranas.

La fortaleza fue usada por los incas en 1536 para atacar la ciudad de Cuzco, entonces tomada por los españoles. Éstos, para retomar la fortaleza, tuvieron que combatir hasta el arroyo de Carmenqa, y entonces retomar cada una de las monumentales murallas antes de poder conducir una campaña final contra la gente que defendía las torres. No tenemos descripciones de cómo fue defendida la fortaleza antes de la llegada de los españoles, pero las descripciones de choques militares durante la época de la expansión inca indican que era común asediar a un enemigo situado en una posición de defensa. Si tal fuera el caso, los incas debieron haber planeado retirarse desde la ciudad hacia las torres. Este no fue, no obstante, el plan durante la invasión chanca, cuando los incas combatieron en el escampado y cerca de la ciudad.[14]

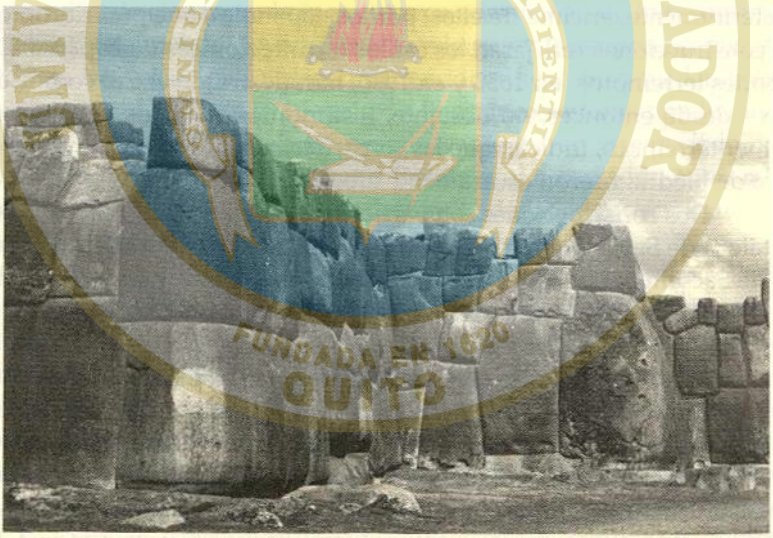


Foto 29, Murallas de la "fortaleza" de Sacsawaman, Cuzco, Perú, s. XIV d. C.

[14] Sarmiento de Gamboa, cap.27: 63, cap. 53: 100-107; Lee, 1988: 49-60; Valcárcel, 1934, t. III (1-2); Cieza, Segunda Parte (Señorío...), cap. XLVIII: 197-198.

La fortaleza, o sus estructuras, tenían también un carácter sagrado. Uno de los santuarios incas fue un sitio llamado Sabacurinca, labrado en piedra y localizado dentro o cerca de Sacsahuaman; era venerado y se le hacían sacrificios. En la relación donde se describe el santuario, se nota que la fortaleza era venerada por su causa. Desafortunadamente, esta breve descripción no nos ayuda a comprender lo que la fortaleza significaba para los incas.

Coricancha, en el otro extremo, estaba asociado al culto incaico al Sol. Aunque las narraciones en español lo llaman "templo" o "templo del Sol", él tenía un carácter residencial. No aparece como un santuario en la lista más completa que ha sobrevivido, pero aparece en otra pequeña como "casa de oro" y descrita como "casa del Sol". El Sol tenía tierras y podía tener esposas, como se describirá más adelante, así que una "residencia" sería lo apropiado. No era necesaria una arquitectura religiosa separada.

Hoy en día, la iglesia y claustro del convento de Santo Domingo están situados encima de los restos del Coricancha. Cuatro cuartos del complejo fueron reutilizados en la construcción del claustro. En dos de ellos, se ha removido las adiciones realizadas en el período colonial español, poniéndose en evidencia la alta calidad de la construcción en piedra.

Aunque los incas también edificaron importantes construcciones en adobe, los varios estilos de mampostería en piedra que han sobrevivido, proporcionan un testimonio silencioso en apoyo de la imagen del pasado inca que está contenida en las narraciones de la época. Varios sitios que han sido ligados al linaje de Pachakuti –cuyos miembros sobrevivieron dentro del período colonial– exhiben el estilo particular de trabajo en piedra encontrado en construcciones como Coricancha, que fue reconstruida en la época de la reorganización del Cuzco. Este estilo contrasta con el de los edificios que fueron construidos durante el mandato del hijo de Pachakuti, Huayna Capac, o durante el período colonial temprano, cuando el arquitecto que diseñó algunas de las edificaciones de Huayna Capac aún estaba en actividad.[15]

Aunque no hay forma de validar la versión de la reconstrucción del Cuzco encontrada en las narrativas históricas, las monumentales construcciones evidencian que alguien movilizó sustanciosos recursos humanos y materiales para lograrlo. La mampostería de piedra se

[15] Rowe, 1979: 17, 22-23, 72 (app.); Rowe, 1944: 26-41, fig.9; Gasparini y Margolies, 1980: 220-234; Niles, 1988.

COLEGIO BIBLIOTECA UNIVERSIDAD CENTRAL

originó en un artesano o un grupo de ellos, que desarrollaron el corte y encajamiento de la piedra hasta un grado impresionante. El diseño y detalles de las construcciones individuales también indican que –en años tempranos como el tiempo de Huayna Capac– se concedía atención al diseño arquitectónico, aun cuando son claramente evidentes sus lazos con la edificación vernacular. Los restos materiales dan cuenta de un programa de construcciones monumentales muchas décadas antes del arribo español.

Sería un gran error considerar al Cuzco como una mera colección de edificios monumentales. La arquitectura monumental es solo un signo visible y externo de una transformación de otro tipo. Los incas reinvindicaban ser descendientes del Sol, una importante entidad sobrenatural. El Cuzco fue reedificado para reflejar el carácter sagrado del sitio y de los seres especiales que lo habitaban.

La narración de Betanzos es particularmente valiosa como un vehículo para saber de una ideología que vincula a la gente del Cuzco a una sola empresa imperial. Betanzos describe lo que es en efecto la consagración del Cuzco, tanto como un sitio así como un pueblo. Antes de la reconstrucción de la ciudad, Pachakuti planificó construir una casa para el Sol. Este ser sobrenatural –y su existencia fue algunas veces confundida con otro llamado Vicacocha– se había aparecido a Pachakuti en un sueño en la víspera de la invasión chanca. El Sol había revelado a Pachakuti que los incas eran sus hijos y que éstos deberían ser conocidos como hijos del Sol. Fue elaborada entonces una imagen del Sol, para que residiera en la casa que Pachakuti planificó. En la edificación y consagración de la casa del Sol, les cupo un rol principal a los pueblos vecinos que habían ayudado a Pachakuti a derrotar a los chancas. Cuando las piedras fueron medidas en la cantera de Salu, la tarea de trasladarlas y construir la casa fue dividida entre estos vecinos.

En la reconstrucción de Indicancha y el establecimiento de previsiones para apoyar el culto al Sol, descrito más adelante, fue mantenido un ofertorio. Los señores del Cuzco contribuyeron con grandes cantidades de maíz, vestimenta fina y camélidos, también con un cierto número de muchachos y muchachas para sacrificio. Un gran fuego fue prendido y quemados ropas finas y camélidos. Los niños, en un tipo de sacrificio conocido como *capacocha*, fueron incinerados vivos en el sitio. Con la sangre de los animales sacrificados, ciertas líneas fueron diseñadas en la nueva edificación para Pachakuti y varios de sus capi-

tanes. Otras líneas también fueron delineadas por todos ellos en el rostro de la persona que debía tener el gobierno de la casa del Sol, y en las caras de las 500 mujeres que debían servir al culto. Entonces la gente del Cuzco, hombres y mujeres, hicieron ofrendas de maíz y coca. Hecho esto, recibieron también marcas faciales, esta vez del jefe de la casa del Sol. De allí, hasta cuando la imagen del Sol fue finalizada, fue decretado ayuno y el fuego del sacrificio fue mantenido constantemente prendido.

Cuando la imagen -una figura tridimensional del tamaño de un niño, realizada en oro- fue acabada, se le vistió cuidadosamente por el jefe de la casa del Sol, con varios accesorios. Era mantenida haciéndole ofrendas en un fogón colocado frente a él, iniciando una costumbre que fue cuidadosamente mantenida por el jefe de la casa del Sol. Desde entonces, solo señores importantes eran admitidos ante la presencia de esta imagen. En la plaza central del Cuzco, fue colocada una representación lítica, modelada como un pan de azúcar. Cuando la imagen principal estuvo terminada, fue conducida a través del Cuzco para bendecir el sitio. Al tiempo del ofertorio, fueron enterradas al pie de la piedra, en la plaza mayor, figuras de oro en miniatura, representando los linajes que descendían de Manco Capac. A partir de ese día fueron sacrificados camélidos a la imagen de piedra. Betanzos relaciona la consagración con el tratamiento requerido para los nobles del Cuzco en las provincias. Los incas de la ciudad del Cuzco eran adorados como miembros del linaje del Sol y se hacían sacrificios (*arpa*) ante ellos. La ciudad en sí misma era sagrada. Los viajeros, no importa cuán importantes fueran, debían aproximarse a la ciudad llevando una carga. Los puntos donde los viajeros verían la ciudad por primera vez, a lo largo de los caminos, eran santuarios.[16]

¿Realmente consagró Pachakuti la ciudad de esta manera? Debe haber habido algún tipo de ofertorio ocasionado por la construcción de edificios asociados con el culto solar o por la monumental reconstrucción de Cuzco. Si el ritual en homenaje a un importante ser sobrenatural ocurrió o no, no es realmente importante. Lo que importa es que la historia da una base para la idea que los incas eran una clase de seres semi-sobrenaturales y, a causa de ello, debían ser obedecidos y respetados.

---

[16] Betanzos, primera parte, cap. VIII: 32, cap. X: 49-50, cap. XI: 50-53; Polo de Ondegardo (1940): 146; Rowe, 1967: 62 y nota 38; Rowe, 1979: 26-27, 36-37, 54-55, 56-57.

4. LOS INCAS

Dentro del grupo de gentes identificadas como incas, existían claras diferencias de estatus. No todos podrían trazar su descendencia de Manco Capac. En la historia del nacimiento del imperio Inca, se observa que algunos de los pueblos que tenían el estatus inca en tiempos de la llegada de los españoles, tenían vínculos genéticos con el linaje de Manco Capac, que databan del tiempo de los "orígenes". Todas estas gentes no pudieron haber sido sus descendientes. Además, Manco Capac traía consigo diez grupos de personas del área de Tambotoco que no eran sus descendientes, incluyendo grupos que descendían de dos de sus hermanos. Los descendientes de todos estos grupos estuvieron presentes al momento que fueron escritas las narraciones que se inspiran en la tradición histórica inca, excepto los que abandonaron el Cuzco o fueron exterminados cuando los incas llegaron.

La versión de los orígenes incas, según es registrada por Sarmiento, es realmente la historia de cómo la concebían los diversos pueblos que residían en el Cuzco cuando llegaron los españoles. Ella incluye información sobre las diferencias de estatus entre los pueblos que fueron parte del gran grupo identificado como inca. El pasado, en este caso, sirve para justificar y explicar aspectos de la organización social del Cuzco. Puesto que, de acuerdo con la narrativa de Betanzos, Pachakuti rediseñó el orden social y ceremonial del Cuzco con la misma libertad que usó para reconstruir la ciudad, la imagen que nosotros podemos tener de la población es la que nace de sus esfuerzos. Parece haber ocurrido una gran proeza de ingeniería social; la causa era crear un paisaje físico y humano que reflejara el nuevo estatus de la dinastía inca. La reforma alteró principios de descendencia e introdujo elaborados procedimientos rituales, donde se hacían manifiestas las diferencias de estatus.

Descendencia

La clave de la reforma fue la redefinición de la descendencia dinástica. Por tanto, para esclarecer la reforma, los principios de la descendencia inca deben ser previamente delineados. La afiliación con un grupo de descendencia parece haber estado determinada por línea masculina. Mientras que la naturaleza dual del género fue utilizada to-

talmente por los incas en sistemas de representación simbólica, los descendientes de Manco Capac, masculinos y femeninos, aún trazaban su linaje a través de la línea masculina hacia sus antecesores. Varios estudiosos han llegado a esta conclusión; no obstante, en años recientes ha ganado cierta aceptación un reconocimiento bilateral (a través de ambas líneas, paterna y materna). La descendencia bilateral fue impuesta sobre la población nativa de los Andes por el derecho español y la política de evangelización, y su imposición oscurece sistemas anteriores.[17] El argumento de la filiación a través de la línea paterna se basa en el sistema de términos de parentesco preservados en diccionarios de la lengua inca, así como en otras fuentes de apoyo.

No intentamos aquí reconstrucción alguna del sistema de descendencia inca, pero algunos principios deben ser delineados. Los términos de parentesco marcan el género (del que habla y del informante), la generación y edad relativa entre individuos de la misma generación. Ellos pueden también ser clasificatorios, esto es, pueden extenderse a gente que está más distantemente relacionada. Por ejemplo, la palabra *pana*, o hermana cuando el informante es un hombre, también significa prima. De este modo, el significado de hermana se extiende a los familiares femeninos de la misma generación.

Es evidente un fuerte peso de la generación. El término para generación es *viñay* , del verbo *viñachini*, que significa "nutrir o levantar". El término *viñaknaci* denota coetáneos, o aquellos que surgen juntos. Dentro de cada generación o grupo de hermanos, eran agrupados los hermanos del mismo sexo. Usualmente, los términos usados para afines (gente afiliada a un grupo a través del matrimonio) relacionaban a una persona a un grupo de hermanos del mismo sexo, o relacionaban los grupos unos con otros. El sistema, entonces, localizaba a un hombre con referencia a sus hermanos y hermanas clasificatorios (sus hermanos y hermanas biológicos y sus primos), a sus hijos y a los hijos de sus hermanos clasificatorios.

La mujer era localizada en una forma algo similar, con referencia a sus hermanos clasificatorios (sus hermanos y hermanas biológicas y sus primos) y los hijos de sus hermanos clasificatorios. La semejanza no es completa debido a que los hijos e hijas de la mujer son miembros del grupo de descendencia de su padre. Un hijo es *churi* para su padre;

[17] Sarmiento de Gamboa, cap.13: 33-34; Rowe, 1946: 254; Lounsbury, 1986: 131-134; Zuidema, 1967; 1977: 240-255; Silverblatt, 1987: 4-5.

una hija *huarmi churi* (literalmente "churi hembra") o *ususi*. En contraste, los hijos de una mujer son *huahua*. *Huahua* es el término genérico para vástago, usado igualmente para hombres y animales.

Muchos términos de parentesco se refieren también a miembros del grupo de descendencia de uno mismo. Uno es *huaoque*. A la par que significa hermano de un hombre, o primo, también significa un miembro del grupo de descendencia del hombre, de la misma edad o mayor. El término *panu*, usado por un hombre para referirse a su hermana, también señala a un miembro de su grupo de descendencia. *Churi* es el nombre usado por un hombre para referirse no solamente a sus hijos, sino a todos los miembros de su grupo de descendencia menores en edad que aquellos. Es significativo que un hombre llame a su hija *huarmi churi*, lo que como dijimos, significa "churi hembra".[18]

Cuando los incas decían que eran "*intipchurin*", no estaban diciendo que eran "hijos del Sol". Ellos estaban diciendo que eran miembros de un grupo de descendencia compuesto de hombres y mujeres que trazaban su descendencia desde el Sol. Desde que los primeros ancestros humanos del grupo fueron Manco Capac y su hermana, este par presumiblemente fue el conducto para la relación del Inca con su sostenedor solar.

Las mujeres eran también miembros de un grupo de descendencia afiliado por línea masculina, pero ellas se casaban fuera de él, y una serie de términos marcaban la nueva relación entre su grupo de descendencia y aquél de su esposo. El término *caca* o *cacay* ubica a varios hombres relacionados a un grupo de descendencia a través del matrimonio. Por ejemplo, un hombre llamaba a su padre político *caca*; un hombre y su hermano político se llamaban *caca* entre ellos.

En nuestro sistema de reconocimiento, estos parientes son afines, esto es, ellos están relacionados por matrimonio, pero los incas también usaban el término para referirse a parientes consanguíneos. El término *caca* era usado para referirse a la madre del hermano, quien, como los parientes políticos definidos por el mismo término, no eran miembros del grupo de descendencia del hombre. Mientras nuestro sistema de reconocimiento (y el sistema español introducido en los Andes) considera a la familia nuclear como el núcleo del sistema de parentesco, con la consanguinidad reconocida en ambos lados por un nume-

[18] Holguín, 1608 (1952): 122, 184, 270, 351, 359; 1607 (1842): ff.96v 97.

ro específico de generaciones, en el sistema inca los límites entre la familia nuclear y otros parientes no eran tan distintos, y los límites entre los grupos de descendencia reconocida a través de la línea masculina, eran importantes.

Por ejemplo, los individuos relacionados a Anaguarque, la esposa de Pachakuti, eran identificados como "cacacuzcos". Ellos eran miembros de un grupo de descendencia relacionado por matrimonio a los descendientes de Manco Capac y su hermana. Debido a que Sarmiento nos cuenta algo acerca de los orígenes de cada mujer que se casaba con la cabeza del grupo descendiente dinástico, en cada generación, nosotros podemos identificar otros grupos de *cacacuzcos*.

Al trazar la descendencia de un ancestro cimero, debía identificarse con precisión quién fue miembro y quién no. No había superposición entre los grupos de descendencia. Claramente, existieron varios grupos de personas que vivieron en el Cuzco y no tenían su descendencia desde Manco Cápac; por ejemplo, los descendientes de dos de sus hermanos. Mientras que los miembros de estos grupos eran considerados como incas, y sus vínculos con los descendientes de Manco Cápac podrían haber sido genealógicas en algún sentido, sus miembros no eran parte del grupo de descendencia dinástico inca.

Cuando los españoles llegaron al Cuzco, el grupo dinástico de descendencia estaba subdividido en once grupos denominados *panacas*. Cada cual trazó su descendencia desde uno de los once reyes hereditarios, que eran figuras prominentes en las narrativas históricas registradas por las fuentes cuzqueñas. En la narrativa de Sarmiento, la historia de vida de cada rey es seguida por una referencia al nombre de la *panaca* y a sus representantes, que vivían en el Cuzco cuando Sarmiento escribió. El proceso de segmentación que creó las *panacas* es una parte integral de la narrativa. No obstante, la historia narrativa de los incas proporciona evidencia de una reforma de reglas de descendencia de alguna forma coincidente con la reorganización del Cuzco. Parte de la reforma, fue la institución del matrimonio con la hermana. Un modelo de alianza matrimonial, con grupos no incas, es evidente por muchas generaciones en la sucesión dinástica, hasta la generación de Pachakuti, como ya se ha anotado. El modelo fue abruptamente alterado por Pachakuti, quién caso a su hijo Topa Inga con su hermana total, Mama Ocllo, y permitió a la pareja sucederle mientras vivía. De allí en adelante, la pareja que lo sucedería como la cabeza política de la dinastía, debe-

ría ser un hermano y hermana totales. La institución del matrimonio con la hermana, fue una partida abrupta desde el pasado. Las alianzas matrimoniales con gentes no incas o con grupos relacionados, llegaron a su final. ¿Pero qué trajo esta innovación en la práctica dinástica?

Cuando examinamos otras circunstancias que rodean a la sucesión de Topa Inga, un motivo parece evidente; Sarmiento nos cuenta que Topa Inga no fue el hermano elegido en el primer momento para la sucesión, Pachakuti había nominado a Amaro Topa, un hijo mayor que ya había demostrado ser un comandante militar efectivo. Pero Pachakuti cambió de idea y designó a Topa Inga, quién había estado oculto por 15 ó 16 años en la casa del Sol, y a quien nadie había visto "excepto como un favor especial". Cuando fue tiempo para la iniciación de Topa Inga, su padre inventó un rito enteramente nuevo, construyendo otras cuatro casas para el Sol y desarrollando una nueva y elaborada ceremonia de acceso. Finalmente, Amaro Topa fue presentando a su hermano; cuando vió la riqueza y los importantes señores que rodeaban a Topa Inga, él cayó en actitud de reverencia. Entonces Pachakuti llevó a Topa Inga a la plaza principal con todas las más importantes imágenes, en una gran y suntuosa exhibición, que nadie había visto antes en el Cuzco. Fueron incineradas ofrendas a Topa Inga en un fuego de sacrificio. A continuación vino la iniciación de Topa Inga y luego su matrimonio con su hermana total Mama Ocllo.[19]

Sarmiento relata estos eventos sin una interpretación de su significado. El matrimonio con la hermana coincide con el reconocimiento del carácter sagrado de Topa Inga y la inauguración de un culto a su persona. Si bien Sarmiento puso su atención en el emperador, nosotros podemos inferir que lo que ocurrió fue el reconocimiento que un estatus sagrado pasaba a través de la línea de los descendientes directos de Manco Cápac. Lo que ocurrió no fue tanto la sacralización de la persona del emperador, sino la sacralización del linaje en sí. Los incas eran *intipchurin*, "descendientes del Sol". Aquellos que conservaron su línea de sangre, incorporaban un mayor grado de lo sagrado que aquellos que nacieron de uniones entre hombres incas y mujeres que no estaban bien ubicadas en la línea de la descendencia dinástica, o que no tenían lazos genealógicos con Manco Capac.

---

[19] Sarmiento de Gamboa, cap. 29: 66, cap. 42: 84, cap. 43: 85-86; Pérez Bocanegra, 1631: 611-613; González Holguín [1607]: ff. 96v, 99; Rostworowski, 1993: 135.

Un escritor indígena posterior, Pachakuti Yamqui Salcamaygua, notó que Manco Capac no pudo encontrar a nadie que fuera una equivalente de su hermana, y se casó con ella para asegurar que los incas no fueran a "perder la casta". La idea de perder casta, a través del matrimonio con alguien de menor estatus, es predominante en la narrativa de Guaman Poma de Ayala, quién describe el ruinoso estado de los asuntos cuando la antigua práctica fue abandonada después del arribo español. Claramente, el matrimonio al interior del grupo dinástico, fue un medio de preservar el estatus especial que pasó a través de la línea de Manco Capac.

Otro motivo para casar a un hermano con su hermana, puede haber sido el eludir relaciones con parientes políticos. Entre los grupos andinos que todavía reconocen a los grupos de descendencia, la relación establecida por el matrimonio no es simétrica: el grupo al cual la mujer pertenece, ocupa una posición de prestigio superior, en relación al grupo en el cual ella se casa. Como se ha señalado, la información sobre el crecimiento del poder inca aparece codificado en la narrativa histórica. Subordinados en un principio a los ayarmacas, los incas alcanzaron paridad, en términos de jerarquía de poder, con el intercambio recíproco de mujeres en la generación de Yaguar Guaca. Al casarse dentro del linaje dinástico, los incas evitaron reconocer la superioridad del otro grupo. Al tiempo que Pachakuti casó a su hijo e hija, uno con otro, no hubo ventaja política a ser obtenida, por la búsqueda de una alianza matrimonial fuera del grupo de descendencia dinástico, solo una pérdida de estatus.

Debido a que este principio no está explícito en la narrativa, debe ser propuesto tentativamente. Sin embargo, en otras ocasiones, el matrimonio parece haber sido un medio importante de asegurar una posición superior sobre otros. Por ejemplo, Viracocha, el padre de Pachakuti, intentó derrotar al señor principal de la región del Titicaca a través de una alianza con un desafiante local a su autoridad. Cuando arribó al área del lago Titicaca, se encontró con que el retador había sido ya derrotado por el señor; las relaciones con su aliado potencial eran amigables, pero mientras brindaban fue ofrecido un matrimonio con la hija de su aliado; Viracocha deshizo el trato rápidamente, manifestando que era muy viejo para un matrimonio.[20] Si nosotros aplicamos la ló-

[20] Pachacuti Yamqui, f.8, p.197; Webster, 1977: 36-40; Cieza (Segunda Parte), cap. XLIII: 193-194.

gica delineada arriba, podríamos concluir que Viracocha no deseaba un matrimonio que simbolizara subordinación.

El comportamiento de Pachakuti de casar a mujeres de su grupo de descendencia con líderes políticos de grupos anexados al imperio, se hace transparente si la subordinación está implicada en tales matrimonios. Betanzos señala en varias ocasiones que Pachakuti y sus sucesores casaron a mujeres incas con señores locales, en el Cuzco y en otras partes. El matrimonio era un útil instrumento político.

Ahora es claro que la actividad reproductiva del propio emperador era importante para la dinastía. A más de asegurar la sucesión, al producir una pareja de hermano-hermana, que fueran a formar un nuevo segmento del grupo de descendencia dinástico, Pachakuti tomó a todas sus hermanas como esposas. Desde que la afiliación grupal era transmitida a través de la línea masculina, debió haber existido un premio al producir tantos vástagos como fuera posible. Las hijas debieron haber sido particularmente importantes, debido a que los mismos incas no deseaban "perder la casta", y a causa de que las mujeres eran un capital político importante más allá del Cuzco.

Aún cuando nosotros escasamente podemos penetrar este mundo exterior de cálculo genealógico y político, hay un tópico relacionado que no puede ser ignorado: la división del Cuzco en dos partes denominadas Hanansaya y Urinsaya. Betanzos relaciona las dos *sayas* a las reformas políticas de Pachakuti. Después de reconstruir el Cuzco, Pachakuti dividió el espacio residencial entre las varias *panacas* de su dinastía. Todas las *panacas* previas estaban establecidas en Urincuzco, en el área entre los dos ríos, desde las casas del Sol a la confluencia de los ríos. Esta área fue donde los incas vivieron hasta el tiempo de Inca Roca. Los tres capitanes que lo ayudaron a derrotar a los chancas y a consagrar a Cuzco, fueron asentados allí. El área de Hanancuzco, arriba de las casas del Sol, pasó a ser poblada por sus propios descendientes.[21] Sus habitantes eran los descendientes de Manco Capac que podrían trazar su descendencia hacia atrás, por las líneas masculina y femenina. Los habitantes de Urincuzco, en contraste, eran descendientes de Manco Capac solo por la línea masculina.

Las madres de los tres capitanes no eran incas, como tampoco eran los antepasados femeninos de los cuales las otras *panacas* nacían.

[21] Betanzos, primera parte, cap. XVI: 77-78, cap. XXXVI: 167, cap. XXXIX: 175, cap. XL: 179; Sarmiento de Gamboa, cap. 47: 93.

La división entre Hanansaya y Urinsaya fue más que una división entre dos distritos de la ciudad, ésta fue dividida -especial y conceptualmente- en mitades: el antiguo Cuzco, ocupando el mismo sitio que el asentamiento inca temprano, y poblado por generaciones descendientes de Manco Capac, asociadas con la antigua historia de la ciudad; y el nuevo, situado físicamente arriba del viejo Cuzco, y poblado por generaciones asociadas con la expansión inca, que reforzaba la línea sagrada de sangre al casarse tan cercanamente como fuera posible.

Organización ritual

Las nuevas divisiones espaciales pudieron haber afectado la residencia; ciertamente, las residencias de Pachakuti y los otros dos gobernantes que le sucedieron, fueron localizadas en Hanancuzco. No obstante, la gente que estaba afiliada a las *panacas* no tuvo que residir en la ciudad, pues pudo haber poseído propiedades rurales cercanas. En todo caso, no sabemos de prohibiciones inter-matrimoniales entre las dos divisiones. La residencia pudo depender más de circunstancias particulares que de la descendencia. La asociación entre grupos de descendencia y el espacio urbano del Cuzco fue fijado, no obstante, mediante obligaciones con el culto a los santuarios, localizados en diferentes distritos del Cuzco y en los campos vecinos. Eran servidos más de 300 santuarios (*huacas*).

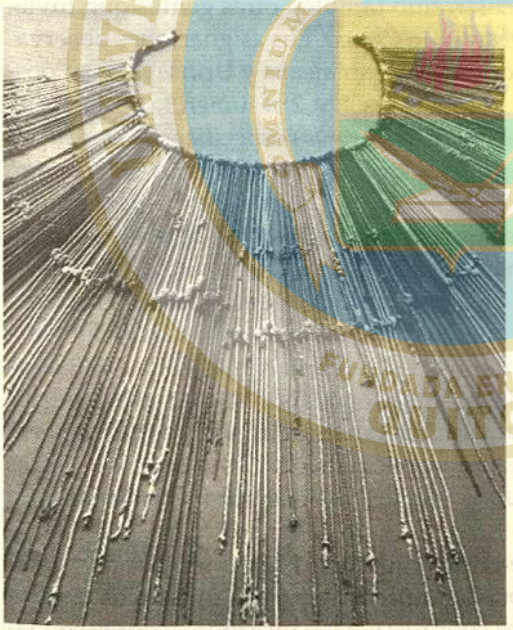


Foto 30, Un kipu inkaico desplegado, costa central del Perú.

La designación de los grupos de descendencia

para mantener el culto a los santuarios, debe haber sido registrada en un *quipo* -serie de cuerdas anudadas, suspendidas de un cordón central, que servía de ayuda para la memoria de la persona responsable de mantener la información. Los *quipos*, estructurados como listas, podrían representar cosas o sitios como números. Los ítems individuales eran representados por nudos. La lista de santuarios que ha sobrevivido puede haber sido leída originalmente de un *quipo*, con cada nudo registrando los santuarios a lo largo de un *ceque*, o "línea" particular. La mayoría de estas líneas conceptuales, se proyectaban hacia afuera de Coricancha, pero algunas parecen oponerse a otros *ceques*, como si algunos nudos hubieran sido adjuntados a los primeros nudos del *quipo*. Hubo 41 *ceques* en total y cerca de 328 santuarios.

Los grupos de descendencia cuzqueños, fueron encargados de cuidar del culto a los santuarios de un *ceque* en particular. De la lista de santuarios que ha sobrevivido, puede ser hecha una reconstrucción de las asignaciones. No solo las *panacas* fueron encargadas de mantener los santuarios de un *ceque* particular, sino también otras gentes que tuvieron vínculos históricos con el antiguo Cuzco. Las asignaciones observaban la división de Cuzco en dos *sayas* (Hanansaya y Urinsaya) y su posterior subdivisión en *suyos*. Los cuadros 1 y 2 resumen la reconstrucción de las asignaciones de santuarios de *suyos* específicos a los grupos de descendencia. Todos los grupos han sido señalados con un número, indicando el orden genealógico en el caso de las *panacas*, y una letra que indica si el grupo es una *panaca* (grupos descendientes de Manco Capac) o un *ayllo* (grupos no descendientes de Manco Capac). Entre paréntesis aparece el nombre del gobernante que fue el progenitor de cada *panaca*.

Además del mantenimiento del culto a los santuarios del Cuzco, tanto las *panacas* como los *ayllos* estaban asociados con los mismos *suyos* durante el rito anual de la Zithuwa, cuando la ciudad era purificada ritualmente. Las *panacas* y *ayllos* eran entonces emparejados, y este emparejamiento es mostrado en el cuadro 2. Los números y letras usados para codificar los grupos, son los mismos que fueron usados en el primer cuadro.

No tenemos una descripción de la organización social y ceremonial del Cuzco, pero se pueden apreciar muchos principios organizativos básicos, a partir de los cuadros: Cuzco incorporó grupos con lazos históricos con el sitio y no solo con el grupo de descendencia del linaje dinástico; respetó la división bipartita de la ciudad en Hanansaya

Hanansaya

Chinchaysuyo

10P/Qhapaq Ayllo (Topa Inga)
9P/Iñaca Panaca (Pachakuti)
6P/Wika K'iraw Panaca
1A/Chawin Qosco Ayllo
2A/Ayraca Ayllo

Andesuyo

8P/Zukzu Panaca (Viracocha)
7P/Awqaylli Panaca (Yaguar Guaca)
3A/Tarpuntay Ayllo
5A/Sañoq Ayllo

Urinsaya

Qollasuyo

4P/Uska Mayta Panaca (Mayta Capa)
5P/Apu Mayta Panaca (Capac Yupangui)
3P/Awayni Panaca (Lloque Yupangui)
6A/Sutik Ayllo
7A/ Maras Ayllo

Condesuyo

2P/Rawra Panaca (Sinchi Roca)
1P/Chima Panaca (Manco Capac)
9A/Maska Ayllo
10A/Qesqo Ayllo

Lámina 18, Asignaciones de panacas y ayllos a suyos.

Chinchaysuyo	10P/1A	8P/3A	Andesuyo
	9P/2A	7P/5A	
	6P/4A		
Condesuyo	4P/6A		Qollasuyo
	2P/9A	5P/7A	
	1P/10A	3P/8A	

Lámina 19, Emparejamiento de panacas y ayllos.

y Urinsaya,y la posterior división de las dos *sayas* en *suyos*; y fueron emparejados grupos dinásticos con grupos no dinásticos, en al menos un importante ritual público.

La elaborada organización del Cuzco debe reflejar la reorganización de la ciudad como la capital de un imperio. ¿Pero, era ésta la forma que tomó el Cuzco en el tiempo de la reorganización?, ¿o hubo posteriores modificaciones previas a la llegada de los españoles? La lista que ha sobrevivido no incluye la *panaca* del décimo primer y último gobernante, Huayna Capac. Si damos crédito a Pachakuti, el noveno mandatario, con la asignación de *panacas* y *ayllos* en el orden mostrado en el cuadro 2, entonces él acomodó no solo su propia *panaca*, sino también la de su hijo Topa Inga. En este caso, la organización puede haber estado completa con diez *ayllos* y diez *panacas*, sin cambio previsible. La institución del matrimonio con la hermana puede haber concluido el proceso de segmentación en *panacas*. De otro lado, la organización pudo también haber sido diseñada para incluir nuevas *panacas* y *ayllos* en sucesivas generaciones, o puede haberse alterado desde el tiempo de Pachakuti.[22] Si fue así, algunos mecanismos dieron lugar a la formación de nuevos *ayllos*, entonces las *panacas* fueron simétricamente emparejadas con los *ayllos* .

Según Betanzos, los hijos de un gobernante que hubieran nacido de mujeres no incas, formaban un grupo de descendencia separado.[23] Éste pudo haber sido el mecanismo para la creación de un nuevo *ayllo* en cada generación. Conceptualmente el nuevo *ayllo* era asociado con Urincuzco, debido a que los miembros individuales eran incas solamente en la parte de su padre. Dada una sucesión sin fin de gobernantes, el sistema podría ser expandido indefinidamente.

Visto desde la perspectiva de Pachakuti, el crecimiento en el sistema pudo no haber sido deseable. Para mantener la simetría en términos de asignaciones a Hanan y Urincuzco, las *panacas* descendían progresivamente de Hanansaya a Urinsaya, añadidas como nuevas, mientras que los *ayllos* ascendían gradualmente.

Si el intento de Pachakuti fue poblar Hanansaya con sus propios descendientes, la evolución del sistema a través de otras ocho generaciones, podría resultar en el desplazamiento de su *panaca* de Hanan a Urinsaya.

No importa cuál fue la intención, el autor del sistema no podría asegurar que sus descendientes no alterarían su trabajo. En cierto sen-

[22] Rowe, 1967: 61 y notas 21-22; 1979: 2-5; 1985b: 44-59, 70-71, tablas 7 y 8.
[23] Betanzos, primera parte, cap. XVI: 77-78.

tido, sin embargo, las nuevas *panacas* fueron simples extensiones de la propia *panaca* de Pachakuti. Las nuevas generaciones podrían continuar, pero el matrimonio de hermano y hermana, aseguraba extensiones de la *panaca* de Pachakuti, tan estrechamente como fuera posible.

5. INCAS Y HUACAS

El Cuzco, en sí mismo, era un lugar sagrado, ocupado por una raza de seres que cuidadosamente trazaron su descendencia desde un ente sobrenatural andino: el Sol. El vínculo genealógico con esta entidad sobrenatural parece haber conferido a los incas un estatus sobrenatural de un tipo dado. "Ellos eran más que hombres" decía un administrador español. El término *capac* era un calificativo, decía Betanzos, que significaba "mucho más que rey". Que los incas poseían cierto tipo de estatus sobrenatural, es apoyado abundantemente por la evidencia del tratamiento paralelo de los incas que fueron cercanamente relacionados a Manco Capac y a otros seres andinos sobrenaturales.

Eran también considerados como seres sobrenaturales, sitios y objetos sagrados conocidos como *huacas*. Habían varias distinciones importantes entre ellas, que no podemos entender del todo. La mayoría eran piedras. Algunas tenían forma humana –masculina o femenina– y eran hijos o esposas de otras *huacas*. Otras eran figuras de animales. Estaban cuidadas por personas específicas, que hablaban con ellas y tenían el encargo de hacerles ofrendas. Otra clase de *huacas* eran los cuerpos momificados de antepasados conocidos como *mallquis*. Ellos tenían también individuos que los cuidaban, y un plan ritual particular. Una tercera clase de huacas, llamadas *conopas*, eran destinadas a casas particulares. Uno de los niños —masculino o femenino— recibía los objetos sagrados cuando éstos eran entregados; y no eran divididos entre los vástagos.

Los reyes incas, desde los tiempos de Topa Inga en adelante, eran tratados en diversos sentidos como si fueran una de las importantes *huacas* andinas. Su estatus sobrenatural parece haber derivado de su relación con el Sol. Se decía que se incrementaba después de realizado el rito funerario conocido como *purucaya*, luego de un año de la muerte de un Inca reinante. El rito era también realizado después de la muerte de una mujer reinante, tanto que hay referencias específicas al rito de *puru-*

caya de Mama Ocllo, la hija de Pachakuti que fue esposa–hermana de Topa Inga. El rito se asemejó a una "canonización" para muchos autores, si bien la implicación paralela entre las momias de los incas y los santos católicos es solo aparente.

En la narrativa histórica de Sarmiento, Topa Inga es el primer Inca en ser tratado en vida como un ser sobrenatural. Desde el comienzo, su persona era tratada como una *huaca* importante. Los españoles que escribieron acerca de los incas con su propio concepto de parentesco, no entendieron plenamente las indicaciones del estatus sobrenatural de los descendientes de Manco Capac. Tal vez los candidatos a jefaturar el linaje dinástico después de la muerte de Huáscar y Atahuallpa carecían de vínculos fuertes con las líneas de sangre que tenían el estatus sobrenatural. Tal vez, la derrota de ambos -Huáscar y Atahuallpa- fue una indicación que el estatuto sobrenatural en sí mismo, se había devaluado. Sean cuales fueren las razones, cuando las narrativas describen el pasado, ellas preservan claras indicaciones del estatus sobrenatural del Inca. Por ejemplo, Sarmiento nos cuenta que cuando Topa Inga estaba en campaña en el norte, después de su coronación, él era tratado como una *huaca*. Nadie se atrevía a mirarle al rostro. La gente lo reverenciaba desde las crestas de las colinas, a distancia del camino que él recorría. Las ofrendas le eran hechas mientras pasaba. Algunos le ofrecían coca, y otros se arrancaban las pestañas y las soplaban hacia él. Este ultimo tipo de ofrenda era el que la gente más pobre podía ofrecer al Sol. En los pueblos que visitó, eran quemadas ofrendas frente adonde él se sentaba, del mismo modo como el Sol se "alimentaba".

La distancia mantenida es una indicación del estatus sagrado de la persona del rey. Cieza de León, un soldado español que mencionó este tratamiento, señalaba que los reyes eran muy temidos y que si un velo se deslizaba de la litera en la cual el rey era transportado, un gran clamor y lamento surgía de los espectadores. De otra parte, él dice que habían varias formas honoríficas de dirigirle la palabra como un signo de veneración.

El término que usa Sarmiento cuando se refiere al tratamiento ofrecido a Topa Inga era *mochar*, una corrupción española de una palabra inca de un particular tipo de veneración. *Mocha* era un tipo de sacrificio ofrecido a las *huacas*, realizado por especialistas en rituales. Consistía en levantar la mano izquierda hacia la *huaca* y abrir los dedos,

"como si diera un beso". Solo los especialistas se aproximaban a la *huaca* misma. Los del común eran ubicados en otra parte y participaban solamente en una invocación ritual posterior. Los seres sobrenaturales como el Sol y el Trueno, y los Incas reinantes, eran reverenciados de esta manera.[24]

El Sol era mantenido ritualmente y la alimentación ritual (la incineración de ofrendas) del Inca, un ser que también se nutría de alimento como cualquier otro ser vivo, solo servía para fortalecer el paralelismo entre el Sol y el gobernante inca. El paralelismo era igualmente evidente en otras formas; así, el Sol tenía casas en el centro del Cuzco, cerca a Indicancha, la residencia de la primera generación de incas, y en muchas de sus provincias; un gran numero de mujeres eran asignadas al servicio del Sol, como también lo eran los criados llamados *yanacona*. Para proveer las ofrendas y mantener las enormes casas del Sol, el culto era dotado con tierras y rebaños. Finalmente, el Sol poseía un gran tesoro propio. Estas pertenencias eran similares, en naturaleza y medida, a las que cada gobernante Inca –al menos desde Pachakuti en adelante– trataba de acumular en su vida.

Aun cuando no conocemos la magnitud de las pertenencias del Sol, en cada provincia la tierra era trabajada en beneficio de este ser sobrenatural y algunas provincias en su totalidad fueron dedicadas a este culto. Tal vez las pertenencias estaban vinculadas directamente con el personal y casas del Sol en estas áreas. Ellas eran administradas por un familiar cercano al Inca gobernante. Al tiempo del arribo de los españoles, el mayordomo del Sol era Vila Oma, un hermano de Huayna Capac.

Cada Inca tenía un patrimonio que estaba dotado de recursos similares, esto es, mujeres, criados, tierras, rebaños y tesoros.[25] Las esposas pudieron haber tenido bienes propios, y aún las imágenes, o *huaoque*, que algunas veces servían para representar lo que los incas te-

---

[24] Sarmiento de Gamboa, cap.44: 87; Cieza, 1553a cap. X: 157, cap. XIII: 160-161; ca.XX: 169-170; Cobo [1653] 1956, lib.13, cap. XXII: 303; Arriaga, cap.II: 201, cap. V: 213-214.

[25] Cieza, Segunda Parte, cap. XXVII: 176-178, cap. L: 199-200; Santillán, [1563]: 31, 102-103; Polo de Ondegardo [1561]: 183-185; [1571]: 19; Betanzos, Primera Parte, cap. XVII, segunda parte, cap. XXIX: 291; Santillán [1563]: 102-103.

nían como propiedad.[26] El culto a los antiguos gobernantes fue instituido, o al menos favorecido, por Pachakuti, quien hizo ofrendas a las momias de sus antepasados.

Las propiedades más evidentes de los incas, son las nacidas de la expansión, incluyendo algunas pertenencias ubicadas a una cierta distancia del Cuzco. Una descripción del patrimonio de Topa Inga, proporciona alguna idea de la magnitud y variedad de estos bienes. Este dominio, administrado por uno de sus nietos, al tiempo de la llegada de los españoles al Cuzco, consistía en lo siguiente: palacios en la plaza mayor del Cuzco; palacios en la región próxima al Cuzco, en Calispuquio, Chinchero, Urcos (ahora Urquillos) y Guayllabamba; la provincia de Parinacocha en las estribaciones orientales de la cordillera, al oeste de Cuzco, con una población sujeta de 4.000 familias; otra provincia en Quipa (cerca de Pucará) y Azángaro en el norte de la cuenca del lago Titicaca, con 4500 unidades familiares también sujetas, así como comunidades remotas en la región de Carabaya, al este del lago, para lavar oro; y, otra provincia en Achambi, en las laderas occidentales de la cordillera de los Andes, al sur del Cuzco (en la banda derecha del río Cotahuasi), con 4.500 familias sujetas.

Algunas propiedades debieron ser obtenidas por conquista militar y liquidación de la población residente. Pachakuti, por ejemplo, pudo haber adquirido propiedades, de esta manera, en el valle del Urubamba. Este Inca, después que se atentó contra su vida en el territorio de los cuyos, cercano a Pisac, destruyó a los cuyos y continuó su campaña hacia el valle inferior del Urubamba. Él tomó para sí varias propiedades en este territorio. Topa Inga, cuando puso fin a la revuelta colla, en tiempos de la muerte de su padre, enfrentó la resistencia en Asillo, lugar que pasó a ser parte de su propiedad. Las propiedades corporativas del Sol y particularmente de los mandatarios incas, eran similares en naturaleza a las posesiones de otras *huacas* importantes. Si los incas definieron esta institución a base de entidades sociales pre-existentes, o iniciaron los dotes a los santuarios, es un asunto que aún no puede ser respondido. Claramente, los gobernantes incas concedían tierras, mujeres, criados, rebaños y tesoros a ciertas *huacas*.

---

[26] La esposa de Pachakuti tenía dos pequeños poblados cerca del Cuzco, además de mujeres y *yanaconas* (Betanzos, primera parte, cap. XVII: 85). Los *huaoque* de Pachakuti también tenían casas, tierras, mujeres y *yanaconas* (Sarmiento de Gamboa, [1572]1906: cap. 47: 94.

Anualmente, representadas por imágenes portátiles, llegaban al Cuzco *huacas* importantes. Era para predecir lo que podría ocurrir en el año venidero. Las *huacas* cuyas predicciones del año precedente dieron buenos frutos, eran recompensadas en gran manera. Presumiblemente, las *huacas* podían ser castigadas; podían incluso ser muertas. Una *huaca* que había sido destruida era llamada *atisca*. La destrucción de una *huaca* brindaba la posibilidad de liberar los recursos usados en su culto.

Los Incas, el Sol y un número de *huacas* regionales tuvieron diferentes tipos de tratos entre ellos. Por ejemplo, aunque el Inca podía ofrecer bienes al Sol, también era posible tomarlos de vuelta mediante un juego conocido como *ayllusca*. El objeto del juego era hacer caer una culebra artificial, que había sido arrojada al aire, con *ayllus*, en este caso bolas. El ganador adquiría los bienes apostados por su oponente. El juego podía haber sido jugado también con otros seres sobrenaturales.

Una historia acerca del primer encuentro entre Topa Inga (durante su vida) y Pachacamac –la *huaca* más importante de la costa en tiempos de la expansión inca– nos da una pauta para entender otros aspectos de las relaciones entre los poderosos seres sobrenaturales. Cuando la madre de Topa Inga, Mama Ocllo, estaba embarazada del Inca, una voz vino de su vientre y le dijo que había un Creador que vivía en la costa, en el valle de Irma (por Ichma, el moderno valle de Lurín, al sur de Lima). La madre le contó lo sucedido cuando Topa Inga ya era adulto, y entonces el Inca decidió buscar a este ser sobrenatural; llegó al lugar que hoy es conocido como Pachacamac y pasó varios días en ayuno y haciendo oraciones, hasta que, finalmente, Pachacamac habló con él.

Pachacamac le contó a Topa Inga que Él había hecho todas las cosas "de abajo", que nosotros interpretamos como "en la costa". También le dijo que el Sol era su hermano, que había hecho todas las cosas "de arriba", esto es en la sierra. Topa Inga, y la gente que estaba con él, ofreció grandes sacrificios a Pachacamac. Cuando fue preguntado por el tipo de sacrificios que desearía él tener, Pachacamac –quién estaba hablando desde el interior de una piedra– le dijo a Topa Inga que tenía una mujer y niños, y que los incas deberían construir una casa para él. Topa Inga construyó una casa para la divinidad, en Pachacamac. Este también le dijo a Topa Inga que tenía cuatro hijos: uno en el valle de Mala, en la costa al sur; otro en Chincha, en la costa aún más al sur; el

tercero en Andahuaylas, en la sierra, cerca al Cuzco; y, el cuarto, una imagen portátil que dio a Topa Inga.[27]

Esta historia parece haber sido relatada desde una perspectiva inca, pues elude decir que ya existía un santuario en Pachacamac. El santuario, conocido por estudios arqueológicos desde comienzos de este siglo, existió en el mismo lugar desde medio milenio antes de la expansión inca. No sorprende que se use el parentesco para describir las relaciones entre Pachacamac y otros seres menores, también como entre Pachacamac y el Sol; en la historia, Pachacamac y el Sol son hermanos. Es interesante que no se exprese ninguna relación jerárquica particular: los dos son creadores, en su propio derecho, y progenitores de seres sagrados; Pachacamac de *huacas*, y el Sol de los incas. En esta historia está incursa la idea que hay más de un Creador, y que el Sol fue un importante creador. Otras narraciones inspiradas en fuentes cuzqueñas, muestran una visión diferente: el Sol estaba subordinado a una deidad suprema frecuentemente llamada Viracocha Pachayachachi, que había creado todo.[28]

6. PROVINCIAS

Incas y *huacas* tenían tierras, rebaños y criados. Algunas de estas propiedades podrían ser provincias enteras. El patrimonio de Topa Inga, como se ha señalado, incluía muchos territorios distantes del Cuzco: Parinacochas, Azángaro y Achambi. Dos islas frente a la península de Copacabana en el lago Titicaca, y la península misma, eran un territorio dedicado al culto del Sol. En algunos casos, las propiedades de Topa Inga no formaron una provincia separada pues estaban entremezcladas con los bienes del Sol. Tanto los bienes de ciertos Incas, como los de importantes seres sobrenaturales -colocados juntos en alguna forma o no- eran territorios circunscritos, separados físicamente de otros tipos de provincias.

---

[27] Cieza de León, Segunda Parte, cap. XI: 157-159; Betanzos, primera parte, cap. XVII: 85-86; Rostworowski, 1993: 269; Anton Siguan y Anton Tito, en Levillier, 1940, II: 113; Sarmiento de Gamboa, [1572]1906: cap. 34: 71-72, cap. 50: 96-97; Rowe, 1990: 144-45; Cieza, Segunda Parte, cap. XXIX; Santillán [1563]: 32-35; Albornoz, 1967: 164, 175, 196.

[28] Rowe, 1960; Pease, 1973.

Hay abundantes referencias a "provincias" en los documentos, frecuentemente identificadas por los nombres de grupos no-incas que las habitaban. Sin embargo, no podemos asumir que los términos territoriales usados en los documentos españoles, reflejen las ideas nativas sobre la organización del espacio en cualquier sentido. ¿Tuvieron los incas alguna noción de circunscripción territorial? ¿Podemos hablar de provincias en el mismo sentido como usamos el término?

No se trata de un asunto menor. Los incas reasentaron grupos de gente dentro y fuera de sus territorios de origen. En algunos casos, un territorio era despoblado y luego repoblado con comunidades de orígenes diversos. Las comunidades de gentes vecinas al Cuzco fueron reasentadas en territorios recién anexados, por propósitos de seguridad. Normalmente, la causa de los reasentamientos tenía que ver con la actividad productiva. Cerca de centros administrativos incas, fueron localizadas comunidades manufactureras, cuidando que estuvieran cerca de centros de almacenamiento donde podrían guardar sus productos. Se reclutaba gente para servir a incas específicos, recolocándola en comunidades que vivían en las propiedades del Inca. Los proyectos incas en la minería, producción de coca y guarniciones militares, requerían el reasentamiento permanente de comunidades de productores en áreas distantes de sus territorios de origen. Comunidades de provincias de altura, eran reubicadas en valles, a altitudes menores, para producir alimentos para sus provincias de origen.[29]

Las gentes reasentadas de este modo, eran llamadas *mitimas*, todos reubicados permanentemente en nuevas áreas, muchos fuera de sus provincias de origen. No obstante ellos probablemente estaban aún considerados como parte de su provincia de origen, podían estar sujetos a las autoridades políticas en las regiones donde fueron recolocados.

Algunos estudiosos, debido a la aparente magnitud del fenómeno de la reubicación, han definido territorios a partir de donde fueron ubicadas las comunidades sometidas. Desde esta perspectiva, el territorio andino aparece descontinuado, esto es, caracterizado por regí-

[29] Julien, 1993: 186; Julien, 1991: 11-12, 107, 121; Ramos Gavilán, cap. IV: 39, cap. XII; Cobo [1653]: 92, lib.13, cap. XVIII: 189-194; lib.12, cap. XXIII: 109-111; Cieza, Crónica, Primera Parte, 1984: cap. LXXV: 100-101, cap. XVII: 164-166; cap. XXII: 171-173; Bartolomé de Segovia, 1943: 33; Acosta [1590]: lib. 6, cap.132: 192-193; Villanueva, 1971: 1-148; Berthelot, 1986: 76; Ortiz de Zúñiga, [1572] II: 25 27, 34, 47, 177, 197, 227-229; Ramírez, 1970: 269-308.

menes superpuestos de autoridad política, en lugar de territorios circunscritos. Aún sin entender el extraño sistema de pensamiento que subyace la territorialidad inca, podemos detectar que los incas tenían una noción de espacio confinado y definían provincias con referencia a límites específicos. Entre las provincias serranas fueron establecidas fronteras con marcadores físicos, aún si ellas estaban localizadas en regiones salvajes. Aunque tales regiones parecerán vacías a los españoles, eran económicamente importantes como pastizales para camélidos domésticos (llama, alpaca) y especies silvestres (guanaco y vicuña) que eran sistemáticamente cazadas.

Habían límites, ¿pero existían provincias delimitadas? Una manera de responder es examinando las fuentes que ofrecen información indirecta acerca de las fronteras incas, y por lo tanto no se asocian a los conceptos propios del español. Dos visitas administrativas (1549 y 1562) del territorio chupacho, próximo del moderno Huánuco, en la sierra central-norte del Perú, nos permiten identificar la localización física de las comunidades chupacho. Los chupachos fueron organizados por los incas en cuatro *waranqas*, una unidad decimal de 1.000 familias (véase la siguiente sección sobre organización decimal). Cuando son localizados en un mapa los pueblos de las *waranqas*, cada una puede ser identificada como una unidad territorial distinta.[30]

Había noción de un "territorio chupacho". En la visita de 1549, décadas antes de la intervención española en la delimitación de provincias rurales, la gente sujeta a los chupachos fue descrita como residiendo "fuera de chupachos" en territorios vecinos. No se trata de la localización física de los individuos sujetos a los curacas chupachos. Los incas habían desplazado tres cuartas partes de la población, y algunos lejos de los límites del territorio chupacho. La definición territorial era independiente de la localización de la gente según la autoridad política de los chupachos.

Los chupachos podrían haber pertenecido a algún Inca en particular, como los territorios de Parinacochas, Azángaro y Achambi, que servían a Topa Inga. Las autoridades políticas chupachos contaron a los españoles que la provincia entera servía a Huáscar, el último gobernante antes de la llegada de los españoles. En la documentación sobre los

[30] Rowe, 1982: 96-97; Julien, 1983: 78-81; Shimada, 1985: xix-xx; Rostworowski, 1985:402, 411-412; Polo de Ondegardo, Relacion...pp.22-23, 42-43, 54-55; Guaman Poma de Ayala: 852; Julien, 1991: 112-113; 1993: 205-208, 224.

chupachos, hay evidencia interna que apoya la interpretación que la provincia había pertenecido a su padre, Huayna Capac, antecesor de Huáscar.

¿Cuándo era "ordinaria" una provincia? La respuesta a esta pregunta no es fácil, dado que hay provincias de diferentes tipos y la documentación raramente excluye la posibilidad que un territorio pertenezca a un Inca o a un ser sobrenatural. Debido a que una definición estricta no es realmente posible (ver la próxima sección), nosotros examinaremos una región del imperio sobre la que hay información sobre el tipo y tamaño de las provincias: Collasuyo, al sur-este del Cuzco.

El total del Collasuyo –una cuarta parte del imperio– fue dividido en mitades llamadas Urcosuyo y Umasuyo, no obstante que el camino del Collasuyo establece la frontera entre Urcosuyo y Umasuyo en el norte, dividiendo Ayaviri en dos partes, denominadas Urcosuyo y Umasuyo, que se unen cerca de Caracollo. El límite entre Urcosuyo y Umasuyo parece cruzar el lago Titicaca, aunque la ubicación de los sitios en la frontera es ambigua. Cuando estas divisiones son vistas sobre el terreno, la división frecuentemente sigue la frontera entre Urcosuyo y Umasuyo. Por ejemplo, los grupos denominados canas y canches, estaban juntos, pero fueron divididos siguiendo la división Urcosuyo/Umasuyo. Los pacajes fueron divididos en dos territorios a lo largo de la misma línea. Los lupacas estaban enteramente dentro de Urcosuyo.

La provincia lupaqa parece haber sido una provincia "ordinaria", esto es, basada en una población que había entrado en una relación tributaria con el Cuzco, estructurada por los incas para generar los bienes y servicios propios de las provincias incas (ver la siguiente sección). No tenemos indicios de que estuviera sujeta a un inca particular o un ser sobrenatural. Conocemos algo de la estructura de la provincia lupaca durante la época del dominio inca, gracias a la información de una visita administrativa de 1567. Fueron definidos dos *huno* (o unidades de 10.000 familias, ver la siguiente sección). Chucuito funcionaba como el centro inca, y los señores lupaca, que organizaban el trabajo para satisfacer las demandas del Cuzco, residían allí. Algunas unidades familiares fueron destinadas a la producción de bienes o servicios y reasentadas en comunidades especiales cerca a Chucuito.

El territorio colla estaba también dividido en Urcosuyo-Umasuyo, pero al menos una porción de él parece haber sido reconstituido por los incas en líneas distintas a las de los lupacas o pacajes. Den-

tro de él habían dos pequeños territorios dedicados al servicio de un Inca particular o el Sol. Uno era el de Azángaro, constituido por 4.500 unidades domésticas que servían a Topa Inga. El otro era Arapa, y estaba dedicado al Sol. Éste era parte de un territorio mayor llamado Chiquicache, y tal vez la totalidad de Chiquicache estuvo dedicado al Sol.

No hay documentación que indique el propósito de estas posesiones. Si la razón principal de ellas era económica, entonces podemos sugerir que Arapa fue una fuente de abastecimiento de papas deshidratadas, dada su clara especialización en este producto durante el período colonial temprano. En la época colonial, una de las más importantes áreas de pastoreo de alpacas -Umasbamba, en la frontera moderna del Perú y Bolivia- estaba bajo el control de curacas del territorio de Azángaro. Una o las dos áreas pudieron proporcionar fuerza de trabajo para lavar oro en la vecina región baja de Carabaya. Eran enviadas gentes de Chiquicache a las tierras bajas orientales con el fin de obtener provisiones para la provincia serrana: similar acceso fue probablemente concedido a la gente que habitaba la provincia de Azángaro.

Debido a que sirvieron tanto a individuos particulares como a seres sobrenaturales, los habitantes de estas provincias pueden haber sido *yanaconas*, como lo fueron quienes servían en las propiedades de Huayna Capac en Yucay, que estaba formado por dos *waranqas*, 2.000 unidades familiares, que eran *mitimas* y también *yanaconas*; esto es, reasentados de otros lugares, en este caso de la región del lago Titicaca. No obstante, dado que podemos identificar grupos de orejones en el territorio de Azángaro y *mitimas* de canas en Chiquicache, no hay evidencia para sugerir que estas posesiones no estaban basadas en una población autóctona colla.

En la región hubo dos territorios asociados con *huacas*. Uno era Copacabana, descrita en líneas anteriores; otra *huaca* importante, era un masivo rostro de piedra de un acantilado en Pucará, un sitio sagrado que precede a la expansión inca por un milenio. Los incas embellecieron el sitio con nuevas construcciones y pudieron haber dado al culto el mismo tipo de propiedades de otras *huacas*.

En las extremidades de la región del Titicaca puede identificarse otro tipo de provincias. Tanto Ayaviri como Paria fueron centros de cierto tipo de provincias pobladas por *mitimas*. La información, proba-

blemente recogida localmente por Cieza de León en 1549, indica que fueron creadas luego de la campaña militar inca; la población local fue eliminada y los territorios reocupados por familias *mitimas*. Paria era un importante lugar de tráfico para el ejército inca. Gentes de la vecina sierra de Charcas, que fueron reclutadas para servir en las campañas incas del Ecuador, fueron inicialmente reunidas en Sacaca, su capital provincial, para luego unirse en Paria con otros reclutas de la región. Paria estaba sobre el camino inca central. Ayaviri estaba igualmente sobre este camino y pudo haber servido para una función similar. La despoblación de un territorio y su repoblamiento con *mitimas* sugiere el alto grado de seguridad que podría esperarse de una capital provincial que dependa de una población autóctona.[31]

En Cochabamba, en las tierras bajas orientales del Collasuyo, había otro tipo de provincia inca. Cochabamba fue desarrollada como un centro de producción masiva de maíz. La población local fue fuertemente removida por los incas, incrementándola con gente llevada por Huayna Capac desde las sierras vecinas y el norte del Titicaca. Este Inca también organizó la producción masiva de coca en Pocona, al este de Cochabamba, e introdujo una composición similar de pobladores en la parte sur del imperio.

Tal vez para desarrollar un proyecto similar, al menos en parte, fueron reasentados en Arequipa un gran numero de *mitimas*; algunos procedían de Canas/Canches, en la sierra que está al sur y al este del Cuzco; otros eran de Chilques, Chumbivilcas y Yanahuaras, de la región de Condesuyo, al sur del Cuzco; y, otros eran del territorio de Collaguas, al norte de Arequipa. Aunque casi con seguridad, los *mitimas* de Arequipa estaban allí para producir maíz en grandes cantidades, este reasentamiento pudo ser impulsado por otros motivos adicionales. Algunos grupos, como los collaguas, parecen haber sido instalados allí para cultivar maíz para su provincia de origen, como otros pueblos que vivían cerca del límite altitudinal de los cultivos. Otros, fueron ubicados en Arequipa para servir al culto de una montaña sagrada conocida como Putina. Cultos similares fueron organizados para otros picos prominentes en Arequipa y dotados por los incas con tierras, criados, mujeres y rebaños.

[31] Helmer, 1955-56: 40-41; Julien, 1991: 209-210; 1983: 9-33, y mapas 1-3; 1982: 119-151; 1988: 269; Vaca de Castro [1543]; Garci Diez de San Miguel [1567].

Debería estar claro, hasta este punto, que hubo diferentes tipos de provincias. Pudo existir semejanzas de organización entre ellas –por ejemplo, la producción de tipo inca puede haber sido similar en líneas generales a la organización de la producción de otros lugares (ver próxima sección)– pero las diferencias pudieron haber sido muy notables. Algunas provincias fueron organizadas en torno a centros urbanos, pero otras, como Cochabamba o las posesiones de los incas, no. Los centros urbanos de diferentes tipos de provincias pueden haber tenido diferentes características. Por ejemplo, centros como Paria o Ayaviri deben haber tenido bodegas especiales para el abastecimiento de los ejércitos y la plana mayor, y servicios para atender a una población en tránsito por largos períodos de tiempo, y tal vez una gran plaza para congregarla, lo que hicieron centros que no eran puntos principales de reunión para el ejército.

Aquellos centros donde se podría esperar que se congregaran, aún brevemente, un gran numero de incas, o donde residieran permanentemente miembros del grupo dinástico inca, eran más parecidos al Cuzco, que otros centros incaicos. Los gobernantes incas frecuentemente conducían campañas personalmente. Ellos llevaban consigo algunas de las más importantes imágenes religiosas, y celebraban festividades de importancia para la dinastía, tales como el *capac raymi*, mientras estaban fuera del Cuzco. El *capac raymi* era una elaborada secuencia de eventos rituales, que se realizaba en un período de unos 23 días y que comprendía visitas a varias montañas sagradas cercanas al Cuzco, llamadas Huanacauri, Anahuarque y Yavira. Un escritor nativo, cuyos antepasados habían viajado con Huayna Capac en su campaña al Ecuador, dijo que el Inca había celebrado el *capac raymi* en Vilcas y en Quito. En cualquier lugar donde se hacía la iniciación de los nobles incas, debían ser recreados ciertos aspectos del paisaje sagrado.

Los centros incas, aun siendo físicamente muy diferentes, eran funcionalmente similares. Un administrador español señalaba que los centros incaicos también tenían *ceques*, aunque, por estar relacionados con las características naturales del paisaje local, no duplicaban exactamente la organización del Cuzco. Además de los lugares asociados con eventos rituales como el *capac raymi*, los *ceques* del Cuzco incluían un número de sitios donde se hacían observaciones astronómicas para la

conducción de las siembras y cosechas. Los *ceques* de los centros provinciales deben haber incorporado puntos de observación local.[32]

Los incas también organizaban las actividades productivas de cada provincia. Por ejemplo, en todas las provincias formalmente organizadas, se establecieron centros productivos de finos tejedores y alfareros. Precisamente, debido a que los incas organizaron las actividades productivas, tenemos en esas áreas información acerca de la imposición de una estructura provincial común.

7. LA ORGANIZACIÓN DECIMAL

Las provincias fueron organizadas para el pago de los tributos, incluyendo las que servían a un Inca o un ser sobrenatural. Cuando era anexado un nuevo territorio, se expropiaban grandes áreas de tierra y eran afectados bienes inmuebles. Podían ocurrir expropiaciones en fechas posteriores, pero la administración de las provincias usualmente solo requería de la disponibilidad de fuerza de trabajo, si bien el trabajo tenía por destino la producción de bienes.

Cada provincia era supervisada por un gobernador del linaje inca. Tenía autoridad judicial y podía imponer cualquier tipo de castigo, incluyendo penas corporales; designaba lugartenientes, llamados *michoc*, en cada una de las poblaciones a él sujetas; podía tener contadores residentes, conocidos como *quipocamayos*, que llevaban los registros en *quipos*. Periódicamente eran enviados desde el Cuzco otros Incas para llevar a cabo tareas específicas, por ejemplo levantar un censo, inventariar el tributo que estaba depositado en los almacenes locales, y presidir matrimomios.[33]

---

[32] Julien, 1987: 80; 1993: 184-186; Caro, 1985: 108-168; Glave, 1989: 11-12, 17; Loredo, 1942: 125, 130; Rowe, 1982: 97-107; Villanueva, 1971: 139; AGI (Justicia 667) f. 32v; Hampe, 1979: 91; Miranda [1583]: 157; Ramos Gavilán [1621]: caps. IV y XII; Cobo [1653], lib. 13, cap. XVIII: 189-194; Cieza (Primera Parte), cap. XCVIII: 122-123, cap. CVI: 129-130; (Segunda Parte): cap. LII: 201-202, cap. LXI: 212; Espinoza, 1969: 25.

[33] Byrne de Caballero, 1977; Wachtel, 1982; Ramírez Valverde, 1970: 269-308; Julien, 1985: 194, Table 9.4; 1991; Murúa [1615]: lib.4, cap. XI: 397-398; Galdós Rodríguez, 1987: 95-120, 317-326; Albornoz, 1967: 20 21; Cieza (Primera Parte): cap. LXIV: 186; (Segunda Parte): cap. XVI: 44; Molina [1575]1989: 98-110; Pachacuti Yamqui [1613] fs. 33v, p.248, f.36 p.253; Polo de Ondegardo [1571]: 85-86; Rowe, 1979: 24-25, 26-27, 58-59; Anónimo, [1570]: 152.

En las provincias que tenían una población autóctona mayoritaria, fue impuesta una estructura administrativa que facilitara la contabilidad censal y el reclutamiento de la gente para las asignaciones de trabajo. Esta organización era manejada por la elite local. La población fue organizada en unidades decimales, cuyo orden jerárquico identificaba los escalones de autoridad (cuadro 3). La imposición de una estructura decimal facilitaba el levantamiento de los censos, el cálculo de la fuerza de trabajo y la distribución de las tareas.

Nombre de la unidad	Número de tributarios
Huno	10.000
Pisqa waranqa	5.000
Waranqa	1.000
Pisqa pachaca	500
Pachaca	100
Pisca chunca	50
Chunca	10

Fuente: Falcón [1567]: 464; Santillán [1563]: 179-181.

Lámina 20. Unidades decimales de 10 a 10.000.

La jerarquía de unidades decimales da la impresión de un ordenamiento utópico, y hay estudiosos que han cuestionado el valor práctico de una tal organización, más allá de su uso como vocabulario para censos. Documentos administrativos sobre provincias concretas y los registros de *quipos* que a veces ellos contienen, nos permiten entender cómo funcionaba el sistema y cuándo, los principios decimales, operaban en casos específicos.

El orden decimal incorporó la estructura poblacional existente dentro de una contabilidad. Un estudio de la estructuración decimal de la provincia lupaca, indica que la estructura pre-existente de su población fue un factor importante en su diseño. Fueron determinados dos *huno* (20.000 unidades domésticas) de la población lupaca, pero cada

uno tenía una distribución diferencial a través de las siete divisiones de población que parecen haber sido una característica pre-existente de la organización local. Bajo los incas, cada una de las siete divisiones fue centrada alrededor de un pueblo. Cada pueblo fue dividido en *sayas* (Hanansaya, Urinsaya), como en el Cuzco. En el caso de pueblos grandes, donde cada *saya* tenía una *waranqa* de tributarios clasificados como aymara, la *suyu* parece haber sido la principal división administrativa. Cuando los pueblos eran más pequeños, con una sola waranqa de tributarios aymara, el pueblo en su totalidad era la división administrativa. Podemos detectar que la administración decimal fue punto clave en el sistema, y en el caso de la provincia Lupaca los funcionarios responsables de *hunos* y de *waranqas*.

El *huno* pudo haber sido dividido en parcialidades por razones administrativas. Cada curaca de *huno* mantenía un censo de toda la provincia, que servía para controlar los censos de los otros. En las provincias collas, los administradores de los centros productivos de una provincia, residían en otra. Este tipo de división dual servía como control y promovía la competición entre sectores productivos, y pudo haber sido institucionalizado por los incas con ese propósito.[34]

Siendo que el reclutamiento de la fuerza de trabajo era la principal función de la jerarquía decimal, la estructuración de la población a lo largo de la escala decimal pudo haber facilitado la distribución equitativa de cualquier tipo de asignación de trabajo. Dado que la distribución estaba en manos de la población sujeta, la población local podría ser culpada de cualquier irregularidad. La asignación estaba en manos de los Incas. Se basaba en un censo, y después que una población había sido estructurada siguiendo las líneas decimales y el censo tomado, éste podría ser hecho o modificado en el Cuzco o en otro lugar. Exceptuando a los gobernantes y sus lugartenientes ya mencionados, no se introdujo una clase de administradores provinciales o servidores civiles.

La asignación de trabajo también utilizó la estructuración decimal. De cualquier modo, lo que era importante en la asignación era el numero total de unidades domésticas. Se ha conservado una asignación de trabajo de los incas para los chupachos (cuadros 4); no obstante haber un total de 4.108 familias en chupachos, la asignación fue calculada a base de cuatro *waranqas*, esto es 4.000 unidades domésticas.

[34] Julien, 1982: 119-151; 1988: 257-279.

Por ejemplo, 400 familias –o el 10 por ciento del total– fueron designadas para hacer tejidos de tapicería; 40 familias, el 1 porciento del total, fueron asignadas a trabajar alfarería. De las 108 unidades domésticas que excedían del total decimal, un grupo de 40 parecen haber sido gravadas, y las 68 restantes destinadas al servicio de un tambo, una estación en el camino inca.

El principal contraste del sistema tributario inca fueron las asignaciones permanentes de servicio frente a las temporales. En el caso de los chupachos, aproximadamente la mitad de las familias estaban bajo asignación permanente. Uno de los funcionarios *pachaca*, Martín Carcay, describe la asignación de trabajo tal como ella afectaba a su *pachaca*:

> Cada pachaca daban cuarenta y nueve indios para todas estas cosas dichas que en todo el año no entendían otra cosa y éstos eran para siempre y sus hijos que tenía sucedían en lo mismo aunque fuesen multiplicando muchos y si morían sin dejar hijos ponían otros en su lugar y éstos daban un indio más para hacer piedras de moler por manera que de una pachaca que son cien indios daban cincuenta para todos oficios y los otro cincuenta que quedaban trabajaban en las chacaras del ynga e iban a la guerra y con cargas y hacían todas otras cosas que el ynga les mandaba y no volvían más a sus tierras y quedaban como mitimaes de donde se ponían de asiento y los cincuenta indios de la pachaca que quedaban repartían entre sí los trabajos de chacaras y tributos que daban al dicho ynga.[35]

Los tributarios asignados de modo permanente a servicios específicos, eran conocidos como *camayos*. La declaración de Carcay, examinada a la luz de las obligaciones de trabajo de los chupachos, nos permite entender la naturaleza de varias superposiciones en la organización inca del trabajo. Carcay decía que la gente destinada a servicios permanentes, (i.e. camayos) podía ser también *mitima*, si eran reasentados por los incas. Los destinados a ser criados o guardianes de los cuerpos o armas de dos gobernantes incas, tenían cuatro entradas. Solo en el caso de dos de ellas, los súbditos eran identificados como *yanacona*, pero se puede extender la identificación a las otras. Estos *yanacona* eran *camayos*, esto es, servían en una función específica permanente, y sus descendientes los sucedían. Eran también *mitimas*, esto es, habían sido reasentados para realizar su servicio. Un estatus que Carcay no mencio-

[35] Ortiz de Zúñiga, vol. 1: 239-240.

na es el de los *mitayo*, que no estaban asignados de modo permanente y podrían ser equiparados con la gente que "repartían entre sí" los servicios temporales que requerían los incas.

Dos autores españoles registraron listas de servicios de los *camayos*. Cada uno ofrece dos diferentes listas de servicios: una, de servicios de *camayo* requeridos en provincias serranas, y otra de servicios similares para la costa. Aunque son muy similares, hay diferencias menores entre ellas. No obstante, cuando las listas son comparadas con las de los chupachos, las diferencias son evidentes. Chupachos era un territorio dedicado a un inca particular, y las diferencias pueden deberse a este estatus especial. Por ejemplo, un grupo de 800 familias –el 20 por ciento de la población de Huánuco– fue destinada a servir en el Cuzco, para "construir muros" o proporcionar sustento para este grupo. Si, como el *curaca* principal de los chupachos testificó, la provincia servía al Inca Huáscar, talvez este extenso grupo había sido reclutado para construir palacios para este Inca. Debieron existir otras tareas que concilien con el estatus especial de los chupachos. Aún así, la organización productiva desarrollada y dejada por los incas en la provincia, se asemeja con la organización productiva provincial de cualquier otro lugar.[36]

Ahora que hemos examinado la asignación de trabajo bajo la cual estaban las provincias, podemos identificar una importante distinción entre "provincias". Las provincias "ordinarias" fueron estructuradas para abastecer de fuerza de trabajo; el reclutamiento fue la función más importante de la administración decimal. Las provincias dedicadas a un individuo o ser sobrenatural (como Chupachos, Parinacochas, Azangaro y Achambi), podían ser destinadas a proveer servicios especiales para la entidad que ellos servían. De cualquier modo, su organización productiva era similar a las provincias que también fueron estructuradas para reclutamiento. Las diferencias no eran grandes.

Hubo otras unidades, especialmente pequeñas, que tenían territorios que eran "provincias", pero que no estaban estructuradas para reclutamiento. Por ejemplo, la península de Copacabana fue poblada con colonos *mitima* extraídos de 42 diferentes procedencias. Si eran *camayos*, tenían que ser reemplazados cuando su número menguaba, y por lo tanto eran contabilizados en sus provincias de origen. Las provincias de Ayaviri y Paria, también compuestas por colonos *mitimas* pu-

[36] Rowe, 1982: 96-97, 105-107; Falcón [1567]: 466-468; Murúa [1615], lib.3, cap. LXVII: 332-334; Helmer, 1955-56: 40-41.

dieron haber tenido lazos similares con sus provincias de origen. Yo me referiré a ellas como provincias "compuestas", dado que estaban conformadas por gente reclutada de otros lugares.

Asignación	Total	%de 4.000
Mineros de oro	120	3
Mineros de plata	60	1,5
Albañiles en Cuzco	400	10
Cultivadores en Cuzco	400	10
Criados (yanacona) de Huayna Capac	50	3.75
Guardas para el cuerpo de Topa Inga	150	3,75
Guardas (yanacona) para las armas de Topa Inga	10	0.25
Guarnición en Chachapoyas	200	5
Guarnición en Quito	200	5
Guardas para el cuerpo de Huayna Capac	20	0.5
Trabajadores plumarios	120	3
Recolectores de miel	60	1.5
Tejedores de compi (tapices)	400	10
Tinturadores	40	1
Pastores de rebaños incas	240	6
Guardas para campos de maíz	40	1
Cultivadores de campos de ají	40	1
Mineros de sal (variable)	60/50/40	1.5/1,25/1
Cultivadores de coca	60	1.5
Cazadores para la caza de venados reales	40	1
Confeccionadores de suelas (para sandalias)	40	1
Carpinteros	40	1
Alfareros	40	1
Guardas para el tambo de Huánuco	68	1.7
Portadores entre tambos	80	2
Guardas para las mujeres del Inca	40	1
Soldados y portadores	500	12.5
Cultivadores de tierras incas	500	12.5
Totales	**4.108**	**112.7**

Fuente: Helmer, 1955-56: 40-41.

Lámina 21, Asignaciones de trabajo chupacho.

Cochabamba era una provincia "compuesta". Allí, fueron reasentadas por Huayna Capac un cierto número de comunidades *mitimas* del Collasuyo para cultivar maíz en el valle de Cochabamba. Como *camayos*, debieron haber sido reclutados a través de la estructura decimal de su provincia de origen y reemplazados de aquella población si su linaje se acababa. La ligazón con la provincia de origen era muy evidente, tanto que en la época de cosecha, gentes de sus provincias eran llevadas como *mitayos* para viajar a Cochabamba, cosechar maíz, y si fuera posible, transportarlo a su destino. Los *camayos* también tenían pequeños solares donde producían alimentos para su propia familia. El alimento producido para los incas iba a otro lugar.

Los *mitimas* en Cochabamba procedían de diversas provincias: Carangas, Quillacas, Soras, Lupacas, Pacajes y dos subdivisiones de collas. Conocemos algo sobre la organización *huno* de esta área; estos grupos no eran parte del *huno* que incluía la provincia de Cochabamba. El *huno* que incluía Cochabamba estaba compuesto tanto por las dos parcialidades de Charcas como por los productores de maíz de Cochabamba. La gente de Charcas parecen no haber estado comprometida con el proyecto del maíz, según la documentación disponible al presente.

Al este de Cochabamba, en Pocona, había otra provincia orientada a una producción especializada, en este caso la hoja de coca. La coca era cultivada en los valles bajos, al norte de Pocona. Para cosechar la coca, y transportarla sobre sus espaldas a determinados puntos de la sierra, fueron enviados *mitayos* extraídos de Pocona, Sacaca y otras poblaciones serranas. La tarea más importante de los *camayos* era colectar los materiales para empaquetar la coca y prepararla para su distribución. La producción de alimentos no era una actividad importante en las tierras bajas donde crecía la coca, y el alimento consumido por los *mitayos*, y tal vez los *camayos*, era producida en otro lugar.[37]

Un sector importante de la población de Pocona estaba enteramente formado de *mitimas*. Sus principales curacas eran identificados como pertenecientes a Conde, Chinchaysuyo y Collasuyo. Los *curacas* principales podrían haber dirigido grupos heterogéneos, compuestos por miembros de provincias de tres de las cuatro principales divisiones *suyo* del imperio inca. Dado que los nombres *suyo* también se refieren a

[37] AGI, Justicia 653, pieza 1, ff.4v-5r, 370-372v; Matienzo [1567]1967: primera parte, cap. XLV: 167-168; Ramírez Valverde, 1970: 295-296, 305-306.

las subdivisiones de la provincia del Cuzco -que fue poblada enteramente o casi enteramente por orejones- estos grupos pueden haber tenido su origen en la provincia del Cuzco. Otra división importante de la población fue la de los chuyes, quienes, como ya se dijo, habían sido reasentados en la provincia de Pocona procedentes del valle de Cochabamba. Adicionalmente, gentes de las adyacentes provincias de Charcas al sur, fueron enviados a cultivar coca en los valles al norte de Pocona. Otros pueblos, como los yamparáes, de la región próxima a la moderna Sucre, pueden también haber sido parte de la empresa, dado que ellos participaban de la producción de coca en los mismos valles en el período colonial temprano.

Huayna Capac reorganizó la actividad productiva en Pocona y Cochabamba, si bien en los dos casos él trabajó con la organización iniciada por su padre. Sarmiento menciona solo una visita personal de Huayna Cápac a esta área, señalando que el Inca había asentado a un gran número de *mitimas* en Cochabamba, debido a la fertilidad de la tierra, y que había reorganizado Pocona, reconstruyendo una fortaleza que había sido edificada por su padre. Dado que su reforma en Cochabamba implicaba reasentar a la población local en el territorio de Pocona, los dos proyectos no estaban separados, eran parte de una misma reorganización administrativa.

Lo notable es que los dos proyectos son completamente diferentes. Pocona, compuesta de *mitimas* asentados lejos de sus provincias de origen, servía como la base poblacional de donde era reclutada la fuerza de trabajo para la producción de la coca en las tierras bajas próximas. Cochabamba, de otro lado, era el área de producción (en este caso de maíz) y la base poblacional que sustentaba el trabajo que se desarrollaba a cierta distancia. Las diferencias en organización podrían deberse a las diversas exigencias de los dos cultivos. Si la población de Pocona realizaba no solo el trabajo de cosecha, pero también sostenía a los trabajadores involucrados en la producción de coca, como lo hacía, entonces era conveniente una localización próxima. Se dice que la coca habría sido un monopolio inca. El uso de gente forastera para cultivar coca, y tal vez para inspeccionar su almacenamiento y distribución, puede haber jugado un papel en el establecimento de un grupo de *mitimas* como "base" poblacional cercana al centro de producción.

Hay otro factor que debería ser considerado. Huayna Capac estructuró el proyecto del maíz, pero no sabemos si él o su padre dieron

su forma definitiva a la empresa de la coca. La organización de la empresa de la coca es similar, en algunos aspectos, a la organización de las guarniciones montadas por Topa Inga en Chupachos. Allí, fueron reclutadas cuatro *pachacas* de *mitimas* para abastecer las guarniciones. Dos eran de la provincia de los quechuas y dos eran grupos de orejones de la provincia del Cuzco. Esta gente fue asentada en comunidades serranas donde ellos cultivaban para su propia subsistencia y para la de aquellos que eran asignados, en forma rotativa, para servir en las guarniciones de las lejanas tierras bajas orientales. La gente en las guarniciones no producía su propia comida, mas estaba ocupada haciendo armas. La "base poblacional" tenía acceso al pastoreo de los rebaños de altura, así como a los campos de coca de las tierras bajas. El servicio de las guarniciones no era tan duro, ya que los recursos necesarios para el abastecimiento de las poblaciones serranas eran disponibles a corta distancia.

En Pocona es evidente el mismo tipo de dependencia interna, la estructura del proyecto parece indicar que su autor fue Topa Inga. Sin embargo, la seguridad puede haber determinado el tipo de organización usado en Pocona y Chupachos, ya que ambos asentamientos estaban localizados cerca de la frontera. En el caso de Pocona, sin embargo, otra parte de la evidencia liga la organización a Topa Inga. Además de los *mitimas*, los chuyes, charcas y yamparáes, estaban también involucrados en la producción de coca en las tierras bajas de Pocona. Estos pueblos fueron conquistados por Topa Inga después de haberse fortificado, para resistir la conquista inca, en el sitio de Oroncota, en el río Pilcomayo al sur de Sucre. Aparte de los *mitimas*, estos grupos fueron los únicos comprometidos con la producción de coca para el Estado. Fueron excluídos otros grupos, como los carangas, localizados a distancias similares. Esta combinación particular de pueblos, es un indicio que su participación en el proyecto de Pocona fue el resultado de un arreglo particular hecho por Topa Inga.

El proyecto del maíz de Cochabamba es orgánicamente similar al de las posesiones de Huayna Capac en Yucay. Dos mil *camayos* fueron asentados en el valle del Urubamba, cerca a la moderna Yucay, mil de Collasuyo y mil de Chichaysuyo. Ellos producían maíz en el valle y coca en los valles bajos de Tono y Avisca. De esta coca se decía que tenía un valor tres veces superior al de otra coca y que era utilizada para

el consumo en la casa de Huayna Capac. Este Inca construyó casas allí y destinó un pequeño sector del valle para propósitos recreacionales.[38]

En el caso de Yucay y Cochabamba, los *camayos* procedían de lejanas distancias y cubrían sus necesidades con parcelas próximas a los campos que cultivaban para los incas. No había una "base" poblacional intermedia de donde se reclutara abastecimientos para sostener el proyecto. En ningún caso parece haber sido grande la preocupación por la seguridad. De cualquier modo, una organización era un proyecto especial para producir grandes cantidades de maíz, la otra, un patrimonio privado.

Solo estamos comenzando a entender cómo organizaron los incas la producción para varios fines, y ya podemos ver que el contexto histórico y el estilo personal eran factores importantes. Podemos ver igualmente que los incas reorganizaron las actividades productivas en las provincias con líneas claras y permanentes, y que el desplazamiento de los individuos de unas áreas a otras, fue cuidadosamente orquestado. Podemos también comenzar a detectar que los varios estatus que caracterizaban el trabajo desarrollado para los incas, no eran iguales en términos de prestigio. Por ejemplo, había un grupo de estatus superpuestos asociados a la producción especializada y el servicio permanente: *mitimas / camayo / yanacona*.[39] En el lado opuesto del espectro, estaban los *mitayos*, que realizaban tareas no especializadas, como el trabajo de cosecha. Deben haber habido probablemente diferencias efectivas de estatus entre gentes que servían como *mitayos* y los *camayos* que eran especialistas en producción de tapices, por ejemplo.

8. CREACIÓN Y ORDEN

Si examinamos con cuidado lo que los incas decían sobre su pasado, ellos tuvieron orígenes modestos. Su historia se extiende sobre un período representado por once generaciones. Dado que la historia fue contada tiempo después que la dominación fue lograda, no solo sobre la región del Cuzco, pero también sobre gran parte de los Andes, esta

[38] Byrne de Caballero, 1977: 10; Sarmiento de Gamboa, cap. 59: 105; Ortiz de Zúñiga, vol. II: 25-27, 34, 47, 177, 197, 227-229; Cobo [1653]: cap. XIV: 84-85; Betanzos, primera parte, cap. XXXIV: 157; Levillier, 1918-22: 198; Villanueva, 1971; Niles, 1988, in press.

[39] Rowe, 1982: 96-107.

historia puede suprimir información sobre el tiempo cuando los incas no eran tan poderosos o independientes. Hasta el período del cuarto rey, los incas no dominaban el valle del Cuzco; lo que ocurrió en esta época en un importante punto de cambio. Mayta Capac, cabeza del linaje dinástico en ese tiempo, sometió a otros grupos que hasta ese momento eran independientes de la autoridad inca, los que -al igual que los incas- podrían haber sido parte de una entidad política mayor.

El período del imperio comienza con la derrota fortuita de los chancas, por el noveno rey, y la aún más importante conquista de otra población en la región del lago Titicaca. El Cuzco fue transformado. Fue identificada la relación entre los incas y la más poderosa divinidad de la sierra sur de los Andes, y expresada mediante construcciones monumentales en el Cuzco y fuera de él. Fueron desarrolladas instituciones relacionadas a una campaña continua, al gobierno de regiones distantes, y a la educación de la elite.

Al llegar, los españoles pudieron atestiguar el orden establecido por los incas en el área andina. Ellos describieron mayormente lo que hallaron, incluyendo muchos de los monumentos construidos de piedra finamente tallada, y escribieron sobre lo que los incas recibían en tributo de los pueblos sometidos. Esta documentación es parcial: dado que los españoles que participaban en la conquista estaban estimulados por la recompensa del saqueo de la riqueza del conquistado, se trató de documentar ampliamente la capacidad de los incas para acumular riqueza metálica. Muchos aspectos importantes de la organización andina fueron poco notados o ignorados.

Los españoles que escribieron acerca de lo que vieron o experimentaron no eran ni historiadores ni antropólogos. Se conservan escritos sobre los eventos ocurridos en el Perú después de la llegada de Pizarro y las historias de los incas tomadas de los miembros de la elite cuzqueña, pero estos relatos fueron hechos como un servicio a la Corona de España. La información podría ser útil tanto para gobernar el reino andino, o, en el caso de las narraciones que incorporaban fuentes históricas incas, como especímenes exóticos iguales a los colectados en regiones distantes del nuevo imperio y que eran puestos en exhibición en los palacios reales. Mientras que el conocimiento de diversas regiones fue estimulando nuevas formulaciones de la historia de la humanidad, la historia de los incas nunca fue más que una curiosidad.

Ahora, medio milenio después, lo que podemos aprender sobre el pasado inca está limitado a estas pocas narraciones y el uso cui-

dadoso que podamos hacer de ellas. Cualquier utilización de estos materiales es especulativa y la imagen de los incas aquí presentada debiera ser tomada con cierto escepticismo. Estudiar los primeros años del contacto entre los españoles y los incas, presenta dificultades desanimadoras. El lector debería recordar que los estudios del período histórico están sobre un piso más firme que los que se preocupan por saber lo que pasó en el pasado prehispánico.

A pesar de estos límites, las narraciones que se tienen de las fuentes incas pueden ser usadas para desarrollar una perspectiva histórica de ellos. Los temas que surgen de la documentación nos dan una base mejor para la interpretación de los restos físicos del poder del Cuzco, que solo los restos materiales. No obstante que este ensayo se basa principalmente en las fuentes escritas, los incas dejaron un masivo cuerpo de construcciones monumentales en piedra, que también hablan de su visión de ellos mismos y su rol en transformar el mundo andino. La arquitectura puede ser un medio importante para expresar su visión.

Los incas construyeron una albañilería finamente encajada en piedra, usando una variedad de tipos de rocas (basalto, piedra caliza, riolita roja, porfirita verde y otras). Ellos también usaron adobe en edificios importantes y los muros de piedra rústicos eran enlucidos y pintados, así que es incorrecto asumir que las construcciones edificadas con materiales distintos a la piedra no fueron importantes. Sin embargo, nuestro enfoque se basa en la relación entre la albañilería de piedra inca y las formaciones naturales de roca, debido a que parecen ser una expresión concreta de la visión del mundo inca. El fino trabajo en piedra fue usado en los edificios de muros concertados y en la construcción de muros de retención. Fue usado en muchas construcciones en el Cuzco, aunque la ciudad ha sido ocupada continuamente desde el tiempo de la llegada de los españoles y la reconstrucción ha opacado la ciudad inca. La construcción inca utilizando aparejos y albañilería de piedra encajada, fue también realizada en el valle del Cuzco y en el del Urubamba entre Pisac y Machu Picchu. Mientras que algunas veces fue usada en las provincias, los valles del Cuzco y Urubamba fueron claramente la base de desarrollo del estilo inca de construcción en piedra.

El estilo inca de albañilería en piedra fue usado frecuentemente en la construcción de edificios rectangulares, pero también fue usado en forma decorativa para modificar los afloramientos naturales de

piedra que fueron parte de tales complejos o estaban aislados. Estos afloramientos fueron frecuentemente incorporados funcionalmente en los edificios, sirviendo como bases y muros inferiores en algunas construcciones. El juego recíproco del medio ambiente "natural" y "construido", ha sido señalado por quienes han dedicado su atención a la arquitectura y construcción inca.[40]



Foto 31, Vista de un sector de la cuidadela de Machu Picchu, s. XV d. C. Cuzco, Perú.

Un número de sitios de los valles del Cuzco y Urubamba parecen haber sido deliberadamente ubicado para hacer uso de los afloramientos de piedra. Estos ocurren frecuentemente en crestas empinadas, así que los sitios son con frecuencia impresionantes por sí mismos. Un número de sitios sirven como ejemplos del uso imaginativo de la piedra natural en la albañilería inca de fina calidad. En Machu Picchu, el uso de granito blanco nativo en los cimientos y muros de los edificios y las modificaciones escultóricas de pesas, están en evidencia en todo lado. El granito blanco puede ser apreciado como un medio particular-

[40] Niles, 1987: 12-14, 207-215, table 1.2; 1993: 146, 157, map 3.1; Protzen, 1993: 91, 271; Gasparini y Margolies, 1980: fig. 322.

mente elocuente, y otros sitios en la misma área exhiben el mismo interés de parte de los constructores incas.[41] En Pisac, en el valle del Urubamba, un afloramiento de basalto de grano fino fue la inspiración para una construcción en piedra extremadamente fina.

En el valle del Cuzco, la mejor piedra disponible era la caliza local. En varios sitios en el área de Callachaca y encima de la ciudad del Cuzco, los afloramientos de piedra caliza fueron puntos destacados de complejos de edificios. Cuevas y rostros en acantilados fueron elaboradamente embellecidos con aparejos de albañilería en piedra o esculpidos para semejar formas incas. En la mayoría de los casos, la preocupación funcional parece haber sido mínima o inexistente. Algunos de estos sitios pueden ser identificados como propiedad particular. Los estudiosos del estilo arquitectónico han comenzado a trazar su evolución, y con la ayuda de documentos que identifican propiedades con gobernantes particulares (y dado que estas propiedades fueron heredadas por sus *panacas*, pueden ser estudiadas en el período colonial temprano), la evolución puede ser asociada con diferentes períodos en la sucesión dinástica. Los cánones estilísticos encontrados en construcciones en propiedades asociadas con Pachakuti, difieren de aquellas que caracterizan las obras construidas para Huayna Capac o en los años tempranos de la era colonial española.

Los sitios con el uso más impresionante de piedra fina natural, Machu Picchu y Pisac, fueron propiedades pertenecientes a Pachakuti. Hemos presentado una imagen de la transformación del Cuzco durante su mandato, a partir de las descripciones de Sarmiento y Betanzos. La reorganización de la producción agrícola en el valle del Cuzco es de hecho explícita en estas narraciones, pero no es mencionada la modificación de las características naturales del paisaje con fines aparentemente estéticos. Las alteraciones comprometidas en los proyectos de ingeniería (construcción de canales y terrazas, por ejemplo) fueron ciertamente modificaciones del medio ambiente natural, pero estos tipos de proyectos son difíciles de interpretar como una expresión de la visión del mundo inca, hasta que sean vistos como parte de un programa que comprende la ordenación del medio ambiente natural a tal grado que una estética particular fue impuesta sobre los afloramientos naturales de piedra.

[41] Protzen, 1993: 279-283; Julien, 1990; Gasparini y Margolies, 1980: 79-93, figs. 77, 259, 309; Hemming, 1970: 28-29; Bingham, 1930; Fejos, 1944: 20-28, 37-41, 56-58, plates 1-4, 34-36, 77, 80.

Ordenar el medio ambiente natural -reformarlo, en efecto- puede estar detrás del interés inca en las florescencias de la piedra nativa, pero esta actividad puede ser mejor interpretada cuando es vista desde las perspectivas desarrolladas de las fuentes escritas. Muchas características del paisaje de los Andes, particularmente en el área del Cuzco, fueron sagradas para los incas. Muchos de los sitios registrados como santuarios, dentro y alrededor del Cuzco, eran piedras de varios tipos, algunas de ellas ciertamente afloramientos de piedra. Pavor y miedo eran las respuestas de la gente común a los objetos con poder sobrenatural. Cuando los incas retrabajaron los contornos de la piedra nativa para semejar formas incas, ellos estaban haciendo una manifestación de su propia posición en el mundo natural, como creadores que traían el orden.[42]

El linaje de la dinastía del Sol fue revelado concurrentemente con el comienzo de la expansión inca, si usamos la cronología relativa encontrada en la tradición histórica inca. Los incas tomaron, ellos mismos, parte de la deidad: se convirtieron en "más que humanos". A causa de que su antepasado fue un creador -en el sentido de imponer orden sobre el caos- ellos también fueron creadores. Los incas eran una raza de seres superiores a otros humanos. Cuando fue hecha esta identificación, la proximidad a la línea a través de la cual pasa el estatus especial, se convierte en importante. Hubo incas de diversos grados. Leamos una de las ordenanzas de Pachakuti con este pensamiento en mente:

> [Pachakuti] ordenó y mandó que los de su linaje y descendientes siendo propiamente orejones de padre y madre de dentro de la ciudad del Cuzco (dijo aquesto porque había dado ciertas hijas suyas a caciques señores y otras muchas hijas de señores de su linaje y casándolos con ellas por traerlos a su servidumbre y dominio del Cuzco y no se entendía con los hijos destas) esto que ansi mandaba y era que trujesen una o dos plumas de halcón por señal en la cabeza para que fuesen conocidos y tenidos y acatados por toda la tierra por sus descendientes y que si otra cualquier persona se la pusiese la tal pluma o señal en que fuese del Cuzco y de los más principales muriese por ello.[43]

---

[42] Niles, 1987: 61-86, 93-106, 106-114, 114-118, 155-163, 204-205; 1993: 157-159; Gasparini y Margolies, 1980: fig. 262; Franco Inijosa, 1935: 209-233; Rowe, 1990: 142-145.

[43] Betanzos, primera parte, cap. XXI: 110.

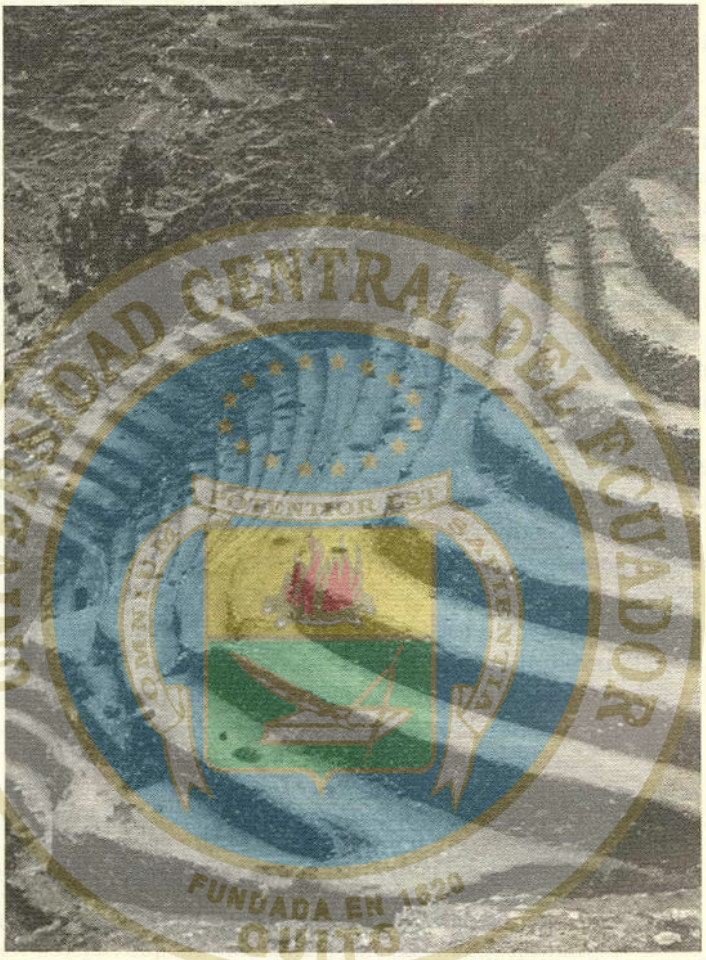


Foto 32, Vista de un sector de los andenes "Patapata" de Pisac, Cuzco, Perú.

Los incas transformaron el paisaje de los Andes. La ingeniería humana que ocurrió fue tan importante como las transformaciones físicas o institucionales que les acompañaron. El pueblo andino no era un solo tipo de ser, sino muchos. Si se convierte en poderoso, puede redefinir su relación con los otros. Este proceso de redefinición es lo que

subyace en la transformación del Cuzco. Dotados con las cualidades de su antecesor, el Sol, los incas realizaron un proceso de creación. La historia andina fue un proceso creativo, y cuando los incas dominaron el escenario, los destinos de todos los actores pudieron cambiar y cambiaron.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

X. Las lenguas andinas

SABINE DEDENBACH - SALAZAR SÁENZ

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

CONTENIDO

X .LAS LENGUAS ANDINAS
1. CONSIDERACIONES PRELIMINARES
2. INTRODUCCIÓN
3. LA LENGUA GENERAL DE LOS INCAS
4. OTRAS LENGUAS GENERALES DE LOS ANDES
5. EL MOSAICO DE OTRAS LENGUAS EN LA REGIÓN ANDINA
6. CONSIDERACIONES FINALES

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

1. CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Es difícil tarea describir la situación lingüística en los Andes en el tiempo anterior a la llegada de los europeos: al igual que en la etnohistoria, tenemos que basarnos en datos que no provienen de la población misma de la que buscamos obtener información. Se trata de una reconstrucción que emplea instrumentos y métodos de disciplinas como la etnohistoria y la lingüística, y también la arqueología. Por estas limitaciones, el estudio que sigue se entiende sobre todo como una introducción panorámica y bibliográfica al estudio de las lenguas andinas de los siglos XV y XVI, lo que significa que se restringe a una presentación resumida de los estudios existentes en cuanto a los distintos idiomas y ofrece al lector una bibliografía relativamente amplia para poder orientarse en el caso de querer proseguir investigando sobre una determinada lengua.[1]

2.INTRODUCCIÓN

Nuestros conocimientos sobre la distribución de las lenguas andinas antes de la llegada de los españoles son limitados por varios factores. Debido a la rápida desaparición de muchas lenguas, en la mayoría de los casos solamente nos queda reconstruir su distribución geográfica y sus sistemas lingüísticos en base a evidencia posterior a la época en cuestión. Esta evidencia es la que aún hoy o, por lo menos, en la época colonial se manifestaba en los topónimos. Al emplear éstos en la reconstrucción lingüística hay que tener en cuenta algunas restricciones. Primeramente, el reasentamiento de grupos de población por iniciativa de los incas[2] (*mitimaes*) y de los españoles (*reducciones*) puede ha-

---

[1] Los trabajos de Hartmann (1972, 1984, 1990, en lengua alemana) han servido como base inicial para la preparación de este ensayo. Por lo general, se ha intentado incluir en la bibliografía principalmente libros y artículos en castellano.

[2] En este estudio los términos que se refieren a grupos étnicos se pluralizan como los sustantivos y adjetivos en castellano. La ortografía de estos términos así como también la de los nombres de las lenguas sigue el uso de la época colonial, salvo cuando los autores solo indican una ortografía moderna. Los nombres de las lenguas se marcan con letra negrilla cuando se presentan por primera vez. Las referencias geográficas se hacen -con pocas excepciones- a las repúblicas andinas modernas, a sus departamentos y provincias.

ber influido en el mosaico de lenguas de determinadas regiones; tampoco se pueden excluir reasentamientos y migraciones anteriores a las mencionadas, de las cuales solo la arqueología nos podría tal vez dar alguna idea. En segundo lugar, los topónimos pueden adaptarse a la lengua impuesta en una situación de contacto, sea de migración o colonial/imperialista, para adecuarlos a la pronunciación de la lengua generalmente hablada; también hay modificaciones de carácter folklórico -etimológico que hacen parecer comprensibles ciertas palabras que ya no son interpretables. Lo mismo vale con referencia a los nombres propios de personas, héroes culturales y dioses (p. ej. es problemático analizar el nombre de Viracocha en términos del quechua pues puede ser de otra lengua y haberse adaptado fonéticamente al quechua). Teniendo en cuenta estos factores limitadores, la toponimia es ciertamente un posible camino en la reconstrucción de la distribución de lenguas, como lo muestran p. ej. los trabajos de Jijón y Caamaño (1919, 1923-1924), de Paz y Miño (1940-1942) y de Torero (1986, 1989).

Un método que intenta reconstruir proto-lenguas en base a datos modernos es la léxico-estadística (o glotocronología); apoyada en el vocabulario básico, culturalmente independiente, calcula matemáticamente cuándo dos o más lenguas pueden haberse separado de una proto-lengua común. Ciertamente es un factor discutible que debe constituir el vocabulario básico universal, pero este método también tiene otras limitaciones, como p. ej. la problemática de si todas las lenguas (las de diferente tipo, de diferente familia, así como las que tienen escritura y las que no la tienen) experimentan modificaciones con la misma celeridad, dado que para este método han servido como modelo las lenguas indo-europeas y el tiempo empleado por ellas en su proceso de cambio.[3]

Otro acercamiento no lingüístico ha sido el de concluir de una evidencia arqueológica una situación idiomática, p. ej. suponer en base a la distribución de un cierto estilo de cerámica también la de una determinada lengua. Como sabemos de diferentes instancias, una misma cultura no ne-

[3] Para una breve discusión e indicaciones bibliográficas en cuanto a este método, desarrollado por Morris Swadesh y su problemática véase Bynon en su libro *Historical Linguistics* (1977: Cap. 7). En este capítulo también trata de los topónimos. Parte del debate en torno a los métodos léxico-estadísticos fue llevado a cabo en la revista *Current Anthropology*. Torero (1970) fue el primero que empleó este método en la reconstrucción de las lenguas andinas.

cesariamente implica una misma lengua hablada por ese grupo étnico ni tampoco lo contrario, por lo cual este método es poco recomendable.[4]

También el hecho de que en Sudamérica no se habían desarrollado sistemas de escritura, es un factor limitador en cuanto a nuestro conocimiento de las lenguas habladas en ese subcontinente en los siglos XV y XVI. Sin embargo, cabe mencionar en este contexto que hubo manifestaciones en otros medios y no únicamente en el habla, como fueron las figuras en piedra, los diseños textiles y los *quipus*. No se ha podido comprobar una codificación sistemática parecida a un sistema de escritura en el caso de ellos; pero ciertamente los *quipus* forman un sistema coherente de signos, usado para el cálculo y también como ayuda mnemónica en la transmisión de mensajes y tradiciones orales.[5]

Considerando estas limitaciones debidas a la situación de la documentación, nos quedan entonces como informaciones más fiables los datos de las fuentes coloniales tempranas. Sin embargo, aquí nos encontramos con el problema de la descripción y comprensión de lo que los autores entendían de lo que se les explicaba y qué significaba para ellos en sí mismo el término 'lengua', que bien podía ser una lengua en el sentido de la lingüística moderna, pero también se podía referir a una variedad de una lengua, sea un dialecto geográfico o social.[6] A esto se añade el problema que en los documentos coloniales se usa-

---

[4] Ya Sapir en su libro *Language* ([1921] ch. X, 1979: 213 ss.) había llamado la atención a esta problemática y la había ilustrado con las lenguas athabaskas de Norteamérica cuyos hablantes pertenecen a cuatro áreas culturales diferentes; por otro lado, los hupa, yurok y karok comparten las mismas manifestaciones culturales, mientras que hablan idiomas que pertenecen a distintas familias lingüísticas.

[5] Mucho depende de cómo se interpreta el término "escritura"; para una discusión de la problemática en el contexto latinoamericano, véase el libro *Writing without Words* editado por Boone/Mignolo (1994). Hasta este momento no se ha logrado identificar una escritura andina prehispánica en el sentido de signos que representen consistentemente ciertos valores silábicos o fonéticos, y también sigue vigente la discusión sobre el desarrollo indígena de sistemas ideográficos. Por esto es necesario aproximarse cautelosamente a los estudios de este campo. Aquí solo quiero remitir -a manera de ejemplo- a algunos trabajos que se acercan a esta problemática, desde distintos puntos de vista y en mayor o menor grado especulativamente. Larco Hoyle (1944) intenta comprender y analizar lo que él denomina "ideogramas" de las culturas preincaicas. Kauffmann Doig (1978) trata del problema de los "tocapo" en la vestimenta inca. González de Pérez (1980), en su capítulo de "Teorías varias sobre algunos aspectos del idioma muisca", se refiere a figuras que aparecen pintadas o grabadas en piedras. Los Ascher trabajan sobre los *quipus* (Ascher/Ascher 1981).

[6] Para diferenciar una lengua de un dialecto se ha usado el criterio de mutua inteligibilidad, es decir, las variedades lingüísticas (caracterizadas por su fonología, léxico, mor-

ba el mismo término para "designar indistintamente a fenómenos sociales tan diversos como una lengua, una cultura, una 'nación' o, inclusive, una categoría socioeconómica para fines de imposición tributaria; y tal fue el caso de los vocablos ***aymará, uro, puquina, uruquilla***" (Torero 1987: 329). Un ejemplo de la confusión que puede causar la manera de expresarse de los autores coloniales, es lo que escribe el padre Barzana ([1594] 1965: 79), jesuita y experto en varias lenguas indígenas, sobre la lengua tonocoté del noroeste argentino: "La suya [la lengua tonocoté] sola no se ha reducido a preceptos, porque, *con ser una mesma gente toda, tiene diversas lenguas, porque no todos residen en una mesma tierra* [el resaltado es mío]".

Los autores que estudian estas lenguas históricamente, han usado los métodos aquí descritos. Mientras que en la primera mitad de este siglo los debates y los resultados de investigaciones fueron publicados en revistas como el *Journal de la Société des Américanistes* de París y en el *American Anthropologist*, últimamente ha habido importantes aportes (estudios y debates) en la *Revista Andina*. Además hay numerosos trabajos dados a conocer en pequeñas revistas y editoriales latinoamericanas, y como la presentación y reseña de éstas iría más allá del alcance de este estudio, quisiera remitir al lector a las bibliografías y clasificaciones de Mason: *The languages of South American Indians* (1950); de Loukotka: *Classification of South American Indian Languages* (1968); de Key: *The Grouping of South American Indian Languages* (1979); de Tovar y Larrucea de Tovar: *Catálogo de las lenguas de América del Sur* (1984) y, para los Andes centrales, el estudio clasificatorio sobre *Las lenguas de los Andes centrales* de Büttner (1983).[7] Al consultar estas obras hay que tener presente que también los mismos autores se basan en los trabajos llevados a cabo por estudiosos en lenguas amerindias que se sirvieron de los métodos mencionados; si bien es innegable el valor de obras de este tipo, son resúmenes basados en otros trabajos y hay que usarlos con cierta precaución.

---

fosintaxis y semántica) se consideran dialectos y pertenecientes a una lengua cuando los hablantes de ellas se pueden entender mutuamente. Un dialecto puede ser geográfico (p. ej. el castellano que se habla en Andalucía) o social (p. ej. el estándar de una lengua o el castellano de los obreros de Barcelona); y en no pocos casos un dialecto incorpora aspectos geográficos y sociales. Para una discusión de los términos véase el estudio de Chambers y Trudgill (1980) sobre dialectología. En el presente estudio se usa 'dialecto' cuando se ha establecido claramente que se trata de tal variedad; en los otros casos se va a hablar de 'lengua' o 'idioma' para referirse a una variedad lingüística independiente.

[7] Cfr. también la bibliografía del Summer Institute of Linguistics (1992).

En lo que se refiere a estudios más especializados y particulares quisiera mencionar los aportes de Torero, Cerrón-Palomino, Adelaar y Taylor respecto a la reconstrucción lingüística andina en el Perú, el *Atlas etnolingüístico* preparado por Ravines y Avalos de Matos (1988); la guía etnográfica lingüística de Montaño Aragón (1992) para Bolivia; los estudios de Cabrera (1931), Lizondo Borda (1938) y Nardi (1962) para Argentina; el de Zapater (1973) para Chile; los trabajos de Jijón y Caamaño (1919) y Hartmann (1979) para el Ecuador; y los estudios bibliográfico-históricos de Ortega Ricaurte (1978) y de Triana y Antorveza (1987) así como también el *Atlas lingüístico-etnográfico de Colombia* (1982-1983), para Colombia.

La mayoría de los autores que han estudiado la situación lingüística histórica en los Andes establece correlaciones entre evidencia cultural (en base a datos arqueológicos e históricos) y lingüística, lo cual es comprensible en vista de la situación idiomática tan escasamente documentada que se trata de investigar; en tal sentido es recomendable leer estas hipótesis con mucho cuidado porque siempre tienen un carácter altamente especulativo. Ésta es la razón por la cual en este ensayo me circunscribo a la descripción de la situación lingüística, sin recurrir a una contextualización étnica para la cual remito al lector a las obras citadas y a los otros estudios del presente volumen. En términos de clasificación solo hago referencia a relaciones genéticas cuando éstas parecen estar relativamente bien establecidas; en los casos en los cuales tales relaciones se reducen a pura especulación, solo hago alusión a la discusión y a las referencias en Loukotka y Tovar/Larrucea. Este esbozo general no permite describir las lenguas en cuestión. Por eso, para descripciones gramaticales u otros materiales, sugiero al lector algunas obras escogidas en cuanto a las lenguas para las cuales existen descripciones; en el caso de los idiomas ya extinguidos y/o de un reducido número de hablantes, el material disponible (palabras y/o topónimos) se encuentra en los estudios citados; en algunos casos en Tovar/Larrucea (1984) se da un resumen de la estructura lingüística de por lo menos un miembro conocido de una determinada familia lingüística.

Teniendo presentes estas limitaciones nos preguntamos ahora cuáles fueron las lenguas habladas en los Andes (sierra y costa) al tiempo de la llegada de los españoles: en las regiones que abarcan el sur de Colombia, la sierra y costa del Ecuador y del Perú, la sierra de Bolivia,

las zonas del noroeste argentino así como el norte de Chile.[8] Miremos primero las "lenguas generales" y a continuación las otras lenguas, partiendo geográficamente desde el centro del imperio incaico, dirigiéndonos después hacia el sur y por último al norte.

3. LA LENGUA GENERAL DE LOS INCAS

Aparte de otras medidas unificadoras, los cronistas adscriben a los incas también la de haber introducido el quechua en los territorios conquistados por ellos. Pedro de Cieza de León ([155?] *Señorío*, cap. XXIV, 1985: 72) dice que todos los naturales del imperio tenían que aprender la lengua del Cuzco, y al mismo tiempo seguían manteniendo las suyas propias. En cuanto a los medios para imponer el quechua en los territorios conquistados, por un lado los *mitimaes* eran factor multiplicador de la lengua general; y por otro, los hijos de los señores de las provincias conquistadas fueron educados en el Cuzco donde se les enseñaba también el quechua.[9] La "Averiguación de los usos y costumbres" hecha en el Cuzco ([1582] 1904: 189) formula de la manera siguiente esta política lingüística: "el Inga mandó que todos aprendiesen la lengua de Chinchaisuyo, que llaman la general, y particularmente mandaron aprender esta lengua á los caciques y sus hijos y gente principal". La voz de los que fueron obligados a hablar quechua nos la deja escuchar Blas Valera: "todo el término de la ciudad de Trujillo y otras muchas provincias de la jurisdicción de Quitu ignoran del todo la lengua general que hablaban, y todos los *collas* y los *puquinas* contentos con sus lenguajes particulares y propios desprecian el del Cozco" (Blas Valera citado por Garcilaso de la Vega [1605] libro VII, cap. III, 1960: 249); aquí también se nota que la quechuización incaica no llegó a ser tan profunda como se supone que había sido la meta de los incas.[10]

Frente a esta situación cabe preguntarnos qué variedad del quechua querían difundir los incas y cuál fue esta variedad en la práctica. Torero supone que en el siglo XV los incas se servían de la variedad por él denominada *chínchay* para quechuizar a la población de su

---

[8] Para dar una idea del territorio en cuestión, remito al mapa de Pärssinen (1992: 139), reproducido aquí como lámina 22.

[9] Sarmiento de Gamboa ([1572] [cap. 39], 1960: 245); Quipucamayos ([1542] 1974: 36).

[10] Para esta temática cfr. también Cerrón-Palomino (1987b).

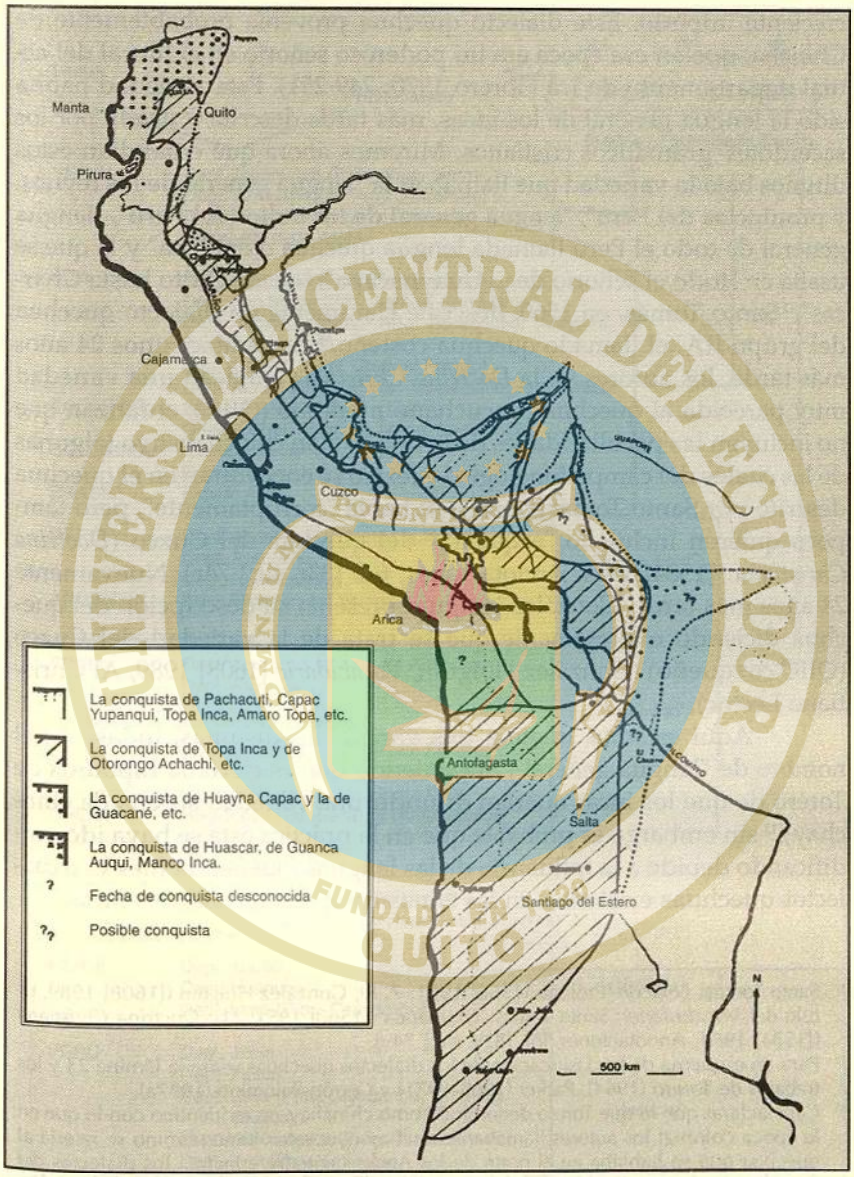


Lámina 22, Aproximación a la expansión inca.

creciente imperio. Este dialecto quechua provenía probablemente de Chincha, que en esa época era un poderoso señorío en el litoral del actual departamento de Ica (Torero 1970: 249-251). Esta variedad habría sido la lengua general de los incas, más tarde descrita y usada por los sacerdotes-gramáticos cristianos. Miremos ahora qué entendían estos últimos bajo la variedad que llamaban la "lengua general de los reynos, y prouincias del Peru", "lengua general de los indios del Perú", "lengua general de todo el Perú llamada lengua quichua o del Inca" y la que se usaba en "todo el señorío de ... Guaynacapa", "desde Quito hasta Charcas".[11] Santo Tomás, en 1560, describe claramente un dialecto quechua del grupo IIA, el llamado quechua costeño.[12] En cambio, unos 24 años más tarde, los autores de la *Doctrina Christiana* emplean una variedad muy parecida al quechua ayacuchano moderno (QIIC); enfatizan que no incluyen las peculiaridades de lo que llaman chinchaysuyo (algunas de las cuales del campo fonológico y léxico se encuentran en el quechua descrito por Santo Tomás) porque se habla "corruptamente", pero tampoco quieren incluir lo "exquisito" del quechua del Cuzco (*Doctrina Christiana* ([1584] 1984, Annotaciones, fol. [83r, sic:] 74r). Nuevamente 24 años más tarde, González Holguín presenta su descripción del quechua diciendo expresamente que se trata de la variedad del Cuzco (QIIC cuzqueño) (González Holguín, *Vocabulario* [1608] 1989, Al Christiano Lector).

Aquí estamos frente a tres variedades distintas, todas con el nombre de "lengua general". Suponiendo que es cierta la hipótesis de Torero de que los incas querían difundir una variedad sureña (la chínchay),[13] sin embargo es probable que en la práctica ésta se haya ido modificando debido a la influencia de las lenguas independientes y/o dialectos quechuas existentes en las zonas conquistadas por los incas.

---

[11] Santo Tomás: *Lexicón* (Prólogo [1560] 1951: 7, 8); González Holguín ([1608] 1989, título del *Vocabulario*); Santo Tomás: *Gramática* ([1560] 1951: 11); *Doctrina Christiana* ([1584] 1984, Annotaciones, fol. [83v, sic:] 74v).

[12] Para un esquema de la clasificación de los dialectos quechuas véase la lámina 23 y los trabajos de Torero (1964), Parker (1969-1971) y Cerrón-Palomino (1987a).

[13] Cabe aclarar que lo que Torero denominó como chínchay, no es idéntico con lo que en la época colonial los autores llamaban chinchaysuyo; este último término se refería al quechua que se hablaba en el norte de los Andes centrales e incluía los dialectos del Quechua I así como también los del grupo IIA y IIB, es decir, es el quechua de la región Chinchaysuyo, el sector norte del antiguo Tahuantinsuyo (cfr. Huerta [1616] 1993: 18; para el cambio en el significado de este término, véase Torero 1995a).

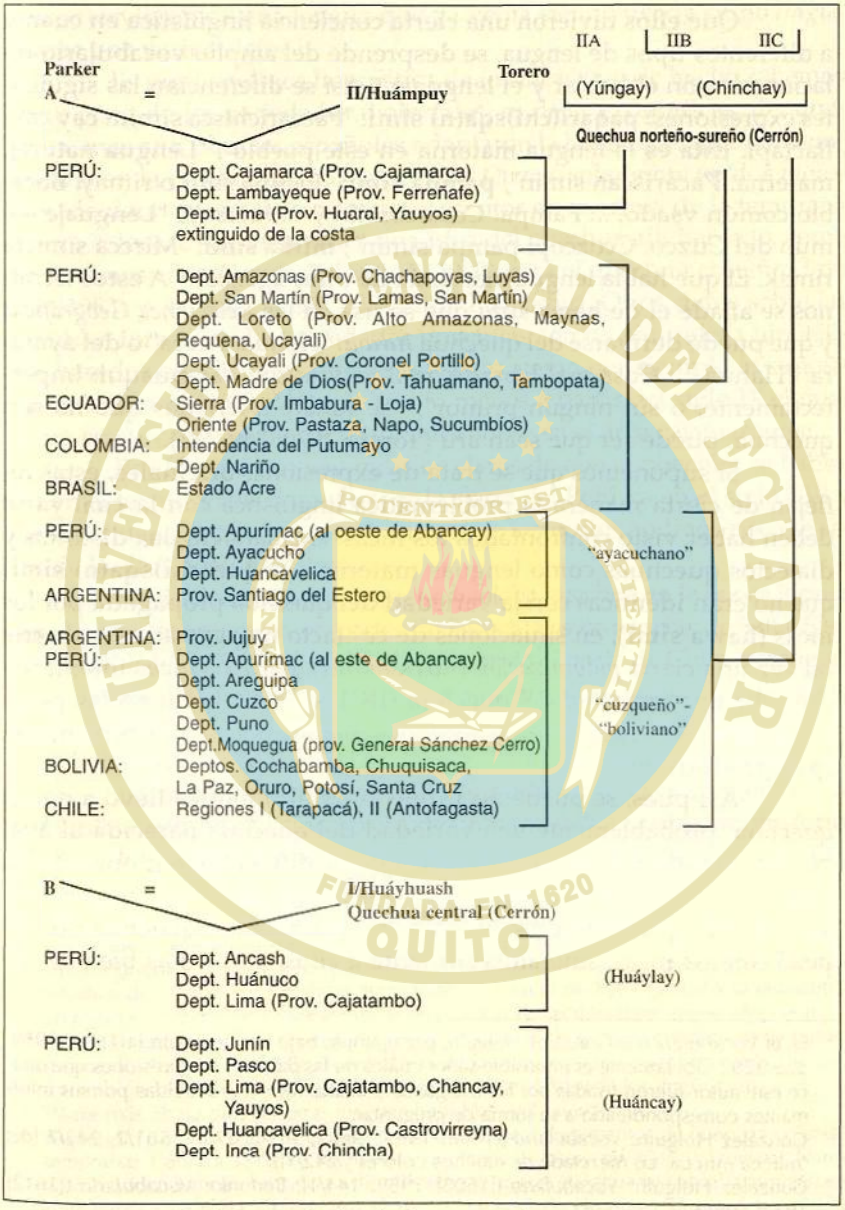


Lámina 23, Clasificación de los dialectos quechuas según Parker y Torero.

Que ellos tuvieron una cierta conciencia lingüística en cuanto a diferentes tipos de lengua, se desprende del amplio vocabulario relacionado con el hablar y el lenguaje.[14] Así se diferencian las siguientes expresiones: **paqari(chi)sqa(n) simi**: "Paccarichisca simim cay cayllactapi. Esta es la lengua materna en este pueblo", "Lengua natural, materna. Pacariscan simin"; **pampa simi**: "Pampa simi o rimay. Bocablo común vsado. ... Pampa. Cosa común y vniuersal", "Lenguaje común del Cuzco. Ccozcopi pampa simin"; **mirka simi**: "Mircca simicta rimak. El que habla lengua mezclada de otras agenas".[15] A estos términos se añade el de **hawa simi** que se usa en las *Relaciones Geográficas* y que puede derivarse del quechua ***hawa***: "Hahua. Fuera" o del aymara: "Hahua ...: Cosa mal labrada, mal texida &c. ... Hahuaqui: Imperfectamente, o sin ningún primor";[16] se refiere a lenguas que no son quechua, puede ser que sean aru (Torero 1970: 239-242).

Si suponemos que se trata de expresiones originales, éstas reflejan de cierta manera la problemática lingüística con la cual ya se deben haber visto confrontados los incas: existían lenguas distintas y dialectos quechuas como lenguas maternas (**paqari(chi)sqa(n) simi**) que no eran idénticas con la variedad del quechua propagada por los incas (**hawa simi**); en situaciones de contacto no permanente ocurría tal vez una cierta *pidginización* (**mirka simi**), pero los incas intentaron difundir una variedad del quechua (IIC), si ésta tenía o no las peculiaridades del cuzqueño, no es posible afirmarlo defintivamente (**pampa simi**).

Así pues, se puede decir que la política incaica llevó a que el quechua, probablemente una variedad del quechua parecida al ayacuchano moderno, tal vez modificada en diferentes regiones, fuera usada como medio de comunicación en gran parte del área andina, aunque hay que tener presente que la expansión del quechua no empezó con los incas, sino anteriormente a ellos, y que más bien los in-

[14] En el *Vocabulario* de González Holguín, por ejemplo bajo la entrada **simi** ([1608] 1989: 326-328). Obviamente es imposible saber cuáles de las palabras y expresiones que ofrece este autor fueron usadas por los indígenas y cuáles fueron producidas por sus informantes correspondiendo a su forma de preguntar.

[15] González Holguín: *Vocabulario* ([1608] 1989: 266/2, 561/2, 275/2, 561/2, 242/2 [de: "mircca mircca. Lo mezclado de muchos colores", 242/1]).

[16] González Holguín: *Vocabulario* ([1608] 1989: 144/1); Bertonio: *Vocabulario* ([1612] 1984: 108/2).

cas se sirvieron de una lengua que ya venía siendo usada como *lingua franca* por varios siglos.[17]

Es por la política lingüística de los incas que de hecho sabemos muy poco de las variedades dialectales, es decir geográficas, del quechua, mas aún pues los españoles adaptaron la lengua general para emplearla en la cristianización. Aparte del Cuzco, solamente en dos regiones, de donde provienen materiales escritos en quechua de la temprana época colonial, se puede tener una idea del quechua allí hablado, como lo han mostrado Cerrón-Palomino (1990) para el quechua costeño, Taylor (1983) y Adelaar (1994) para el de huarochirí. Otros datos sobre las posibles formas de las variedades quechuas son de naturaleza hipotética, basados en cálculos léxico-estadísticos, como por ejemplo la suposición de Torero (1989: 244) que por lo menos a partir del siglo IX el quechua en su variedad de IIA fue arraigándose en el área cajamarquina.

Por lo expuesto hay indicios claros de que el quechua se hablaba en el territorio de lo que hoy es la sierra del Perú ya en el siglo XVI y anteriormente,[18] pero en cuanto a los otros territorios andinos poco se sabe de la situación lingüística.

Hacia el sur se supone que se hablaba quechua en la época incaica en el noroeste argentino, en partes de las actuales provincias de Salta, Santiago del Estero, Tucumán y Córdoba, y hasta el norte de Chile, pero igual que al norte del imperio incaico, la estabilización del quechua –posiblemente difundido por lo menos en parte mediante *mitimaes*– debe haber estado poco avanzada debido a la corta duración de la dominación incaica.[19]

La máxima extensión hasta el norte en la época anterior a la conquista europea ha sido objeto de un largo debate entre etnohistoriadores y lingüistas, el resultado del cual es por el momento que el que-

[17] Lámina 24 (basada en Torero 1970: 260, modificada). Mientras que en el trabajo de 1970 (que se publicó nuevamente en 1975) Torero presenta un primer análisis de datos etnohistóricos y arqueológicos para esbozar el desarrollo histórico del quechua, en sus estudios de 1974 y 1983 elabora esta temática, y en el de 1983 también se encuentra un resumen breve de las características lingüísticas de las diferentes variedades del quechua. El quechua se ha considerado como una familia lingüística consistente de por lo menos dos lenguas, la del Perú central y la de las otras regiones quechua-hablantes; pero también se habla de una agrupación de dialectos o variedades lingüísticas.

[18] Véase más abajo para las otras lenguas habladas en la sierra peruana.

[19] Argentina: Cabrera (1931) y Levillier (1964) en base a documentos de la época colonial temprana; Cabrera también menciona nombres de otros pueblos y lenguas; Nardi (1962) aduce indicios históricos y lingüísticos de que el quechua se hablaba también en Catamarca y La Rioja. Chile: Oroz (1962: 13) menciona Huasco y Copiapó para 1580 (cfr. Levillier, 1964: 263).

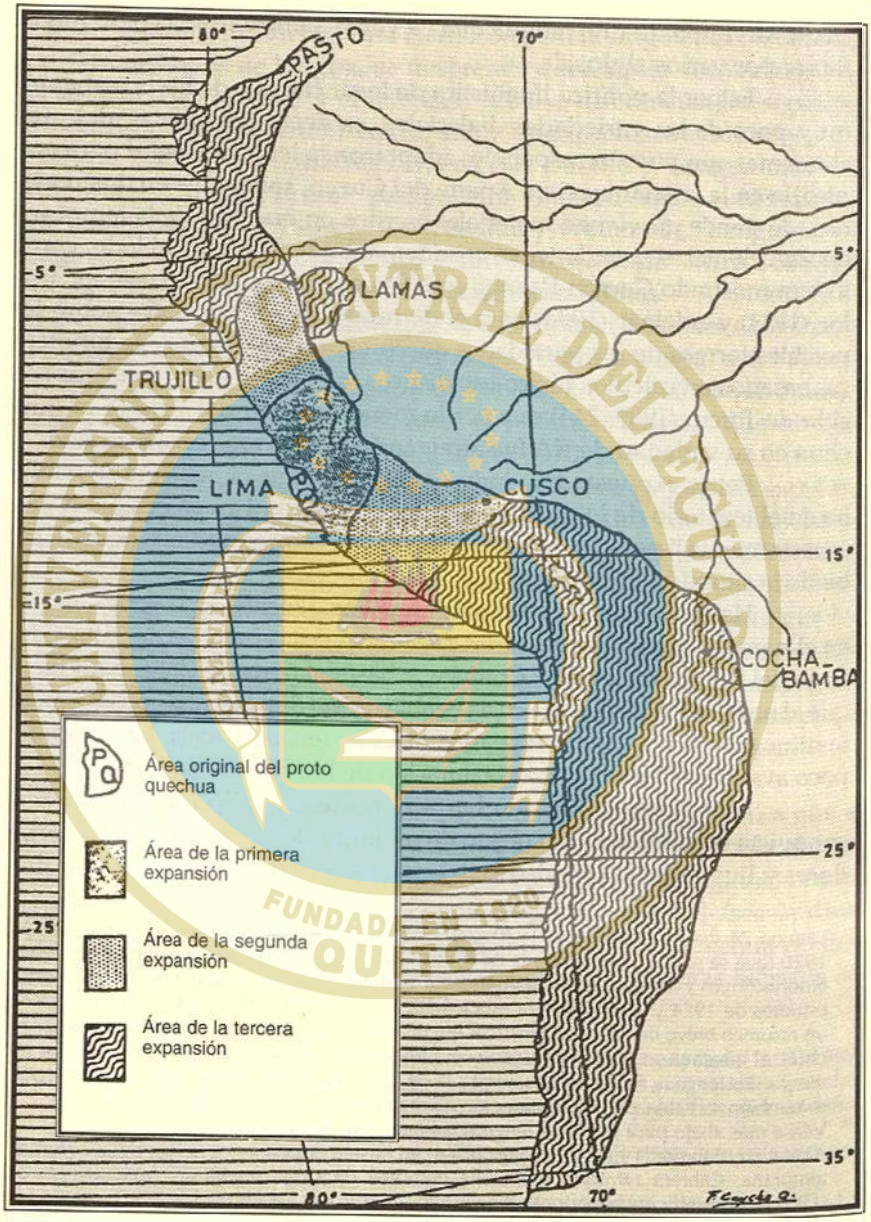


Lámina 24, Fases de expansión de la lengua quechua.

chua ya se usaba en el Ecuador en el intercambio comercial anteriormente a la expansión inca, tal vez tratándose de una variedad del quechua chínchay.[20] Los incas lo introdujeron nuevamente como su lengua general; probablemente los *mitimaes* tuvieron aquí un rol importante (Hartmann 1979, 1995). Jijón y Caamaño da una lista detallada de topónimos quechuas cuya distribución, según él, coincide con el territorio conquistado por los incas.[21] Hay también indicios de que en la época incaica o a inicios de la época colonial se hablaba el quechua en el sur de la actual república de Colombia.[22]

A manera de resumen se puede decir que los incas lograron difundir el quechua (probablemente una variedad sureña, pero no la del Cuzco como se habla hoy) hasta los límites de su propio territorio, sirviéndose de una política que tenía como tarea una cierta unificación lingüística, y aunque ésta no parece haber tenido éxito en un establecimiento sólido del quechua como lengua de los territorios por ellos conquistados, por lo menos se servían del quechua como *lingua franca*. Esta adopción del quechua por los incas como medio de comunicación no fue nueva, sino que ya había tenido sus inicios en anteriores expansiones, probablemente mediante el comercio (véase arriba) y tal vez también con fines religiosos (Rojas 1980: 85-91).[23]

---

[20] Hartmann (1979; 1985: 111); Torero (1974: 92; 1984: 379; 1985: 113).

[21] Jijón y Caamaño (1919: 69-73).
Hartmann (1979: 291) y Mercier (1985: 53 ss.) presentan argumentos en favor de una verdadera extensión del quechua al oriente (Alto Napo) recién en la época colonial. Hartmann (1979) descarta claramente la hipótesis de Stark (publicada en 1985a) que el quechua se hubiera difundido en el Ecuador ya antes del tiempo incaico, desde el oriente hacia la sierra.

[22] Para una discusión y referencias bibliográficas véase Dedenbach-Salazar Sáenz, edt. (1993: 7-8).

[23] Para descripciones lingüísticas del quechua colonial véase Domingo de Santo Tomás (quechua costeño) y González Holguín (quechua cuzqueño). Las publicaciones sobre el quechua moderno son numerosas, por ejemplo las gramáticas y los diccionarios publicados por el Instituto de Estudios Peruanos y el Ministerio de Educación (edt., 1976). Un estudio comprehensivo sobre el desarrollo lingüístico en términos diacrónicos, sobre todo en cuanto a la ortografía/fonología, es el de Mannheim (1991). Cerrón-Palomino, en su trabajo intitulado *Lingüística quechua* (1987a), presenta una descripción diacrónica y sincrónica del quechua. También se recomienda el *Pequeño breviario quechua* de Wölck (1987) que ofrece nuevas ideas en cuanto a la comprensión de la estructura lingüística del quechua. Para una bibliografía de las lenguas quechua y aymara véase Rivet/Créqui-Montfort (1951-56) y también el panorama de lingüística andina que ofrece Cerrón-Palomino (1985). Se estima que hay en total entre ocho y medio y nueve millones de quechua-hablantes hoy en día (Masson en Dedenbach-Salazar Sáenz, Sabine et al., trad. y edt. 1994: IX, para la distribución geográfica véase la lámina 23).

No quisiera terminar este punto sin mencionar el llamado idioma "secreto" de los incas, del que Garcilaso de la Vega dijo, que aparte de la lengua de la corte incaica, que "hoy llaman lengua general ... los Incas tuvieron otra lengua particular que hablaban entre ellos, que no la entendían los demás indios, ni les era lícito aprenderla como lenguaje divino" (Garcilaso de la Vega [1605] libro VII, cap. I, 1960: 246). Ha habido esfuerzos por identificar esta lengua como la machaj-juyay, el idioma de los callahuayas (Oblitas Poblete 1968) o como puquina (Szeminski 1990, en base al texto de Betanzos). En su *Suma y narración* Betanzos ([1551] cap. XIX, 1987: 94) cita un canto que por su contexto parece pertenecer a la lengua particular de los incas, y del cual Torero (1994) muestra concluyentemente que es de una lengua aru. Sin embargo, queda la pregunta de cómo era posible que a una lengua aru se le asignara estatus de lengua secreta de los incas, si al mismo tiempo suponemos que en toda el área de la sierra peruana, también en los alrededores del Cuzco, todavía se hablaban lenguas arus a la llegada de los españoles (véase más abajo). Por eso es probable que el mencionado pasaje de Betanzos *no* sea muestra del idioma "secreto" de los incas. Podemos suponer que la lengua "secreta" -en caso de haber existido- haya sido la del grupo étnico inca de cuya identidad original sabemos muy poco; frente a la compleja situación lingüística en los Andes no sería sorprendente que este grupo haya tenido su propia lengua, relacionada o no con una de las familias lingüísticas conocidas.

4. OTRAS LENGUAS GENERALES DE LOS ANDES

Cuando llegaron los españoles a los Andes, había -aparte del quechua como *lingua franca* y de uso general- otras lenguas generales, como se manifiesta en la denominación de éstas como tales y su descripción lingüística en la temprana época colonial.

Ya los Quipucamayos anotaron: "y desde Canas y Canches para arriba, hasta el último de las Charcas y todo Condesuyos les dió por lengua general la lengua aymara, por ser muy común y fácil" (Quipucamayos [1542] 1974: 36). Probablemente el **aymara** ya fue difundido extensamente en esta región con anterioridad al régimen incaico, e informaciones documentales así como los topónimos indican que esta lengua y otras de la misma familia (denominada **aru** o **jaqi**) se hablaban aún en el Perú central (Parker 1969/I: 71; Torero 1970: 240-241), aunque hasta la fe-

cha no hay más pruebas para esta difusión tan extensa de las lenguas aru, que la que Torero resume de la manera siguiente:

> se encuentra al aru aymará a fines del siglo XVI hablado desde la cuenca del río Pampas, en las provincias de Cangallo y Víctor Fajardo, departamento de Ayacucho, y desde la cuenca del río Soras (Chicha) - que discurre entre los departamentos de Ayacucho y Apurímac- hacia el este y el sureste, cubriendo, fuera del Altiplano peruano-boliviano, gran parte de los departamentos de Apurímac y Cusco y el noreste del departamento de Arequipa. El área de su configuración como lengua parece haber sido la cuenca del Pampas.
>
> La presencia de pueblos aymaraes (de lengua aymará) en el Collao y Charcas era relativamente reciente en el siglo XVI... repartiéndose el territorio altiplánico posiblemente bajo forma de diversos señoríos o reinos, algunos de los cuales [eran] ... Lupacas, Pacases, Carancas, Quillaguas, Charcas (Torero, 1987: 339).

También se aymarizaron las provincias de Umasuyos y Larecaja.[24]

Otro idioma que fue designado como lengua general, por el virrey Toledo, fue el **puquina** que se hablaba en el altiplano al noreste del lago Titicaca, en el departamento de Puno, hasta La Paz, y en los actuales departamentos de Potosí y Chuquisaca, así como también en los departamentos de Arequipa, Moquegua y Tacna.[25]

---

[24] Torero (1987: 341, 346). Loukotka (1968: 268-269) tiene una lista de los dialectos aymaras, los extinguidos así como también los que se siguen hablando.
Si el aymara ya se extendía hasta Tarapacá (Chile) en la época prehispánica, como fue el caso desde el siglo XIX, no se puede decir con certeza (Zapater, 1973: 34).
Jijón y Caamaño (1919: 68-69) cree ver huellas del aymara en algunos topónimos en el Ecuador, los cuales adscribe a los *mitimaes*.
Briggs (1993: 390, Lámina 25) tiene un mapa de los dialectos modernos del aymara. Para una descripción gramatical del aymara (sobre todo de los lupacas) de la época colonial véase Bertonio; un estudio que analiza la estructura lingüística del aymara moderno (paceño) es el de Hardman et al. (1988). Hoy en día hay alrededor de dos millones de hablantes de aymará en Bolivia, Perú y Chile (Hardman, 1978a: 6).

[25] Torero (1970: 234-237; 1987: mapa p. 342, Lámina 26).
La única documentación lingüística que existe para el puquina que ya no se hablaba en el siglo XVII (según Torero [1987: 347] una razón para su caída en desuso fue una dialectalización avanzada del puquina), son unos textos cristiano-religiosos de Gerónimo de Oré (1607), en base a los cuales Torero (1965) hizo un análisis de la estructura lingüística. Según el mismo autor (Torero 1987: 330, 398-399), el puquina está emparentado con el machaj-juyai que aún hoy es la lengua profesional de los curanderos callahuayas de Bolivia (para una descripción y un vocabulario de este idioma véase Girault ,1989). Para indicaciones de la supervivencia del puquina hasta el siglo XVIII véase el comentario de Cerrón-Palomino a Torero (1987: 381).

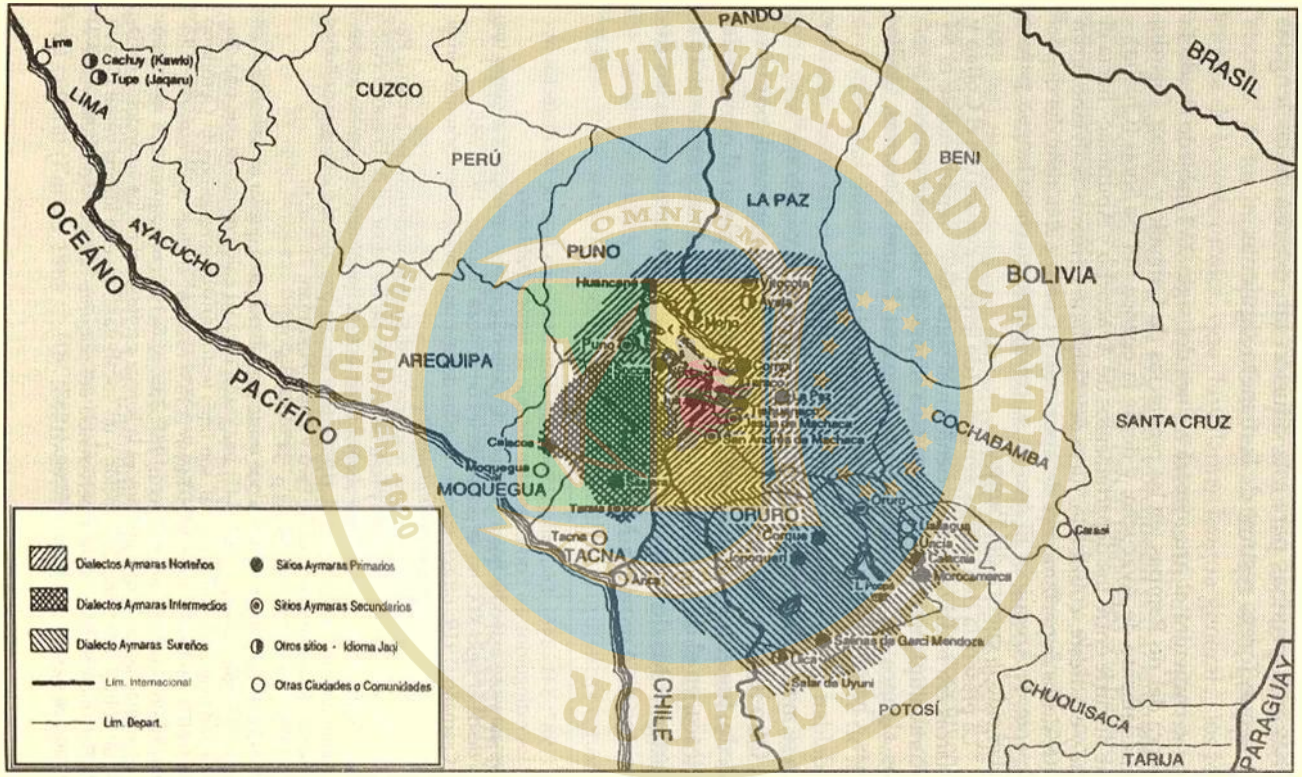


Lámina 25, Dialectos aymaras norteños, intermedios y sureños.

Desde principios de la época colonial, en la región de lo que hoy es el sur del Perú y el altiplano de Bolivia se nota una inestabilidad y ciertos mecanismos de desplazamiento que afectaron al aymara y al puquina, a cuyo costo se fue extendiendo el quechua. Antes -como Torero (1987: 338) muestra en base a un documento de fines del siglo XVI- el quechua se hablaba "casi exclusivamente en las parroquias citadinas o centros mineros activos (La Plata, Potosí, Porco, La Paz o Chuquiabo, Cochabamba) o en las doctrinas instaladas en las yungas orientales; esto es, allí donde se concentran yanaconas, mitayos, mitas o esclavos ('piezas')".[26]

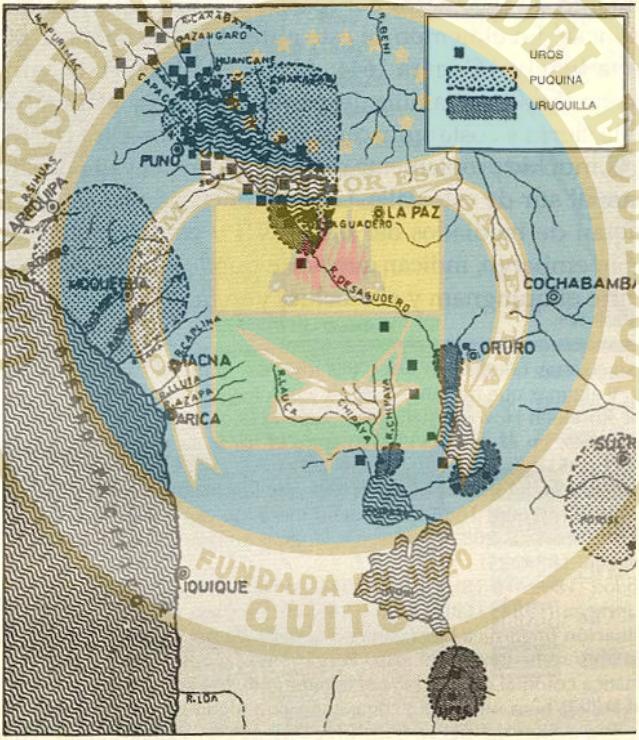


Lámina 26, Área de difusión del Puquina.

[26] Este desplazamiento lingüístico todavía sigue vigente; p. ej. en el norte de Potosí puede verse una situación parecida a la descrita en la época colonial. Allí el espectro lingüístico incluye en el extremo más débil el uru-chipaya y en el más fuerte el castellano, con el quechua extendiéndose en el territorio de habla aymará. Es de notar que todavía hay

Al extremo sur de la sierra andina -ya no en el territorio inca- se encontraba otra lengua que los europeos consideraban 'general': el **mapuche** (de la familia lingüística araucana) que se hablaba en Chile central.[27]

Otra lengua general, denominada **muchic** o **yunga**, se hablaba en la costa norte del Perú, en el territorio chimú (en los valles de Trujillo, Chicama, Jequetepeque, Lambayeque y Motupe), y hay indicios que también en la costa sur del Ecuador.[28] Según el clérigo gramático Carrera, en 1644 se encontraba el muchic en los corregimientos de Zaña y Chiclayo, obispado de Trujillo, pero también en las serranías del corregimiento de Cajamarca por reasentamientos que habían llevado a cabo los incas. En el tiempo de este autor todavía había 40.000 hablantes de esta lengua (Carrera 1644: Al Rey, Al Lector). El yunga parece pertenecer a la misma familia del puruhá, cañari y manteño que se hablaba en la sierra y costa sur y central del Ecuador. Otra clasificación diferencia el muchic propiamente dicho al norte del valle de Chicama del **quingnam** al sur de este valle. Las referencias documentales a esta división datan de mediados del siglo XVII y con eso son relativamente tardías. Sin embargo, indican que no se puede suponer una relación genética entre el quingnam y el muchic/yunga.[29]

---

muchas personas que hablan dos o tres idiomas, como el castellano, el quechua y el aymara, y algunas que hablan el aymara y una lengua uru-chipaya (comunicación personal de Rosaleen Howard-Malverde y Juan de Dios Yapita).

[27] Los mapuches, en el siglo XVI vivían entre el río Ytata y el Toltén (Zapater, 1973 [p. 138]; *ibíd.* p. 51).
Una descripción del sistema lingüístico de este idioma de la época colonial se encuentra en Valdivia ([1606] 1887). Un estudio moderno es el de Salas (1992). En este siglo todavía hablaban ca. 208.000 personas lenguas araucanas en Chile y en Argentina (Tovar/Larrucea, 1984: 25).

[28] Middendorf (1892: 16-18); Carrera (1644: Al Lector); Jijón y Caamaño (1919: 58-59).

[29] Tovar/Larrucea (1984: 168); Torero (1986, cfr. el mapa p. 529); cfr. también el esbozo de la situación lingüística de la costa norte peruana por Cerrón-Palomino (1995: cap. I) de cuyo libro se ha tomado el mapa (1995: 34, Mapa II, Lámina 27).
La gramática colonial del muchic por Fernando de la Carrera data de 1644; de ella Middendorf (1892) hizo un estudio comparado con algunos hablantes del muchic que vivían en Eten a fines del siglo pasado (*ibíd.*: 45-46). Se supone que hoy en día ya no se habla esta lengua.
Los cuatro idiomas o familias lingüísticas mencionadas -el quechua, el aru, el puquina y el muchic- no tienen rasgos genéticos comunes, con excepción de una hipotética relación entre las lenguas quechua y aru, sobre la cual el debate sigue vigente, (p. ej. Cerrón-Palomino, 1982, Adelaar, 1986, Torero, 1995b). Para un estudio de la reconstrucción histórica del quechua, aymara y puquina véase también Torero (1970). Para el contacto entre el quechua y el muchic véase Cerrón-Palomino (1989).

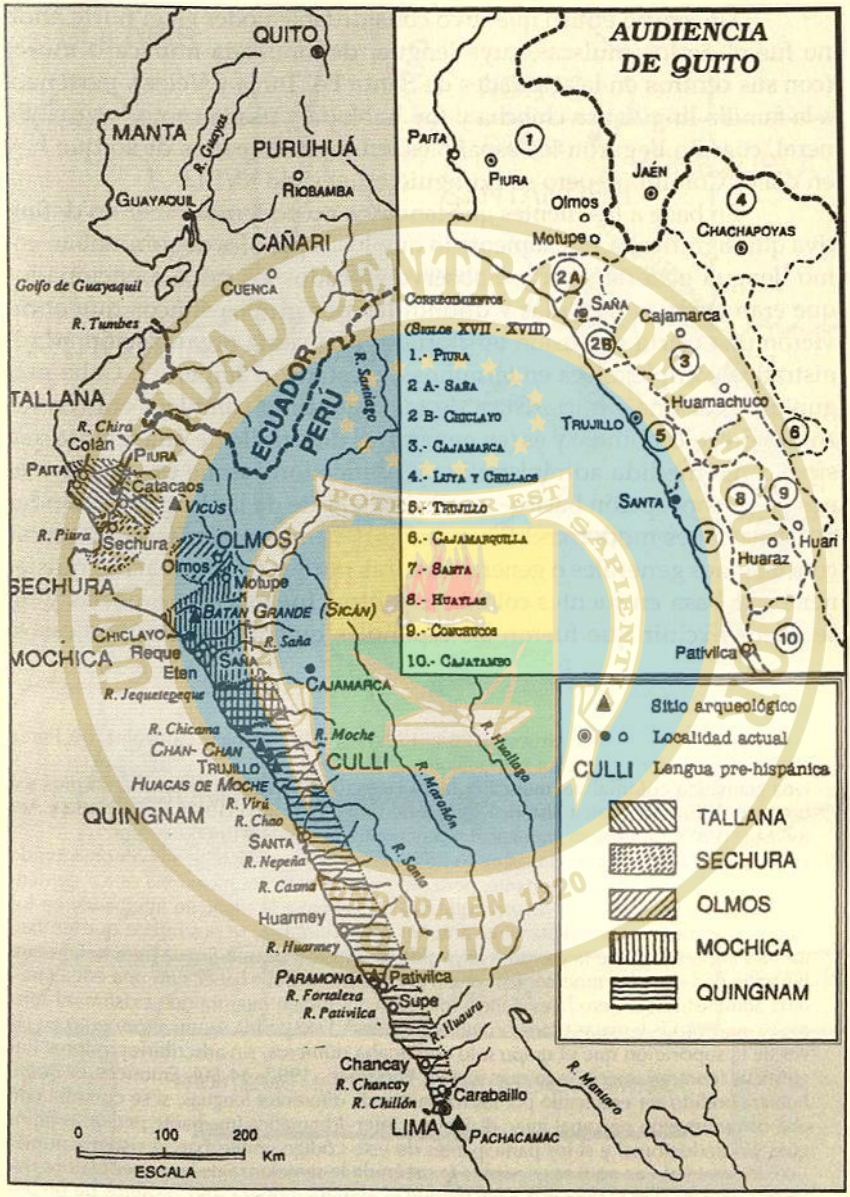


Lámina 27, Lenguas de la costa nor-central.

Un grupo étnico que tuvo considerable poder en el norte andino fue el de los muiscas, cuya lengua, denominada **muisca** o **mosca** (con sus centros en las ciudades de Santa Fé, Tunja y Vélez), pertenece a la familia lingüística chibcha y fue hablada y usada como lengua general, cuando llegaron los españoles, en grandes partes de lo que hoy en día es Colombia, pero se extinguió en el siglo XVIII.[30]

En base a las fuentes que tenemos no podemos saber en definitiva qué significaba exactamente lo que los españoles denominaban como "lengua general", pero se observa en todos los casos mencionados que eran lenguas habladas y difundidas por grupos étnicos que obtuvieron una cierta extensión territorial y una cierta organización administrativa compleja (sea en términos de 'estado' o 'imperio'). Cabe preguntarnos si una característica de tal organismo complejo era (en los Andes precolombinos) y es (en general) el desarrollo de una lengua que sirve como medida administrativa y unificadora, y que es –por lo menos en su concepción básica– no muy diferente de las lenguas estándar de las naciones modernas.[31] Sin embargo, tenemos que cuidarnos de sacar conclusiones generales o generalizadoras porque la información que tenemos se basa en fuentes coloniales y otras fuentes no primarias y no se puede excluir que fueron los españoles quienes, en algunos casos,

---

[30] Triana (1987: 19); Tovar/Larrucea (1984: 173-175). Cfr. también González de Pérez (1980, esp. su Lámina II, aquí como lámina 28).
Una gramática colonial del muisca es la de Lugo ([1619] 1978), y buenos estudios sobre la situación lingüística histórica son los de Ortega Ricaurte (1978) y de Triana y Antorveza (1987); un esbozo gramatical se encuentra en Ostler (1994).

[31] En algunos estudios sobre el desarrollo de las sociedades complejas se ha considerado la escritura como factor importante, pero prácticamente no se menciona el rol del lenguaje mismo. En base a la evidencia que hay en cuanto a la situación lingüística en los Andes en el tiempo inmediatamente anterior a la conquista, se nos ofrece que un factor más importante que la escritura haya sido la difusión de una *lingua franca*. En combinación con sistemas mnemónicos como el *quipu*, ésta debe haber sido una eficaz medida administrativa. Pero la evidencia idiomática también muestra que existían al mismo tiempo varias lenguas usadas como "generales". Esto podría ser un argumento en favor de la suposición que el *quipu* solo codificaba números, sin adscribirles valores lingüísticos (contrariamente a lo que sugiere Pärssinen, 1992: 44-50). Entonces el *quipu* hubiera podido ser empleado por los hablantes de diferentes lenguas, si se contaba con una comunicación personal inter-dialectal e inter-idiomática (mediante personas bilingües y/o traductores) y si los participantes de este código empleaban el sistema numérico decimal (tal vez aquí se encuentra la razón de la semejanza de la nomenclatura numérica aymara con la quechua y del porqué el aymara muestra solo vestigios de un antiguo sistema pentanumérico).

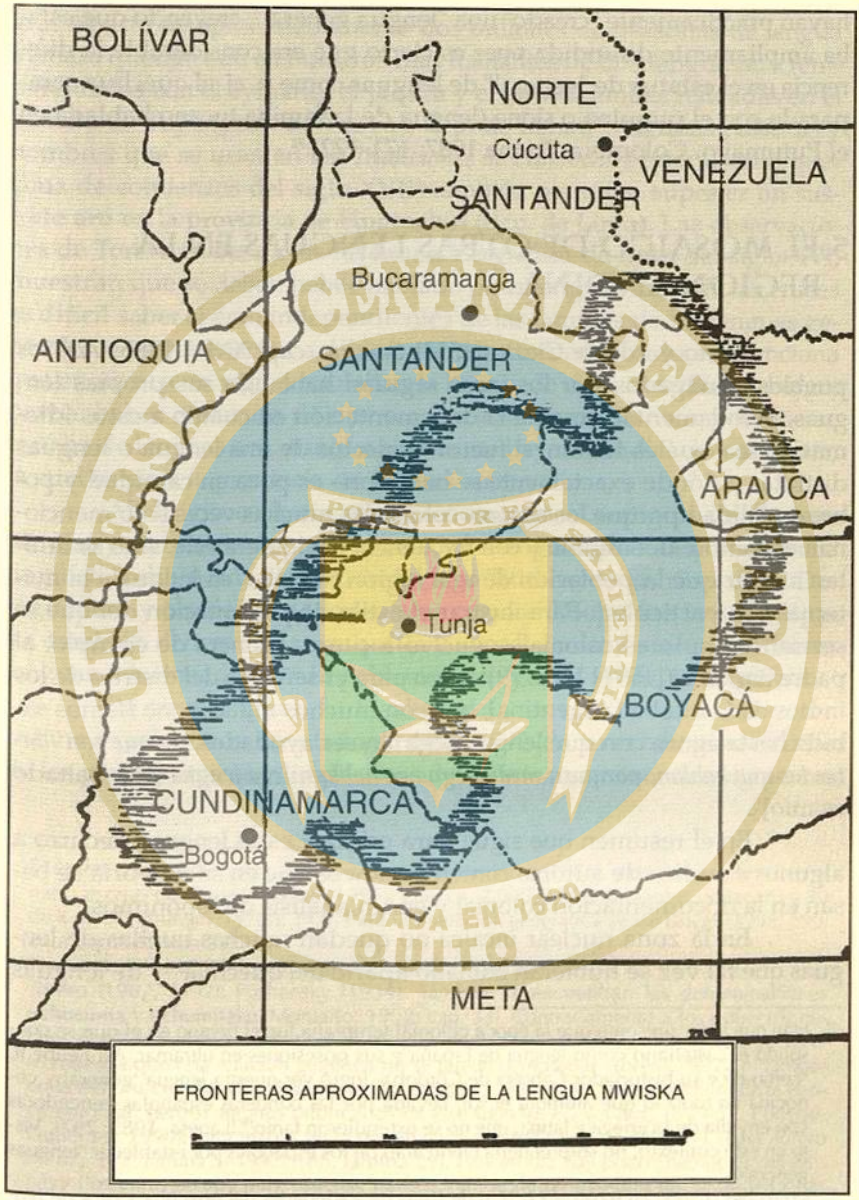


Lámina 28, Extensión geográfica del Mwiska.

hayan prácticamente "creado" una "lengua general", creyendo que estaba ampliamente difundida pues es cierto que era considerable la diferencia en el estatus de "general" de lenguas como p. ej. el quechua comparado con el puquina o siona (lengua de la familia tucano hablada en el Putumayo, Colombia; Triana 1987: 171-172).[32]

5. EL MOSAICO DE OTRAS LENGUAS EN LA REGIÓN ANDINA

Como ya decía Cieza ([155?] *Señorío*, cap. XXIV, 1985: 72), los pueblos sojuzgados por los incas seguían hablando sus propias lenguas, pero lamentablemente la documentación en cuanto a estos idiomas –o sea, cuáles fueron, si fueron dialectos de una lengua o lenguas distintas y dónde exactamente se hablaron– es poca en cantidad y pobre en calidad porque los autores coloniales muchas veces solo mencionan el nombre del idioma y con frecuencia ni siquiera éste, sino se limitan a decir que la población de una región hablaba 'su lengua', 'la materna' o 'la particular'. Para ilustrar el estilo de presentación del que se servían los autores coloniales, vuelvo a citar, a manera de ejemplo, al padre Barzana ([1594] 1965: 79): "pero para enseñanza del distrito de los indios de Córdoba [Argentina], que son muchos millares, no hemos sabido hasta agora con qué lengua podrían ser ayudados, *porque son tantas las que hablan, porque a media legua se habla nueva lengua* [el resaltado es mío]".

En el resumen que sigue para esbozar estas lenguas, recurro a algunos estudios de autores contemporáneos que en su mayoría se basan en la documentación colonial y en un análisis de topónimos.

En la zona nuclear incaica no quedan muchas huellas de lenguas que tal vez se hubieran hablado aparte del quechua[33] y de lenguas

[32] Hay que tener presente que la época colonial temprana fue el tiempo en el que se consolidó el castellano como lengua de España y sus posesiones en ultramar. Así Felipe II, "como dice su historiador Cabrera de Córdoba, logró ver nuestra lengua 'general y conocida en todo lo que alumbra el sol, llevada por las banderas españolas vencedoras con envidia de la griega y latina, que no se extendieron tanto'" (Lapesa, 1985: 297). Visto en este contexto, no sorprendería cierto afán de los españoles por establecer "lenguas generales".

[33] Loukotka (1968: 263-266, 272-273) da listas de variedades del quechua y otra de lenguas extinguidas (no clasificadas o desconocidas) que, según distintas referencias bibliográficas, se hablaban en el territorio incaico.

aru. Aparte de aproximadamente dos millones de personas de lengua aymara quedan aún en nuestros días hablantes de dos lenguas aru (emparentadas con el aymara): el **jaqaru** y el **kawki**, ambas habladas en el distrito de Tupe (prov. de Yauyos, dep. de Lima).[34] Algunas palabras y nombres que se usan en las *Tradiciones de Huarochirí* (manuscrito quechua de comienzos del siglo XVII) también permiten suponer un sustrato aru en la provincia de Huarochirí (dep. de Lima). Las observaciones de Torero en base a las *Relaciones Geográficas* de fines del siglo XVI, muestran que se deben haber hablado otras lenguas más, de las cuales es difícil saber si eran independientes de las familias de las lenguas generales o si pertenecían a ellas pues con frecuencia solo se menciona que en una cierta región hablaban la lengua de esta zona. Sin embargo, parece haber evidencia de que en muchos lugares del sur peruano se trataba de lenguas aru, aunque solamente hay una indicación explícita, la cual es para la provincia de Vilcas Guaman.[35]

Al dirigirnos hacia el sur, encontramos vestigios de algunos idiomas y menciones de otros, aparte de las lenguas generales. Una familia lingüística difundida alrededor del lago Titicaca, en las riberas del Desaguadero y alrededor de los salares como el Poopó fue la **uru-chipaya**, también denominada **uruquilla** y -por los mismos urus- **kot'suns**, lenguas relacionadas con la población uru y, más al sur, la chipaya.[36]

De otras lenguas, su localización y estructura en la esfera sur andina se sabe poco. Montaño Aragón (1992: en su exhaustivo estudio de los grupos étnicos y lingüísticos de Bolivia, menciona los siguientes

---

[34] El único compendio sobre el jaqaru es el de Hardman (1985). Además hay un diccionario escrito por Belleza Castro (1995). Hay ca. 2.000-3.000 hablantes de jaqaru y 30 de kawki (Hardman, 1978b: 147). Para la ubicación geográfica véase Briggs (1993: 390, aquí como lámina 25).

[35] Torero (1970: 238-243); véase también arriba: el aymara.

[36] Torero (1987, 1992); Posnansky (1934). También se encuentran las denominaciones **uchusuma** y **uchumitaku** (Montaño, 1992: cap. 33). Contrariamente a los esfuerzos hechos por Rivet y Créqui-Montfort de asignar el uru-chipaya a la familia arahuaca, Torero muestra que esta relación genética no se puede comprobar (Torero,1992), ni tampoco la del uru-chipaya con el puquina (Torero, 1987, 1992). No hay materiales de la época colonial, pero sí algunos publicados en este siglo (p. ej. Vellard, 1949-51, Porterie-Gutiérrez, 1990). Para mapas de la distribución geográfica en el siglo XVI véase Torero (1987: 342, lámina 5; 1992: 188, lámina 29). Hoy en día hay pocos hablantes del chipaya (las cifras no son muy exactas; parece tratarse de un máximo de 1.000 personas en el pueblo de Chipaya y sus alrededores) y se supone que ya no se habla uru (Montaño, 1992: cap. 43 y 33 resp.).

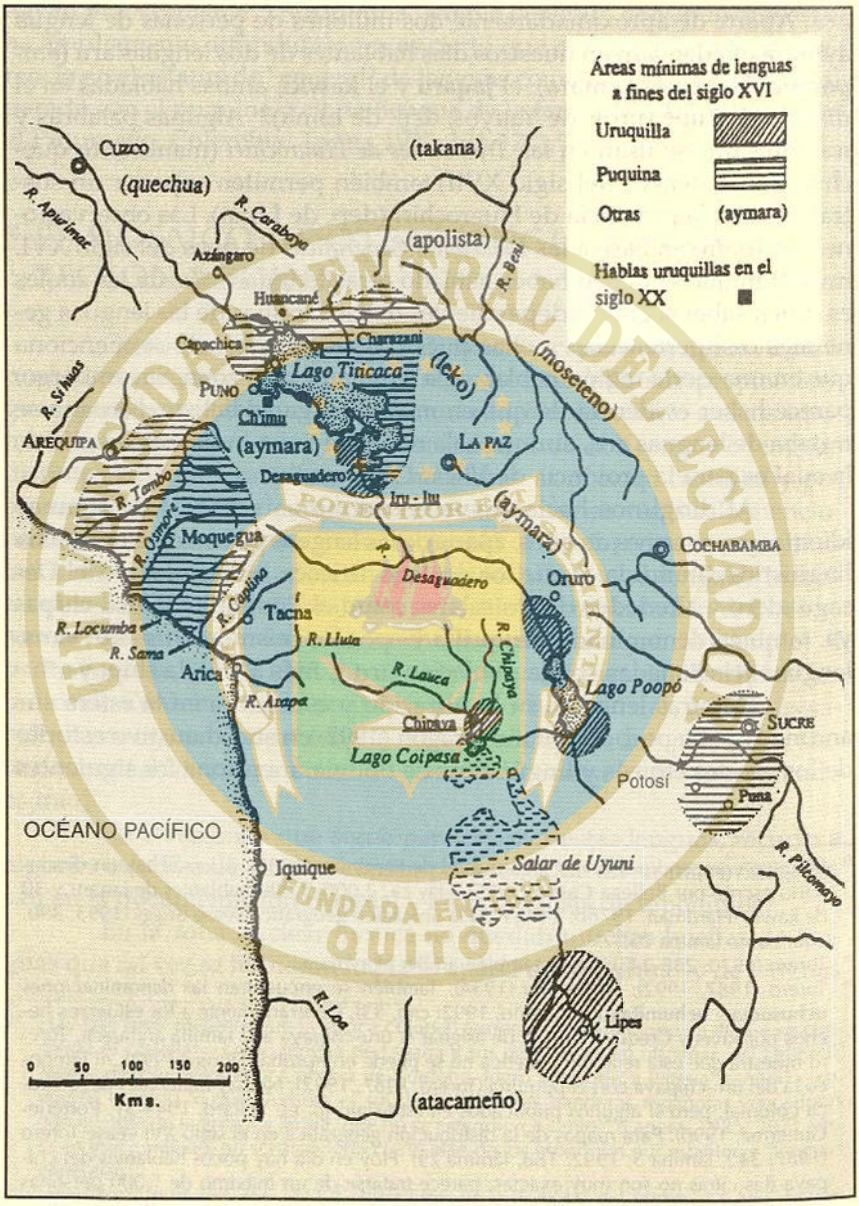


Lámina 29, El Uruquilla en el contexto lingüístico del antiplano (siglos XVI y XX).

grupos de los cuales hay indicios (en base a nombres y topónimos) o evidencia (en base a palabras aún en uso) de haber tenido su propia lengua.

El grupo étnico llamado **murato** (que ha sido considerado perteneciente al uru) vivía en el área cerrada del lago Poopó y territorios circundantes en el departamento de Oruro y solo se han recolectado las palabras de los números uno a diez, que aún no se han podido asignar a ningún idioma conocido.[37] Los **kapillus** que hoy en día viven en el departamento de Oruro parece que hablaron su propio idioma, aunque no identificado, como argumenta Montaño (1992: 287, 296-298) en base a evidencia toponímica no especificada por él. En el norte de Potosí y en las provincias Poopó y Dalence del departamento de Oruro viven los **chullpas** cuya lengua ya no se conoce; solo subsisten unos vocablos que no son ni quechua ni aymara (*ibíd.*: 329, 336-337). De los **quillacas** que ya aparecían en los documentos coloniales como habitantes de Charcas y hoy en día viven al sur del lago Poopó, Montaño presenta una lista de 50 palabras que en su mayoría no están relacionadas ni con el quechua ni con el aymara, lo que relativiza la afirmación de Tovar/Larrucea que eran aymara-hablantes.[38] Otro grupo, el de los **yamparaes**, que vivían en los departamentos de Potosí, Cochabamba y Chuquisaca, hoy solamente se encuentran en la provincia de Yamparáes y ya no tienen vestigios de su lengua, salvo en algunos topónimos que posiblemente reflejan la lengua de este grupo (Montaño 1992: 370, 378). De la lengua de los **lipes**, asignados en la época colonial por Toledo a un corregimiento cerca del cerro Coipasa, quedan solamente topónimos, los cuales, según Montaño, no muestran relación con el atacameño; sin embargo, Tovar/Larrucea dan lipe como sinónimo de atacameño/kunza, aunque consideran a los lipes como quechua- (y anteriormente aymara-) hablantes.[39]

Cabrera (1931), en un estudio cuidadoso de la situación étnico-lingüística del antiguo Tucumán de Córdoba en Argentina, presenta evidencia documental que muestra que el quechua ya se hablaba en esa región antes de la conquista española (véase arriba). Otras dos lenguas

[37] Montaño (1992: 176, 188-191). Me parece improbable que sea idéntico con el idioma candoshi/murato atribuido a las familias jíbaro o chibcha que mencionan Tovar/Larrucea (1984: 71-72).

[38] Montaño (1992: 341, 350, 353); Tovar/Larrucea (1984: 49).

[39] Montaño (1992: 467, 478-483); Tovar/Larrucea (1984: 34, 54).

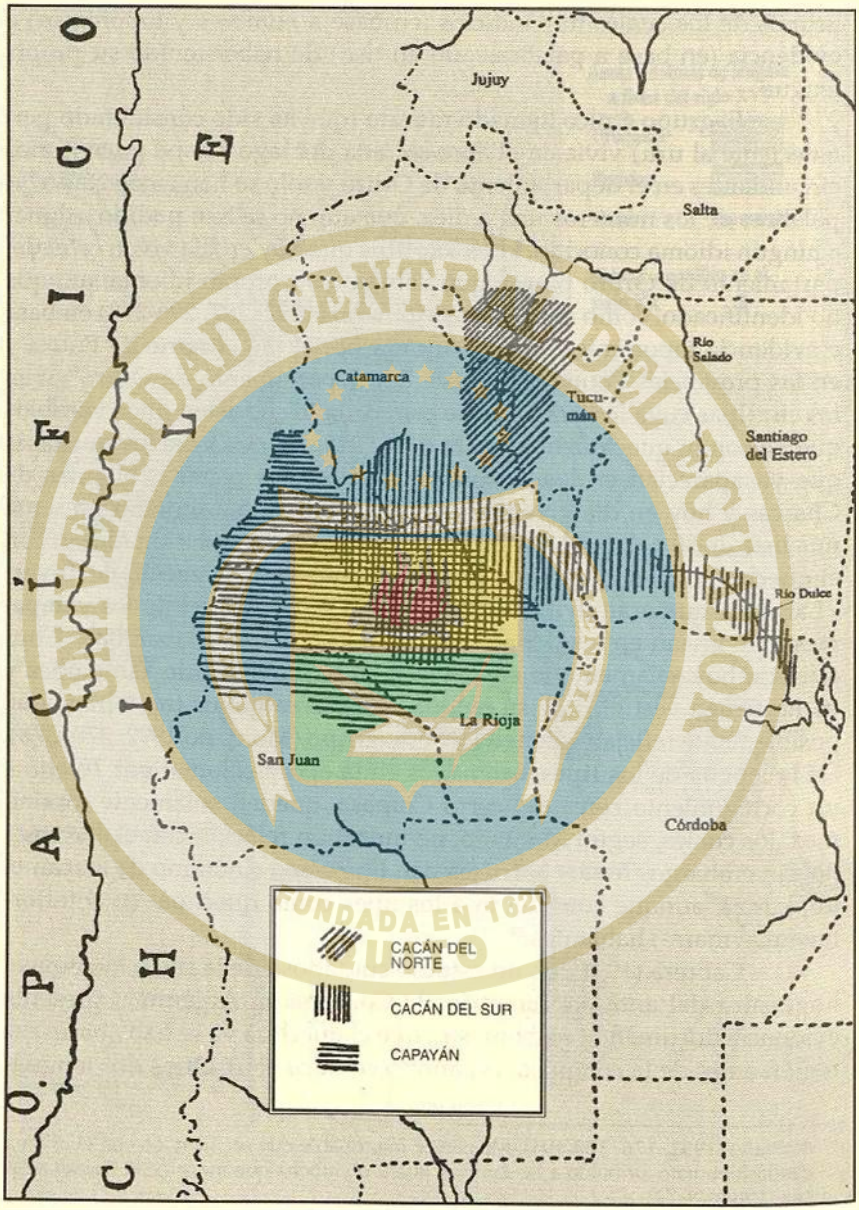


Lámina 30, Zonas de difusión del Cacán.

que son mencionadas en la documentación histórica, son el **comechingón** y el **sanavirón** (Cabrera 1931). Como fueron extinguidas en la época colonial, faltan datos para asignarlas a una familia lingüística.[40] También desaparecido en el siglo XVII, en el noroeste argentino (Catamarca, Tucumán, Salta, La Rioja, Santiago del Estero, Córdoba) se hablaba el **cacán**; era la lengua de los diaguitas o calchaquíes y colindaba y en parte se superponía con la lengua **capayán** en el suroeste de La Rioja (Martín 1969/70, lámina 30). La lengua **tonocoté** fue hablada por los lules.[41] Además hay indicios de una lengua llamada **humahuaca** que se hablaba en Jujuy y la lengua **ocloya** en la misma región.[42] Los **juries** o **suries** vivían en el área comprendida entre los ríos Salado y Dulce y hablaban su propia lengua (Stark 1985b: 736).

En la antigua provincia de Moquegua se hablaba una lengua denominada **coli**, cuya ubicación es documentada por Julien (1979). Torero (1987: 344) supone que esta lengua era puquina.

En el norte de Chile, el extremo sur del territorio incaico, se hablaba la lengua **atacameña** o **kunza** de la que había todavía hablantes hasta fines del siglo pasado.[43] En la misma época también todavía se hablaba la lengua **chango**, entre los pescadores de Paposo en la costa norte de Chile.[44] Al grupo de los aruacanos pertenecían los picunche que vivían en los valles de Aconcagua y Mapocho (al norte de los mapuches), de habla **araucana**, dialecto norteño (Zapater 1973: 44-50; Tovar-Larrucea 1984: 25).

Igual que en el sur andino donde había muchas lenguas en el siglo XV y XVI (en parte varias en el mismo territorio), pero que se extinguieron rápidamente en la época colonial, en la zona norte de los Andes hoy en día ya no quedan más que los nombres de las lenguas y

[40] Tovar/Larrucea (1984: 30). Loukotka (1968: 278) asigna el comechingón a la familia huarpe, mientras que denomina el sanavirón como lengua aislada (*ibid.*: 48).

[41] Posiblemente el comechingón, el sanavirón y el cacán estaban emparentados (Tovar/Larrucea, 1984: 33). Cfr. también Lizondo Borda (1938) para las lenguas que se hablaron en esta región en el siglo XVI. El menciona la lengua **tonocoté** (Lizondo Borda, 1938: 35-37, 49; cfr. Tovar/Larrucea 1984: 34-35).

[42] Humahuaca: Loukotka 1968 (276-277); Tovar/Larrucea (1984: 34); ocloya: Tommasini (1933: 92, nota 2).

[43] Tovar/Larrucea (1984: 34); Echeverría y Reyes (1910); Zapater (1973: 34-35); Lehnert (1987).

[44] Es asignada al mapuche (familia araucana) por d'Ans (1976), pero al uru por Loukotka (1968: 270; cfr. también Tovar/Larrucea 1984: 48). Cfr. Zapater (1973: cap. IV) para una descripción cultural de los pescadores.

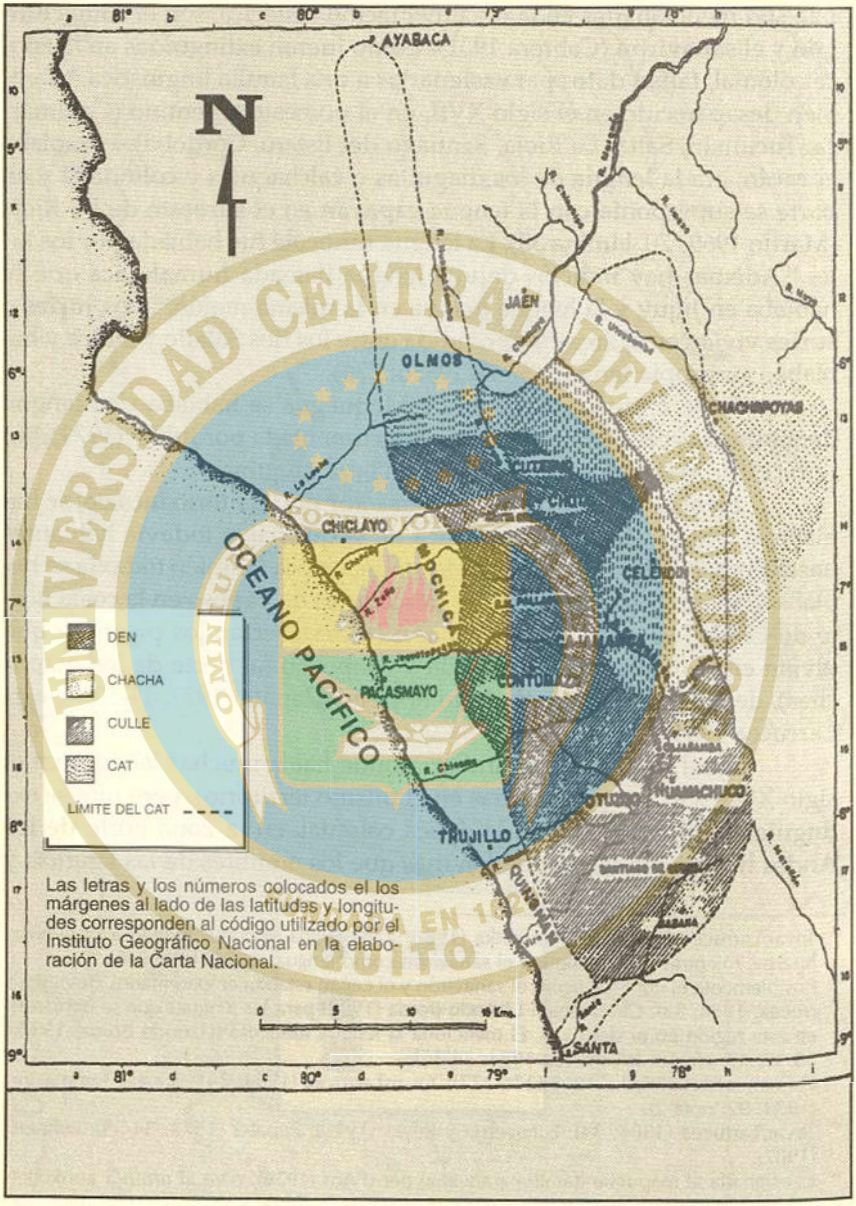


Lámina 31, Lenguas pre-quechuas de la sierra norte peruana.

algunos topónimos de los idiomas que se hablaban allí aparte de las lenguas generales. Con los de la costa en territorio peruano se ocupó Torero en un estudio publicado en la *Revista Andina* (1986, mapa p. 529),[45] con los de la sierra en otro en la misma revista (1989, mapa p. 222, lámina 31), principalmente en base a datos toponímicos. En el primero analiza la única información respecto al sistema lingüístico de varios idiomas de la costa norte peruana, la cual consiste de una lista comparada de 43 palabras que Martínez Compañón incluyó en su obra sobre la diócesis de Trujillo en el siglo XVIII (lámina 32). El análisis de la lista da el resultado siguiente: el **colán** y **catacaos** (denominados **tallán** por Torero), hablados en los ríos Chira y Piura, son idiomas emparentados. El sechura es una lengua independiente, hablada en la bahía de Sechura; por falta de más información sobre la lengua **sec** mencionada por Calancha no hay evidencia concluyente en cuanto a la relación entre ambas. En el noreste del departamento de Lambayeque, en **Olmos**, se hablaba una lengua que aparentemente estaba emparentada con la de Sechura, posiblemente un idioma mezclado (consistente de dos). En cuanto al término "lengua pescadora" que aparece en varios documentos coloniales, Torero (1986: 534) dice que parece referirse a distintas entidades lingüísticas geográfico-sociales habladas en la costa norte.

Los documentos coloniales también hacen mención de algunas otras lenguas habladas en la sierra y ceja de selva norte. La **culli** también es llamada **linga** o de **Guamachuco** en las fuentes coloniales y se hablaba en la provincia de Cajabamba (dep. de Cajamarca), las de Otuzco, Sánchez Carrión (Huamachuco), Santiago de Chuco (dep. de La Libertad) y la de Pallasca (dep. de Ancash). Todavía en 1915 se recogió una lista de vocablos, pero no se sabe si hoy en día se sigue hablando en alguna localidad norteña.[46] El **hivito** y el **cholón / cholona** se hablaban en la actual provincia Mariscal Cáceres (dep. de San Martín), particularmente sobre los afluentes izquierdos del río Huallaga; el cholón se extendía más hacia el sur, hasta la provincia de Tingo María (dep. de Huánuco); ambos idiomas no están emparenta-

[45] Véase la lámina 27 (Cerrón-Palomino 1995: 34).

[46] Torero (1989: 221-229) analiza detalladamente la toponimia culli. Adelaar, en su visita a diferentes lugares de la región pudo recoger palabras aisladas (Adelaar, 1991; veáse también su mapa p. 99, que coincide básicamente con el de Torero, lámina 31, pero indica además el valle del Marañón hasta Arancay como posible área culli).

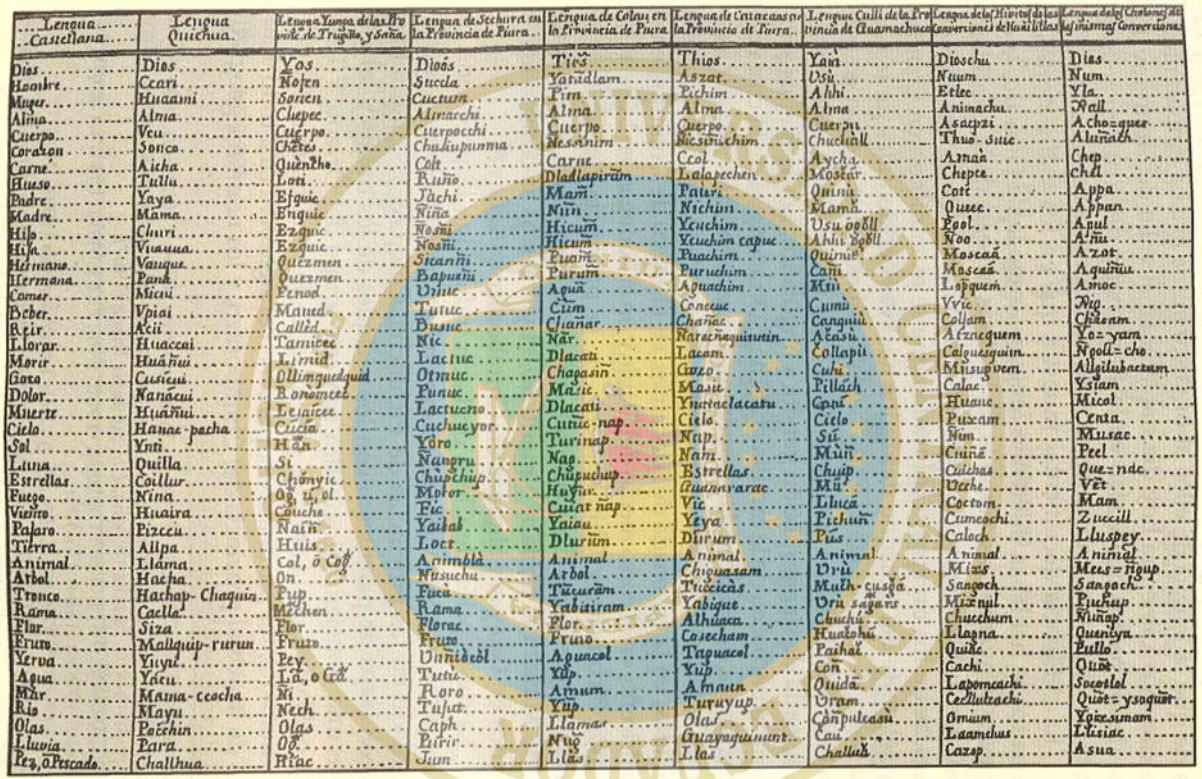
dos.[47] Otra lengua era la de **Copallén**, hablada en el siglo XVI en la serranía que separa los valles del Utcubamba y del Imaza al borde del río Marañón, y de la cual solo se recogieron cuatro palabras (Torero 1989: 236). Otro territorio idiomático es el designado por Torero como **chacha**, en el cual hay ciertos componentes finales en los topónimos; se trata del área de las provincias de Chachapoyas, Rodríguez de Mendoza y Luya y el sur de las de Bagua y Bogará (dep. de Amazonas) (*ibíd.*: 238). De la misma forma –únicamente en base a sus topónimos- Torero delineó otras zonas idiomáticas, las cuales son la de topónimos terminados en **-den** (las provincias de Contumazá, San Miguel, Hualgáyoc y Santa Cruz, el sector de la de Cajamarca que mira hacia el Pacífico, la mayor parte de la provincia de Chota, el centro-sur de la provincias de Cutervo y el extremo noreste de la de Celendín, en el actual departamento de Cajamarca; *ibíd.*: 229-234) y en **-cat** (principalmente en todas las provincias del departamento de Cajamarca, las provincias serranas del departamento de La Libertad, las serranías de la provincias de Ferreñafe, departamento de Lambayeque, las provincias de Utcubamaba, Bagua, Luya y suroeste de la de Chachapoyas, departamento de Amazonas; ibíd.: 234-238). Además se tiene la zona toponímica **-is** (las vertientes marítimas de la cordillera Occidental, desde el departamento de La Libertad hasta el de Piura; *ibíd.*: 238-239) y la de **-ual** (las cuencas colectoras y los cursos medios de los ríos Virú, Moche, Chicama y Jequetepeque; *ibíd.*: 239).

La situación lingüística histórica en lo que hoy es el Ecuador fue descrita por Jijón y Caamaño (1919) y por Paz y Miño (1940-42, 1961) quienes se sirvieron de los topónimos, y hasta cierto punto, también de la documentación colonial, para reconstruir en lo posible las lenguas extinguidas de las tres zonas ecológico-geográficas de ese país. Hartmann (1979), en un cuidadoso análisis de las fuentes coloniales, amplía estos estudios tempranos. Para Colombia existe la bibliografía de Ortega Ricaurte (1978) quien también esboza la situación histórica.[48]

---

[47] Torero (1986: 528, 533). Loukotka (1968: 155) asigna ambas lenguas a una misma familia, la cholona, y dice que están "casi extinguidas".
En la British Library de Londres se encuentra una gramática de la lengua cholona, escrita en el siglo XVIII y que fue publicada por lo menos en parte en la revista *Inca* "Arte de la lengua cholona".

[48] En otro artículo, Torero (1993) analiza la documentación respecto a las lenguas habladas en la hoya de Jaén en el siglo XVI.
Para el Ecuador véase el mapa en Mercier (1985: 43, Lámina 33) y el de Paz y Miño (1961: entre p. 16 y 17, para Colombia el que ofrece Ortega Ricaurte (1978: Lámina III, aquí Lámina 34).



Lengua Castellana	Lengua Quichua	Lengua Yunga de las Provincias de Trugillo, y Saña	Lengua de Sechura en la Provincia de Piura	Lengua de Colan en la Provincia de Piura	Lengua de Catacaos en la Provincia de Piura	Lengua Culli de la Provincia de Guamachuco	Lengua de las Riberas de las Conversiones de Huallabamba	Lengua de los Chalones de las mismas Conversiones
Dios	Dios	Yos	Dioós	Tiés	Thios	Yan	Dioschu	Dias
Hombre	Ccari	Nosen	Stucda	Yaridlam	Aszat	Usu	Nuum	Num
Muger	Huaasni	Sorien	Cuctum	Pim	Pichim	Alhi	Etlec	Yla
Alma	Alma	Chepec	Almarachi	Alma	Alma	Alhi	Animachu	Nell
Cuerpo	Vcu	Cuerpo	Cuerpocchi	Cuerpo	Cuerpo	Cuerpu	Asacpzi	Acho=quec
Coraçon	Sonco	Cheres	Chuchupunma	Nesanim	Nicsinichim	Chuchiall	Thuo-suic	Alunach
Carne	Aicha	Quenthe	Colt	Carne	Ccol	Aycha	Anaa	Chep
Hueso	Tullu	Loti	Ruño	Dladlapiram	Lalapechen	Mostar	Chepca	chil
Padre	Yaya	Efquic	Jachi	Mam	Paiari	Quinu	Cost	Appa
Madre	Mama	Enquic	Nina	Nin	Nichim	Mama	Quiec	Appan
Hijo	Churi	Ezquic	Hicum	Hicum	Ycuchim	Usu oobll	Pool	Apul
Hija	Vivanua	Ezquic	Nosni	Hicum	Ycuchim capuc	Alhi oobll	Noo	Alu
Hermano	Vauque	Quezmen	Stearni	Puam	Puachim	Quimie	Mosca	Azot
Hermana	Pank	Quezmen	Papurii	Purum	Puruchim	Cani	Mosca	Aquinu
Comer	Micui	Penod	Vitue	Aguã	Aguachim	Mii	Lopquem	Amoc
Beber	Vpiai	Manud	Tutuc	Cum	Conecue	Cumi	Vvic	Nig
Reir	Acii	Callid	Busuc	Chanar	Chanaz	Canquiu	Collam	Chiteam
Llorar	Huaccai	Tamirec	Nic	Nar	Narachaquiuntin	Acasu	Atzuequem	Yo=yam
Morir	Huañui	Limid	Lacuc	Dlacati	Lacam	Collapii	Calquesquim	Neoli=cho
Gozo	Cusicu	Ollimquedquid	Otmuc	Chapasin	Cozco	Cuhi	Misupuem	Allgilubacsam
Dolor	Nanacui	Ronomrec	Punuc	Mazic	Masu	Pillach	Calac	Ysiam
Muerte	Huañui	Lenarec	Lactuenc	Dlacati	Ynatlaclacatu	Cpui	Huaac	Micol
Cielo	Hanac-pacha	Ciccia	Cuchuc yor	Cuñic-nap	Cielo	Cielo	Puscam	Centa
Sol	Ynti	Han	Yaro	Turinap	Nup	Sii	Nim	Musac
Luna	Quilla	Si	Ñanpru	Nap	Nam	Mun	Cuiñe	Peel
Estrellas	Coillur	Chonyic	Chupchup	Chupuchup	Estrellas	Chuip	Cutches	Quez=ndc
Fuego	Nina	Og, u, ol	Moror	Huyun	Quanararac	Mu	Verhe	Vet
Viento	Huaira	Couche	Fic	Cuar nap	Vic	Lluca	Coctom	Mam
Pajaro	Pizccu	Nain	Yaibab	Yaiau	Yeya	Pichun	Cumeschi	Zuccill
Tierra	Allpa	Huis	Loct	Dlurum	Dlurum	Pus	Caloch	Llusprey
Animal	Llama	Col, ó Cof	Animbla	Animal	Animal	Animal	Animal	Animal
Arbol	Hacha	On	Nusuchu	Arbol	Chiquasam	Uru	Mixs	Mees=noup
Tronco	Hachap-Chaquin	Pup	Fuca	Tucuram	Tuccicas	Muth-cusca	Sangoch	Sangoch
Rama	Caella	Mechen	Rama	Yabiuram	Yabique	Uru sagara	Mixnul	Puchup
Flor	Siza	Flor	Florac	Flor	Alhuaca	Chuchi	Chucchum	Nunap
Fruto	Mallquiy-rurun	Fruto	Fruto	Fruno	Cosecham	Huatohu	Llagna	Quentya
Yerva	Yuyu	Pey	Unnicol	Aquncol	Taquacol	Paihal	Quiñe	Pullo
Agua	Yacu	La, o Ca	Tutic	Yup	Yup	Con	Cachi	Quic
Mar	Mama-cocha	Ni	Roro	Amum	Amaun	Quida	Laponcachi	Socotlol
Rio	Mayu	Nech	Tufut	Yup	Turuyup	Uram	Cecllutzachi	Quic=ysoquic
Olas	Pochin	Olas	Caph	Llamar	Olas	Canpulcasu	Omum	Yoic=sinam
Lluvia	Para	Og	Pirir	Nug	Guayaquinunr	Cau	Laamchus	Llisiac
Pez, ó Pescado	Challhua	Riac	Jum	Llas	Llas	Challua	Cazap	Asua

Lámina 31, Plan que contiene 43 voces castellanas traducidas a las ocho lenguas que hablan los indios del Obpdo. Trujillo.

Los **quillacingas** vivían al este de la ciudad de Pasto y hay indicios de que la lengua de ellos ahora extinguida estaba emparentada con la camsá o kamentzá hoy día hablada en el valle de Sibundoy. La lengua de los **pastos** que vivían en la sierra norte del Ecuador y en el suroeste de Colombia, parece haber sido de la familia tucano.[49]

La evidencia documental muestra que en los valles norteños del Ecuador se hablaban diferentes lenguas, como la de **Otavalo**, la de **Carangue** y **Cayambe**, así como la de los **litas** al oeste de la cordillera. Las lenguas de **Carangue** y **Cayambe** parecen haber estado emparentadas con las de los **cayapas** y **colorados** que se extendieron en grandes zonas del oeste del Ecuador, desde los declives occidentales de la cordillera hasta el mar, desde el Patía hasta Tumbes. Rivet incluía en este grupo también el idioma **cuaiquer** de la costa norte. No se sabe prácticamente nada de su agrupación genética lingüística; Loukotka los asigna al grupo barbacoa de la familia chibcha.[50] Otra lengua de la costa del Ecuador fue la de **Esmeraldas** (topónimos que se pueden asignar a esta lengua se encuentran en el sistema fluvial del Patía, del Santiago, del Esmeraldas, en la ensenada de Atacames, en el estero de Cojimíes, en el del río Briceño, en el curso medio del Daule y en el Bodegas; en la sierra en Imbabura, Pichincha y Chimborazo), en la provincia de Guayas el **huancavilca** que Jijón y Caamaño relaciona con el mochica, y en la provincia de Manabí el **manabí** o **manteño**, cuyos restos se conservan en topónimos en Guayas y algunos en Chimborazo y Azuay.[51]

La descripción de Cieza de León indica que la población de Panzaleo tenía su propio idioma (también llamado **latacunga** o **tacunga**), hablado en las provincias de Pichincha, Cotopaxi y Tungurahua. Existieron lazos de parentesco con los caciques de los quijos y tal vez también una semejanza lingüística con este grupo del Oriente.[52] También la población de la antigua provincia de Puruhá tenía su(s) propio(s) idioma(s); los puruháes ocupaban en el siglo XVI casi todo el territorio de la actual provincia del Chimborazo, y los nombres geográfi-

[49] Quillacinga: Jijón y Caamaño (1919: 2); Tovar/Larrucea (1984: 186); pasto: Jijón y Caamaño (1919: 3-4); Paz y Miño (1940: La lengua pasto); Loukotka (1968: 249) la asigna al grupo barbacoa, familia chibcha. Cfr. también Triana (1987).

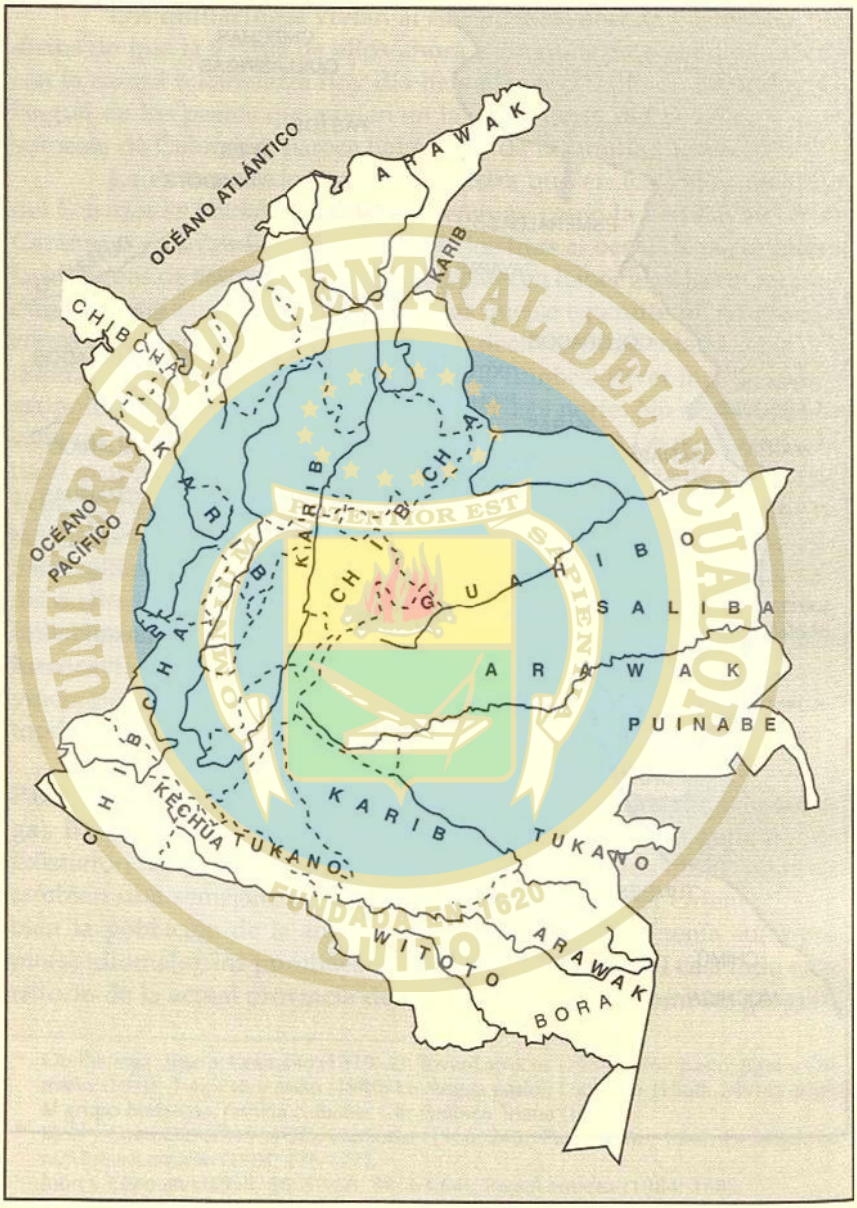
[50] Jijón y Caamaño (1919: 4-26); Loukotka (1968: 248); Paz y Miño, 1941: La lengua kára); Tovar/Larrucea (1984: 176-177).

[51] Jijón y Caamaño (1919: 58; 57-58, 59; 63-64); Tovar/Larrucea (1984: 168).

[52] Jijón y Caamaño (1919: 28-33); Paz y Miño (1941: La lengua kito o panzaleo); Loukotka (1968: 245); Tovar/Larrucea (1984: 178).



Lámina 33, Pueblos y lenguas pre-colombinos.


OCÉANO ATLÁNTICO
ARAWAK
KARIB
CHIBCHA
OCÉANO PACÍFICO
CHIBCHA
KARIB
CHIBCHA
CHIBCHA
CHIBCHA
CHIBCHA
CHIBCHA
CHIBCHA
KARIB
CHIBCHA
CHIBCHA
CHIBCHA
CHIBCHA
CHIBCHA
CHIBCHA

cos indican una extensión hacia el norte de lo que hoy es la provincia de Azuay.[53] La lengua **cañar**, mencionada en el siglo XVI, se hablaba en el sur de la provincia del Chimborazo, en Cañar, Azuay, Loja, El Oro, Los Ríos y Guayas, hasta la orilla del mar, y las pocas palabras que se conocen de ella no permiten establecer ninguna relación genética con otras lenguas.[54]

Así para la situación de la sierra ecuatoriana, Hartmann (1979: 271), en base a los documentos coloniales analizadas por ella, llega a las siguientes conclusiones:

> ... en las actuales provincias de el Carchi, Imbabura, Tungurahua, Chimborazo, Cañar, Azuay y Loja, al lado de la lengua general del Inca usada en mayor o menor grado con aparente disminución de sur a norte, se mantenían los idiomas autóctonos, entre los que la lengua de los Cañaris, las de los Puruháes y los Pastuzos así como de los de Otavalo, Caranqui, Cayambe y demás pueblos de esta comarca septentrional son mencionadas explícitamente.

6. CONSIDERACIONES FINALES

A manera de resumen se puede decir que en la región andina -desde Colombia hasta Chile- en la época que precedió a la llegada de los europeos, se usaban varias lenguas habladas en zonas de alguna extensión geográfica, difundidas por grupos étnicos que habían llegado a desarrollar una estructura administrativa relativamente compleja. Estas lenguas que eran lenguas maternas solamente en áreas reducidas, se usaban como *linguas francas* en zonas más amplias y fueron denominadas "lenguas generales" por los españoles que aprovecharon de su uso general para la cristianización.

---

[53] Jijón y Caamaño (1919: 33-36); Paz y Miño (1942: La lengua puruguay); Tovar/Larrucea (1984: 170).

[54] Jijón y Caamaño (1919: 36-41); Tovar/Larrucea (1984: 170) hablan de una relación con el yunga. En un estudio posterior, Jijón y Caamaño (1924: 269-270) sugiere una relación genética entre el manteño, puruhá, huancavilca, cañari, yunga (norte), mochica (sur), los dialectos del Perú central como el de Ancash, con el nombre de puruhá-mochica.
Actualmente se encuentran en la costa norte del Ecuador los awa (coaiquer; lengua: **awapit**), los chachi (lengua: **cha'palaachi**), los tsachila (colorados, lengua: **tsafiqui**) y los cayapa (lengua: **cayapa**) (*Las nacionalidades indígenas en el Ecuador 1989*: esp. pp. 283-284; Tovar/Larrucea 1984: 176-177 y Maxwell, comp. 1980: 13-23). Del puruhá han sobrevivido unas 32 palabras (Hartmann, 1979: 291).

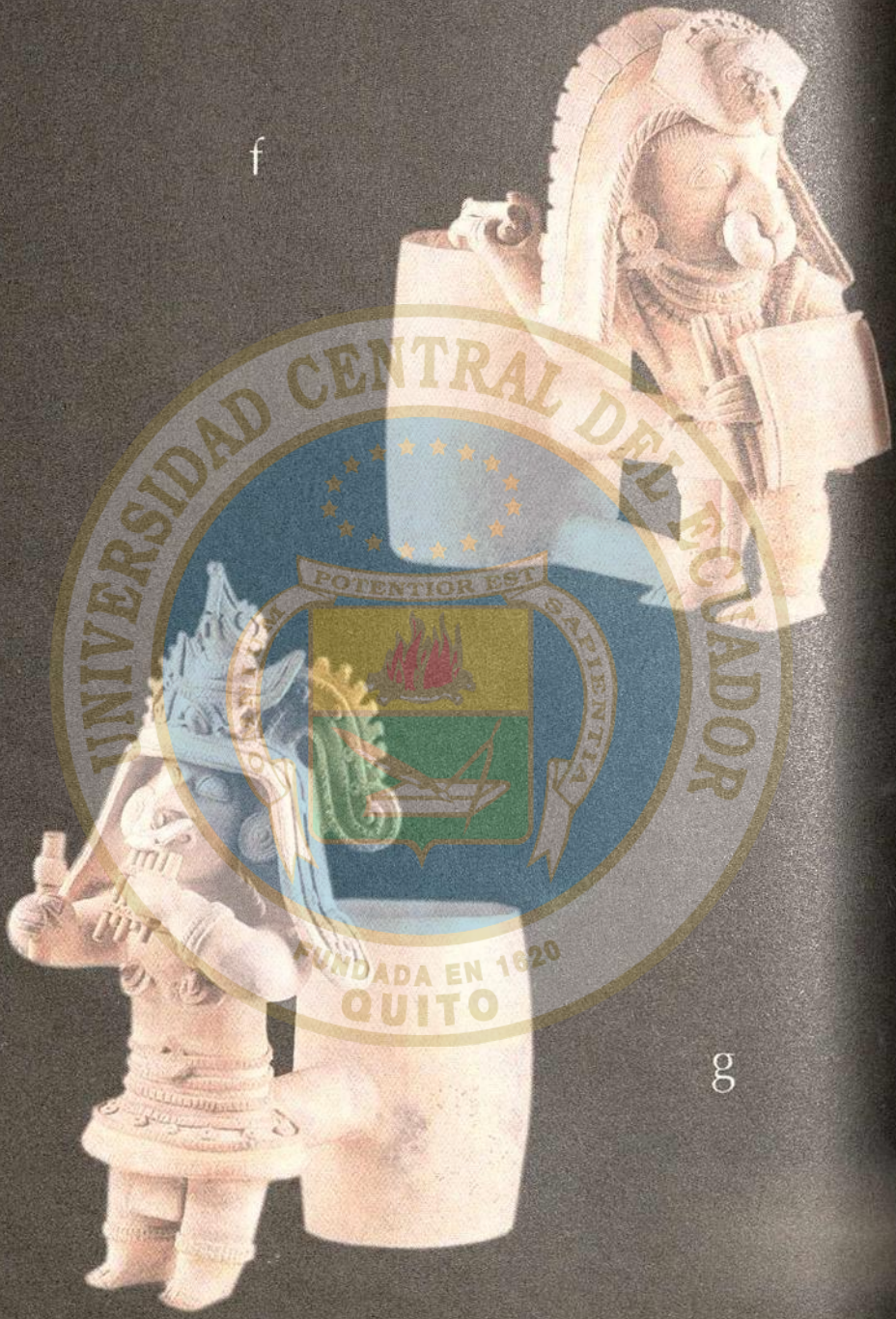
Aparte de estas "lenguas generales", se hablaban otras lenguas (pertenecientes a distintas familias lingüísticas y muchas de ellas ramificadas en variedades dialectales) en todo el territorio andino. La mayoría de ellas desapareció rápidamente con la imposición del castellano por los españoles y la continuada difusión de las "lenguas generales" por los europeos. Si ya había tenido lugar un desplazamiento similar bajo los regímenes andinos anteriores, especialmente bajo la influencia incaica, a causa del reasentamiento de grupos de población (*mitimaes*), queda por ahora una asunción hipotética. Sin embargo, las fuentes coloniales tempranas nos proveen abundante información sobre el hecho de un mosaico lingüístico de mucha variedad (de la cual hoy en día nos queda una idea cuando miramos la situación idiomática en las regiones orientales del subcontinente sudamericano), aunque lamentablemente en la mayoría de los casos no indican más que el nombre de una lengua y a veces algunas palabras. Esta es una de las razones por las cuales los investigadores de lingüística histórica andina han usado y siguen usando el método léxico-estadístico, así como también el análisis de los topónimos para poder acercarse a una posible reconstrucción del panorama lingüístico andino.

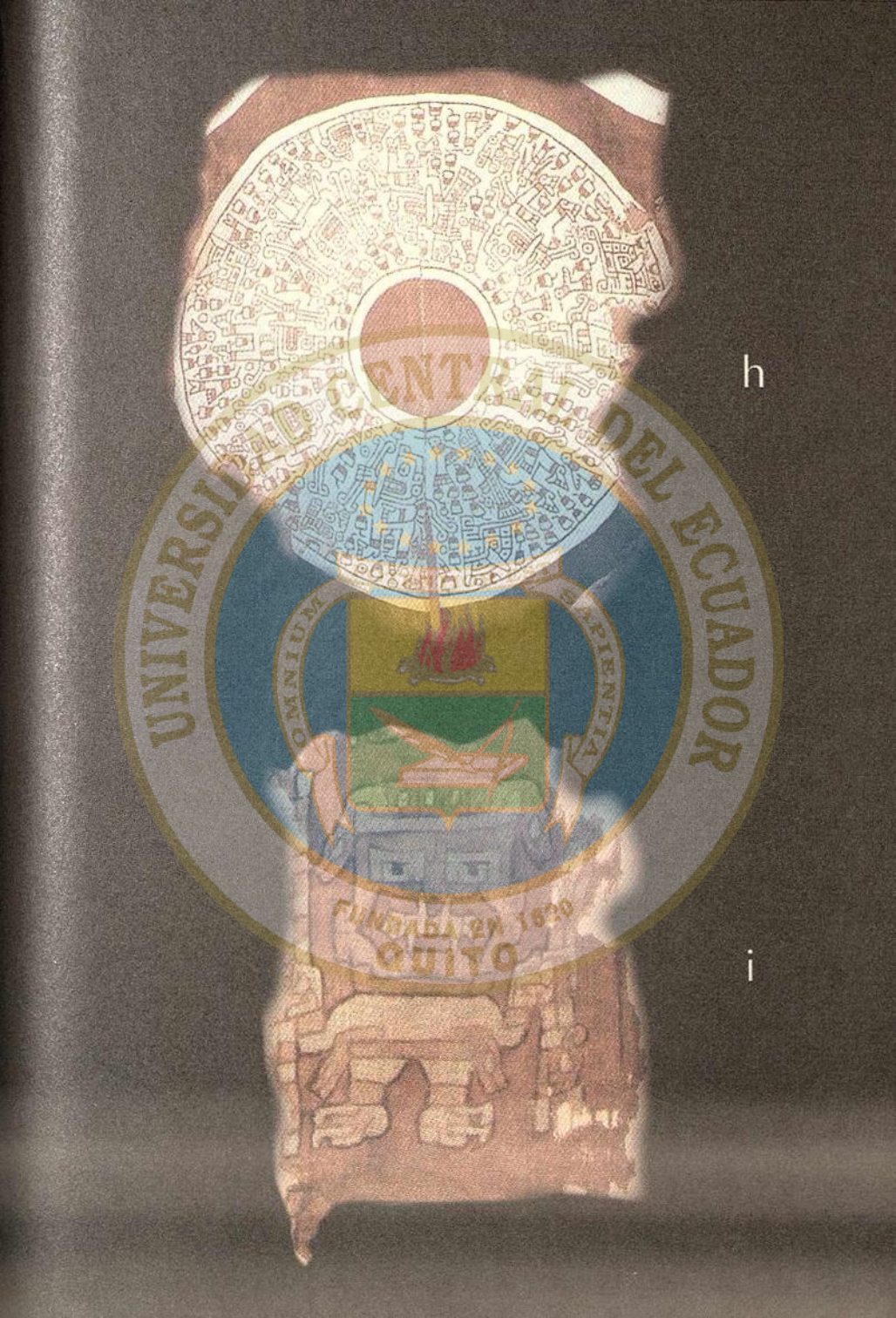
UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR ECUADOR
OMNIA EX ANIMO PATRIA ORIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

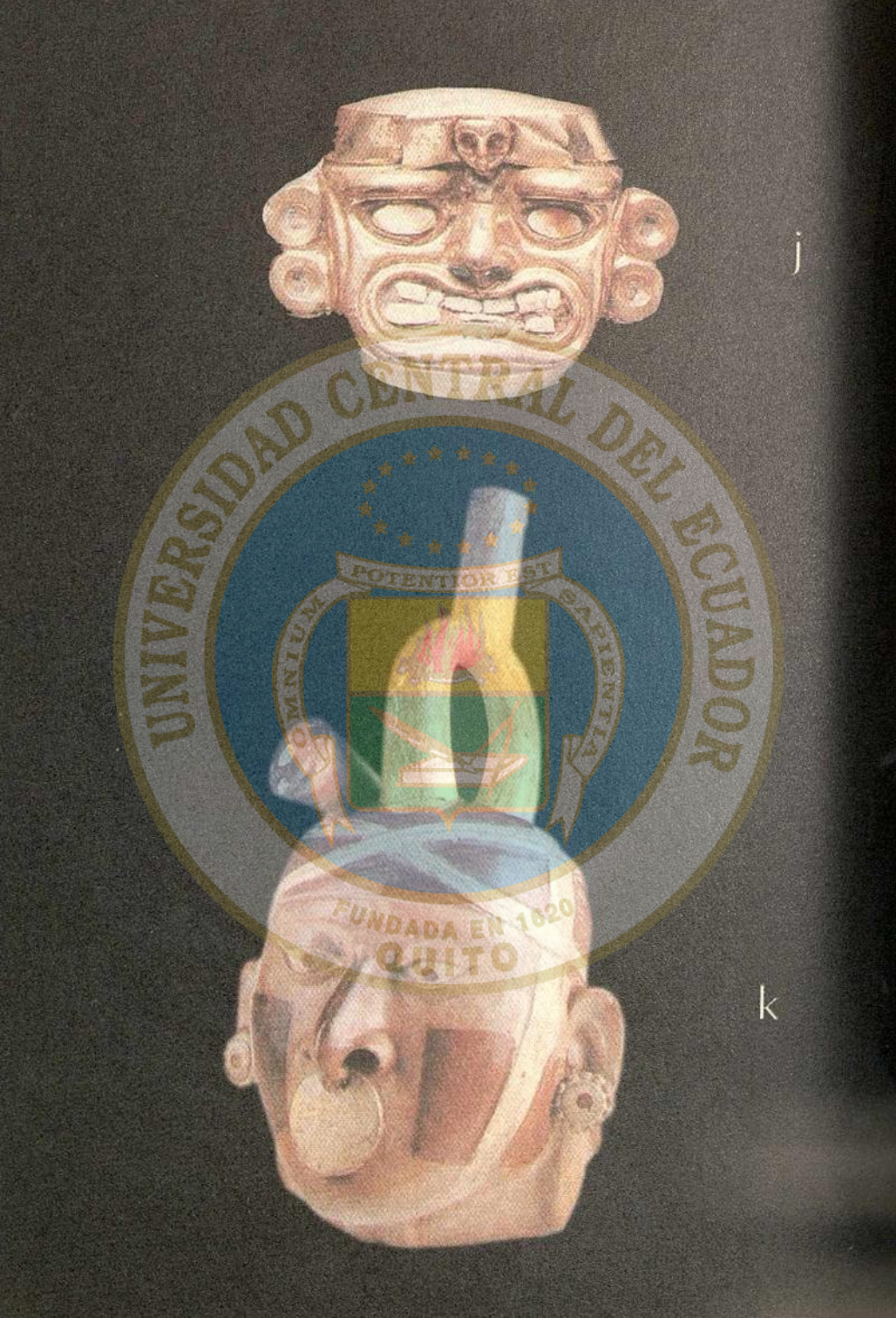

a
a


b
c

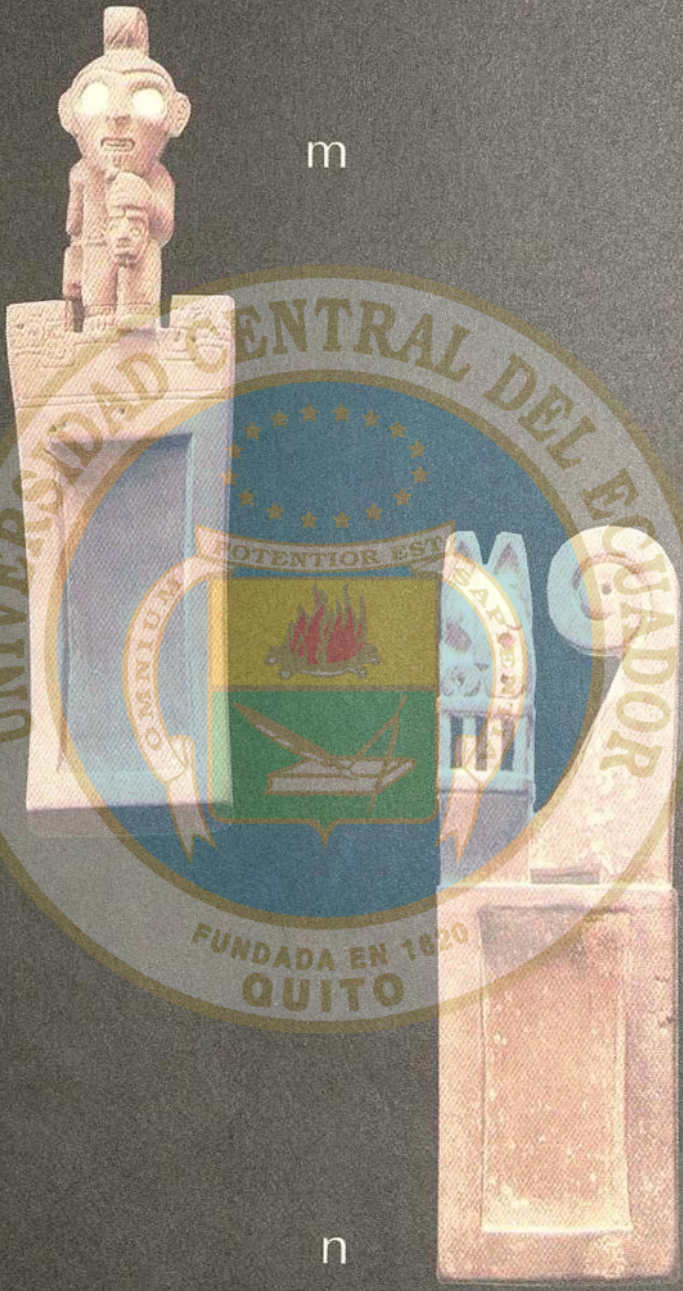

d
e


f
g


h
i


j
k

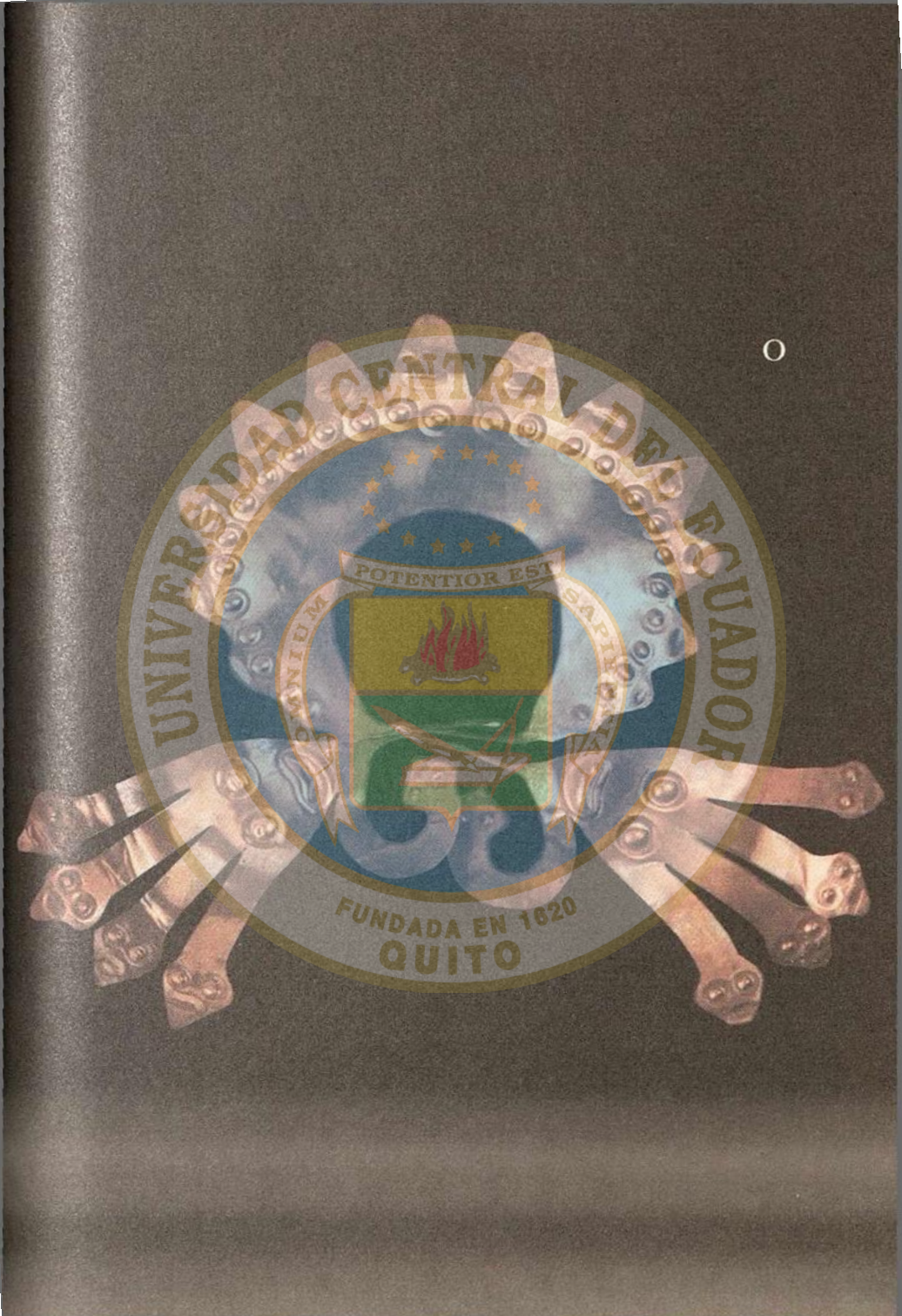

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1826
QUITO

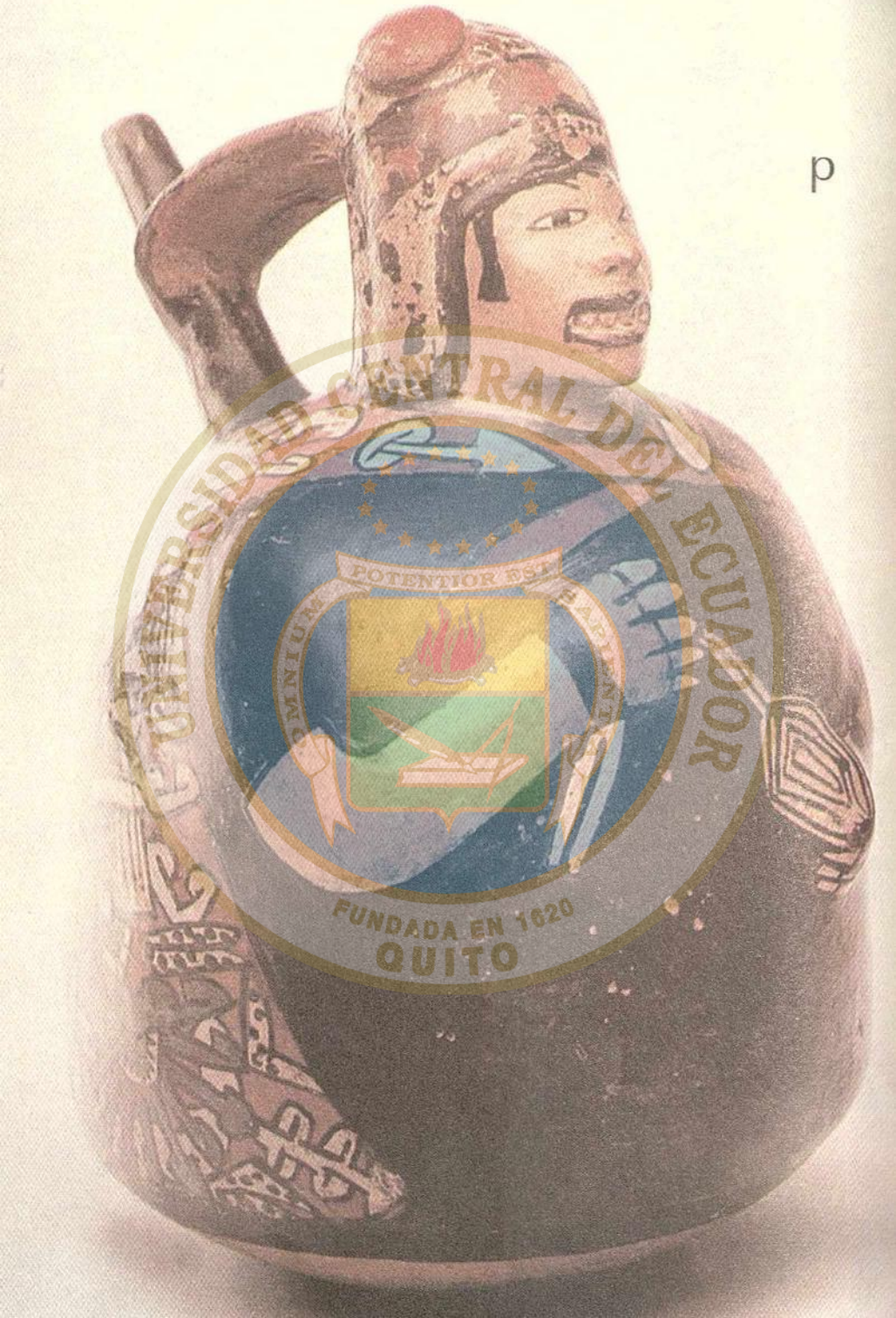


m

n

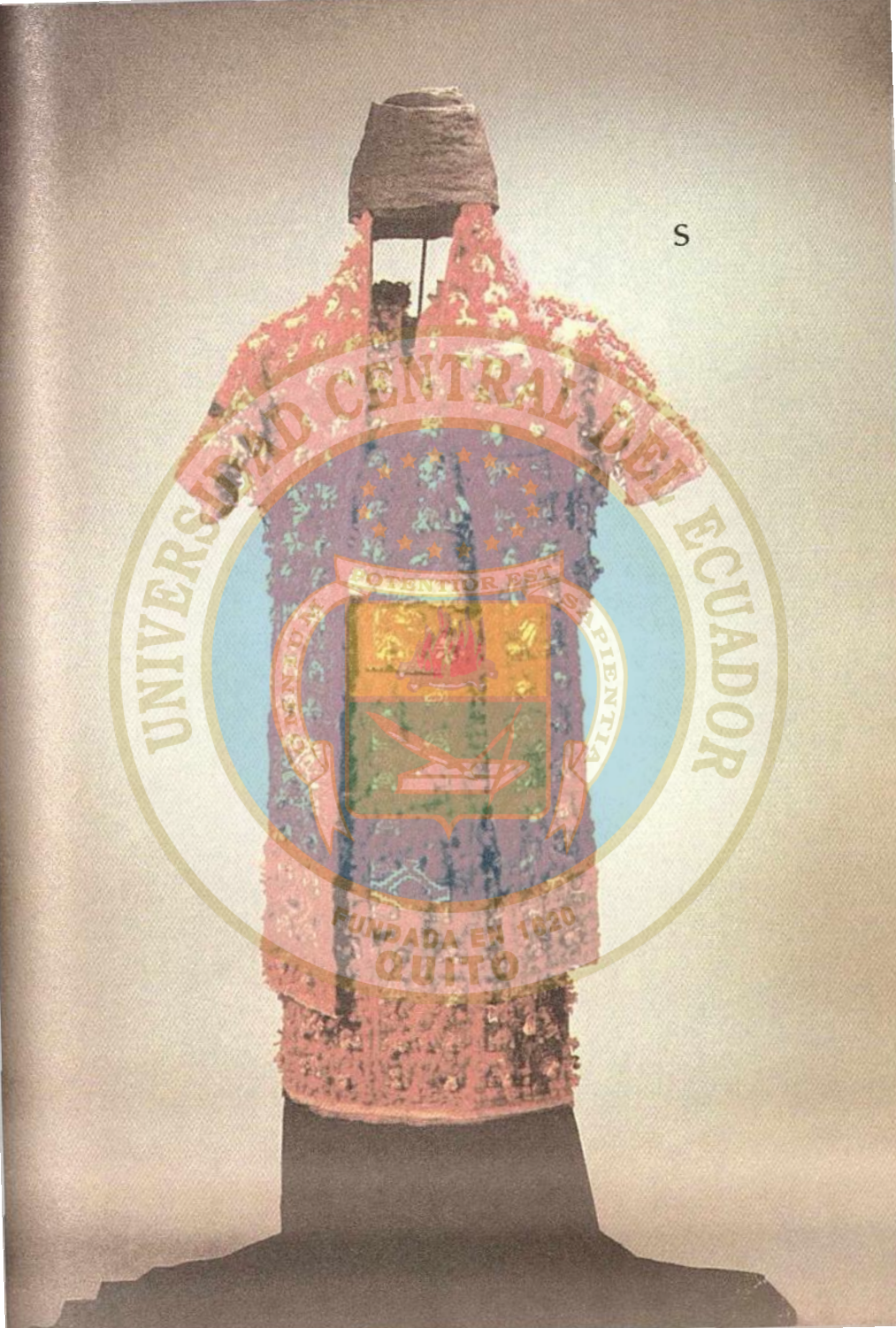
UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIEN
FUNDADA EN 1620
QUITO

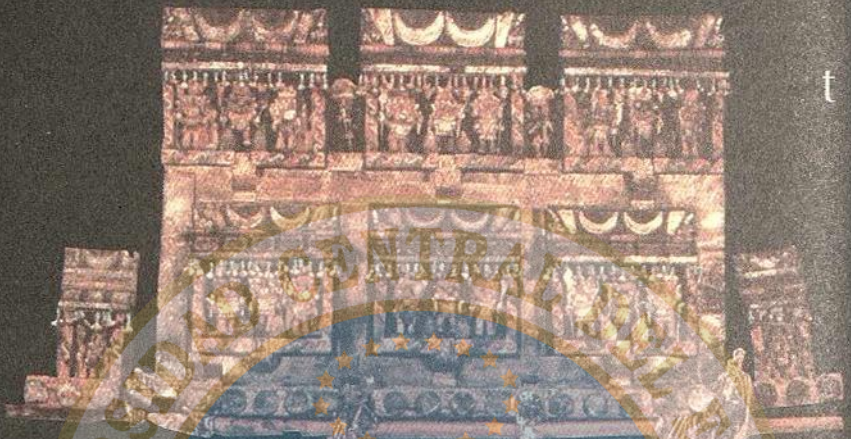

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
FUNDADA EN 1620
QUITO


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
FUNDADA EN 1620
QUITO


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1826
QUITO


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO


S

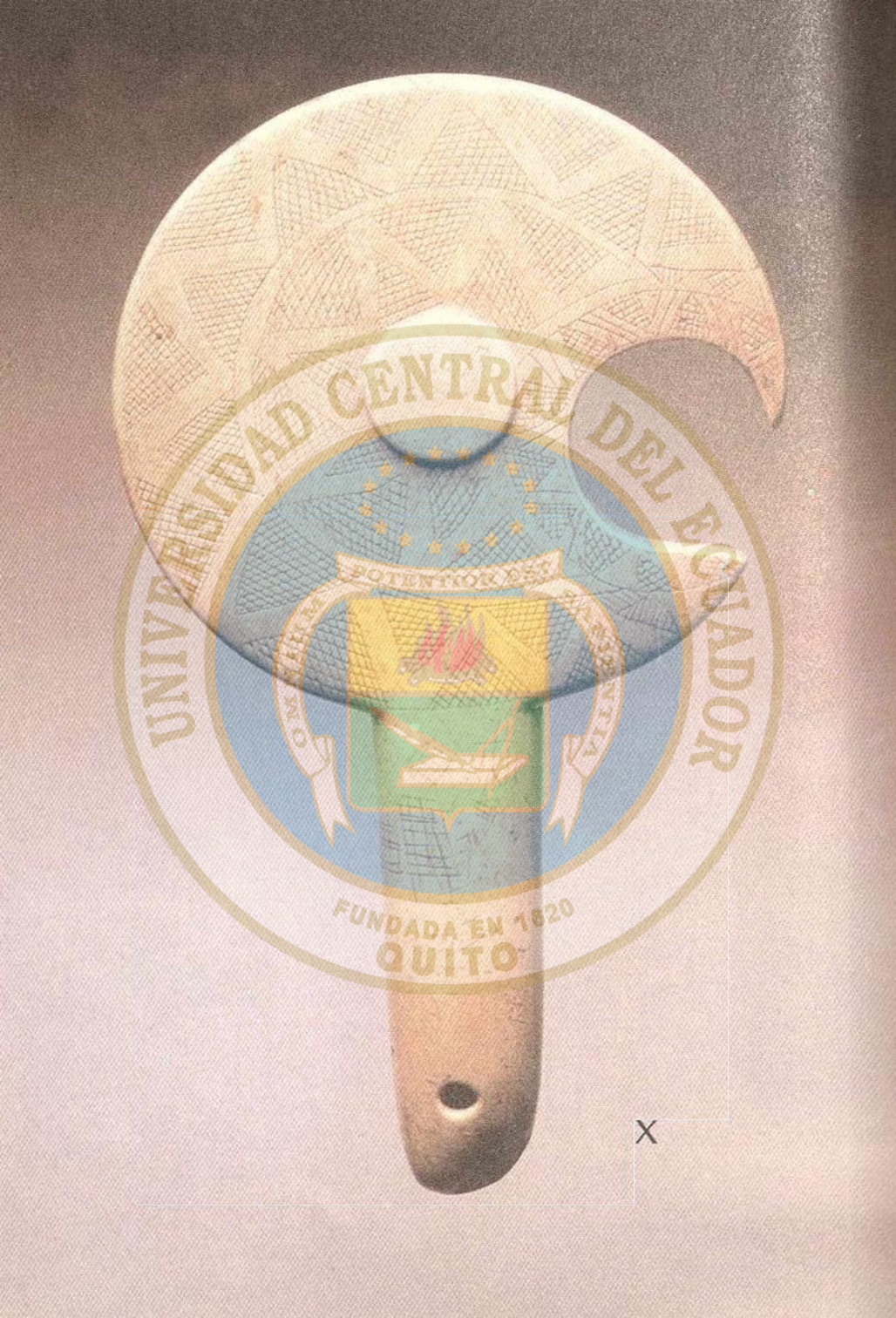


t

u

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1020
QUITO


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1620
QUITO


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR ESTO
FUNDADA EN 1620
QUITO

X

BIBLIOGRAFÍA[1]

Acosta, Joseph de

1590 *Historia Natural y Moral de las Indias, en Obras del P. José de Acosta*, editado por Francisco Mateos, Biblioteca de Autores Españoles, 73, Madrid, Ediciones Atlas, [1894] 1954.

Acosta Saignes, Miguel

1952 El área cultural prehispánica de los Andes venezolanos. *Archivos Venezolanos de Folclore*, 1, Caracas.

Adelaar, Willem F.H.

1986 La relación quechua-aru: perspectivas para la separación del léxico. *Revista Andina*, 8(2), Centro Bartolomé de las Casas, Cuzco. Comentarios: La relación quechua-aru en debate. *Revista Andina*, 9(1), Centro Bartolomé de las Casas, Cuzco.

1991 "En pos de la lengua culle", en *Temas de Lingüística Amerindia, Primer Congreso Nacional de Investigaciones Lingüístico-Filológicas*, editado por R. Cerrón-Palomino y otros, Lima, CONCYTEC/GTZ, pp. 83.105.

1994 La procedencia dialectal del manuscrito de Huarochirí en base a sus características lingüísticas. *Revista Andina*, 23(1), Centro Bartolomé de las Casas, Cuzco.

Adovasio, J.M.

1993 "The Ones that Will Not Go Away: A Biased of Pre-Clovis Populationz in the New World", en *From Kostenski to Clovis. Upper Paleolithic-Paleo-Indian Adaptations*, editado por O. Soffer y N.D. Praslov, New York and London, Plenum Press, pp. 199-218.

Adovasio, J.M., y Pedler, D.R.

1997 Monte Verde and the antiquity of humankind in the Americas. *Antiquity*, 71(273).

AGI (Archivo General de Indias, Sevilla) Justicia 653, no.2

El cacique principal e yndios del pueblo de Sacaca con los herederos de don Alonso de Montemayor sobre la demasía de tributos del tiempo que tubo dichos indios en encomienda, 1579. (Mnsc.)

AGI, Justicia 667

Cumplimiento y diligencias que la justicia de la villa de Plata hizo cerca de la libertad que los indios que están en las minas de Potosí tienen de irse a sus tierras sin que nadie se lo impida [1549-1550]. (Mnsc.)

AGI, Lima 110

Visita de la ciudad del Cuzco, 30 abril - 6 mayo 1650. (Mnsc.)

[1] Esta bibliografía fue organizada uniendo las referencias presentadas por cada uno de los contribuyentes. El editor organizó las referencias según un único formato, aun cuando no fue posible completar todas las citas dentro del mismo padrón de informaciones requeridas. En materiales escritos o publicados antes del s.XX, la fecha de llamada es la del año de elaboración del escrito o de la edición más antigua conocida; en tanto que la fecha de publicación accesible o consultada aparece al final, al lado de la editorial que publicó (cuando es un facsímil o reimpresión, se consigna entre paréntesis el año de la edición original de donde se copia el texto).

Aguado, Fray Pedro de
1581 *Recopilación Historial de Venezuela*, 2 ts., Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1963.
Albarracín-Jordán, Juan
1996 *Tiwanaku: Arqueología Regional y Dinámica Segmentaria*, La Paz, Plural Editores.
Albeck, M.E.
1992 "La quebrada de Humahuaca en el intercambio prehispánico", en *Taller de costa a selva*, editado por M.E. Albeck, Buenos Aires, Instituto Interdisciplinario Tilcara-Universidad de Buenos Aires, pp. 117-132.
1994 Sistemas agrícolas e hidráulicos en Casabindo (Puna de Jujuy, Argentina). *Resúmenes de ponencias del XIII Congreso Nacional de Arqueología*, Antofagasta
Albornoz, Cristóbal de
1967 Un inédit de Cristóbal de Albornoz: La instrucción para descubrir todas las guacas del Perú y sus camayos y haziendas. Editado por Pierre Duviols. *Journal de la Société des Américanistes*, 41(1), Paris.
Alcina Franch, José
1979 La Arqueología de Esmeraldas (Ecuador): Introducción General. *Memorias de la Misión Arqueológica Española en el Ecuador, 1*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores.
1990 La Arqueología de Esmeraldas (Ecuador) a partir de los trabajos de la Misión Española. *Culturas Indígenas de los Andes Septentrionales*, Madrid, Sociedad Estatal Quinto Centenario.
Alcina Franch, J., y De la Peña, Remedios
1979 Patrones de Asentamiento indígena en Esmeraldas durante los siglos XVI y XVII. *Actes du XLII Congrés International des Américanistes*, IX-A, Paris.
1980 Etnias y culturas en el área de Esmeraldas durante el período colonial español. *Actas del I Congreso Español de Antropología*, 2, Barcelona.
Aldenderfer, Mark S.
1990a "Asana: Un yacimiento arcaico al aire libre en el sur del Perú", en *Trabajos arqueológicos en Moquegua, Perú*, editado por L. Watanabe y otros, Lima, Programa Contisuyo del Museo Peruano de Ciencias de la Salud-Southern Peru Copper Corporation, pp. 91-104.
1990b Late preceramic ceremonial architecture at Asana, Southern Peru. *Antiquity*, 64.
Aldunate del Solar, Carlos
1978 *Cultura Mapuche*, Santiago de Chile, Ministerio de Educación.
1989 "Estadio Alfarero en el sur de Chile", en *Culturas de Chile, Prehistoria*, editado por J. Hidalgo y otros, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, pp. 329-348.
Aldunate, C., y Castro, V.
1981 *Las chullpas de Toconce y su relación con el poblamiento altiplánico en el Loa Superior. Período Tardío*, Santiago de Chile Ediciones Kultrun.
Aldunate, C., y otros
1986 *Cronología y asentamiento en la región del Loa Superior*, Santiago, Dirección de Investigación y Biblioteca, Universidad de Chile.
Alva, Walter
1986a Las Salinas de Chao. Asentamiento temprano en el Norte del Perú. *Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, Band 34, Munchen, Verlag C.H.Beck.
1986b Cerámica Temprana en el valle de Jequetepeque, Norte del Perú. *Materialien zur Allgemeinen und Vergleichen- den Archäologie*, Band 32, Munchen, Verlag C.H.Beck

1986c Excavaciones en el santuario del tiempo formativo Udima-Poro Poro en la sierra del Norte del Perú.*Beiträ-ge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, 8, Mainz am Rhein, Verlag Philipp von Zabern.

Alva, W., y Donnan, C.

1993 *Tumbas Reales de Sipán. Fowler Museum of Culture History*, Los Angeles, University of California.

Álvarez Pérez, Aurelio

1995 "Áreas Fuente", en *Primer Encuentro de Investigadores de la Costa Ecuatoriana en Europa: Arqueología, Etnohistoria y Antropología Sociocultural*, editado por A. Alvarez y otros, Quito, Editorial Abya Yala, pp. 299-336.0momias de preparación complicada: métodos de momificación. *Chungara*, 13, Universidad de Tarapacá, Arica.

Ampuero, Gonzalo

1986 *Diaguitas, pueblos del norte verde*, Santiago de Chile, Museo Chileno de Arte Precolombino.

1989 "La cultura Diaguita Chilena (1200 a 1470 d.C.)", en *Culturas de Chile, Prehistoria*, editado por J. Hidalgo y otros, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, pp. 227-287.

Ampuero, Gonzalo, e Hidalgo, Jorge

1975 Estructura y proceso en la pre y protohistoria del Norte Chico de Chile. *Chungara*, 5, Universidad de Tarapacá, Arica.

Anders Martha B.

1990 Maymi: un sitio del Horizonte Medio en el valle de Pisco. *Gaceta Arqueológica Andina*, 17, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Lima.

Andrews, Anthony O.

1974 The U-shaped structures at Chan Chan, Peru. *Journal of Field Archaeology*, 1(3-4), Boston.

1980 "Estructuras en U, símbolo de la administración imperial", en *Chanchán: Metrópoli Chimú*, editado por R. Ravines, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, pp. 167-180.

Angulo, Carlos

1978 *Arqueología de la Ciénaga Grande de Santa Marta, Bogotá*, Banco de la República.

1981 *La tradición Malambo*, Bogotá, Banco de la República.

1988 "Arqueología de la llanura atlántica de Colombia. Balance y Proyecciones", en *Revisión Crítica de la Arqueología del Caribe*. Actas del Segundo Simposio de la Fundación Arqueológica del Caribe, editado por I. Vargas, Washington, D.C, pp. 37-56.

Anónimo

[1570] "Discurso de la sucesión y gobierno de los Yncas" [c.1570], en *Juicio de Límites entre el Perú y Bolivia, prueba peruana presentada al gobierno de la República Argentina*, 8, editado por Víctor M. Maúrtua, Madrid, Tipografía de los Hijos de M.G.Hernández, 1906, pp.149-165.

[1573] "La cibdad de Sant Francisco del Quito", en *Relaciones Geográficas de Indias-Perú*, editado por M.Jiménez de la Espada, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1965, pp. 205-230.

[1582] "Averiguaciones de los usos y costumbres que los indios naturales desta tierra tenian en el modo de su gobierno y seguimiento de sus pleitos en tiempo de su gentilidad...", en *La imprenta en Lima (1584-1824)*, José Toribio Medina, Tomo I, Santiago de Chile, 1904, pp- 187-199. (Reprint Series of José Toribio Medina's Bibliographical Works , XVII, Amsterdam: N. Israel, 1965).

[1584] *Doctrina Christiana y catecismo para instrucción de los Indios...Ciudad de los Reyes.* [Facsímile, Lima, Departamento de Rlaciones Públicas de Petroperú S.A., 1984].

[1604] Fragmento de una historia de Trujillo. *Revista Histórica*, 10(2), Lima, 1936.

[S.XVIII] Arte de la lengua Cholona. (Mnsc. en el British Museum Library). Publicado en parte en la *Revista Inca*, Vol. I (3), Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1923, Lima.

1881-1897 *Relaciones geograficas de Indias*, Perú, editado por Marcos Jiménez de la Espada, 3 volúmenes. Biblioteca de Autores Españoles 183-185, Madrid. Atlas, 1965.

1934 *Relación del sitio del Cusco y principio de las Guerras Civiles del Perú hasta la muerte de Diego de Almagro, 1535-1539*. Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú, editado por Horacio H. Urteaga, X (2a. serie), Lima.

Ardila, Gerardo

1991 "The Peopling of Northern South America", *en Clovis: Origins and Adaptations*, editado por R. Bonnichsen y K. Turnmire, Corvalis, University of Oregon: Center fot the Study of the First Americans, pp. 226-282.

Ardila, Gerardo, y Gustavo Politis, Gustavo

1992 Nuevos datos para un viejo problema: Investigaciones y discusiones en torno del poblamiento de América del Sur. *Boletín del Museo del Oro*, 23, Banco de la República, Bogotá.

Arellano, Antonio

1964 *Relaciones Geográficas de Venezuela. Recopilación*, estudio preliminar y notas de A. Arellano. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 70. Caracas.

Arellano, Jorge

1984 La cultura Tarija, aporte al conocimiento de los Señoríos regionales del Sur Boliviano. *Arqueología Boliviana*, 1, INAR, La Paz.

1985 *Mollo, investigaciones arqueológicas*, La Paz, Imprenta Nacional.

Arellano, Jorge, y Berberian, Eduardo

1981 Mallku, el señorío post-Tiwanaku del altiplano sur de Bolivia. *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, X (1-2), Lima.

Argollo, Jaime, y Mourguiart, Philippe

1995 Paleohidrografía de los últimos 25.000 años en los Andes bolivianos. *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 24(3), Lima.

Arnold, Dean

1975 Ceramic ecology of the Ayacucho Basin, Peru: implications for Prehistory. *Current Anthropology*, 16, Chicago.

Arntz, Wolf E., y Fahrbach, Eberhard

1996 *El Niño. Experimento Climático de la Naturaleza.Causas Físicas y efectos biológicos.* Traducción de Claudia Wosnitza-Mendo y Jaime Mendo, México, Fondo de Cultura Económica.

Arriaga, Pablo José de

[1621] "Extirpación de la idolatría del Perú", en *Crónicas Peruanas de Interés Indígena*, editado por Francisco Esteve Barba, 193. Biblioteca de Autores Españoles, CCIX. Madrid, Ediciones Atlas, 1960, pp. 193-277..

Arriaza, Bernardo
1990 Paleo-salud de los habitantes de Coyo-oriental : San Pedro de Atacama. NEH Final Report, Washington, D.C. (Mnsc.).
1994 Tipología de las momias Chinchorro y evolución de las prácticas de momificación. *Chungara*, 26(1), Universidad de Tarapacá, Arica.
1995 Chile's Chinchorro mummies. *National Geographic*, 187(3).
Ascher Marcia, y Ascher, Robert
1981 *Code of the Quipu. A study in Media, Mathematics, and Culture*, Ann Arbor, The University of Michigan Press.
Aschero, Carlos
1983 El sitio Icc-4: un asentamiento precerámico en la quebrada Inca Cueva (Jujuy, Argentina). *Estudios Atacameños* N° 7, San Pedro de Atacama.
Athens, John Stephen
1979 *El proceso evolutivo de las sociedades complejas y la ocupación del Período Cara Tardío en los Andes Septentrionales del Ecuador*. Colección Pendoneros, Otavalo, Instituto Otavaleño de Antropología.
Atienza, Lope de
[1583] "Relación de la ciudad y el obispado de Sant Francisco de Quito", en *Relaciones Geográficas de Indias*, 3, Madrid, Ediciones Atlas, 1965, pp. 36-55.
Atlas Lingüístico-Etnográfico de Colombia
1982-83 *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Colombia*. 6 ts. y *Manual*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
Aveni, Anthony F.
1991 *Observadores del cielo en el México Antiguo*, México, Fondo de Cultura Económica.
Aveni, Anthony, y Silverman, Helaine
1991 Las líneas de Nasca: una nueva síntesis de datos de la pampa y de los valles. *Revista Andina*, 2, Centro Bartolomé de las Casas, Cuzco.
Ayala, P., y Villaseca, Ma. de los A.
1994 Relaciones interregionales en el origen y desarrollo del complejo cultural Aconcagua preincaico. *Resumen de ponencias del XIII Congreso de Arqueología Chilena*, Antofagasta.
Bailey, R., y otros
1989 Hunting and Gathering in Tropical Rain Forest Is it Posible? *American Anthropologist*, 91.
Baraybar, José Pablo
1987 Cabezas trofeo Nasca: Nuevas evidencias. *Gaceta Arqueológica Andina*, 15, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Lima.
Bárcena, Roberto
1978 Investigaciones arqueológicas en el N.O. de la provincia de Mendoza. *Anales de Arqueología y Etnología*. T-XXXII-XXXIII, Mendoza.
Barnett, R.T., y otros
1988 On the prediction of El Niño of 1986-1987. *Science*, 241.
Barse, William P.
1995 "El período Arcaico en el Orinoco y su contexto en el norte de Sud América", en *Ámbito y ocupaciones tempranas de la América Tropical*, editado por I. Cavelier y S. Mora, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología, pp. 99-114.
Barzana, Alonso de
[1594] "Carta de P. Alonso de Barzana de la Compañia de Jesús, al P. Sebastián, su provincial. Fecha en La Asunción de Paraguay", en *Relaciones Geograficas de Indias. Perú*, editado por Marcos Jiménez de la Espada, II, Biblioteca de Autores Españoles 184, Madrid, Atlas, 1965, pp. 78-85.

Batchelor, Bruce
1980 Los camellones de Cayambe en la sierra del Ecuador. *América Indígena*, 40(4), Instituto Indigenista Interamericano, México.
Bate, Luis Felipe
1983 "Comunidades primitivas de cazadores recolectores en Sudamérica", en *Historia General de América*, 2 (I-II), Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República de Venezuela.
1986 El modo de producción cazador recolector. *Boletín de Antropología Americana*, 13, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.
Bauer, Brian S.
1992 "Pacariqtambo y el origen mítico de los Incas", en *Avances en Arqueología Andina*, Cuzco, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.
Bawden, Garth
1990 Tumilaca: un sitio de las fases Tiwanaku y Estuquiña en el valle de Moquegua. *Gaceta Arqueológica Andina*, 18-19, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Lima.
Bawden, Garth y Conrad, Geoffrey W.
1982 *The Andean Heritage*, Cambridge-Massachusetts, Peabody Museum Press.
Beadle, George
1977 "The origins of Zea Mays", en *Origins of Agriculture*, editado por Ch. E. Reed, The Haye, Mouton.
Belleza Castro, Neli
1995 Vocabulario jacaru-castellano castellano-jacaru (aimara tupino). *Monumenta Lingüística Andina* 3, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolome de Las Casas, Cuzco.
Benavente, M.A.
1978 Chiu-Chiu 200, Poblado Agroalfarero Temprano.*Revista Chilena de Antropología*, 1, Departamento de Antropología-Universidad de Chile, Santiago de Chile.
1981 Chiu-Chiu 200 : Un campamento de pastores. *Tesis para optar a la Licenciatura de Arqueología y Prehistoria*. Departamento de Antropología-Universidad de Chile.
Benfer, Robert A.
1982 El proyecto Paloma de la Universidad de Missouri y el Centro de Investigaciones de Zonas Áridas. *Zonas Áridas* 2, Lima, Centro de Investigaciones de Zonas Aridas.Universidad Nacional Agraria.
1983 "The chalenges and rewards of sedentism: the Pre-ceramic village of Paloma, Peru", en *Paleopathology and the Origins of Agriculture*, editado por M. Cohen y G. Armelagos, New York, Academic Press, pp. 531-558.
1986 "Holocene coastal adaptations changing demography and health at the fog oasis of Paloma, Perú, 7500-5000 BP", en *Andean Archaeology. Papers in Memory of Clifford Evans*, editado por R. Matos M. y otros, Monograph VII, Los Ángeles, Institute of Archaeology-University of California.
Bennett, Wendell Clark
1934 Excavations at Tiahuanaco. *Anthropological Papers*, 34(3), American Museum of Natural History, New York.
1936 Excavations in Bolivia. *Anthropological Papers*, 35(4): 329-507, American Museum of Natural History, New York.
1944 The North Highlands of Peru. Excavations in the Callejón de Huaylas and Chavín de Huántar. *Anthropological Papers*, 39(1), American Museum of Natural History, New York.

1953 Excavations at Wari, Ayacucho, Peru. *Yale University Publications in Anthropology*, 49, New Haven.

Bennett, W. C., y Bird, Junius B.

1960 *Andean Culture History*, 2nd edition revised, Handbook Series 15, New York, American Museum of Natural History.

Berenguer, J., y otros

1985 "Secuencia de arte rupestre en el Alto Loa, una hipótesis de trabajo", en *Estudios de Arte Rupestre*, editado por J. Aldunate, y otros, Santiago de Chile, Museo Chileno de Arte Precolombino.

Berenguer, J., y Dauelsberg, Percy

1989 "El Norte Grande en la órbita de Tiwanaku", en *Culturas de Chile, Prehistoria*, editado por J.Hidalgo, y otros, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, pp. 129-180.

Berenguer, J., y otros

1986 La secuencia de Myriam Tarragó para San Pedro de Atacama : un test por termoluminiscencia. *Revista Chilena de Antropología*, 5, Universidad de Chile, Santiago.

Berberian, E., y Calandra

1984 Investigaciones arqueológicas en la cueva del Peñoncito, San Juan, República Argentina. *Revista del Museo de La Plata*. Nueva Serie VIII. Sección Antropología, La Plata, Argentina.

Bermann, Marc, y Estévez Castillo, José

1995 Domestic artifact assemblages and ritual activities in the Bolivian Formative. *Journal of Field Archaeology*, vol.22.

BernedoMálaga, Leonidas

1950 El descubrimiento de noventaiseis mantos del arte plumario de los antiguos peruanos en una tumba precolombina de la Hacienda Hispana en el distrito de Andaray, provincia de Condesuyos, el 12 de enero de 1943. *El Deber*, Arequipa, 18 de febrero...

Berthelot, Jean

1986 "The extraction of precious metals at the time of the Inka", en *Anthropological History of Andean Polities*, compilado por J.V.Murra, y otros, Cambridge University Press.

Bertonio, Ludovico

1603 *Arte y grammatica muy copiosa de la lengua aymara*, Roma, Juigi Zannetti.

1603 Arte de la lengua aymara con vna silva de phases de la misma lengua y su declaración en romance. Juli, Prouincia de Chucuyto (Facsímile: Julio Platzmann edt. Leipzig, Teubner. 1879)

[1612] Vocabulario de la lengua aymara, Juli, Chucuyto. Francisco del Canto [Facsímile: Xavier Albó y Félix Layme, eds) CERES. *Documentos Históricos*, 1. Institut Francais d'Études Andines, Travaux XXVI / MUSEF, Fuentes primarias, 2, Cochabamba,1984.

Betanzos, Juan de

[1551] *Suma y narración de los Incas*, Transcripción, notas y prólogo por María del Carmen Martín Rubio, Madrid, Atlas, 1987.

Bingham, Hiram

1930 Machu Picchu, a Citadel of the Incas. *Memoirs of the National Geographic Society*, New Haven, Yale University Press.

Bird, Junius B.

1961 Textile designing and samplers in Peru. *Essay in pre-Columbian Art and Archaeology* (S.K. Lothrop, y otros, eds.), Harvard University Press.

1963 Pre-ceramic art from Huaca Prieta. Chicama valley. *Ñawpa Pacha*, 1, Institute of Andean Studies, Berkeley.

1979 "The 'copper man': a prehistoric miner and his tools from northern Chile", en *Precolumbian metallurgy of South America*, editado por E. Benson, Washington, D.C., Dumbarton Oaks.

1988 *Travels and Arcaheology in South Chile*. (John Hyslop, ed.), University of Iowa Press.

Bird, Junius B., Hyslop, John, y Skinner, Milica D.

1985 The preceramic excavations at the Huaca Prieta, Chicama valley, Peru. *The American Museum of Natural History Anthropological Papers*, 62(1), New York.

Bischof, Henning

1966 Canapote: An early ceramic site in northern Colombia. *Actas del 36 Congreso Internacional de Americanistas*, Sevilla.

1968a Contribuciones a la cronología de la cultura Tairona. *Verhandlungen des XXXVIII Internationalen Amerikanisten Kongresses*, 1, Sttutgart-München.

1968b La cultura Tairona en el Area Intermedia. Verhandlungen des XXXVIII Internationalen Amerikanisten Kongresses, 1, Sttutgart-München.

1982-83 Indígenas y españoles en la sierra Nevada de Santa Marta-siglo XVI. *Revista Colombiana de Antropología*, XXIV, Bogotá.

1996 El Periodo Inicial, el Horizonte Temprano, el estilo Chavín y la realidad del proceso formativo en los Andes Centrales. *Encuentro Internacional de Peruanistas* (Lima 3- 6 de setiembre, 1996), Universidad de Lima.

Bischof, Henning, y Viteri Gamboa, Julio

1972 Pre-Valdivia occupations on the SouthWest Coast of Ecuador. *American Antiquity*, 37(4).

Bittmann, Bente

1982 Revisión del problema Chinchorro. *Chungara*, 9, Arica.

Bittmann, B., y otros

1978 *Culturas Atacameñas*. Serie Patrimonio Cultural Chileno, Santiago de Chile, Departamento de Extensión Cultural-Ministerio de Educación.

Bonavia, Duccio

1959 Cerámica de Puerto Viejo. *Actas y Trabajos del II Congreso Nacional de Historia del Perú*, I, Lima, Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú.

1982 *Los Gavilanes. Precerámico peruano: mar, desierto y oasis en la historia del hombre*, Lima, Corporación Financiera de Desarrollo e Instituto Arqueológico Alemán.

Bonavia, D., y Grobman, Alexander

1978 El origen del maíz andino. *Estudios Americanistas I: Homenaje a H. Trimborn* (R. Hartmann y U. Oberem, eds.). Coll. Inst. Anthro., vol.20:82-91, St. Augustin.

Bonnier, Elisabeth

1983 Piruru: nuevas evidencias de una ocupación temprana en Tantamayo, Perú. *Gaceta Arqueológica Andina*, 8, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Lima.

1988 Arquitectura precerámica de la Cordillera de los Andes, Piruru frente a la diversidad de los datos. *Anthropologica, 6*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Bonnier, E., y Rozenberg, Catherine

1988 Del santuario al caserío: acerca de la neolitización en la Cordillera de los Andes centrales. *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 17(2), Lima.

Bonnier, E., Zegarra, Julio, y Tello, Juan Carlos

1985 Un ejemplo de crono-estratigrafía en un sitio con superposición arquitectónica Piruru-Unidad i/II. *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*,14(3-4), Lima.

Boone, Elizabeth Hill, y Mignolo, Walter D.
1994 *Writing without Words. Alternative Literacies in Mesoamerica and the Andes*, Durham & London, Duke University Press.
Borja, Antonio
[1582] "Relación en suma de la doctrina y beneficio de Pimampiro y de las cosas notables que en ella hay...", en *Relaciones Geográficas de Indias*, 2, Madrid, Ediciones Atlas, 1965, pp. 248-253.
Bouchard, Jean François
1982-83 Arqueología de la Región de Tumaco, Nariño, Colombia. *Revista Colombiana de Antropología*, vol. XXIV, Bogotá.
1995 "Arqueología de la costa del Pacífico nor-ecuatorial. Evaluación preliminar de los cambios ocurridos en los últimos decenios", en *Primer Encuentro de Investigadores de la costa ecuatoriana en Europa*, editado por A. Alvarez, y otros, Quito, Ediciones Abya-Yala, pp. 67-95.
Bray, Warwick
1980 Pro Calima, Archäologisches-ethnologfisches Projekt im Westlichen Kolumbien / Südamerika. *Pro Calima*, 1, Berna.
Bray, Warmick, y otros
1981 Pro Calima, Archäologisches-ethnologfisches Projekt im Westlichen Kolumbien / Südamerika. *Pro Calima*, 2. Solothurn.
1983 Report on the 1981 Field Season in Calima. *Pro Calima*, 3, Basel.
1985 Report on the 1982 field season in Calima. *Pro Calima*, 4, Basel.
1988 Report on the 1984 Field Season in Calima. *Pro Calima*, 5, Basel.
Bray, Warmick, y otros
1987 "The agriculture landscape of Calima, Colombia", en *Prehispanic Agricultural Fields in the Andean Region*, Part 1 (Proceedings, 45 Congreso Internacional de Americanistas, Bogotá 1985), editado por W. Denevan, y otros, BAR International Series, 359, Oxford, UK, pp. 443-482.
Briggs, Lucy
1993 *El idioma aymara. Variantes regionales y sociales.* Biblioteca Lengua y Cultura Andina, La Paz, Ediciones ILCA.
Broadbent, Sylvia
1964a *Los Chibchas, Organización socio-política.* Serie Latinoamericana, 5, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
1964b Agricultural terraces in Chibcha territory, Colombia. *American Antiquity*, 29(4), Salt Lake City.
1968 A prehistoric field system in Chincha Teritory, Colombia. *Ñawpa Pacha*, 6, Institute of Andean Studies, Berkeley.
1987 "The Chibcha Raised-Field System in the Sabana de Bogotá, Collombia: Further Investigations", en *Pre-Hispanic Agricultural Fields in the Andean Region*, II, editado por W. Denevan, y otros, BAR International Series, 359, Great Britain, pp. 425-442.
Brockington, D., Sanzetenea, R., y Céspedes, R.
1986 Informe preliminar de las excavaciones en Sierra Mokko y Chullpa Pata. Periodo Formativo. *Cuadernos de Investigación. Serie Arqueología*,6, Cochabamba.
Brockington, D., y otros
1995 Estudios arqueológicos del Período Formativo en el sureste de Cochabamba 1988-1989. *Cuadernos de Investigación. Serie Arqueológica*, 1, Cochabamba.

Browman, David L.
1978 The temple of Chiripa (Lake Titicaca, Bolivia). *III Congreso Peruano .El Hombre y la Cultura Andina. Actas y Trabajos*, vol.1 (R.Matos., ed.), Lima.
Bryan, Alan L., y Grhun, Ruth
1992 La discusión sobre el poblamiento pleistocénico de América del Sur. Las sociedades americanas del post-Pleistoceno temprano. *Revista de Arqueología Americana*, Ene-jul., Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.
Bullock, D.
1970 La Cultura Kofkeche. *Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción*, XLIII, Angol-Chile.
Burger, Richard L.
1984 The Prehistoric occupation of Chavín de Huántar, Peru. *University of California Publications in Anthropology*, 14, University of California Press, Berkeley.
1985 Prehistoric Stilistic Change and cultural development at Huaricoto, Peru. *National Geographic Research*, 1(4), Washington D.C.
1987 The U-shaped pyramid complex, Cardal, Peru. National Geographic Research, 3(3), Washington, D.C.
Burger, Richard L., y Asaro, Frank
1977 Análisis de rasgos significativos en la obsidiana de los Andes Centrales. *Revista del Museo Nacional*, 43, Museo Nacional de la Cultura, Lima.
Burger, Richard L., y Salazar Burger, Lucy
1980 Ritual and religion at Huaricoto. *Archaeology*, 33.
1985 "The early ceremonial center of Huaricoto", en *Early Ceremonial Architecture in the Andes*, editado por C.B. Donnan, Washington, D.C., Dumbarton Oaks, pp. 111-138.
Bustos, V.
1976 *Investigaciones arqueológicas en Trinidad, Departamento de Beni*, Publicación 22, La Paz, Instituto Nacional de Arqueología.
Büttner, Thomas Th.
1983 *Las lenguas de los Andes centrales. Estudios sobre la clasificación genética, areal y tipológica.*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica-Instituto de Cooperación Iberoamericana.
Bynon, Theodora
1977 *Historical Linguistics.* Cambridge Textbooks in Linguistics, Cambridge University Press.
Byrne de Caballero, Geraldine
1977 *Repartimiento de tierras por el Inca Huayna Capac (Testimonio de un Documento de 1556)*, Universidad Nacional Mayor de San Simón. Museo Arqueológico, Cochabamba.
1984 El Tiwanaku en Cochabamba. *Arqueología Boliviana*, 1, Instituto Nacional de Arqueología, La Paz.
Cabello Valboa, Miguel
1583 *Miscelánea Antártica. Una historia del Perú Antiguo*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos: Instituto de Etnología, Facultad de Letras, 1951.
Cabrera, Pablo
1931 Córdoba del Tucumán prehispana y proto-histórica. *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año XVIII, 5 y 6, Córdoba, Argentina.
Cadavid, Gilberto, y Herrera de Turbay, Luisa
1985 Manifestaciones culturales en el área Tairona (años 1973-77). *Informes Antropológicos*, 1, Publicación del Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.

Caillavet, Chantal
1981 Etnohistoria Ecuatoriana: nuevos datos sobre el Otavalo prehispánico. *Cultura*, 11, Banco Central del Ecuador, Quito.
1982 Caciques de Otavalo en el siglo XVI: Don Alonso Maldonado y su esposa. *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana*, 2, Museo del Banco Central del Ecuador, Guayaquil.
Calancha, Antonio de la
1638 *Corónica moralizada del orden de San Augustín en el Perú, con sucesos egemplares de esta monarquía*, Barcelona, Pedro Lacavallería. (Nueva Edición, transcripción, estudio crítico, nota bibliográfica e índices de Ignacio Prado Pastor, 6 vols. Lima,1977).
Cardale de Schrimpf, Marianne
1977-78 Textiles arqueológicos de Nariño. *Revista Colombiana de Antropología*, XXI, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.
1981a *Las Salinas de Zipaquirá. Su explotación indígena.*, Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Banco de la República.
1981b Ocupaciones humanas en el altiplano Cundiboyacense. *Boletín del Museo del Oro*, 4, Banco de la República, Bogotá.
Cardich, Augusto, y Laguens, Andrés
1984 Fractura intencional y posterior utilización del material óseo arqueológico de la cueva 3 de Los Toldos, provincia de Santa Cruz, Argentina. *Revista del Museo de La Plata* (n.s.) VIII (63).
Carneiro, Robert L.
1990 "Chiefdom-level warfare as exemplefied in Fiji and the Cauca Valley", en *The Anthropology of War*, editado por J. Haas, Cambridge University Press, pp- 190-211.
Caro, Deborah A.
1985 "Those who divide us", Resistence and change among pastoral ayllus in Ulla Ulla, Bolivia. PhD Thesis, Baltimore, Dptm. of Anthropology, The John Hopkins University.
Carpio, G.
1994 La cultura Chiribaya y su vinculación con otros grupos culturales del intermedio tardío. *Resúmenes de ponencias: XIII Congreso de Arqueología Chilena*, Antofagasta.
Carrera, Fernando de la
1644 *Arte de la lengua yunga de los valles del obispado de Truxillo del Perú*, Lima, Joseph de Contreras, impresor. (Reedición, con introducción y notas por Radamés A. Altieri, Publicaciones Especiales del Instituto de Antropología, 256; XXVI + 117 pp. Universidad Nacional de Tucumán, Argentina, 1939)
Cartajena, I.
1995 Determinación de restos de camélidos en dos yacimientos del Loa Medio (II Región). *Estudios Atacameños*, 12 (en prensa).
Castaño, Carlos, y Dávila, Carmen Lucía
1984 *Investigaciones Arqueológicas en el Magdalena Medio. Sitios Colorados y Mayaca*, Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Banco de la República.
Castellanos,
[1589] *Elejías de Varones Ilustres de Indias*, Introducción y notas de Isaac J. Pardo, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas 1963.
Castillo, Gastón
1983 Sacrificio de camélidos en la costa de Coquimbo, Chile. *Gaceta Arqueológica Andina*, 7, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Lima.

1989 "Agricultores y Pescadores del Norte Chico: El complejo Las Ánimas", *en Culturas de Chile, Prehistoria*, editado por J. Hidalgo, y otros, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, pp. 265-276.

Castillo, Luis Jaime

1989 *Personajes míticos, escenas y narraciones en la iconografía mochica.*, Lima, Fondo Editorial: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Castillo, Luis Jaime, y Donnan, Christopher

1994 "La ocupación Moche de San José de Moro, Jequetepeque", en *Moche, Propuestas y Perspectivas. Actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche, Trujillo 1993*, editado por S. Uceda y E.Mujica, Lima, Travaux de l'Institut Français d'Études Andines, pp. 93-146.

Castillo, Neila

1984 *Arqueología de Tunja*, Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Banco de la República.

Castro, Cristóbal, y Ortega y Morejón, Diego de

[1558] La Relación de Chincha. Editada por Juan Carlos Crespo, *Historia y Cultura*, 8, Museo Nacional de Historia, 1974, Lima.

Castro, Victoria, Berenguer, José, y Aldunate, Carlos

1979 Antecedentes de una interacción altiplano-área atacameña durante el período tardío: Toconce. *Actas del VII Congreso de Arqueología Chilena*, Santiago, Editorial Kultrún.

Castro, Victoria, y Tarrago, Miriam

1992 Los inicios de la producción de alimentos en el cono sur de América. *Revista de Antropología Americana*, 6, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.

Castro,V. , Aldunate, C., y otros

1994 "Relaciones entre el Noroeste Argentino y el norte de Chile: el sitio 02-TU-002 Vegas de Turi", en *Taller costa a Selva*, editado por M.E. Albeck, Instituto Interdisciplinario Tilcara-Universidad de Buenos Aires, pp. 215-240.

Cerrón-Palomino, Rodolfo

1976 *Diccionario Quechua Junín-Huanca, Gramática Quechua Junín-Huanca*, Lima, IEP-Ministerio de Educación.

1982 El problema de la relación quechua-aru: estado actual. *Lexis*, VI (2), Lima.

1985 Panorama de la lingüística andina. *Revista Andina* 6(2), Centro Bartolomé de las Casas, Cuzco.

1987a. *Lingüística Quechua*. Biblioteca de la Tradición Oral Andina 8, Cuzco, Centro de Estudios Rurales Andinos "Bartolomé de las Casas".

1987b Unidad y diferenciación lingüística en el mundo andino. *Lexis*, XI (1), Lima.

1989 Quechua y Mochica: lenguas de contacto. *Lexis*, XIII (1), Lima.

1990 Reconsideración del llamado "Quechua costeño". *Revista Andina* 16(2) (Comentarios, pp.387-409), Centro de Estudios Bartolomé de las Casas, Cuzco.

1995 *La lengua de Naimlap. (Reconstrucción y obsolescencia del mochica)*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica.

Cervellino, M., y Telles, F.

1980 Emergencia y Desarrollo de una aldea prehispánica de Quillagua, Antofagasta. *Contribución Arqueológica*, 1, Copiapó.

Chambers, J. K., y Trudgill, Peter

1980 *Dialectology*. Cambridge Textbooks in Linguistics, Cambridge, University Press.

Chauchat, Claude
1982 Le Paijanien du désert de Cupisnique. Thése de Doutorat, Université de Bourdeaux I.
1988 "Early hunter-gatherers on the Peruvian coast. Peruvian Prehistory", en *An Overview of pre-Inca and Inca Society*, editado por R. W.Keatinge, Cambridge University Press, pp.41-66.
Chávez, Karen L. Mohr (ver: Mohr de Chávez, Karen)
Childe, Vere Gordon
1936 *Man Makes Himself*, London, Watts. (Hay traducción al castellano, con el título: "Los Orígenes de la Civilización", en Breviarios del Fondo de Cultura Económica, México, varias ediciones).
1957 *The Dawn of European Civilization*, 6a edición, London, Rothledge and Kegan Paul.
Cieza de León, Pedro de
[1553] *La Crónica del Perú. Primera Parte*. Biblioteca de Autores Españoles, Historiadores Primitivos de Indias, 2, Madrid, 1853. (Edición de Carmelo Saenz de Santa María. Monumenta Hispano-Indiana, V Centenario, II. Madrid: CSIC,1984).
[1553a] *Crónica del Perú. Segunda Parte*, edición, prólogo y notas de Francesca Cantú. Colección Clásicos Peruanos, Lima, Academia Nacional de la Historia & Fondo Editorial-Pontificia Universidad Católica, 1985. (También edición de 1984, editada por C. Sáenz de Santa María). [Esta Segunda Parte de la crónica es identificada como "Señorío de los Incas"].
Cigliano, E.M., Raffino, A., y Calandra, H. A.
1972 Nuevos aportes para el conocimiento de las entidades alfareras más tempranas del N.W. Argentino. *Relaciones*, IV, N.S., Buenos Aires.
Cobo, Bernabé
[1653] *Historia del Nuevo Mundo*, en *Obras del P. Bernabé Cobo de la Compañía de Jesús*, editada por Francisco Mateos. Biblioteca de Autores Españoles, XCI-XCII, Madrid, Ediciones Atlas, 1956.
Collier, Donald
1968 Review of Betty J. Meggers, Ecuador. *American Antiquity*, 33(2).
Collin Delavaud, Anne
1982 *Atlas del Ecuador*, Paris, Les Ëditions J.A.
Collin Delavaud, Claude
1984 *Las regiones costeñas del Perú septentrional*, Lima, Fondo Editorial-Pontificia Universidad Católica del Perú.
Colmenares, Germán
1978 *Historia Económica y Social de Colombia*, 1537-1719, Bogotá, Editorial La Carreta.
CONFEDERACIÓN DE NACIONALIDADES INDÍGENAS DEL ECUADOR
1989 *Nuestro proceso organizativo. TINCUI/CONAIE*, (Segunda edición revisada y aumentada), Quito, Abya-Yala.
Conklin, William J.
1970 Peruvian textile fragment from the beginning of the Middle Horizon. *Textile Museum Journal*, 3(1), Washington, D.C.
1982 "The Information Systems of Middle Horizon Quipus", en *Ethnoastronomy and Archaeoastronomy in the American tropics*, editado por A. Aveni y G. Urton, Annals of the New York Academy of Sciences, vol.385, New York, pp. 261-281.
1991 "Tiahuanaco and Huari: Architectural Comparisons and Interpretations", en *Huari Administrative Structure. Prehistoric Monumental Architecture and State Government*, editado por W.H. Isbell y G.F. McEwan, Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection, pp.281-291.

Conrad, Geoffrey W.
1981 Cultural Materialism, split inheritance, and expansion of ancient Peruvian empires. *American Antiquity*, 46(1).
Cook, Anita G.
1984-85 The Middle Horizon Ceramic Offerings from Conchopata. *Ñawpa Pacha*, 22-23, Institute of Andean Studies, Berkeley.
Cooke, Richard
1976 El hombre y la tierra en el Panamá Prehistórico. *Revista Nacional de Cultura*, 2, Panamá.
Cooke, R., y Ranere, A.
1986 "El Proyecto Santa María: A multidisciplinary analysis od Prehistoric Adaptations to a Tropical Watershed, Panamá", en *Recent Developments in Ithsmian Archaeology*, editado por F. Lange, B.A.R. International Series, 212, Oxford, G.B., pp. 3-31.
Coombs, David, y otros
1976 *Gramática Quechua San Martín*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos-Ministerio de Educación.
Cordy-Collis, Alana
1979 "Cotton and the Staff God: analysis of an ancient ChavRn textile", en *The Junius B. Bird Pre-columbian Textile Conference*, editado por Ann P. Rowe, y otros, The Textile Museum of Washington and Dumbarton Oaks, pp. 51-60.
Correal, Gonzalo
1979 *Investigaciones arqueológicas de abrigos rocosos de Nemocón y Sueva*, Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Banco de la República.
1981 *Evidencias Culturales y Megafauna Pleistocénica en Colombia*, Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Banco de la República.
Correal, Gonzalo, y Hammen, Thomas Van der
1977 *Investigaciones arqueológicas en abrigos rocosos del Tequendama*, Bogotá, Biblioteca del Banco Popular.
Costa, M.A., y Llagostera, A.
1994 Coyo-3: Momentos finales del periodo medio en San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños*, 12, Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.
Costa, M.A.
1988 Reconstitución física y cultural de la población tardía del cementerio de Quitor-6 (San Pedro de Atacama). *Estudios Atacameños*, 9, Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.
Cremonte, B.
1988 Comentarios acerca de fechados radiocarbónicos del sitio El Pedregal (quebrada la Ciénaga, Tucumán, Argentina). *Chungará*, 20, Universidad de Tarapacá, Arica.
Cuatrecasas, José
1968 "Paramo vegetation and its life forms", en *Geo-Ecology of the Mountainous Regions of the Tropical Americas*, editado por C. Troll. Colloquium Geographicum, 9, Bonn, Universität Bonn-F.Dümmlers Verlag, pp.163-186.
Cusihuamán G., Antonio
1976 *Diccionario Quechua Cuzco-Collao. Gramática Quechua Cuzco-Collao*, Lima, IEP-Ministerio de Educación.
Czwarno, R. M., Meddens, F.M. y Morgan, A. (eds)
1989 *The Nature of Wari. A Reappraisal of the Middle Horizon Period in Peru*. BAR International Series 525, Oxford.

D'altroy, Terence N.
1992 *Provincial Power in the Inka Empire*, Washington, D.C., Smithsonian Institution Press.
D'ans, André-Marcel
1976 Chilueno o arauco, idioma de los changos del norte de Chile, dialecto mapuche septentrional. *Estudios Atacameños*, 4, Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.
Dalton, George
1976 "Karl Polanyi's Analysis of Long-Distance Trade and His Wider Paradigm", en *Ancient Civilizations and Trade*, editado por J.A.Sabloff, y otros, Albuquerque, The University of New Mexico Press, pp. 62-132.
Damp, Jonathan
1988 *La primera ocupación Valdivia de Real Alto: patrones económicos, arquitectónicos e ideológicos*. Biblioteca Ecuatoriana de Arqueología, 3, Quito, Corporación Editora Nacional-ESPOL.
Dauelsberg Hahmann, Percy
1963 Complejo Faldas del Morro. *Actas del Encuentro Internacional de Arqueología*, San Pedro de Atacama, Universidad del Norte.
1983a Tojo-Tojone: un paradero de cazadores arcaicos. Características y secuencia. *Chungara*, 11,Universidad de Tarapacá., Arica.
1983b Investigaciones arqueológicas en la sierra de Arica, sector Belén. *Chungara*, 11, Universidad de Tarapacá, Arica.
Day, Kent C.
1972 Urban planning at Chan Chan, Peru. *Man, settlement and urbanism*, London, G. Duckworth Co.
1974 Walk-in wells and water management at Chan Chan, Peru. *The Rise and Fall of Civilization: An archaeological reader*, New York, Cummings Pub. Co.
1976 Chan Chan, Peru. Art and Architecture of Chimu Civilization as Cultural Symbol. *ArtsCanada*, 33(3), Weston, Ontario.
1982 "Storage and labor service: a production and management design in the Andean area", en *Chan Chan: Andean Desert City*, editado por Moseley and Day, Albuquerque, University of New Mexico, pp. 333-349.
De Boer, W., y Tolstoy, Paul
1989 An archaeological sequence for the Santiago-Cayapas River basin, Esmeraldas, Ecuador. *Journal of Field Archaeology*, 16(3).
De Paepe, P., y Buys, J.
1991 Análisis mineralógico y químico de la cerámica procedente del sitio arqueológico "Jardín del Este", Cumbayá, Provincia Pichincha. *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana*, Boletín de los Museos del Banco Central del Ecuador, Guayaquil.
Dedenbach-Salazar Sáenz, Sabine (ed.)
1993 *Una gramática colonial del quichua del Ecuador: Trascripción e interpretación de un manuscrito del Archivo Histórico Nacional de Colombia*, Bonner Amerikanistische Studien / Estudios Americanistas de Bonn 20, Institute of Amerindian Studies Occasional papers 25, Bonn & St. Andrews.
Dedenbach-Salazar Sáenz, Sabine, y otros (trad. y ed.)
1994 *Rimaykullayki. Unterrichtsmaterialien zum Quechua Ayacuchano-Peru*, basado en: *Quechua-Manual de enseñanza* por Clodoaldo Soto Ruiz, 3a ed. corregida y actualizada, Berlín, Universidad de Bonn-Dietrich Reimer Verlag.

Dennell, Robin, y Hurcombe, Linda
1995 Comment on piedra Furada. *Antiquity*, 69.
Díaz, Amanda, y Ortlieb, Luc
1993 El fenómeno "El niño" y los moluscos de la costa peruana. Registro del Fenómeno El NIÑO y de Eventos ENSO en América del Sur (J. Macharé y L. Ortlieb, comps.). *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 22(1),Lima.
Díaz, H.F., y Markgraf, V. (eds.)
1992 *El Niño: Historical and Paleoclimatic Aspects of the Southern Oscillation*, New York, Cambridge University Press.
Díaz Suárez, P. (compilador)
1976 Informe nacional sobre el agua. *Recursos Naturales del Perú ,1, antología*, Lima, Ediciones Retablo de Papel.
Diez de San Miguel, Garci
[1567] *Visita hecha a la provincia de Chucuito, 1567*. Documentos Regionales para la Etnología y Etnohistoria Andinas, 1, editado por W. Espinoza, Lima, Casa de la Cultura del Perú, 1964.
Dillehay, Tom D.
1981 Visión actual de los estudios de la Araucanía prehispánica. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, 38, Santiago de Chile.
1982 Monte Verde: aporte al conocimiento del paleoindio en el extremo sur. *Gaceta Arqueológica Andina*, 4-5, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Lima.
1987 Estrategias políticas y económicas de las etnías locales del valle de Chillón durante el período prehispánico. *Revista Andina*, año 5, 2, Centro de Estudios Rurales Andinos Bartolomé de Las Casas, Cuzco.
1989 *Monte Verde: A Pleistocene Settlement in Southern Chile*, I, Washington, D.C., Smithsonian Institution Press.
1990 Las culturas alfareras formativas del Extremo Sur de Chile. *Gaceta Arqueológica Andina*, 17, INDEA, Lima.
1990a *Araucanía: Presente y Pasado*. Prólogo de Carlos Aldunate, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello.
1997 *Monte Verde: A Pleistocene Settlement in Southern Chile*, II, Washington, D.C., Smithsonian Institution Press.
Dillehay, T, y otros
1992 Earliest Hunthers amd Gatherers of South America. *Journal of World Prehistory*, 6(2).
Donnan, Christopher B.
1964 An early house from Chilca, Peru. American Antiquity, 30(2).
1968 An association of Middle Horizon Epoch 2A specimens from the Chicama Valley, Peru. *Ñawpa Pacha*, 6, Institute of Andean Studies, Berkeley.
1972 Moche-Huari murals from Northern Peru. *Archaeology*, 25(2), New York.
1973 Moche Occupations of the Santa Valley, Peru. *University of California Publications in Anthropology*, 8, Los Ángeles.
Dougherty, B.
1977. Análisis de la variación cerámica en el complejo San Francisco. *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, II, La Plata.
Druss, M.
1977 Computer analysis of Chiuchiu Complex Pattern. *El Dorado*, 2.
Duque Gómez, Luis
1965 *Prehistoria, etnohistoria y arqueología*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia.

1966 Tribus Indígenas y sitios arqueológicos. *Historia Extensa de Colombia, Prehistoria,* Bogotá, Academia Colombiana de Historia.
1970 *Los Quimbayas. Reseña etnohistórica y arqueológica,* Bogotá, Imprenta Nacional.
Durán, Eliana, y Planella, María Teresa
1989 "Consolidación Agroalfarera: Zona Central", en *Culturas de Chile, Prehistoria,* editado por J. Hidalgo, y otros, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bellopp. 313-327.
Dussan de Reichel-Dolmatoff, Alicia
1967 Una escultura lítica de tipología costarricense en la Sierra Nevada de Santa Marta. *Razón y Fábula,* 2, Bogotá.
Duviols, Pierre
1980 Algunas reflexiones acerca de las tesis de la estructura dual del poder incaico. *Histórica,* IV (2), Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
Dwyer, Edward B.
1971 The Early Inca Occupation of the valley of Cuzco, Peru. Ph.D. Dissertation, University of California, Berkeley.
Earle, Timothy K.
1978 Economic and Social Organization of a Complex. *Chiefdom Anthropological Paper,* 63, Museum of Anthropology-University of Michigan, Ann Arbor.
Earle, T., y otros
1980 Changing Settlement Patterns in the Upper Mantaro Valley, Peru. *Journal of New World Archaeology,* 4(1), Institute of Archaeology-University of California, Los Ángeles.
Earle,T., y otros
1987 *Archeological Field Research in the Upper Mantaro, Peru, 1982-83: Investigations of Inka Expansion and Exchange.* Monograph 28, Los Ángeles, Institute of Archaeology-University of California.
Echeverría y Reyes, Aníbal
1910 Noticias sobre la extinguida lengua cunza. *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas,* Buenos Aires 1910. (Kraus reprint, Nendeln, Liechtenstein, 1968).
Eisleb, Dieter
1987 *Alteperuanische Kulturen,* IV. Recuay. Museum für Völkerkunde Berlin.
Elera, Carlos G.
1985 Orígenes de la minería y la metalurgia durante el período Formativo en Lambayeque. *Willay,* 19. Newsletter of the Andean Anthropological Research Group, Harvard University.
Engel, Fréderic
1957 Sites et établissements sans céramique de la côte péruvienne. *Journal de la Société des Américanistes,* 46.
1958 Algunos datos con referencia a los sitios precerámicos de la costa peruana. *Arqueológicas,* 3. Museo Nacional de Antropología y Arqueología, Lima.
1960 Un groupe humain datant de 5000 ans a Paracas, Pérou. *Journal de la Société des Americanistes,* XLIX: 7.
1963 A preceramic settlement on the central coast of Perú: Asia, Unit 1. *Transactions of the American Philosophical Society,* vol.53, Part 3, Philadelphia.
1964 El Precerámico sin algodón en la costa del Perú. *Actas y Memorias del XXXV Congreso Internacional de Americanistas* (México, 1962), 3, México.
1966a Le complexe précéramique d'El paraíso (Pérou). *Journal de la Société des Américanistes,* LV-I, Paris.

1966b *Paracas. Cien siglos de la cultura peruana*, Lima, Librería Editorial Juan Mejía Baca.
1966c *Geografía humana prehistorica y agricultura precolombina de la Quebrada de Chilca*. I. Tomo I, Lima, Universidad Agraria.
1967 El complejo El Paraíso en el valle del Chillón, habitado hace 3,500 años: nuevos aspectos de la civilización de los agricultores del pallar. *Anales Científicos*, 5(3-4), Universidad Nacional Agraria, Lima.
1970 La grotte du mégathérium a Chilca et les écologies du haut-halocène péruvien. *Echanges et communications. Mélanges offerts à Claude Lévi-Strauss à lóccasion de son 60ème anniversaire*, compilados por J.Pouillon y P. Miranda, La Haye, Mouton.
1980 Paloma. *Prehistoric Andean Ecology. Man, Settlement and Environment in the Andes*, New York, Humanities Press.
1981 The deep south. *Prehistoric Andean Ecology. Man, Settlement and Environment in the Andes*, New York, Humanities Press.
1987a Lomas. *Prehistoric Andean Ecology. Man, Settment and Environment in the Andes*, New York, Humanities Press.
1987b *De las begonias al maíz. Vida y producción en el Perú antiguo*, Lima, Centro de Investigaciones de Zonas Áridas (CIZA)-Universidad Nacional Agraria.
1988a Chilca, Pueblo 1. Implementos de hueso. *Ecología Prehistórica Andina. El Hombre, su Establecimiento y el Ambiente de los Andes. La vida en Tierras Áridas y Semiáridas*, Lima, Centro de Investigaciones de Zonas Áridas (CIZA)-Universisdad Nacional Agraria.
1988b Otras lomas del Sur medio. Cuevas de Chilca. *Ecología Prehistórica Andina. El Hombre, su Establecimiento y el Ambiente de los Andes. La vida en Tierras Áridas y Semiáridas*, Lima, Centro de Investigación de Zonas Áridas (CIZA)-Universidad Nacional Agraria.

Espinoza Soriano, Waldemar
1969 El memorial de Charcas; "Crónica" inédita de 1582. *Cantuta*, 4, Universidad Nacional de Educación, Lima.

Espoueys, Oscar
1973 Tipificación de las cucharas de madera de Arica, en Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena, Santiago, 1971. *Boletín de Prehistoria de Chile* (número especial), Universidad de Chile, Santiago.
1974 Tipificación de keros de madera de Arica. *Chungara*, 4, Universidad de Tarapacá, Arica.

Espoueys, Oscar, y otros
1994 En torno al surgimiento de la Cultura Arica. Ponencia presentada al XIII Congreso de Arqueología Nacional, Antofagasta.

Falabella, Fernanda
1994 Dos puntas tiene el camino: antiguas relaciones trasandinas en el centro de Chile y Argentina. *La Cordillera de los Andes: ruta de encuentros*, Santiago de Chile, Museo Chileno de Arte Precolombino.

Falabella, F., y Stehberg, Rubén
1989 "Los inicios del Desarrollo Agrícola y Alfarero: zona central (300 a.C. a 900 d.C.)", *en Culturas de Chile, Prehistoria*, editado por J. Hidalgo, y otros, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, pp.295-311.

Falabella, F., y otros
1994 Nuevos antecedentes sobre los sistemas culturales en Chile Central sobre la base de análisis de composición de elementos. *Resúmenes de Ponencias*, XIII Congreso de Arqueología Chilena, Antofagasta.

Falchetti, Ana María
1975 *Arqueología de Sutamarchán*, Boyacá, Bogotá, Biblioteca del Banco Popular.
Falchetti, A.M. y Plazas, Clemencia
1973 El territorio de los Muiscas a la llegada de los españoles. *Cuadernos de Antropología*, 1, Universidad de los Andes, Bogotá.
1983 *La orfebrería prehispánica de Colombia*, Bogotá, Museo del Oro-Banco de la República.
Falcón, Francisco
[1567] Representación hecha por el Licenciado Falcón en Concilio Provincial, sobre los daños y molestias que se hacen a los indios. *Colección de Documentos Inéditos relativos al Descubrimiento, Conquista y Organización de las Posesiones Españolas América, Oceanía y muy especialmente de Indias*, VII, editado por Luis Torres de Mendoza, Madrid, Imprenta de Frías y Compañía, 1867.
Farrington, Ian S.
1983 The design and function of the intervalley canal: Comment on a paper by Ortloff, Moseley and Feldman. *American Antiquity*, 48(2), Washington.
Fejos, Paul
1944 Archaeological Explorations in the Cordillera Vilcabamba, Southeastern Peru. *Viking Fund Publications in Anthropology*, 3, New York.
Feldman, Robert A.
1980 Áspero, Peru: architecture, subsistenbce economy and other artifacts of a preceramic maritime chiefdom. Tesis doctoral Harvard University.
1990 Ocupaciones del periodo cerámico temprano en Moquegua.*Gaceta Arqueológica Andina*, 18-19, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Lima.
Ferdon Jr., Erwin N.
1981 Holocene Mangrove Formations on the Santa Elena Peninsula, Ecuador: Pluvial Indicators or Ecological Response to Physiographic Changes. *American Antiquity*, 46(3).
Fernández de Oviedo y Valdez, Gonzalo
[1547-57] *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano*. Prólogo de J. Natalicio González, notas de José Amador de los Ríos, Asunción del Paraguay, Editorial Guarania, 1946.
Fernández Distel, Alicia.
1974 Excavaciones arqueológicas en las cuevas de Huachichocana. Depto. de Tumbaya, Prov. de Jujuy, Argentina. *Relaciones*, VIII, Buenos Aires.
1975 Restos vegetales de etapa arcaica en yacimientos del N.O. de la República Argentina (Pcia. de Jujuy). *Etnia*, 22, Olavarria.
1980 Hallazgos de pipas en complejos precerámicos del borde de la puna jujeña (República Argentina) y el empleo de alucinógenos por parte de las mismas culturas. *Estudios Arqueológicos*, 5, Universidad de Chile, Antofagasta.
1989 Ubicación temporal a través de nuevos fechados radiocarbónicos del complejo cerámico San Francisco, Jujuy, Argentina. *Paleoetnología*, vol. 5, Buenos Aires.
1992 "Noticias sobre el sitio arqueológico El Abra de los morteros y otros lugares de valor prehistórico en la región de Santa Bárbara (Jujuy, República Argentina)", en *Taller Costa-Selva*, editado por M. E. Albeck, Instituto Interdisciplinario Tilcara-Universidad de Buenos Aires, pp. 275-300.
Fernández, J.
1978 Los Chichas, los Lípez y un posible enclave de la cultura de San Pedro de Atacama en la zona limítrofe Argentino-Boliviana. *Estudios Atacameños*, 6, San Pedro de Atacama.

Fiedel, Stuart J.
1987 *Prehistory of the Americas*, New York, Cambridge University Press. (Hay traducción al castellano, en Editorial Crítica, Barcelona 1997)
Flannery, Kent
1985 "Los Orígenes de la Agricultura en México: Las Teorías y la Evidencia" en *Historia de la Agricultura, Época Prehispánica-s.XVI*, I, editado por T.Rojas Rabiela y W.T.Sanders, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 237-266.
Flores Espinoza, Isabel
1990 Evidencia Wari en el valle medio del Caplina. *Gaceta Arqueológica Andina*, 18-19, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Lima.
Ford, James A.
1969 A Comparison of Formative cultures in the Americas: difussion or the psychic unity of man? *Smithsonian Contribution to Anthropology*, 2, Washington, D.C.
Francisco, Alice Ederton
1969 An archaeological sequence from Carchi, Ecuador. PhD dissertation, University of California. University Microfilms International, Michigan, Ann Arbor.
Franco, Régulo, y otros
1994 "Arquitectura y decoración mochica en la Huaca Cao Viejo, Complejo El Brujo: resultados preliminares", en *Moche, Propuestas y Perspectivas. Actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche*, Trujillo 1993, editado por S. Uceda y E.Mujica, Travaux de l'Institut Français d'Études Andines 79, Lima, pp. 147-180.
Franco Inojosa, José María
1935 Jan Kosko. *Revista del Museo Nacional*, 4(1), Lima.
Friede, Juan
1974 *Los Chibchas bajo la dominación española*, Medellín, Editorial La Carreta.
Fung Pineda, Rosa
1969 Las Aldas: su ubicación dentro del proceso histórico del Perú antiguo. *Dédalo*, 5(9-10), Museu de arte e arqueologia-Universidad de São Paulo, São Paulo..
1971 Nuevos datos para el período de cerámica inicial en el valle de Casma. *Arqueología y Sociedad*, 7-8, Museo de Arqueología y Etnología-Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
1972 El temprano surgimiento en el Perú de los sistemas sociopolíticos complejos: planteamiento de una hipótesis de desarrollo original. *Apuntes Arqueológicos*, 2, Lima.
1972a Las Aldas: Su ubicación dentro del proceso histórico del Perú Antiguo. *Dédalo*, V, Museu de arte e arqueología-Universidade de São Paulo, São Paulo.
1991 El Precerámico Tardío en la Costa. *Los Incas y el Antiguo Perú.3000 años de Historia.*Tomo I. Quinto Centenario. Colección Encuentros. Serie Catálogos. Barcelona-Madrid, Lunwerg editores, S.A.
Fung Pineda, Rosa, y Williams León, Carlos
1973 Chankillo. *Revista del Museo Nacional*, 39, Museo Nacional de la Cultura, Lima.
1977 Exploraciones y excavaciones en el valle de Sechín, Casma. *Revista del Museo Nacional*, 43, Museo Nacional de la Cultura, Lima (1979).
Gaete, N., y Sánchez, R.
1994 Patrón alfarero Pellohue: ¿Estilo decorativo "El Vergel" al norte? *Resúmenes de ponencias* , XIII Congreso de Arqueología Chilena, Antofagasta.
Galdós Rodríguez, Guillermo
1987 *Comunidades Prehispánicas de Arequipa*, Arequipa, Fundación M.J. Bustamante.

Gambier, Mariano
1986 Los valles interandinos o veranadas de la alta cordillera de San Juan y sus ocupantes: los pastores chilenos. *IIAM Publicaciones*, 15, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo-Universidad de San Juan. Rep. Argentina, San Juan.
1988 *La fase cultural Punta de Barro*, San Juan, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo-Universidad de San Juan. Rep. Argentina.
1992 Secuencia cultural prehispánica en los valles preandinos de San Juan. *IIAM Publicaciones*, 18, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo-Universidad de San Juan. Rep. Argentina, San Juan.
1993 *Prehistoria de San Juan*, San Juan, Argentina, Editorial Fundación UNSJ.
Garay, M.
1992 "Relaciones de complementariedad en el período de Desarrollos Regionales entre el ámbito de valles orientales y el de la Quebrada de Humahuaca Prov. de Jujuy, Argentina", en *Taller de Costa a Selva*, editado por M.E. Albeck, Instituto Interuniversitario Tilcara-Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, pp. 373-390.
García, L.C.
1988 Las ocupaciones cerámicas tempranas en cuevas y aleros en la Puna de Jujuy, Inca Cueva, Alero1. 46 Congreso Internacional de Americanistas. Amsterdam (Mnsc).
Garcilaso de la Vega, Inca
[1605] *Comentarios Reales en Garcilaso de la Vega: Obras Completas*, T. II (primera parte), Biblioteca de Autores Españoles 133, Madrid, Atlas, 1960. (Se citan diversas ediciones)
Gareis, Iris
1987 *Religiöse Spezialisten des zentralen Anden-gebietes zur Zeit der Inka und während der spanischen Kolonialherrschaft*. Hohenschaf]äftlarm: Klauss Renner Verlag.
Gasparini, Graziano, y Margolies, Luise
1980 *Inca Architecture*. Transl. by Patricia J. Lyon. Bloomington, Indiana University Press.
Gentile Lafaille, Margarita
1986. *El "control vertical" en el Noroeste Argentino. Notas sobre los Atacamas en el valle Calchaquí* (con "Observaciones sobre nombres indígenas en el Noroeste", por Ricardo L.J. Nardi), Buenos Aires, Casimiro Quirós, editor.
Ghersi Barrera, Humberto
1956 Informe sobre las excavaciones en Chiribaya. *Revista del Museo Nacional*, 25, Museo Nacional de la Cultura, Lima.
Girault, Louis
1989 *Kallawaya, el idioma secreto de los incas*, UNICEF, Bolivia.
Gisbert, Teresa, y otros
1987 *Arte textil y mundo andino*, La Paz, Gisbert y Cía.
Glave, Luis Miguel
1989 Un curacazgo andino y la sociedad campesina del siglo XVII. La historia de Barto lomé Tupa Hallicalla, curaca de Asillo. *Allpanchis*, año XXI, 33, Cusco.
Goldstein, P.
1989 "La cultura Tiwanaku y la relación de sus fases cerámicas en Moquegua", en *Trabajos Arqueológicos en Moquegua, Perú*, 2, compilado por L.Watanabe y otros.
1990 Tiwanaku en Moquegua. *Gaceta Arqueológica Andina*, Vol. V, 18-19, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Lima.
Golte, Jurgen
1980 *La racionalidad de la organización andina*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Gómez, R.
1966 *La Cultura Las Mercedes*, Santiago del Estero.
Gondard, Pierre, y López, Freddy
1983 *Inventario Arqueológico Preliminar de los Andes Septentrionales del Ecuador*, Quito, ORSTOM.
González, Alberto Rex, y Pérez, José A.
1972 *Historia Argentina, 1. Argentina Indígena, vísperas de la conquista*, Buenos Aires, Editorial Paidós
González Corrales, José A.
1984 Arquitectura y cerámica Killke del Cusco. *Revista del Museo e Instituto de Arqueología*, 23, Universidad Nacional San Antonio de Abad, Cusco.
González Holguín, Diego
[1607] *Gramática y arte nveva de la lengva general de todo el Peru, llamada lengua Qquichua, o lengua del Inca*, Ciudad de los Reyes (Lima). [1842; Edición Facsímile: Vaduz-Georgetown,1975].
[1608] *Vocabulario de la lengva general de todo el Peru llamada lengua Qquichua o del Inca*, Ciudad de los Reyes (Lima). Prólogo Raúl Porras Barrenechea, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1952. [Edición facsímile de la versión de 1952, Presentación Ramiro Matos Mendieta, incluye addenda, Lima, Editorial de la Universidad de San Marcos,1989]
González de Pérez, Maria Stella
1980 *Trayectoria de los estudios sobre la lengua chibcha o muisca*, Series Minor XXII, Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo.
Graffan, G.
1990 Raised fields without bureaucracy : an archaeological examination of intensive wetland cultivation in the Pampa Koanizone, lake Titicaca, Bolivia. PhD. Thesis, Universidad de Toronto.
Graffan, G., Rivera, M., y Carevic, A.
1994 "Cooper smelting in the Atacama: ancient metallurgy at the Ramaditas site, Northern Chile", en *Quest of Mineral Wealth*, editado por A.F. Craig y R.C. West.
Graffan, G., Núñez, L., y Téllez, F.
Excavaciones en Coyo, San Pedro de Atacama. (Mnsc.)
Grieder, Terence
1978 *The Art and Archaeology of Pashash*, Austin, University of Texas Press.
1988a Ceramics. *La Galgada, Peru. A preceramic culture in transition*, Austin, University of Texas Press.
1988b Fiber arts. *La Galgada, Peru. A preceramic culture in transition*, Austin, University of Texas Press.
Grieder, Terence, y Bueno Mendoza, Alberto
1981 La Galgada Peru before pottery. *Archaeology*, 34(2).
1985 "Ceremonial architecture at La Galgada", en *Early Ceremonial Architecture in the Andes*, editado por C.B. Donnan, Washington, Dumbarton Oaks.
Grieder, Terence, y otros
1988 *La Galgada, Peru. A preceramic culture in transition*, Austin, University of Texas Press.
Grijalba, Carlos Emilio
1937 *La expedición de Max Uhle a Cuasmal o sea la Protohistoria de Imbabura y Carchi*, Quito, Editorial Chimborazo.

Grobman, Alexander
1982 "Maíz (Zea Mays)", en *Los Gavilanes*, cap.8: Restos botánicos, editado por D.Bonavía, Lima, Corporación Financiera de Desarrollo e Instituto Arqueológico Alemán, pp. 147-149.
Grobman, Alexander, y otros
1961 *Races of Maize in Peru*. National Research Council, Publication 915, Washington, D.C., National Academy of Sciences
Grossman, Joel W.
1972 An Ancient Gold Worker's Tool Kit. *Archaeology*, 25(4), New York.
Groot de Mahecha, Ana María
1990 "Panorama etnohistórico y arqueológico de los taironas en la Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia: evidencias de los siglos XIV y XVI", en *Culturas Indígenas de los Andes Septentrionales*, Madrid, Sociedad Estatal Quinto Centenario, pp. 83-104.
Gruhn, Ruth
1988 Linguistic Evidence in support of the Coastal Route of earliest entry into the New World. *Man*, 23.
1994 "The Pacific Coast Route of initial entry: An overview", en *Method and Theory for Investigating the Peopling of the Americas*, editado por R. Bonnichsen y D. Gentry Steele, , Corvalis, Center for Study of the First Americans-Oregon State University, pp. 249-256.
Guaman Poma de Ayala, Felipe
[1615] *Nueva Corónica y Buen Gobierno* (Codex Péruvien illustré). Travaux et Mémoires de l'Institute d'Ethnologie, XXIII, Université de Paris, 1936.
Guhl, Ernesto
1968 "Los páramos circundantes de la Sabana de Bogotá. Su ecología y su importancia para el régimen hidrológico de la misma", en *Geo-Ecology of the Mountainous Regions of the Tropical Americas*, editado por C. Troll, Colloquium Geographicum, 9, Bonn, Universität Bonn-F.Dümmlers Verlag, pp. 195-212.
Guidon, Niede, y otros
1996 Nature and age of the deposits in Pedra Furada, Brazil: reply to Meltzer, Adovasio and Dillehay. *Antiquity*, 70(268).
Guillaume-Gentil, Nicolas
1996 Patrones de asentamiento prehispánicos en la cuenca norte del Río Guayas, Ecuador. *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, 16, Mainz, Verlag Philipp von Zabern.
Guillén Guillén, Edmundo
1991 "Vila Oma: el último gran Intip Apun del Tawantinsuyu", en *El Culto Estatal del Imperio Inca*, compilado por Mariusz S. Siólkowski, Centro de Estudios Latinoamericanos, Warsaw, pp. 75-80.
Guinea, Mercedes
1984 Patrones de Asentamiento de la Arqueología de Esmeraldas (Ecuador). *Memorias de la Misión Arqueológica Española en el Ecuador*, VIII, Madrid, Ministerio de Relaciones Exteriores.
1995 "Diferentes mecanismos de articulación hombre-entorno en la costa norte del Ecuador. La desembocadura del Esmeraldas del principio de nuestra era al año 1527", en *Primer Encuentro de Investigadores de la costa ecuatoriana en Europa*, editado por A.Álvarez y otros, Quito, Ediciones Abya-Yala, pp. 47-66.

Hampe Martínez, Teodoro
1979 Relación de los encomenderos y repartimientos del Perú en 1561. *Historia y Cultura*, 12, Museo Nacional de Historia, Lima.
1982 Las momias de los Incas en Lima. *Revista del Museo Nacional*, 46, Museo Nacional de la Cultura Peruana, Lima.
Hardman, Martha J.
1978a La familia lingüística andina jaqi: jaqaru, kawki, aymara. *Vicus Cuadernos, Lingüística*, II, Amsterdam.
1978b Jaqi: the linguistic family. *International Journal of American Linguistics*, 44(2), Baltimore.
1985 Jaqaru. Compendio de eestructura fonológica y morfológica. *Lengua y Sociedad*, 5, Instituto de Estudios Peruanos e Instituto Indigenista Interamericano, Lima.
Hardman, M., y otros
1988 *Aymara. Compendio de estructura fonológica y Gramátical*, La Paz, Instituto de Lengua y Cultura Aymara.
Harris, David
1972 The Origin of Agriculture in the Tropics. *American Scientist*, 60.
Hartmann, Roswith
1971 Mercados y ferias prehispánicas en el área Andina. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, 118, Quito.
1972 Linguistik im Andengebiet. Geschichte und Stand der Quechuaforschung. *Zeitschrift für Lateinamerika*, 4, Wien.
1979 ¿Quechuismo preincaico en el Ecuador? IberoAmerikanisches Archiv, N.F. 5, 3, Berlin.
1984 Bemerkungen zum heutigen Stand der Quechua-Forschung, *Indiana*, 9, Berlin.
1985 Debate en torno a 'El comercio lejano y la difusión del quechua. El caso del Ecuador' [por] Alfredo Torero. *Revista Andina*, 5(1), Cuzco.
1990 "Sprachen und Literatur" (Etnohistoria, Andes), en *Alt-Amerikanistik. Eine Einführung in die Hochkulturen Mittelund Südamerikas*, editado por Ulrich Köhler, Ethnologische paperbacks, Berlin, Dietrich Reimer Verlag, pp. 535-558.
1995 "El papel de los mitimaes en el proceso de quechuización, el caso del Ecuador y la problemática de las fuentes", en *Etnohistoria Latinoamericana: Aportes metodológicos*, editado por Sabine Dedenbach-Salazar Saénz e Iris Gareis, América Indígena, LIV (4), México D.F., Instituto Indigenista Interamericano, pp. 61-98.
Hastorf, Christine A.
1986 "Agricultura, alimentación y economía de los Wanka durante la época Inka", en *Actas y Trabajos del VI Congreso Peruano del Hombre y la Cultura Andina*, Lima, Universidad Garcilaso de la Vega, pp. 65-80.
1990 "One path to the heights: negociating political inequatility in the Sausa of Peru", en *The Evolution of Political Systems*, editado por S. Upham, Cambridge, Cambridge University Press, pp.146-176.
Hastorf, C.A., y Earle, Timothy
1985 "Intensive Agriculture and the Geography of Political Change in the Upper Mantaro Region of Central Peru", en *Prehistoric Intensive Agriculture in the Tropics*, editado por Ian Farrington, BAR, International Series, 232, Great Britain, pp. 569-95.
1990 "One path to the heights: negotiating political inequality in the Sausa of Peru", en *The Evolution of Political Systems*, editado por S. Upham, Cambridge University Press, pp. 146-176.

Helmer, Marie
1955-56 La visitación de los yndios Chupachos' inka et encomendero, 1549. *Travaux de l'Institut Français d'Etudes Andines*, V, Lima.
Hemming, John
1970 *The Conquest of the Incas*, London, Macmillan.
Heredia, Oswaldo
1974 Investigaciones arqueológicas en el sector meridional de las selvas occidentales. *Revista del Instituto de Antropología*, vol. V, Universidad Nacional de Córdoba.
Herrera, Luisa , Cardale Schrimpff, M., y Bray, W.
1982-83 El hombre y su medio ambiente en Calima (altos río Calima y Río Grande, Cordillera Occidental). *Revista Colombiana de Antropología*, 24, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.
1990 "La arqueología y el paisaje en la región de Calima", en *Ingenierías Prehispánicas*, Fondo FEN de Colombia, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología-Colcultura, pp. 111-150.
Hernández de Alva, Gregorio
1946 The Highland Tribes of Southern Colombia. *Handbook of South American Indians*, 2, Washington, D.C., Smithsonian Institution.
Hidalgo, Jorge
1971 *Las culturas protohistóricas del Norte de Chile*, Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile.
1989 "Diaguitas Chilenos Protohistóricos", en Culturas de Chile, Prehistoria, editado por J. Hidalgo, y otros, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, pp. 289-293.
Hocquenhem, Anne Marie
1987 *Iconografía Mochica.*, Lima, Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
Holm, Olaf
1982 *Cultura Manteña-Huancavica*, Guayaquil, Museo del Banco Central del Ecuador.
1983 *Cultura Milagro-Quevedo*, Guayaquil, Museo del Banco Central del Ecuador.
Huerta, Alonso de
[1616] *Arte breve de la lengua quechua.* Colección Kashcanchicracmi 3, Proyecto Educación Bilingue Intercultural, Quito, Corporación Editora Nacional, 1993.
Hyslop, John
1976 An archaeological investigation of the Lupaqa Kingdom and its origins. Ph.D. Dissertation, Columbia University, New York.
1977 Chullpas of the Lupaca Zone of the Peruvian High Plateau. *Journal of Field Archaeology*, 4, Boston.
1977a Hilltop Cities in Peru. *Archaeology*, 30(4), New York.
1979 El área Lupaca bajo el dominio incaico. Un reconocimiento arqueológico. *Histórica*, 3 , Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
1984 *The Inka Road System*, Orlando-London, Academic Press.
Isbell, William H.
1989 "Honco Pampa: was it a Huari administrative centre?", en *The Nature of Wari*, editado por Czwarno, Meddens y Morgan, BAR International Series, 525, pp. 98-114.
1991 "Conclusion: Huari Administration and the Orthogonal Cellular Architecture Horizon", en *Huari Administrative Structure. Prehistoric Monumental Architecture and State Government*, editado por W.H. Isbell y G.F. McEwan, Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection, pp. 293-315.

Isbell, W.H., Brewster-Bray, Christine y, Spickard, Lynda E.
1991 "Architecture and Spatial Organization at Huari", en *Huari Administrative Structure. Prehistoric Monumental Architecture and State Government*, editado por W.H. Isbell y G.F. McEwan, Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection, pp. 19-53.
Izumi, Seiichi, y Sono, Tashuhiko
1963 *Andes 2, Excavations at Kotosh, Peru, 1960*, Tokyo, Kadokawa.
Izumi, Seiichi, y Terada, Kazuo
1972 *Andes 4: excavations at Kotosh, Peru, 1963 and 1966*,Tokyo, University of Tokyo Press.
Izumi, Seiichi , Cuculiza, Pedro, y Kano, Chiaki
1972 *Excavations at Shillacoto, Huánuco, Perú. The University Museum Bulletin*, 3, University of Tokyo, Tokyo.
Jacobaccio, Hugo Daniel
1983-1985 Explotación complementaria de recursos en sociedades cazadoras-recolectoras surandinas. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, vol.10, Buenos Aires.
Jijón y Caamaño, Jacinto
1919 Contribución al conocimiento de las lenguas indígenas que se hablaron en el Ecuador Interandino y Occidental, con anterioridad a la Conquista española, ensayo provisional. Edición especial del No.6 del Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos, Quito.
1923-24 Puruhá: ensayo de análisis de las lenguas habladas en Puruhá. Cap.X, *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, VII, 19, 1923; vol.IX, 24-26, 1924, Quito.
1941-47 *El Ecuador Interandino y occidental antes de la conquista castellana*, 4 tomos, Quito, Editorial Ecuatoriana.
1949 *Maranga. Contribución al conocimiento de los aborígenes del valle del Rímac, Perú*, Quito, La Prensa Católica.
1952 *Antropología Prehispánica del Ecuador*, Quito, La Prensa Católica.
Julien, Catherine J.
1978 Inca Administration in the Titicaca Basin as reflected at the provincial capital of Hatuncolla. PhD Dissertation , University of California, Berkeley.
1979 Koli: a language spoken on the Peruvian coast. *Andean Perspective*, 3, Austin.
1982 "Inca Decimal Administration in the Lake Titicaca Region", in *The Inca and Aztec States, 1400-1800, Anthropology and History*, compilado por G.A. Collier, R.I. Rosaldo y J.D. Wirth, New York, Academic Press, pp- 119-151.
1983 Hatunqolla: A View of Inca Rule from the Lake Titicaca Region. *University of California Publications in Anthropology*, 15, Berkeley, University of California Press.
1987 The Uru Tribute Category; Ethnic Boundaries and Empire in the Andes. *Proceedings of the American Philosophical Society*, 131(1).
1988 How Inca Decimal Administration Worked. *Ethnohistory*, 35(3).
1990 La metáfora de la montaña. *Humboldt*, 100.
1991 Condesuyo: The Political Division of Territory under Inca and Spanish Rule. *Bonner Americanistische Studien*, 190, Bonn.
1993 "Finding a Fit", en *Archaeology and Ethnohistory of the Incas. Provincial Inca. Archaeological and Ethnological Assessment of the Impact of the Inca State*, editado por M.A.Malpass, University of Iowa Press, pp.145-176.
Kano, Chiaki
1972 "Pre-Chavín cultures in the central highlands of Peru: new evidence from Shillacoto, Huánuco", en *The Cult of the Feline*, editado por E.P. Benson, Washington, D.C., Dumbarton Oaks, 139-152.

1975 Excavaciones en Shillacoto, Huánuco.*Revista del Museo Nacional*, 36 (1972), Lima.

Kaplan, Lawrence

1980 "Variation in the cultivated beans. Guitarrero Cave", en *Early Man in the Andes*, editado por T.F.Lynch, New York, Academic Press, pp. 145-148

Kauffmann Doig, Federico

1978 "Los retratos de la capaccuna de Guaman Poma y el problema de los tocapo", en *Amerikanistische Studien/Estudios Americanistas, Festschrift fur Hermann Triimborn anlablich seines 75. Geburtstages/Libro jubilar en homenaje a Hermann Trimborn con motivo de su septuagésimo quinto aniversario*, Tomo I, editado por R. Hartmann y U. Oberem, Collectanea Instituti Anthropos, vol. 20, St. Augustin/ Alemania, Haus der Volker und Kulturen, Anthropos Institut, pp. 298-308.

Kaulicke, Peter

1975 Pandanche. Un caso del Formativo de los Andes de Cajamarca. Seminario de Historia Rural Andina, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Mimeo).

1981 Keramik der frühen Initialperiode aus Pandanche, Dpto. Cajamarca, Peru. *AVA-Beiträge*, 3, München, KAVA.

1989 "La fauna osteológica de Cochasquí", en Excavaciones en Cochasquí, Ecuador. 1964-1965, editado por U.Oberem y W. Wurster, Matrialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 42, KAVA. Mains am Rhein: verlag P. von Zabern, pp. 242-246

Keatinge, Richard W.

1973 Chimu ceramics from the Moche valley, Peru: A computer application to seriation. Ph.D. dissertation, Dpt. of Anthropology, Harvard University.

1974 Chimu rural administrative centers in the Moche valley, Peru.*World Archaeology*, 6(1), London.

Keatinge, R. W., y Day, Kent C.

1973 Socio-economic organization of the Moche Valley, Peru, during the Chimd occupation of Chan Chan. *Journal of Anthropological Research*, 29(4), Albuquerque, The University of New Mexico.

1974 Chan Chan. A study of precolumbian urbanism and the management of land and water resources in Peru. *Archaeology*, 28 (2), Philadelphia.

Kendall, Ann

1976 Preliminary report on the ceramic data and the pre-Inca architectural remains of the (lower) Urubamba Valley, Cuzco. Baessler Archiv, 24, Berlín.

Kent, Jonathan D.

1987 "Periodic aridity and prehispanic Titicaca Basin settlement patterns", en *Arid Land Use strategies and risk management in the Andes. A Regional Antrhopological Perspective*, editado por D.L. Browman, Boulder,Colorado, Westview Press.

Key, Mary Ritchie

1979 The Grouping of South American Indian Languages, Ars Linguistica. *Comentations analyticae et criticae*, 2, Tübingen, Günter Narr Verlag.

Kinzl, Hans

1968 "La glaciación actual y pleistocénica en los Andes Centrales", en *Geo-Ecology of the Mountainous Regions of the Tropical Americas*, editado por C. Troll, Colloquium Geographicum, 9, Bonn, Universität Bonn-F.Dümmlers Verlag, pp. 77-90.

Kirchhoff, Paul

1948 Patángoro and Amani. *Handbook of South American Indians*, 4, Smithsonian Institution, Washington, D.C.

Klein, Harriet E. Manelis, y Stark, Louisa R. (edts.)
1985 *South American Indian Languages, Retrospect und Prospect*, Austin, University of Texas Press.
Klepinger, Linda, khun , J.K., y Thomas Jr, j.
1977 Prehistoric Dental Calculus; Biological evidence for Coca in Early Costal Ecuador. *Nature*, 269, New York.
Klymyshyn, Alexandra M. Ulana
1976 Intermediate architecture, Chan Chan, Peru. PhD. Dissertation, Dpt. of Anthropology, Harvard University.
1980 "Inferencias sociales y funcionales de la arquitectura intermedia", en *Chanchán: Metrópoli Chimú*, editado por R. Ravines, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, pp. 250-256.
1982 "Elite compounds in Chan Chan", en: *Chan Chan: Andean Desert City*, editado por M. Moseley y K. Day, Santa Fe, University of New Mexico Press, pp.119-143.
Knapp, Gregory
1981 El nicho ecológico Llanura Húmeda en la economía prehistórica de los Andes de Altura: evidencias etnohistóricas, geográficas y arqueológicas. *Sarance*, 9 (1), Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo-Ecuador.
Knobloch, Patricia
1983 A Study of the Andean Huari Ceramics from the Early Intermediate Period to Middle Horizon Epoch I. PhD. Dissertation, Department of Anthropology, State University of New York, Binghamton.
1991 "Stilistic Date of Ceramics from the Huari Centers", en *Huari Administrative Structure. Prehistoric Monumental Architecture and State Government*, editado por W. Isbell y G.McEwan, Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection, pp. 247-258.
Kolata, Alan L.
1980 "Chanchán: crecimiento de una ciudad antigua", en *Chan Chan, Metrópoli Chimú*, editado por R. Ravines, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, pp. 130-154.
1986 The agricultural foundations of the Tiwanaku state: a view from the heartland. *American Antiquity*, 51.
1989 *La tecnología y organización de la producción agrícola en el estado de Tiwanaku.* Arqueología de Lukurmata, 2, La Paz, Instituto Nacional de Arqueología de Bolivia.
1991 The technology and organization of agricultural production in the Tiwanaku State. *Latin American Antiquity*, 2.
1993 *The Tiwanaku: Portrait of an Andean Civilization*, Cambridge-Mass, Blackwell Publishers.
Kolata, A.L., y Ortloff, C.
1989 Thermal analysis od Tiwanaku raised field systems in the Lake Titicaca basin of Bolivia. *Journal of Archaeological Science*, 16.
Kosok, Paul
1959 El valle de Lambayeque. *Actas del II Congreso Nacional de Historia del Perú*, Lima, 1958, vol.1, 49-67, Lima.
1965 *Life, land and water in ancient Peru*, New York, Long Island University Press.
Kostritsky, León
1963 Los mamíferos marinos de importancia económica. *Recursos naturales del Mar*, 23, Servicio de Pesquería del Ministerio de Agricultura-Facultad de Ciencias de la Universidad de San Marcos, Lima.

Krapovickas, Pedro
1968 "Subárea de la Puna argentina", en *Actas del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas*, Mar del Plata, 1966, II, Buenos Aires.
1973 Arqueología de Yavi Chico (Depto. Yavi, provincia de Jujuy, República Argentina). *Revista del Instituto de Antropología*, 4, Córdoba.
1980 Arqueología de Cerro Colorado (Depto. Yavi, provincia de Jujuy, República Argentina). *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, t. 2, La Plata.
Kroeber, Alfred Louis
1926 Archaeological Explorations in Peru. Part 1: Ancient Pottery from Trujillo. *Field Museum of Natural History Anthropology Memoir*, 2 (1), Chicago.
1944 Peruvian Archaeology in 1942. *Viking Fund Publications in Anthropology*, 4. New York.
Kubler, George A.
1948 "Toward absolute time: Guano Arcaheology", en *A Reappraisal of Peruvian Archaeology*, editado por W.C.Bennett. Memoirs of the Society for American Archaeology, 4, Menasha, Wis.
Kus, James S.
1974 Irrigation and urbanization in Pre-Hispanic Peru: The Moche Valley. *Yearbook. The Association of Pacific Coast Geographers*, 36, 4, Corvallis, Oregon.
1984 The Chicama-Moche canal: failure or success? An alternative explanation for an in complete canal. *American Antiquity*, 49(2).
Kutscher, Gerdt V.
1983 *Nordperuanische Gefässmalereien des Moche Stils*. Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 18. Kommission für Allgemeine und Vergleichende Archäologie des Deutschen Archäologischen Instituts, München, Verlag C.H.Beck.
Lagiglia, Humberto
1968 Secuencias culturales del Centro-oeste Argentino, Valle del Atuel y Diamante. Revista Científica de Investigaciones, 1(4), Museo Historia Natural de San Rafael, Mendoza.
1976 La cultura de Viluco del Centro-Oeste argentino. Actas y Memorias del IV Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Primera Parte, *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael*, Mendoza.
1979 "Dinámica cultural en el centro oeste y sus relaciones con áreas aledañas argentinas y chilenas", *en Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile, 1977*, Santiago, Editorial Kultrún.
Langebaek Rueda, Carl Henrick
1987 *Mercados, poblamiento e integración étnica entre los Muiscas, siglo XVI*, Bogotá, Banco de la República.
1992 *Noticias de Caciques muy Mayores. Origen y desarrollo de sociedades complejas en el nororiente de Colombia y Norte de Venezuela*, Santa Fé de Bogotá, Universidad de los Andes.
Lanning, Edward P.
1967 *Peru before the Incas, Spectrum Book*, Englewood Cliffs, NJ., Prentice-Hall, Inc.
1968 Archaeological Investigations on the Santa Elena Peninsula, Ecuador. Informe a la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Guayaquil. (Mnsc.)
Lapesa, Rafael
1985 *Historia de la lengua española*. Biblioteca Románica Hispánica III. Manuales 45, Madrid, Editorial Gredos (Novena Edición corregida y aumentada.).

Larco Hoyle, Rafael
1938-40 *Los Mochicas.* Vols. I y II, Lima, Casa Editora La Crónica y Variedades.
1941 *Los Cupisniques,* Lima, Casa Editora La Crónica y Variedades.
1944 "La escritura peruana pre-incana", en (sobretiro de) *El México Antiguo,* VI (7-8), México D.F., pp. 219- 238.
1948 *Cronología arqueológica del norte del Perú.* Biblioteca del Museo de Arqueología Rafael Larco Herrera, Buenos Aires, Sociedad Geográfica Americana.
Larraburre y Unanue, C.
1893 *Manuscritos y Publicaciones.* Historia y Arqueología, 2 tomos, Lima , 1941.
Lathrap, Donald W.
1968 "The 'Hunting' economies of the Tropical Forest zone of South America: An attempt at historical perspective", *en Man The Hunter. The first intensive survey of a single, crucial Stage of Human Development. Man's once Universal Hunting way of life,* editado por R.B.Lee y I. De Vore. Occasional Paper 21, New York, Aldine Publising Co., pp. 23-29.
1970 *The Upper Amazon,* London, Thames and Hudson.
1973 "Gifts of the Cayman: Some thoughts on the subsistence basis of Chavin", en *Variations in Anthropology,* editado por D.W.Lathrap y J.Douglas, Urbana, Illinois Archaeological Survey.
1973a The Antiquity and Importance of Long Distance Trade Relationships in the Moist Tropics of Pre-Columbian South America. *World Archaeology* 5(2).
1977 "Our Father the Cayman, our Mother the Gourd: Spinden revisited, or a unitary model for the emergence of agriculture in the New World", en *Origins of Agriculture,* editado por Ch. E. Reed, The Haye, Mouton, pp. 713-752.
Lathrap, Donald, Marcos, Jorge, y Zeidler, James
1977 Real Alto: An ancient ceremonial center. *Archaeology,* vol.30, 2.
Lavallée, C.Danièle, Julien, / Michèle, y Wheeler, Jane
1982 Telarmachay: niveles precerámicos de ocupación. *Revista del Museo Nacional* , 46, Museo Nacional de la Cultura, Lima.
Lavallée, D. , y Lumbreras, Luis G.
1985 *Les Andes: De la Prehistoire a les Incas,* Paris, Editions Galimard.
Lavallée, D., y otros
1995 *Telarmachay. Cazadores y pastores prehistóricos de los Andes.* Tomo I - II. Traducción de D. Pozzi-Escot, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos.
LeBlanc, Catherine J.
1981 Late Prehispanic Huanca Settlement Patterns in the Yanamarca Valley, Peru. Ph.D. dissertation, Anthropology Department, University of California al Los Angeles-University Microfilms, Ann Arbor.
LeCoq, P., y Paredes, R.
Proyecto arqueológico Potosí. Informe preliminar interno, Potosí. (Mnsc.)
Lee, Vincent R.
1988 The building of Sacsahuaman. *Ñawpa Pacha,* 24, Institute of Andean Studies, Berkeley.
Lees, S.H., y Bates, D.G.
1974 The origins of specialized nomadic pastoralism: a systematic model. *American Antiquity,* vol. 39, 2.
Legros, Thierry, Rodríguez, C., y Pauly, C.
Puerto Chacho, la céramique a degraissant des fibres vegetales et le formative du nord de la Colombie. (cit. por J.Marcos)(Mnsc.)

Lehnert, Roberto
1987 En torno a la lengua kunza. *Language Sciences*, 9 (1) Mitaka, Tokyo.
Levillier, Roberto
1918-22 *La Audiencia de Charcas, Correspondencia de Presidentes y Oidores*, 3 tomos, Colección de Publicaciones Históricas de la Biblioteca del Congreso Argentino. Madrid.
1940 *Don Francisco Toledo, Supremo organizador del Perú, Su vida y su obra (1515-1582). II, Sus informaciones sobre los Incas (1570-1572)*, Buenos Aires, Espasa-Calpe S.A.
1964 "Los incas y el quechua en el noroeste argentino", en *Homenaje a Fernando Márquez-Miranda arqueólogo e historiador*, Publicaciones del Seminario de Estudios Americanistas y el Seminario de Antropologia Americana, Madrid, Universidades de Madrid y Sevilla, pp. 242-283.
Lippi, Ronald D.
1983 "El redescubrimiento de los pueblos Yumbos", en *Nueva Historia del Ecuador*, vol. 2, editada por E. Ayala, Quito, Corporación Editora Nacional-Edit. Grijalbo, pp. 73-74.
1986 "La arqueología de los Yumbos", en *Arqueología y Etnohistoria del sur de Colombia y norte del Ecuador*, editado por J. Alcina y S. Moreno, Miscelánea Antropológica Ecuatoriana, 6, Banco Central del Ecuador y Ediciones Abya-Yala, pp. 189-207.
Lizondo Borda, Manuel
1938 *Tucumán indígena: diaguitas, lules y tonocotés, pueblos y lenguas (siglo XVI)*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, Departamento de Investigaciones Regionales, Instituto de Historia, Lingüística y Folklore II.
López Ocaña, Carlos, Brack Egg, Antonio, y Dourojeanni Ricordi, Marc
1982 Evaluación del impacto ecológico de la irrigación San Lorenzo (Piura, Perú). *Zonas Áridas*, 2. Centro de Investigaciones de Zonas Áridas, Universidad Nacional Agraria. Lima
Lorandi, Ana María, y Boixadós, Roxana
1989 Etnohistoria de los valles calchaquíes en los siglos XVI-XVII. *Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre*, 17-18 (1987-88), Instituto de Ciencias Antropológicas, Universidad de Buenos Aires.
Lorandi, Ana María, y Bunster, Cora Virginia
1989 Reflexiones sobre las categorías semáticas en las fuentes del Tucumán colonial. Los valles calchaquíes. *Runa, Archivo para las Ciencias del Hombre*, 17-18 (1987-88), Instituto de Ciencias Antropológicas, Universidad de Buenos Aires.
Loredo, Rafael
1942 *Alardes y derramas*, Lima, Imprenta Gil.
Loukotka, Cestmír
1968 *Classifications of South American Indian Languages*, editado por Johannes Wilbert, Reference Series 7, Los Ángeles, Latin American Center-University of California.
Lounsbury, Floyd G.
1986 "Some aspects of the Inka kinship system", en *Anthropological History of Andean Polities*, editado por J.V. Murra, N. Wachtel y J.Revel, Cambridge University Press.
Lugo, Bernardo de
[1619] *Gramatica en la lengva general del nvevo reyno, llamada Mosca*, Madrid, Bernardino de Guzmán [Facsimile: Ediciones Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, Madrid,1978].
Lumbreras, Luis Guillermo
1959 Sobre los Chancas. *Actas del II Congreso Nacional de Historia del Perú*, t.1: 211-242, Lima, Centro de Estudios Histórico-Militares y Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

1960 La Cultura de Wari, Ayacucho. *Etnología y Arqueología*, 1, Revista del Instituto de Etnología y Arqueología de la Universidad de San Marcos, Lima.
1961 Piedras del Estilo Wari en la Arquitectura Colonial de Ayacucho. *Anuario del Museo Histórico Regional*, 12, Ayacucho.
1974 Los reinos post-tiwanaku en el área altiplánica. *Revista del Museo Nacional*, T-XI, Lima.
1974a Informe de labores del proyecto Chavín. *Arqueológicas*, 15, Museo Nacional de Antropología y Arqueología, Lima
1975 *Las fundaciones de Huamanga. Hacia una Prehistoria de Ayacucho*, Lima, Publicación del Club Huamanga.
1977 Excavaciones en el templo antiguo de Chavín (sector R). Informne de la sexta campaña. *Ñawpa Pacha*, 15.
1980 "El Imperio Wari", en *Historia del Perú*, Tomo II: 9-91, Lima, Editorial Mejía Baca.
1981 *Arqueología de la América Andina*, Lima, Editorial Milla Batres.
1986 Childe y la tesis de la revolución urbana: La experiencia Central Andina. *Gens, Boletín de la Sociedad Venezolana de Arqueólogos*, 2(3-4), Caracas.
1989 *Chavín de Huantar en el Nacimiento de la Civilización Andina*, Lima, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos.
1989a "La aparición de las clases sociales, el Estado y la ciudad en los Andes Centrales", en *Homenaje a José Luis Lorenzo*, editado por L. Mirambell, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 347-363.
1993 Chavín de Huantar. Excavaciones en la Galería de las Ofrendas. *Materialen zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, 51, Mainz, Verlag Philipp von Zabern.
1996 Acerca de la aparición del Estado. *Boletín de Antropología Americana*, 29 [1994], Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.
En prensa. "Andean Urbanism and Statecraft, 550-1450 A.D.", en *The Cambridge History of the Native People of the Americas*, editado por F.Salomon and S. Schwartz.

Lumbreras, L.G., Mujica, Elías , y Vera, Rodolfo
1982 Cerro Baul: Un enclave Wari en territorio Tiwanaku. *Gaceta Arqueológica Andina*, 3, INDEA, Lima.

Lynch, Thomas F.
1973 La cosecha inoportuna, trashumancia y el proceso de domesticación. *Estudios Atacameños*, 3, Universidad del Norte.
1980 "Stratigraphy and chronology", en *Guitarrero Cave: Early Man in the Andes* , editado por T.F.Lynch, New York, Academic Press, pp. 29-43.
1992 La realidad del concepto paleoindio en contra de las protestas de MacNeish, Bryan y Gruhn. *Revista de Arqueología Americana*, 5.

Lynch, T. (edit.)
1980 *Guitarrero Cave: Early Man in the Andes*, New York, Academic Press.

Lynch, T., y Pollock
1980 "Chobshi Cave and its place in andean and Ecuadorian Archaeology", en *Anthropological Papers in Memory of E. Swanson Jr.*, editado por L.Hartman, C. Warren y D. Tuohy), Idaho, Museum of Natural History.

Lyon, Patricia Jean
1966 Innovation through archaism: the origins of the Ica pottery Style. *Ñawpa Pacha*, 4, Institute of Andean Studies, Berkeley.
1968 A redefinition of the Pinilla Style. *Ñawpa Pacha*, 6, Institute of Andean Studies, Berkeley.

Llagostera, Agustín
1989 Caza y pesca marítima (9000-1000 a.C.), en *Culturas de Chile, Prehistoria,* editado por J. Hidalgo, y otros, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, pp. 57-79.
1994 Ponencia presentada a la Mesa Redonda sobre Aguada. Museo Regional de Copiapó, Copiapó (citado por L. Núñez A.).
Llagostera, A., Barón, A.M., y Bravo, L.
1984 Investigaciones arqueológicas en Tulor-1. *Estudios Atacameños,* 7, Universidad del Norte, San Pedro de Atacama.
Llanos, Héctor
1981 *Los cacicazgos de Popayán a la llegada de los Conquistadores,* Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Banco de la República.
1988 *Arqueología de San Agustín. Pautas de asentamiento en el cañón del río Granates-Saladoblanco,* Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Banco de la República.
Llanos, H., y Durán, Anabella
1983 *Asentamientos Prehispánicos de Quinchana, San Agustín,* Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Banco de la República.
Mackey, Carol J.
1982 "The Middle Horizon as Viewed from the Moche Valley", en *Chan Chan: Andean Desert City,* editado por M. E. Moseley y K. Day, Albuquerque, University of New Mexico Press, pp. 321-331.
Macneish, Richard S.
1969 *First Annual Report of the Ayacucho Archaeological Botanical Project.* Robert S. Pea body Foundation for Archaeology, Phillips Academy- Andover, Mass.
1992 Pikimachay, Perú. Algunas correcciones al análisis de Lynch. *Revista de Arqueología Americana,* 5, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.
Madrazo, G.
1968 Alfarería pre Humahuaca en Tilcara. *Etnia 8,* Museo Municipal de Olavarría, Provincia de Buenos Aires, Olavarría.
Mannheim, Bruce
1991 *The Language of the Inka since the European Invasion,* Texas Linguistics Series, Austin, University of Texas Press.
Manzanilla, Linda
1992 *Akapana. Una pirámide en el centro del mundo,* México, Instituto de Investigaciones Antropológicas-Universidad Nacional Autónoma de México.
Marcos, Jorge
1977-78 Cruising to Acapulco and back with the Thorny Oyster Set: a model for linear exchange systems. *Journal of the Steward Anthropological Society,* 9 (1-2), Urbana, Illinois.
1980 Intercambio a larga distancia en América: el caso del Spondylus. *Boletín de Antropología Americana,* 1, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.
1982 Informe preliminar sobre el área ceremonial del Complejo Manteño-Huancavilca de la Loma de los Cangrejitos, valle de Chanduy, Ecuador. *El Arquitecto,* 6, Guayaquil.
1983 "El origen de la Agricultura", en *Nueva Historia del Ecuador,* vol. 1, editada por E. Ayala M., Quito, Corporación Editora Nacional y Grijalbo, pp. 129-180.
1986 "De ida y vuelta a Acapulco con los mercaderes de Mullu", en *Arqueología de la costa ecuatoriana, nuevos enfoques,* editado por J. Marcos, Biblioteca Ecuatoriana de Arqueología, 1, Quito, Corporación Editora Nacional.

1987 "Los campos elevados de la cuenca del Guayas, Ecuador: Proyecto Peñón del Río", en Pre-Hispanic Agricultural Fields in the Andean Region , editado por W. Denevan, K. Mathewson y G. Knapp, *Actas del 45º Congreso Internacional de Americanistas, Bogotá 1985*. B.A.R. International Series, 359, II, Great Britain.

1988 *Real Alto, la historia de un centro ceremoinial Valdivia.* Biblioteca Ecuatoriana de Arqueología, 4-5, Quito, Corporación Editora Nacional.

1992 "The Neolithic Revolution in the Northern Andean Humid Tropics, and the Rise of Civilizatrion: Patterns of Especialization at Real Alto", en *Model Building and Validation*, en New World Archaeology Papers in Honor of Donald W. Lathrap, American Anthropological Association 91st. Annual Meeting, San Francisco, Calif.

1993 Los agroalfareros Valdivia de Real Alto, en el Antiguo Ecuador: un modelo para la "Revolución Neolítica" en el Nuevo Mundo. *Gaceta Arqueológica Andina*, 23, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Lima.

Marcos, J.G., y García, Mariella

1988 "De la dualidad Fertilidad-Virilidad, a lo explícitamente femenino o masculino: La relación de las figurinas con los cambios de la organización social Valdivia", en *Real alto: La historia de un centro ceremonial Valdivia*, Apéndice II, Biblioteca Ecuatoriana de Arqueología, 5, Quito, Corporación Editora Nacional.

Marcus, Joyce

1987 *Late Intermediate Occupation at Cerro Azul, Peru*. Technical Report, 20, Ann Arbor,Museum of Anthropology-University of Michigan.

Markham, Clements R.

1926 *Las posesiones geográficas de las tribus que formaban el Imperio de los Incas.* Colección de Libros y Documentos para la Historia del Perú, serie 2, vol.7, Lima, Sanmartí S.A.

Martín, Eusebia Herminia

1969-70 Posibilidad de delimitación de las áreas del cacán. *Runa*, XII, partes 1-2, Buenos Aires.

Martínez, José Luis

1982 Una aproximación al concepto andino de autoridad, aplicado a los dirigentes étnicos durante el siglo XVI y principios del XVII. Tesis de Grado. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Martínez Compañón, Baltasar Jaime

[s.XVIII] *La obra del obispo Martínez Compañón sobre Trujillo del Perú en el siglo XVIII.* Facsimile, Tomo II, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, 1985.

Marx, Carlos

[1859] *Contribución a la Crítica de la Economía Política e Introducción General a la Crítica de la Economía Política.* Serie Juan Marinello, 1. México, Ediciones Quinto Sol, 1980.

Mason, Alden J.

1950 The languages of South American Indians. *Handbook of South American Indians*, editado por Julian H. Steward, 6, Smithsonian Institution, Bureau of American Etnology, Bulletin 143, Washington D.C.

1931-36 *Archaeology of Santa Marta: The Tairona Culture.* Part I e II. Anthropological Series, 20, Chicago, Field Museum of Natural History.

Matienzo, Juan de

[1567] *Gobierno del Perú*, editado por Guillermo Lohmann Villena, Travaux de l'Institut Français d'Etudes Andines, XI, Paris-Lima, 1967.

Matos Mendieta, Ramiro
1992 "El precerámico de Junín: Del lítico al formativo", en *Prehistoria Sudamericana. Nuevas perspectivas*, editado por B. Meggers, Washington, D.C., Taraxacum.
Matsutani, Akiko
1972 Spodographlc analysis of ash from Kotosh site. A preliminary report. Appendix III. *Andes*, 4, University of Tokyo Press, Tokyo.
Maxwell, Michael B. (comp)
1980 *Bibliografía del Instituto Lingüístico de Verano en el Ecuador 1955-1980*, 2da. edición (1ra. edición 1978), Quito.
McEwan, Gordon
1979 Principles of Wari Settlement Planning. Master's Thesis, University of Texas, Austin.
1991 "Investigations at the Pikillacta Site: A Provincial Huari Center in the Valley of Cuzco", en *Huari Adminis trative Structure*, editado por Isbell y McEwan, Washington, D.C., Dumbarton Oaks, pp. 93-119.
Meddens, Frank
1984 "Report on the Archaeology of the Chicha-Soras Valley in the southern highlands of Peru", en *Current Archaeological Projects in the Central Andes: Some Approaches and Results*, editado por A. Kendall), BAR International Series 210, Great Britain, pp. 133-151.
1989 "Implications of camelid management and textile produc-tion for Huari", en *The Nature of Huari*, editado por Czwarno, Meddens y Morgan, , BAR International Series 525, Great Britain, pp.146-166
1991 "A Provincial Perspective of Huari Organization Viewed fron the Chicha/Soras Valley", en *Huari Administrative Structure. Prehistoric Monumental Architecture and State Government*, editado por W. Isbell y G. McEwan, Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection, pp. 215-231.
Meggers, Betty J.
1966 *Ecuador*, London, Thames and Hudson.
1976 *Amazonía. Un paraiso ilusorio*, Siglo Veintiuno Editores.
Meggers, Betty J., Evans, Clifford, y Estrada, Emilio
1965 *Early Formative pottery of Coastal Ecuador: The Valdivia and Machalilla Phases*. Smithsonian Contributions to Anthropology, 1, Washington, D.C.
Meighan, C.W.
1979 "Archaeology of Guatacondo, Chile", en *Prehistoric trails of Atacama: Archaeology of Northern Chile*, editado por C.W. Meighan y D.L. True), Universidad de California.
Meltzer, David J.
1993 "Is there a Clovis adaptation?", en *From Kostenki to Clovis. Upper Paleolithic-Paleo Indian Adaptations*, editado por O. Soffer and N.D. Praslov, New York and London, Plenum Press, pp. 293-310.
Meltzer, D. , Adovasio, J.M. , y Ddillehay,T.
1994 On a Pleistocene Human occupation al Piedra Furada, Brazil. *Antiquity*, 68.
Menzel, Dorothy
1964 Style and Time in the Middle Horizon. *Ñawpa Pacha*, 1, Institute of Andean Studies, Berkeley, Calif.
1968 New Data on the Huari Empire in Middle Horizon Epoch 2A. *Ñawpa Pacha*, 6, Institute of Andean Studies, Berkeley, Calif.

Menzel, D., y Rowe, John H.
1965 The Role of Chincha in Late Pre-Spanish Peru. *Ñawpa Pacha*, 4, Institute of Andean Studies, Berkeley, Calif.
Mercier, Juan Marcos
1985 Tradiciones lingüísticas del Alto Napo. *Amazonía Peruana*, VI, 12, Lima.
Meyers, Albert
1989 "Análisis de la cerámica tosca", en *Excavaciones en Cochasquí, Ecuador. 1964-1965*, editado por U.Oberem y W. Wurster, Matrialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 42, KAVA, Mains am Rhein, verlag P. von Zabern, pp. 180-197.
Middendorf, Ernst W.
1892 *Das Muchik oder die Chimu-Sprache. Die einheimischen Sprachen Perus*, 6 Band, Leipzig, Brockhaus.
Miranda, Cristóbal de
[1583] "Relación hecha por el Virrey D. Martín Enríquez de los ofícios que se proveen en la gobernación de los reinos y provincias del Perú, 1583", en *Gobernantes del Perú, Cartas y Papeles, siglo XVI. IX, El Virrey Martín Enríquez, 1581-1583*, editado por Roberto Levillier, Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1925, pp.114-230.
Mitchel, William P.
1981 "La agricultura de riego en la sierra central de los Andes: Implicaciones para el desarrollo del Estado", en *Tecnología del Mundo Andino*, I, editado por H. Lechtman y A.M. Soldi, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 135-167.
Mogrovejo, Toribio Alfonso de
1593 Diario de la Segunda Visita Pastoral que hizo de su Arquidiócesis el Ilst. señor don Toribio Alfonso de Mogrovejo, Arzobispo de Los Reyes. Libro de Visitas, 1593. *Revista del Archivo Nacional del Perú*, tomo I: 49-81, 227-279 y 401-419; tomo II: 37-78 + 1 mapa, Lima, 1920-21.
Mohr-Chávez, Karen Lynne
1982 The Archaeology of Marcavalle, an Early Horizon site in the Valley of Cuzco, Peru. Part I. *Baessler-Archiv*, 28 -LIII Bd., 1980 (2), IberoAmerikanischen Institut, Berlín.
1983 The Archaeology of Marcavalle, an Early Horizon site in the Valley of Cuzco, Peru. Part II. *Baessler-Archiv*, 29 -LIV Bd., 1981 (1), Part III. (Heft 2), IberoAmerikanischen Institut, Berlín.
1988 The significance of Chiripa in Lake Titicaca basic developments. *Expedition*, vol 30 (3).
Molina, Cristóbal de
[1575] "Relación de las fábulas y ritos de los Incas", en *Fábulas y Mitos de los Incas*, editado por H. Urbano y P. Duviols, Madrid, Historia 16, 1989.
Montaño Aragón, Mario
1992 *Guía etnográfica lingüística de Bolivia. (Tribus del altiplano y valles, Primera parte)*, Tomo III, La Paz, Editorial Don Bosco.
Monsalve, José
1985 A pollen core from Hacienda Lusitania. *Pro-Calima*, 4, Basilea.
Mora, Santiago, Herrera, Leonor, y Cavelier, I.
1988 Períodos de Ocupación Humana en el Araracuaro. *Boletín del Museo del Oro*, 21, Museo del Oro del Banco de la República, Bogotá.
Moreno Yánez, Segundo
1983 "Formaciones políticas tribales y señoríos étnicos", en *Nueva Historia del Ecuador*, 2, Epoca Aborigen II, editado por E. Ayala, Quito, Coporación Editora Nacional, pp. 9-134.

Morris, Craig, y Thompson, Donald E.
1985 *Huánuco Pampa, An Inca City and its Hinterland*, London, Thames and Hudson.
Moseley, Michael E.
1975 *The maritime foundations of andean civilization*, Menlo Park, California, Cummings Publishing Company.
1975a Prehistoric principles of labor organization in the Moche Valley, Peru. *American Antiquity*, 40(2).
1992 *The Incas and their ancestors.The Archaeology of Peru*, New York, Thames and Hudson.
Moseley, M.E., y otros
1991 "Colonies and Conquest: Tiahuanaco and Huari en Moquegua", en *Huari Administrative Structure*, editado por W. Isbelland G.McEwan, Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection, pp. 121-140.
Moseley, Michael E., y Willey, Gordon R.
1973 Aspero. Peru: a reexamination of the site and its implications. *American Antiquity*, vol. 38(4).
Muelle, Jorge Clemente
1937 Filogenia de la Estela Raimondi. *Revista del Museo Nacional*, VI (1), Lima.
Mujica Barreda, Elías
1990 Pukara: une societé complexe ancienne du bassin septentrional du Titicaca. *Inca Perú: 3.000 años d'histoire*, Bruselas
Mujica B., Elías., Rivera, Mario R., y Lynch, Thomas F.
1983 Proyecto de estudio sobre la complementariedad económica Tiwanaku en los valles occidentales del centro-sur andino. *Chungara*, 11, Universidad de Tarapacá, Arica.
Müller, Jon D.
1968 A comment on Ford's Review of 'Early Formative Period of Ecuador'. *American Antiquity*, 33 (2).
Muñoz Ovalle, Iván
1981 La aldea de Cerro Sombrero en el Período de Desarrollo Regional de Arica. *Chungara*, 7, Universidad de Tarapacá, Arica.
1982a La Capilla 4: un asentamiento poblacional tardío en la costa de Arica. *Documentos de Trabajo*, 2, Universidad de Tarapacá, Arica.
1982b "Algunas consideraciones sobre el período de desarrollo regional de los valles bajos y costa de Arica", en *Actas del VIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena (Valdivia, 1979)*, Santiago, Ediciones Kultrún, pp. 117-128.
1986 Aportes a la reconstitución histórica del poblamiento aldeano en el valle de Azapa (Arica, Chile). *Chungara*, 16-17, Universidad de Tarapacá, Arica.
1989 "El período Formativo en el Norte Grande", en *Culturas de Chile, Prehistoria*, editado por J. Hidalgo, y otros, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, pp. 107-128.
Muñoz Ovalle, Iván, y Chacama, Juan
1993 "Patrón de asentamiento y cronología de Acha-2", en *Acha-2 y los Orígenes del Poblamiento Humano en Arica*, editado por I.Muñoz, y otros, Aric, Ediciones Universidad de Tarapacá, pp. 21-46.
Muñoz O. Iván, y Santos, M.
1994 La Waka de Atoca ¿Alfarería Wari en Arica? Resumen de ponencia. XIII Congreso Nacional de Arqueología, Antofagasta.
Murra, John V.
1956 The Economic Organization of the Inca State. PhD Thesis, Department of Anthropology, University of Chicago.

1960 "Rite and crop in the Inca State", en *Culture in History: Essays in Honor of Paul Radin*, editado por S. Diamond, New York, Brandeis Univeristy-Columbia University Press.

1964 "Una apreciación etnológica de la visita", en *Visita hecha a la Provincia de Chucuito en 1567, por Garci Diez de San Miguel*, Lima, Casa de la Cultura del Perú.

1968 An Aymara Kingdom in 1567. *Ethnohistory*, 15(2).

1972 "El 'Control Vertical' de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas", en *Visita de la Provincia de León de Huánuco,1582, por Iñigo Ortiz de Zúñiga*, II, Huánuco-Perú, Universidad Nacional Hermilio Valdizán, pp.427-476.

1975. Formaciones económicas y políticas del mundo andino, Lima: IEP, Instituto de Estudios
Peruanos.

1985 "'El archipiélago vertical' revisited", en *Andean Ecology and Civilization*, editado por S. Masuda, I. Shimada y Craig Morris, Tokyo, University of Tokyo Press, pp.3-13.

Murúa, Martín de

[1615] *Historia del origen y genealogía real de los Reyes Incas del Perú*, editado por Constantino Bayle, S.J. Biblioteca Missionalia Hispánica, II, Madrid, Instituto Santo Toribio de Mogrovejo-Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1946. (Edición de 1962-64, por Manuel Ballesteros-Gaibrois, Bibliotheca Americana Vetus, I. Colección Joyas Bibliográficas, I-II. Madrid).

Myers, Thomas P.

1992 Agricultural limitathions of the Amazon in the theory and practice. The Humid Tropics.*World Archaeology*, 24(1).

Nami, Hugo G.

1995 Archaeological Research in the argentinian Rio Chico Basin. *Current Anthropology*, 36 (4).

Nardi, Ricardo L.J.

1962 El quichua de Catamarca y La Rioja. *Cuadernos del Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas*, Buenos Aires.

Navarro, X., y otros

1994 Una aproximación a la Cultura Vergel a partir de un contexto arqueológico extraordinario del sector de Alboyanco, IX Región, Chile. Resumen de ponencia, XIII Congreso Nacional de Arqueología, Antofagasta.

Neira Avendaño, Máximo y Coelho, Vera Penteado

1972-73 Enterramentos de cabezas de la cultura Nasca. *Revista do Museu Paulista*, n.s., 20, São Paulo.

Netherly, Patricia J.

1984 The management of late Andean irrigation systems on the North Coast of Peru. *American Antiquity*, 49, Washington.

Nials, F.L., y otros

1979 El Niño: the catastrophic flooding of coastal Peru. *Field Museum of Natural History Bulletin*, 50(7) y 50(8).

Nielsen, A.

1989 Ocupación indígena del territorio Humahuaca oriental durante los periodos de desarrollos regionales e inca. Tesis Doctoral, Universidad Nacional de Córdoba.

Niemeyer Fernández, Hans

1989 "El escenario geográfico", en *Culturas de Chile, Prehistoria*, editado por J. Hidalgo, y otros, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, pp. 1-12.

1994a Pasos cordilleranos y contactos entre los pueblos del Norte Chico de Chile y el Noroeste Argentino. *La Cordillera de los Andes: ruta de encuentros*, Santiago de Chile, Museo Chileno de Arte Precolombino.

1994b Los túmulos de la Puerta A. *Resúmenes de ponencias. XIII Congreso Nacional de Arqueología, Antofagasta.*

Niemeyer, H., Castillo, G., y Cervellino, M.

1989 "Los primeros ceramistas del Norte Chico: Complejo El Molle", en *Culturas de Chile, Prehistoria*, editado por J. Hidalgo, y otros, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, pp. 227-263.

Niemeyer H., y Cervellino, M.

1982 Cementerio de túmulos El Torín (cuenca alta del río Copiapó), región de Atacama. *Resúmenes de Trabajos, IX Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, La Serena.

Niles, Susan Allee

1987 Callachaca. *Style and Status in an Inca Community*, University of Iowa Press.

1988 Looking for "lost" Inca palaces. *Expedition*, 30 (3).

1993 "The Provinces in the Heartland: Stilistic Variations and Architectural Innovation near Inca Cuzco", en *Provincial Inca*, editado por M.A.Malpass, University of Iowa Press, pp. 145-176.

En prensa. Moya place or yours? Inca provate ownership of pleasant places. *Ñawpa Pacha*, 25-27.

Núñez Atencio, Lautaro

1969 Sobre los complejos culturales Chinchorro y Faldas del Morro del Norte de Chile. Actas del IV Congreso Nacional de Arqueología-1967, *Rehue*, 2, Instituto de Antropología, Universidad de Concepción.

1972 Sobre el comienzo de la agricultura prehistórica en el norte de Chile. *Pumapunku*, 4 , Instituto de Cultura Aymara de la Municipalidad de La Paz, Bolivia.

1981 Asentamiento de cazadores recolectores tardíos de la Puna de Atacama: hacia el sedentarismo. *Chungara*, 8, Arica.

1983 *Paleoindio y arcaico en Chile: diversidad, secuencia y procesos*, México, Ediciones Cuicuilco.

1984 Pircas: Ocupación temprana en el norte de Chile. *Gaceta Arqueológica Andina*, 2 (1), Lima.

1989a "Los primeros pobladores (20.000 a 90000 a.C.)", en *Culturas de Chile, Prehistoria*, editado por J. Hidalgo, y otros, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, pp. 13-31.

1989b "Hacia la producción de alimentos y la vida sedentaria (5000 a.C. a 900 d.C.)", en *Culturas de Chile, Prehistoria*, editado por J. Hidalgo, y otros, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, pp. 81-105.

1992a "Emergencia de complejidad y arquitectura jerarquizada en la Puna de Atacama: las evidencias del sitio Tulán-54", en *Taller de Costa a Selva*, editado por M.E. Albeck, Interdisciplinario Tilcara, Universidad de Buenos Aires, pp. 85-115.

1992b "Ocupación arcaica en la Puna de Atacama: secuencia, movilidad y cambio", en *Prehistoria Sudamericana. Nuevas Perspectivas*, editado por Betty J. Meggers, Washington, Taraxacum, pp. 283-307.

1994 Cruzando la cordillera por el norte: señoríos, caravanas y alianzas. *La Cordillera de los Andes*: ruta de encuentros, Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago de Chile.

Núñez A., L., y Dillehay, T.

1979 *Movilidad Giratoria : Armonía Social y Desarrollo en los Andes Meridionales*, Antofagasta, Universidad del Norte.

Núñez, A.,L., y Moragas Wachtendorff, Cora
1975 Una ocupación con cerámica temprana en la secuencia del distrito de Cañamo (costa desértica del norte de Chile). *Estudios Atacameños*, 5, Museo de Arqueología-Universidad del Norte, San Pedro de Atacama.
1977-78 Ocupación arcaica temprana en Tiliviche, norte de Chile (I Región). *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena*, 16, La Serena, Chile.
Núñez A., L., y Varela, Juan
1968 Sobre los recursos de agua y el poblamiento prehispánico de la costa del Norte Grande de Chile. *Estudios Arqueológicos*, 3-4, Universidad de Chile, Antofagasta.
Núñez, L., Zlatar, V., y Núñez, P.
1975 *Relaciones prehistóricas trasandinas entre N.O. Argentino y Norte Chileno (Periodo Cerámico)*. Serie Documentos de Trabajo, 6, Antofagasta, Universidad Antofagasta.
Núñez, Patricio, y Zlatar Montan, Vjera
1978 "Tiliviche-1b y Aragón-1 (estrato -V): dos comunidades precerámicas coexistentes en Pampa del Tamarugal, Pisagua-Norte de Chile", *en III Congreso Peruano. El Hombre y la Cultura Andina* , editado por R. Matos M., Lima.
Núñez Regueiro, V.
1974 Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del noroeste Argentino. *Revista del Instituto de Antropología*, 5, Córdoba.
Oakland, A.
1985 Tiwanaku textile style from the south central andes. PhD Tesis, University of Texas, Austin.
Oberem, Udo
1969 La fortaleza de montaña de Quitoloma en la sierra septentrional del Ecuador. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, 114, Quito.
1970 Montículos funerarios con pozo en Cochasquí. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, 116, Quito.
1971 Los Quijos. Historia de la transculturación de un grupo indígena en el Oriente Ecuatoriano. *Memorias del Departamento de Antropología y Etnología de América*, 2 vols, Madrid, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid.
1976 El acceso a recursos naturales de diferentes ecologías en la sierra ecuatoriana (s. XVI). *Actas del XLII Congrés International de Américanistes, Paris, set.1976*, vol. IV, Paris, 1978.
1981 Los Caranquis de la Sierra Norte del Ecuador y su incorporación al Tahuantinsuyu, en *Contribución a la Etnohistoria Ecuatoriana*, editado por S. Moreno y U.Oberem, Colección Pendoneros, 20, Otavalo, Instituto Otavaleño de Antropología, pp. 73-121.
1989 "Cochasquí en el siglo XVI: Unas notas etnohistóricas", en *Excavaciones en Cochasquí, Ecuador. 1964-1965*, editado U.Oberem y W. Wurster, Matrialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 42, KAVA, Mains am Rhein, Verlag P. von Zabern, pp. 5-10.
Oberem, Udo, y Wurster, Wolfgang (eds.)
1989 *Excavaciones en Cochasquí, Ecuador. 1964-65*. Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 42. KAVA, Mainz am Rheim, Verlag Philipp von Zabern.
Oblitas Poblete, Enrique
1968 *La lengua secreta de los Incas*, La Paz, Editorial "Los Amigos del Libro".
Olivera, D.E.
1991 El formativo en Antofagasta de la sierra (Puna Meridional Argentina): análisis de sus posibles relaciones con contextos arqueológicos agroalfareros tempranos del Noroeste Argentino y Norte de Chile. *Actas XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, II, Santiago de Chile.

Onuki, Yoshio
1994 "Las actividades ceremoniales tempranas en la cuenca del Alto Huallaga y algunos problemas generales", en *El mundo Ceremonial Andino*, compilado por L.Millones y Y. Onuki, Lima, Editorial Horizonte, pp. 71-95.
Oquiche, A., y Cardona, H.
1994 La fase Socabaya, una tradición pukara en el Valle de Arequipa. *Resumen de ponencia. XIII Congreso de Arqueología Chilena*, Antofagasta.
Ore, Ludovicvs Hieronymus de
1607 *Ritvale, sev manuale peruanum...* , Neapoli, Io. Iacobum Carlinum & Constatium Vitalem.
Oroz, Rodolfo
1962 La evangelización de Chile, sus problemas lingüísticos y la política idiomática de la Corona en el siglo XVI. *Boletín de la Academia Chilena de Historia*, 24, Santiago de Chile.
Ortega Ricaurte, Carmen
1978 *Los estudios sobre lenguas indígenas de Colombia. Notas históricas y bibliografía.* Serie Bibliográfica XIII, Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo.
Ortiz de Zúñiga, Íñigo
[1562] *Visita de la Provincia de León de Huánuco en 1562. I, Visita de las cuatro waranqa de los Chupacho*, editado por J.V. Murra, Huánuco, Universidad Nacional Hermilio Valdizán, 1967.
[1562a] *Visita de la Provincia de León de Huánuco en 1562. II, Visita de los Yacha y Mitmaqkuna cuzqueños encomendados en Juan Sanchez Falcón*, editado por J.V. Murra, Huánuco, Universidad Nacional Hermilio Valdizán, 1972.
Ortiz-Troncoso, Omar
1989a "Los cazadores de Tierra del Fuego", en *Culturas de Chile, Prehistoria*, editado por J. Hidalgo, y otros, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, pp. 349-366.
1989b "Ancestros de los pescadores australes", en *Culturas de Chile, Prehistoria*, editado por J. Hidalgo, y otros, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, pp. 367-379.
Ortloff, C.R.
1981 "La Ingeniería Hidráulica Chimú", en *La Tecnología en el Mundo Andino*, 1, selec. y prepar. H. Lechtman y A.M. Soldi, Inst. de Invest. Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.
Ortloff, Charles R., y Kolata, Alan L.
1993 Climate and Collapse: Agro-Ecological Perspectives on the Decline of the Tiwanaku. State. *Journal of Archaeological Science*, 20, Academic Press, New York.
Ostler, Nicholas
1994 "Syntactic typology of Muisca -a sketch", in *Language in the Andes*, editado por Peter Cole, Gabriella Hermon y Mario Daniel Martin, Occasional Monographs in Latin American Studies , 4, Newark-Delaware, University of Delaware, Latin American Studies Program, pp. 205-230.
Otonello, María Marta, y Lorandi, Ana María
1987 *Introducción a la arqueología y etnología, diez mil años de historia argentina*, Buenos Aires, Editorial Universitaria.
Oyuela Caycedo, Augusto
1987 "Aspectos culturales de las secuencias locales y regionales en los Tairona", en *Chiefdoms in the Americas*, editado por R.Drennan y C. Uribe, Lanham, University of America Press, pp. 213-228.

1988 Dos sitios arqueológicos con desgrasante de fibra vegetal en la serranía de San Jacinto. *Boletín de Arqueología*, 2, Bogotá.

1990 "Las redes de caminos prehispánicos en la Sierra Nevada de Santa Marta", en *Ingenierías Prehispánicas*, Bogotá, Fondo FEN Colombia, Instituto Colombiano de Antropología-Colcultura.

Pachacuti Yamqui Salcamaygua, Joan de Santa Cruz

[1613] *Relación de las Antigüedades deste reyno del Pirú*, editado por P. Duviols y C. Itier, Cusco, Institut Français d'Etudes Andines y Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas, 1993.

Parenti, Fabio, Fontugue, Michel, y Guérin, Claude

1996 Pedra Furada in Brazil and its presumed evidence: limitations and potential of the availablc data. *Antiquity*, 70(268).

Park, Marinell, Weber, Nancy, y Cenepo S., Víctor

1976 *Diccionario Quechua San Martín*, Lima, IEP-Ministerio de Educación.

Parker, Gary J.

1969-71 Comparative Quechua phonology and grammar, *Working Papers in Linguistics* (1) Classification: VI, I, 1969, pp.65-87; (2) Proto-Quechua phonology and morphology: no, 2, 1969, pp.123-147; (3) Proto-Quechua lexicon: no.4,1969, 61 pp.; (4) The evolution of Quechua A: no.9, 1969, pp. 149-204; Corrigenda et addenda to chapters 1-4: vol. 2, no.2, 1970, pp.157-162; (5) The evolution of Quechua B: vol.3, no.3 ,1971, 65 pp. (Mimeografiado.) University of Hawaii, Honolulu.

Parker, Gary, y Chávez, Amancio

1976 *Diccionario Quechua Ancash-Huailas*, Lima, IEP-Ministerio de Educación.

1968 Bosquejo de una teoría de la evolución del Quechua. *Interamerican Symposium on Linguistics*, México.

Parsons, James

1970 Los campos de cultivo prehispánicos en el bajo San Jorge. *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, 48, Bogotá.

Parsons, J., y Bowen, W.A.

1966 Ancient Ridged Fields of the San Jorge River Flood Plain, Colombia. *Geographical Review*, 56.

Parsons, James, y Schlemon, Joy

1987 "Mapping and Dating the Prehistoric Raised Fields of the Guayas Basin, Ecuador", en *Pre-Hispanic Agricultural Fields in the Andean Region*, editado por W. Denevan, K. Mathewson y G. Knapp, Actas del 45º Congreso Internacional de Americanistas, Bogotá 1985, B.A.R. International Series, 359, II, Great Britain, pp. 207-216.

Parsons, Jeoffrey R.

1978 El complejo hidráulico de Tunanmarca: canales, acueductos y reservorios. *Actas y Trabajos del III Congreso Peruano del Hombre y la Cultura Andina*, 2, Lima.

Parsons, J., y Hastings, Charles M.

1988 "The Late Intermediate Period", en *Peruvian Prehistory*, editado por R. W. Keatinge, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 190-229.

Pärssinen, Martti

1992 *Tawantinsuyu: The Inca State and its Political Organization*, Studia Historica, 43, Helsinki., Societas Historica Finlandiae.

Patterson, Thomas Carl

1966 Pattern and process in the Early Intermediate Period pottery of the Central Coast of Peru. *University of California Publications in Anthropology*, 3, University of California Press, Berkeley and Los Ángeles.

1985 "The huaca La Florida, Rimac Valley, Peru", en *Early Ceremonial Architechture in the Andes*, editado por Ch. Donnan, Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection, pp. 59-70.

Patterson, T.C., McCarthy, John, y Dunn, Robert

1982 Polities in the Lurin Valley, Peru, during the Early Intermediate Period. *Ñawpa Pacha*, 6, Institute of Andean Studies, Berkeley, Calif.

Patiño Castaño, D.

1988 *Asentamientos prehispánicos en la costa Pacífica caucana*, Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológicas del Banco de la República.

1993 Arqueología del Bajo Patí, fases y correlaciones en la costa Pacífica de Colombia y Ecuador. *Latin American Antiquity*, 4 (2).

Paulsen, Allison Clement

1976 Environment and Empire: Climatic Factors in Prehistoric Andean Culture Change. *World Archaeology*, 8.

Paz y Miño, Luis T.

1940-42 Lenguas indígenas del Ecuador, *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, I, La lengua pasto: XX , 56 (1940); II, La lengua kára: vol. XXI,.57, (1941); III, La lengua kito o panzaleo: vol. XXI, 58 (1941); IV, La lengua puruhuay: vol. XXII, 59 (1942), Quito.

1961 Las agrupaciones y lenguas indígenas del Ecuador, en 1500 y 1959, *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, XLIII, 97, Quito.

Paz Ponce de León, Sancho

[1582] Relación y descripción de los pueblos del partido de Otavalo. *Relaciones Geográficas de Indias*, 2, Madrid, Ediciones Atlas, 1965.

Pearsall, Deborah M.

1986 "La circulación primitiva del maíz entre Mesoamérica y Sudamérica", en *Arqueología de la Costa Ecuatoriana*, 1, editado por J.Marcos, Quito, ESPOL y Corporación Editora Nacional, pp. 231-258

1988 *La producción de alimentos en Real Alto*. Biblioteca Ecuatoriana de Arqueología, 2, Quito, ESPOL y Corporación Editora Nacional.

1989 *Paleoethmobotany: a Handbook of Procedures*, San Diego, Academic Press. Interdisciplinary research in archaeology: the perspective from paleobotany. Ponencia presentada en la 55a reunión anual de la Society for American Archaeology, New Orleans. (Mnsc)

Pearsall, D.M., y Piperno, Dolores, R.

1990 Summary and reevaluation of the evidence. *American Antiquity*, 55 (2).

Pease G.Y., Franklin

1973 *El Dios Creador Andino*, Lima, Mosca Azul Editores.

Pereira, D., y otros

1992 *Conchupata. Un panteón formativo temprano en el valle de Mizque*. Cuadernos de Investigación, 7, Cochabamba, Instituto de Investigaciones Antropológicas- Museo Arqueológico Cochabamba-Universidad Mayor de San Simón.

Pérez, José Antonio

1991 La cultura de la Aguada vista desde el valle de Ambato. *Arqueología*, 46, *Arqueología del Ambato*, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

1994 *2.000 años de arte precolombino de Argentina*, Buenos Aires.

Pérez, J. A., y Gordillo, I.

1993 Religión y alucinógenos en el antiguo noroeste argentino. *Ciencia Hoy*, vol. 4, 22, Buenos Aires.

Pérez Bocanegra, Juan
1631 *Ritval formvlario e institvcion de cvras*, Lima, Geronymo de Contreras.
Pineda Quevedo, José
1989 *Patrones de Asentamiento pre-hispánicos en el valle de Condebamba*, Lima, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, CONCYTEC.
Piperno, Dolores R.
1988 *Phytolith Analysis: An Archaeological and Geological Perspective*, San Diego, Academic Press.
1988a *"Primer Informe sobre los fitolitos de las plantas del sitio OGSE-80 y la evidencia del cultivo del maíz en el Ecuador", en La Prehistoria Temprana de la Península de Santa Elena, Ecuador: Cultura Las Vegas*, editado por K.Stothert, Miscelánea Antropológica Ecuatoriana, Serie Monográfica, 10, Guayaquil: Museos del Banco Central del Ecuador., pp. 203-214.
1990 Aboriginal Agriculture and Land Usage in the Amazon Basin, Ecuador. *Journal of Archaeological Science*, 17.
Piperno, D. R., y Hossur, Karen HOSSUN
1986 "Early Plant use and cultivation in the Santa Marta Basin, Panamá: Data from Phytoliths and Pollen", en *Recent Developments in Ithsmian Archaeology*, editado por F. Lange, B.A.R. International Series, 212, Oxford, G.B, pp. 85-122.
Plaza Schuler, Fernando
1976 *La incursión Inca en el Septentrión Andino ecuatoriano*. Serie Arqueológica, Otavalo-Ecuador, Instituto Otavaleño de Antropología.
Plazas, Clemencia
1977-78 Orfebrería prehistórica del altiplano Nariñense, Colombia. *Revista Colombiana de Antropología*, XXI, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá.
Plazas, Clemencia, y Falchetti, Ana María
1981 *Asentamientos Prehispánicos en el Bajo Río San Jorge*, Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales-Banco de la República.
1987 "Poblamiento y adecuación hidráulica en el bajo río San Jorge, Costa Atlántica colombiana", en *Prehispanic Agricultural Fields in Andean Region*, Part 1 (Proceedings, 45 Congreso Internacional de Americanistas, Bogotá 1985, editado por W. Denevan, K. Mathewson y G. Knapp), BAR International Series, 359, Oxford, pp. 483-503.
1990 "Manejo hidráulico Zenú", en *Ingenierías Prehispánicas*, Bogotá, Fondo FEN Colombia-Instituto Colombiano de Antropología, pp. 151-171.
Plazas, C., y otros
1988 Cambios ambientales y desarrollo cultural en el bajo río San Jorge. *Boletín del Museo de Oro*, 20, Banco de la República, Bogotá.
Polo de Ondegardo, Juan
[1561] Informe al Licenciado Briviesca de Muñatones sobre la perpetuidad de las encomiendas del Perú. *Revista Histórica*, 13, Lima, 1940.
[1571] "Relación de los fundamentos acerca del notable daño que resulta de no guardar á los indios sus fueron, Junio 26 de 1571", en *Colección de Documentos Inéditos, relativos al Descubrimiento, Conquista y Organización de las Antiguas Posesiones Españolas de América, Oceanía y muy especialmente de Indias*, editado por Luis Torres de Mendoza, XVII, Madrid, Imprenta del Hospicio, 1872, pp. 1-177.
Ponce Sanjines, Carlos
1957 "La cerámica de Mollo", en *Arqueología Boliviana*, editado por C.Ponce S. Biblioteca Paceña, La Paz, Alcaldía Municipal, pp. 13-117.
1970 *Wankarani y Chiripa y su relación con Tiwanaku*, La Paz, Academia Nacional de Ciencias de Bolivia.

1978 *Panorama de la Arqueología Boliviana*, La Paz, Instituto Nacional de Arqueología.

Ponce Sanjines, C., y otros

1971 *Procedencia de las areniscas utilizadas en el templo precolombino de Pumapunku, Tiwanaku*, La Paz, Academia Nacional de Ciencias de Bolivia.

Pollard, G.C.

1971 Cultural change and adaptation in the Central Atacama Desert of Northern Chile. *Ñawpa Pacha*, 9, Berkeley.

Porras, Pedro I.

1975 *Fase Cosanga*, Quito, Centro de Publicaciones de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

1975a Fase Pastaza. *Arqueología* (Número Monográfico), 10, Pontiticia Universidad Católica del Ecuador, Quito.

Porrut, P.

1983 *Los climas del Ecuador*. Documentos de Investigación, 4, Quito, Centro Ecuatoriano de Investigación Geográfica.

Porterie-Gutiérrez, Liliane

1990 Documentos para el estudio de la lengua chipaya. *Amérindia*, 15, Paris.

Posnansky, Arturo

1934 Los Urus o Uchumi. *Actas y Trabajos Científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas, La Plata 1932*, I, Buenos Aires (Kraus Reprint, Nendeln, Liechtenstein, 1968).

Pozorsky, Shelia Griffis

1987 "Theocracy vs. militarism: the significance of the Casma Valley in understanding early state formation", en *The Origins and Development of the State in the Andes*, editado por J. Haas, S. Pozorski y T. Pozorski, Cambridge University Press, pp. 15-30.

Pozorsky, Thomas G.

1980 "Las Avispas: plataforma funeraria", en *Chanchán: Metrópoli Chimú*, editado por R. Ravines, Lima, Instituto e Estudios Peruanos, pp. 231-242.

Pozorsky, Shelia, y Pozorsky, Thomas G.

1977 Alto Salavery, sitio precerámico de la Costa peruana. *Revista del Museo Nacional*, tomo XLIII, Lima.

1987 *Early Settlement and subsistence in the Casma Valley, Peru*, Iowa City, University of Iowa Press.

1990 Reexamining the critical preceramic/ceramic period transition: new data from coastal Peru. *American Anthropologist*, 92(2).

1992 Resultados preliminares del reconocimiento y excavacion de sitios tempranos en el valle de Casma: 1980-1987. *Boletín de Lima*, 80.

Pozorsky, Thomas G., y Pozorsky, Shelia

1990 Huaynuná, a late cotton preceramic site on the north coast of Peru. *Journal of Field Archaeology*, 17(1).

1994 "Sociedades complejas tempranas y el universo ceremonial", en *El mundo ceremonial andino*, editado por L. Millones y Y. Onuki, Lima, Editorial Horizonte, pp. 47-70.

Pozzi-Escot, Denisse, y Cardosa, Carmen Rosa

1986 *El consumo de camélidos entre el Formativo y Wari en Ayacucho*, Ayacucho, Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga e Instituto Andino de Estudios Arqueológicos.

Prescott, William Hickling
1921 *History of the Conquest of Peru*, London, E.P. Dutton and Co. (Hay varias ediciones en castellano).
Protzen, Jean-Pierre
1993 *Inca Architecture and Construction at Ollantaitambo*, New York, Oxford University Press.
Proulx, Donald A.
1973 *Archaeological Investigations in the Nepeña Valley, Peru*. Department of Anthropology, Research Project No.13, University of Massachussetts, Amherst.
1982 Territoriality in the Early Intermediate Period: the case of Moche and Recuay. *Ñawpa Pacha*, 20, Institute of Andean Studies, Berkeley.
Quesada, C. Felix
1976 *Diccionario Quechua Cajamarca-cañaris, Gramática Quechua Cajamarca-Cañaris*, Lima, IEP-Ministerio de Educación.
Quilter, Jeoffrey
1985 Architecture and chronology at El Paraíso, Peru. *Journal of Field Archaeology*, 12.
1989 *Life and death at Paloma soc iety and mortuary ptractices in preceramic Peruvian Village*, University of Iowa Press.
Quipucamayos (Collapiña y otros Quipucamayos)
[1542] *Relación de la descendencia , gobierno y conquista de los Incas*, Prólogo de Juan José Vega, Lima, 1974
Quiroz, Z, D., y otros
1977 Patrones de asentamientos, secuencia cronológica y estrategias adaptativas en Isla Mocha. *Resumen de Ponencias. XIII Congreso de Arqueología Nacional*, Antofagasta.
Raffino, R.
1977 Las aldeas del formativo inferior de la Quebrada del Toro (Salta, Argentina). *Estudios Atacameños*, 5, Universidad del Norte, San Pedro de Atacama.
Ramírez-Horton, Susan
1982 "Retainers of the Lords or Merchants: A case of mistaken identity", en *El hombre y su ambiente en los Andes Centrales*, editado por L. Millones y H. Tomoeda, Senri Ethnological Studies,10, Osaka, National Museum of Ethnology, pp. 123-136
Ramírez Valverde, María
1970 Visita a Pocona, 1557. *Historia y Cultura*, 4, Lima, Museo Nacional de Historia.
Ramos Gavilán, Alonso
[1621] *Historia del Santuario de Nuestra Señora de Copacabana*, editado por Ignacio Prado Pastor, Lima, 1988.
Ranere, Anthony J., y Cooke, Richard G.
1995 "Evidencias de ocupación humana en Panamá a postrimerías del Pleistoceno y a comienzos del Holoceno", en *Ámbito y ocupaciones tempranas de la América tropical*, editado por I. Cavelier y S. Mora, Santafé de Bogotá, Fundación Erigale-Instituto Colombiano de Antropología.
Ravines, Rogger
1968 Un depósito de ofrendas del Horizonte Medio en la sierra central del Perú. *Ñawpa Pacha*, 6, Instiulte of Andean Studies, Berkeley.
1977 Excavaciones en Ayapata, Huancavelica, Perú. *Ñawpa Pacha*, 15, Instiulte of Andean Studies, Berkeley.
1985 "Early monumental architecture of the Jequetepeque valley, Peru", en *Early Ceremonial Architecture in the Andes*, editado por C .B. Donnan, Washington, D.C., Dumbarton Oaks, pp. 209-226.

Ravines, Rogger, y Ávalos de Matos, Rosalía
1988 *Atlas etnolinguístico del Perú*, Lima, Instituto Andino de Artes Populares del Convenio Andrés Bello, Comisión Nacional del Perú.
Raymond, Scott, Marcos, Jorge, y Lathrap, Donald
1980 Evidence of Early Formative Settlement in the Guayas Basin, Ecuador. *Current Anthropology*, 21 (5).
Rees, C., Seelenfreund, A, y Westfall, C
1993 Arqueología del río Maule. *Gaceta Arqueológica Andina*, 10, Lima.
Reiche, María
1993 *Contribuciones a la Geometría y Astronomía en el Antiguo Perú*, Lima, Epígrafe Editores S.A.
Reichel-Dolmatoff, Gerardo
1951 *Datos histórico-culturales sobre las tribus de la antigua gobernación de Santa Marta*, Bogotá, Instituto Etnológico de Magdalena, Santa Marta.
1953 *Contactos y Cambios Culturales en la Sierra Nevada de Santa Marta*, Bogotá, Imprenta Editorial Antares.
1954 Investigaciones Arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta. *Revista Colombiana de Antropología*, Partes I y II, 2: 145-206, Parte III: 3: 139-170, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.
1958 Recientes investigaciones arqueológicas en el norte de Colombia. *Miscelánea Paul Rivet*, México.
1961 The Agricultural Basis of the Sub-Andean Chiefdoms of Colombia. *Anthropologica Supplement 2, The Evolution of Horticultural Systems in Native South America: Causes and Consequences* - A Symposium. (Las bases agrícolas de los cacicazgos subandinos de Colombia. Estudios Antropológicos, Biblioteca Básica Colombiana, 29,Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología, 1977).
1965 *Colombia. Ancient Peoples and Places*, London, Thames and Hudson.
1982 "Colombia Indígena. Período Prehispánico", en *Manual de Historia de Colombia*, 1, Bogotá, Editorial Printer Colombiana.
1986 *Arqueología de Colombia*, Bogotá, Funbotánica.
Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia
1943 Urnas funerarias en la cuenca del río Magdalena. *Revista del Instituto Etnológico Nacional*, 1, Bogotá.
1951 Investigaciones arqueológicas en el Departamento del Magdalena: 1946-50. Parte 1, Arqueología del Río Ranchería (1-208); Parte II, Arqueología del Río César (209-325). *Boletín de Arqueología*, III (1-6), Bogotá.
1956 Excavaciones en el Sinú. *Revista Colombiana de Antropología*, V, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá .
1958 Reconocimiento Arqueológico en la hoya del río Sinú. *Revista Colombiana de Antropología*, VI, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.
1961-62 Investigaciones arqueológicas en la costa Pacífica de Colombia. I y II. *Revista Colombiana de Antropología*, X: 239-317, XI: 11-63, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.
1965 Excavaciones arqueológicas en Puerto Hormiga, Departamento de Bolívar. *Antropología*, 2, Universidad de los Andes, Bogotá.
1974 Dos fechas de radiocarbono. *Revista Colombiana de Antropología*, 17, Bogotá,
1985 *Monsú: un sitio arqueológico*, Bogotá, Biblioteca del Banco Popular.

Reindel, Markus
1993 Monumentale Lehrmarchitektur an der Nordküste Perus. Eine repräsentative Untersuchung nach-formativer Grossbauten vom Lambayeque-Gebiet bis zum Virú-Tal. *Bonner Amerikanistische Studien*, 22, Bonn.
Reindel, Markus, y Guilaume-Gentil, Nicolás
1995 "El Proyecto Arqueológico La Cadena. Estudios sobre la secuencia cultural de la cuenca del río Guayas", en *Primer Encuentro de Investigadores de la costa ecuatoriana en Europa*, editado por Jorge G. Marcos, Quito.
Reitz, Elizabeth J.
1988a "Preceramic animal use on the central coast", *Economic Prehistory of the Central Andes*, editado por E.S. Wing y J.C. Wheeler, BAR-International series 427, pp. 31-55.
1988b Faunal remains from Paloma, archaic site in Peru. *American Anthropologist*, 90(2).
Renfrew, Colin
1990 *Archaeology and Language*, Cambridge University Press. (Hay traducción al Castellano, por Editorial Crítica, Barcelona, 1990)
Richardson III, James B.
"Early Man in the Peruyvian Coast, early maritime exploitation and the Pleistocene and Holocene Environments", en Early Man in America from the Circumpacific Perspective, editado por A.Byron, Alberta, Edmonton University, pp. 274-289.
Rick, John W.
1980 *Prehistoric Hunters of the High Andes*. Studies in Archaeology, New York, Academic Press.
Rindos, David
1984 *The Origins of Agriculture: An Evolutionary Perspective*, Orlando, Academic Press.
1989 "Darwinism and its rule in the explanation of domestication", en *Foraging and Farming, The Evolution of Plant Exploitation*, editado por D. Harris and G. Hillman, One World Arcahaeology, 13, London.
Rivera, Mario
1980 Algunos fenómenos de la complementaridad económica a través de los datos arqueológicos en el área Centro Sur Andina: la fase Alto Ramírez reformulada. *Temas Arqueológicos del Norte de Chile*, Antofagasta, Universidad de Chile.
1994 Comentarios sobre "tipología de las Momias Chinchorro y Evolución de las Prácticas de Momificación" (Bernardo Arriaza). *Chungara*, vol. 26, 1, Arica.
Rivera Dorado, Miguel
1971 La cerámica Killke y la arqueología del Cuzco (Perú). *Revista Española de Antropología Americana*, 6, Departamento de Historia de América II, de la Universidad Complutense de Madrid.
Rivet, Paul, y Crequi-Montfort, Georges de
1951-56 *Bibliographie des langues aymará et kicua* (1540-1955), 4 vols., Travaux et Mémoires de l'Institut d'Ethnologie, LI, Université de Paris.
Rodríguez, J., Bockery, C., y Sole, L.
1994 Nuevas consideraciones del cementerio del Valle Hermoso. *Resumen de Ponencias del XIII Congreso Nacional de Arqueología*, Antofagasta.
Rojas Rojas, Ibico
1980 *Expansión del quechua. Primeros contactos con el castellano*, Lima, Ediciones Signo.
Romoli, Kathleen
1976 El Alto Chocó en el siglo XVI (2). *Revista Colombiana de Antropología*, XX, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.

1977-78 Las tribus de la antigua jurisdicción de Pasto en el siglo XVI. *Revista Colombiana de Antropología*, XXI Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, 1979.

Roosvelt, Anna C., y otros

1991 Eigth Millenium Pottery from a Prehistoric Shell Midden in the Brazilian Amazon. *Science*, 254.

Roosvelt, Anna C., y otros

1996 Paleoindian Cave Dwellers in the Amazon. The Peopling of the Americas. *Science*, 272.

Rostworowski de Diez Canseco, María

1953 *Pachacutec Inca Yupanqui*, Lima, Imprenta Torres Aguirre.

1961 *Curacas y Sucesiones: Costa Norte*, Lima, Imprenta Minerva.

1962 Nuevos datos sobre Tenencia de tierras en el Incario. *Revista del Museo Nacional*, 31, Museo Nacional de la Cultura Peruana, Lima.

1969-70 Los Ayarmaca. Revista del Museo Nacional, 36, Lima.

1970 Mercaderes del valle de Chincha en la época prehispánica: un documento y unos comentarios. *Revista Española de Antropología Americana*, 5, Universidad Complutense de Madrid.

1972 Breve ensayo sobre el SeñorRo de Ychma o Ychima. *Arqueología*, 13, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

1973 Plantaciones prehispánicas de coca en la vertiente del Pacífico. *Revista del Museo Nacional*, 39 (Reproducido en 1989: 239-261)

1975 Pescadores, artesanos y mercaderes costeños en el Perú Prehispánico. Revista del Museo Nacional, 41. (Reprod. en 1989).

1978 *Señoríos indígenas de Lima y Canta*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

1981 *Recursos naturales renovables y pesca. Siglos XVI y XVII*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

1983 *Estructuras Andinas del Poder*, 2a. ed. revisada y ampliada, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

1985 "Patronyms with the Consonatn F in the Guaranga of Cajamarca", en *Andean Ecology and Civilization: An Interdisciplinary Perspective on Andean Ecological Complementarity*, editado por S. Masuda y Morris, Tokyo, University of Tokyo Press, pp. 401-421.

1988a Conflicts over coca fields in XVIth century, Peru. *Memoir of the Museum of Anthropology*, 21, University of Michigan, Ann Arbor.

1988b *Historia del Tahuantinsuyu*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

1989 *Etnia y Sociedad. Costa Peruana Prehispánica*, 2a. ed., Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

1993 Nuevos datos sobre la tenencia de tierras reales en el incario. *Ensayos de Historia Andina. Elites, Etnias, Recursos*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

Rothhammer, E., y otros

1989 "Orígenes y microevolución de la población chilena", en *Culturas de Chile. Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista*, editado por J. Hidalgo y otros, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, pp. 403-413.

Rowe, John H.

1944 An introduction to the archaeology of Cuzco. *Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology*, 27(2), Cambridge, Mass.

1946 Inca Culture at the time of the Spanish Conquest. *Handbook of South American Indians*, 2. The Andean Civilizations, editado por J.H. Steward, Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, Washington, D.C.

1948 The Kingdom of Chimor. *Acta Americana*, 6, México.
1956 Archaeological explorations in Southern Peru, 1954-1955; preliminary report of the Fourth University of California Archaeological Expedition to Peru. *American Antiquity*, 22 (2), Salt Lake City.
1960 "The origins of creator worship among the Incas", en *Culture in History, Essays in Honor of Paul Radin*, editado por S. Diamond, New York, Columbia University Press, pp. 408-429.
1960a "Cultural unity and diversitification in Peruvian archaeology", en *Men and Cultures*, Selected Papers of the Fifth International Congress of Anthropological and Ethnological Sciences,1956, Philapdelphia, pp. 627-631.
1962 Stages and Periods in archaeological interpretation. *Southwestern Journal of Anthropology*, 18(1), Albuquerque.
1963 Urban Settlements in Ancient Peru. *Ñawpa Pacha*, 1, Institute of Andean Studies, Berkeley.
1966 What kind of a settlement was Inca Cuzco? *Ñawpa Pacha*, 5, Institute of Andean Studies, Berkeley.
1973 El arte Chavín: estudio de su forma y su significado. *Historia y Cultura*, 6, Museo Nacional de Historia, Lima.
1977 El arte religioso del Cuzco en el Horizonte Temprano. *Ñawpa Pacha*, 14 (1976), Institute of Andean Research, Berkeley.
1979 An account of the shrines of ancient Cuzco. *Ñawpa Pacha*, 17, Institute of Andean Research, Berkeley.
1982 "Inca Policies and Institutions relating to the Cultural Unification of the Empire", en *The Inca and Aztec States, 1400-1800*, editado por G.A.Collier, R.I. Rosaldo y J.D. Wirth, New York, Academic Press, pp. 93-118.
1985a Probanza de los incas nietos de conquistadores. *Histórica*, IX (2), Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
1985b La constitución Inca del Cuzco. *Histórica*, IX (1), Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
1990 Machu Picchu a la luz de los documentos del siglo XVI. *Histórica*, XIV (1), Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
1992-93 La supuesta "diarquía" de los Incas. *Revista del Instituto Americano de Arte del Cusco*, Cusco.
1994 El barrio de Cayau Cachi y la parroquia de Belén. *Horacio de Villanueva Urteaga. Homenaje de la Facultad de Ciencias Sociales*, Cusco, Universidad San Antonio Abad.

Rowe, J.H., Collier, Donald, y Willey, Gordon
1950 Reconnaissance notes on the site of Huari, near Ayacucho, Peru. *American Antiquity*, 16 (2), Salt Lake City.

Salas, Adalberto
1992 *El mapuche o araucano. Fonología, gramática y antología de cuentos.* Colecciones MAPFRE 1492, Colección Lenguas y Literatura Indígenas, Madrid, MAPFRE.

Salazar, Ernesto
1995 "La enxtinción de la megafauna peistocénica del Ecuador", en *Ámbito y Ocupaciones tempranas de la América tropical*, editado por I. Cavelier y S. Mora, Santafé de Bogotá, Fundación Erigale-Instituto Colombiano de Antropología, pp. 83-90.

Salgado, Héctor
1986 *Asentamientos Prehispánicos en el Noroccidente del Valle del Cauca*, Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales.

Salomon, Frank
1980 *Los señores étnicos de Quito en la época de los Incas.* Colección Pendoneros, 10, Otavalo-Ecuador, Instituto Otavaleño de Antropología.
Samaniego Román, Lorenzo Alberto
1980 Informe de los hallazgos en Sechín. *Indiana,* 6, Berlin.
Sandweiss; Daniel H.
1992 The Archaeology of Chincha Fishermen: Specialization and Status in Inka Peru. *Bulletin of Carnegie Musem of Natural History,* 29, Pittsburgh.
Sandweiss; Daniel H., y otros
1989 "Early maritime adaptation in the Andes: preliminary studies at the Ring site, Peru", en *Ecology and History in the Osmore Valley,* editado por D. Rice y Ch . Stanish, BAR International Series.
Sanhueza, J.
1981 Antecedentes preliminares y dos fechados radiocarbónicos del sitio "Pukar Qollu" o "Pukara de Isluga" (lig 2.), Altiplano de Iquique, Primera Región, Norte de Chile. *Documento de Trabajo,* 8, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y de Restauración Monumental, Universidad de Antofagasta.
Sanoja Obediente, Mario
1970 *La fase Zancudo. Investigaciones arqueológicas en el Lago de Maracaibo,* Caracas, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales-Universidad Central de Venezuela.
1981 *Los hombres de la yuca y el maíz,* Caracas, Monte Ávila Editores.
1985 Arqueología del Noroeste del Lago de Maracaibo. *Gens, Boletín de la Sociedad Venezolana de Arqueólogos,* 1(2), Caracas.
1989 Origins of Cultivation around the Gulf of Paria. *National Geographic,* Research, , 5(4), Washington, D.C.
f.n.d. " Wetlands Ecosystems and the Management of Cultural Heritage", en *Wetlands Management in the Caribbean and the Role of Forestry and Wetlands in the Economy,* editado por Ariel Lugo, Puerto Rico, Institute of Tropical Forestry Southern Forest Experiment Station- The Caribbean National Forest Region 8-USDA Forest Service.
Sanoja, Mario, y Vargas, Iraida
1974 *Antiguas Formaciones y Modos de Producción Venezolanos. Notas para el estudio de los Procesos de Integración de la Sociedad Venezolana (12000 a.C.-1900 d.C.),* Caracas, Monte Ávila Editores.
Santa Cruz Pachacuti Salcamaygua, Juan (Ver: Pachacuti Salcamaygua, J. de Santa Cruz)
Santillán, Fernando de
[1563] "Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los Incas", en *Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas,* editado por Marcos Jiménez de la Espada, Madrid, Ministerio de Fomento, pp. 1-133.
Santo Tomás, Domingo de
[1560] *Grammatica o arte de la lengua general de los indios de los reynos del Peru,* Lima, edición del Instituto de Historia-Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Facsímile), 1951.
[1560a] *Lexicon, o vocabulario de la lengua general del Perú (llamada Quichua),* Lima, Edición del Instituto de Historia, Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Facsímile), 1951.
Santoro Vargas, Calógero
1980a Estratigrafía y secuencia cultural funeraria: fase Azapa, Alto Ramírez y Tiwanaku, Arica (Chile), *Chungara,* 6, Arica.
1980b Fase Azapa. Transición del Arcaico al desarrollo agrario en los valles bajos de Arica. *Chungara,* 6, Arica

1989 "Antiguos cazadores de la Puna (9000-6000 a.C.)", en *Culturas de Chile, Prehistoria*, editado por J. Hidalgoy otros, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, pp. 33-55.

Santos, René

1980 Cerámica temprana estilo Las Ramadas. *Arqueos Perú*, año 1, Arequipa.

Sapir, Edward

1921 *Language. An Introduction to the Study of Speech*, London, Granada, 1979 (Hay traducción al castellano en Breviarios del Fondo de Cultura Económica, México).

Sarmiento de Gamboa, Pedro

[1572] *Histora Índica. Apéndice de Garcilaso de la Vega*, en *Obras completas*, t. IV, Biblioteca de Autores Españoles 135, Madrid, Atlas, 1960, pp. 195-279.

1947 *Historia de los Incas*, 3a. ed., edición de Angel Rosenblat, Biblioteca Emecé de Obras Universales, Buenos Aires, Emecé editores, 1947.

1906 *Geschichte des Inkareiches von Pedro Sarmiento de Gamboa* [1572], editado por Richard Pietschmmann, Abhandlungen der Königlichen Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen, Philogisch-Hiustorische Klasse, Neue Folge, VI (4), Berlin, Weidmannsche Buchhandlung.

Sauer, Carl O.

1952 *Agricultural Origins and Dispersals*, New York, The American Geographical Society.

Sawyer, Alan

1963 Tiahuanaco tapestry design. *Textile Museum Journal*, 1(2), Washington.

Schaedel, Richard P.

1951 Major Ceremonial and Population Centers in northern Peru. *Proceedings of the 29th. International Congress of Americanists*, 2 (1), Chicago.

1966a The huaca El Dragón. *Journal de la Société des Américanistes*, 55(2), Paris.

1966b Incipient Urbanization and Secularization in Tiahuanacoid Peru. *American Antiquity*, 31(3).

Schreiber, Katharine J.

1984 "Prehistoric roads in the Carahuarazo Valley, Peru", en *Current Archaeological Projects in the Central Andes: Some Approaches and Results*, editado por A. Kendall, BAR International Series 210, pp. 75-94.

1992 Wari Imperialism in Middle Horizon Peru. *Anthropological Papers*, 87, Museum of Anthropology-University of Michigan, Ann Arbor.

Schreiber, K.J., y Lancho, J.

1995 The Puquios of Nasca. *Latin American Antiquity*, 6(3).

Schiappacasse, Virgilio, y Niemeyer, Hans

1984 Descripción y análisis interpretativo de un sitio arcaico temprano en la quebrada de Camarones. *Publicación Ocasional*, 41, Museo Nacional de Hiatoria Natural, Santiago.

Schiappacasse, Virgilio, Castro, Victoria, y Niemeyer, Hans

1989 "Los desarrollos regionales en el Norte Grande (1000 a 1400 d.C.)", en *Culturas de Chile, Prehistoria*, editado por J. Hidalgo, y otros, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, pp. 181-220.

Schmitz, Pedro Ignacio

1987 Prehistoric Hunters and Gatherers in Brazil. *Journal of World Prehistory*, 1(1).

Schobinger, Juan

1988 *Prehistoria de Sudamérica. Culturas Precerámicas*. Colección Quinto Centenario, Madrid, Alianza América.

Schönfelder, Uwe
1989 "Análisis de la cerámica fina del tipo Panzaleo-Cosanga y hallazgos menores", en *Excavaciones en Cochasquí, Ecuador. 1964-1965*, editado por U.Oberem y W. Wurster, Matrialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 42, KAVA, Mains am Rhein, Verlag P. von Zabern, pp. 198-217.
Schweigger, E.
1964 *El litoral peruano*, Lima, Universidad Nacional Federico Villareal.
Segovia, Bartolomé de
[1553] *Relación de muchas cosas acaecidas en el Perú*. Pequeños Grandes Libros de Historia Americana, serie I, IV, Lima, Librería e Imprenta D. Miranda, 1943.
Seltzer, Geoffrey O., Rodbell, Donald T., y Abbott, Mark
1995 Andean glacial lakes and climate variability since the last glacial maximum. *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 24(3).
Serracino, George
1984 *Topater: Colonia Tiwanaku en Calama*. Serie Monumentos Arqueológicos, 04/0384, Calama.
Shady, Ruth
1983 La cultura Nievería y la interacción social en el mundo andino en la época Huari. *Arqueológicas*, 19, Museo Nacional de Antropología y Arqueología, Lima
1988 La época Huari como interacción de las sociedades regionales. *Revista Andina*, 6(1), Cuzco.
Shady, R., y Rosas Lanoire, Hermilio
1977 El Horizonte Medio en Chota, prestigio de la cultura Cajamarca y su relación con el Imperio Wari. *Arqueológicas*, 16, Museo Nacional de Antropología y Arqueología, Lima.
Sherbondy, Jeanette E.
1992 "Water Ideology in Inca Ethnogenesis", en *Andean Cosmologies through Time*, compilado por R.V.H. Dover, y otros, Bloomington, Indiana University Press, pp. 46-66.
Sherrat, A.
1982 "Mobile resourses: settlement and exchange in early agricultural Europe", en *Ranking, Resourse and Exchange*, editado por C. Renfrew y S. Sheenan, Cambridge University Press, pp. 13-26.
Shimada, Izumi
1978 Economy of a prehistoric urban context: commodity and labor flow at Moche V Pampa Grande, Peru. *American Antiquity*, 43 (4).
1985 "Introduction", en *Andean Ecology and Civilization*, editado por S. Masuda, I.Shimada y C. Morris), University of Tokyo Press.
1985a La Cultura Sicán. Caracterización arqueológica. *Presencia Histórica de Lambayeque*, Lima, Edit. Eric Mendoza Samillán.
1987 "Horizontal and Vertical dimensions of prehistoric states in north Peru", en *The Origins and Development of the State in the Andes*, editado por J. Haas, S. y T. Pozorski, Cambridge University Press, pp. 130-144.
Sievers, Wilhelm
1931 *Geografía de Bolivia y Perú*, traducción del alemán de Carlos de Salas, Biblioteca de Iniciación Cultural, Barcelona, Editorial Labor.
Silva Fuentes, Jorge E., y otros
1988 Cerro Culebra, un asentamiento de la época Lima en el valle del Chillón. *Boletín de Lima*, 56, Editorial Los Pinos, Lima.
Silverblatt, Irene
1987 *Moon, Sun, and Witches; Gender Ideologies and Class in Inca and Colonial Peru*, Princenton University Press.

Silverman, Helaine
1993 *Cahuachi in the Ancient Nasca World*, Iowa, University of Iowa Press.
Simon, Fray Pedro
[1625] *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, 7 vol., Bogotá, Biblioteca del Banco Popular, 1981.
Smith C., Earle, Jr
1980 "Ancient peruvian highland maize", *Guitarrero Cave: Early Man in the Andes*, editado por T.F. Lynch, New York, Academic Press, pp. 121-143.
1988 "Floral remains", en *La Galgada, Peru. A Preceramic Culture in transition*, editado por Grieder y otros, Austin, University of Texas Press, pp. 125-151.
Soffer, O., y Vandiver, P.
Mnsc. The Ceramic Figurines from the Upper Paleolithic of Eastern Europe. Ponencia presentada en The Entebes Ceramic Meeting, en Juan Des Pins, Francia 1994.
Soto Ruiz, Clodoaldo
1976 *Diccionario Quechua Ayacucho-Chanca, Gramática Quechua Ayacucho-Chanca*, Lima, IEP-Ministerio de Educación.
Spickard, Lynda E.
1983 "The development of Huari administrative architecture", en *Investigations of the Andean Past*, editado por D. Sandweiss, Ithaca, Cornell Latin America Studies Program, pp. 130-160.
Spurling, Geoffrey Eugene
1992 The Organization of Craft Production in the Inka State: The Potters and Weavers of Milliraya. PhD Thesis, Cornell University, Ithaca.
Stahl, Peter W.
1991 Arid landscapes and environmental transformations in ancient southwestern Ecuador. *World Archaeology*, 22(3).
Mnsc. Encountering Paradise Lost: The Arqcheological Recovery of Ancient Biodiversity in the Lowlands of Western Ecuador. Ponencia presentada en el Simposio "Model Building and Validation in New World Archaeology: Papers in Honor of Donald W. Lathrap. 91a Reunión anual de la American Anthropological Assocaition, San Francisco, Dic. 2 de 1992.
Stanish, Charles
1989 Household archaeology: Testing models of zonal complementarity in the south-central Andes. *American Anthropologist*, 91(1).
1990 Complementaridad zonal en Moquegua : una aproximación desde el Valle de Otora. *Gaceta Arqueológica Andina*, 18-19, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Lima.
1992 *Ancient Andean Political Economy*, Austin, University of Texas Press.
Standen, Vivien
1994 Secuencia cronológica y momificación artificial en el norte de Chile, 7000-3600 a.P. *Resumen de ponencias. XIII Congreso Nacional* de Arqueología, Antofagasta.
Stark, Louisa R.
1985a "Ecuadorian Highland Quechua: History and current status", en *South American Indian Languages, Retrospect and Prospect*, editado por Harriet E. Manelis Klein y Louisa R. Stark, Austin, University of Texas Press, pp. 443-480.
1985 History of the Quichua of Santiago del Estero, en *South American Indian Languages, Retrospect*, editado por Harriet E. . Manelis Klein y Louisa R. Stark, Austin, University of Texas Press, pp. 732-752.

Stehberg, Rubén
1981 El complejo prehispánico Aconcagua en la Rinconada de Huechún. *Publicación Ocasional*, 35, Museo Nacional de Historia Natural, Lima.
1984 Arqueología de Chile Central. *Gaceta Arqueológica Andina*, 12, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Lima.
Stemper, David M.
1993 La persistencia de los cacicazgos prehispánicos en el Río Daule, Costa del Ecuador, traducción de Juana Camacho. *Latin American Archaeology*, 7, University of Pittsburg.
Steward, Julian
1947 American Culture History in the Light of South America. *Southwestern Journal of Anthropology*, 3. (Reprinted en Native South Americans, edit. by Patricia J. Lyon, Boston, Little, Brown and Co., 1974.
1949 South American cultures: An interpretative summary. *Handbook of South American Indians*, 5, Washington, D.C., Smithsonian Institution.
Stothert, Karen
1980 The Villa Salvador site and the beginnings of the Early Intermediate Period in the Lurín Valley, Peru. *Journal of Field Archaeology*, 7.
Mnsc. Preceramic Adaptation and Trade in the Intermediate Area. Ponencia presentada en la 76a Reunión Anual de la American Anthropological Association, Houston, 1977.
Strong, W. D., y Evans Jr., Clifford
1952 *Cultural Stratigraphy in the Virú Valley, Northern Peru: The Formative and Florescent Epochs*. Columbia University Studies in Archaeology and Ethnology, 4, New York, Columbia University Press.
Stübel, Moritz Alfons, y Uhle, Max
1892 *Die Ruinenstätte von Tiahuanaco im Hochlande des Alten Peru: eine Kulturges-chichtliche Studie aufgrund selbstaindiger aufrahmen*, Leipzig, Verlag von Karl W. Hiersemann.
Summer Institute of Linguistic (Instituto Lingüístico de Verano)
1991 *Bibliography of the Summer Institute of Lingistica*, Dallas.
Szeminski, Jan
1990 Un texto en el idioma olvidado de los inkas, *Histórica*, XIV(2), Lima.
Tabío, Ernesto
1977 *Prehistoria de la Costa del Perú*, La Habana, Academia de Ciencias de Cuba.
Taborga, Jaime, y Campos, Julio
1995 Recursos hídricos en los Andes: Lago Titicaca. *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 24(3), Lima.
Tarrago, Miriam
1989 Contribución al conocimiento arqueológico de las poblaciones de los oasis de San Pedro de Atacama en relación con los otros pueblos puneños, en especial, el sector septentrional del valle Calchaquí. Tesis Doctoral, Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, Rosario, Argentina.
1994 "De costa a selva: producción e intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes centro sur", en *Taller de Costa a Selva*, editado por M.E. Albeck, Instituto Interdisciplinario de Tilcara-Universidad de Buenos Aires, pp. 199-214.
Tartusi, M., y Núñez Rigueiro, V.A.
1993 Los centros ceremoniales del NOA. *Publicaciones*, 5, Instituto de Arqueología-Universidad de Tucumán.

Taylor, Gerald
1983 Lengua general y lenguas particulares en la antigua provincia de Yauyos (Perú). *Revista de Indias*, XLIII, 17, Madrid.
Tellenbach, Michael
1986 Las excavaciones en el asentamiento formativo de Montegrande, valle de Jequetepeque en el norte del Perú. *Materialen zur Allgemeinen und Vergleichenden Archaäologie*, München, Band 39 Verlag H. Beck.
Tello, Julio C.
1921 *Introducción a la Historia Antigua del Per*, Lima, Editorial Euforion.
1931 "Las ruinas de Huari" (Publicado originalmente en el Diario El Perú, Lima, 1931). Reproducido en *Cien Años de Arqueología en el Perú*, editado por R. Ravines, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1970, pp. 519-525.
1942 Origen y Desarrollo de las Civilizaciones Prehistóricas Andinas. *Actas y Trabajos Científicos del XXVII Congreso Internacional de Americanistas, Lima 1939*, I, Lima.
1959 *Paracas*. Primera Parte, Lima, Publicación Antropológica del Archivo J.C. Tello de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
1960 *Chavín, Cultura Matriz de la Civilización Andina*. Primera Parte, Lima, Publicación Antropológica del Archivo Julio C. Tello de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
Tello, Julio C., y Mejía Xesspe, Toribio
1979 *Paracas. II Parte: Cavernas y Necrópolis*, Lima, Publicación Antropológica del Archivo Julio C. Tello de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y de The Institute of Andean Research de New York.
Tello Vidal, Juan Carlos
1987 Pocoma: ¿Cerámica de la fase Carrizal? *Gaceta Arqueológica Andina*, 15, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Lima.
Temme, Mathilde
1982 Excavaciones en el sitio precerámico de Cubilán (Ecuador). *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana*, 2, Museos del Banco Central, Guayaquil.
Terada, Kazuo
1979 *Excavations at La Pampa in the Morth Higlands of Peru, 1975*. Report 1 of the Japanese Scientific Expedition to Nuclear America, University of Tokyo Press.
1985 "Early ceremonial architecture in the Cajamarca Valley", en *Early Ceremonial Architecture in the Andes*, editado por C. Donnan, Washington, D.C., pp. 191-208.
Terada, K., y Onuki, Yoshio
1982 *Excavations at Huacaloma in the Cajamarca Valley, Peru, 1979*. Report 2 of the Japanese Scientific Expedition to Nuclear America, University of Tokyo Press.
1985 *The Formative Period in the Cajamarca Basin, Peru: Excavations at Huacaloma and Layzon*, 1982. Report 3 of the Japanese Scientific Expedition to Nuclear America, University of Tokyo Press.
Testart, Alain
1985 *Le communisme primitive. I, Economie et idéologie*, Paris, Editions de la Maison des Sciences de l'Homme.
Thompson, Lonnie G., y otros
1985 A 1500 year record of tropical precipitation in ice cores from the Quelccaya ice cap. *Science*, 229.
Thompson, L.G., Moseley-Thompson, E., y Morales Arnao, Benjamín
1984 El Niño-Suthern Oscillation events recorded in the stratigraphy of the tropical Quelccaya ice cap, Peru. *Science*, 226.

Toledo, Francisco de
[1570] "Información hecha por orden de Don Francisco de Toledo en su visita de las provincias del Perú, en la que declaran indios ancianos sobre el derecho de los caciques y sobre el Gobierno que tienen aquellos pueblos antes que los Incas los conquistasen", en *Don Francisco de Toledo, supremo organizador del Perú, su vida, su obra. 1515-1582*, 2, por Roberto Levillier, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1940, pp. 14-37.

Toledo, María I.
1988 "Las sociedades agroalfareras del occidente de Venezuela (1000 AC-1500 dC)", en *Actas del Segundo Simposio de la Fundación de Arqueología del Caribe: Revisión Crítica de la Arqueología del Caribe*, editado por I. Vargas, Washington, D.C., pp. 121-146.

Tomasini, Gabriel
1933 Los indios ocloyas y sus doctrineros en el siglo XVII (conclusión). *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año XX (1-2), Córdoba-Argentina.

Topic, John R.
1977 The lower class at Chan Chan: a qualitative approach. PhD. dissertation, Dept. of Anthrop., Harvard Univ.
1980 "Excavaciones en los barrios populares de Chanchán", en *Chanchán: Metrópoli Chimú*, editado por R. Ravines, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, pp. 267-282.
1982 "Lower-class social and economic organization at Chan Chan", en *Chan Chan*, editado por Moseley y Day, pp. 145-175.
1991 "Huari and Huamachuco", en *Huari administrative structure. Prehistoric Monumental Architecture and State Government*, editado por W. Isbell y G. McEwan, Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection, pp. 141-164.

Topic, Theresa
1991. The Midlle Horizon in Northern Peru. In Huari Admi-nistrative Structure (Edit. W. Isbell y G. McEwan): 233-246; Dumbarton Oaks Library and Collection, Washington, D.C.

Topic, J.R., y Lange-Topic, Therese
1978 Prehistoric fortification systems of Northern Peru. *Current Anthropology*, 19 (3), Chicago.
1983 "Coast-Highland relations in Norther Peru: some observations on routes, networks and scales of interaction", en *Civilizations in the Ancient Americas: Essays in Honor of Gordon R. Willey*, editado por R. Lowenthal y A. Kolata, Albuquerque, University of New Mexico and Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, pp. 237-259.
1986 El Horizonte Medio en Huamachuco. *Revista del Museo Nacional*, 47, Museo Nacional de la Cultura, Lima.

Torero Fernández de Córdova, Alfredo
1964 Los dialectos quechuas. *Anales Científicos*, 2(4), Universidad Nacional Agraria, La Molina, Lima.
1965 Le Puquina. La troisième langue générale du Pérou, tesis de doctorado, Université de Paris, Sorbonne.
1970 Lingüística e historia de la sociedad andina. *Anales Científicos*, 8(3-4), Universidad Nacional Agraria, La Molina, Lima. (También en *Lingüística e Indigenismo moderno de América, XXXIX Congreso Internacional de Americanistas, Lima 1970*, 5, Lima, IEP 1975).
1974 *El quechua y la historia social andina*, Lima, Universidad Ricardo Palma.
1983 La familia lingüística quechua, en *America Latina en sus lenguas indígenas*, editado por Bernard Pottier, Caracas, UNESCO-Monte Ávila Editores, pp. 61-92.

1984 El comercio lejano y la difusión del quechua. El caso del Ecuador. *Revista Andina*, 4(2), Centro Bartolomé de Las Casas, Cuzco.
1985 Debate en torno a "El Comercio lejano y la difusión del quechua. El caso del Ecuador [por] Alfredo Torero", *Revista Andina*, 5(1), Centro Bartolomé de Las Casas, Cuzco.
1986 Deslindes lingüísticos en la costa norte peruana. *Revista Andina*, 8(2), Centro Bartolomé de Las Casas, Cuzco.
1987 Lenguas y pueblos altiplánicos en torno al siglo XVI. *Revista Andina*, 10(2). Centro Bartolomé de Las Casas, Cuzco.
1989 Áreas toponímicas e idiomas en la sierra norte peruana. Un trabajo de recuperación lingüística. *Revista Andina*, 13(1), Centro Bartolomé de Las Casas, Cuzco.
1992 Acerca de la familia lingüística uruquilla (Uru-Chipaya). *Revista Andina*, 19(1), Centro Bartolomé de Las Casas, Cuzco.
1993 Lenguas del nororiente peruano: la hoya de Jaén en el siglo XVI. *Revista Andina*, 22(2), Centro Bartolomé de Las Casas, Cuzco.
1994 "El 'idioma particular' de los incas", en *Estudios de Lengua y Cultura Ameridias, I , Actas de las II Jornadas Internacionales de Lengua y Cultura Amerindias, 1993*, editado por Julio Calvo Pérez, Universidad de Valencia-Departamento de Teoría de los Lenguajes.
1995a "Acerca de la lengua chinchaysuyo", en *Del Siglo de oro al Siglo de las Luces, lenguaje y sociedad en los Andes del siglo XVIII*, compilado por César Itier, Estudios y Debates Regionales Andinos 89, Cuzco, Centro Bartolomé de Las Casas, pp. 13-31.
1995b "Reflexiones sobre la historia lingüística andina", en *Historia de la lengua Española en América y España*, Universitat de Valencia, pp. 205-215.

Torres, M., y otros
1991 Snuff powders from prehispanic San Pedro de Atacama, chemical and contextual analysis. *Current Anthropology*, Vol. 32,5.

Tosi, Joseph A.
1960 Zonas de vida natural en el Perú. Memorias explicativa sobre el mapa ecológico del Perú. *Boletín Técnico*, 5, Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas OEA. Zona Andina.

Tovar, Antonio, y Larrucea de Tovar, Consuelo
1984 *Catálogo de las lenguas de América del Sur con clasificaciones, indicaciones tipológicas, bibliografía y mapas*, Madrid, Gredos. Nueva edición refundida.

Tovar, Hermes
1980 *La formación social Chibcha*, Bogotá, Centro de Investigación y Educación-Universidad Nacional de Colombia.

Towle, Margareth A.
1961 The ethnobotany of pre-columbian Peru. *Viking Fund Publications in Anthropology*, 30, New York.

Tradiciones de Huarochiri
[ca.1608] *Ritos y tradiciones de Huarochiri. Manuscrito quechua de comienzos del siglo XVII.* Versión paleográfica, interpretación fonológica y traducción al castellano, Gerald Taylor, Historia Andina 12, Lima, Instituto de Estudios Peruanos-Travaux de l'Institut Français d'Études Andines, tomo XXXV, 1987
[ca.1608] *The Huarochirí manuscript. A testament of Ancient and Colonial Andean Religion.* Traslation from the Quechua by Frank Salomon and george L. Urioste, Annotations and Introductory Essay by Frank Salomon, Trascription by George L. Urioste, Austin, University of Texas Press, 1991.

Triana y Antorveza, Humberto
1987 *Las lenguas indígenas en la historia social del Nuevo Reino de Granada*, Biblioteca Ezequiel Uricoechea 2, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
Trimborn, Hermann
1949 *Señorío y Barbarie en el Valle del Cauca*, Madrid, Instituto Gonzalo Fernández Oviedo-Consejo de Investigaciones Científicas.
Troll, Carl
1968 "The Cordilleras of the Tropical Americas. Aspects of Climatic, Phytogeographical and Agrarian Ecology", en *Geo-Ecology of the Mountainous Regions of the Tropical Americas*, editado C. Troll, Colloquium Geographicum, 9: 15-56, Bonn, Universität Bonn- F.Dümmlers Verlag.
Tschopik Jr., Harry
1946 The Aymara. *Handbook of South American Indians*, 2, Washington, D.C., Bureau of American Ethnology-Smithsonian Institution
Uceda, Santiago
1987 Los primeros pobladores del Área Andina Central. Revisión crítica de los principales sitios. *Yunga*, 1, Trujillo.
1992 "Industrias líticas precerámicas en Casma", en *Estudios de Arqueología Peruana*, editado por D. Bonavia, Lima, Fomciencias, pp. 45-67.
Ugent, Donald, Pozorski, Shelia J., y Pozorski, Thomas G.
1983 Restos arqueológicos de tubérculos de papas y camotes del valle de Casma en el Perú. *Boletín de Lima*, 5(25).
Uhle, Max
1903 *Pachacamac. Report of the William Pepper Peruvian Expedition of 1896*, Philadelphia, University of Pennsylvania.
1913 *Die Ruinen von Moche. Journal de la Société des Américanistes*, n.s., 10, Paris. (Hay una traducción al castellano, en 1915: *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, 30(3-4))
1923 Civilizaciones mayoides en la costa pacífica de Sudamérica. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, 15-17, Quito.
1924 Explorations at Chincha. *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology*, 21 (2), Berkeley, Calif.
1926 Report on explorations at Chancay [Appendix to A.L. Kroeber: The Uhle pottery collections from Chancay]. *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology*, 21(7), Berkeley.
Ulloa Torres, Liliana
1981 Evolución de la industria textil prehispánica en la zona de Arica. *Chungara*, 8, Universidad de Tarapacá, Arica.
Uribe, María Victoria
1976 Relaciones prehispánicas entre la costa del Pacífico y el altiplano nariñense, Colombia. *Revista Colombiana de Antropología*, XX, Instituo Colombiano de Antropología, Bogotá.
1977-78 Asentamientos Prehispánicos en el Altiplano de Ipiales, Colombia. *Revista Colombiana de Antropología*, XXI, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, 1979.
1986 "La estratificación social entre los Protopasto", en *Arqueología y Etnohistoria del Sur de Colombia y Norte del Ecuador*, compilado por J.Alcina y S. Moreno, Miscelánea Antropológica Ecuatoriana, 6, Quito, Banco Central del Ecaudor y Ediciones Abya-Yala.

1995 "Los Pasto y etnias relacionadas: Arqueología y Etnohistoria", en *Área Septentrional Andina Norte: Arqueología y Etnohistoria*, editado por J. Echeverría y M.V. Uribe, Colección Pendoneros, 8, Quito, Instituto Otavaleño de Antropología-Banco Central del Ecuador- Ediciones Abya-Yala, pp. 367-438.

1995b "Los Pasto y la red regional de intercambios de productos y materias primas: siglos IX a XVI d.C.", en *Área Septentrional Andina Norte: Arqueología y Etnohistoria*, editado por J. Echeverría y M.V. Uribe, Colección Pendoneros, 8, Quito, Instituto Otavaleño de Antropología-Banco Central del Ecuador- Ediciones Abya-Yala, pp. 439-458.

Urton, Gary

1990 *The History of a Myth, Pacariqtambo and the Origin of the Incas*, Austin, University of Texas Press.

1994 "Actividad ceremonial y división de mitades en el mundo. Las batallas rituales en los carnavales del sur del Perú", en *El Mundo Ceremonial Andino*, editado por L. Millones y Y. Onuki, Tokyo, pp. 117-142.

Vaca de Castro, Cristóbal

[1543] Ordenanzas de tambos, distancias de unos a otros, modo de cargar los indios y obligaciones de las justicias respectivas hechas en la ciudad del Cuzco el 31 de Mayo de 1543. *Revista Histórica*, III, Lima, 1908.

Valcárcel, Luis E.

1934-35 Saqsaywaman redescubierto. *Revista del Museo Nacioanal*, 3 y 4, Museo Nacional, Lima.

1957 *Etnohistoria del Perú Antiguo*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Valdez, Lidio

1988 Los camélidos en la subsistencia Nasca: El caso de Kawachi. *Boletín de Lima*, 57, Editorial Los Pinos, Lima.

Valdivia, Luis de

[1606] *Arte y gramatica general de la lengva qve corre en todo el reyno de Chile, con su Vocabulario...*, Lima, Francisco del Canto, 1887.[Facsimile, Julio Platzzmann, Leipzig, Teubner]

Vance Jr., Haynes C.

1993 "Clovis-Folsom Geochronology and Climatic Change", en *From Kostenki to Clovis. Upper Paleolithic-Paleo Indian Adaptations*, editado por O. Soffer y N.D. Praslov, New York and London, Plenum Press, pp. 219-236.

Vancina, Jan

1985 *Oral Tradition as History*, Madison, University of Wisconsin Press.

Vallejos Arce, Miriam

1988 Análisis y tipología de los textiles de Paloma: un pueblo de 7.000 años en las lomas de Chilca, Perú. *Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología*, 3, Lima.

Van der Hammen, T.

1981 "Paleoecology of Tropical South América", en *Biological Diversification in the Tropics*, editado por G.T. Parnce, New York, Columbia University Press, pp. 60-66.

Vargas Arenas, Iraida

1969 *Investigaciones Arqueológicas en el Alto Chama: La fase San Geránimo*. Serie Antropológica, 1, Caracas, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales-Universidad Central de Venezuela.

1981 *Investigaciones Arqueológicas en Parmana: los sitios de La Gruta y Ronquín, Edo. Guárico, Venezuela*. Colección Estudios, Monografías y Ensayos, Caracas, Academia Nacional de la Historia.

1985a Visión general de la arqueología de la Cuenca del Lago de Maracaibo. *Gens, Boletín de la Sociedad Venezolana de Arqueólogos*, 1(2), Caracas.
1985b *Arqueología de la zona sur del lago de Maracaibo. Gens, Boletín de la Sociedad Venezolana de Arqueólogos*, 1(2), Caracas.
1990 *Arqueología, Ciencia y Sociedad, Ensayo sobre Teoría Arqueológica y la Formación Económica Social Tribal en Venezuela*, Caracas, Editorial Abre Brecha.

Vargas Arenas, I, y otros
1993 *Los artífices de la concha*, Atlanta-Georgia, USA Forest Service Southern Region-Organización de los Estados Americanos.

Vargas Ugarte, Rubén
1936 La fecha de fundación de Trujillo. *Revista Histórica*, 10, Instituto Histórico del Perú, Lima.
1942 Los Mochicas y el Cacicazgo de Lambayeque. *Actas y Trabajos Científicos del XXVII Congreso Internacional de Americanistas, 1939*, 2, Lima.

Vellard, Jehan
1949-51 Contributions á l'étude des indiens Urus ou Kot'suns. *Travaux de l'Institut Français d'Études Andines*, I: 145-209; vol.II: 51-88; vol. III: 3-39, Lima.

Ventura i Oller, Monserrat
1995 "En el camino. Los Tsachila en el complejo étnico de la selva occidental del Ecuador", en *Primer Encuentro de Investigadores de la costa ecuatoriana en Europa*, editado por A. Álvarez, y otros, Quito, Ediciones Abya-Yala, pp. 433-465.

Vialou, Agueda Vilhena, y Vialou, Denis
1994 Les premiers peuplements préhistoriques du Matto Grosso. *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 91(4-5).

Villalva, Marcelo
1988 *Cotocollao*. Miscelánea Antropológica Ecuatoriana, serie Monográfica, 2, Quito, Museos del Banco Central del Ecuador.

Villamarín, Juan y Judith
1981 Parentesco y herencia entre los Chibchas de la Sabana de Bogotá al tiempo de la conquista española. *Universitas Humanística*, 10(16), Bogotá.

Villanueva Urteaga, Horacio
1971 Documentos sobre Yucay en el siglo XVI. *Revista del Archivo Histórico del Cuzco*, 13.

Vogt, Egon Z.
1958 "Walter Witching: An Interpretation of a ritual pattern in rural american community", en *Reader in Comparative Religion*, editado por Lassa and Vogt, Evanston-Illinois, Row, Peterson and Co., pp. 327-339.

V.V.A.A.
1986-88 *Biblioteca Ecuatoriana de Arqueología*, 5 ts., editado por J. Marcos, Quito: Corpor.Edit.Nacional.

Wachtel, Nathan
1982 "The Mitmas of the Cochabamba Valley: The Colonization Policy of Huayna Capac", en *The Inca and Aztecs States, 1400-1800*, compilado por G.A.Collier, R.I.Rosaldo y J.D. Wirth, New York, Academic Press, pp. 199-235.

Wagner, Erika
1967 The Prehistory and Ethnohistory of the Carache Area in Wester Venezuela. *Yale University Publications in Anthropology*, 71, New Haven.
1970 Arqueología de la región de Mucubíes en los Andes Venezolanos. *Acta Científica Venezolana*, 21, Caracas.

1973 The Mucuchíes Phase: an extension of the Andean Cultural Patterns into Western Venezuela. *American Anthropologist*, 75.
1978 "La Prehistoria de la cuenca de Maracaibo", en *Unidad y Variedad, Ensayos en Homenaje a J.M.Cruxent*, editado por E. Wagner y A. Zucchi, Caracas, Centro de Estudios Avanzados-IVIC, pp. 329-342.
1979 Arqueología de los Andes Venezolanos-Los Páramos y la tierra fría. *El Medio Ambiente Páramo*, Caracas, Centro de Estudios Avanzados, IVIC.
1980 *Los pobladores palafíticos de la cuenca de Maracaibo.* Cuadernos Lagoven, Caracas, Petróleos de Venezuela.
Walter, H.
1966 *Grabung mound Huankarani.* Butrage zue archaologie boliviens, Bressler-Archiv, Berlín.
Wassén, S. Henry
1973 Ethnobotanical follow-up of Bolivia Tiahuanacoid tomb material and of peruvian shamanism psychotropic plant constituents and espingo seeds. *Göteborgs Etnografiska Museum.*
Weberbauer, A.
1945 *El mundo vegetal de los Andes peruanos*, Lima, Ministerio de Agricultura.
Webster, Steven S.
1977 "Kinship and Affinity in a native Quechua Community", en *Andean Kinship and Marriage*, compilado por R.Bolton y E. Mayer, Special Publication of the American Anthropological Association, 7, Washington, D.C., American Anthropological Association, pp. 28-42.
Wedin, Ake
1966 El concepto de lo Incaico y las Fuentes. *Studia Historica Gothoburguesa*, 7, Uppsala.
Wegner, Steven A.
1982 Hacia una definición de la cultura Recuay. *Serie Investigaciones*, 5, Lima, Gabinete de Arqueología, Colegio Real-Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
Weir, Glendon H., y Dering, J. Phillip
1989 "The lomas of Paloma: human environmental relations in a central peruvian fog oasis: archaeobotany and palynology", en *Andean Archaeology, Papers in memory of Clifford Evans*, editado por R. Matos M., S.A. Turpin y H.H. Eling, Jr., Monograph XXVII, Los Ángeles, Institute of Archaeology-Univ. of California, pp. 14-18.
Weir, Glendon H.; Benfer, Robert A., y Jones, John G.
1988 "Preceramnic to early formative subsistence on the central coast", en *Economic Prehistory of the Central Andes*, editado por E.S.Wing y J.C.Wheeler, BAR International Series 427.
Wendt, W.E.
1964 Die präkeramische siedlug am Rio Seco y Peru. *Baessler-Archiv*, 11.
Wentscher, Jürgen
1989 "Montículos y otras áreas de excavación", en *Excavaciones en Cochasquí, Ecuador. 1964-1965*, editado por U.Oberem y W. Wurster, Matrialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 42, KAVA, Mains am Rhein, Verlag P. von Zabern, pp. 70-176.
Whitemore, T.C., y Prance, G.T. (eds.)
1987 *Biogeography and Quaternary History in Tropical America.* Oxford Monographs in Biogeography, 3, Oxford, Clarendon Press.

Willey, Gordon R., y Corbett, John M.
1954 Early Ancon and Early Supe culture; Chavin horizon sites of the central Peruvian coast. *Columbia Studies in Archaeology and Anthropology*, 3.
Willey, G.R., y McGimsey, Charles
1954 The Monagrillo Culture of Panamá. *Papers of the Peabody Museum of Ethnology and Archaeology*, 49, Cambridge, Department of Anthropology, Harvard University.
Willey, G.R., y Phillips, Philip
1958 *Method and Theory in American Archaeology*, Chicago, University of Chicago Press.
Williams, Carlos
1972 La difusión de los pozos ceremoniales en la costa peruana. *Apuntes Arqueológicos*, 2, Lima.
1980 Arquitectura y urbanismo en el Antiguo Perú. *Historia del Perú*, 8, Lima, Mejía Baca.
1985 "A scheme for the early monumental architecture of the central coast of Perú", en *Early Ceremonial Architecture in the Andes*, editado por C. Donnan,.Washington, Dumbarton Oaks, pp. 227-240.
Williams, Carlos, y Merino, Francisco
Mnsc. Inventario, catastro y delimitación de los sitios arqueológicos en el valle de Supe. Centro de Invest. y Rest. de Bienes Monumentales del Instituto Nacional de Cultura, Lima,1979.
Wilson, David
1988 *Prehispanic Settlement Patterns in the Lower Santa Valley, Peru: A Regional Perspective on the Origins and Develpment of Complex North Coast Society*, Washington, Smithsonian Inst. Press
Wing, Elizabeth S.
1988 Utilization of animal resources in the Peruvian Andes. Appendix IV, *Andes*, 4, University of Tokyo Press.
Wise, Karen
1990 Late archaic period maritime subsistence strategies in the South-Central Andes. PhD Thesis. Northwestern University, Illinois.
1995 La ocupación Chinchorro en Villa del Mar, Ilo, Perú. *Gaceta Arqueológica Andina*, 24, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos. INDEA, Lima.
Wölck, Wolfgang
1987 Pequeño breviario quechua. *Lengua y Sociedad*, 8, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
Wolf, Eric
1982 *Europe and the People without History*, Berkeley, California University Press. (Hay traducción al castellano, por el Fondo de Cultura Económica, México, 1987).
Würster, Wolfgang
1989 "Ruinas existentes", en *Excavaciones en Cochasquí, Ecuador. 1964-1965*, editado por U.Oberem y W. Wurster, Matrialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 42, KAVA, pp. 11-69.
Yacobaccio, Hugo
1991 *Evolución de la domesticación animal en los andes centro-sur.* VII Convención internacional de Especialistas en Camélidos Sudamericanos, Jujuy- Argentina.
Yupanqui, Titu Cusi
[1570] *Instrucción al Licenciado don Lope García de Castro*, editado por Liliana Regalado de Hurtado, Lima, Fondo Editorial de la PUC, 1992.
Zamora, Carlos
1978 "Suelos del Perú", en *Recursos naturales del Perú*, 1, Antología, compilado por Suárez Díaz, P., Lima, Retablo de Papel, ediciones, pp. 151-178.

Zapater, Horacio
1978 *Aborígenes chilenos a través de cronistas y viajeros*, Santiago, Editorial Andrés Bello
Zeidler, James A.
1984 Social Space in Valdivia Society: Community Patterning and Domestic Structure at Real Alto, 3000-2000 B.C. PhD Dissertation, Department of Anthropology, University of Illinois.
1991 Maritime Exchange in the Early Formative Period of Coastal Ecuador: Geopolitical origins of uneven development. *Research in Economic Anthropology*, 13.
Zeidler, James A., y Kennedy, Robin C.
1994 "Escenario Medio Ambiental", en *Arqueología Regional del Norte de Manabí, Ecuador, 1: Medio Ambiente, Cronología Cultural, y Subsistencia Prehistórica en el Valle del Río Jama*, editado por J. Zeidler y D. Pearsall, Quito, Universidad de Pittsburg y Ediciones Librimundi.
Zevallos Menéndez, Carlos
1971 *La Agricultura en el Formativo Temprano del Ecuador (Cultura Valdivia)*, Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana-Núcleo del Guayas.
Zuidema, Rainer Tom
1964 *The Ceque System of Cuzco*. The Social Organization of the Capital of the Inca, Leiden.
1967 Descendencia paralela en una familia indígena noble del Cuzco. *Fénix*, 17, Lima.
1977 "Inca Kinship", en *Andean Kinship and Marriage*, compilado por R. Bolton y E. Mayer. American Anthropological Association, 7. Washington, D.C.

UNIVERSIDAD DEL ECUADOR
OMNIUM BONARUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

LÁMINAS

Nº		Pág.
1.	El área andina en el contexto político de América del Sur	26
2.	Las regiones andinas pre-coloniales	29
3.	Rutas migratorias de los cazadores recolectores pleistocénicos	50
4.	Principales asentamientos de los cazadores-recolectores	70
5.	Ubicación de los asentamientos de agricultores y alfareros	135
6.	Ocupación agrícola temprana de los Andes centro-sur y meridionales	149
7.	Ubicación de los asentamientos de agricultores incipientes en los Andes centrales	171
8.	Asentamientos y áreas de desarrollo regional en los Andes del norte	215
9.	Areas de interacción y principales asentamientos del Formativo en los Andes centrales	237
10.	Desarrollos regionales en los Andes centrales (primer milenio d.C.)	259
11.	Área de expansión Wari (siglo IX)	269
12.	Los Andes centro-sur y meridionales	289
13.	Los desarrollos del período "medio" más característicos de los Andes del sur	319
14.	Principales grupos étnicos de los Andes ecuatoriales en el siglo XVI	363
15.	Principales grupos étnicos, señoríos y estados de los Andes centrales en el siglo XV	383
16.	Principales grupos étnicos en el siglo XVI, en los Andes del sur	425
17.	El imperio del Tahuantinsuyo	439
18.	Asignación de panacas y ayllos a suyos	467
19.	Emparejamiento de panacas y ayllos	467
20.	Unidades decimales de 10 a 10.000	482
21.	Asignaciones de trabajo chupacho	486
22.	Aproximación a la expansión inca. Ref.: Parsinen, 1992: 139	507
23.	Clasificación de los dialectos quechuas según Parker y Torero. Ref.: Adapatado de Dedenbach-Salazar Sáenz, Sabine et al., trad. Y edt.: Rimaykullayki 1994: XIII	509
24.	Fases de la expansión de la lengua quechua Ref.: Basada en Torero, 1970: 260, modificada por Dedenbach-Salazar	512
25.	Dialectos aymaras norteños, intermedios y sureños. Ref.: Briggs, 1993: 390	516

26. Área de difusión del Puquina. Ref.: Torero, 1987: 342 517
27. Lenguas de la costa nor-central. Ref.: Cerrón-Palomino, 1995:34 519
28. Extensión geográfica del Mwiska. Ref.: González de Pérez, 1980: Lámina II 521
29. El Uruquilla en el contexto lingüístico del altiplano (siglo XVI y XX) Ref.: Torero, 1992:188 524
30. Zona de difusión del Cacán. Ref.: Martín,1969/70; mapa complementado por Dedenbach-Salazar 526
31. Lenguas pre-quechuas de la sierra norte peruana. Ref.: Torero, 1989: 222 528
32. Voces castellanas traducidas a ocho lenguas que hablan los indios del obispado de Trujillo. Ref.: Martínez Compañón (siglo XVIII), 1985: Tomo II 531
33. Pueblos y lenguas pre-colombinos. Ref.: Mercier, 1985: 43 533
34. Distribución de lenguas y dialectos indígenas de Colombia. Ref.: Ortega Ricaurte, 1978: lámina III 534

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

FOTOGRAFÍAS

EN BLANCO Y NEGRO

Nº		Pág.
1.	Puntas de proyectil de la tradición "Cola de pescado"	65
2.	Pinturas rupestres con escenas de caza de camélidos y la presencia de otros animales en una de las cuevas de Toquepala, sur del Perú,cerca de 7.000 a.C.	101
3.	Excavaciones de asentamientos en Salango, con una ocupación continua desde el Formativo hasta el presente. Manabí-Ecuador	121
4.	Cerámica Valdivia, IV-III milenio a.C. Costa de Guayas-Ecuador	129
5.	Figura de mujer embarazada, de cerámica de la fase Valdivia, III milenio a.C. Ecuador.	132
6.	Momia de párvulo. Fase Chinchorro, cerca de IV-III milenio a.C. Arica-Chile	153
7.	Vista de conjunto del "Templo de las Manos Cruzadas", fase Mito, IV-III milenio a.C. Kotosh-Huánuco-Perú	188
8.	Templo Pre-cerámico de El Paraíso-Chuqitanta-Lima, II milenio a.C.	189
9.	Botella-silbato de estilo Chorrera, s.XV a.C.Ecuador	210
10.	Figura femenina, con sonajas de danzante, estilo La Tolita, siglo I-IX d.C. Ecuador	212
11.	Detalle de los grabados en el Obelisco Tello, siglo XI-VII a.C.,Chavín de Huantar, Perú	232
12.	La pirámide del Sol, Moche, siglo III a.C.-V d.C.Perú	245
13.	Guerrero moche de cobre, siglo II d.C.,Perú	248
14.	Escultura de piedra de 7 m de altura, con personaje antropomorfo, hallada en el Templo de Tiwanaku por W.Bennett, La Paz, Bolivia	256
15.	Cerámica polícroma de estilo temprano de Nasca, con figuras de colibríes, siglo II d.C.,costa sur del Perú	263
16.	Tejido "unku" de estilo Wari, siglo VI-IX d.C. Procede de la costa sur del Perú	276
17.	Escultura de piedra, de estilo Alamito, siglo III-I a.C., noroeste argentino	313
18.	Vaso de piedra, Ciénaga, noroeste argentino	314
19.	Objetos cerámicos del estilo El Molle, siglo I-IX d.C. Norte Chico, Chile	315
20.	Ceramio pintado de estilo Aguada, siglo V-X d.C.,noroeste argentino	329

21. Ocarina de estilo Tairona, ca.siglo XIII-XV d.C. Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia 337
22. Ceramio del complejo Quimbaya, tipo Caldas, siglo X-XV d.C. Valle del Cauca, Colombia 352
23. Estatua de cerámica, representando un hombre con el cuerpo pintado, Manteño, siglo XIII-XVI d.C. Guayas-Manabí, Ecuador 372
24. Ceramio Chimú con una perra "sin pelo" andina, siglo XIII-XV d.C. Costa norte del Perú 390
25. Réplica en miniatura, en madera, embarcación tripulada, Chancay, siglo XII-XVI 392
26. Cesta en forma de bandeja, Formativo tardío, Iquique, Chile 419
27. Urna antropomorfa, diaguita chileno, siglo XII-XIV d.C. Norte Chico de Chile 430
28. Puntas de arpones tallados en hueso, de los Fueguinos (Yamana) y los Alakaluf (Kaweshkar), ca., siglo X-XVIII d.C. Extremo sur de Chile y Argentina 433
29. Murallas de la "fortaleza" de Sacsahuamán, Cuzco, Perú, siglo XIV d.C 454
30. Un kipu inkaico desplegado. Costa central del Perú 465
31. Vista de un sector de la ciudadela de Machu Picchu, siglo XV d.C. Cuzco, Perú 493
32. Vista de un sector de los andenes "Patapata" de Pisac, Cuzco, Perú 496

EN COLOR

Ref.

a) Figurilla femenina de cerámica de la fase Valdivia, III milenio a.C., Ecuador
b) Figurines antropomorfos de estilo Chorrera, siglo XV a.C., Ecuador
c) Botella de estilo Chorrera, siglo XV a.C., Ecuador
d) Representación de un personaje (sacerdote?),ofrendando a un niño, estilo Bahía, siglo I-IX d.C., Ecuador
e) Representación de una madre amamantando a su hijo, cerámica estilo Bahía, siglo I-IX d.C., Ecuador
f) Guerrero con estólica, dardos y escudo, de estilo Jama Coaque, siglo II-IX d.C., Ecuador
g) Músico con "flauta de pan", maraca y sonajas, de estilo Jama Coaque, siglo II-IX d.C., Ecuador
h) Tejido de algodón con diseños pintados de estilo chavinense, procedentes de los desiertos de Ica-Paracas, siglo VII a.C., Perú

i) Tejido de algodón con la imagen del dios de los báculos, de estilo Chavín, procede de los desiertos de Ica-Paracas, s.VII a.C.,Perú
j) Mascarilla de oro con incrustaciones de cobre, de estilo Moche, siglo I-V d.C., costa norte del Perú
k) Botella Moche, con asa-estribo, con la cabeza de un guerrero, siglo I-V d.C., Perú
l) Ceramio con escena de pesca, enfrentamiento de pescador-guerrero y pez mítico con armas en la mano, estilo Moche, siglo III d.C
m) Tableta para ingestión de alucinógenos, con representación del "degollador". Estilo Tiwanaku, siglo VI-X d.C., San Pedro de Atacama, Chile
n) Tableta para ingestión de alucinógenos, con representación de un felino, siglo X d.C., San Pedro de Atacama, Chile
o) Nariguera y "bozal felínico" de oro, de estilo Nasca, siglo I-III d.C., Perú
p) Ceramio Nasca tardío, con la imagen de un personaje que lleva una honda en las manos, siglo IV d.C.
q) Tela con decoración bordada, Nasca, s.II d.C., costa sur del Perú
r) Máscara de madera, cubierta con plumas, Nasca, siglo IV d.C.
s) Traje ceremonial de un personaje de alcurnia, Chimú, siglo XII-XIV d.C., costa norte del Perú
t) Espaldar de andas de la época Sicán, siglo X-XIV d.C., costa norte del Perú
u) Pendiente de cobre dorado, con representaciones ornitomorfas, Quimbaya, siglo X-XV d.C., Colombia
v) Botella de oro Chimú, siglo XII-XV d.C., costa norte del Perú
w) Tapiz Chancay, siglo XII-XVI d.C., costa central, Perú
x) "Clava" ceremonial de piedra, considerada pre-Mapuche, Araucania, sur de Chile

FUNDADA EN 1620
QUITO

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR

Historia de América Andina

1

Las sociedades aborígenes

EDITOR: Luis Lumbreras

2

La formación del sistema colonial

EDITOR: Manuel Burga

3

El sistema colonial tardío

EDITORA: Margarita Garrido

4

Crisis del régimen colonial e independencia

EDITORES: René Arze, Germán Carrera Damas

5

Creación de las repúblicas y formación de la nación

EDITOR: Juan Maiguashca

6

Consolidación de la república y estructuración capitalista

EDITORES: Malcolm Deas, Carmen Norambuena

7

Democracia, desarrollo e integración: vicisitudes y perspectivas

EDITOR: Jorge Orlando Melo

8

América Andina: una aproximación general

EDITOR: Enrique Ayala Mora

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SCIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

SIB - UCE

FECHA DE DEVOLUCIÓN		

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST SAPIENTIA OMNIUM
FUNDADA EN 1620
QUITO

América Andina es una realidad, aunque no es fácil definirla o entenderla. Esta historia, que es un esfuerzo por estudiar su pasado rico y complejo, procura ofrecer una visión de conjunto, hallar sus raíces comunes, confrontar sus diversidades y presentar propuestas e interpretaciones desde distintas perspectivas.

Este primer volumen, dedicado a la *Época Aborigen*, ofrece una visión amplia del desarrollo de los pueblos que ocuparon el espacio andino desde los primeros poblamientos hasta la invasión europea, que se produjo en el siglo XVI. Su análisis abarca varios milenios y cubre la gran diversidad geográfica comprendida entre el Caribe y el sur del continente, con el gran macizo andino como columna vertebral; pero enfatiza en la vida de las sociedades, de las gentes.

Este libro contiene un gran esfuerzo de sistematización de las investigaciones arqueológicas y etnohistóricas más recientes, pero su originalidad reside, aparte de su enfoque de conjunto, en el esfuerzo por reconstruir el pasado aborigen como un proceso histórico, cuyos protagonistas, los pueblos, los hombres andinos, no son meros objetos de estudio, sino sujetos de una trayectoria que continúa hasta nuestros días.

FUNDADA EN 1620
QUITO

9 789978 805046

LIBRESA

19330